

JAVIER NEGRETE



SPQR
ROMA

INVICTA

CUANDO LAS LEGIONES FUERON
CAPACES DE DERRIBAR EL CIELO



ePUB

Esta historia comienza el año 146 a.C. cuando los romanos, tras añadir Grecia a sus numerosas provincias, emprendieron su tercera guerra contra Cartago. Los cartagineses se defendieron con uñas y acero pero nada pudieron hacer ante el poder imbatible de las legiones comandadas por Escipión Emiliano. Tras Cartago cayó Numancia; Mario venció a Yugurta y después se enfrentó a la amenaza de los misteriosos pueblos del norte; Pompeyo arrasó las riquezas de Oriente y César conquistó las Galias. Sin embargo, pese a su poderío allende sus fronteras, los romanos estaban sumidos en sangrientas luchas internas que sus enemigos no fueron capaces de aprovechar. Tras cada guerra civil, la República se levantó una y otra vez, siempre aumentando su autoridad, siempre ampliando sus territorios. La última de estas luchas fue un auténtico duelo entre dos titanes, Julio César y Pompeyo el Grande, que sacudió todo el Mediterráneo. Cuando las últimas llamas de aquel conflicto se apagaron, los romanos descubrieron que la República se había convertido en otra cosa: un Imperio. Esta es la amena crónica de los acontecimientos que provocaron la metamorfosis.

Javier Negrete

Roma Invicta

Título original: *Roma Invicta*

© Javier Negrete Medina, 2013.

Mapas de interior: Juan Miguel Aguilera

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)

*A mis amigos de la asociación Hispania Romana
por su afán en difundir y popularizar la civilización de Roma.
También a mis vecinos emeritenses, los bravos soldados de la Legio V
Alaudae.
Y especialmente a mis conmlitones de la Legio VIII Hispana,
con los que me he embutido en la cota de malla, he abrazado el
escudo,
lanzado el pilum y empuñado la espada,
y sobre todo he disfrutado de momentos inolvidables en su compañía.
Valete omnes!*

*An me delecto non animum advertetis habere legiones populum Romanum,
quae non solum vobis obsistere sed etiam caelum diruere possent?*

[«Pero ¿no os dabais cuenta de que, aunque me hubierais destruido
a mí, el pueblo romano tiene tales legiones que no solo podrían
venceros a vosotros, sino incluso derribar el cielo?»].

**Palabras pronunciadas por JULIO CÉSAR
ante los hispalenses en *De bello Hispanico*, 42**

Prólogo

En julio del año 168 a.C., un poderoso ejército viajaba hacia Alejandría siguiendo la orilla del Nilo. Lo formaban más de cuarenta mil soldados: jinetes gálatas con pesados blindajes, arqueros árabes a lomos de dromedarios, caballería ligera, arqueros, honderos y otros escaramuceros de infantería ligera. Había también elefantes y carros de guerra armados con afiladas hoces en las ruedas. Pero, como ocurría con todos los ejércitos helenísticos, la espina dorsal la constituían hoplitas protegidos con corazas de lino y armados con picas de madera de cornejo que medían más de seis metros, las temibles sarisas macedonias.

Aquel ejército lo mandaba el rey Antíoco, cuarto de ese nombre y conocido como Epifanes, «el Ilustre». Antíoco gobernaba el imperio seléucida, el más poderoso y extenso de los reinos que habían nacido tras la fragmentación de los dominios del gran Alejandro.

Era la segunda vez que Antíoco invadía Egipto. La primera había sido el año anterior, pero en lugar de anexionarse el reino permitió que siguiera gobernando su pariente Ptolomeo VI, que tenía tan solo dieciséis años. Siempre que actuara como su marioneta, a Antíoco no le parecía mal.

Los ciudadanos de Alejandría, que tenían un carácter muy levantisco, se habían rebelado contra esta situación nombrando rey a un hermano más joven de Ptolomeo, llamado también Ptolomeo. En los libros aparece como el octavo de ese nombre, aunque es más conocido por el apodo que se ganó con el tiempo por su extrema obesidad: Fiscón o «el Panzudo». (Hubo un Ptolomeo VII, pero en realidad no llegó a reinar y no interviene en esta parte de la historia).

Ptolomeo VI decidió hacer la paz y reinar junto a su hermano. O, por ser más precisos, junto a su camarilla, pues Ptolomeo VIII, que con el tiempo demostraría un innegable talento para la intriga y el asesinato, no tenía entonces más que trece años.

A Antíoco, sin embargo, no le gustó aquel arreglo fraterno. Por eso

decidió invadir Egipto por segunda vez y poner las cosas en su sitio. Como ya tenía una guarnición plantada en la ciudad de Pelusio, cruzar la frontera le resultó muy fácil. Desde allí su ejército remontó la boca Pelúsica del Nilo hasta llegar a la antigua ciudad de Menfis, la capital religiosa del reino. Cuando los menfitas aceptaron someterse a Antíoco, este se dirigió hacia el norte para seguir el curso de la boca Canópica que lo conduciría a las inmediaciones de Alejandría.

A unos veinte kilómetros de Alejandría, el ejército seléucida giró hacia el este. No había pérdida: de la boca Canópica salía un gran canal que desviaba las aguas del Nilo para llenar las cisternas de la enorme ciudad fundada por Alejandro. Avanzando entre bosques de papiros, las tropas de Antíoco no tardaron en llegar al suburbio de Eleusis. Alejandría estaba ya a la vista, a menos de una hora de marcha. A seis kilómetros, la silueta blanca del gran Faro se recortaba contra el cielo y el sol arrancaba destellos de la estatua de bronce de Zeus que vigilaba el puerto desde más de ciento veinte metros de altura.

Y entonces los hombres de Antíoco vieron algo que les hizo detenerse en seco.

No se trataba de un ejército enemigo. En el camino solo había tres hombres acompañados por una pequeña escolta que permanecía unos pasos atrás. No llevaban armas, ni las necesitaban.

Eran romanos.

Cuando Antíoco se adelantó a saludar, uno de aquellos tres hombres hizo lo propio. El rey seléucida lo conocía: se llamaba Cayo Popilio Lenas y había sido cónsul de Roma cuatro años antes. Aquel manto con franjas púrpura que llevaba en pleno verano era la toga, una prenda de la que los ciudadanos romanos se enorgullecían tanto como si fuera la égida del mismísimo Zeus.

A Antíoco le irritó sobremanera toparse con aquel hombre, pero sonrió tratando de ser diplomático y se acercó a él con la mano tendida para estrechársela. Para su sorpresa, el romano sacó de los pliegues de su toga un haz de tablillas y se lo puso en la palma abierta.

—Es un decreto del senado —dijo Popilio—. Quiero que lo leas y me des una respuesta.

Cualquier otro que hubiera osado dirigirse así a un rey seléucida habría muerto al instante, alanceado por sus escoltas. Pero los guardias de Antíoco se habían retrasado unos pasos por orden expresa de su rey.

Antíoco abrió las tablillas y leyó el decreto, que estaba traducido al griego. El senado de Roma le ordenaba renunciar a la guerra, evacuar Egipto antes del 30 de julio y no inmiscuirse en los asuntos de aquel país.

El rey cerró las tablillas y dijo:

—Tengo que consultar con mis consejeros antes de responder.

El romano se acercó a él y, con la punta de un sarmiento que llevaba en la mano, dibujó un círculo alrededor de los pies de Antíoco.

—Antes de salir de aquí debes darme una respuesta para que se la lleve al senado —dijo Popilio.

Asombrado ante aquella orden tan perentoria, Antíoco dudó unos instantes y tragó saliva. Después respondió:

—Está bien. Haré lo que el senado considere oportuno.

Solo entonces Popilio Lenas le tendió la mano y se la estrechó como aliado y amigo. Después, Antíoco y su ejército dieron media vuelta y regresaron por donde habían venido. Antes de que se cumpliera el plazo fijado, habían abandonado Egipto. Desde aquel día, Antíoco renunció a sus proyectos de conquistar el país de los antiguos faraones.

Las fuentes de esta historia son Tito Livio y Polibio. Ninguno de ellos detalla cuál era la composición de las tropas de Antíoco, por lo que he descrito un ejército seléucida más o menos estándar. Tampoco explican cuántos senadores componían la comisión que acompañaba a Popilio Lenas. Podrían haber sido tres, cinco, tal vez diez. Pero lo que uno se pregunta realmente al leer esta anécdota es: ¿por qué un rey tan poderoso se dejó humillar delante de decenas de miles de soldados por un hombre vestido con un simple manto cuya única arma era un sarmiento?

La respuesta es sencilla: por lo que aquel hombre representaba. Antíoco era tristemente consciente de que si se le ocurría no ya ponerle una mano encima a Popilio Lenas, sino tan siquiera desobedecer sus órdenes, las legiones romanas invadirían su territorio, destruirían sus

ciudades y aniquilarían a sus ejércitos. Tardarían más o menos en hacerlo, e incluso podrían sufrir algún revés en el proceso, pero al final lo conseguirían. Porque aquellos romanos, que ni siquiera se gobernaban por reyes como los pueblos civilizados, no eran del todo humanos y no comprendían que a veces hay que negociar, recular, rendirse. Pero no, esas palabras no entraban en su vocabulario.

Bien lo sabía Antíoco. Su padre había sido el más grande y poderoso de los soberanos helenísticos, y había conducido a sus tropas hasta las fronteras de la India. Sin embargo, los romanos, con un ejército inferior en número, le hicieron morder el polvo en el año 190 a.C. en la batalla de Magnesia. Es más que probable que Antíoco Epifanes, que tenía ya más de veinte años por aquel entonces, hubiese estado presente en aquel infausto día. Y a esas alturas del año 168 ya debían de haberle llegado noticias de lo que acababa de ocurrir en Pidna, donde las legiones del cónsul Emilio Paulo habían aplastado a las falanges macedonias.

Así estaban las cosas en el Mediterráneo a mediados del siglo II. El poder de Roma era tan grande y tan conocido que bastaba con que enviara a unos individuos ataviados con mantos de lana para que todo un ejército diera media vuelta y regresara a su país con el rabo entre las piernas como un perro apaleado.

Aun así, no todo el mundo reaccionó como Antíoco. Hubo pueblos que decidieron enfrentarse a los romanos por pura desesperación, como los cartagineses. Otros porque no los conocían y porque confiaban en sus propias fuerzas, como los cimbrios y los teutones. Los había que moraban en tierras tan pobres que no tenían gran cosa que perder luchando contra Roma, como los ligures o los lusitanos. Hubo también líderes carismáticos que, por unas circunstancias u otras, pensaron que podían poner en jaque a Roma, como Yugurta y Mitrídates, o a menor escala Viriato y Espartaco.

Roma invicta es el relato de cómo la República se enfrentó a esos enemigos, a veces por aumentar sus territorios y expoliar las riquezas ajenas, como César en la Galia o Pompeyo en Oriente, y a veces por defender a su patria de una terrible amenaza, como Mario contra los invasores germanos.

Pero, sobre todo, es el relato de cómo la República se enfrentó a sus propios demonios. Ninguna de las guerras que hizo contra los enemigos exteriores fue tan sangrienta y encarnizada como las luchas que libraron

los romanos entre sí. Lo increíble es que los adversarios de Roma no lograron aprovecharse a la larga de estas guerras civiles, y que la República se levantó de ellas una y otra vez, siempre aumentando su poder, siempre ampliando sus territorios. No obstante, en el proceso se fue transformando. Aunque después de la muerte de César los romanos siguieron refiriéndose a su estado como *res publica*, lo cierto era que se había convertido en otra cosa para la que usamos el término «Imperio».

La historia del Imperio romano y de los césares ha sido y será contada en muchos otros libros, no en este. El relato de *Roma invicta* arranca en el punto en que acabó *Roma victoriosa* y termina con los idus de marzo.

Todo relato que se precie ha de tener personajes. Los que protagonizaron el último siglo de la República poseían virtudes y defectos tan grandes y personalidades tan intensas que al abrir las páginas de los libros de historia parecen salirse de ellas como figuras talladas en relieve. Los conflictos entre ellos sacudieron los cimientos de Roma una y otra vez, pero al mismo tiempo la engrandecieron.

Muchos son estos personajes y muchas fueron las rivalidades que se dirimieron entre ellos, pues si algo caracterizaba a la sociedad romana es que era ferozmente competitiva. Sin embargo, he articulado esta narración alrededor de tres momentos y tres ejes de oposición. Hablaremos primero de Escipión Emiliano, el conquistador de Cartago y Numancia, y de las reformas de los hermanos Graco, sus rivales políticos, que elevaron la tensión social hasta ensangrentar las propias calles de Roma. Contemplaremos luego el ascenso de Mario, sus campañas contra Yugurta y contra unos misteriosos pueblos del norte, los cimbrios y teutones, y también cómo Sila creció a su sombra hasta que los celos y el odio entre ambos condujeron a Roma a una guerra civil. Por último, asistiremos a las conquistas de Pompeyo en Oriente y a las de César en la Galia, y contemplaremos el duelo definitivo entre estos dos titanes, un choque que se libró de un extremo del Mediterráneo a otro, desde Hispania hasta las tierras de Egipto.

En *Roma victoriosa* dejamos a los romanos en el 146 a.C. arrasando Corinto y convirtiendo a Grecia en una provincia más. En ese mismo año decidieron guerrear por tercera vez contra una vieja enemiga, la ciudad de Cartago. Los cartagineses habían demostrado una asombrosa capacidad de trabajo y superación tras la derrota y habían recuperado la prosperidad

de antaño; algo parecido a lo que consiguieron alemanes y japoneses tras la Segunda Guerra Mundial, pero sin recibir nada parecido a un Plan Marshall sino todo lo contrario, pues tenían que pagar religiosamente a los romanos su indemnización de guerra.

Sin embargo, el poder militar de los cartagineses estaba reducido a la mínima expresión y no había entre ellos ningún general de la talla de Aníbal. En la Antigüedad, poseer riquezas sin un ejército potente que las defendiera suponía una invitación al saqueo y una imprudencia que se pagaba muy cara. Cuando los ojos de los romanos y sus aliados los nómadas se posaron con codicia en Cartago, todo hacía prever que la ciudad púnica se convertiría en una presa fácil y caería casi sin luchar.

Pero, como suele ocurrir, el tren de la historia no siguió las vías de lo previsible y los romanos comprobaron que aquella presa que creían tan tierna como un cordero escondía en su interior huesos de piedra y bronce. Para conquistarla, necesitarían a alguien que llevaba el mismo apellido que el vencedor del gran Aníbal.



Vídeo de introducción



Material gráfico general

**Libro I:
ESCIPIÓN EMILIANO
Y LOS HERMANOS GRACO**

I

LA CAÍDA DE CARTAGO

Entre dos guerras

Oficialmente, la vencedora de la Segunda Guerra Púnica había sido Roma. En África, sin embargo, quien más beneficio territorial obtuvo de la derrota de Aníbal fue Numidia. Y más en concreto su joven rey, Masinisa.

A Cartago no le quedó más remedio que tragarse el sapo y contemplar impotente cómo a su lado aparecía un nuevo reino, una gran Numidia que se extendía más de mil kilómetros de este a oeste y que se había apropiado de buena parte de sus territorios. Por si fuera poco inquietante tener a una potencia de tal magnitud pegada a sus fronteras, los cartagineses no podían defenderse de sus posibles agresiones, que no tardaron en producirse. El tratado de rendición les ataba las manos: para dirimir cualquier diferencia, estaban obligados a someterse al arbitraje de la República.

A Roma no le desagradaba esa situación, puesto que prefería no implicarse demasiado en los asuntos de África. Antes de la guerra ya poseía las provincias de Sicilia, Córcega y Cerdeña, las tres grandes islas del Mediterráneo central. Ahora, además, sus legionarios acababan de plantar sus botas claveteadas en Hispania. Por el momento, a los romanos no les interesaba más que la zona costera de la península, la más rica y civilizada. Pero para protegerse de los ataques de las tribus del interior (o para que sus generales pudieran celebrar triunfos y conseguir botín), tuvieron que internarse cada vez más en un territorio cuya verdadera extensión, el doble de Italia, seguramente se les escapaba.

Hispania, como veremos en el siguiente capítulo, resultó un bocado muy grande y duro de roer. Por otra parte, tras su victoria contra Cartago, Roma se vio envuelta en varios conflictos en Grecia. Aquel era un teatro de operaciones que necesitaba y quería controlar: con buenas condiciones,

una flota invasora podía cruzar el Adriático en una sola noche y plantarse en Italia imitando el ejemplo de Pirro. Desde el punto de vista de los romanos era mucho mejor adelantarse, ya que no tenían nada en contra del concepto de guerra preventiva.

Con todo ello, África no se antojaba una cuestión tan urgente, y menos teniendo la gran isla de Sicilia en medio a modo de cojín. En lugar de controlar a Cartago personalmente para evitar que volviera a convertirse en una superpotencia, Roma podía recurrir a Masinisa, que había demostrado ser un fiel aliado contra Aníbal.

El problema, como diría Platón, era quién iba a vigilar al guardián. Pues el rey númera fraguaba sus propios planes, y no se puede negar que su política para llevarlos a cabo fue muy coherente. Durante cinco décadas, del año 201 al 151, Masinisa no dejó de acosar a su vecino, atacando sus ciudades costeras, lanzando incursiones contra sus tierras y enviando colonos a sus territorios para llevar cada vez la frontera un poco más lejos.

Le favorecía el tratado de paz, que había sido redactado en términos muy ambiguos. Sus cláusulas estipulaban que Cartago debía devolver a Masinisa todo territorio que le hubiera pertenecido a él o a sus antepasados. El límite eran las llamadas «zanjas fenicias», unas fosas y terraplenes construidos en tiempos por los propios cartagineses. Pero su localización no estaba demasiado clara; algo que resulta comprensible, ya que no se trataba de murallas de piedra sólida, sino de construcciones que con el tiempo se erosionaban hasta casi desaparecer.

Cada vez que los númeras atacaban esas borrosas fronteras, Cartago apelaba a Roma, que envió varias comisiones para investigar. La primera llegó en 193, presidida por Escipión Africano. Como era de esperar, se decidió a favor de los númeras. Durante las décadas siguientes se produjeron muchas más disputas fronterizas, y Roma casi siempre arbitró beneficiando a Numidia, que no dejaba de expandirse.

Mediados los años 60 del siglo II, Masinisa incluso sobrepasó el territorio cartaginés por el oeste y se apoderó de la zona conocida como Emporia, alrededor de la Sirte Menor, el golfo situado al sur de Cartago. Se trataba de una región célebre por la asombrosa fertilidad de su tierra. Además, su ciudad más importante, Leptis Magna, era el punto de llegada de las caravanas que atravesaban el Sahara y traían del sur ébano, marfil,

plumas de avestruz y oro en polvo. Gracias a su prosperidad, Leptis había estado pagando un tributo de un talento al día a Cartago. Ahora, esa riqueza pasó a engrosar el tesoro de Masinisa.

La verdadera intención del rey nùmidia no era otra que anexionarse Cartago. Primero sus dominios, que iba reduciendo poco a poco a modo de lima, y después la gran joya: la propia ciudad con sus puertos. Sin embargo, debía actuar con cuidado si no quería despertar los recelos de Roma. Dispuesto a mostrarse como el mejor de los aliados de la República, Masinisa no dejó de enviarle soldados, caballos y elefantes para sus guerras en Hispania y Macedonia, e incluso surtió de grano a sus tropas.

En cuanto a Cartago, siempre respetó de forma escrupulosa el tratado de paz con Roma. De hecho, su economía se había recuperado tan rápido que en 191 propuso liquidar el montante total de esa indemnización. Roma se negó, ya que aquella deuda, garantizada con rehenes, era una manera de tener atados de pies y manos a los pùnicos. Pero todo indica que Cartago, pese a sus problemas, seguía poseyendo un tejido social y económico muy rico que le permitía prosperar sin necesidad de un imperio ni aventuras militares. Incluso es posible que el hecho de no tener que pagar un ejército de mercenarios le posibilitara emplear esos recursos en campos más productivos.

La chispa de la guerra

La crisis final estalló a mediados de la década de los 50. La fuente principal para todo lo que ocurrió en aquellos años, Apiano,^[1] nos informa de que por entonces existían tres facciones políticas dentro de Cartago (*BP*, 68). Un grupo prorromano encabezado por un tal Hanón, otro pronùmidia dirigido por Aníbal el Estornino, y otro democrático liderado por Amílcar el Sannita y Cartalón.

Leyendo entre líneas y a la luz de los acontecimientos posteriores, se intuye que las facciones prorromana y pronùmidia eran, en realidad, la misma, formada por un grupo reducido de miembros de la élite que podríamos calificar como *lobby*. Cuando Apiano habla de bando «democrático», todo indica que se refiere a la opinión mayoritaria del pueblo cartaginés. Esta, lógicamente, tenía que estar en contra de Numidia

y de su rey Masinisa, que no hacían más que añadir una ofensa tras otra, arrebatarles sus territorios y privarles de sus ingresos.

Lo que prendió la chispa fue una nueva ofensiva de Masinisa, en esta ocasión sobre la región de los Grandes Llanos, muy cerca de Cartago. De nuevo, Cartago tuvo que pedir a Roma que terciara, y en 153 el senado envió una comisión a investigar.

Para desgracia de los cartagineses, esa comisión la presidía Marco Porcio Catón, conocido como el Censor. Este personaje, ya octogenario, era uno de los hombres más respetados de Roma, si no el que más, y representaba o creía representar las esencias de la vieja República. A decir verdad, como veremos en el capítulo sobre los hermanos Graco, las ideas y las prácticas que reflejaba Catón en su obra *Sobre la agricultura* estaban socavando los cimientos de la sociedad romana tradicional. Pero en una época en que la economía no existía como ciencia —si es que existe ahora—, Catón difícilmente podía ser consciente de esa paradoja.

Cuando Catón llegó a Cartago, en ningún momento se interesó por averiguar quiénes llevaban razón en la disputa, si los númidas o los púnicos. Se limitó a observar la prosperidad de aquella ciudad, sus grandes puertos, la altura de sus edificios —que se levantaban hasta seis pisos en el distrito residencial cercano a la ciudadela de Birsa—, la belleza de sus templos y la riqueza de sus habitantes. No se le pasó por alto que sus arsenales estaban repletos de armas, y que la gente los miraba a él y a sus compañeros de comisión con hostilidad. Ciertamente, los habitantes de Cartago podrían haberle preguntado: «¿Y qué esperabas?».

Cuando regresó a Roma y habló ante el senado, Catón demostró que a sus más de ochenta años todavía conservaba recursos como orador. Primero, expuso los peligros. Cartago, dijo, no era la ciudad débil y pobre que los romanos creían. Al contrario, seguía siendo muy rica, rebosaba de hombres jóvenes y vigorosos y tenía armas de sobra como para declarar una nueva guerra. Lo urgente en aquel momento no era ocuparse de los asuntos de Numidia, sino evitar que Cartago, el enemigo ancestral, se rearmara y se convirtiera de nuevo en una amenaza para la libertad de Roma.

Después, como golpe de efecto, abrió los pliegues de su toga y sacó de allí un higo de aspecto tan apetitoso que hizo salivar a más de un senador. Aquel higo, explicó, provenía de Cartago. Podían ver que estaba

muy fresco. ¿Por qué? Porque el país donde crecía se hallaba a tan solo tres días de Roma en barco.

Por supuesto, Catón bien pudo haber comprado el higo en el mercado o, puesto que era bastante tacaño, arrancarlo de su propio huerto. Pero lo que aseguraba era cierto: con vientos favorables, se podía llegar desde Útica o Cartago en tres días o menos, como demostró Cayo Mario en el año 108.

Catón terminó su discurso con un lema que, a partir de ese momento, no dejó de repetir cada vez que intervenía en el senado: «Mi consejo es que Cartago deje de existir». Esa es la expresión que utiliza su biógrafo Plutarco, aunque a los lectores les sonará más la frase *Delenda est Carthago*, «Cartago debe ser destruida». Lo cierto es que en ninguna fuente antigua aparece Catón pronunciando esas palabras, del mismo modo que Sherlock Holmes no dice: «Elemental, querido Watson» en ninguna de sus novelas. En cualquier caso, el *Delenda est Carthago* refleja el espíritu de las palabras de Catón, que se empeñó hasta el final de sus días en borrar del mapa aquella ciudad.

Cartago también contaba con sus valedores. En 152 visitó la ciudad otra comisión, encabezada en esta ocasión por P. Cornelio Escipión Násica, «el de la nariz puntiaguda». Násica, un prestigioso senador que había sido dos veces cónsul, informó a favor de Cartago y argumentó que, si Roma la destruía, se quedaría sin un rival a su altura. El miedo a Cartago servía, además, como una brida para frenar al pueblo. Cuando desapareciera aquel espantajo, nada evitaría que la agresividad innata de los romanos se volviera contra ellos mismos.

El discurso de Násica suena muy clarividente, pero me temo que la razón es que se trata de una creación a posteriori de los autores que ya conocían las guerras civiles que sufrió Roma décadas después. Para ellos, la Tercera Guerra Púnica fue el detonante de la corrupción generalizada y la discordia que un siglo después acabarían con la República. Incluso San Agustín opina así en un pasaje de *La ciudad de Dios* (1.30). El hecho de que hubiera nacido en la región de Cartago quizá influyó en ello, claro está.

Los motivos de Escipión Násica para favorecer a Cartago seguramente eran otros. Puede que hubiera comprendido que la verdadera potencia regional y, por ende, la amenaza para el futuro de Roma era

Numidia. O quizá se trataba de una rencilla familiar con el viejo Catón, que durante la Segunda Guerra Púnica había tratado de boicotear a Escipión Africano, suegro y tío segundo de Násica.

Para desgracia de Cartago, Catón representaba mucho mejor que Násica la opinión mayoritaria en Roma. A pesar de los años transcurridos, las guerras anteriores habían dejado como poso un hondo sentimiento antipúnico. Por supuesto, lo recíproco también debía de ser cierto. Una cosa es que Cartago cumpliera el tratado de paz con Roma y otra es que lo hiciera de buena gana. Si existía ese supuesto *lobby* prorromano mencionado por Apiano, seguro que no era demasiado popular entre el pueblo cartaginés.

Dejando aparte emociones enquistadas, existían razones para que los senadores se sintieran inquietos. En 151 se cumplirían los cincuenta años que estipulaba el tratado de paz. A partir de ese momento, Cartago dejaría de pagar la indemnización anual de doscientos talentos, algo de lo que se iban a resentir las arcas romanas. Si se mantenía la alianza entre Cartago y la República, sería en un nivel de igualdad, algo a lo que los romanos no estaban acostumbrados. Cuando oían «amigo y aliado del pueblo romano», ellos en realidad escuchaban «vasallo».

Por otra parte, el razonamiento del higo de Catón y los tres días de navegación entre Roma y África parece demagógico, porque el tratado limitaba la flota de guerra cartaginesa a diez tristes barcos. Pero cuando ese acuerdo caducara, ¿quién garantizaba que los astilleros de Cartago no empezarían a producir trirremes en serie?

Todavía queda un argumento que los historiadores antiguos no suelen presentar, y que el senado, o el reducido grupo de senadores que decidió finalmente la guerra, debió de mantener en secreto. Por mucho que las comisiones senatoriales favoreciesen a Masinisa, no estaban ciegos, y tenían que darse cuenta de que la intención del anciano rey era acabar anexionándose Cartago. Eso convertiría a Numidia no en una potencia, sino en una superpotencia. Convenía anticiparse y quitarle la presa de entre los dedos a Masinisa antes de que se la llevara a la boca. Además, la recompensa era muy suculenta. Tal como había informado Catón, las riquezas de Cartago volvían a ser formidables. ¿Por qué dejar que se las llevaran los númidas?

No hay que desdeñar el peso de la pura codicia. Como señala

William V. Harris:

Era casi inevitable que, a mediados de la década de 150, muchos senadores influyentes hubieran estado calculando dónde podía encontrar Roma un nuevo teatro de guerra que ofreciera mejores oportunidades que las tribus de los Alpes o de Dalmacia. Luchar contra los feroces y empobrecidos rebeldes hispanos era un trabajo que compensaba muy poco si se comparaba con una guerra contra Cartago.^[2]

Hay que tener en cuenta, asimismo, que entre 155 y 153 los rebeldes hispanos habían propinado varias palizas a los ejércitos romanos. Esos reveses estaban minando el prestigio internacional de la República. El prestigio no era únicamente una cuestión inmaterial: puesto que Roma no era capaz de proteger a las tribus hispanas aliadas —léase vasallas—, estas se sublevaban también, con lo cual cada vez se le acumulaban más enemigos contra los que combatir.

Una buena forma de recuperar su reputación para que los antiguos aliados volvieran al redil era derrotar por tercera vez a Cartago. Y los romanos estaban convencidos de que lo iban a conseguir prácticamente sin bajarse del trirreme, por parafrasear la famosa frase de Helenio Herrera.

Sumando unos motivos y otros, la guerra ya estaba decidida antes de que expirase el tratado. El problema para los romanos era encontrar un pretexto, un *casus belli* para poder alegar que se trataba de una guerra justa.

El *casus belli* que buscaban llegó en 150. Ese año, la facción democrática de Cartago —término que ya hemos visto que se refería a la mayoría de sus ciudadanos— expulsó a cuarenta hombres de Masinisa que trabajaban como una quinta columna dentro de la ciudad. Los desterrados se refugiaron junto al rey, y este envió a Cartago a sus hijos Micipsa y Gulusa para exigir que aquellos hombres fueran readmitidos. Los cartagineses no solo no les hicieron caso, sino que ni siquiera les dejaron entrar en la ciudad, e incluso se produjo un ataque contra su comitiva en el que murió un ayudante de Gulusa.

Como respuesta, Masinisa invadió el territorio púnico y asedió la ciudad de Horoscopa, cuya localización exacta se desconoce. Puesto que el tratado con Roma había caducado, las autoridades cartaginesas decidieron

que no tenían por qué pedirle permiso para actuar y movilizaron a veinticinco mil infantes y cuatrocientos jinetes dirigidos por un general llamado Asdrúbal. Era un ejército muy corto de caballería, pero recibió refuerzos cuando dos caudillos nómadas llamados Asasis y Suba y sus seis mil jinetes desertaron de las filas de Masinisa. Aunque Apiano no lo explique, parece obvio que esa desertión no fue improvisada, sino que Asasis y Suba ya llevaban un tiempo en tratos con los púnicos.

Tras algunas escaramuzas favorables a los cartagineses, Masinisa se retiró hasta llegar a una gran explanada desértica y rodeada de colinas y quebradas. Allí acampó, y Asdrúbal tomó posiciones en una elevación cercana.

La batalla, por mutuo acuerdo, se libró al día siguiente en la llanura. Un tribuno militar romano la presencié desde otro monte. Se trataba de Escipión Emiliano, que venía desde Hispania enviado por el general Licinio Lúculo para pedirle elefantes de guerra a Masinisa. Escipión comentaría más tarde a sus amigos que se había sentido como un espectador en un teatro, o más bien como Júpiter desde el monte Ida contemplando la guerra de Troya.

El combate se prolongó hasta que oscureció, y se produjeron muchas bajas por ambos bandos. El resultado favoreció a Masinisa, aunque no fue tan determinante como para considerarlo una gran victoria.

Por la noche, Escipión se presentó en el campamento nómada. Una vez allí, lo condujeron ante el rey, que lo saludó con gran cortesía, ya que había sido amigo de su abuelo Escipión Africano. A Escipión, por su parte, le sorprendió la vitalidad de Masinisa. A sus ochenta y ocho años, había dirigido a sus tropas cabalgando a pelo como buen nómada. Su estado físico era envidiable, y para demostrarlo, la víspera de la batalla lo habían visto en pie delante de su tienda masticando pan duro.

Normalmente los tribunos militares eran bastante jóvenes, pero Escipión tenía treinta y cinco años: si se había presentado voluntario al puesto era para dar ejemplo a otros nobles, puesto que nadie quería ir a la guerra de Hispania. Con esa edad y siendo hijo biológico de Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, y nieto adoptivo del gran Escipión Africano, poseía ya suficiente prestigio como para que tanto los nómadas como los cartagineses le pidieran que arbitrara en el conflicto.

Y así hizo Escipión. Al principio, Asdrúbal aceptó las condiciones: los cartagineses se resignarían a que Masinisa se quedase con el territorio conquistado, e incluso le darían doscientos talentos de plata inmediatamente y ochocientos más a plazos. Pero cuando el rey exigió además que le fueran entregados los caudillos desertores y sus seis mil jinetes, Asdrúbal se negó.

Aquello rompió las negociaciones. Mientras Escipión regresaba a Hispania con sus elefantes, Masinisa cercó a los cartagineses en el monte donde estaban acampados.

En aquellos parajes desolados no había nada que comer. Cuando agotaron sus provisiones, los cartagineses devoraron todo lo que tenían a mano. Primero cayeron las acémilas y después los caballos. Tanta hambre pasaban que llegaron a hervir los arneses de cuero para poder masticarlos y, como no tenían leña, usaron de combustible sus propios escudos. Para colmo, sin agua y bajo el sol, los muertos causaban una terrible pestilencia, ya que no podían tan siquiera sacarlos del campamento.

Cuando ya no soportaban más aquella situación inhumana, los púnicos se rindieron sometiéndose a condiciones más duras que las que habían rechazado al principio. Además de entregar a los desertores, acordaron recibir de nuevo en Cartago a los agentes del rey, y darle a este una indemnización de cinco mil talentos pagadera en cincuenta años. Con un plazo tan largo, Masinisa estaba pensando en sus hijos y el futuro de su reino; a no ser que su salud y su longevidad le hubieran hecho creer que de verdad iba a vivir para siempre.

Los cartagineses, para colmo, tuvieron que soportar la humillación de pasar entre sus enemigos, vestidos tan solo con una túnica, y aguantar sus insultos y escupitajos. Como toda situación es susceptible de empeorar, mientras regresaban a la ciudad desarmados, Gulusa los atacó con un escuadrón de caballería y mató a muchos de ellos.

La victoria para Masinisa era total. Había destruido al ejército de Cartago y reducido su territorio a una estrecha franja pegada al mar, y para mayor satisfacción el acuerdo le permitía seguir extorsionando a su enemigo. Ahora que el tratado con la República había prescrito, Cartago se acababa de convertir en realidad en vasalla de Masinisa, no de Roma.

Eso era algo que, como ya hemos comentado, los romanos no podían

consentir, de modo que inmediatamente empezaron a reclutar un ejército. Su pretexto para tomar represalias contra Cartago era que esta se había atrevido a declararle la guerra a Numidia sin pedir permiso a Roma. ¿Seguía en vigor en ese aspecto el tratado de paz de 201? Al parecer, los cartagineses pensaban que no y los romanos que sí. Nosotros no vamos a enfangarnos ahora en esa cuestión.

Por si acaso, los cartagineses enviaron una embajada a Roma para preguntar cómo podían evitar la guerra. Antes, con el objetivo de congraciarse al senado romano, condenaron a muerte a Asdrúbal y Cartalón como incitadores de la guerra contra Masinisa. El primero se salvó porque no llegó a presentarse en Cartago, sino que se hizo fuerte en la ciudad de Néferis con los restos del ejército y otros hombres que pudo reclutar. De Cartalón no se vuelve a saber nada en esta historia, así que es posible que le echaran el guante. En tales casos, el destino para un líder fracasado era la crucifixión.

En Roma, los senadores se hicieron los misteriosos. Si Cartago no quería guerra, respondieron, debía dar satisfacción al pueblo romano. Pero no explicaron en qué consistía esa satisfacción ni a los embajadores ni a los miembros de una segunda legación.

Mientras tanto, los preparativos bélicos seguían en marcha y los diplomáticos y los espías actuaban entre bambalinas. Útica, la segunda ciudad del territorio púnico, que distaba unos cuarenta kilómetros de Cartago, se pasó al bando romano. Teniendo en cuenta que medio siglo antes había sido el puerto elegido por Escipión para desembarcar en África, aquello suponía un presagio siniestro para los cartagineses.

A principios de 149 los senadores se reunieron en el Capitolio y aprobaron una declaración de guerra, que fue refrendada en los comicios por centurias. En contra de la costumbre, el senado no encomendó las operaciones a un solo cónsul, sino a los dos de aquel año. Manio Manilio, que hasta entonces había destacado más como orador y jurista que como general, mandaría las legiones, mientras que Marcio Censorino dirigiría la flota.

Eso demuestra que esta campaña no era la de Hispania y que había bofetadas para apuntarse. De hecho, no surgieron problemas para encontrar reclutas. El doble ejército consular, formado por más de cincuenta mil hombres, embarcó en una flota formada por cincuenta

quinquerremes, cien naves de combate ligeras y un número indeterminado de barcos de transporte. Con ellos viajaba Escipión Emiliano, de nuevo con el puesto de tribuno militar.

Los cartagineses enviaron una nueva embajada a Roma. El senado dijo a los diplomáticos que, si entregaban como rehenes a trescientos niños de las mejores familias de la ciudad y obedecían el resto de sus instrucciones, Cartago conservaría su libertad y sus territorios. Fue una respuesta bastante cínica, puesto que la guerra ya estaba más que decidida.

Dispuestos a casi todo por evitar una contienda que sabían que estaban condenados a perder, los cartagineses obedecieron, eligieron a trescientos críos y los embarcaron para enviarlos a Lilibeo, en Sicilia, donde se hallaban los cónsules con sus tropas. Aquí el historiador Apiano da rienda suelta a su pluma y se extiende unas cuantas líneas describiendo cómo las madres se arrancaban los cabellos, se arañaban los pechos e incluso se arrojaban al agua nadando detrás del barco que se llevaba a sus hijos. Adornos retóricos aparte, lo cierto era que estaban entregando a aquellos niños como rehenes sin condiciones y sin saber si les iba a servir para algo.

Y, de momento, no sirvió. Los cónsules se limitaron a enviar a los trescientos chicos a Roma, y después zarparon de Lilibeo y desembarcaron en Útica.

Allí acudió una nueva legación cartaginesa. Manilio y Censorino los recibieron sentados en un alto estrado, rodeados de tribunos y legados. Para humillar todavía más a los embajadores, les obligaron a quedarse abajo, al otro lado de un cordón. Ante ellos, todo el ejército formaba con las armas relucientes como para un desfile.

Los cartagineses estaban dispuestos a ofrecerse en *deditio in fidem*, una rendición incondicional. Censorino les exigió que empezaran por entregar todas sus armas. Los embajadores preguntaron cómo se defenderían entonces de Asdrúbal, el general al que habían condenado a muerte, pues se hallaba acampado cerca de Cartago con un ejército de veinte mil hombres y suponía una amenaza para la ciudad. «Dejad que yo me encargue de Asdrúbal», respondió Censorino.

Los cartagineses no tuvieron otro remedio que aceptar. En la entrega

del armamento ejerció de mediador Escipión Násica, que mantenía buenas relaciones con los púnicos. Un enorme convoy viajó de Cartago a Útica. Según las fuentes antiguas, aquellos carromatos llevaban dos mil catapultas de diversas clases y la friolera de doscientas mil panoplias; es decir, el equipo completo para armar a doscientos mil hombres.

El número de catapultas parece exagerado. El de panoplias es simplemente imposible. ¿Para qué querrían los cartagineses armar a doscientos mil hombres, un ejército que ni tenían ni habían tenido en su vida? Una posibilidad es que esa cifra se refiera a piezas individuales: yelmos, escudos, lanzas, corazas, etc. La otra, más sencilla, es que los romanos falsearan las cuentas para demostrar que la amenaza de Cartago era real (pensemos en ciertas «armas de destrucción masiva»).

En cualquier caso, los cartagineses entregaron a los romanos armas suficientes como para demostrar que su rendición iba en serio. Sin embargo, Censorino, que seguía un plan ya decidido, fue mucho más allá. «Abandonad Cartago —exigió—. Llevaos todo lo que queráis con vosotros y asentaos al menos a quince kilómetros del mar, pues hemos decidido arrasrar vuestra ciudad hasta los cimientos».

Los embajadores acogieron estas palabras como era de esperar, arrastrándose por el suelo, rasgándose las vestiduras y arañándose el cuerpo. Expresiones que hoy día suenan tópicas, pero que en aquel entonces eran gestos que formaban parte del lenguaje corporal. Censorino, como si se dejara conmover, les dijo que no lo destruirían todo: al menos respetarían sus templos y sus tumbas, y les dejarían visitarlos de cuando en cuando.

Cuando los enviados regresaron a la ciudad, el *adirim*, el senado de Cartago, rechazó la propuesta. La reacción popular fue mucho más violenta: los senadores que habían aceptado entregar a los rehenes fueron despedazados por la multitud, al igual que muchos mercaderes itálicos que residían en Cartago o estaban de paso. La ira se mezcló con el miedo, la incredulidad y la consternación. Como cuenta Apiano:

Algunos increpaban a sus dioses por no haber sido capaces de defenderlos. Otros acudían a los arsenales y lloraban al verlos vacíos, o corrían a los muelles y gemían por las naves que habían entregado a aquellos hombres sin palabra. Había quienes llamaban a los elefantes por sus nombres como si siguieran allí, y se maldecían a sí mismos y a sus

antepasados por no haber perecido espada en mano junto con su país en lugar de pagar tributo y renunciar a sus elefantes, sus barcos y sus armas. (BP, 92).

Pasado el primer estupor, todos se pusieron en acción con la presteza propia de aquella ciudad tan diligente y emprendedora. El *adirim* despachó emisarios a los cónsules para solicitar un armisticio de treinta días, con el fin de enviar una nueva embajada a Roma. En realidad, su único propósito era ganar tiempo. De puertas adentro, el *adirim* declaró la guerra. Como medida de emergencia, anuló la condena a muerte de Asdrúbal y le envió mensajeros a Néferis para pedirle que organizara las operaciones para defender Cartago desde el exterior con sus tropas.

Dentro de las murallas, nombraron jefe de las defensas a otro Asdrúbal, un individuo que tenía algo de sangre nùmdida, pues era hijo de una hija de Masinisa. Asimismo, se decretó la libertad para los esclavos que defendieran su ciudad. Con el fin de reemplazar las armas que habían entregado, los templos y edificios públicos se convirtieron en talleres y herrerías donde hombres y mujeres trabajaban y comían juntos por turnos, en una muestra de auténtica economía de guerra.

Pensar en las cartaginesas trabajando en aquellos talleres evoca lo que ocurrió en Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, y la influencia que eso tuvo en la segunda fase del movimiento de liberación femenino. Demostrando su compromiso con la patria, muchas mujeres se cortaron los cabellos para que los ingenieros los utilizaran en los mecanismos de torsión de las catapultas.

Primeros asaltos

Pasados unos días, el doble ejército consular se puso en marcha hacia Cartago. Cuando los cónsules pidieron ayuda a Masinisa, este respondió con ciertas reservas, diciéndoles que les enviaría refuerzos en cuanto le diera la impresión de que los necesitaban. Estaba muy molesto con Roma. Desde su punto de vista, era comprensible. Tras décadas provocando y hostigando a los cartagineses, cuando por fin había conseguido sacarlos al campo de batalla y derrotarlos, llegaban los romanos con la mano abierta para recoger la fruta madura que estaba a

punto de caer.

En este punto de su relato, Apiano hace una descripción de Cartago que viene muy bien para comprender mejor cómo transcurrió el asedio. La ciudad estaba construida sobre un promontorio unido al resto del continente por un istmo de unos cinco kilómetros de anchura. Tanto el istmo, situado al oeste, como la parte sur de la ciudad estaban protegidos por una triple fortificación, con torres de vigilancia de cuatro pisos repartidas a intervalos de sesenta o setenta metros. La muralla en sí medía quince metros de alto y tenía diez de espesor. Por su interior corrían dos series de bóvedas formando dos pisos. En el inferior había establos para trescientos elefantes y en el superior, cuadras para cuatro mil caballos, amén de almacenes para el pienso y el forraje de ambas especies.

Por el norte y el este, donde la ciudad limitaba con el mar, la muralla era simple, pero de altura igualmente imponente. En el rincón sureste se abría un entrante natural que se podía bloquear con una cadena y que daba paso al Cotón, un complejo formado por dos puertos. El primero era rectangular y de uso comercial, mientras que el segundo era circular y daba servicio a los barcos militares. En el centro de este último había una pequeña isla con hangares cubiertos que podían albergar hasta doscientas veinte naves.

Únicamente había un punto en las defensas que podía calificarse como «débil». Al sur, entre el lago de Túnez y la entrada del puerto, se extendía una lengua de tierra de cien metros de anchura. En ese sector el muro no era triple, sino simple, y estaba más descuidado.

Pese a estos formidables baluartes, cuando los romanos llegaron ante la ciudad pensaron que no tardarían en tomarla. Tenían sus buenas razones: los cartagineses habían entregado sus armas y la mayor parte de lo que podía considerarse su ejército se encontraba con Asdrúbal en Néferis. Todo les hacía pensar que la población se hallaba aterrorizada y desmoralizada.

Sin aguardar más, ambos cónsules atacaron a la vez, Manilio por el istmo y Censorino por el supuesto punto débil con barcos y hombres de a pie. El asalto, cuyo propósito era poner a prueba las defensas, fue más una tentativa que una ofensiva de verdad. Para sorpresa de los romanos, los cartagineses los rechazaron con más brío del previsto.

Cuando un segundo asalto más en serio también fracasó, los cónsules decidieron construir dos campamentos, uno a orillas del lago y otro en el istmo. Puesto que no traían suficientes máquinas de guerra, enviaron partidas de hombres para traer madera.

Mientras tanto, el Asdrúbal que mandaba las tropas del exterior trajo a sus soldados al otro lado del lago y se dedicó a hostigar a los romanos. El comandante de su caballería, Himilcón Fámeas, atacó a los hombres que buscaban leña y provocó una escabechina en la que cayeron quinientos del bando romano. A partir de ese momento, las partidas de leñadores y forrajeadores tuvieron que andar con mucho más cuidado.

Tras un tercer asalto fallido, los cónsules ordenaron construir dos arietes de tamaño descomunal. Los artefactos de ese tipo se protegían con un mantelete construido a modo de tejado de madera a dos aguas y cubierto con pieles empapadas para evitar el fuego. Dentro de cada mantelete había un tronco gigantesco colgado de cadenas que servía para balancearlo y darle más impulso en el choque.

Los dos arietes eran tan grandes que los romanos tuvieron que rellenar parte del lago para llevarlos hasta la muralla. Allí empezaron a batir una y otra vez contra los sillares de la pared exterior, hasta que consiguieron abrir una brecha y a través de ella tuvieron el primer atisbo del interior de la ciudad.

Los cartagineses acudieron a proteger aquel hueco en sus defensas y tras una encarnizada lucha consiguieron rechazar el ataque en las últimas horas de la tarde. Durante la noche, mientras trataban de reparar los daños a toda prisa, una partida de guerreros salió en la oscuridad con la intención de prender fuego a los arietes. Aunque no los destruyeron del todo, lograron dejarlos inservibles por un tiempo.

En cuanto amaneció, los romanos vieron que todavía quedaban grietas abiertas en la muralla y lanzaron una ofensiva. Fue demasiado precipitada, porque la abertura no era lo bastante grande para que se introdujeran en gran número. Los soldados que entraron se vieron rodeados y, al mismo tiempo, acribillados por todo tipo de proyectiles desde los edificios aledaños. Cuando se retiraron a toda prisa y en desorden, quienes les cubrieron las espaldas fueron los hombres del tribuno Escipión Emiliano.

Esta fue la primera ocasión en que Escipión destacó durante el asedio, pero no sería la última. Sin dudar de sus virtudes militares, hay que recordar que la fuente principal de la que bebe este relato es Polibio, que había sido su tutor y que era íntimo amigo suyo. Aunque los libros de Polibio relativos a la Tercera Guerra Púnica nos hayan llegado reducidos a fragmentos, su influencia es evidente en Apiano y los demás autores. Eso explica que el foco alumbre tan a menudo a Escipión cuando, como en toda campaña de esta magnitud, es inevitable que destacaran asimismo muchos otros centuriones, tribunos y soldados.

Poco después, tras meses de estar ausente del cielo, reapareció Sirio, la estrella del perro. Su orto heliaco marcaba la canícula, la época más calurosa del año. El cónsul Censorino había levantado su campamento junto a la laguna, que en verano se infestaba de mosquitos. Para colmo, los muros de Cartago eran tan altos que impedían que llegara la brisa marina y saneara el aire, de modo que Censorino tuvo que trasladarse a la lengua de tierra que separaba la laguna de las aguas del golfo de Cartago, y ordenó que la flota amarrara en las cercanías.

Los defensores cartagineses, demostrando su ingenio, subieron decenas de barcas al parapeto que protegía el puerto, las ataron con sogas y las descolgaron por fuera en un tramo de muralla que quedaba fuera de la vista de Censorino y sus hombres. Una vez en el agua, las llenaron de ramas secas, azufre y pez y las remolcaron a lo largo del muro. Cuando los botes aparecieron ante la vista del enemigo, sus tripulantes izaron las velas. Aprovechando que el viento soplaba hacia la flota romana, se arrojaron al agua y dejaron que las barcas siguieran solas su camino. Mientras tanto, los hombres de las murallas dispararon flechas incendiarias contra los botes y los convirtieron en auténticos brulotes que, al chocar contra las naves romanas varadas, prendieron fuego a muchas de ellas.

Habían pasado ya varias semanas. La campaña que tan fácil se imaginaban los romanos prometía alargarse. Censorino tuvo que regresar a Roma para presidir las elecciones consulares del año 149. Manilio, que quedó como único general a cargo de la expedición, reforzó su campamento con un muro y construyó un fuerte junto al mar para proteger los barcos.

Durante este tiempo, no dejaron de sufrir el acoso de los jinetes de Himilcón Fámeas. La caballería, limitada a la hora de chocar contra tropas

de infantería en formación cerrada, era el arma perfecta para perseguir y cazar a las patrullas que buscaban leña o forraje.

Para evitar estas incursiones, Manilio decidió asestar un golpe de mano. Con la característica agresividad romana, el cónsul lanzó un ataque contra el campamento de Asdrúbal, que estaba en Néferis, a unos quince kilómetros al suroeste de Cartago. Escipión, aunque lo acompañó, manifestó su desaprobación, ya que había que atravesar una zona que era prácticamente un desfiladero y las alturas las ocupaba el enemigo.

Al llegar a la vista del cuartel de Asdrúbal, los romanos comprobaron que tenían que bajar un declive, atravesar un río y después cargar cuesta arriba. Escipión volvió a desaconsejarlo. Cuando los demás tribunos se burlaron de su excesiva prudencia, propuso que al menos levantaran un campamento al que pudieran retirarse si las cosas iban mal. Esta segunda sugerencia, que no era más que el abecé del manual del buen legionario, también fue desdeñada.

Los romanos cruzaron el río y se enzarzaron en una sangrienta refriega contra el enemigo. Al cabo de un rato, Asdrúbal, que sí tenía un campamento fortificado a sus espaldas, se retiró. Por su parte, las tropas de Manilio recularon hacia el río en formación. Pero cuando llegó el momento de vadear la corriente no les quedó otro remedio que separarse por grupos. En ese momento, la caballería de Asdrúbal atacó y mató a muchos hombres; entre otros, a tres de los tribunos que habían tildado a Escipión de timorato.

Escipión, por su parte, se destacó de nuevo aquel día protegiendo la retirada de sus compañeros con dos escuadrones de caballería. Pero sus gestas no quedaron allí. Cuando estuvieron al otro lado del río, lejos del alcance de los enemigos, los soldados de Manilio comprobaron que cuatro de sus unidades se habían quedado rezagadas. Al ver que tenían cortada la retirada, aquellos hombres se habían refugiado en una colina.

Eran entre quinientos y dos mil legionarios, según interpretemos el término *speitai* de Apiano como manípulos o como cohortes. En cualquier caso, demasiados como para abandonarlos a su suerte. Sin embargo, la mayoría de sus compañeros, desmoralizados por los reveses anteriores, preferían darlos por perdidos antes que arriesgarse a entablar un nuevo combate.

Escipión, que hasta ese momento no había hecho más que aconsejar prudencia a los demás, aseguró que llegada una emergencia como aquella ya no era momento de deliberar, sino de actuar con intrepidez, pues corrían peligro muchos camaradas y estandartes. Aquí Apiano, como todos los autores antiguos, incide en la importancia de los símbolos militares, reflejando la devoción que sentían por ellos los soldados.

Tras elegir voluntarios de la caballería, Escipión les ordenó que cogieran raciones para dos días (en eventualidades similares, cuando se preveía que no podrían cocinar, el alimento elegido era el *buccellatum*, una especie de bizcocho o pan seco). Después cruzó el río de nuevo, tomó una colina cercana a aquella en la que se defendían sus compañeros y no tardó en poner en fuga a los hombres de Asdrúbal que los sitiaban. La salvación de aquellas cuatro unidades fue la única buena noticia de aquella jornada, que terminó con el propio Escipión parlamentando con Asdrúbal para que le devolviera los cadáveres de los tribunos caídos.

A principios del año 148, cuando las noticias de los últimos contratiempos llegaron a Roma, el senado decidió recurrir a la ayuda de Masinisa, a quien hasta entonces habían tenido postergado. Pero este acababa de morir, a los noventa años. A lo largo de una vida tan activa había tenido tantos hijos que, incluso con los elevados porcentajes de mortalidad infantil de la época, siempre habían vivido simultáneamente al menos diez de ellos.

Tres de sus vástagos eran legítimos: Micipsa, Gulusa y Mastanábal. Al menos, según el punto de vista de los historiadores romanos; es posible que más que legítimos debamos considerarlos hijos de las esposas o concubinas favoritas. En cualquier caso, el último deseo de Masinisa era que, debido a los viejos vínculos de amistad y hospitalidad que había mantenido con el abuelo de Escipión Emiliano, este fuera el albacea de su testamento y se encargara de repartir el reino entre sus tres herederos.

Así pues, Escipión tuvo que ausentarse del campamento romano durante unos días para viajar a Cirta, donde se hallaba la corte real de Numidia. Cuando llegó, Masinisa ya llevaba tres días muerto.

Sobre lo que ocurrió con sus hijos y demás descendientes hablaremos con detenimiento más adelante, ya que fue el origen de otra guerra en la que los romanos se involucraron mucho más de lo que habrían deseado. Por el momento, baste con saber que Escipión organizó

todo como quería Masinisa o como pensó que mejor convenía a Roma. Terminadas las gestiones, convenció a Gulusa, el más belicoso de los tres hermanos, para que lo acompañara a Cartago con tropas de refuerzo.

Cuando Escipión apareció de regreso con Gulusa, su prestigio entre la tropa creció todavía más. Gracias a los escuadrones de caballería nómada y a sus unidades de infantería ligera, que eran capaces de aguantar el paso de los caballos, los romanos lograron acabar con las correrías de Himilcón Fámeas.

En la primavera, sabiendo que estaba a punto de llegar un nuevo cónsul, Manilio decidió resarcirse de su primer fiasco y atacó de nuevo el campamento de Asdrúbal en Néferis. En esta ocasión llevó comida para quince días y rodeó a su enemigo con una zanja y una valla, tal como debió hacer antes. Pero no consiguió nada y se retiró cuando se les acabaron las provisiones, con tanto descrédito como antes.

El único que sacó provecho de aquella operación fue, de nuevo, Escipión Emiliano, que consiguió que Himilcón Fámeas desertara con más de dos mil hombres. En casos como este, igual que había sucedido con las tropas de Gulusa, se establecía un vínculo personal entre patrón y cliente que, si bien resultaba beneficioso para Roma, aumentaba sobre todo el prestigio de Escipión.

Aprovechando el momento, Escipión, con permiso de Manilio, decidió regresar a Roma y presentar allí a Fámeas como nuevo aliado. Antes de embarcar, miles de soldados lo aclamaron en el puerto y le pidieron que regresara a África como cónsul, ya que estaban convencidos de que únicamente él podía acabar bien con aquel asedio.

Sin duda, se había convertido en el hombre del momento, por lo que no está de más que centremos nuestra mirada en él. Escipión era hijo de Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, de modo que el nombre que recibió en su *dies lustralis* fue *Lucio Emilio Paulo*. A los pocos años su padre se lo entregó en adopción a *Publio Cornelio Escipión*, primogénito del vencedor de Zama, un hombre de mala salud que no había tenido hijos de su esposa.

La adopción era una práctica muy frecuente en Roma. Cuando un varón no tenía descendencia, adoptar al hijo de otro matrimonio era un modo de asegurar que no se perdiera el nombre de la familia y que los dioses domésticos siguieran recibiendo culto.

El procedimiento ritual era complicado y al mismo tiempo peculiar. El padre biológico llevaba a cabo una venta ficticia de su hijo hasta tres veces. En las dos primeras, el adoptante compraba literalmente a su nuevo hijo, después lo manumitía y el niño regresaba a la patria potestad de su padre.

Cuando se producía la tercera venta, según el código de las Doce Tablas («Si un padre vende tres veces a su hijo como esclavo, el hijo quedará libre del padre»), el hijo quedaba definitivamente emancipado de su progenitor. Entonces el adoptante lo reclamaba, y a partir de ese momento pasaba a formar parte de su familia y recibía su nombre, añadiendo como *cognomen* el apellido de su familia biológica más el sufijo *-anus*. De este modo, el hijo de Emilio Paulo pasó a llamarse Publio Cornelio Escipión Emiliano.

A todos los efectos, un hijo adoptado era igual que uno carnal. Sin embargo, solía mantener la *cognatio* o lazo de sangre con su familia biológica. En el caso de Escipión Emiliano, él y su hermano, que había sido adoptado por Fabio Máximo, acompañaron a su padre en la batalla de Pidna, demostrando las buenas relaciones que existían entre ellos.

Esas relaciones se mantendrían toda la vida. Cuando Emilio Paulo murió, legó su fortuna a los dos hijos que había entregado en adopción, puesto que los otros dos nacidos de su segundo matrimonio habían muerto siendo niños. Escipión Emiliano renunció a su parte y se la entregó a su hermano natural Máximo Emiliano, a quien siempre estuvo muy unido.

Por herencia tanto de su familia natural como de la adoptada, y también por su viaje a Grecia, Escipión Emiliano fue siempre un gran amante de la cultura griega. Ya hemos comentado que fue alumno y amigo de Polibio, pero cultivó asimismo la amistad de otros intelectuales como el filósofo Panecio o los poetas Terencio y Lucilio.

Aunque podía pasar horas concentrado estudiando textos griegos, Escipión era también un gran amante de la caza y el ejercicio físico, y no vacilaba a la hora de pasar a la acción. Lo demostró durante su primer mando como tribuno en Hispania, donde mató en duelo singular a un cacique nativo y fue el primero en escalar la muralla de la ciudad de Intercacia.

Gracias a esa variedad de facetas, Escipión Emiliano se convertiría en modelo de conducta para personas de muy diferente talante. Lo fue para Cicerón, un intelectual sin nervio físico alguno; admiraba tanto como orador a Escipión que lo convirtió en personaje de varias de sus obras literarias. O para Cayo Mario, prototipo de militar chapado a la antigua que desdeñaba la cultura griega. Mario sirvió como tribuno de Escipión en Numancia e imitó toda su carrera, sus doctrinas, su disciplina férrea y su manera de inspirar a los soldados compartiendo sus peligros y sus penalidades.

Escipión no aplicó su intelecto privilegiado únicamente a cuestiones teóricas, sino que lo empleó con gran habilidad en el arte de la política. Las manifestaciones de apoyo de los legionarios que lo despidieron en el puerto eran en parte espontáneas y en parte orquestadas por él, y lo mismo podríamos decir de los cientos o miles de cartas que enviaron los soldados y oficiales del ejército a sus familiares en Roma poniendo a Escipión por las nubes. Todo estaba encaminado a un fin: conseguir el consulado y el mando del ejército africano.

Únicamente se le oponía un obstáculo, que no era baladí: todavía le faltaban cinco años para cumplir cuarenta y dos, la edad legal para ser cónsul, y además no había sido ni edil ni pretor, los peldaños anteriores del *cursus honorum*. Pero si su abuelo adoptivo había sorteado esas dificultades siendo incluso más joven, ya encontraría él alguna manera de hacer lo mismo.

Durante el resto del año 148, el asedio de Cartago no ofreció resultados espectaculares. Ni el nuevo cónsul Pisón ni su lugarteniente Mancino eran grandes generales. Ambos habían cosechado más derrotas que victorias durante su carrera previa en Hispania. Ahora que estaban en África, viendo que el asalto a las murallas de Cartago se antojaba imposible, intentaron tomar las ciudades de Aspis y de Hipagreta, y también fracasaron.

Roma seguía perdiendo prestigio a raudales, hasta el punto de que un tal Andrisco, supuesto hijo del rey macedonio Perseo, derrotó al ejército del pretor Publio Juvencio y se autoproclamó rey de Macedonia con el nombre de Filipo. En pleno asedio, Cartago aprovechó para firmar una alianza con este personaje.

Ahora, con el privilegio de mirar hacia atrás, el curso de la historia

nos suele parecer inevitable (para una visión radicalmente opuesta, recomiendo leer el interesantísimo libro *El cisne negro o el efecto de lo altamente improbable*, de Nassim Taleb). Pero en aquel momento, las legiones romanas estaban demostrando ser muy inferiores a las que habían vencido en Zama, Cinoscéfalos o Pidna ¿Qué impedía a los pueblos tantas veces humillados hacerse ilusiones y soñar con que el odiado conquistador estuviera a punto de hundirse?

La percepción del presente siempre es más confusa que la del pasado, lógicamente. Desde que puedo recordar, he oído predecir la inminente caída de Estados Unidos. No obstante, pese a reveses, errores y momentos muy difíciles (pensemos que al final del mandato de Carter el prestigio del país se arrastraba tanto como el de Roma en el año 148 a.C.), Estados Unidos todavía se mantiene como potencia hegemónica. Ahora bien, ¿qué ocurrirá en el futuro? Como siempre, acertarán quienes emitan su oráculo a toro pasado, un privilegio de los historiadores.

La campaña de Escipión

Mientras en Cartago se combatía sin fruto alguno, en Roma todos opinaban que Escipión era el hombre del momento. Incluso antes de su regreso a la ciudad, un enemigo tradicional de su clan como Catón el Viejo lo había elogiado en público. Curiosamente, pese a sus prejuicios antihelenos, Catón escogió para hacerlo unos versos de Homero donde alababa al adivino Tiresias: «Solo él posee sabiduría y razón, los demás son sombras fugaces».

Cuando Escipión llegó a Roma, Catón ya había muerto a la respetable edad de ochenta y cinco años. No tan viejo como Masinisa, pero con él también desaparecía uno de los últimos supervivientes de la Segunda Guerra Púnica.

Por la edad de Escipión, treinta y seis o treinta y siete años, y por los cargos que había desempeñado, su siguiente paso en la carrera política era presentarse a edil curul, y eso fue lo que hizo. Pero cuando llegó el día en que los comicios por centurias debían elegir a los dos nuevos cónsules, los ciudadanos se saltaron las normas y lo votaron en masa a él.

Era algo irregular se mirara como se mirara. Como ya hemos comentado, Escipión no tenía la edad requerida ni había pasado antes por los cargos inferiores. Pero lo más llamativo era que su nombre ni siquiera estaba en la lista de candidatos.

He utilizado el término «irregular», y no «ilegal». Pues en Roma la legalidad se basaba en la costumbre y solía supeditarse a un hecho: pese a que por muchas razones el régimen de la República no podía definirse como una democracia, lo cierto es que las asambleas del pueblo eran soberanas prácticamente para todo. Y ahora la asamblea por centurias se había empeñado en nombrar cónsul a Escipión.

Cuando Postumio Albino, el cónsul en ejercicio que presidía las elecciones, trató de convencer a los votantes de que así no se podía actuar, un tribuno de la plebe amenazó con anular todo el proceso electoral si no se respetaba la voluntad del pueblo. Ante este callejón sin salida, el senado permitió a los tribunos que durante un año anularan la *lex Villia Annalis* que fijaba la edad mínima para cada cargo.

El otro cónsul electo era Livio Druso, que también ambicionaba el mando de las tropas de África. Cuando propuso que el nombramiento se sorteara como era habitual, un tribuno, probablemente el mismo de antes, volvió a saltarse a la torera las costumbres y presentó ante la asamblea la asignación de las provincias, que hasta entonces había sido monopolio del senado, al igual que toda la política exterior.

Como cabía esperar desde el principio, fue Escipión quien recibió el mando. Además, se le permitió rellenar las bajas del ejército de África con reclutas y alistar a todos los voluntarios que se presentaran.

En cierto modo, la carrera de Escipión anticipaba la de su tribuno en Numancia, Cayo Mario, que cuarenta años después obtuvo el mando de una provincia del mismo modo, por votación de la asamblea popular. Pero no conviene extrapolar demasiado, pues en el año 148 no sucedió nada que pudiera definirse como «revolucionario». Mientras que Mario les echó más de un pulso a los demás senadores, para quienes él no era más que un advenedizo, Escipión, vinculado con dos poderosas familias, gozaba de mucho predicamento entre los *patres conscripti*.

Leyendo las fuentes antiguas, da la impresión de que lo ocurrido pilló por sorpresa a Escipión, quien se resignó modestamente a aceptar la

voluntad del pueblo romano y ejercer de salvador de la patria. Pero es obvio que no hubo nada de improvisado en su elección como cónsul. Había realizado una hábil campaña que empezó con sus actuaciones como tribuno en Cartago y que continuó con el diluvio de cartas que llegaban del ejército de África, aquel peculiar *mailing* que durante varios meses invadió Roma.

Escipión y sus refuerzos tuvieron que entrar en acción el mismo día que llegaron a Cartago. Mancino, que mandaba la flota, había aprovechado un punto débil para tomar parte de la muralla. Pero luego se quedó aislado en las alturas de un parapeto asomado a un barranco, con quinientos soldados y tres mil marineros, y sin provisiones. Después de pasar una noche muy apurada, Mancino y sus hombres se vieron rodeados por los defensores y formaron un círculo defensivo, una maniobra desesperada. Cuando ya estaban a punto de ser arrojados desde lo alto, la flota de Escipión apareció a la vista.

El nuevo cónsul podría haber aprovechado aquella brecha en las defensas para lanzar un asalto. Pero sabía que era prematuro: todavía tenía que moldear al ejército para convertirlo en una herramienta de su voluntad. De modo que se limitó a rescatar del aprieto a los soldados y marinos de Mancino, y después evaluó la situación.

La disciplina de las legiones que le entregó Pisón dejaba mucho que desear. Seguramente ya era mediocre en el año 149, cuando Escipión sirvió como tribuno con Manilio. Pero entonces no podía hacer nada, mientras que ahora poseía el *imperium* de un cónsul de Roma y podía actuar con la contundencia que había heredado de su padre biológico, un hombre de carácter muy fuerte.

Para empezar, Escipión limpió el campamento expulsando a prostitutas, vendedores ambulantes y muchos supuestos voluntarios que se habían adherido a las legiones con el único propósito de conseguir botín. Todos aquellos que no eran militares tuvieron que abandonar el campamento ese mismo día. Tan solo se les permitiría venir a vender comida, y con la condición de que fuese apropiada para el ejército. Es decir, trigo sin moler, queso, panceta: nada de manjares refinados que solo servían para engordar el estómago y debilitar el espíritu.

A los demás, Escipión los increpó con la misma dureza que sabía usar Emilio Paulo en sus discursos: «¡Parecéis más ladrones que soldados,

más fugitivos que guardianes y más mercachifles que conquistadores! Os estáis dedicando a buscar lujos en mitad de una guerra cuando todavía no habéis vencido. Pero yo no he venido aquí a robar, sino a conquistar, ni a pedir dinero antes de vencer, sino a derrotar al enemigo».

Cuando juzgó que sus tropas ya estaban preparadas, Escipión lanzó un asalto nocturno contra Megara, un barrio muy populoso situado en la parte norte de la ciudad. Al mismo tiempo que otras unidades llevaban a cabo una maniobra de distracción atacando en el sector sur, Escipión y los hombres que había elegido corrieron hacia la muralla. Mientras los defensores empezaban a dispararles desde arriba, los romanos descubrieron que junto al muro se levantaba una torre que pertenecía a un ciudadano privado y que posiblemente fuese un monumento funerario.

Al ver que la torre estaba vacía, unos cuantos voluntarios se encaramaron a ella, saltaron sobre el adarve de la muralla y rechazaron a los defensores. Después abrieron las puertas para que Escipión entrara con cuatro mil hombres. La historia de esta torre, con esa mezcla de casualidad e incompetencia —¿por qué no la habían derribado o puesto una guarnición en ella?—, suena perfectamente verosímil.

Los defensores de aquel sector de la muralla, presos de pánico, se retiraron hacia el sur, a la ciudadela de Birsa. Pero Escipión no llegó a aprovechar la cabeza de puente que acababa de tender. Dentro ya de Cartago, él y sus hombres se encontraron atravesando una zona de huertos, jardines y setos que dibujaban un auténtico laberinto. Temiendo que sus tropas se dispersaran y extraviaran de noche en una ciudad poblada por cientos de miles de enemigos, ordenó la retirada.

A esas alturas del asedio, el general que dirigía las defensas era el Asdrúbal que había estado acampado en Néferis. Había obtenido el cargo convenciendo a los cartagineses de que el otro Asdrúbal, nieto de Masinisa, era un traidor, por lo que lo habían linchado.

Rabioso por el asalto de la noche anterior, Asdrúbal subió a la muralla a los prisioneros romanos y, ante la vista de sus compañeros de armas, los torturó sacándoles los ojos, cortándoles la lengua, despellejándolos vivos y arrojándolos finalmente al vacío. Aparte de crueldad, había algo de cálculo en sus actos: de esa forma, los cartagineses comprenderían que la rendición ya no era una opción, puesto que los romanos querrían vengarse por lo sucedido.

Por su parte, Escipión decidió apretar las clavijas a los sitiados. Para ello, pasó el resto del verano fortificando el istmo con zanjas sembradas de estacas puntiagudas, un terraplén con torres de vigilancia y una atalaya de cuatro pisos en el centro desde la que se controlaba todo. A partir de ese momento, ya no podía entrar nada por tierra (lo que nos hace pensar que el asedio hasta entonces no había sido lo bastante estricto).

Sin embargo, los defensores todavía recibían suministro por mar. Como ya vimos, Cartago tenía dos puertos, uno militar al norte y otro comercial al sur. Era este el que tenía salida al mar, una bocana de poco más de veinte metros de anchura. Para cegarla, los hombres de Escipión arrojaron piedras pesadas al fondo con la intención de usarlas de cimiento sobre el que levantar un terraplén.

Como respuesta, los cartagineses excavaron otro canal más al norte para unir el puerto militar con el mar, una obra que llevaron a cabo en el mayor secreto y en la que participaron mujeres y niños. Asimismo a escondidas, reciclaron toda la madera que pudieron para construir trirremes y quinquerremes. Según Frontino, como les faltaba esparto usaron de nuevo los cabellos de sus mujeres para trenzar las jarcias (*Estr.*, 1.7.3). Aunque puede que se hayan mezclado dos historias, tampoco es imposible, pues habían pasado ya dos años desde que recurrieron por primera vez a sus cabelleras para fabricar las catapultas.

Cuando llegó el día en que las naves estuvieron listas, los cartagineses abrieron el nuevo canal al amanecer, y una flota de cincuenta trirremes salió del puerto acompañada por muchas otras naves de guerra de menor tamaño.

Aquella súbita aparición pilló por sorpresa a los romanos. Si los cartagineses hubieran atacado entonces a la flota de Escipión, podrían haberla destruido, pues sus dotaciones estaban ocupadas en las obras de asedio y el combate en la muralla. Pero se limitaron a desplegarse y navegar como si hicieran una exhibición, y pasado un rato volvieron a entrar al puerto. Aunque Apiano no explica por qué actuaron así, es muy posible que las tripulaciones necesitaran unos días de adiestramiento para dominar aquellos barcos nuevos. Hace unos años, los experimentos del trirreme *Olympias* demostraron que coordinar a los remeros de una nave de guerra antigua era una tarea muy complicada que requería un tiempo de práctica.

Tres días después, la flota púnica volvió a salir y se libró una batalla naval en las aguas cercanas a la ciudad. Durante varias horas el resultado fue incierto. Mientras los trirremes y quinquerremes de ambos bandos intentaban abordarse y hundirse con los espolones, los botes de los cartagineses se arrimaban a los barcos romanos para hostigarlos como tábanos, tratando de taladrar sus cascos y romper sus remos y timones.

Por fin, cuando empezó a caer la tarde, los cartagineses decidieron refugiarse de nuevo en el puerto y probar suerte otro día. En primer lugar, se retiraron las embarcaciones pequeñas, protegidas por las naves de guerra. En ese momento, se demostró que a los tripulantes les faltaba pericia o les sobraba miedo. Las barcas empezaron a chocar entre sí, sus remos y sus jarcias se enredaron y se organizó un tremendo tapón en la bocana. Los navíos de guerra cartagineses, viendo que no podían pasar por ese cuello de botella, se dirigieron hacia un muelle exterior, construido al pie de las murallas para los barcos que no cabían en el puerto. Al llegar allí, amarraron los barcos con las proas y los espolones apuntando hacia fuera. La flota romana aprovechó para atacar y se entabló una segunda batalla igual de reñida que la primera. Al principio la suerte fue pareja, pero cuando cayó la noche y los trirremes púnicos se retiraron por fin al puerto, habían sufrido muchas más bajas que la flota romana.

Escipión se había fijado en aquel muelle exterior, y pensó que ofrecía una buena base de operaciones. Al día siguiente, sus tropas se apoderaron de él e instalaron catapultas y arietes con los que se dedicaron a golpear y batir la muralla.

Por la noche los defensores volvieron a demostrar su audacia y su ingenio con un nuevo contraataque. Un nutrido grupo de cartagineses salió nadando del puerto. Iban sin armas y prácticamente desnudos, tan solo provistos de antorchas que llevaban apagadas para no ser descubiertos y de bolsas impermeables con material para prender fuego.

Cuando llegaron al muelle, encendieron las teas y se dedicaron a quemar las máquinas de guerra. A la luz de sus propias llamas y sin ropa ofrecían un blanco fácil. Sin embargo, pese a la lluvia de flechas y lanzas que cayó sobre ellos, aguantaron sin emprender la huida y consiguieron destruir los artefactos enemigos.

Gracias al heroísmo de aquellos hombres, los cartagineses pudieron reparar la muralla. Pero Escipión era más tozudo que ellos y ordenó

construir nuevas máquinas. Tras reconquistar el muelle, levantó allí un muro, una obra que no terminó hasta el otoño de 147. Cuando estuvo finalizado, sus hombres dominaban la nueva entrada al puerto.

Durante el invierno, Escipión se dedicó a tomar las pocas ciudades que todavía ayudaban a Cartago. También, con la ayuda de la caballería nómada de Gulusa, derrotó al ejército que seguía acampado en Néferis. Con todo eso, a finales de año, Cartago se había quedado sin aliados y completamente aislada del mundo exterior.

Los cónsules elegidos para el año 146 fueron Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio. Pero Escipión mantenía sus influencias en el senado y no tuvo ningún problema para que le prorrogaran el mando sobre el ejército de África. Cuando terminó el invierno, decidió que la presa estaba madura. Había llegado el momento de lanzar la ofensiva final.

Asdrúbal, sospechando por dónde vendría el ataque principal, ordenó prender fuego a los almacenes y hangares que rodeaban el puerto comercial. Pero durante la noche, un destacamento mandado por Cayo Lelio, amigo personal de Escipión, logró entrar en el puerto militar y lo tomó.

A esas alturas, los defensores se encontraban tan debilitados por el hambre que apenas opusieron resistencia. Los romanos se abrieron paso hasta el Ágora, se apoderaron de ella y pasaron la noche allí. Por la mañana, Escipión trajo cuatro mil soldados más y se dirigió con ellos hacia la ciudadela de Birsa.

Por el camino, los hombres de Escipión se encontraron con el templo del dios Reshef, al que los romanos identificaban con Apolo. Entre la estatua del dios y otros adornos había allí más de treinta toneladas de oro. Los soldados entraron en el santuario, desenvainaron las espadas y se dedicaron a arrancar a tajo limpio las piezas de oro batido, haciendo caso omiso de las órdenes de sus oficiales. Pese a que Escipión era un general que sabía mantener una disciplina de hierro, lo que ocurrió en el templo demuestra cuáles eran las prioridades de los soldados y lo difícil que resultaba controlarlos en plena acción.

El último asalto se dirigió contra Birsa, que estaba unida a la plaza principal por tres calles a cuyos lados se alzaban edificios de hasta seis plantas. Desde el punto de vista antiguo, esas avenidas eran amplias, pero

medían tan solo entre cinco y siete metros de anchura y pronto se convirtieron en ratoneras para los atacantes. Los moradores de aquellos bloques y otros defensores que se habían refugiado en ellos empezaron a arrojar una lluvia de proyectiles, tejas y piedras sobre las cabezas de los romanos.

La batalla se convirtió en una auténtica operación de guerrilla urbana. Para seguir avanzando, los hombres de Escipión se vieron obligados a tomar casa por casa, y cuando llegaban al tejado de un bloque tendían planchas de madera para cruzar al edificio de enfrente y seguir combatiendo. Miles de personas luchaban y morían en las calles, las escaleras, las viviendas y los terrados de aquellos bloques, y había cuerpos de romanos y cartagineses por igual cayendo al vacío y aplastándose contra el pavimento o ensartándose en las lanzas de los que combatían abajo.

Por fin, los romanos lograron controlar la zona. Para despejar el acceso a la ciudadela y traer las máquinas, Escipión ordenó prender fuego a las casas. Las escenas que siguieron a continuación fueron aterradoras. Aunque Apiano da lo mejor de sí describiéndolas, prefiero ahorrar a los lectores los detalles más truculentos. Los romanos se dejaron llevar por la sed de sangre típica de los sitiadores que tomaban una ciudad y descargaron meses de frustración contra sus defensores, masacrando a hombres, mujeres y niños por igual.

Los romanos cerraron el cerco sobre Birsa, el último reducto, y aguardaron. Seis días más tarde, una comitiva con ramas de olivo salió de la ciudadela. Aquellos suplicantes dijeron a Escipión que los supervivientes se rendirían si les perdonaba la vida, y él aceptó. Poco después, cincuenta mil personas entre hombres y mujeres abandonaron Birsa.

No obstante, todavía quedaban dentro novecientos desertores del ejército de Escipión, pues este se había negado a concederles clemencia. Desesperados, aquellos hombres se refugiaron en el lugar más alto de la ciudadela, el templo de Eshmún (Esculapio para los romanos), un lugar casi inaccesible al que se llegaba por una estrecha y empinada escalera de sesenta peldaños.

Asdrúbal estaba con ellos. Pero el general cartaginés no tardó en escapar a hurtadillas para presentarse ante Escipión y pedirle clemencia,

también con una rama de olivo. Mientras tanto, el resto de los desertores incendiaron el templo y saltaron sobre las llamas. La esposa de Asdrúbal, que se encontraba con ellos, mató a sus dos hijos y los arrojó al fuego: por última vez, una madre cartaginesa sacrificaba a sus propios niños. Después, no sin antes llamar cobarde a su esposo desde las alturas, ella misma se inmoló en aquella gigantesca hoguera.

Se trata de un final a la altura de la tragedia *Medea* y muy apropiado para la leyenda de Cartago. Quién sabe, a lo mejor ocurrió de verdad: cuando una sociedad se acostumbra a un tipo de ficción puede acabar emulándola cuando llegan situaciones parecidas a las que esa ficción describe. O, por decirlo en menos palabras, la vida imita al arte.

Tal fue el final de Cartago. Los incendios duraron diez días, ya que los tejados de los edificios estaban impermeabilizados con brea. Mientras contemplaba las llamas y veía a sus hombres saqueando aquella ciudad que había florecido durante setecientos años, Escipión meditó sobre la fugacidad de los imperios. Pensando en cómo había caído Troya, y después de ella los asirios, los medos, los persas y los macedonios, lloró y recitó estos versos de la *Iliada*:

Llegará el día en que perezcan

la sagrada Troya y Príamo

y el pueblo de Príamo, el de la buena lanza.

El historiador Polibio, que estaba presente, le preguntó a qué se refería. «Es un momento glorioso, Polibio —respondió Escipión—. Pero temo que llegue el tiempo en que sea otro quien dé la orden de destruir mi patria». Un estudioso del pasado como él sabía que Roma acabaría cayendo igual que Cartago, pues tal es el destino de las cosas humanas.

Por una curiosa coincidencia, ese mismo año, al otro lado del Mediterráneo los romanos arrasaban hasta los cimientos otra ciudad que poseía una larga historia y había sido un importante emporio comercial: Corinto, en Grecia. Para muchos autores posteriores, el año 146 supuso un antes y un después en la historia de Roma y su imperio, y no para bien.

Los romanos se anexionaron los territorios que todavía le quedaban a Cartago y los convirtieron en la provincia de África. Las poblaciones que

les habían ayudado quedaron libres de impuestos, mientras que las demás tuvieron que pagar tributo. Una de las ciudades que se hallaba en el primer caso, Útica, se convirtió en capital de la provincia.

En cuanto a Cartago, cierta tradición cuenta que, cuando se apagaron los rescoldos, los romanos barrieron los últimos restos, araron la tierra y la sembraron de sal para que no volviera a crecer ni la mala hierba. En realidad, se trata de una invención de los historiadores posteriores; y no de los antiguos, sino de un autor del siglo XX que, tal como he leído en un ingenioso comentario, debió pensar que «una pizca de sal no le vendría mal a la historia». Cartago fue destruida, ciertamente, pero no con tal saña.

Tiempo más tarde, sobre las ruinas renació una nueva Cartago que, aunque dependía de Roma, creció y prosperó mucho con los emperadores. Algo perduró también de su sabiduría, ya que Escipión le regaló a Micipsa, hijo de Masinisa, miles de volúmenes que encontró en Cartago, y los romanos copiaron los tratados de agricultura de Magón. Para nuestra desgracia esos libros, como tantos otros tesoros del mundo antiguo, acabaron perdiéndose en la marea del tiempo.

En cuanto a Escipión Emiliano, regresó a la urbe y celebró su triunfo. Después de tantos años de guerras contra tribus hispanas a las que no se les podía saquear gran cosa, el pueblo romano disfrutó contemplando un botín como los que habían traído en su día los conquistadores de Grecia. Escipión tomó el mismo *cognomen* de su abuelo, Africano, que en su caso fue una herencia bien merecida.

Pero, a diferencia del primer Africano, Escipión Emiliano no entró en declive político después de aquel éxito. Al contrario, se mantuvo durante años en la cima de la República como núcleo de una influyente facción. Además, no tardaría en llegarle el momento de echarse a la espalda de nuevo la capa roja de general y tomar el mando de las tropas. Su nuevo destino sería un lugar muy familiar para nosotros: Numancia.

II VIRIATO Y NUMANCIA

Un Vietnam para Roma

La conquista de Hispania empezó solapándose con la Segunda Guerra Púnica, y la inició Publio Cornelio Escipión, que todavía no se había ganado el sobrenombre de Africano. En el año 206 derrotó a los generales Magón Barca y Asdrúbal Giscón en la batalla de Ilipa (situada cerca de Sevilla), una obra maestra táctica que supuso prácticamente el fin de la presencia cartaginesa en la Península Ibérica.

Muchas tribus hispanas habían apoyado a Escipión como un modo de echar a los cartagineses. Pronto comprendieron que los romanos no habían venido para liberarlos y marcharse, sino que tenían intenciones de quedarse allí. Uno de los principales señuelos de la península era la ciudad púnica de Cartago Nova, donde cerca de cuarenta mil esclavos extraían, en unas condiciones durísimas, más de mil talentos de plata al año. En general, los antiguos consideraban que Hispania era un lugar rico en metales.

En el año 197, considerando la gran extensión del territorio que debía controlar, el senado decidió dividir la Península Ibérica en dos provincias: la Hispania Citerior o «más cercana», situada al nordeste y centrada en el Ebro, y la Ulterior o «más lejana» cuyo núcleo era el fértil valle del Guadalquivir. En el centro y al norte quedaban vastos territorios sin conquistar y prácticamente sin explorar, más atrasados y menos atractivos para la conquista.

Ese mismo año estalló una rebelión en ambas provincias. La situación se complicó tanto que el senado decidió enviar al cónsul Marco Porcio Catón, que sería conocido más tarde como Catón el Censor y de quien ya hablamos en el capítulo sobre Cartago. Catón, que añadió las dos legiones que traía a las tropas pretorianas ya acantonadas en Hispania,

recorrió con su enorme ejército la Citerior aplastando revueltas con extrema dureza (la misma que exigía a sus soldados, a los que alanceaba sin piedad si reculaban ante el enemigo) y exigiendo tributos. La Ulterior se le rindió sin tan siquiera combatir. Catón alardearía después de que había tomado más ciudades que días había pasado en Hispania, hasta cuatrocientas. Una afirmación bastante exagerada, ya que fuera de la costa del Mediterráneo apenas había poblaciones dignas de tal nombre.

Tras las campañas de Catón, Roma controlaba el tercio meridional y oriental de la península, que se correspondía más o menos con la zona poblada por tribus iberas, más desarrolladas que las del interior. En este moraban diversos pueblos muy belicosos —carpetanos, vetones, lusitanos y celtíberos entre otros— que no dejaban de causar problemas con sus incursiones de saqueo en las fronteras de las jóvenes provincias.

Las guerras en aquella zona eran continuas, hasta que llegó a Hispania el cónsul Tiberio Sempronio Graco —padre de los famosos hermanos que presentaron sendas reformas agrarias décadas después—. Como general, cosechó varios éxitos contra celtíberos y lusitanos que le valieron a su regreso a Roma un triunfo en el que exhibió un botín de casi quince toneladas de plata. Pero su labor más importante fue la de pacificador. Graco firmó alianzas con las tribus independientes del exterior de las provincias, por las que se comprometían a no formar grandes coaliciones y a prestar ayuda militar a la República cuando esta se lo exigiera. También procedió a repartir tierras cultivables entre los indígenas, asentando así a poblaciones enteras que dejaron de ser seminómadas y de lanzar expediciones de pillaje contra los vecinos.

Durante algo más de dos décadas los pactos de Graco se mantuvieron mal que bien, y las fronteras permanecieron donde estaban; entre otras causas porque Roma estaba más centrada en sus guerras en Macedonia y Grecia. Pero la mayoría de los gobernadores romanos que sucedieron a Graco no poseían su altura de miras y tan solo buscaban enriquecerse. El senado acabaría comprendiendo que la corrupción excesiva resultaba perjudicial para la República, ya que le granjeaba los odios de la población sometida y provocaba levantamientos constantes. Eso explica que en el año 149 se creara por la ley Calpurnia un tribunal especial para procesar a los magistrados corruptos, la *quaestio perpetua de repetundis*, presidida por un pretor. El problema era que quienes juzgaban a los exgobernadores provinciales pertenecían a su misma clase, el orden senatorial, y casi siempre acababan absolviéndolos.

Pero incluso antes de que se creara ese tribunal, las revueltas habían vuelto a estallar en Hispania, protagonizadas por dos pueblos: los lusitanos y los celtíberos. El resultado fueron veinte años de guerras de las que Roma sacó muy poco provecho material y en las que perdió a miles de hombres. Debido a la mortandad entre sus jóvenes, el rechazo de estos a ser reclutados y los problemas políticos que suscitaron estas guerras, hay autores que han denominado a Hispania «el Vietnam de los romanos».

Los lusitanos y Viriato

Aunque las campañas contra celtíberos y lusitanos coincidieron en el tiempo, las trataré por separado. En el año 154, un caudillo llamado Púnico lideró una serie de incursiones lusitanas contra Hispania Ulterior. El cuestor Terencio Varrón le salió al paso, pero fue derrotado y seis mil hombres y él mismo perdieron la vida. Los vetones se sumaron a esta razia, y ambos pueblos hicieron una incursión juntos más allá del Guadalquivir hasta las ciudades de la costa. Sus victorias los hicieron tan osados que incluso cruzaron el estrecho de Gibraltar para saquear el norte de África. Allí el pretor Lucio Mumio —el mismo que poco después arrasaría Corinto— los persiguió y logró derrotarlos.

En el año 152, el pretor de la provincia Ulterior, Atilio Serrano, decidió llevar la guerra al territorio enemigo e internarse en Lusitania, una región que comprendía el Portugal actual hasta el Duero y parte de Extremadura. El lugar no ofrecía demasiados alicientes, pero a Atilio le pareció conveniente sojuzgarlo para detener las incursiones, en la típica forma de expandir las fronteras romanas. El pretor tomó la ciudad más importante de los lusitanos, Ostracas. No se sabe dónde se hallaba, pero no debía de ser muy grande, pues en la campaña Atilio solo mató a setecientos enemigos. Como resultado, los lusitanos y sus vecinos los vetones acabaron pidiendo la paz.

Al año siguiente ocurrió uno de los hechos más infames de la conquista de Hispania. El nuevo pretor, Publio Servilio Galba, recibió a unos embajadores de los lusitanos que le solicitaron renovar el tratado firmado con Atilio. En realidad, ellos mismos se habían saltado sus propios pactos, pero las campañas de Galba y de Lúculo por el norte los habían

disuadido de seguir guerreando.

Galba se mostró muy comprensivo y dijo a los enviados que comprendía la razón de que se dedicaran al pillaje y al robo. «Lo que os obliga a cometer esas tropelías es la pobreza de vuestro suelo. Si aceptáis ser amigos de Roma, yo entregaré tierras a vuestra gente».

En la fecha convenida, miles de lusitanos se presentaron divididos en tres grupos y Galba los condujo a otros tantos valles. A continuación, se dirigió al primer grupo y convenció a sus miembros de que, como amigos y aliados del pueblo romano, debían dejar las armas porque ya no las necesitaban. Cuando ellos le obedecieron, el pretor ordenó excavar una zanja a su alrededor de modo que no pudieran escaparse y luego mandó a sus soldados al interior del recinto para asesinar a todos aquellos lusitanos por igual, hombres, mujeres y niños. Después actuó del mismo modo con los otros dos grupos.

Aquella brutal traición horrorizó a los propios romanos. Cuando Galba regresó a la urbe, el tribuno de la plebe Escribonio Libón lo denunció. Durante el juicio, Galba recurrió al patético expediente de llevar a sus hijos para conmover al tribunal con sus llantos. Mas si salió absuelto no fue por eso, sino porque gastó en sobornos buena parte del botín conseguido en Hispania.

Según Apiano, entre los pocos lusitanos que escaparon de la trampa que les había tendido Galba se hallaba un noble llamado Viriato. Es posible que se trate de una tradición para embellecer su historia, y que simplemente Viriato fuese uno de tantos lusitanos que por unas razones u otras no participaron en el reasentamiento propuesto por el pretor y se salvaron así del exterminio.

En un resumen muy sucinto de sus libros perdidos conocido como *Periochae*, Tito Livio informa de que Viriato empezó siendo pastor y luego se convirtió en cazador, bandido y caudillo militar. Dicho así, da la impresión de que sus orígenes fueron muy humildes y que ascendió poco a poco en sociedad. En realidad, todas esas ocupaciones eran propias de la élite guerrera de las tribus seminómadas dedicadas al pastoreo: algo parecido se dijo tiempo después de Espartaco el tracio, y se podría haber afirmado exactamente lo mismo de Rómulo, el fundador de Roma.

Después de la traición de Galba, Viriato no tardó en llegar a ser el

principal líder de los lusitanos, y se dedicó a hostigar a los romanos con expediciones de guerrillas, aunque también los derrotaría más de una vez en campo abierto.

El primer ataque en el que participó Viriato, todavía como un guerrero más, fue contra la vecina Turdetania. Allí les salió al paso el pretor Cayo Vetilio con diez mil hombres. Tras acabar con las patrullas de forrajeadores lusitanos, Vetilio consiguió acorralar a los hombres de Viriato en un paraje donde no tenían manera de conseguir provisiones. Desesperados, los lusitanos enviaron emisarios con ramas de olivo para pedirle a Vetilio tierras donde asentarse. A cambio, le prometieron que obedecerían sus órdenes.

El pretor aceptó. Pero Viriato reunió a los demás y les explicó que aquel acuerdo se parecía demasiado al de Galba. Si seguían sus instrucciones, añadió, él los sacaría de aquella encerrona.

Cuando los lusitanos se mostraron de acuerdo, Viriato los desplegó frente a los romanos en orden de batalla. Él tomó a mil jinetes y se puso delante de los demás, que luchaban a pie. En lugar de entrar en combate, cuando Viriato les hizo una señal todos los guerreros de infantería salieron corriendo en diversas direcciones. El plan era dispersarse y después seguir rutas separadas para reunirse en la ciudad de Tríbola, donde debían esperar a Viriato.

Lo normal habría sido que los romanos siguieran a aquellos fugitivos y los exterminaran. Pero Viriato consiguió mantener clavado en el sitio a Vetilio con cargas y retiradas constantes de su caballería; el pretor no se atrevía a lanzar patrullas de persecución porque también habría tenido que dividirlos, algo que no era recomendable dejando a su espalda una fuerza de mil jinetes.

Cuando habían pasado dos días de escaramuzas constantes, Viriato calculó que los suyos ya habrían llegado a Tríbola. A una orden suya, sus jinetes volvieron grupas y huyeron. Los romanos no pudieron darles alcance, como explica Apiano, «por el peso de su armadura, porque no conocían los senderos y porque sus caballos eran peores» (*BH*, 62).

Aquella fue la primera hazaña de Viriato, y gracias a ella su prestigio creció tanto que los lusitanos lo eligieron como caudillo y muchas tribus vecinas le enviaron refuerzos. Pero no sería la última. Cuando Vetilio llegó

a las inmediaciones de Tríbola, Viriato le tendió una emboscada entre una espesura y unos barrancos. Allí perecieron cuatro mil romanos, casi la mitad del ejército. Entre ellos se hallaba el propio pretor: un lusitano lo capturó y, «al verlo viejo y gordo, creyó que era un hombre que no merecía la pena y lo mató», en palabras de Apiano (*BH*, 63).

Vetilio no fue la única víctima de Viriato, que derrotó a varios comandantes romanos más. Curiosamente, fue enfrentándose con generales que eran hermanos de diversas maneras. En el año 144 luchó contra Fabio Máximo Emiliano, hijo natural de Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, que había sido adoptado por los Fabios. A decir verdad, Máximo Emiliano estuvo rehuyéndolo casi todo el año, pues sus tropas eran bisoñas y no se fiaba de ellas; pero al final de la campaña consiguió poner en fuga a Viriato y obligarlo a salir de la provincia Ulterior.

Dos años después, volvemos a encontrar al jefe lusitano combatiendo de nuevo en la provincia romana, en esta ocasión contra el procónsul Fabio Máximo Serviliano, que por nacimiento pertenecía a los Servilios, pero que también había sido adoptado por los Fabios y por eso era hermano legal de Fabio Máximo Emiliano. A esas alturas, los romanos habían comprendido que no se las tenían con un vulgar bandolero, sino con un líder militar de gran talento, de modo que enviaron a Serviliano con dos legiones y dos *alae* de aliados, más mil seiscientos jinetes y varios elefantes que aportó el rey nómada Micipsa.

Gracias a este potente ejército, Serviliano logró expulsar de nuevo a Viriato de la provincia. Tras tomar represalias contra algunos de sus aliados, el procónsul entró en Lusitania y asedió una de sus ciudades llamada Erisana, cuya localización se desconoce.

Por la noche, Viriato y sus tropas lograron introducirse en la fortaleza burlando a los romanos, lo que indica que el cerco no estaba bien cerrado. Al amanecer, los hombres de Viriato y los defensores de Erisana hicieron una salida con la que sorprendieron a sus enemigos, que pensaban que dentro de la ciudad no había tantos soldados.

Tras poner en fuga a los zapadores que cavaban las trincheras, los lusitanos cargaron contra las legiones de Serviliano y las derrotaron. Los romanos se retiraron a toda prisa y quedaron encerrados en un valle rodeado de barrancos: unas nuevas Horcas Caudinas, pero en Hispania.

Para salvar a su ejército, a Serviliano no le quedó más remedio que rendirse. Por suerte para él, las condiciones que le impuso Viriato eran sumamente moderadas. Sin tener que pasar bajo el yugo, los romanos debían retirarse de Lusitania, reconocer a Viriato como amigo y aliado del pueblo romano y permitir que los lusitanos conservaran sus tierras.^[3]

Lo más sorprendente es que la asamblea aprobó este pacto, cuando los romanos no tenían por costumbre reconocer la derrota ni aceptar las condiciones del enemigo. Pero la situación en Roma era complicada y casi nadie quería servir en esta fatigosa guerra que tan pocos frutos estaba rindiendo.

Aquel podría haber sido el final del conflicto, al menos por unos años. Pero el nuevo gobernador de Hispania Ulterior, Quinto Servilio Cepión, no estaba dispuesto a dejar las cosas así. Observemos la curiosa secuencia de generales que lidiaron contra Viriato: primero Máximo Emiliano, hijo biológico de Paulo Emilio y adoptado por los Fabios. Después, Máximo Serviliano, hijo biológico de Cneo Servilio Cepión, también adoptado por los Fabios y por tanto hermano legal de Máximo Emiliano, pero sin ningún parentesco de sangre. Y por último, Quinto Servilio Cepión, que se había quedado tranquilamente en su familia y era hermano biológico de Máximo Serviliano. ¡Organizar una fiesta familiar entre la élite romana era harto complicado!

Para continuar con la guerra, Servilio Cepión necesitaba un *casus belli*, así que escribió al senado para quejarse de que el tratado de su hermano natural era indigno del pueblo romano. El senado le autorizó a provocar a Viriato siempre que lo mantuviera en secreto. Es de suponer que se obró así para que no se enterase la asamblea y ningún tribuno de la plebe soliviantara al pueblo, ya que últimamente los tribunos, que durante mucho tiempo habían estado casi domesticados por el senado, actuaban con bastante independencia (véase en el siguiente apartado lo que ocurrió con Lúculo).

Este Servilio Cepión no era hombre que gozara de buena reputación ni siquiera entre sus hombres. Se portaba de forma grosera y antipática con todos, pero en particular con los soldados de caballería. Estos, por las noches, hacían chistes a su costa junto a las hogueras y los propalaban por el campamento, y cuanto peor le sentaban a Cepión más se burlaban de él.

El general quería cortar por lo sano con aquellas bromas. Como no podía señalar a ningún culpable concreto, decidió castigar a todo el cuerpo. Para ello envió a sus seiscientos jinetes a recoger leña al mismo monte donde se levantaba el campamento de Viriato. Los tribunos de Cepión le pidieron que revocase su orden. Corrían el riesgo de quedarse sin caballería, algo que era una auténtica temeridad, pero él se mostró intransigente.

Los jinetes no estaban dispuestos a rebajarse a pedir disculpas, así que salieron del campamento acompañados por más tropas de caballería aliada y algunos voluntarios. Tras cortar la leña, regresaron sanos y salvos, la amontonaron alrededor de la tienda de Cepión y le prendieron fuego. El general solo se salvó porque salió corriendo a tiempo de no perecer abrasado.

Finalmente, a fuerza de provocaciones, Cepión consiguió que se declarara la guerra abiertamente en el año 140. Una vez rotas las hostilidades, expulsó a Viriato de la ciudad de Arsa, lo persiguió por la Carpetania con un ejército muy superior al suyo y lo acabó expulsando del territorio de la provincia Ulterior.

En la campaña siguiente, Viriato intentó entablar negociaciones con Cepión, a quien le habían prorrogado el mando como procónsul. Para las conversaciones, el lusitano envió a tres hombres que creía de su máxima confianza y que, para su desgracia, resultaron no serlo. Los tres individuos, llamados Audax, Ditalco y Minuro, aceptaron el soborno de Cepión para asesinar a su caudillo.

Al regresar a su campamento, entraron en la tienda de Viriato aprovechando que como amigos tenían acceso a él a todas horas. El jefe lusitano, que dormía solo a saltos, estaba dando una cabezada con la armadura puesta. Los conjurados le clavaron un puñal en el cuello, uno de los pocos puntos vitales que no protegía su blindaje, y huyeron a toda prisa antes de ser descubiertos.

Cuando llegaron ante Cepión y le pidieron el resto de la recompensa, el procónsul contestó con el mayor cinismo que se contentaran con lo que tenían y que si querían más viajaran a Roma a pedirselo al senado. La frase «Roma no paga a traidores» parece ser una invención posterior.

La muerte de Viriato lo convirtió en una leyenda. Pero dicha leyenda

no sirvió para fortalecer la causa lusitana. Sin un líder tan carismático como él, fueron derrotados por Cepión en una batalla junto al Guadalquivir. Su nuevo jefe, Tántalo, llegó a un acuerdo con el procónsul y se rindió a cambio de que Roma les proporcionara tierras. Poco a poco, Lusitania cayó en poder de los romanos, que se atrevieron a internarse incluso más allá: en el año 138, Décimo Junio Bruto cruzó el Duero con sus legiones y se internó por primera vez en tierras gallegas, lo que le valió el sobrenombre de Galaico.

Numancia

El otro conflicto de aquellos años estalló en el 153, en la zona de Celtiberia. Mientras que los lusitanos eran más atrasados y seminómadas, los celtíberos se estaban desarrollando económica y socialmente y vivían en ciudades cada vez más grandes. Una de sus tribus, la de los belos, decidió ampliar el perímetro de Segeda, su ciudad principal, para alojar dentro al pueblo vecino de los titios (no está muy claro si por las buenas o por las malas). Unir varias aldeas para crear una entidad política mayor era una práctica que en el pasado había dado lugar a ciudades estado como Esparta o la misma Roma, y que en griego recibía el nombre de *synoikismós* o *sinecismo*: una muestra de que los celtíberos empezaban a recorrer el mismo sendero que ya habían transitado griegos y romanos.

Pero los acuerdos firmados entre las tribus celtíberas y Graco prohibían expresamente formar grandes alianzas o crear nuevas ciudades que pudieran convertirse en una amenaza para las provincias romanas. Al menos, eso dijo el senado, que ordenó a los belos que cesaran las obras. Cuando se negaron, Roma les declaró la guerra.

El senado se tomó tan en serio al rival que en lugar de un pretor se mandó a uno de los cónsules del año, Fulvio Nobilior, con un poderoso ejército de unos treinta mil hombres. Aquella guerra tuvo una primera consecuencia cuyo alcance quizá no sospechaban ni los propios romanos, pues no podían imaginar todavía que algún día su calendario llegaría a ser universal.

Hasta entonces, los cónsules tomaban posesión de su cargo el 15 de marzo. A continuación, reclutaban a sus legiones, las equipaban, las

adiestraban y las enviaban allí donde eran necesarias. El problema era que cada vez combatían en escenarios más alejados. Cuando las tropas querían llegar a su destino prácticamente se les acababa el verano; y hay que tener en cuenta que los inviernos de la Meseta, sobre todo en su parte norte, no eran los de Grecia.

La solución fue adelantar el inicio del curso oficial al 1 de enero, mes dedicado al dios Jano, que desde entonces pasó a ser el primero del año. Sin embargo, los romanos, tan tradicionalistas como siempre, mantuvieron los nombres de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, aunque ahora se habían convertido en los meses noveno, décimo, undécimo y duodécimo.

Aquella anticipación sorprendió a los propios segedanos, que, sin haber terminado las murallas, vieron cómo un ejército consular marchaba contra ellos. Los belos abandonaron su ciudad y se dirigieron al territorio de otra tribu celtibérica, los arévacos, cuya capital era Numancia.

El cónsul Nobilior, persiguiendo a los segedanos, invadió las tierras de los arévacos. Pero numantinos y segedanos unidos le tendieron una emboscada en la que dieron muerte a seis mil de sus hombres. Solo le salvó del desastre que los celtíberos se lanzaron en su persecución de una manera tan imprudente que, cuando intentaron saquear el convoy de la impedimenta, la caballería cayó sobre ellos y les infligió numerosas bajas.

Nobilior no se arredró por la derrota y plantó su campamento a unos cuatro kilómetros de Numancia. Allí recibió trescientos jinetes y diez elefantes que le mandó el rey númerita Masinisa. (Hablando de Viriato he mencionado al hijo del monarca africano, Micipsa: cuando mandó refuerzos a Serviliano para su lucha contra los lusitanos, en el año 142, su padre ya había muerto y él era rey).

Precisamente esos elefantes fueron su perdición. Nobilior lanzó un asalto contra las murallas, y en plena batalla una enorme piedra cayó sobre la cabeza de uno de sus paquidermos. El animal enloqueció de dolor y empezó a aplastar a todo el mundo a su paso, amigos y enemigos por igual. Contagiados por sus atronadores barritos, los demás elefantes corrieron en estampida y sembraron el caos entre las filas romanas. Los romanos se dieron a la fuga y los numantinos aprovecharon para hacer una impetuosa salida en la que dieron muerte a cuatro mil hombres y tres paquidermos. (Apiano aprovecha esta ocasión para comentar que hay

quienes llaman a los elefantes «el enemigo común» por su comportamiento imprevisible).

Sin haber conseguido nada positivo, el cónsul le entregó el mando a Claudio Marcelo, nieto del general que había conseguido los *spolia opima* por matar al caudillo galo Viridomaro poco antes de la Segunda Guerra Púnica. En lugar de atacar directamente Numancia, Marcelo tomó otras poblaciones menores para obligar a los belos y a los arévacos a negociar. Cuando les ofreció unas condiciones moderadas —no sin antes arrancarles una indemnización de seiscientos talentos—, en el senado se le acusó de blando, pues era una época en que la dureza se había convertido en la norma en política exterior.

A Marcelo no le quedó más remedio que proseguir la campaña, de modo que se dirigió a Numancia y cercó a sus habitantes. Los numantinos, junto con otras tribus, se vieron obligados a mandar una legación a Roma para discutir la paz. Aunque las cláusulas se estaban discutiendo, el senado decidió en cualquier caso que uno de los nuevos cónsules del año 151, Lucio Licinio Lúculo, viajara a Hispania con su ejército.

Pero su empresa se vio rodeada de dificultades diversas. Fulvio Nobilior y sus allegados habían vuelto a Roma explicando cosas sobre aquella guerra que sembraban el miedo en los posibles voluntarios: los celtíberos eran guerreros muy feroces, allí se combatía constantemente —nada de librar una o dos batallas decisivas en una campaña, como se hacía en Grecia— y los legionarios caían como moscas.

Cuando llegó el día del alistamiento, se presentaron muy pocos ciudadanos en el Campo de Marte. Lúculo y el otro cónsul, Postumio Albino, se empeñaron en reclutar a todos los hombres disponibles sin admitir exenciones para nadie. Muchos protestaron y pidieron *auxilium* a los tribunos de la plebe.

Estos magistrados habían aparecido precisamente para proteger a los plebeyos de los abusos de los poderosos. Con el tiempo, la distinción entre plebeyos y patricios se había difuminado, superada por la aparición de una nueva élite, la *nobilitas*, que dominaba el senado. Esta élite había absorbido prácticamente a los tribunos, convirtiendo su cargo en un escalón más del *cursus honorum*, otra manera distinta de ascender en la política. Por eso, para evitar enfrentamientos contra la clase a la que ellos

mismos pertenecían, los tribunos habían suavizado mucho su agresividad contra las actuaciones del senado y de los magistrados superiores.

Ahora, sin embargo, la guerra de Hispania estaba provocando tal tensión entre los ciudadanos que debían acudir a filas que varios tribunos actuaron y ordenaron a los cónsules que, en lugar de reclutar a la fuerza, lo hicieran por sorteo. (Al parecer, en los últimos años a muchos ciudadanos les tocaba servir una y otra vez en las legiones, ya que los generales preferían a quienes ya tenían experiencia de combate). Cuando tanto Lúculo como Postumio se negaron, los tribunos los hicieron arrestar y los tuvieron encarcelados hasta que finalmente accedieron a sus demandas.

Lúculo sufrió problemas asimismo para encontrar tribunos militares y legados. Era la primera vez que sucedía algo así: siempre había más voluntarios que vacantes disponibles. Para espolear a otros senadores con su ejemplo, Escipión Emiliano, que entonces tenía treinta y tres años, declaró que, aunque se reclamaba su presencia en Macedonia, un lugar mucho más seguro, estaba dispuesto a arrostrar cualquier peligro por la patria y a acompañar a Lúculo en el puesto que este quisiera. Aquello animó a los demás y por fin las vacantes se cubrieron. La anécdota la transmite Polibio (35.4), siempre dispuesto a ensalzar a su amigo Escipión, pero revela el pavor que despertaba la campaña de Hispania.

Cuando Lúculo llegó al territorio celtíbero con su ejército, se encontró con que los numantinos habían firmado la paz con Marcelo. Después de haber viajado hasta allí, Lúculo no se iba a resignar a acantonar sin más a sus tropas, máxime cuando para alcanzar el cargo de cónsul había contraído grandes deudas que solo podía pagar obteniendo botín. Olvidándose de Numancia, decidió atacar a los vacceos, vecinos de los arévacos, sin que se hubiera declarado ninguna guerra contra ellos. En primer lugar, se dirigió contra Cauca (Coca, en Segovia). Cuando los lugareños se rindieron, el cónsul hizo entrar a sus tropas en la ciudad y les ordenó saquearla y matar a todos los varones en edad de combatir, algo que no contribuyó precisamente al buen crédito de Roma en la zona.

A continuación, atacó Intercacia, que algunos autores sitúan en las inmediaciones de Villalpando, en Zamora. En aquel asedio lo más destacado fue la actuación personal de Escipión Emiliano. En una pausa entre combates, un guerrero celtíbero de aspecto formidable cabalgó hacia las líneas romanas retando a batirse en duelo singular a quien quisiera.

Escipión, pese a no ser hombre de gran estatura, se ofreció a luchar contra él. Estuvo a punto de perder la vida cuando el celtíbero hirió a su caballo, pero consiguió caer de pie, continuó la lucha y acabó derrotando a su adversario. En ese mismo asedio, fue el primero en escalar al asalto de la muralla, otra acción igualmente arriesgada.

Estos dos actos eran prueba de valor, pero también formaban parte de una operación destinada a ganar popularidad, gracias a la cual pudo convertirse en cónsul antes de tiempo. Durante esta misma campaña, Lúculo aprovechó los lazos que unían a los Escipiones con la familia real nómada para enviarlo a África por elefantes. Fue entonces cuando Emiliano presencié la batalla entre las tropas del anciano Masinisa y los cartagineses.

Merced a sus pactos con Marcelo, la ciudad de Numancia se mantuvo en paz durante unos años. Pero en el año 143, animados por el éxito de Viriato, los arévacos se sumaron a la revuelta lusitana. El cónsul Cecilio Metelo Macedónico los atacó con un poderoso ejército y consiguió que la mayoría de ellos se rindieran. Con todo, mantuvieron la resistencia algunas pequeñas fortalezas y, sobre todo, Numancia, que poco a poco se estaba convirtiendo en un símbolo de la oposición al invasor.

Numancia aguantaría todavía diez años la presión de Roma, algo que parece una heroicidad sobrehumana considerando que su enemiga era la mayor potencia del Mediterráneo. Pero hay que tener en cuenta que la crisis social y política de la República estaba a punto de estallar. Por complejas razones que detallaremos al hablar de los hermanos Graco, cada vez resultaba más complicado encontrar reclutas.

En general, el ejército romano había entrado en una fase de decadencia. Como señala Adrian Goldsworthy, en el capítulo dedicado a Escipión Emiliano, en *Grandes generales del ejército romano* (p. 14):

La generación de la Segunda Guerra Púnica estaba muerta o era demasiado mayor para el servicio activo y una buena parte de la experiencia acumulada había caído en el olvido. El sistema de milicia romano hacía difícil conservar los conocimientos por alguna vía institucional y ese problema se agravó aún más por la escasa frecuencia de conflictos en el segundo cuarto del siglo. En el año 157 a.C., el senado se mostró especialmente dispuesto a enviar una expedición a Dalmacia porque temía que una paz prolongada podía volver afeminados a los italianos.

Estos problemas que afectaban a la tropa se agravaban porque el mando cambiaba todos los años y unos generales deshacían lo que habían hecho los otros. Buena culpa de ello la tenía la lucha de facciones en el senado. Las dos principales en aquel momento eran las que orbitaban en torno a los Claudios y los Escipiones, más tradicionalistas los primeros —y en cierto modo «nacionalistas»— y más filohelenos y abiertos a la influencia exterior los segundos.

En las sucesivas campañas contra Numancia, los ejércitos romanos sufrieron reveses de todo tipo. El más humillante fue el del Cayo Hostilio Mancino, cónsul del año 138, al que acompañaba como cuestor Tiberio Graco, hijo del hombre que había firmado aquella paz tan duradera para Hispania.

Tras fracasar en varios asaltos contra la ciudad, Mancino recibió la falsa información de que hordas de cántabros y vacceos venían en ayuda de los numantinos. Temiendo verse rodeado de enemigos, el cónsul hizo que sus hombres apagaran los fuegos del cuartel y todos huyeron en la oscuridad de la noche a un lugar donde Nobilior había acampado unos años antes.

Cuando se hizo de día, los romanos se vieron rodeados por los numantinos, que los habían perseguido. A esas alturas, los legionarios apenas habían podido excavar una zanja para fortificar el campamento, por lo que se hallaban prácticamente indefensos. Según Apiano, los numantinos no tenían más que ocho mil guerreros, aunque todos de primera clase. Es muy posible que aquí recibieran ayuda de otros pueblos vecinos, y en cualquier caso contaban con la ventaja de conocer el terreno y de haber atraído a los enemigos a una posición desfavorable.

Mancino envió heraldos para pactar una tregua. Los numantinos respondieron que únicamente lo harían si el mediador era Tiberio Graco, en quien confiaban por ser hijo de su padre. Cuando Graco negoció las condiciones, Mancino las aceptó aunque eran humillantes: aparte de firmar la paz con Numancia, los romanos debían entregar como botín de guerra todas sus pertenencias.

Era la única forma de que el cónsul pudiera salvar a sus veinte mil hombres. Pero cuando regresó a Roma, el senado se negó a aceptar las condiciones de paz pactadas.

El problema era que Mancino había prestado un juramento, por lo que, si se rompía, había que contentar a los dioses de algún modo. Por orden del senado, los sacerdotes feciales, encargados de los rituales relativos a la guerra, llevaron al cónsul de regreso a Hispania. Con el consentimiento de Mancino, lo dejaron desnudo y con las manos atadas a la espalda ante los muros de Numancia para que sus habitantes hicieran con él lo que quisieran. Era una forma de expiar la ofensa religiosa que suponía romper el tratado.

Los numantinos, por su parte, se negaron a aceptar aquella extraña ofrenda. Cuando Mancino volvió a su casa, lejos de avergonzarse por lo ocurrido, hizo que le esculpieran una estatua en la que aparecía desnudo y encadenado: era un modo de demostrar que había aceptado sacrificarse por Roma en lugar de huir. Una consecuencia inesperada de estos hechos fue que Tiberio Graco, garante del pacto con los numantinos, se quedó muy resentido con el resto del senado, algo que influiría en sus posteriores actuaciones políticas.

Tras el fracaso de Mancino, los numantinos vivieron unos años de tregua. No era oficial, puesto que el senado había decretado que la guerra debía continuar, pero los tres cónsules que sucedieron a Mancino prefirieron concentrar sus campañas en la tribu de los vacceos.

A estas alturas, Numancia constituía una ofensa para Roma. Convencido de que únicamente el destructor de Cartago podía librarlos de aquel baldón, en 134 los ciudadanos votaron a Escipión Emiliano como cónsul.

Consciente de que la ciudad se hallaba exhausta, el nuevo general prefirió no hacer más levas. En su lugar pidió voluntarios, y se presentaron cuatro mil. Su núcleo duro lo formaban quinientos allegados y clientes a los que Escipión denominó «la tropa de amigos». Entre ellos había personajes de los que se oiría hablar más adelante, como Cecilio Metelo, Rutilio Rufo y, sobre todo, Cayo Mario. También se encontraban allí Cayo Graco, hermano menor de Tiberio, y el historiador Polibio. No tardaron en llegar refuerzos de Numidia, mandados por un príncipe llamado Yugurta que también daría mucho que comentar en el futuro.

Cuando llegó a Hispania y recibió las tropas de su predecesor en el cargo, Escipión se encontró con que la moral estaba incluso más hundida y las costumbres se habían relajado más que en el sitio de Cartago.

Lo primero que hizo el nuevo cónsul fue reinstaurar las ordenanzas de forma tan expeditiva como solía hacerlo. Para empezar, expulsó a las prostitutas —nada menos que dos mil— y también a mercaderes y adivinos de todo tipo. Ni los vivanderos que vendían provisiones al ejército se salvaron: igual que había hecho en Cartago, el cónsul echó a todos y solo permitió a sus soldados comer las raciones oficiales, prescindiendo de refinados manjares destinados a dar placer al paladar. También les prohibió hacer las marchas montados en mulas, vendió los carros y redujo el bagaje al mínimo. Ordenó marchar a la mayoría de los esclavos y se burló especialmente de aquellos soldados y oficiales que tenían sirvientes que los bañaban y les ungían el cuerpo, diciendo que tan solo las mulas, que no tienen manos sino cascos, necesitan que las almohacen. Cualquier cosa que le pareciera sospechosa de lujo la prohibía, como los colchones, y él mismo daba ejemplo durmiendo en un sencillo jergón de paja tendido en el suelo.

Este modelo impactó mucho en dos de sus tribunos, Metelo y Mario, que años más tarde recurrirían a la misma disciplina y al ejemplo personal en la guerra de Numidia. En realidad, podría decirse que Escipión fue un adelantado de las reformas que se le atribuyeron a Mario; pero esta es una cuestión que se discutirá más adelante al relatar las guerras contra los cimbrios y teutones.

Antes de enfrentarse directamente al enemigo, Escipión ejerció a sus hombres con marchas muy duras. Al terminar cada jornada insistía en que se levantara el campamento según las ordenanzas, sin descuidar ningún detalle, ni la fosa, ni el terraplén, ni la empalizada. Todo debía hacerse cumpliendo un estricto límite de tiempo para que los soldados se acostumbraran a trabajar con presión, ya que en más de una ocasión se verían obligados a realizar esas tareas bajo el fuego enemigo.

Por fin, cuando consideró que sus tropas estaban preparadas, se internó en territorio celtíbero. Lo primero que hizo fue lanzar una ofensiva contra los vacceos y arrancar el grano de sus campos, aunque todavía no estaba maduro, para que no pudieran suministrar víveres a los numantinos. Después, tras diversas escaramuzas (entre otras vicisitudes, tuvo que acudir personalmente al rescate de un escuadrón de caballería mandado por Rutilio Rufo), se dirigió al corazón del problema, Numancia.



Cuando los romanos llegaban ante una ciudad amurallada era bastante típico que lanzaran un asalto inicial, como ya se había hecho en Cartago. Escipión había presenciado aquel ataque y sabía que no había servido para nada y, por otra parte, conocía la solidez de las murallas de Numancia y el carácter feroz de sus guerreros. Los numantinos no poseían un ejército muy numeroso, pero en los asaltos a posiciones fortificadas los defensores siempre contaban con ventaja y, si eran disciplinados y valientes, casi siempre infligían muchas más bajas de las que sufrían. Convencido de que la fortaleza únicamente caería por hambre, Escipión ordenó construir dos campamentos y puso a su hermano carnal Máximo Emiliano al mando de uno.

Los numantinos sacaron sus tropas delante de la muralla y le retaron a combatir. Aunque eran muchos menos que sus efectivos —él tenía más de cincuenta mil hombres—, Escipión no picó el anzuelo. Si el combate se libraba cerca de la muralla, sus soldados tendrían que protegerse al mismo tiempo de los oponentes situados frente a ellos y de los proyectiles lanzados desde el parapeto.

Tras levantar los campamentos, los romanos cercaron la ciudad con un perímetro de unos nueve kilómetros, provisto de doble trinchera y terraplén, más un muro de más de tres metros de alto con torres defensivas de madera repartidas cada treinta metros y equipadas con máquinas de artillería. A lo largo de esa circunvalación se alzaban siete fuertes, contruidos con paredes de piedra para defenderse tanto de los enemigos como del frío de las noches sorianas. Para comunicarse entre unos fuertes y otros y pedir ayuda en caso de que los numantinos hicieran una salida, los sitiadores desarrollaron un sistema en el que se servían de banderas de día y hogueras de noche para transmitir un complejo código de señales, tal vez diseñado por Polibio (si conserváramos su obra completa lo sabríamos con certeza).

Aquel perímetro ofrecía un solo hueco, el Duero. Por él entraban y salían provisiones, y también guerreros, a veces en pequeños botes y a veces buceando. Como el río era demasiado ancho y bajaba demasiado crecido para construir un puente, Escipión ordenó construir una torre en cada orilla. Después, los ingenieros tendieron entre ambas una red de cuerdas a las que ataron vigas de madera. Dichas vigas, sacudidas por la corriente, estaban erizadas de cuchillos y puntas de lanza, de modo que hacían picadillo a todo el que intentara pasar por allí.

Cuando se cerró el cerco, era prácticamente impenetrable. Por si acaso, Escipión inspeccionaba cada día y cada noche el circuito completo. El único que consiguió salir de Numancia durante el asedio fue un tal Caraunio. Tras matar a unos centinelas y huir con unos cuantos amigos en una noche encapotada, recorrió las diversas poblaciones de los arévacos para pedir ayuda. Ninguna se la prestó, pues temían las represalias de los romanos.

Por fin, Caraunio y sus compañeros llegaron a Lutia, a unos sesenta kilómetros de Numancia según Apiano. Los jóvenes del lugar, más belicosos, les prometieron ayuda, pero los ancianos se asustaron de las consecuencias y enviaron un mensaje en secreto a Escipión. Este lo recibió un par de horas después de mediodía y se puso en camino sin perder tiempo con una fuerza numerosa. Al amanecer, rodeó el lugar y ordenó que le entregaran a los cómplices de Caraunio; de lo contrario, saquearía la población. Cuando los habitantes de la ciudad obedecieron su orden, Escipión, que estaba decidido a que nadie ayudara a los numantinos, cortó las manos a aquellos jóvenes, que eran cerca de cuatrocientos.

Al comprobar que estaban más solos que nunca, los numantinos enviaron seis embajadores a Escipión para negociar con él. El general, que a estas alturas mandaba a las tropas ya como procónsul con el mando prorrogado, contestó que solo aceptaría una *deditio in fidem*, una rendición incondicional. Cuando los emisarios regresaron a la ciudad, los numantinos los mataron haciendo bueno el proverbio de «matar al mensajero».

El cerco era tan hermético que los numantinos no podían recibir ni una mísera brizna de heno del exterior. Pronto empezaron a hervir el cuero para masticarlo, como habían hecho los cartagineses asediados por Masinisa tras su derrota. Después recurrieron a la carne humana: empezaron por aprovechar los cadáveres de los que fallecían de muerte

natural, mas llegó un momento en que los más fuertes mataban a los más débiles en una especie de terrible darwinismo social que se repetía en más de un asedio (véase en el capítulo sobre la guerra de las Galias lo que ocurrió en Alesia).

Por fin, tras quince meses de sitio, los supervivientes se rindieron, famélicos y desgredados, muchos de ellos con las miradas extraviadas por los horrores que habían presenciado dentro de la ciudad. No debían de ser demasiados, porque muchos habían muerto durante el asedio y otros se habían suicidado por no entregarse a los romanos.

Escipión se reservó a cincuenta prisioneros para el desfile triunfal y a los demás los vendió como esclavos. Luego arrasó la ciudad como había hecho con Cartago. Por su triunfo, pudo añadir otro *cognomen* —Numantino— a su nombre: Publio Cornelio Escipión Africano Numantino.

Tras la muerte de Viriato y la caída de Numancia, Hispania dejó de ser ese temido Vietnam para los romanos (quizá hoy podríamos hablar con más propiedad de Afganistán). Todavía se mantuvieron muchos focos de resistencia, pero los pueblos que siguieron sin someterse a Roma en el norte y el oeste estaban mucho menos desarrollados que los lusitanos y los celtiberos, no planteaban una resistencia tan fiera y sus incursiones no sembraban ya tanta devastación.

Con todo, la llamada «romanización» aún tardaría en llegar. Muchos años más tarde, cuando Julio César fue gobernador de Hispania, en el año 61, alcanzó el Atlántico y sometió a tribus «que hasta entonces nunca habían estado bajo la autoridad de Roma», en palabras de Plutarco (*César*, 12). Incluso veinte años después, Asinio Polión, que mandaba las tropas cesarianas en Hispania, pedía disculpas a Cicerón en una carta por haber tardado tanto en contestarle, explicando que los bandidos del Saltus Castulonensis (Sierra Morena) impedían el paso a sus mensajeros o *tabellarii*. Teóricamente, la conquista de Hispania se completó en el año 19 a.C., cuando Augusto sometió a los cántabros y astures, pero es más que seguro que durante mucho tiempo siguieron manteniéndose reductos aislados de la influencia romana.

Mientras Escipión seguía en Numancia, le llegaron noticias preocupantes de Roma. En medio de violentos disturbios, su cuñado Tiberio Sempronio Graco había sido asesinado. Cuando le explicaron las

circunstancias, Escipión respondió con un verso de Homero: «¡Que así perezca todo aquel que cometa acciones semejantes!». En el capítulo siguiente explicaremos el motivo de esta enigmática frase.

III LOS HERMANOS GRACO

La nueva riqueza y los cambios sociales

Por fin, en el año 133, había caído Numancia. Hispania seguiría dando quebraderos de cabeza, pero ya no sería el foco principal de preocupaciones para el senado y el pueblo romanos.

Ese mismo año ocurrieron muchas otras cosas. Una de ellas, que la influencia que desde hacía tiempo poseía la República en la costa de la actual Turquía, que por aquel entonces se conocía como Asia Menor, se convirtió en una posesión mucho más concreta.

Uno de los reinos más opulentos de aquella zona era Pérgamo, heredero del efímero imperio de Alejandro Magno. También era de los aliados más fieles de la República, pues su rey, Átalo I, ya había ayudado a Roma en la Primera Guerra Macedónica. Gracias a ese apoyo, Pérgamo había aumentado sus dominios hasta convertirse en el estado más extenso de la península de Anatolia.

El último soberano de la dinastía gobernante se llamó Átalo, el tercero de su nombre, y era un personaje muy peculiar. Fue conocido con el sobrenombre de Filométor, «amante de su madre», y mucho debía amarla, porque cuando ella falleció culpó de su muerte a sus amigos y parientes e hizo asesinar a un buen número de ellos. Después se retiró de la vida pública, dejándose crecer la barba y el cabello como si fuera un reo, y dedicó todo su tiempo a cultivar su jardín y a modelar figuras en cera que luego convertía en vaciados de bronce. Según Justino, hacía esto como si hubiera enloquecido^[4] porque lo acosaban los manes, los espíritus de aquellos a quienes había asesinado. Pero da que pensar si su problema mental no vendría de antes y sería la causa y no la consecuencia de aquellos crímenes.

Finalmente, Átalo decidió levantar una estatua en honor de su madre. Lo hizo al aire libre y con una dedicación tan obsesiva que pilló una terrible insolación y murió siete días después. No tenía hijos. Como este misántropo había liquidado a muchos de sus parientes y con los que quedaban vivos no debía de llevarse bien, en su testamento le legó el reino entero a la República de Roma.

Y eso ocurrió, como decíamos, precisamente en el año 133, fecha muy señalada en la historia romana.

La herencia de Átalo incluía una gran cantidad de dinero, que se sumó al caudal que entraba en Roma sin cesar. La República recibía todos los años tributos de las provincias, que se sumaban a los ingresos obtenidos de las minas, sobre todo en Hispania. Además, gracias a los conflictos armados, obtenía indemnizaciones de guerra, y también cuantiosos botines y tesoros que iban a parar en parte al bolsillo de los generales y sus soldados y en parte el erario público. Al final, de un modo u otro, todo aquel río de oro y plata acababa desembocando en Roma. Hasta tal punto habían aumentado las riquezas de la República que desde 167 los ciudadanos dejaron de pagar el *tributum*, un impuesto directo que el Estado les exigía casi todos los años.

El ejemplo del *tributum* puede hacer pensar que toda la población de Roma se benefició de las conquistas. Pero suele ocurrir que, cuando una sociedad se enriquece con mucha rapidez, no lo hace de forma equilibrada, y a menudo las diferencias entre los más ricos y los más pobres se disparan.

¿Sucedió algo así en Roma? Todo indica que sí.

Los romanos seguían mirando con devoción su prestigioso pasado, la época fundacional de la República, cuando personajes como el cónsul y dictador Cincinato labraban la tierra con sus propias manos.

Esta unión con la tierra seguía existiendo. La obsesión que hoy tenemos con poseer una casa era más primordial en el caso de los romanos, que querían sentir cómo sus pies se clavaban directamente en el suelo con profundas raíces. Por eso sus legiones las componían pequeños propietarios, dispuestos a defender con sangre la tierra de la que vivían y en la que cuando morían eran enterrados. Esto último era sumamente importante para ellos: cuando luchaban contra un invasor, sus generales

los exhortaban a defender las tumbas de sus antepasados. También los santuarios, que para los antiguos eran puntos clave, poseedores de una especie de energía mística que emanaba de las profundidades.

Por eso, la tierra siempre había sido un signo de diferenciación social. En los primeros tiempos de la República, la riqueza de un ciudadano se medía en *iugera* o yugadas, la extensión de terreno que una yunta de bueyes podía arar en un día y que equivalía a un cuarto de hectárea o veinticinco mil metros cuadrados. En aquella época, el ideal de un hombre era bastarse para mantener a su familia. Lo que se producía en sus tierras lo consumían los suyos y el grano sobrante lo almacenaban para los malos tiempos. El campesino y sus hijos fabricaban la mayoría de sus herramientas y las mujeres de la familia tejían la ropa, en una economía autárquica.

Pero las cosas ya habían empezado a cambiar en el siglo III, y ahora las conquistas masivas del siglo II aceleraron las transformaciones. Existía una ingente cantidad de monedas en circulación, dinero que caía sobre todo en manos de la élite. ¿En qué podía emplearse tanta liquidez? La mentalidad de los nobles romanos seguía siendo muy tradicional, así que la inversión más honrosa y segura era la tierra.

Después de la guerra contra Aníbal había abundancia de terrenos para comprar. Muchos habían quedado desocupados porque sus dueños habían muerto combatiendo. Otros habían sufrido años de devastación y, debido a los incendios y el abandono, habían quedado prácticamente inutilizables. Para recuperarlos hacía falta invertir un dinero que los pequeños propietarios no tenían. O bien se rendían, vendían sus parcelas a vecinos más ricos y emigraban a la ciudad, o aguantaban un tiempo endeudándose y al final, cuando no podían pagar, perdían sus tierras. Por último, estaban las tierras comunales, el *ager publicus*, sobre el que hablaremos un poco más adelante.

Poco a poco se fueron aglutinando propiedades más extensas, sobre todo en el sur de Italia y en las zonas más llanas del centro. No se trataba de latifundios muy amplios, pues no solían superar las cien hectáreas. Pero sus dueños poseían muchas de estas fincas repartidas por diversos lugares, lo que los convertía por acumulación en grandes terratenientes. Puesto que les era imposible atender todas sus parcelas y además pasaban la mayor parte del tiempo en Roma dedicados a la política, dejaban su explotación en manos de personal especializado.

Ese fue otro cambio que perjudicó a los pequeños propietarios. Por el contacto con los griegos, tanto en el sur de Italia como en los reinos helenísticos, los romanos descubrieron nuevos métodos de explotación. En lugar de diversificar produciendo cereales, legumbres y pasto a la vez para ser autosuficientes, aprendieron a concentrar sus esfuerzos en los cultivos más rentables. La idea era producir excedentes, venderlos y seguir enriqueciéndose. Pero eso solo podían hacerlo personas acomodadas que tenían dinero suficiente para invertir.

Quien mejor explicó los nuevos métodos fue Catón el Censor en su obra *Sobre la agricultura*. No deja de ser curioso, porque Catón se consideraba el depositario de las auténticas tradiciones de la República. Seguramente, si alguien le hubiese dicho que él mismo estaba contribuyendo a cargarse esas tradiciones, se habría llevado las manos a la cabeza escandalizado.

Su tratado estaba dirigido a aquellos medianos propietarios que querían enriquecerse con la agricultura. Una actividad honrada, no como la odiosa usura, y de la que «provienen los hombres más valientes y los soldados más fuertes».

Catón aconsejaba al terrateniente adquirir fincas cerca de buenas vías de comunicación para poder vender fuera sus productos. Lo mejor era concentrarse en la vid y el olivo, que ofrecían más beneficios, aun manteniendo pequeñas parcelas de cereales para no tener que adquirirlos fuera. El ideal de Catón se resumía en esta frase: «Conviene que el paterfamilias sea vendedor y no comprador».

Para que la propiedad fuera más rentable, había que explotarla con trabajadores que costaran lo menos posible. ¿A quiénes recurrían los terratenientes, tanto en la obra de Catón como en el campo real?

A los esclavos.

Esclavos habían existido siempre en Roma, pero en un número reducido. Fue a partir de la Segunda Guerra Púnica cuando inundaron Italia. Las guerras de conquista ofrecían el mayor suministro de esta mano de obra barata: entre el año 200 y el 150 se calcula que doscientos cincuenta mil prisioneros de guerra fueron vendidos como esclavos. Por sí solo Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, esclavizó a ciento cincuenta mil personas en el Epiro en el año 168.

Había otras fuentes para conseguir siervos. Los *vernae* o hijos de esclavos también lo eran por nacimiento, al igual que los niños a los que sus padres vendían o abandonaban. Además, estaban aquellas personas que se convertían en esclavos por no poder pagar sus deudas. También hay que contar con los que caían en manos de piratas, una plaga endémica en el Mediterráneo oriental.^[5] Precisamente allí, merced a la piratería, se hallaba el mayor mercado de carne humana, la isla de Delos, donde cada día se hacían transacciones de miles de esclavos, lo cual había dado origen a un dicho: «Mercader, desembarca y descarga, que ya se ha vendido todo lo que había».

Se daba el caso, incluso, de quienes se vendían a sí mismos como esclavos. ¿Cómo podía ocurrir algo así? Algunas personas se encontraban en situación desesperada, y gracias a la servidumbre conseguían al menos comida, ropa y un techo donde dormir. Los criados domésticos eran considerados parte de la familia y, según el talante de los dueños, podían recibir un trato humano. Por otra parte, los que trabajaban como artesanos especializados gozaban de mejores condiciones, retenían parte del fruto de su trabajo y podían llegar a comprar su libertad.

El trato que recibía un esclavo dependía, básicamente, del precio que se hubiera pagado por él. El récord lo marcó Lutacio Dafnis, un gramático que costó setecientos cincuenta mil sestercios, un dineral que habría servido para pagar el sueldo de un año a mil quinientos legionarios.

El precio para un esclavo destinado a la agricultura era mucho más bajo, entre mil y dos mil sestercios. Las condiciones en el campo resultaban muy duras, tanto que el único lugar peor eran las minas.

La mayoría de las fincas romanas tenían unas cárceles llamadas *ergastula*, a menudo subterráneas y apenas iluminadas por estrechas troneras. Era allí donde los amos o más a menudo los capataces encerraban y encadenaban a los esclavos remisos o desobedientes.

En realidad, para el dueño de una finca sus siervos eran simple maquinaria agrícola. Así lo demuestra Catón en su obra cuando calcula con precisión cuánto hay que gastarse en vestir y dar de comer a un esclavo y cuánto tiempo debe descansar si el amo no quiere que se debilite y rinda menos o que, directamente, se desplome reventado. Ahora bien, si el esclavo cae enfermo, como no tiene que hacer tanto desgaste físico, Catón recomienda disminuir su ración.

Añadiría el tópico «sin comentarios», pero no me resisto a poner aquí el final de este capítulo de Catón:

Vende los bueyes viejos, el ganado y las ovejas en malas condiciones. Vende la lana y el cuero, tu carro y tus herramientas viejas, y también a tus esclavos ancianos y enfermos y cualquier otra cosa que te sobre. (Sobre la agricultura, 2).

Con estas condiciones, no es extraño que los esclavos del campo se sublevaran de forma periódica. La más conocida de estas revueltas fue la de Espartaco, que narraremos en su momento, pero a mediados del siglo II ya empezaban a producirse rebeliones masivas, sobre todo en Sicilia.

En estos tiempos en que se deslocalizan empresas, se busca mano de obra más barata en otros países y se nos intenta convencer de que debemos empeorar nuestras condiciones de trabajo para ser más competitivos, nos resultará fácil comprender cuál era el problema para los pequeños campesinos. Si perdían sus tierras, o si lo que sacaban de ellas no bastaba para alimentar a sus familias, muchos de ellos intentaban ganarse un extra trabajando como jornaleros para otros.

Sin embargo, estos hombres libres no podían competir con los esclavos como mano de obra. Había que pagarles más, no se los podía azotar ni encerrar en los *ergastula* y, para colmo, en cualquier momento el Estado podía reclutarlos para las legiones.

Expulsados del campo por la concentración de tierras en manos de los más ricos y por la competencia de los esclavos, los pequeños propietarios acababan emigrando a la ciudad. El destino más buscado era la propia Roma, donde se calcula que acudía una media de al menos seis mil personas al año. De ahí que en los dos últimos siglos de la República su población pasara de ciento cincuenta mil a más de quinientos cincuenta mil, y que en época imperial alcanzara y quizá superara el millón. Una auténtica monstruosidad para la época que se puede comparar, salvando las distancias, a megalópolis actuales como Ciudad de México, Bombay o Yakarta.

Es cierto que la urbe ofrecía muchas posibilidades. Era un centro de poder y de negocios por el que corría cada vez más dinero. Los miembros de la élite que se dedicaban a estas actividades tan lucrativas necesitaban personas que les ofrecieran servicios de todo tipo, incluido el

abastecimiento de víveres. Además, gran parte de la riqueza que entraba en la ciudad se empleaba en levantar y reparar calzadas, acueductos, templos y edificios públicos, por no hablar de los senadores y caballeros que encargaban lujosas mansiones. Este *boom* de la construcción daba trabajo a albañiles, carpinteros y todo tipo de artesanos.

A pesar de esto, no todo el mundo encontraba empleo, e incluso quienes lo conseguían se topaban con condiciones de vida muy difíciles. Había una inflación constante y de cuando en cuando fallaba el abastecimiento de víveres, pues Roma era como un inmenso estómago con una boca muy pequeña, el río Tíber.

La vivienda era otro de los problemas acuciantes. Conforme llegaba más gente a la ciudad y aumentaba la demanda, su precio no dejaba de subir. A mediados del siglo II, los alquileres estaban ya tan caros que un rey exiliado, Ptolomeo VI de Egipto, tuvo que compartir alojamiento en la ciudad con un tal Demetrio para dividirse los gastos.

La casa romana

En la ciudad existían dos tipos principales de viviendas: la *domus* y la *insula*.

La primera era una casa individual, propia de los más acomodados. Su planta era cuadrangular y se organizaba alrededor del *atrium*, un patio central con una abertura en el techo por la que se recogía el agua de la lluvia en un pequeño estanque o *impluvium*. Este atrio era el núcleo original de la casa, donde se rendía culto a los dioses del hogar y se conservaban los retratos de los antepasados. En los primeros tiempos había en él un fuego siempre encendido cuyo humo ennegrecía el techo alrededor de la abertura: su nombre provenía precisamente del adjetivo *ater*, «negro, oscuro».

A los lados del atrio se abrían estancias usadas para diversos fines. Entre ellas estaban los dormitorios o *cubicula*. Pasado el *atrium*, en línea recta con la puerta de entrada, se encontraba el *tablinum*, un despacho donde el paterfamilias atendía visitas y resolvía sus asuntos. Junto a él se hallaban el comedor o comedores, según el nivel económico de la casa. El

nombre latino era *triclinium*, que en origen se refería al diván de tres plazas donde los romanos se reclinaban para comer. Al principio las mujeres comían sentadas y con la espalda estirada, pues no se consideraba decoroso que se recostaran, pero esa diferencia fue cayendo en desuso.

Desde la época de las Guerras Púnicas, por influencia griega, los romanos empezaron a construir también un segundo patio, el *peristilum*, rodeado de columnas y adornado con plantas y una o varias fuentes. Dependiendo del espacio disponible y la fortuna de los dueños, la casa podía contar incluso con más patios.

Por fuera, estas casas apenas ofrecían ventanas, ya que estaban volcadas hacia el interior. Con todo, en el siglo I a.C. empezaron a fabricarse ventanas de cristal. Las primeras eran claraboyas de vidrio oscuro y grueso que apenas dejaban pasar la luz, pero con el tiempo se refinaron, aunque en Italia su uso nunca llegó a extenderse tanto como en la Galia.

Las viviendas más numerosas de Roma eran las *insulae*, «islas» o bloques de apartamentos. En la época de las Guerras Púnicas ya se construían al menos de tres plantas: Livio cuenta cómo en el año 218 un buey se escapó del mercado, subió por las escaleras de una *insula* y cayó a la calle desde el tercer piso. Con el tiempo se intentó limitar la altura de estos bloques: Augusto prohibió levantarlos a más de veinte metros, aunque se sabe que la norma se saltaba a menudo. La razón de estas leyes era que, por defectos en los materiales —la corrupción de los constructores no es un invento de nuestra época—, se derrumbaban con cierta facilidad.

En el primer piso a veces había *tabernae*—locales comerciales de todo tipo, no solo para vender vino—, y en otras ocasiones viviendas de cierto lujo que ocupaban toda la planta y se consideraban *domus*. Las condiciones empeoraban conforme se ascendían las escaleras, que solían ser angostas y empinadas. Mientras que al nivel de la calle podía haber agua corriente, los inquilinos de los pisos superiores debían subírsela ellos mismos en cubos, con lo que la higiene de las viviendas era inversamente proporcional a su distancia al suelo. Además, en esos apartamentos, que eran más baratos, los vecinos más pobres vivían apiñados, porque en muchas ocasiones subarrendaban habitaciones a otros inquilinos para que les ayudaran a pagar el alquiler.

Vivir en las alturas no reducía solo la higiene o la comodidad, sino

también la seguridad. Así lo refleja el poeta satírico Juvenal. Aunque escribió a finales del I d.C., por comentarios de otros autores sabemos que las condiciones que describe eran extrapolables a finales de la República:

¿Quién teme o ha temido que se le cayera la casa en la fría Preneste o en Bolsena? Pero nosotros vivimos en una ciudad construida sobre endeble vigas. Cuando una vieja grieta se ensancha mucho, el casero la tapa y nos dice que durmamos tranquilos mientras la ruina amenaza nuestras cabezas.

Mejor vivir donde no haya incendios ni miedos nocturnos. ¡El tercer piso humea ya bajo tus pies y tú ni te enteras! Pues como el fuego empiece por los pisos de abajo, el último que arderá será aquel a quien solo protegen de la lluvia las tejas donde las blandas palomas ponen sus huevos (Sátiras, 3.190 y ss.).

No obstante, en Ostia, el puerto de Roma, se han encontrado *insulae* muy sólidas de hormigón recubierto de ladrillo, lo que demuestra que no todos los constructores eran iguales y que había edificios de tanta calidad que se han mantenido en pie hasta nuestros días.

Debido a estas dificultades, empezó a formarse en la urbe una clase social cada vez más numerosa, la *plebs* urbana. Para ese proletariado que vivía apenas por encima del nivel de la subsistencia, las mayores preocupaciones eran poder llevarse un trozo de pan a la boca y, como hemos visto, tener un techo bajo el cual alojarse. El problema de la vivienda en Roma no hizo sino agravarse con el tiempo, pero el del pan —literalmente— era más perentorio. Algunos políticos, con una mezcla de humanidad y oportunismo, lo comprendieron y aprovecharon para sus propios fines.

En Roma habitaba, pues, una plebe cada vez más numerosa que veía cómo se ensanchaba año tras año la brecha que la separaba del nivel de vida de la élite. ¿No parece un caldo de cultivo ideal para una revolución? Pues no fue así. El pueblo llano nunca llegó a organizarse, y las ansias de vivir mejor que sin duda sentían sus miembros no se concretaron en deseos políticos determinados. Por lo general, los miembros de la plebe, más que actuar, reaccionaban a las acciones de otros.

La verdadera lucha que ensangrentó las calles de Roma y los campos de batalla de Italia no se libró entre los proletarios y la nobleza, sino entre facciones rivales de senadores, e incluso a veces entre el senado

e individuos que pertenecían a sus filas, pero que en lugar de seguir el procedimiento habitual para alcanzar poder y gloria preferían recurrir a métodos menos ortodoxos.

La nobleza, los optimates y los populares

En realidad, las luchas que se produjeron entre 133 y 33 a.C. —un siglo especialmente convulso— tuvieron su origen dentro de las propias filas del senado. En *Roma victoriosa ya hablé de la nueva élite que se había formado en Roma en el siglo III, conocida como la nobilitas. Formaban parte de esta nobleza aquellos senadores que tenían entre sus antepasados algún cónsul, y había en ella por igual familias patricias y plebeyas.*

Los miembros de la nobleza tenían como objetivo seguir el camino de sus antepasados y mantener a su linaje en lo más alto. Para ellos, el consulado era el gran premio final. Pero muchos eran los llamados —decenas de aristócratas que empezaban su carrera política como cuestores— y pocos los elegidos que alcanzaban ese galardón, ya que únicamente se designaba a dos cónsules al año.

La competencia entre los nobles por acaparar los puestos de poder no dejó de crecer con el tiempo. Al principio, para destacar tan solo servían los triunfos militares, por lo que si no existía una causa justa para declarar la guerra, se la inventaban. Pero a partir del año 200, cuando los romanos empezaron a conquistar inmensos botines y conocieron por primera vez el opulento y fabuloso mundo helenístico donde la norma era «el tamaño sí que importa», los aristócratas descubrieron una nueva forma de competir entre sí: exhibir en público sus riquezas. Por eso empezaron a construir mansiones más grandes, a forrarlas de mármol y a decorarlas con obras de arte que expoliaban sobre todo en Grecia y Asia Menor (ya le tocaría el turno a Egipto).

Muchos senadores contemplaban con alarma esta escalada de ostentación; especialmente los que no podían mantenerse a la altura o los que, como Catón el Viejo, eran tan tacaños que sabían cuántos cominos entraban en un puñado. En el año 182 el propio Catón defendió la *lex Orchia*, que limitaba el número de invitados que podían asistir a un banquete, y después se dictaron normas para reducir el dinero que

gastaban los magistrados al celebrar fiestas o espectáculos públicos.

Pero no sirvió de nada. Los nobles romanos necesitaban conquistar prestigio ante sus iguales y, sobre todo, ante el pueblo llano que votaba en las asambleas. Por eso invertían buena parte de su patrimonio en ofrecer festejos públicos en los que la gente comía hasta hartarse (y a veces bebía vino de más de cuarenta años, como el que ofreció Sila en una ocasión) y en organizar espectáculos teatrales o luchas de gladiadores.

Esta escalada en la competencia coincidía con la época de mayor influencia del senado. En teoría, esta cámara formada por aristócratas era únicamente un órgano consultivo, mientras que la soberanía residía en las asambleas. Pero el senado poseía muchos recursos para controlar lo que votaba el pueblo.

En primer lugar, el sufragio no era secreto. A la hora de votar, un individuo podía recibir todo tipo de presiones: halagos, sobornos, amenazas o directamente coacción física.

En segundo lugar, el sistema no contabilizaba los sufragios de todos los ciudadanos. Primero, los hacía votar en tribus o centurias y después contaba cada una de estas como un solo voto. Si una tribu con cinco mil miembros decía *SÍ* y dos tribus que sumaban trescientas personas decían *NO*, el resultado final era que ganaba el *NO* por dos a uno. Esto hacía que la élite contara con mucho más peso electoral del que le correspondía, pues se repartía en más tribus y, sobre todo, en más centurias.

Si a pesar de todo esto, el pueblo votaba una ley que a la aristocracia senatorial no le gustaba, todavía existían medios para echarla atrás. Los miembros de los diversos colegios sacerdotales —pontífices, augures y flámines, todos ellos pertenecientes a la élite— tenían la potestad de anular cualquier ley o derogar cualquier votación con pretextos religiosos. ¿Que los pollos sagrados se negaban a salir de la jaula para comer? Adiós al reparto de trigo barato. ¿Que había caído un rayo en el templo de Saturno o que el hígado del ternero que acababan de sacrificar tenía un tumor? Se anulaba el reparto de tierras para los ciudadanos pobres.

En los primeros años de la República, el pueblo había encontrado su propio defensor contra los abusos de la aristocracia en los tribunos de la plebe. No poseían *imperium*, pero sí una herramienta muy poderosa para

impedir los abusos de la élite: el veto. Bastaba con que uno de ellos dijera «¡Veto!» para echar por tierra cualquier actuación o decisión del resto de los magistrados. Era como un hechizo, una especie de rayo mágico que al brotar de las manos del tribuno lo paralizaba todo.

Pero con el tiempo, la sociedad romana había cambiado. Las magistraturas ya no eran monopolio exclusivo de los patricios y la distinción entre estos y el estrato superior de los plebeyos se había desdibujado. El pueblo llano apenas hacía distinguos entre todos aquellos senadores ricachones que vestían togas con franjas púrpura: para ellos eran básicamente los de arriba.

Una consecuencia de esto fue que los tribunos, que antes constituían casi un estado aparte, fueron absorbidos por el sistema. El puesto seguía vedado para los patricios, pero no para los miembros de las familias plebeyas más importantes. Muchos de los jóvenes de esa aristocracia plebeya empezaban su carrera en el *cursus honorum* como tribunos para acabar llegando a pretores o a cónsules. ¿Podía un humilde estibador del Tíber presentarse a tribuno de la plebe, presidir la asamblea plebeya y vetar una ley propuesta por un cónsul? En teoría, sí. En la práctica, jamás ocurría.

Con tales premisas, se comprende que los tribunos no se buscaran demasiados problemas con el resto de senadores, pues compartían con ellos intereses e ideales y podían pensar: «Hoy por ti, mañana por mí». En cierto modo, el sistema había conseguido «domesticar» a los tribunos.

Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar a mediados del siglo II. Como ya vimos en el capítulo anterior, en el año 151 había tan pocos jóvenes dispuestos a aliarse para la guerra en Hispania que los cónsules Lúculo y Galba intentaron reclutarlos a la fuerza. Aquello provocó un rechazo popular tan grande que los tribunos de la plebe tomaron cartas en el asunto arrestando y encarcelando a ambos cónsules.

¿Los dos magistrados supremos de la República encerrados en prisión? Así funcionaba el complejo sistema de equilibrios de la República. Mientras los tribunos justificaran que actuaban así por defender al pueblo, podían anular cualquier actuación pública. Incluso, como veremos que hizo Tiberio Graco, estaba en su mano paralizar el funcionamiento de toda la República.



A mediados del siglo II, había en el senado dos facciones principales que orbitaban alrededor de dos familias, los Escipiones y los Claudios. Entre ellas luchaban por poder y prestigio, no por ideología. Por oponerse a los Claudios, los Escipiones defendían políticas que vistas desde ahora pueden parecer a veces progresistas y a veces conservadoras, y viceversa.

Además, las alianzas entre clanes e individuos no eran estables, y los pactos se hacían y deshacían con la facilidad con que fluye el mercurio. Si hoy día, con ideología y disciplina de partido, existen los tráfugas, imaginemos qué ocurría entonces.

Hay que tener otra cosa en cuenta. No importaba a qué facción perteneciera uno: si un noble romano empezaba a destacar demasiado, se convertía en una amenaza para todos los demás, que llegado el caso lo señalaban con el dedo —«¡Este quiere convertirse en rey!»—, unían filas contra él y lo apisonaban.

En estas despiadadas luchas de poder algunos miembros de la élite descubrieron que, si no podían imponerse en el terreno de juego del senado, el sistema les ofrecía otra posibilidad: usar los poderes de los tribunos de la plebe para puentear a los demás senadores acudiendo directamente a la asamblea del pueblo. Había dos formas de hacerlo: si uno era ya un político experimentado, podía aliarse con un tribuno. Si uno era más joven y activo, podía convertirse directamente en tribuno.

Para esto último había que ganarse a los votantes. Y eso solo se podía conseguir con políticas «populares». El término lo empezó a usar de forma sistemática Cicerón, pero la realidad ya existía mucho tiempo antes.

¿Cuáles eran esas políticas? Las que favorecían a los más humildes. Las más típicas eran cancelar o reducir deudas, distribuir trigo barato a los ciudadanos pobres y repartirles tierras.

Todas estas medidas mejoraban objetivamente las condiciones de vida de la mayoría de la gente, evitando que pasaran hambre o se quedaran sin hogar. ¿Los políticos populares las proponían por sentimientos humanitarios, por oportunismo o por una mezcla de ambos? Resulta complicado saberlo, y cada caso personal era distinto. Pero hay que tener claro que ni los más populares de entre los populares pretendieron una revolución radical que transformara la sociedad de arriba abajo. Si les hubiéramos preguntado, todos los romanos habrían contestado: «¡Nosotros somos conservadores!». Para ellos la palabra «nuevo» poseía tantas connotaciones negativas como para nosotros el adjetivo «viejo».

Frente a estos políticos que recurrían a procedimientos populares, otros en su misma élite preferían mantenerse dentro del orden tradicional donde era el senado el que siempre tenía la sartén por el mango. Con el tiempo, por oposición a los populares, estos senadores se llamaron a sí mismos *optimates*, que significa «los mejores». De todos modos, aunque lo usaremos en ocasiones, este término no se extendió hasta entrado el siglo I; pues hasta entonces, con gran modestia, se habían denominado simplemente *boni*, «la gente de bien».

Algunos senadores eran *optimates* toda su vida, otros populares, y los había que cambiaban de táctica según el momento. Unas páginas más adelante veremos cómo, con el fin de vencer al popular Cayo Graco en su propio terreno, los *optimates* utilizaron al tribuno Livio Druso para proponer políticas aún más populares; tanto, que eran directamente demagógicas e imposibles de llevar a cabo. Insistamos, pues: ser *optimates* o popular no era una ideología, sino una forma de hacer política.

Tiberio Graco

Con la ventaja que nos da mirar hacia atrás, podemos decir que la situación política de Roma atravesó un punto de transición de fase en el año donde comenzábamos este capítulo, el 133, siendo cónsules Publio Mucio Escévola y Lucio Calpurnio Pisón. Pero no fueron ellos los personajes determinantes de aquellos trepidantes días, sino Tiberio Sempronio Graco, uno de los diez tribunos de la plebe de aquel año.

Tiberio Graco pertenecía por parte de su padre a una *gens* de gran antigüedad, la Sempronio: ya en el año 497 uno de sus miembros fue elegido cónsul. Había varias ramas en la *gens*, como solía suceder. Una de ellas, la de los Atratinos, era patricia, mientras que el resto eran plebeyas, entre ellas la de los Graco.

Tiberio Graco padre era un hombre muy respetado que fue elegido dos veces como cónsul y una como censor. Estaba casado con Cornelia, la hija más joven del gran Escipión Africano. Cornelia era una mujer de marcada personalidad que dio a luz nada menos que a doce hijos.

Según cierta historia que corrió años después, Tiberio Graco encontró un día dos serpientes en la cama. Al consultar a los adivinos, estos le dijeron que si dejaba ir a la serpiente macho y mataba a la hembra, su esposa fallecería en breve plazo; mientras que si hacía lo contrario, sería él quien moriría. Graco, enamorado de su mujer, acabó con la serpiente macho y no tardó en caer enfermo y morir.

De esta anécdota se burlaba el racionalista Cicerón preguntándose por qué demonios Graco no dejó marchar a ambas serpientes. El siguiente en transmitirla, Plutarco, que era un hombre mucho más religioso y creía en presagios y prodigios, añadió la explicación de que los adivinos le habían dicho a Graco que no podía soltar a la vez a los dos ofidios.^[6]

Cornelia crió sola a los doce hijos, a los que ofreció una educación tan esmerada como la que había recibido ella, incluyendo la lengua y la literatura griegas. También se encargó de la hacienda familiar. Nunca quiso volver a casarse, aunque no le faltaron ofertas, como la de Ptolomeo VI, el rey desterrado del que hemos hablado antes (si el tipo tenía que compartir gastos de alquiler, hay que reconocer que tampoco era un gran partido). Para desgracia de Cornelia, únicamente sobrevivieron hasta la edad adulta dos varones, Tiberio y Cayo, y una mujer, Sempronio, que se casó con Escipión Emiliano. En aquella época la mortalidad infantil era muy alta, y no se salvaban de ella ni las familias pudientes.

El mayor de los hijos de Cornelia, Tiberio, nació entre los años 168 y 163; no podemos estar muy seguros de las fechas por ciertas discrepancias entre los textos. Su primer puesto público fue el de tribuno militar junto a su cuñado Escipión, durante la Tercera Guerra Púnica. Según Plutarco, Tiberio fue el primero en escalar los muros de Cartago, algo que de ser cierto debió de valerle la preciada condecoración de la

corona muralis. Sin embargo, él y Escipión no tardaron en distanciarse, sobre todo cuando Tiberio se casó con Claudia, hija de Apio Claudio, el mayor rival de Escipión en el senado.

En el año 137, Tiberio fue nombrado cuestor. Como tal, acompañó al cónsul Hostilio Mancino a Hispania y sirvió en la campaña de Numancia. Como ya vimos, la campaña no salió bien y el ejército del cónsul cayó en una trampa. Los numantinos solo aceptaron como mediador a Tiberio Graco, en quien confiaban por el honor que había mostrado siempre su padre en sus tratos con los hispanos. Tiberio hizo lo que se le pedía, negoció las condiciones y aceptó entregar como botín todo lo que había en el campamento romano. De este modo, salvó las vidas de veinte mil legionarios más un número indeterminado de auxiliares y sirvientes.

Plutarco añade otra anécdota que muestra el respeto que sentían los numantinos por Tiberio (*Tiberio Graco*, 6). Este, mientras su ejército se retiraba, se dio cuenta de que se había dejado en el campamento las tablillas donde llevaba la contabilidad que le correspondía como cuestor. Como conocía cuál era el percal de la lucha política en Roma, pensó que si volvía sin las tablillas lo acusarían de haberlas perdido a propósito para ocultar algún desfalco. De modo que regresó y pidió a los numantinos que se las devolvieran. Ellos no solamente lo hicieron, sino que le abrieron las puertas, lo acogieron como un huésped y le ofrecieron un banquete.

El recibimiento en Roma no fue tan cordial. Aunque, en realidad, quien se llevó la peor parte fue el cónsul Mancino, al que el senado dejó con el trasero literalmente al aire cuando lo entregó desnudo y encadenado a los numantinos.

Aquella malhadada campaña en Hispania marcó el futuro político de Tiberio Graco, amenazando con cortar de raíz una carrera política que acababa de empezar. De todos modos, de la misma forma que se encontró con el rechazo y el desprecio de los senadores, Tiberio descubrió que de pronto había ganado millares de partidarios: los familiares y amigos de los veinte mil soldados a los que había salvado la vida se acercaban a él en el Foro, lo abrazaban y besaban para darle las gracias por lo que había hecho y lo aclamaban como un héroe. Su desprestigio en el senado se convertía en apoyo popular en las calles, algo de lo que tomó buena nota.

Por otra parte, durante aquella campaña Tiberio no había dejado de pensar en lo que había visto en 137, cuando atravesaba Etruria para viajar

a Hispania y asumir su cargo de cuestor militar. Por el camino había observado que las aldeas estaban despobladas y los campos prácticamente abandonados.^[7] En los terrenos donde había trabajadores, estos eran esclavos, en muchas ocasiones cargados de cadenas.

En aquel momento Tiberio pensó que esa situación era tan peligrosa como un barril lleno de serpientes. En Apulia ya había estallado una revuelta servil en 185, y en Sicilia llevaban años produciéndose incidentes con esclavos que culminaron en una guerra a gran escala en 135.

¿A qué se debía la despoblación del campo? En una época en que no existían las ciencias económicas, es dudoso que Tiberio pudiera darse cuenta de que un modelo de pequeñas propiedades con economía de consumo propio estaba dando lugar a otro en el que el capital se invertía en una agricultura más especializada e intensiva destinada a vender los excedentes para obtener más beneficios.

Lo que sí podía comprender era lo que estaba ocurriendo con el *ager publicus*, las tierras que Roma había conquistado en Italia durante sus guerras y que pertenecían al Estado. Este había cedido buena parte de esos terrenos en usufructo. A cambio, los campesinos que las trabajaban debían pagar un canon llamado *vectigal* que consistía en una décima parte del grano y una quinta parte de los frutos de los huertos, mientras que los pastores contribuían con una tasa por cada cabeza de ganado que apacentaban.

Lo que ocurrió después con este *ager publicus* lo explica Apiano en *Las guerras civiles*:

Esto [ofrecer el ager publicus a quien lo quisiera cultivar] lo hicieron para que se multiplicara la raza itálica, a la que consideraban la más dura, pensando que así tendrían muchos aliados en casa. Pero ocurrió justo lo contrario. Pues los ricos, que ya habían ocupado la mayor parte del ager publicus y esperaban que con el tiempo se les reconociera su propiedad, se dedicaron a añadir a sus propias posesiones las parcelas vecinas y más reducidas de los pobres. En parte lo hicieron comprándolas y en parte quitándoselas por la fuerza. De este modo, al final, poseían extensas fincas en lugar de pequeñas parcelas.

Además, empezaron a comprar esclavos como labradores y pastores para evitar que el ejército les arrebatara a los trabajadores de condición

libre. Poseer esclavos les reportó grandes beneficios, pues tenían muchos hijos y se multiplicaban sin riesgo, ya que no tenían que hacer el servicio militar.

Por estas causas, los poderosos se enriquecieron muchísimo y el campo se llenó de esclavos. En cambio, los itálicos sufrían de despoblación y falta de varones, ya que los diezmaban la pobreza, los impuestos y el servicio militar. Y si a veces conseguían aliviarse de estas cargas, se encontraban en paro, porque la tierra estaba en poder de los ricos, que se servían de esclavos para trabajarla y no de hombres libres. (BC, 1.7).

El servicio militar era una de las claves, el principio y el final de los males. La Segunda Guerra Púnica exigió a la República un enorme esfuerzo en hombres, aparte de cobrarse muchísimas bajas. Pero cuando terminó, Roma siguió embarcada en conflictos por todo el Mediterráneo. Cada año mantenía movilizados a cerca de cincuenta mil soldados, y a veces más, lo que suponía entre el 15 y el 20 por ciento de sus ciudadanos varones.

Esos hombres que servían en las legiones pertenecían a la clase llamada de los *adsidui*, propietarios con un mínimo de patrimonio, ya que tenían que pagarse su equipo. Es cierto que el Estado les daba una paga, pero esta era muy exigua y además se les descontaba el coste de la ropa y el equipo.

La mayoría de esos soldados eran dueños de pequeñas y medianas plantaciones. Para su desgracia, el momento ideal para hacer la guerra coincidía con la mayoría de las labores agrícolas, por lo que tenían que ausentarse de sus campos en el momento crítico (hay que añadir que eso no era una novedad del siglo II, pues ya ocurría antes cuando combatían únicamente en tierras de Italia).

En teoría, el máximo de campañas que podía servir un ciudadano era de dieciséis. Pero a partir del año 200 los escenarios bélicos se hallaban cada vez más alejados, por lo que los soldados no regresaban a Italia ni siquiera en invierno. En la práctica, las supuestas dieciséis campañas estacionales se fundían en un servicio continuo que duraba entre cuatro y seis años. Pero si la situación lo exigía, incluso soldados que ya habían cumplido este tiempo podían ser reenganchados otra vez. Si de los generales dependía, preferían alistar de nuevo a soldados veteranos, que ofrecían mejores prestaciones en combate.

A perro flaco todo se le vuelven pulgas, y así le ocurría al pueblo romano. Hasta el año 140 la construcción había ofrecido miles de puestos de trabajo en Roma, pero a partir de ese momento se produjo una recesión en el gasto público. La razón era que las guerras que luchaba la República ya no eran tan productivas, por lo que habían dejado de afluir esos fabulosos caudales de botín de las décadas anteriores.

El conflicto de Hispania, en concreto, se hacía cada vez más sangriento y ofrecía menos posibilidades de enriquecerse. Como ya vimos, a la gente le acobardaba aquella guerra y trataba de escaparse del alistamiento con todo tipo de excusas.

El otro conflicto continuo se libraba en la zona de los Balcanes, donde pueblos como los belicosos escordiscos no hacían más que atacar la nueva provincia romana de Macedonia. El motivo básico de sus invasiones era obtener botín, puesto que su cultura material era más pobre que la de sus vecinos del sur. Eso significaba que cuando los romanos los derrotaban —cosa que no siempre sucedía—, apenas conseguían ganancias.

Teniendo en cuenta todo esto, no extraña que cada vez hubiera menos ciudadanos reclutables. El censo del año 163 había registrado 337.022 ciudadanos. Desde entonces la cifra, en lugar de aumentar como cabría esperar, había ido disminuyendo hasta un mínimo de 317.993 en 135, poco antes de que Tiberio fuese elegido tribuno.

Hay varias explicaciones posibles para estos hechos. La primera, que realmente se produjera una caída demográfica debido a las bajas sufridas en las guerras, que entre el final de la Segunda Guerra Púnica y el tribunado de Tiberio pudieron ser más de cien mil. No se trataba solo de los varones jóvenes que morían, sino de los hijos que no llegaban a engendrar.^[8]

La segunda explicación es que, al perder sus propiedades en el campo y verse obligados a emigrar a la ciudad, muchos ciudadanos se habían empobrecido tanto que ya no cumplían con el mínimo de patrimonio que se exigía para entrar en las legiones y se quedaban fuera del censo.

Existe una tercera posibilidad, claro está: que muchos hicieran trampas, o como se decía en la mili «se escaquearan» del alistamiento. Hoy

día algo así sería impensable, pues la información que maneja el Estado sobre nosotros es cada vez mayor. Pero en las sociedades preindustriales, sin ordenadores, datos cruzados ni nóminas, resultaba mucho más fácil eludir a los encargados del censo o engañarlos.

En cualquier caso, el resultado era el mismo. Roma cada vez tenía más problemas para encontrar reclutas. La base de la reforma que propuso Tiberio Graco era precisamente esa: él no era un agitador antisistema que quisiera cargarse la República, sino más bien un patriota que creía tener un diagnóstico de su problema más grave y también una solución.

Para aplicar dicha solución necesitaba un cargo político. El de tribuno de la plebe era el más apropiado, de modo que se presentó y fue elegido a finales de 134.

Tiberio tenía bien meditado su programa, y por eso en los primeros días del año 133 presentó su *lex Sempronia agraria*. No es que fuese del todo novedosa. De entrada, pretendía que se cumpliera una ley mucho más antigua, la *lex Licinia*.

Esa norma, promulgada en el año 367, cuando los territorios dominados por Roma eran todavía muy reducidos, establecía que nadie podía acaparar más de quinientas yugadas de tierras públicas (unas ciento veinticinco hectáreas). Sin embargo, la ley se había convertido en papel mojado, pues los más ricos llevaban siglos saltándosela y acumulando *ager publicus* con toda impunidad.

Tiberio propuso que todos aquellos propietarios ilegítimos devolvieran al Estado las parcelas comunales que pasaran de las quinientas yugadas. Las tierras confiscadas de esta manera se repartirían en fincas de treinta yugadas y se entregarían a ciudadanos sin tierras a cambio de un pequeño canon anual.

Cabía la posibilidad de que los nuevos colonos se dejaran tentar o presionar por sus vecinos más ricos para venderles las tierras, y que con el capital obtenido emigraran a la ciudad. Eso habría anulado cualquier efecto social de la reforma, así que Tiberio añadió una disposición: estaba prohibido vender los terrenos, ya que seguían perteneciendo al Estado. A cambio de esta limitación, los colonos y sus hijos podían dormir tranquilos, ya que se les iba a permitir seguir trabajando en ellos a

perpetuidad.

No se trataba de una ley tan revolucionaria. De hecho, sus términos eran muy moderados: no solo no se iba a multar a los terratenientes que se habían apoderado ilegalmente de grandes extensiones de terreno público, sino que se les iba a pagar por esas parcelas.

Tiberio esperaba solucionar de una tacada varios problemas graves. Por una parte, reduciría el éxodo rural y la aglomeración de proletarios en la propia ciudad de Roma, donde ya hemos visto que la inversión pública estaba disminuyendo y el paro aumentaba.

Por otra parte, los nuevos propietarios, aunque no fuesen precisamente latifundistas, mejorarían económicamente y regresarían a la clase de los *adsidui*, de modo que serían reclutables. A primera vista, esto planteaba de nuevo el mismo problema: si los llamaban a filas, abandonarían sus campos y condenarían a sus familias a no poder atender los campos y pasar hambre.

Pero, como acabamos de comentar en una nota, quienes constituían el grueso de las legiones eran jóvenes solteros. Muchos padres ya maduros se quedaban en sus fincas, ayudados por los niños y por las mujeres de la familia, que no hay que subestimar como fuerza de trabajo. Además, un hijo en la legión suponía una boca menos que alimentar en casa y, si la campaña iba bien y conseguía botín, incluso podía aportar ingresos a la familia.

Por último, la reforma de Tiberio era una respuesta al miedo que sentían muchos romanos al ver que en los campos había cada vez más esclavos. En Sicilia se estaba librando una guerra encarnizada contra ejércitos de esclavos rebeldes. ¿Cuánto tardaría en ocurrir lo mismo cerca de Roma? Tener en los campos a miles de ciudadanos dispuestos a tomar las armas para defender lo suyo suponía una garantía contra esa quinta columna de siervos infiltrados (contra su voluntad, bien es cierto) en territorio romano.

Las medidas de Graco encontraron un gran apoyo cuando pronunció en la Rostra de los oradores un célebre discurso que nos ha llegado a través de Plutarco. Aunque no sea una transcripción literal (no había grabaciones ni taquígrafos), seguramente refleja el espíritu de sus palabras:

Las bestias salvajes que campan por los bosques de Italia tienen sus propias cuevas y guaridas donde cobijarse. En cambio, los hombres que combaten y mueren por Italia únicamente participan del aire y de la luz comunes, pero de nada más. Sin techo y sin hogar, vagan errantes con sus mujeres y sus hijos. Por eso mienten los generales cuando antes de las batallas arengan a sus soldados para que luchen contra el enemigo por defender sus templos y sus sepulcros. Pues la mayoría de los romanos no tienen ni altares familiares ni túmulos de sus ancestros. En realidad, pelean y mueren para que sean otros quienes consiguen lujos y riqueza. Y aunque se dice de ellos que son los amos del mundo, no poseen tan siquiera un puñado de tierra que sea suyo. (Tiberio Graco, 9).

Al acercarse el momento en que se debía votar la ley, empezó a crecer la tensión en Roma. Había muchos posibles beneficiarios que la apoyaban y que empezaron a acompañar a Tiberio a modo de escolta personal; más de tres mil según un historiador contemporáneo, Sempronio Aselión. Pero además fueron llegando a la ciudad gentes procedentes de diversos lugares de Italia que, al no ser ciudadanos romanos, temían que les quitaran aquellas tierras del *ager publicus* que, con derecho o sin él, llevaban mucho tiempo cultivando.

También existía oposición en el senado. Era, en parte, la típica rivalidad entre la facción de Apio Claudio y el propio Tiberio y el grupo de Escipión (que seguía en Numancia). En general, había muchos senadores recelosos: si se ratificaba la ley, los beneficiados con esas tierras no le darían las gracias a la República, sino a Tiberio Graco, que aumentaría enormemente su influencia y su poder gracias a la deuda que decenas de miles de ciudadanos tendrían con él.

Para evitar que la asamblea aprobara la reforma, los adversarios de Tiberio recurrieron a Marco Octavio, amigo personal de Graco —al menos hasta entonces— y también tribuno de la plebe. Octavio era un hombre joven y deseoso de ascender en política, por lo que estaba dispuesto a seguirle el juego al senado. Se daba la circunstancia, además, de que poseía muchas hectáreas de *ager publicus* de las que tendría que desprenderse si la ley salía adelante.

Cuando llegó el momento de votar, Octavio se levantó y exclamó: «¡Veto!». Se produjo un gran escándalo, como es de esperar, pero no hubo más remedio que interrumpir la votación y disolver la asamblea. Lo que acababa de hacer Octavio no era ilegal, ya que los tribunos podían vetar

cualquier cosa, pero resultaba más que sospechoso que hubiera aplicado ese veto a una ley que favorecía los intereses del pueblo romano.

De haber seguido el cauce habitual, la propuesta habría regresado al senado para seguir debatiéndose e introducir algunas enmiendas. Era un lugar apropiado para hacerlo, pues allí cada miembro podía hacer uso de la palabra y exponer sus motivos en un ambiente más propicio para la discusión sosegada y argumentada (lo cual no quiere decir que a veces las sesiones no fueran tormentosas).

En las asambleas, en cambio, resultaba mucho más fácil que los ciudadanos se dejaran llevar por las pasiones y cayeran en las trampas de la demagogia. ¿Por qué? No porque los asistentes fuesen una masa inculta y descerebrada, tal como los veían muchos nobles, sino por las limitaciones de procedimiento. En esas reuniones los ciudadanos no podían tomar la palabra, solo votar, aclamar a gritos o abuchear, de modo que más que asambleas de verdad parecían mítines políticos.

En ese sentido, una de las causas por las que el sistema romano distaba mucho de ser una democracia era que la cámara donde se discutía con argumentos, el senado, no representaba a los ciudadanos en su conjunto, sino únicamente a una pequeña oligarquía.

En cualquier caso, Tiberio se negó a cualquier componenda con el resto de los senadores. En lugar de moderar su ley, la endureció con una enmienda por la que las personas que poseían terrenos públicos de más tendrían que desprenderse de ellos sin recibir indemnización alguna.

Después convocó una nueva asamblea para votar, pero Octavio volvió a levantarse y a exclamar: «¡Veto!». Aquello se repitió una y otra vez. Delante de todos los asistentes Graco intentaba convencer a su amigo de que dejara de obstruir la aprobación de la ley; pero Octavio, con lágrimas en los ojos, le decía que no podía (la efusión sentimental era un recurso retórico más).

Como Tiberio no conseguía que Octavio se apeara de su veto, él mismo decidió boicotear todas las actividades públicas de Roma. Para ello interpuso el *iustitium*, un edicto por el que prohibió que los magistrados llevaran a cabo actuación ninguna hasta que se votara la reforma agraria. No contento con eso, Tiberio selló con su propio anillo las puertas del templo de Saturno, sede del tesoro público, de modo que los cuestores no

podían entrar para sacar fondos ni ingresarlos. Por supuesto, quedaba prohibido celebrar juicios, pero es que ni siquiera se podía vender ni comprar en el mercado.

Lo que estaban haciendo Tiberio y sus adversarios no era tanto recurrir a triquiñuelas legales como al poder casi mágico del *iustitium* y del veto, en una especie de duelo de hechizos y contrahechizos. Pero la tensión creciente hacía que la violencia empezara a palpase en el aire. Los enemigos de Graco se dedicaron a conspirar para atentar contra su vida; él, por su parte, procuró rodearse de partidarios armados que lo defendieran, y todo el mundo sabía que bajo la ropa llevaba escondida una espada corta.

Cuando llegó el día de una nueva votación, los «ricos» —en palabras de Plutarco— se llevaron las urnas para impedirlo, mientras que Octavio volvió a interponer su veto. La asamblea se disolvió una vez más.

¿Cómo salir de este callejón sin salida? A Tiberio se le ocurrió una solución inusitada y drástica que podía salirle bien o costarle la cabeza. Al día siguiente, de nuevo en asamblea, subió a la Rostra y propuso al pueblo un decreto para despojar a Octavio del cargo de tribuno.

De nuevo se desató una algarabía mayúscula. Octavio intentó impedirlo, como era de esperar, pero a los ciudadanos ya no les impresionaba su veto y empezaron a desfilarse ante las urnas. Tribu tras tribu fueron aprobando la propuesta de Tiberio. Ni siquiera hizo falta llegar hasta el final: había treinta y cinco tribus en total, con lo que la mayoría se alcanzaba con dieciocho. Cuando terminó de votar la tribu decimioctava, Tiberio anunció que desde ese momento Octavio dejaba de ser tribuno de la plebe, y ordenó a sus libertos que se lo llevaran de allí, a rastras si hacía falta. En ese instante, se produjeron varios conatos de violencia, porque Octavio y el bando senatorial tenían sus propios seguidores, pero por el momento la sangre no llegó al río.

Lo que había hecho Tiberio era una maniobra sin precedentes que escandalizó a mucha gente. Sus enemigos empezaron a acusarlo de manipular a la plebe en aras de su ambición personal para convertirse en amo de la República. En una reunión del senado, el consular Tito Anio lo acusó de haber violado lo inviolable, la sacrosanta dignidad de un colega tribuno al que no se podía quitar el cargo hiciera lo que hiciera.

Tiberio, en un tono quizá excesivamente enardecido que no ayudó a su causa, respondió que un tribuno de la plebe podía destruir el templo de Júpiter o quemar los astilleros de la ciudad si así le parecía; lo que no podía hacer en ningún caso era ir contra la soberanía de la asamblea del pueblo, porque si lo hacía dejaba de ser digno del nombre de tribuno.

Eliminado el obstáculo de Octavio y sustituido este por otro tribuno, la asamblea aprobó por fin la reforma agraria. Para llevarla a cabo, Tiberio propuso que se formara una comisión de triunviros, esto es, tres varones que organizaran el reparto de tierras. Uno de ellos sería él mismo; el otro su hermano Cayo, que tan solo tenía veinte años, y el tercero su suegro Apio Claudio, el gran rival político de Escipión Emiliano.

Pero la historia no había terminado ahí. Aunque el proyecto y la comisión estuvieran aprobados, existían otras formas de boicotarlos. Básicamente, cortar el grifo del dinero: una ley sin recursos asignados suele ser papel mojado.

Los comisionados tenían que recorrer las tierras de Italia para inspeccionar y medir las parcelas. El senado ofreció a esta comisión una dieta de seis sestercios diarios (la propuesta la hizo Escipión Násica, uno de los terratenientes que acaparaba más terreno público de forma ilegal). Con esa miseria había que pagar agrimensores, animales de carga y entregar una pequeña suma a los nuevos propietarios para que compraran un mínimo de herramientas. Por no dar, el senado ni siquiera le dio a Tiberio una tienda de campaña para que se alojara durante los viajes por el campo.

Fue en ese momento cuando murió Átalo III y en su testamento legó el reino de Pérgamo al pueblo romano (aunque fuera un poco excéntrico, era una manera de resignarse a lo inevitable y ahorrarles a sus súbditos costosas guerras). Amén de las prósperas ciudades de las que se podían recaudar tributos, había una importante cantidad de dinero pagadera inmediatamente.

En cuanto Tiberio se enteró, demostrando unos reflejos excelentes, propuso a la asamblea del pueblo repartir esos fondos entre los beneficiarios de la ley agraria para que pudieran comprar aperos de labranza y animales. De nuevo, se acababa de saltar todas las normas y costumbres que decían que el senado era quien controlaba la política exterior y financiera.

Indignados, varios adversarios, como Metelo Macedónico, Escipión Násica o Quinto Pompeyo, trataron de culparlo de todo lo habido y por haber: desde que se juntaba con la peor escoria de las calles de Roma hasta que el enviado del difunto Átalo le había ofrecido la diadema real y el manto de púrpura para que se convirtiera en rey.

Esta última era la peor acusación, la palabra maldita: «rey». Viniera o no viniera a cuento, a los romanos les rechinaba en los dientes y despertaba en ellos tales connotaciones irracionales como hoy día «fascista» o «comunista» según en qué sitios.

Se acercaba el final del mandato de Tiberio, y era bien consciente de que sus adversarios lo iban a denunciar por haber ejercido la coerción contra Octavio, un colega tribuno. La única forma de salvarse de que los senadores que monopolizaban los tribunales lo juzgaran y condenaran era presentarse otra vez a las elecciones de tribuno para mantener la inmunidad. No se trataba únicamente de salvar su persona, sino también sus leyes, pues estaba convencido de que sus enemigos las iban a abolir inmediatamente después de condenarlo a él.

El problema residía en que la reelección que pretendía Tiberio era ilegal, o al menos atentaba contra la costumbre. Uno de los principios básicos de las magistraturas era que al salir de ellas uno debía convertirse en un ciudadano privado al menos un año para responder de los actos llevados a cabo durante su mandato: se trataba de una forma de evitar la impunidad total.

Una matanza y una muerte misteriosa

Para sus enemigos, la pretensión de Tiberio de ser tribuno dos años seguidos fue la gota que colmó el vaso. Incluso muchos de sus partidarios más moderados en el senado empezaron a recular, asustados, y a retirarle su apoyo.

Las elecciones se celebraron en junio de 133, en la época de la cosecha, por lo que muchos de los partidarios de Tiberio no se encontraban en la ciudad. Necesitaba el apoyo de la plebe urbana, que no sentía tantas simpatías por él. Al parecer, eso le hizo anticipar algunas

propuestas que luego presentaría su hermano, como la posibilidad de apelar las sentencias de los jueces senatoriales ante la asamblea popular o la reducción del servicio militar. Sin embargo, no está claro que ocurriera así.

El día de los comicios ya habían votado dos tribus a favor de Tiberio cuando sus opositores empezaron a protestar a gritos diciendo que aquello era ilegal. El tribuno que presidía el acto, Rubrio, no sabía qué hacer; al verlo, otro tribuno llamado Mumio, más decidido, se ofreció para sustituirlo. Entre unas cosas y otras iban pasando las horas, de modo que Tiberio propuso que las elecciones se aplazaran hasta el día siguiente.

Temiéndose lo peor, por la noche, Tiberio se puso un manto negro en señal de luto y encomendó la protección de su hijo a sus amigos. Al día siguiente apareció ante su casa el *pullarius*, el encargado de los pollos sagrados que en la Primera Guerra Púnica dieron lugar a la famosa anécdota de Claudio Pulcro arrojándolos al mar —«Si no quieren comer, que se harten de beber»—. En este caso, las aves ni siquiera querían salir de la jaula, salvo una que lo hizo, pero se negó a alimentarse.

Pese a tan siniestros augurios, Tiberio se dirigió al Foro, donde sus partidarios ya se habían congregado en tal número que muchos de ellos ocupaban la ladera del monte Capitolio. Cuando sus enemigos trataron de impedir que se procediera a la votación, los echaron con palos y porras.

Al mismo tiempo, los senadores estaban reunidos cerca de allí, en el templo de la diosa Fides (la Confianza), que se alzaba en la ladera sur del Capitolio. Escipión Násica se dirigió a los cónsules y les dijo que la República misma se hallaba en peligro, y que para salvarla debían eliminar a Tiberio Graco.

Uno de los senadores llamado Fulvio Flaco, partidario de Tiberio, corrió a informar a este abriéndose paso entre la muchedumbre. Cuando a Tiberio le llegó la noticia, se desató a su alrededor un gran griterío en el que resultaba casi imposible entender nada de lo que se decía. Como muchos preguntaban a Tiberio qué estaba ocurriendo y no había forma de oír nada, este se tocó la cabeza varias veces indicando con ese gesto que su vida corría peligro.

Desde la entrada del templo de Fides alguien vio el gesto de Tiberio e irrumpió en la sesión del senado gritando: «¡Tiberio está exigiendo que le

den la diadema real!». Una acusación manifiestamente absurda, pero que había calado: según sus adversarios, si Tiberio se salía con la suya impunemente, conseguiría tal cantidad de poder y partidarios que nada podría impedir que se convirtiera en tirano o rey. A las mentes de los senadores acudieron los ejemplos de Espurio Casio y Manlio Capitolino, que habían intentado alcanzar la tiranía en 485 y 384 y lo habían pagado con su vida, o el de Agatocles de Siracusa que había empezado como demagogo para convertirse finalmente en tirano.

Násica se dirigió al cónsul Mucio Escévola y le exigió que hiciera algo para pararle los pies a Tiberio Graco. Escévola respondió que no autorizaría la ejecución de un ciudadano romano sin juicio previo. En ese momento, Násica exclamó: «¡Puesto que el cónsul traiciona a la República, quien quiera protegerla que me siga!». Después se echó la toga sobre la cabeza y se la ciñó a la cintura a la manera gabina, tal como hacían los sacerdotes en los sacrificios, sugiriendo así que lo que estaba dispuesto a hacer era un sacrificio humano en nombre del bien común.

Muchos senadores se remangaron las togas y, armados con porras y palos, corrieron tras Násica por la falda del Capitolio hasta el lugar donde se encontraba Tiberio. Los seguidores de este también habían venido con armas, pero los senadores cargaron con tal ímpetu que se abrieron paso entre ellos como un ariete y los dispersaron. Eran menos, ciertamente, pero una minoría articulada y decidida a menudo puede amedrentar a una mayoría desorganizada. Además, eran nobles criados en la ética de la competencia violenta y de la guerra, y seguramente habían traído con ellos a muchos de sus clientes para hacer de matones.

Tiberio trató de huir. Alguien agarró su toga; él se desprendió de ella y escapó tan solo con la túnica. Pero el pánico desatado entre la multitud había provocado muchas caídas, y Tiberio tropezó de bruces sobre varios cuerpos que yacían en el suelo. Uno de sus colegas como tribuno, Publio Satureyo, aprovechó para golpearlo en la cabeza con un palo, probablemente una pata arrancada de un banco. Después, como una bandada de buitres, lo rodearon más atacantes, y Tiberio ya no se levantó.

Ese día perecieron con él más de trescientas personas por golpes de palos y de piedras, ninguno por herida de espada, según Plutarco. Quizá parezcan demasiadas víctimas para no haberse utilizado armas blancas, pero es posible que muchos sucumbieran aplastados o asfixiados en las estampidas provocadas por el pánico.

Se podría alegar que la muerte de Tiberio había sido un accidente debido a una escalada espontánea de violencia. Sin embargo, el hecho de que tantos senadores hubieran acudido armados a la sesión indica que se trató de una acción premeditada. También lo que hicieron con su cadáver y los de sus partidarios, que arrojaron al Tíber en lugar de enterrarlos. Además, los cónsules elegidos para el año siguiente no recibieron instrucciones de investigar el asesinato del tribuno, sino de detener y ejecutar a quienes habían compartido con Tiberio Graco la supuesta conspiración para alzarse con la tiranía.

Eso no significa que los enemigos de Tiberio se hubieran convertido en los amos de la ciudad sin más. Las tensiones seguían existiendo, y la facción favorable a Graco convirtió en blanco de su ira a Escipión Násica, que con su soflama en el templo de Fides había provocado aquel estallido de violencia. Para evitar problemas, el senado lo envió como embajador a Asia, a pesar de que siendo el *pontifex maximus* no tenía permitido salir de Italia. Násica nunca regresó de esa especie de exilio dorado y murió en Pérgamo poco tiempo después.

Pese a lo que se podría haber esperado, la muerte de Tiberio Graco no significó que sus leyes fueran anuladas. Su baja en la comisión de triunviros la cubrió el suegro de su hermano Cayo, Licinio Craso, que también fue elegido como nuevo *pontifex maximus* cuando se supo que el anterior, Escipión Násica, había fallecido. El hecho de que Craso recibiese un nombramiento tan importante demuestra que la facción de Graco mantenía influencia también en la élite senatorial, con dos importantes adalides: el propio Licinio Craso, que fue elegido cónsul en 131, y Apio Claudio, cabeza del poderoso clan de los Claudios.

No se sabe exactamente qué resultado dio el reparto de tierras que había iniciado Tiberio Graco. Aunque es un asunto que los historiadores siguen debatiendo, lo cierto es que en el censo del año 125 se registraron setenta y cinco mil personas más que en el 131, algo que habría hecho sonreír de satisfacción a Tiberio.

Hubo problemas, sin duda, para repartir las tierras, sobre todo porque no era fácil demostrar cuáles eran públicas o privadas. Además, los propietarios itálicos que no eran ciudadanos romanos crearon su propio grupo de presión para evitar que les confiscaran sus terrenos, y encontraron un valedor en Escipión Emiliano.

Para este era una buena forma de recuperar con los aliados la popularidad que había perdido entre el pueblo romano por oponerse a Tiberio. Todo había empezado en Numancia, cuando le llegó la noticia de la muerte de su cuñado y respondió con un verso de Homero en el que la diosa Atenea decía de Egisto, el asesino de Agamenón: «¡Que así perezca todo aquel que cometa acciones semejantes!».

Ya de regreso en Roma, el tribuno Papirio Carbón le preguntó qué opinaba de lo que le había ocurrido a su cuñado. Escipión contestó que, a su parecer, Tiberio Graco había muerto justamente. Cuando el pueblo reunido en la asamblea empezó a abuchearlo, él respondió en tono altivo: *Taceant quibus Italia noverca est!*, «Que callen todos aquellos para los que Italia no es más que una madrastra».

Desde ese momento, Escipión perdió mucho apoyo entre el pueblo. Así lo prueba lo ocurrido cuando se decidió el mando para una guerra en Asia contra Aristónico: únicamente dos de las treinta y cinco tribus votaron a Escipión, pese a que todos sabían que no había en Roma ningún general más prestigioso y capacitado que él.

En el año 129, los aliados que temían perder sus tierras presionaron ante Escipión para que les echara una mano. Él presentó ante el senado una ley para que los litigios sobre tierras públicas que afectaran a los *socii* no se resolvieran en la comisión de triunviros, sino en otro tribunal. En la práctica, eso habría supuesto el final de la ley agraria, pues habría dejado sin competencias a los triunviros, que se opusieron furibundamente a la propuesta de Escipión.

En esta ocasión, Escipión tuvo que oír en el Foro los gritos que había escuchado su cuñado en el senado: «¡Abajo con el tirano!». Después regresó a su casa para componer el discurso con el que defendería su propuesta al día siguiente.

Nunca llegó a pronunciarlo. Por la mañana apareció muerto en su cama. A su lado estaban las tablillas en las que iba a anotar las ideas para el discurso.

Pese a que Escipión ya no era tan querido como antaño, su fallecimiento causó una gran consternación en Roma y pronto empezaron a propalarse extraños rumores. Para algunos se había suicidado porque era incapaz de soportar que se opusieran a su ley y lo llamaran tirano.

Pero muchos otros aseguraban que su cuerpo presentaba marcas de violencia, indicio de que lo habían asesinado, tal vez estrangulándolo. Se sospechó de su esposa Sempronia, con la que no se llevaba bien —según Apiano, porque era fea y no le había dado hijos—, y que además era la hermana de Tiberio Graco. También de la madre de este y suegra del finado, Cornelia. Hubo asimismo quienes señalaron a los triunviros, y en particular a Papirio Carbón, de quien todavía en tiempos de Cicerón se decía que había sido el asesino.

En cualquier caso, el asunto ni siquiera se investigó. La muerte del mayor general de su época es uno de esos misterios históricos que, probablemente, nunca se resolverá.

Cayo Graco

La carrera política del menor de los Graco empezó a una edad muy temprana, cuando su hermano lo nombró uno de los triunviros encargados de llevar a cabo la reforma agraria. Estaba considerado un gran orador, y la primera ocasión en que pronunció un discurso importante fue en el año 131, cuando Papirio Carbón, amigo de la familia, presentó una propuesta para que la reelección de un tribuno de la plebe dos años seguidos se convirtiese en legal.

La intención de esta medida era obvia: evitar que en el futuro se repitiese lo que le había ocurrido a su hermano Tiberio. Cayo defendió la causa con gran elocuencia, pero por aquel entonces Escipión todavía estaba vivo y poseía influencia suficiente como para impedir que se aprobara la medida.

En el año 126, Cayo fue elegido cuestor y se le destinó a Cerdeña bajo el mando del cónsul Aurelio Orestes. Allí permaneció dos años, uno más de lo debido, porque la facción predominante en el senado prefería mantenerlo fuera de la ciudad.

En 124, dispuesto a presentarse a las elecciones a tribuno, Cayo regresó a Roma sin haber recibido autorización para abandonar su puesto en Cerdeña. Sus enemigos lo denunciaron ante los censores, y también intentaron involucrarlo en la revuelta de la ciudad aliada de Fregelas, que

se había producido poco antes.

A pesar de todo, ambas maniobras resultaron inútiles. Cayo fue absuelto de las acusaciones y consiguió ser elegido como el cuarto tribuno más votado para el año 123. Durante su mandato llevó ante la asamblea muchas más propuestas que su hermano, pero aun así una legislatura no le pareció suficiente. A esas alturas, no queda muy claro en qué momento se había aprobado por fin el plebiscito que permitía reelegir a los tribunos. Cayo aprovechó para presentarse por segunda vez y ganó.

Gracias a sus dos años de tribunado, Cayo pudo introducir una serie de medidas que tenían mucho más alcance que las de su hermano Tiberio. Si este se había planteado solucionar un problema determinado—el descenso del número de ciudadanos que podían ser reclutados en las legiones—, Cayo tenía una visión más general de lo que quería para Roma. Sus leyes también iban encaminadas a cuestiones concretas, como el hambre, la corrupción judicial o la indefensión del pueblo llano; pero todas apuntaban en la misma dirección: restringir el poder del senado y aumentar el de la asamblea popular. Esto, en términos griegos, se habría llamado «más democracia», aunque en Roma nadie se habría atrevido a mencionar esa palabra.

No es fácil saber en qué orden presentó Cayo sus medidas, pues las fuentes que nos han llegado tienden a ser algo descuidadas en la cronología. Parece que una de las primeras fue prohibir que cualquier persona que hubiera sido expulsada de una magistratura pudiera desempeñar otra en el futuro. Aquel proyectil iba apuntado directamente a la frente de Octavio, el tribuno que había intentado boicotear con su veto la ley agraria de su hermano. Pero no solo a él: cualquier senador que se opusiera frontalmente a la asamblea del pueblo se arriesgaba a que un tribuno lo depusiera del cargo y arruinara así su carrera política. Aquella medida era un boquete abierto directamente bajo la línea de flotación del senado.

No fue la única en ese sentido. Hasta entonces, los tribunales que juzgaban por corrupción y extorsión a los magistrados que gobernaban las provincias estaban compuestos exclusivamente por senadores. Siguiendo la máxima de «perro no come perro», esos tribunales solían absolver a los encausados, ya que todos pertenecían al mismo orden.

Aunque los detalles no están del todo claros, la reforma que

introdujo Cayo excluía a los senadores de esos tribunales. ¿Con qué jueces los sustituyó? No con miembros de las clases más humildes, que carecían de formación y tiempo para dedicarse a una actividad que no estaba remunerada. Los nuevos jueces eran équites o caballeros, personas acomodadas que pertenecían al llamado orden ecuestre.

Los équites y los negocios

El origen de la clase social de los équites se remonta a los tiempos casi legendarios de la monarquía. Dentro de las ciento noventa y tres centurias que se reunían en los comicios centuriados, las primeras dieciocho recibían de la ciudad el llamado «caballo público», que en realidad no era un caballo, sino el dinero necesario para comprar y mantener un corcel de guerra.

Con el tiempo, el ejército romano confió cada vez más en la caballería de los aliados, de modo que los équites se separaron de su estricto origen militar y se convirtieron en una clase social formada por la élite de la que salían los gobernantes y mandos militares.

En el año 218, por la *lex Claudia* —llamada así por el tribuno que la presentó, Quinto Claudio— se estableció que ni los senadores ni sus hijos debían enriquecerse en actividades comerciales. Para evitar que lo hicieran, se les prohibía poseer barcos con capacidad para más de trescientas ánforas, el equivalente a unas ocho toneladas de carga. Se suponía que una nave de ese tamaño le bastaría a un senador para transportar los productos de sus fincas, pero no para dedicarse al comercio a gran escala.

El espíritu de esta ley era sencillo. Los políticos que decidían sobre guerras en escenarios cada vez más alejados no debían beneficiarse económicamente de ellas. Los romanos ya eran bastante belicistas de por sí como para añadir el señuelo de la riqueza de ultramar.

Desde entonces, a los senadores únicamente se les permitió invertir sus riquezas en tierras y bienes inmuebles. En cambio, el resto de los miembros de las centurias de caballeros podían dedicarse a todo tipo de actividades comerciales y empresariales, y aprovecharon esa oportunidad

para enriquecerse.

Para ello, los équitos crearon compañías que, entre otras actividades, explotaban minas, realizaban obras públicas y se encargaban de fabricar y vender material para las legiones. El negocio más rentable —aunque también arriesgado— era cobrar los impuestos en las provincias conquistadas para después entregárselos al Estado. Por eso los *publicani* o publicanos que los recaudaban se convirtieron en los miembros más influyentes del orden ecuestre.

La separación entre ambas clases se acentuó a partir del año 129, cuando los senadores dejaron de pertenecer al orden ecuestre: por la *lex reddendorum equorum*, todo aquel que quisiera ejercer una magistratura debía renunciar a su caballo público. El caballo constituía tan solo un símbolo. La verdadera elección consistía en decidir entre el honor y el poder político de los senadores y la riqueza y la influencia económica de los équitos.

A finales de la República, el orden ecuestre se había convertido en una aristocracia de segundo nivel que exhibía sus propios signos externos de honor, como el anillo de oro y la trábea, una toga blanca con una banda púrpura, más estrecha que la de los senadores. Dentro de la élite romana, los équitos formaban la parte mayoritaria que prefería no aparecer en el primer frente de la política, pero eran tan numerosos y manejaban tantos recursos económicos que constituían un grupo de presión al que había que tener en cuenta. Además, équitos y senadores se relacionaban por amistades y vínculos familiares, y los nuevos senadores salían de las filas del orden ecuestre. Aunque había roces entre ambos estamentos, si era necesario, se unían contra las clases inferiores, que constituían la gran mayoría de la sociedad romana.

Esta reforma de Cayo Graco pretendía acabar con la impunidad de los gobernadores provinciales, y en buena medida lo consiguió. Pero el hecho de que los équitos formaran los tribunales no tardó en dar lugar a su propia corrupción.

Pese a que cada vez dominaba un imperio más extenso, la República romana no tenía funcionarios que recaudaran impuestos en las provincias, por lo que esta misión la llevaban a cabo sociedades de publicanos que en su mayoría pertenecían al orden ecuestre. Dichas sociedades pujaban entre sí y pagaban un dinero por adelantado para que se les otorgara la

concesión.

Para recuperar la inversión inicial y obtener ganancias, los publicanos apretaban las clavijas a los habitantes de las provincias, a menudo hasta llegar a la extorsión pura y dura. En ese sentido, la provincia de Asia era paradigmática, y llegó a convertirse en una gallina de los huevos de oro a la que los publicanos tenían agarrada por el cuello hasta casi asfixiarla. Cuando un gobernador intentaba evitar estos abusos (algo que tampoco ocurría tan a menudo), ya sabía lo que le esperaba a su regreso a Roma: acusación por corrupción y juicio ante un tribunal formado por équités. El veredicto solía ser de culpabilidad, y la pena el destierro más una multa por el doble de lo supuestamente robado.

Probablemente Cayo Graco no había previsto esta consecuencia negativa de su reforma, pero sí sabía que estaba atentando contra el poder del senado y que eso le iba a granjear muchos enemigos, como a su hermano.

Otra medida que pretendía controlar el poder omnímodo del senado era la *lex de provinciis consularibus*. Hasta entonces, las provincias las asignaba el senado cuando los cónsules ya habían sido elegidos, lo que daba lugar a todo tipo de manipulaciones y corruptelas. Algunos cónsules intrigaban para conseguir las provincias que querían gobernar, a menudo por motivos espurios —básicamente, llenarse los bolsillos—. En otras ocasiones el senado se libraba de un cónsul molesto enviándolo lejos de Roma; así había hecho por ejemplo mandando a la Galia a Fulvio Flaco, miembro de la facción de los Graco.

Por la ley *de provinciis*, a partir de entonces, el senado tendría que asignar las provincias antes de las elecciones. La norma no era inflexible: si surgía una emergencia militar, podía cambiarse la provincia para asignársela a un general mejor. La ley no debió de funcionar mal, porque se mantuvo hasta el consulado de Pompeyo en el año 52.

Las medidas de Cayo también procuraron mejorar el destino de los jóvenes soldados. Por un lado, se prohibió reclutar a ciudadanos menores de diecisiete años, y por otro, el Estado se comprometía a proporcionar a los legionarios ropa y equipo sin descontárselo de la paga; algo que les venía muy bien teniendo en cuenta que cada vez se alistaba a gente más pobre.

La reforma agraria de su hermano había beneficiado sobre todo al proletariado del campo, no al de la ciudad. Por eso Tiberio no había contado con demasiadas simpatías entre la llamada plebe urbana. Pero Cayo no estaba dispuesto a que le ocurriera lo mismo.

El principal problema de la gente que vivía en la ciudad de Roma era asegurarse la comida diaria. Periódicamente se producían carestías de trigo que, por un motivo o por otro, hacían subir de forma desmesurada el precio del grano. A veces se debía a los piratas que robaban cargamentos de cereal, y otras a los esclavos que se sublevaban en Sicilia, uno de los principales graneros que suministraba a la urbe.

La crisis más reciente se había producido poco antes del tribunado de Cayo. En el año 124, una terrible plaga de langosta se abatió sobre el norte de África, provocando doscientas mil muertes en la zona de Cartago y Útica.^[9] Esa nueva carestía decidió a Cayo a presentar una *lex frumentaria*, término que proviene de la palabra latina *frumentum*, «trigo». Por dicha ley, el Estado se obligaba a adquirir trigo y vendérselo a los ciudadanos a un precio fijo y bastante asequible. Con el fin de que siempre hubiera excedentes de trigo, este se almacenaría en graneros públicos. Al parecer, no se llegaron a construir, lo que hace pensar que el Estado alquiló silos privados.

La *lex frumentaria* hizo que la popularidad de Cayo entre la plebe urbana subiera como la espuma. A cambio, sus adversarios le atacaron con el argumento de que solo pretendía sobornar al pueblo romano e iba a malcriarlo.

Durante el segundo tribunado de Cayo, sus adversarios recurrieron a una nueva estrategia y consiguieron que saliera elegido como tribuno de la plebe uno de los suyos, Livio Druso. Este, actuando como peón del senado, se propuso superar a Cayo en popularidad y presentó propuestas tan demagógicas que muchas no se podían cumplir. De entrada, propuso abolir el canon casi simbólico que pagaban quienes habían recibido parcelas por la reforma agraria de Tiberio. Después, cuando Cayo planteó establecer tres colonias, dos en Italia y una en África, Druso propuso fundar doce, todas ellas en suelo italiano.

Que no hubiera tierras disponibles en la península para tantas colonias a él le daba igual. Lo importante era que así se ganaba el fervor del pueblo. Además, Druso tenía mucho cuidado de declarar en todo

momento que no actuaba así en su propio nombre para ganarse el favor de la gente, sino en nombre del senado. En otras palabras, que no pretendía convertirse en el amo de Roma como los hermanos Graco.

Casi todo esto ocurrió mientras Cayo se hallaba fuera de la ciudad supervisando la creación de la colonia de Junonia, en África. Se supone que como tribuno de la plebe no podía ausentarse de Roma, pero al parecer el senado le otorgó una dispensa que no venía nada mal para los planes de sus opositores.

Cuando regresó a la urbe, no tardó en comprobar que la situación había cambiado. Al ver que su popularidad estaba en declive, Cayo se mudó de su mansión del Palatino a una casa en la zona baja de la ciudad, no muy lejos del Foro, un barrio mucho más popular. Poco después, presentó una propuesta para otorgar la plena ciudadanía romana a los habitantes del Lacio y derecho de voto al resto de los aliados que residieran o estuvieran de paso en la ciudad.

No se trataba una medida tan revolucionaria, sobre todo en el caso de los latinos, que compartían desde hacía siglos idioma, religión y muchos vínculos culturales con los romanos. Pero en esta ocasión a Cayo le traicionó el cónsul Fanio, que hasta entonces había sido amigo y partidario suyo. Fanio habló contra la propuesta de Cayo utilizando argumentos xenófobos que convencieron a muchos votantes. «¿Queréis ver la ciudad llena de extranjeros que os quiten el asiento en el teatro y el circo?», vino a decirles. Al poco tiempo, él mismo proclamó un edicto para expulsar de la ciudad a todo aquel que no fuera ciudadano romano.

Cuando llegaron los comicios para elegir los tribunos de 121, Cayo intentó presentarse de nuevo, pero no consiguió que lo votaran por tercera vez. Para empeorar las cosas, los nuevos cónsules eran ambos enemigos suyos: Fabio Máximo y, sobre todo, Lucio Opimio.

Durante el año 121, sus adversarios intentaron derogar parte de su legislación. La única influencia que le quedaba a Cayo era la que le otorgaba su puesto de triunviro en la comisión para la ley agraria. Pero incluso aquí empezó a verse en apuros, porque el senado se las arregló para atraerse a su bando también a Papirio Carbón, uno de los miembros de la comisión que hasta entonces había sido partidario ferviente de los Graco.

Estado de excepción

La crisis final estalló por culpa de Junonia, la colonia que se había fundado en tierras de Cartago por iniciativa de Cayo. El tribuno de la plebe Minucio presentó una propuesta para desmantelarla, alegando auspicios desfavorables para demostrar que los dioses se oponían a la existencia de esta fundación colonial. Se suponía que el sitio era de mal agüero de por sí, pues cuando Escipión arrasó Cartago había arrojado una maldición sobre el lugar para que sirviera tan solo como tierra de pasto. (Ya hemos visto que lo de sembrarlo con sal era una exageración retórica).

Cayo Graco comprendió que se jugaba su supervivencia política en esta cuestión. El día en que se debía votar si la colonia seguía adelante o no, decidió tomar un papel activo en la asamblea, aunque ya no fuese tribuno de la plebe. Como no tenía intenciones de acabar como su hermano, se rodeó de amigos armados e hizo venir como refuerzo a muchos partidarios suyos del campo. Después, se situó hombro con hombro con su aliado Fulvio Flaco en una posición estratégica que dominaba el Foro, junto a un pórtico recién construido en la ladera del Capitolio.

Entonces se produjo un extraño incidente. Un hombre llamado Antilio que cargaba con vísceras para un sacrificio se acercó al grupo que rodeaba a Cayo Graco y empezó a exclamar: «¡Abrid paso, escoria! ¡Abrid paso!». Los ánimos estaban ya caldeados, y los partidarios de Cayo mataron a Antilio con los mismos punzones que se utilizaban para escribir en las tablillas de voto.

De momento no hubo más violencia, porque un aguacero interrumpió la asamblea. Pero al día siguiente, el senado se reunió después de diversos disturbios en el Foro. Opimio pronunció un encendido discurso contra Cayo Graco, acusándolo de la muerte de Antilio, que —¡oh, casualidad!— era amigo suyo. Como respuesta, los senadores votaron una medida excepcional, el *senatus consultum ultimum*: un estado de emergencia por el que se concedía a los cónsules plenos poderes para restaurar el orden dentro de la ciudad, incluida la potestad de matar a ciudadanos sin juicio previo.

En la práctica, era Opimio quien debía actuar, ya que su colega se encontraba en la Galia. Sin vacilar, ordenó que al día siguiente todos los senadores se presentaran armados y acompañados por sirvientes, y dio la misma instrucción a los équites. Como ulterior refuerzo, según Plutarco, contrató a una unidad de arqueros cretenses que debían de encontrarse en las afueras para alguna campaña bélica.

Al enterarse de lo que se les venía encima, Cayo Graco y Fulvio Flaco se retiraron con los suyos a pasar la noche al Aventino, la colina donde, según la tradición, se habían instalado los primeros plebeyos que llegaron a Roma. Sus seguidores también llevaban armas, pues se las había distribuido Fulvio tomándolas del botín que había traído de su campaña del año 125 contra los galos que atacaban Marsella.

Al amanecer, Fulvio envió a su hijo Quinto al senado para que ejerciera de mediador. Opimio se limitó a exigir que depusieran las armas y se presentaran ante el senado para ser juzgados.

Cuando Quinto acudió por segunda vez con un mensaje de su padre, Opimio lo hizo encerrar. Después anunció que quien le trajera la cabeza de Cayo Graco recibiría su peso en oro, y ordenó a los senadores y a los équites que lo siguieran hacia el Aventino. Mientras avanzaban, los heraldos pregonaban a grandes voces que todos aquellos seguidores de Cayo Graco que entregaran las armas y se dispersaran serían perdonados.

Aquella última proclama hizo que muchos abandonaran a Graco, de modo que la batalla no tuvo historia, sobre todo cuando los arqueros cretenses empezaron a descargar andanadas de flechas sobre la multitud. Fulvio y su hijo mayor se escondieron en unos baños públicos, pero los encontraron y les dieron muerte. Esta es la versión de Plutarco; según Apiano, se refugiaron en casa de un amigo, pero acabaron igualmente mal.

En cuanto a Cayo, que en todo momento se había opuesto a utilizar la violencia, huyó con un esclavo llamado Filócrates hacia el viejo puente Sublicio y cruzó al otro lado del Tíber. Allí se refugió en un bosquecillo consagrado a las Furias. Al ver que tenía a sus perseguidores casi encima, Cayo ordenó a Filócrates que lo matara. El esclavo así lo hizo y luego se suicidó.

Una vez muerto Cayo Graco, alguien se apresuró a cortarle la cabeza. Pero no pudo cobrar la recompensa, ya que un tal Septimuleyo se

la quitó, la clavó en una lanza y se la llevó al cónsul Opimio, que era amigo suyo. Al ponerla en la balanza descubrieron que pesaba bastante más de la cuenta, porque Septimuleyo la había rellenado de plomo para llevarse más oro.

Con la excusa del *senatus consultum ultimum*, Opimio no detuvo su sangrienta represión hasta que hubo matado sin juicio a tres mil seguidores de Graco. Todos sus cadáveres fueron arrojados al río y sus propiedades confiscadas. El destino de Quinto, el hijo de Fulvio, fue particularmente injusto, porque tras haber actuado de mediador, lo que debería haberle concedido inmunidad, el cónsul también lo mandó matar.

Como suprema ironía, tras este baño de sangre, Opimio consagró un templo a la diosa Concordia, lo que desató la indignación entre el pueblo. Un año después, cuando dejó de ser cónsul, el tribuno Decio Subulón lo llevó a juicio por haber ejecutado a ciudadanos romanos sin haberlos procesado legalmente.

Opimio alegó que no había hecho más que aplicar el decreto de emergencia del senado para salvar a la República, y salió absuelto. Sin embargo, su argumento no tenía base legal, como demostró Julio César sesenta años más tarde: el senado podía decretar lo que le diera la gana, pero no tenía autoridad para privar a ningún ciudadano de su derecho a apelar al pueblo en casos que implicaban la pena capital.

Así acabó, pues, el segundo de los hermanos Graco. Su muerte fue muy distinta de la Tiberio y llevó un paso más lejos la violencia intestina en Roma. Si Tiberio había caído bajo los garrotes en una reyerta que se podía calificar como disturbio callejero —pese a que en ella había participado un cónsul—, Cayo había muerto por la acción premeditada de un magistrado actuando como tal.

Durante un tiempo, pareció que la causa popular estaba perdida y que el senado había recuperado el poder de sus mejores épocas. Años después, en un discurso que le atribuye Salustio, el tribuno de la plebe Cayo Memio diría que en los últimos tiempos unos pocos, los oligarcas del senado, se estaban riendo a costa del pueblo.

Pero no era así. Como señala Andrew Lintott en el capítulo correspondiente de *The Cambridge Ancient History*, «la lección que los futuros *populares* podían extraer del destino de los Graco no era que el

respeto por la ley y el orden fuesen esenciales, sino que necesitaban tener más fuerza y, sobre todo, el apoyo de magistrados con *imperium*».

En cualquier caso, el legado de los Graco no se borró de la noche a la mañana. Algunas de sus leyes, como la que establecía la colonia Junonia, fueron derogadas, pero otras se mantuvieron durante mucho tiempo. Además, su muerte los había convertido en ídolos del pueblo. Así se demostró cuando, veinte años después, uno de sus herederos ideológicos más extremistas, el tribuno Apuleyo Saturnino, intentó atraerse a las masas presentando ante el pueblo a un presunto hijo natural de Tiberio Graco.

Hablando de familia, la historia de los Graco no quedaría completa sin una referencia a su madre. Cornelia los sobrevivió a ambos y se retiró a la ciudad de Miseno, rodeada del respeto de la gente. Cuando murió, el pueblo le erigió una estatua de bronce. Pese a que era la hija del gran Escipión Africano, vencedor de Aníbal, la inscripción de la estatua no mencionaba eso, sino que simplemente decía con un orgullo que sigue resonando a través de los siglos:

Cornelia, madre de los Graco

La lucha fratricida entre romanos no había hecho más que empezar. La violencia que se había iniciado con palos y porras se intensificaría hasta tal punto que las calles de Roma acabarían ensangrentándose a toque de corneta y señal de estandarte. Pero antes, la República tendría que superar graves amenazas externas. Una de ellas provenía del brumoso norte y la otra de las cálidas tierras de África. En las guerras que se libraron contra ambas se distinguieron dos personajes que se convertirían en el paradigma del odio mutuo y la discordia civil: Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila.

**Libro II:
MARIO Y SILA**

IV

LA GUERRA DE YUGURTA

Roma amenazada

Tras la muerte de Cayo Graco, Roma no solo no conoció la paz, sino que apenas unos años después se encontró sumida en una de las peores crisis de su historia. Las tensiones internas que Opimio había intentado reprimir de manera tan salvaje seguían allí, pero la amenaza que se cernía ahora sobre ella era externa. Los habitantes de Italia y de la propia ciudad de Roma llegaron a sentir muy cerca la amenaza de los enemigos, y el fantasma de los galos, que saquearon la ciudad en 387, hizo estremecerse de nuevo a todos.

Por supuesto, Roma era ahora muchísimo más poderosa que cuando Breno y sus celtas la atacaron a principios del siglo IV. Pero a cambio, en esta ocasión, se encontró combatiendo en tres e incluso cuatro frentes de forma simultánea, y sufrió reveses militares tan graves como no se recordaban desde los tiempos de Aníbal.

Las obras escritas de la Antigüedad se han transmitido de una forma alguna veces aleatoria y otras sometidas a una especie de darwinismo literario: las que tenían más éxito en su momento o resultaban más breves y sencillas de entender eran copiadas más veces y, por tanto, gozaban de más posibilidades de sobrevivir a la putrefacción, las ratas o los incendios.

Debido a esa transmisión azarosa y fragmentada, conocemos mucho mejor unas épocas que otras. Incluso al estudiar periodos supuestamente bien atestiguados nos damos cuenta de que, aunque existen bastantes datos sobre ciertos años y lugares determinados, otros puntos que nos gustaría conocer se hallan hundidos en sombras casi impenetrables. Por eso, el relato histórico que encontramos en los libros suele estar limitado a lo posible: el foco de la linterna del cronista alumbrará un año la ciudad de

Roma, otro año una región de Numidia y un tiempo después los alrededores de Aquae Sextiae, como si en el resto de los lugares del mundo no hubiese pasado nada en el ínterin.

Por ejemplo, las luchas que libraron los romanos contra los escordiscos y otros pueblos de Iliria y Panonia debieron de ser épicas, y en ellas algunos generales ganaron gloria y otros perecieron. Pero, como no sabemos gran cosa de esas guerras, apenas ocupan unas líneas en los manuales de historia.

En cambio, está mucho mejor documentada la única amenaza de aquellos años que provino del sur, de un reino que durante décadas había sido un fiel y útil aliado de Roma: Numidia. Dicha amenaza no pareció la más grave en su momento, puesto que no llegó a suponer para Italia ni para la urbe un peligro tan directo como el de los invasores del norte. Sin embargo, provocó muchos problemas en Roma y agravó la brecha que se había abierto entre los llamados optimates y los populares.

El auge de Numidia

Como se explicó al hablar de la Tercera Guerra Púnica, Numidia había resultado muy beneficiada por la derrota de Aníbal. Hasta entonces, el país se hallaba dividido entre las dos tribus principales, los masilios y los masesulios, y el joven príncipe Masinisa se veía emparedado entre el poder hegemónico de Cartago al este y el de su rival Sifax, caudillo de los masesulios, al oeste. Pero al final de la guerra, gracias a que supo elegir el bando ganador, Masinisa consiguió librarse de Sifax y se convirtió en soberano de un gran reino que abarcaba parte del actual Túnez y toda la zona norte de Argelia.

Bajo el largo mandato de Masinisa, el reino de Numidia creció tanto que, como diríamos ahora, «entró en la escena internacional». Masinisa llegó a intercambiar embajadores con estados orientales tan lejanos como Rodas, Bitinia o Egipto. Su hijo Mastanábal incluso participó en los Juegos Panatenaicos, un gran festival religioso y deportivo que se celebraba en la ciudad de Atenas. Aquello suponía una muestra de prestigio: aunque la grandeza de Grecia fuese únicamente un recuerdo del pasado, su cultura todavía se revestía de un barniz de cierto renombre.

Como ya vimos también, Masinisa falleció en el año 148, poco antes de la destrucción de Cartago. Antes de morir, había nombrado albacea a Escipión Emiliano. Siguiendo las instrucciones del difunto, Escipión repartió el poder entre tres de sus hijos. A Gulusa, que destacaba por sus dotes militares, le confió el mando supremo del ejército, y después se lo llevó consigo a Cartago. A Mastanábal, que había recibido una esmerada educación («Era un erudito en las letras griegas», cuenta de él Tito Livio), le entregó la autoridad judicial. En cuanto a Micipsa, el hijo mayor, le correspondió el tesoro y también el trono de Cirta, la ciudad más próspera del reino, que albergaba una población mixta de bereberes, púnicos, griegos y hombres de negocios itálicos y romanos.

Este arreglo a lo Montesquieu resulta un tanto extraño, y tal vez demasiado perfecto, con esa tendencia que tenían tantos autores clásicos a simplificar las cosas y delimitarlas con líneas tan rectas como la frontera que separa hoy día Argelia de Libia. ¿No será que los tres hermanos habían acordado también un reparto territorial como el que el propio Micipsa llevó a cabo a su muerte, años más tarde? Se trata de una hipótesis verosímil, pero imposible de comprobar por ahora.

En cualquier caso, Gulusa y Mastanábal no tardaron demasiado en morir por causas naturales ahorrando posibles problemas a Micipsa, quien, de este modo, se convirtió en soberano único de un vasto territorio. Por el oeste, la gran Numidia llegaba hasta el río Muluya, que la separaba de Mauritania (reino que se correspondía con el territorio de Marruecos, no con la Mauritania actual). Por el este, se extendía hasta la *fossa regia* que marcaba su frontera con la provincia romana de África, creada tras la destrucción de Cartago. Los dominios de Micipsa alcanzaban incluso regiones más orientales, pues tanto Leptis Magna como otras ciudades de la Tripolitania se hallaban sometidas al poder de Numidia desde que Masinisa las conquistara en 162.

Los habitantes de este gran reino, los númeritas, eran un pueblo de lengua bereber. Así lo atestigua, por ejemplo, el término *gld* que aplicaban a sus monarcas, relacionado con la actual palabra bereber *aguellid*, «rey». Por otra parte, se hallaban tan influidos por la cultura cartaginesa que sus soberanos también utilizaban el título fenicio de *melek*. El púnico era una de las lenguas oficiales del reino, y muchos nombres númeritas, como Adérbal o Mastanábal, contenían el nombre del dios fenicio Baal.

Al sur de Numidia, más allá de las montañas del Atlas y la línea de

los cuatrocientos milímetros de lluvia, empezaba la región presahariana. En ella habitaban pueblos nómadas conocidos colectivamente como «gétulos», a ratos aliados y a ratos vasallos de los nómadas. Más al sur todavía, tras la isoyeta de los cien milímetros, se extendía la vasta desolación del Sahara. Pero incluso allí moraban pueblos bereberes, como los fabulosos garamantas, cuya capital Garama se hallaba a setecientos kilómetros del mar, en pleno desierto.

Volviendo a la región de Numidia, los historiadores antiguos cuentan que tanto Masinisa como Micipsa promovieron la urbanización y, sobre todo, el desarrollo de la agricultura. Sin embargo, la ganadería seguía siendo una de las actividades principales de sus habitantes, por lo que muchos de ellos —sobre todo en la parte occidental del país— se desplazaban a lo largo del año por rutas de trashumancia, buscando las tierras altas en verano y los valles en invierno. Es posible que el mismo nombre con que los conocían los romanos, *Numidae*, esté relacionado con el término griego *Nomádes*, «nómadas».

Hay que añadir que griegos y romanos compartían una visión despectiva de los nómadas, a los que consideraban semisalvajes piojosos que robaban el ganado de otras tribus, saqueaban sus comarcas y por pura desidia dejaban que el suelo se convirtiera en un yermo estéril. Por eso conviene relativizar la identificación entre nómadas y nómadas, un estereotipo que hoy día suscita bastantes críticas de historiadores magrebíes.

En realidad, Numidia contaba con un territorio fértil más extenso y productivo de lo que se suele creer, como se demuestra en el hecho de que a menudo exportaba grano a Roma. El rey Masinisa incluso contribuyó con donaciones de cereal a la isla griega de Delos, donde se erigieron estatuas en su honor.

Los arqueólogos han encontrado en muchos lugares de Numidia restos de canales subterráneos o *foggaras*, similares a los *qanats* persas, que conducían el agua de pozos y fuentes a las zonas de cultivo. También se han hallado terrazas excavadas en las laderas de los montes para retener el agua de la lluvia y prevenir la erosión. Siguiendo el prejuicio que podríamos llamar «antinómada», antes se consideraba que todas esas obras databan de época romana. Ahora, no obstante, hay expertos que piensan que esos sistemas hidráulicos forman parte de una evolución tecnológica que se desarrolló con independencia de la presencia romana en

el Magreb. Desmintiendo los estereotipos, Numidia no era, por tanto, un erial pedregoso habitado por nómadas que esperaban a ser civilizados por los romanos, sino un país con un grado considerable de prosperidad y desarrollo. Es algo que hay que tener en cuenta para entender la guerra contra Yugurta.

El ascenso de Yugurta

Ya quedó dicho que Mastanábal, hermano de Micipsa, fue aceptado como participante en los Juegos Panatenaicos. Allí, en el año 158, obtuvo la victoria con un carro tirado por sus caballos. El auriga debió de ser otra persona, no el propio Mastanábal: quien obtenía el mérito en las pruebas hípicas era el propietario de la cuadra, no el conductor del carro.

Probablemente su hijo Yugurta nació ese mismo año. Esto recuerda a la historia de Filipo de Macedonia, que se enteró de que sus caballos habían ganado en las Olimpiadas el mismo día en que nació su hijo Alejandro. ¿Sería consciente Yugurta de ese paralelismo? Ambición al estilo de Alejandro no le faltaba, sin duda.

Según los historiadores, Yugurta era hijo ilegítimo de Mastanábal con una concubina. En teoría, siendo bastardo de alguien que era a su vez el tercer hijo del gran Masinisa, no habría tenido ninguna posibilidad de reinar. Pero cabe preguntarse si los romanos no identificaban de manera incorrecta el estatus de hijo legítimo o ilegítimo en culturas como la nómada, donde se practicaba la poligamia. En cualquier caso, los indicios señalan que Yugurta nació lo bastante pronto como para ser el mayor de los nietos de Masinisa, lo cual seguramente se convirtió en un punto a su favor.

Yugurta es un personaje célebre gracias a la monografía que le dedicó Salustio, *La guerra de Yugurta*. El historiador romano lo describe así:

En cuanto Yugurta creció, pletórico de fuerzas, de rostro atractivo, y sobre todo dotado de una inteligencia poderosa, no se dejó corromper por el lujo ni la pereza. Al contrario, como es costumbre entre su pueblo, se dedicó a montar a caballo, a disparar la jabalina y a competir en carreras con sus

iguales. Aunque aventajaba en gloria a los demás, sin embargo, todos lo apreciaban. Además, pasaba buena parte del tiempo cazando, y cuando había que herir al león o a otras fieras era el primero o estaba entre los primeros. (Yug., 6).

Conviene poner este retrato un poco en cuarentena. Los antiguos eran tan incapaces de resistirse a los tópicos literarios como muchos periodistas políticos o deportivos de hoy día. A pesar de todo, hay algunas cosas claras sobre este personaje. Como estratega se hallaba muy por encima de sus primos, los hijos de Micipsa, y de la mayoría de los generales romanos de la época. También resulta indudable que poseía un gran carisma. Así lo demostró poniendo en apuros a la maquinaria militar de la República, algo que solo consiguieron caudillos como el lusitano Viriato, el germano Arminio o el celta Vercingetórix, personajes capaces de convocar y aglutinar en torno a ellos a ejércitos mucho menos organizados que el romano precisamente gracias a que eran líderes carismáticos capaces de inspirar a sus hombres.

En el año 134, cuando ya habían muerto los hermanos de Micipsa y este gobernaba solo, Escipión Emiliano le pidió que, como cliente y amigo, le enviara refuerzos para asediar Numancia. Micipsa accedió, y nombró jefe del contingente nómada a Yugurta.

En opinión de Salustio, el rey actuó así por celos. Yugurta estaba empezando a descollar tanto que su tío temía que su popularidad entre los nómadas acabara convirtiéndolo en un posible rival no solo para sus hijos, sino incluso para él mismo. Enviarle a Numancia era una forma de alejarlo de la corte. Por otra parte, cabía la posibilidad de que muriese en combate y dejase de ser una amenaza.

Como suele ocurrir, es muy posible que nos encontremos ante una explicación de los hechos *post eventum*. A decir verdad, mandar a Yugurta en aquella misión suponía una muestra de respeto y honor. Había suficientes miembros de la amplia familia real entre los que elegir un jefe para aquellas tropas. Si Micipsa escogió a Yugurta, debía de estar muy convencido de que su sobrino lo dejaría en buen lugar ante Escipión. Quedar bien con los romanos no era únicamente una cuestión de prestigio, sino también de supervivencia.

Durante el asedio, Yugurta se empapó de las técnicas militares romanas, que años después aplicaría para cercar la ciudad de Cirta.

También, aprovechando que entre las élites de pueblos distintos se establecían vínculos de hospitalidad y clientela que podríamos llamar «transversales», adquirió muchas amistades que con el tiempo le resultaron muy útiles. En ello debió influir su carácter: todo hace sospechar que se trataba de un auténtico encantador de serpientes.

Entre los romanos que rodeaban a Escipión había muchos que, según Salustio, alentaron al joven nùmidia a volar alto convenciéndolo de que, cuando Micipsa muriera, él podría convertirse en único soberano. Puede haber buena parte de verdad en ello, pero la conducta de Yugurta a lo largo de su vida indica que poseía bastante ambición de por sí sin necesidad de que nadie la avivara.

En esta campaña, Yugurta conoció también a un tribuno militar de su misma edad. Al igual que él, se trataba de un joven muy dotado para el arte de la guerra. Su nombre era breve y más bien corriente, Cayo Mario, y ni siquiera tenía *cognomen* como los miembros de otras familias egregias. Pero era un hombre que ni por su conducta ni su físico pasaba inadvertido. Es casi seguro que cuando décadas después sus destinos se cruzaron de nuevo Yugurta no se había olvidado de él.

El asedio terminó en el año 133 con la rendición de Numancia. Yugurta regresó a Numidia con dos grandes ventajas sobre los demás príncipes de la familia real nùmidia: experiencia de combate con el mejor ejército del mundo y contactos entre la élite romana. Para demostrarlo, le enseñó al rey Micipsa una carta de recomendación escrita de puño y letra por Escipión Emiliano:

El valor de tu Yugurta en la guerra de Numancia ha sido enorme, cosa que estoy seguro que te alegrará saber. Gracias a sus méritos se ha hecho muy querido para nosotros, y vamos a procurar con todas nuestras fuerzas que sea igualmente apreciado por el senado y el pueblo de Roma. En nombre de nuestra amistad, te felicito, pues en él tienes a un hombre digno de ti y de su abuelo Masinisa. (Yug., 9).

En opinión de algunos autores, fue esta recomendación la que hizo que Micipsa superara sus suspicacias respecto a Yugurta y le otorgara rango de príncipe real. Desde aquel momento, sus probabilidades de ascender al trono o conseguir al menos una parcela de poder se multiplicaron.

Transcurrieron unos años en los que Yugurta continuó tejiendo su red de influencias, que se extendían sobre todo por la parte occidental del reino. A ello contribuyó el hecho de que el rey había empezado a dar muestras de debilidad física y mental. En 121, con sus facultades ya bastante mermadas, Micipsa decidió dar un paso más, adoptando a Yugurta y nombrándolo heredero junto con sus dos hijos varones legítimos, Adérbal y Hiémpsal. ¿Obró así por voluntad propia, presionado por los amigos romanos de Yugurta o por el propio Yugurta? Lo ignoramos.

Micipsa falleció en el año 118. Como había ocurrido tras la muerte de Masinisa, el reino quedó dividido entre tres herederos. Pero esta vez la transición no resultó tan pacífica; quizá porque faltaba alguien con la personalidad de Escipión Emiliano para verificar que se cumplía el testamento, o porque la relación personal entre los nuevos soberanos era peor.

Los problemas empezaron casi al instante. Tras los funerales regios se celebró la primera reunión entre los herederos. Hiémpsal desairó a su primo al ocupar el sitio de honor sentándose en el centro, pese a que era el más joven de los tres. Por el momento, Yugurta se tragó la ofensa. A continuación, el propio Yugurta propuso que se anularan las leyes decretadas por Micipsa durante los cinco últimos años debido a que se encontraba ya senil. Hiémpsal demostró al mismo tiempo sus buenos reflejos y su hostilidad contestando que le parecía perfecto, pues una de esas decisiones había sido la de adoptar como heredero a Yugurta.

Con comentarios de este tipo, no es sorprendente que no consiguieran llegar a un acuerdo similar al de sus antecesores. En lugar de dividirse el poder por parcelas, decidieron partir directamente el reino en tres y hacer lo mismo con los tesoros.

Los tres reyes se dirigieron al lugar donde debían llevar a cabo la distribución del dinero, viajando por caminos separados y cada uno con su propio séquito. El joven Hiémpsal se instaló en una ciudad llamada Tirmida cuya localización se desconoce. El gobernador del lugar lo alojó en una mansión, como correspondía a su rango. Pero en secreto le hizo llegar a Yugurta una copia de las llaves de esa casa —llaves *adulterinas* las llama Salustio—. Por la noche, un grupo de guerreros de Yugurta entró en Tirmida y asaltó la mansión. Aunque Hiémpsal intentó esconderse en el dormitorio de una sirvienta —quién sabe si no andaría allí por otros motivos—, los soldados lo encontraron y lo mataron. Después le llevaron

su cabeza a Yugurta, que acababa de demostrar que era tan rápido de actos como su joven primo lo había sido de lengua, y mucho más implacable a la hora de tomar decisiones.

No se sabe si Yugurta se había limitado a planear el asesinato de Hiémpsal por el odio que existía entre ambos, o si también trató de acabar con Adérbal y este consiguió escapar. En cualquier caso, aquel crimen hizo estallar entre Yugurta y Adérbal un conflicto que no tardó en convertirse en guerra civil, con las tribus númeridas divididas en dos facciones opuestas.

Adérbal consiguió atraer a más hombres a su causa, pues unió los seguidores de su hermano asesinado a los suyos propios. Pero los partidarios de Yugurta poseían más experiencia en la guerra, al igual que su general. Cuando ambos primos se enfrentaron en el campo de batalla, Adérbal resultó derrotado, tal como cabía esperar.

Adérbal huyó al este y se refugió en la provincia romana de África. Desde allí se encaminó a Roma, como aliada y amiga de Numidia que era. Una vez en la ciudad, expuso su caso ante el senado, ya que era este quien tomaba las decisiones de política exterior según la tradición; una tradición que, por cierto, no tardaría mucho en romperse.

Por supuesto, Yugurta no se quedó mano sobre mano, sino que despachó a Roma sus propios enviados. Después de que ambos bandos presentaran sus alegaciones ante los senadores, estos decidieron repartir el reino entre ambos pretendientes. Se trataba de la medida que más convenía a Roma: un vecino dividido, y no una gran Numidia a la que se le pudieran subir los humos en cualquier momento.

Para concretar los detalles del reparto, el senado envió una comisión. La presidía Lucio Opimio, el mismo que como cónsul en 121 había ofrecido el peso en oro de la cabeza de Cayo Graco a quien se la trajera, y que también había ordenado ejecutar a tres mil de sus partidarios.

Tal como explica Salustio, «cuando se efectuó la división, la parte de Numidia vecina a Mauritania, que era la más fértil y poblada, le correspondió a Yugurta. En cambio la otra, mejor por su aspecto que por su utilidad, ya que poseía más puertos y edificios, le cayó en suerte a Adérbal» (*Yug.*, 16).

El motivo que se suele alegar para este reparto desigual es que Yugurta había sobornado a muchos senadores, entre ellos a Opimio. Como ya hemos visto, había trabado amistad con bastantes miembros de la élite romana durante el asedio de Numancia. Es evidente que ahora no iba a perder la ocasión de utilizar esas influencias para presionar y conseguir una decisión favorable.

No obstante, sin entrar en la cuestión de los sobornos, que seguramente existieron, la interpretación que hace Salustio sobre el reparto es discutible. Resulta dudoso que la peor parte del reino fuese la que se hallaba más cerca de Cartago, una región famosa por su desarrollo agrícola. Ahora bien, sí que es probable que las tribus más aguerridas del país se encontrasen en la parte que le correspondió a Yugurta.^[10]

No es la primera vez que critico los puntos de vista de Salustio, ni será la última. Poner en duda a la principal fuente de la que disponemos para este conflicto no deja de ser delicado, pues la verdad de los hechos se nos puede acabar escurriendo como arena entre los dedos hasta que nos quedemos sin nada. Pero también conviene conocer los prejuicios de cada autor para leer entre líneas.

En el caso de Salustio, hay que tener en cuenta que en el año 50 el censor Apio Claudio Pulcro tachó su nombre de la lista de senadores, acusándolo de corrupto e inmoral. En realidad, si lo expulsó de forma tan ignominiosa fue porque era partidario de César en un momento en que este se hallaba enfrentado a la mayoría del senado.

Salustio no tardó en recuperar su puesto, gracias precisamente a César. Pero si hasta entonces se había opuesto al grupo más conservador del senado, los llamados *optimates*, su inquina contra ellos se multiplicó a partir de ese momento. Una forma de reivindicar su propio honor era demostrar que la corrupción del bando que lo había acusado a él de inmoral ya venía de antiguo. Por otra parte, criticar sus propios tiempos por decadentes, relajados e inmorales y compararlos con un supuesto pasado de virtud, sobriedad y honradez era una tradición muy propia de los romanos; y hay que reconocer que, en este sentido, las críticas de Salustio apuntaban no solo al bando senatorial, sino a toda la sociedad romana.

Volvamos con Yugurta y su primo. La decisión que había tomado el senado de repartir el reino entre ambos devolvía a Numidia al *statu quo*

que tenía antes de que Masinisa la unificara, cuando se hallaba dividida entre masilios y masesulios. Un arreglo así no podía satisfacer al ambicioso Yugurta. Después de haber crecido en un reino poderoso y extenso, ¿cómo iba a conformarse con gobernar sobre migajas del esplendor pasado?

En aquel momento, Yugurta debió de pensar que los romanos no interferirían. Como mucho, si atacaba a su primo se limitarían a protestar. Él, por su parte, se vería obligado a gastar parte del tesoro real para tapar algunas bocas; una inversión que estaba más que dispuesto a hacer.

La intención de Yugurta era enfrentarse a Adérbal en una segunda batalla decisiva y aplastarlo definitivamente. Con el fin de conseguir que saliera a campo abierto con sus tropas, se dedicó durante varios años a provocarlo, ordenando incursiones contra sus fronteras. Mas, pese a que las bandas de saqueadores de Yugurta incendiaban sus poblados y robaban su ganado, Adérbal no acababa de morder el anzuelo. En parte se debía a que poseía un talante más pacífico que el de su difunto hermano Hiémpsal, pero sobre todo a que sabía que Yugurta era mejor general y disponía de tropas de más calidad.

No obstante, las provocaciones llegaron a tal punto que en la primavera del año 112 Adérbal no tuvo más remedio que aceptar la batalla por cuestión de prestigio. Ser rey o, en el caso de Roma, patrono no consistía únicamente en recibir honores y presentes: el superior se comprometía a proteger a sus vasallos o clientes de los ataques de terceras partes. Un soberano incapaz de proteger a los suyos de las depredaciones del vecino no habría tardado en ser depuesto por sus propios súbditos.

El campo elegido para el combate se hallaba cerca de Cirta, la ciudad más importante de Numidia. Ambos ejércitos se avistaron de lejos (normalmente, los exploradores reconocían a las tropas enemigas y calculaban su composición por la forma y el tamaño de la nube de polvo que levantaban), pero ya estaba a punto de oscurecer, de modo que acamparon. Mientras tanto, Adérbal envió emisarios a Roma para pedir ayuda ante las tropelías de su primo.

Durante la noche, Yugurta atacó mientras la mayoría de los hombres de Adérbal dormían. Aunque en los campamentos nómadas no reinaba tanta disciplina como en los romanos, una operación nocturna siempre era muy arriesgada. Por eso, el hecho de que Yugurta fuese capaz

de lanzar con éxito una ofensiva de este tipo demuestra que ejercía un control de hierro sobre sus hombres y que poseía un talento militar nada desdeñable.

Adérbal consiguió huir con unos cuantos jinetes y se refugió tras las murallas de Cirta. Esta ciudad era un emporio comercial donde se vendía y compraba grano sobre todo. Micipsa la había fortificado y embellecido con edificios y lujosos monumentos, y según el geógrafo Estrabón, albergaba tantos habitantes que podía movilizar diez mil jinetes y veinte mil soldados de infantería.

Cuando entró en Cirta, «una multitud de togados» acogió a Adérbal. Con estas palabras, Salustio se refiere a la numerosa colonia de mercaderes romanos e itálicos instalados en la ciudad. Aquellos hombres treparon a las murallas y lanzaron una lluvia de proyectiles sobre los perseguidores de Adérbal. De ese modo, según nuestro historiador, evitaron que lo atraparan y acabaran con aquella guerra civil. Sin embargo, considerando que Cirta era una ciudad populosa, muchos de sus habitantes debieron de acudir también al adarve para rechazar el ataque. El exagerado protagonismo que da Salustio a los itálicos no deja de ser una muestra de etnocentrismo.

Decidido a capturar a su primo, Yugurta trató de asaltar la ciudad con arietes, torres de asedio y manteletes. Pero los bastiones resistieron todos los embates. La ciudad estaba rodeada de barrancos que la hacían muy difícil de expugnar, salvo por la zona suroeste. La única posibilidad, pues, era rendirla por hambre.

Días después, llegaron a Roma los enviados que Adérbal había despachado antes de la batalla. Para investigar el asunto, el senado envió a Numidia una comisión formada por tres miembros que Salustio describe como *adulescentes*. Este adjetivo indica que se trataba de senadores de escasa entidad, seguramente *pedarii*. También implica una crítica, pues para cometidos de este tipo se solía recurrir a personajes de rango consular.

Yugurta se las arregló para torear a los enviados, o directamente los sobornó; en cualquier caso, no permitió que entraran en la ciudad para reunirse con Adérbal. Según les explicó, él era la auténtica víctima de las conjuras de su primo y hermano adoptivo, que había conspirado para asesinarlo. Por eso no le había quedado otro remedio que defenderse.

Yugurta añadió que no tardaría en enviar a Roma sus propios embajadores para que expusieran la verdadera situación. Convencidos, los comisionados se marcharon. Apenas desaparecieron de la vista, Yugurta apretó todavía más el asedio, excavando una zanja y levantando alrededor de la ciudad una empalizada provista de torres defensivas, tal como había visto hacer a Escipión Emiliano en Numancia.

Pese a lo estrecho del cerco, Adérbal consiguió que dos de sus mejores hombres lo burlaran amparados en la oscuridad de la noche. Aquellos dos enviados cabalgaron hasta el mar y embarcaron hacia Roma con una carta escrita por Adérbal.

La misiva estaba redactada en términos tan desesperados que el senado decidió enviar una segunda comisión, constituida en esta ocasión por senadores de mayor rango. La presidía Marco Emilio Escauro, un patricio que había sido cónsul en 115 y por aquel entonces tenía unos cincuenta años. A la sazón era el *princeps senatus* o «príncipe del senado»; es decir, el senador cuyo nombre se había inscrito el primero en la lista que los censores confeccionaban cada cinco años. Se trataba de un gran honor que se otorgaba exclusivamente a patricios de los linajes más importantes, las *gentes maiores*, y que solía mantenerse de por vida. Así sucedió en el caso de Escauro hasta su muerte en el año 89. Sin tratarse de un cargo oficial, el *princeps* poseía una gran dignidad y tenía derecho a hablar el primero en las reuniones del senado: era una especie de presidente honorario del Congreso.

Enviar a un hombre de tal categoría indicaba que la República por fin se tomaba un poco en serio la guerra dinástica que se libraba en Numidia. No obstante, Roma seguía sin enviar tropas. ¿Por qué no se embarcó en una guerra abierta para ayudar a Adérbal, cuyo destino estaba unido además a los ciudadanos romanos e itálicos sitiados con él en Cirta?

A estas alturas, los romanos todavía podían confiar en que bastaría con chasquear los dedos para que Yugurta obedeciera como un perrillo amaestrado. ¿No había hecho lo mismo un rey mucho más poderoso como Antíoco IV cuando Popilio Lenas lo rodeó dibujando aquel círculo en el suelo?

Lo cierto es que, en aquel momento, Roma se veía con problemas en varios frentes. La tribu de los escordiscos había invadido Macedonia y Grecia, mientras que por el nordeste se cernía una amenaza prácticamente

desconocida, pero formidable: los cimbrios. Para los romanos las fronteras septentrionales eran, como se diría ahora, «un asunto sensible». Una amenaza allí suponía un peligro mucho mayor para su seguridad que cualquier cosa que pudiera ocurrir en territorio africano.

La segunda comisión senatorial partió en tan solo tres días. Una vez llegados a Útica, la ciudad más importante de la provincia romana de África, Escauro ordenó a Yugurta que se presentara ante ellos.

El númida, sabiendo lo que le convenía, acudió a la citación escoltado por una pequeña tropa de caballería. Ya en Útica, el *princeps senatus* lo amenazó con terribles represalias si no interrumpía el asedio de inmediato y regresaba a su parte del reino.

Yugurta fingió acceder. Después, cuando los senadores se marcharon de regreso a Roma, se encontró ante un dilema. ¿Qué debía hacer? ¿Doblegarse a las presiones de Escauro y sus compañeros ahora que tenía a su primo donde quería, confinado en una ciudad que, según sus cálculos, no tardaría en caer? Si eliminaba a Adérbal, lo más fácil era que los romanos acabaran desentendiéndose del asunto. ¿Qué más les daba a ellos quién gobernara en Numidia mientras esta siguiera siendo un reino aliado y amigo?

Al quinto mes de asedio las condiciones dentro de la ciudad se habían deteriorado tanto que la comunidad de comerciantes itálicos convenció a Adérbal de que lo mejor era rendir Cirta y entregarse. «Yugurta no se atreverá a hacerte ningún daño —adujeron—. Eso significaría provocar las iras de Roma».

Se equivocaron. Cuando Adérbal les hizo caso y se entregó a su primo, este lo mató después de torturarlo. El término que utiliza Salustio es *excruciatum*, que deriva de *crux*, pues la cruz era el tormento más usual en las ejecuciones romanas. Esto no tiene por qué significar que Yugurta crucificara literalmente al desdichado Adérbal, ya que el verbo *excrucio* se utilizaba en sentido general. Sin embargo, tampoco es descartable que lo hiciese: la crucifixión era un método que los cartagineses usaban de forma habitual para castigar a los generales incompetentes, y los númidas podrían haberlo copiado de ellos. En su forma más primitiva, consistía en atar al condenado a una viga vertical y dejarlo allí colgado para que muriera; el travesaño perpendicular que daba a la cruz su forma de T fue un añadido posterior.

Yugurta no se limitó a matar a Adérbal. Según se puede encontrar en bastantes textos que tratan sobre este conflicto, también llevó a cabo una masacre entre todos los habitantes varones, particularmente entre los mercaderes itálicos y romanos. Esta «atrocidad», en palabras de Salustio, habría sido la gota que colmó el vaso y no dejó a la República otro remedio que declararle la guerra.

Una matanza de este tipo habría supuesto un acto especialmente irracional e insensato en alguien como Yugurta, cuya conducta habitual demuestra que era un individuo calculador (aunque una vez sopesada una decisión, la realizaba con asombrosa celeridad). En lugar de intentar explicar por qué cruzó esa raya roja, conviene revisar lo que dice exactamente Salustio:

[Iugurtha] omnis puberes Numidas atque negotiatores promiscue, uti quisque armatus obuius fuerat, interficit. (Yug., 26).

Esto es: «Yugurta mató a todos los adultos, númeridos y hombres de negocios por igual, que le salieron al paso armados». La frase sugiere que, cuando sus tropas entraron en Cirta, se encontraron con bolsas de resistencia armada, algo que parece lógico en una ciudad tan grande, y que fue a esa gente a la que sus soldados eliminaron.^[11] Una actuación que difícilmente podría denominarse masacre, y muy distinta de la que llevó a cabo Mitrídates en las «Vísperas asiáticas» de las que hablaremos cuando llegue el momento.

Cuando Salustio habla aquí de una «atrocidad» no tiene por qué referirse a esa pretendida matanza de ciudadanos itálicos y romanos, sino a la cruel muerte de Adérbal. Este se había rendido con la condición de que se respetara su vida, y Yugurta no lo había hecho, violando así el derecho de gentes (el derecho internacional, para entendernos). Se trataba de un crimen de por sí condenable. Además, Adérbal había confiado su vida al pueblo romano. Si este, como patrono, no era capaz de defenderlo, ¿qué opinarían el resto de los aliados y clientes de la República?

La situación parecía insostenible. Pese a ello, había senadores que seguían intentando templar los ánimos. Seguramente habría entre ellos partidarios sobornados por Yugurta; pero la renuencia del senado como cuerpo a embarcarse en una guerra era razonable, pues las nubes de tormenta que se cernían sobre Italia eran cada vez más oscuras.

De todas formas, tras las turbulencias del periodo de los Gracos el senado ya no controlaba la política con tanta facilidad como en otras épocas. De nuevo fue un tribuno de la plebe, Cayo Memio, quien puso a los *patres conscripti* en jaque con una virulenta campaña antisenatorial. Memio exigió venganza por los crímenes de Yugurta y aseguró en público que la codiciosa aristocracia romana estaba comprada por el rey númida. A los senadores no les quedó más remedio que declarar la guerra, y se decidió que las provincias asignadas a los cónsules del año 111 fueran Italia y África. Los cónsules elegidos fueron Publio Escipión Násica y Lucio Calpurnio Bestia, y fue a este último a quien se le encomendó dirigir las operaciones contra Yugurta.

La guerra contra Yugurta

La campaña del año 111 empezó con objetivos limitados. Ahora que los dos hijos de Micipsa habían muerto, su heredero más directo era el propio Yugurta, de modo que ya no existía conflicto dinástico alguno en el que terciar. Lo que pretendía Bestia no era derrocarlo, sino darle un escarmiento y cobrar una indemnización. Una vez que Yugurta entrara de nuevo al redil, volvería a ser un fiel aliado de Roma. En aquella fase del conflicto, los senadores todavía pensaban de él algo parecido a lo que F. D. Roosevelt dijo del dictador nicaragüense Anastasio Somoza: «Puede que sea un hijo de perra, pero es *nuestro hijo de perra*».

Por desgracia, Salustio no incluye las cifras del ejército de Bestia, ni de casi ningún otro. Lo más probable es que el cónsul llevara consigo dos legiones romanas más otras dos de tropas auxiliares, lo que sumaría entre dieciocho y veinte mil hombres. Con este contingente, Bestia desembarcó en la provincia de África, invadió las fronteras de Numidia, expugnó unas cuantas ciudades y tomó muchos prisioneros.

Aunque Yugurta había derrotado a su primo Adérbal en campo abierto y disponía de un ejército bien entrenado, no era tan temerario como para enfrentarse abiertamente contra las legiones romanas; al menos, no en aquella fase de la guerra. Por tanto, no tardó en negociar.

El cónsul Bestia y Escauro, el *princeps senatus*, al que había llevado como legado, aceptaron los términos de rendición de Yugurta. Las

condiciones que propuso el númermano no eran tan malas. Para empezar, surtió de grano al ejército romano mientras duraron el armisticio y las negociaciones, lo que supuso un ahorro para el erario de la República. Por otra parte, se sometió oficialmente a Roma, algo que no dejaba de resultar humillante para un rey y que, por tanto, servía para reparar el honor del pueblo romano. Además, pagó como indemnización treinta elefantes de guerra, muchos caballos y cabezas de ganado y una cantidad de dinero que, según Salustio, era escasa (*parvo argenti* dice, sin concretar más).

Pero los que se oponían al poder senatorial, encabezados de nuevo por el tribuno Memio, consideraron que este acuerdo era demasiado blando. Según ellos, Bestia y Escauro habían aceptado la paz porque Yugurta los había corrompido con sobornos.

En condiciones normales, el senado dirigía la política exterior romana. Pero lo hacía por tradición, no porque se tratase de una prerrogativa exclusiva y garantizada por una constitución que no existía realmente. Como comentamos a colación de las elecciones consulares que ganó Escipión, las asambleas del pueblo tenían, en principio, soberanía para legislar sobre cualquier cosa.

En esta ocasión, Memio decidió llevar la política exterior al comicio, y logró que se aprobara un plebiscito por el que se ordenaba al pretor Lucio Casio que viajara a Numidia. Una vez allí, Casio debía ordenar a Yugurta que se presentara de inmediato en Roma y denunciara públicamente a quienes habían aceptado sobornos de sus manos.

El pretor Casio llegó a Numidia y comunicó a Yugurta sus instrucciones. Para el rey, viajar a Roma significaba meterse en la boca del lobo. Pero Casio le juró, en nombre de la República, que se respetarían su integridad física y la de su séquito. Para terminar de convencerlo, añadió a esta garantía una promesa privada.

Yugurta aceptó finalmente y se presentó en Roma. Una vez allí, el tribuno Memio lo llevó ante la asamblea del pueblo y lo conminó a que revelara los nombres de sus cómplices en el senado.

Aunque gracias a los juramentos la vida de Yugurta no corría peligro, se encontraba en una situación muy delicada. ¿Cómo iba a denunciar a los mismos amigos a quienes debía su influencia en Roma? Delatarlos suponía arrojar no ya piedras, sino cascotes sobre su propio

tejado.

Lo salvó el hecho de que cualquier tribuno podía interponer su veto para bloquear las decisiones de otro magistrado, incluso aunque se tratara de un colega tribuno. En esta ocasión, fue un tal Cayo Bebio quien se levantó y ordenó callar a Yugurta. Este, ni que decir tiene, obedeció gustoso la orden. Aquello provocó el escándalo que era de esperar, pero todo quedó en un monumental griterío y la asamblea se disolvió.

¿Por qué actuó Bebio así? La respuesta parece obvia: había recibido un soborno. O quizá dos, uno de Yugurta y otro del *lobby* de senadores que podían verse imputados si el rey tiraba de la manta.

Aquello no fue lo único que sucedió durante la estancia de Yugurta en Roma. Por aquel entonces residía en la ciudad otro miembro de la familia real nómida. Se llamaba Masiva y era nieto de Masinisa y primo, por tanto, de Yugurta. Espurio Postumio Albino, que acababa de suceder a Bestia como cónsul y había conseguido que le asignaran el mando militar de la provincia de África, animó a Masiva a que reclamara el reino de Numidia.

Eso habría supuesto para Yugurta retornar a la situación anterior a la muerte de Adérbal o algo incluso peor: perder el trono. Pero el nómida poseía una mente endiabladamente rápida. Sin vacilar, aun hallándose en el corazón del territorio enemigo, encargó a su hombre de confianza, Bomílcar, que contratara asesinos para que siguieran los pasos del príncipe Masiva y lo mataran en las calles de Roma. La conspiración salió bien tan solo a medias: los sicarios liquidaron a Masiva, pero uno de ellos se dejó atrapar y acabó confesando.

Merced al juramento que el pretor Casio había prestado en nombre de la República, Bomílcar gozaba de inmunidad diplomática, ya que pertenecía al séquito del rey. Pese a ello, el cónsul Albino decidió llevarlo a juicio. Dispuesto a evitarlo, Yugurta volvió a aflojar los cordones de su bolsa, untó unas cuantas manos y consiguió sacar a Bomílcar de Roma a escondidas.

Incluso a los amigos que Yugurta tenía en el senado les pareció que esta vez se había pasado de la raya. Temiendo que cometiera nuevas e imprevisibles fechorías, las autoridades ordenaron al rey que abandonara Italia cuanto antes.

Salustio cuenta que Yugurta, cuando acababa de cruzar las puertas de Roma, se volvió para contemplarla (el mejor lugar sería el monte Janículo, que ofrecía un magnífico panorama de la urbe). Abarcándola con un gesto de los brazos, exclamó: «¡Toda una ciudad en venta! Como encuentre un comprador, no tardará en perecer (*Yug.*, 35)». Desde entonces, estas palabras han sido muy citadas para demostrar hasta qué punto la República se estaba corrompiendo y alejando de las antiguas esencias. Sin embargo, la frase no parece tanto una transcripción literal de lo que pudo decir Yugurta como una opinión del propio Salustio sobre sus enemigos políticos.

Casi pisándole los talones a Yugurta, el cónsul Postumio Albino se plantó en África y se hizo cargo de las legiones acantonadas en la provincia. Este personaje pertenecía a la principal familia de la *gens* patricia de los Postumios, tan antigua que había conseguido su primer consulado seis años después de la expulsión de Tarquinio el Soberbio.

Después de todo lo que había ocurrido, con escándalos públicos, sobornos y un asesinato en las mismas calles de Roma, ya no podía bastar un acuerdo de paz limitado a una indemnización. Yugurta había llegado demasiado lejos, y ahora la intención de Postumio era arrebatarle el trono.

Pero el rey númida demostró ser un enemigo muy escurridizo y evitó en todo momento enfrentarse en campo abierto contra las fuerzas consulares. Se trataba de una estrategia sensata. En una batalla a gran escala se arriesgaba a ser aplastado. Si en el mejor de los casos vencía a los romanos, con eso únicamente los incitaría a emplearse a fondo en Numidia y acabar con él de una vez por todas. Mientras la situación no llegase a tal extremo, Yugurta calculaba que siempre quedaba la posibilidad de alcanzar un arreglo pacífico.

Durante meses, Postumio se dedicó a saquear villas y ciudades. Leptis Magna se entregó voluntariamente, mientras que, más al oeste, el rey Boco de Mauritania, pese a que era suegro de Yugurta, ofreció a Roma su alianza. El monarca númida, por su parte, no tardó en intentar nuevas negociaciones.

Los meses fueron transcurriendo. Sin que se hubieran producido operaciones decisivas, Albino Postumio volvió a Roma para presidir las elecciones al consulado del año 109. El hecho de que el encargado fuese él y no su colega Minucio Rufo, que andaba por Macedonia combatiendo

contra los escordiscos, demuestra que el senado consideraba menos importante la campaña de Numidia.

Albino tenía pensado regresar a África cuanto antes, pero las cosas se complicaron. Dos tribunos de la plebe se habían empeñado en que sus mandatos se prorrogaran, y a fuerza de vetos consiguieron retrasar las elecciones de todas las magistraturas.

Mientras tanto, el ejército consular se quedó en la provincia de África. Según los comentarios que corrieron luego por la urbe, la corrupción se había extendido también por sus filas. Se decía que muchos soldados y oficiales habían entrado en tratos con el enemigo, y que incluso los treinta elefantes que Yugurta había entregado por el anterior tratado de paz le habían sido revendidos.

Al mando de este desastrado ejército había quedado Aulo Postumio, hermano de Albino. Al comprobar que el cónsul tardaba en regresar, Aulo decidió aprovechar la ocasión para ganar una reputación y un botín que en realidad no le correspondían. En el mes de enero, cuando ya deberían haber recibido su nombramiento los nuevos cónsules, Aulo convocó a sus tropas desde sus cuarteles de invierno y se encaminó a la ciudad de Sutul, donde se encontraba el tesoro real.

No fue una decisión acertada. Las murallas de Sutul eran muy sólidas y la lluvia convertía la llanura donde acampaban los romanos en un cenagal.

Aulo era mucho peor general que Albino, y Yugurta lo sabía, bien porque lo conocía personalmente o porque le había llegado su fama. Por eso decidió tenderle una trampa. Enviándole emisarios, lo convenció para que renunciara al asedio, tomara sus legiones y lo siguiera a él, que a su vez había levantado el campamento con su propio ejército para internarse en el país.

La explicación que aporta Salustio para lo que ocurrió a continuación resulta un tanto retorcida, lo cual no quiere decir que no sea cierta. Según el historiador, Aulo se fue tras Yugurta para alejarse lo más posible de los ojos y los oídos del senado y el pueblo romano por si llegaba a un acuerdo con él que implicara un soborno.

Es posible que Aulo pensara en alcanzar un pacto que lo enriqueciera personalmente, o puede que marchara detrás de Yugurta con

la intención de enfrentarse a él en la batalla decisiva que su hermano no había conseguido librar. En cualquier caso, la jugada no le salió bien. A las pocas jornadas de marcha, el rey númera lo atacó de noche, demostrando de nuevo el control que sabía ejercer sobre sus tropas en plena oscuridad.

Los romanos habían construido un campamento fortificado, como llevaban haciendo desde sus mismos orígenes. Tras la fosa y la empalizada, y protegidos por los pelotones que montaban guardia, el resto de los soldados podían descansar tranquilos. Era una buena inversión a cambio de las tres horas que, como promedio, costaba levantar el campamento después de una jornada entera de marcha.

Se conocen muy pocos ejemplos de campamentos romanos tomados por el enemigo, a no ser que las legiones alojadas en ellos hubiesen sido derrotadas previamente en campo abierto. El de Aulo Postumio fue uno de esos raros casos. Ello se debió no solo al caos que desató el inesperado ataque de Yugurta, sino a pura y simple traición.

Durante los meses previos, los agentes númeras habían tanteado y sobornado a ciertos elementos de las tropas auxiliares y también a algunos romanos. Una cohorte de ligures y dos escuadrones de caballería tracia se pasaron al enemigo en plena noche. Pero lo más grave fue que un centurión, nada menos que el primipilo de la Tercera legión, abrió las puertas de la empalizada que le tocaba vigilar.

Cuando el enemigo penetró en el campamento, se desató el pánico entre los soldados romanos, que emprendieron la desbandada, muchos de ellos sin armas, y se refugiaron en un monte cercano.

Al día siguiente, Yugurta negoció la rendición con ellos. La situación era tan desesperada que Aulo Postumio tuvo que aceptar unas condiciones ignominiosas. No solo los romanos se comprometieron a salir de las fronteras de Numidia en diez días, sino que los supervivientes de aquella derrota tuvieron que pasar antes bajo el yugo.



Los guardias en el campamento

No sabemos si los númeridos compartían con los romanos la costumbre de vejar así a sus enemigos o si Yugurta los imitó a propósito para recordarles la afrentosa derrota que habían sufrido dos siglos antes, a manos de los samnitas, en la jornada negra de las Horcas Caudinas. El caso es que Yugurta había derrotado a un ejército consular completo, demostrando, como afirma el historiador Gareth Sampson,^[12] que el problema para la República era que el mejor general romano no mandaba al ejército romano, sino al númerido.

Cuando la noticia de esta humillación llegó a Roma, la rabia y la consternación cundieron en proporciones difíciles de precisar. El senado se negó a ratificar el tratado firmado por Aulo Postumio, como había hecho con el de Mancino y Graco en Numancia. Además, el tribuno Cayo Mamilio propuso nombrar una comisión especial para juzgar por traición a todos aquellos que hubieran ayudado a Yugurta.

En ese tribunal fueron condenados, entre otros, Lucio Opimio, Calpurnio Bestia y Albino Postumio. Se ignora cuál fue la pena, pero debió de consistir en una cuantiosa multa y posiblemente el destierro. Escauro, el *princeps senatus*, se salvó; entre otros motivos porque manejaba tantos resortes que consiguió que lo designaran para presidir la comisión.

Hasta ahora, se habían enfrentado contra Yugurta dos cónsules, y el único resultado espectacular había sido la derrota del hermano de uno de ellos. Por fin, con bastante retraso, se eligió a los cónsules del año 109: Quinto Cecilio Metelo y Marco Junio Silano. El primero pertenecía a una rama plebeya, pero muy destacada, de la *gens* Cecilia. En esta época, los Cecilio Metelos llegaron a sumar en doce años otros tantos cónsules, censores y generales celebrando triunfos.

Metelo, que se alineaba con la facción más aristocrática del senado, era un militar mucho más capacitado que sus dos predecesores. Había

servido en Numancia con Escipión Emiliano y era partidario de imponer su misma disciplina a rajatabla.

Tras reclutar soldados en Italia, Metelo cruzó el mar hasta África, donde recibió de Albino Postumio los restos desmoralizados de su ejército. El anterior cónsul había tenido a sus hombres acantonados en campamentos sin fortificar en los que no se organizaban guardias y cada soldado se ausentaba cuando le venía en gana. Ni siquiera la higiene funcionaba como debía, con la consecuencia de que de vez en cuando tenían que mudarse de campamento porque las letrinas sin limpiar despedían un olor insoportable.

Un síntoma significativo de la situación era que muchos soldados estaban vendiendo el grano que les daba el Estado. Normalmente, los soldados recibían trigo para todo el mes, que se les descontaba del sueldo. Ellos mismos lo molían y cocían en forma de pan o bizcocho. Ahora, por el contrario, estaban vendiendo ese cereal y a cambio compraban pan fresco todos los días. Seguramente la operación les costaba dinero: que estuvieran dispuestos a gastárselo con tal de trabajar menos y comer pan más crujiente era una muestra de molicie y de pereza intolerable para alguien como Metelo.

La comida de los legionarios

En circunstancias normales, un legionario debía consumir una media de tres mil calorías al día, repartidas en dos comidas: el almuerzo y la cena. El Estado repartía a los soldados raciones con los alimentos que se consideraban básicos, aunque luego se los descontaba del sueldo.

La base principal de su nutrición era el cereal, en concreto, el trigo. Si no quedaba otro remedio, se distribuía cebada a los soldados, pero eso provocaba sus protestas. Como dice un refrán: «Pan de cebada, comida de burro disimulada». A veces, una unidad a la que se quería castigar por cobardía o indisciplina recibía cebada durante una temporada, lo que suponía una humillación ante sus compañeros.

Lo normal era que la ración de grano, como de otros alimentos, se repartiera cada cierto número de días. En cualquier caso, se calcula que

podía andar entre tres cuartos de kilo y un kilo diarios. Se les entregaba en forma de trigo entero. Los soldados debían tritararlo con una *mola* que compartían los soldados que dormían en la misma tienda (los contubernales). En esencia, la *mola* consistía en un molino en miniatura formado por un juego de dos discos de basalto, tan pesados que los transportaban a lomos de una mula.

Se ha calculado que moler trigo para todos los contubernales requería más de hora y media, una tarea que realizaban por turnos o encomendaban a sirvientes, si es que disponían de ellos. Una vez obtenida la harina, todavía les quedaba amasar el pan, esperar a que subiera la levadura y cocerlo sobre brasas o piedras calientes, tareas que llevaban entre una y dos horas. Así se entiende mejor por qué los soldados de África vendían su ración de trigo para comprar pan hecho todos los días, y también por qué Metelo lo consideraba una muestra de haraganería.

A veces, cuando no se encontraba leña, o porque llovía, había que hacer una marcha o se acercaba la batalla, resultaba imposible hacer pan. Para esas contingencias, los soldados llevaban siempre encima *buccellatum*, cereal preparado en forma de galleta, pero no la que conocemos hoy día, que es dulce, sino la llamada «galleta náutica», más parecida a la regañá andaluza. Como se cocía dos veces quedaba seca y dura. A cambio, al no tener agua, aportaba más calorías con el mismo peso y aguantaba mucho tiempo. Aunque a los legionarios no les entusiasmaba, debían de pensar en un equivalente en latín de nuestro refrán «A falta de pan, buenas son tortas». El *buccellatum* se convirtió en una comida tan característica del ejército que los miembros de los ejércitos privados romanos y bizantinos a partir del siglo IV d.C. se llamaron *buccellarii*; literalmente «los bizcocheros».

El trigo suponía unas tres cuartas partes de la ingesta total de calorías. Para complementarlo, el Estado repartía legumbres —las más habituales eran las lentejas y las habas—, queso y aceite de oliva. La carne no faltaba. Por los huesos que se han encontrado en restos de campamentos, la más consumida era la de vaca o buey. Comían además mucha carne de cerdo, sobre todo en forma de salchichas o *lardum* (panceta salada).

También se les repartía sal. Se valoraba tanto que el sustantivo «salario» deriva de ella. La sal ayuda a retener el agua en el organismo, una propiedad que en nuestros tiempos de abundancia puede ser un

inconveniente (pensemos en las bolsas bajo los ojos al levantarnos después de tomar una cena demasiado rica en sal), pero que resultaba vital para no deshidratarse en las largas marchas bajo el sol de Numidia. Obviamente, los romanos desconocían el proceso por el que el cuerpo humano precisa sal, pero algo intuían. Hablando de esa necesidad, Frontino cuenta: «Cuando los habitantes de Mutina estaban sitiados por Antonio y sumamente necesitados de sal, Hirtio se la hizo llegar escondida en barriles a través del río Escultena». (*Estr.*, 3.14.4).

Más importante que el suministro de alimentos, o al menos más urgente, era el de agua, como mínimo dos litros diarios. Los antiguos solían tomarla mezclada con vino en proporciones variables. Amén de alegrarles el espíritu, ayudaba a prevenir ciertas infecciones. No obstante, los mandos procuraban racionarlo por ahorrar dinero y evitar borracheras. En el siglo IV d.C., una época ya tardía, sabemos que se entregaba a cada soldado medio sextario, poco más de un cuarto de litro.

Había un sucedáneo más barato, la *posca*. Era vinagre diluido en agua y mezclado con hierbas: el vino de los pobres y, a menudo, de los soldados. Cuando Jesucristo estaba en la cruz y se quejó de que tenía sed, un legionario le acercó a la cara un palo con una esponja empapada en agua con vinagre. En realidad era *posca*, y no lo hizo por aumentar sus sufrimientos, sino para que se refrescara con lo mismo que bebía él.

Normalmente, los soldados hacían dos comidas, almuerzo y cena. El primero solían tomarlo de pie, fuera de la tienda, mientras que la cena la hacían dentro, con los compañeros. Lo habitual y lo que se consideraba marcial era cenar sentados, no reclinados como los civiles. El historiador Velejo Patérculo alabó al César Tiberio por comer sentado como un soldado y no tumbado como los invitados que lo rodeaban en campaña. (2.114).

Se esperaba del cónsul Metelo una victoria rápida y tan espectacular como lo había sido la derrota de Aulo. Sin embargo, lo primero que tuvo que hacer fue endurecer a sus novatos y restaurar la disciplina de los veteranos. Para ello, obligó a los soldados a levantar cada mañana las tiendas, caminar durante todo el día y montar un campamento nuevo al atardecer, como si se encontraran ya en territorio enemigo. En esas marchas no podían llevar esclavos ni bestias de carga, sino que debían cargar ellos mismos con la impedimenta y las provisiones. Prohibió también que los vendedores ambulantes siguieran al ejército y que los

soldados compraran pan o cualquier otro alimento cocinado. Curiosamente, muchos de estos cambios se atribuyen a Mario, pero ya trataremos sobre ello más adelante.

Sabiendo que se enfrentaba a un general de más entidad que los anteriores, Yugurta intentó entablar de nuevo conversaciones de paz. Tan solo pedía que se respetara su vida y la de sus hijos; el resto del país, aseguraba él, se lo podía quedar Roma.

El cónsul desconfió de estas ofertas. Según Salustio, su recelo se debía a que sabía que los númidas eran por naturaleza volubles y traidores: de nuevo, estereotipos raciales. Pero el propio historiador nos cuenta a continuación que Metelo tanteó a los emisarios de Yugurta para que le entregaran al rey vivo o muerto, una táctica eficaz, pero que difícilmente podría calificarse de honrosa o leal.

Por el momento, no consiguió nada, de modo que decidió entrar en Numidia. Aunque acababan de atravesar la frontera de un país enemigo, al principio no notaron que se encontraran en un país en guerra: había ganado y agricultores en los campos, y gente en las aldeas. Lejos de quemar sus cabañas y destruir sus provisiones, ofrecían alimento al cónsul en nombre del rey.

Metelo aceptaba los víveres, pero no se confiaba. El ejército iba en orden de campaña en todo momento. La infantería pesada, más susceptible a un ataque por sorpresa, marchaba en cuadro en el centro, rodeada por todos sus flancos por caballería, honderos, arqueros y otras tropas ligeras. El mismo Metelo iba en vanguardia, mientras que cerraban la formación escuadrones de caballería mandados por uno de sus legados, Cayo Mario, de quien hablaremos con mayor extensión en su momento.

Poco después, el ejército del cónsul llegó a Vaga, un importante emporio comercial. Allí había una numerosa colonia de comerciantes itálicos, lo que demuestra que Yugurta no tenía ninguna intención de exterminarlos ni expulsarlos de su reino, a diferencia de lo que haría Mitrídates en Asia veinte años más tarde.

Metelo dejó en Vaga una guarnición para proteger el almacén de provisiones y también a los *negotiatores* itálicos, y siguió internándose en territorio enemigo. Aunque no dejaban de intercambiar emisarios con palabras de paz, Yugurta comprendió que se hallaba ante una invasión en

toda regla. Seguía sin plantearse una batalla frente a frente, en la que las tropas pesadas romanas siempre tendrían las de ganar, así que se dedicó a seguir con su propio ejército y a distancia el avance de las legiones para averiguar sus intenciones.

Una vez que supo el camino que iban a tomar los romanos, Yugurta se adelantó a ellos para tenderles una emboscada. El lugar que eligió era casi perfecto y recuerda a escenarios de películas del Oeste o de la India colonial inglesa como *Gunga Din*. Por la riqueza de detalles con los que describe el lugar, se deduce que Salustio lo visitó en persona cuando acompañó a César en el año 46 durante su campaña africana o después, cuando se convirtió en gobernador de la provincia de África Nova.

Se hallaban todavía en la parte oriental de Numidia, la región que le había correspondido a Adérbal en el reparto. Por allí pasaba el río Mutul, que se suele identificar con el actual oued Mellag, un afluente del Bagradas. En cierto paraje, el Mutul corría en paralelo a unos montes pelados, y entre ambos se extendía una llanura prácticamente desprovista de vegetación.

Yugurta, que se había adelantado al ejército de Metelo, sabía que este tenía que descrestar aquellos montes y atravesar la llanura para llegar hasta el río, el único sitio de los alrededores donde podía conseguir agua potable en esa época del año, las postrimerías del verano. Pero desde la línea montañosa se proyectaba en perpendicular una especie de espolón, una colina muy alargada y poblada de olivos silvestres y arbustos.

Observando la ruta que seguían los romanos, Yugurta calculó que tendrían que pasar al pie de ese espolón, por lo que dispuso a sus hombres agazapados entre la vegetación, con los estandartes abatidos para que no llamaran la atención. Su plan era esperar a que la larga columna de marcha enemiga desfilara entera para atacarla a la vez por la vanguardia, el centro y la retaguardia, en una maniobra similar a la que había llevado a cabo Aníbal en la batalla del lago Trasimeno, una de las victorias más espectaculares del estratega cartaginés.

Con el fin de abarcar toda la longitud de la columna romana, Yugurta estiró mucho sus filas. En la parte oriental del espolón se apostó él mismo con toda la caballería y un grupo de infantería selecta. Más al oeste, para atacar a la vanguardia enemiga, colocó a su lugarteniente Bomílcar con cuarenta y cuatro elefantes y el resto de la infantería. En

aquel momento, el ejército nómada cubría una extensión de al menos cinco kilómetros.

Poco después, la columna romana asomó por la ladera de la línea de montes y los jinetes de la vanguardia empezaron a atravesar aquella árida llanura. Al levantar la mirada a la derecha, Metelo reparó en la estribación que dominaba su ruta. Lógicamente, se dio cuenta de que se trataba de una posición muy adecuada para tender una emboscada, por lo que tanto él como sus exploradores aguzaron la vista todo lo que pudieron. La vegetación del monte no era tan alta como para ocultar por completo a los hombres de Yugurta, pero sí lo bastante espesa para disimular su número y su disposición. La impresión era que allí no había nada más que un destacamento, como tantos otros que llevaban días siguiendo la marcha de los romanos para observarlos y hostigarlos. Pero Metelo, zorro viejo, no se confió.

Antes de que el resto de sus legiones bajaran a la llanura, el cónsul dio orden de detenerse y reorganizarse. Puesto que la elevación donde se ocultaban los enemigos se hallaba a su derecha, la primera fila de combate se situó a ese lado, mientras que las demás se dispusieron a la izquierda, en la habitual formación triple de batalla. Metelo también colocó caballería en la vanguardia y en la retaguardia: lo que hizo, en suma, fue convertir una columna de marcha en una formación de combate. Con aquel despliegue bastaba un toque de trompeta para que los soldados se detuvieran, soltaran su impedimenta, giraran noventa grados a su derecha y se quedaran mirando de frente al previsible ataque enemigo.

Antes de decidirse a atravesar el llano, Metelo envió por delante a uno de sus legados, Publio Rutilio Rufo. Era este un hombre de larga experiencia militar que había servido como tribuno en el asedio de Numancia. Dotado de gran talento literario y retórico, años más adelante escribiría unas memorias, hoy perdidas, que sirvieron como fuente a Salustio.

Las instrucciones de Rutilio eran llegar hasta el río y empezar la construcción de un campamento que les garantizase el acceso al agua potable. Mientras el legado se adelantaba con parte de la caballería y tropas ligeras, Metelo aguardó con el grueso del ejército. Su intención al esperar era fijar en su posición a las tropas enemigas emboscadas en lo alto de la estribación y evitar que persiguiesen a Rutilio. Lo que el cónsul ignoraba era que más adelante estaba apostado Bomílcar, con

instrucciones de atacar a las tropas romanas de vanguardia.

Pasado un rato, Metelo dio la orden de avanzar, y toda la columna se puso en marcha lentamente. Por lo que podía ver en las alturas, el cónsul esperaba sufrir una serie de escaramuzas que dificultarían su avance, no un ataque a gran escala.

Por fin, los últimos hombres de la retaguardia, protegidos por escuadrones de jinetes bajo el mando de Cayo Mario, abandonaron la ladera.

Todo el ejército romano, salvo la avanzadilla que debía construir el campamento junto al río, se encontraba en aquel extenso y árido llano. En aquel momento, Yugurta envió por las alturas a dos mil guerreros de infantería con el fin de que ocuparan la ruta por la que habían descendido los hombres del cónsul. De este modo, les cortaba la retirada y cerraba la trampa. Solo entonces dio la señal para una ofensiva general.



La batalla del río Mutul

De repente, toda la ladera de aquella estribación se convirtió en una marabunta de enemigos que bajaban gritando y disparando proyectiles y levantando nubes de polvo. Había entre ellos infantes acostumbrados a correr largas distancias, protegidos con escudos ligeros y armados con jabalinas, y algunos de ellos con cuchillos y espadas. Pero los más temibles eran sus jinetes. Cabalgaban a pelo y manejaban a sus monturas con las rodillas y desplazando el peso del cuerpo de uno a otro lado, pues tenían ambos brazos ocupados. En el izquierdo sostenían su única protección, un escudo, junto con un puñado de venablos, y con la mano derecha iban cogiendo y lanzando los proyectiles.

Se trataba de una caballería que no servía como fuerza de choque, pero resultaba muy valiosa para acosar a los enemigos y, si estos rompían sus filas, perseguirlos. Los animales que montaban eran de pequeña

alzada, pero muy resistentes. Así los describe Claudio Eliano:

Son los caballos más veloces, y la fatiga o la acusan muy poco o nada en absoluto. Son enjutos y no de muchas carnes, y dispuestos a aguantar hasta las desatenciones del amo. Y es que los amos no les prestan atención, porque ni los restriegan ni se preocupan de que se revuelquen ni les peinan el pelo ni les trenzan las crines ni los bañan cuando están cansados, sino que, nada más acabar el viaje proyectado, descabalgan y los echan a pastar. Los libios son enjutos de carnes y escuálidos, y montan caballos de iguales características. (Historia de los animales, 5.2, traducción de José Vara Donado).

Los caballos nómadas eran animales de mantenimiento muy barato, pues resistían bien a los malos forrajes sin sufrir problemas intestinales. En cambio, los corceles de la caballería romana requerían más cuidados y no les bastaba con pastar, sino que tenían que suplementar su alimentación con cebada, lo que obligaba a mantener al ejército romano unas líneas de suministro que los nómadas no necesitaban.

A diferencia de los caballos romanos, los nómadas se movían bien por aquellas laderas pedregosas. Cuando los escuadrones de jinetes del cónsul y de Mario salían en su persecución, se limitaban a volver grupas y huir. Yugurta, que conocía bien las tácticas de su enemigo, les había dado instrucciones para que, al retirarse, lo hicieran abriéndose en abanico y dispersándose. De ese modo, las cargas en cuña de las *turmae* romanas no tenían una masa sólida contra la que topar. Además, los caballos de los nómadas trepaban sin dificultad por las laderas sembradas de piedras y maleza, allí donde no podían alcanzarlos los corceles de los romanos, de más tamaño y cargados con más peso.

Aquellos ataques incesantes, pertinaces y molestos como enjambres de avispas, no debieron de causar demasiadas bajas al principio, pues los romanos estaban protegidos con sus grandes escudos y sus cotas de malla. A pesar de todo, la combinación de cargas, andanadas de venablos y retiradas sumadas a la irregularidad del terreno consiguió desorganizar poco a poco la formación romana. Con tácticas similares, en el año 211, los hombres de Masinisa habían logrado desordenar y desesperar a las tropas de Cneo Cornelio Escipión, que al final habían terminado aniquiladas en una colina de Hispania.

La batalla se prolongó durante horas. El sol subía, y el calor y la sed

agobiaban más a los romanos, cargados de metal, que a los nómadas. El ejército romano estaba rodeado, pues incluso por su flanco izquierdo lo atacaban enemigos. Puede que Yugurta los hubiera apostado allí desde el principio, pero parece más probable que fuesen jinetes que habían bajado desde el espolón situado a la derecha de los romanos y que, en lugar de retirarse ladera arriba de nuevo tras la primera arremetida, habían optado por alejarse hacia el llano antes de lanzarse de nuevo a la carga.

Sin embargo, Metelo, que no era un Aulo Postumio, supo mantener el control de sus tropas y reorganizó las líneas, desplegando cuatro cohortes de legionarios contra el grupo más numeroso de la infantería nómada. Además, dejó bien claro a sus soldados que la retirada no era una opción: a esas alturas todavía no tenían un campamento ni ninguna otra fortificación a la que retirarse. Debían vencer con las armas o perecer en el sitio.

Una vez que recuperaron cierto orden, las cuatro cohortes de Metelo avanzaron ladera arriba para desalojar a los nómadas de aquella posición ventajosa. Los enemigos, que no estaban dispuestos a luchar cuerpo a cuerpo contra los legionarios, se dispersaron. A esas alturas, ya estaba cayendo la tarde.

Mientras tanto, la avanzadilla mandada por Rutilio había encontrado un lugar adecuado para montar un campamento junto al río. Estaban excavando el foso que debía rodearlo cuando repararon en una gran nube de polvo. Al principio pensaron que era un fenómeno natural, tierra seca levantada por el viento. Pero la tolvanera no solo no se dispersaba en el aire, sino que cada vez se espesaba más y se acercaba a su posición.

La razón era que aquella polvareda la levantaban los pies de los guerreros nómadas de Bomílcar y, sobre todo, las pesadas patas de sus cuarenta y cuatro elefantes. Al comprenderlo, los hombres de Rutilio abandonaron su tarea y cargaron contra el enemigo.

En aquella zona había árboles y arbustos de cierta altura, lo que explica que los romanos que construían el campamento no hubieran advertido antes el avance de Bomílcar. Pero esa misma vegetación obligó a los paquidermos a dispersarse, y algunos de ellos se quedaron enganchados entre las ramas. Aprovechando la situación, los romanos los rodearon de uno en uno y los fueron matando a todos, salvo a cuatro que capturaron. En cuanto a los guerreros de Bomílcar, al ver que su principal

arma, los elefantes, no les servía de nada, emprendieron la huida.

Preocupado por la tardanza de Metelo, Rutilio envió un destacamento de caballería a buscarlo. Ya había caído la noche, y sus jinetes se toparon con los de la avanzadilla de Metelo. En la oscuridad, estuvieron a punto de confundirlos con enemigos, lo que habría provocado una matanza mutua. Por suerte, se reconocieron, y como cuenta Salustio, «la alegría sustituyó de repente al miedo» (*Yug.*, 53).

No sabemos cuántas bajas se produjeron en ninguno de los dos bandos. Númeridas no debieron caer demasiados, pues ya hemos visto que en cuanto la refriega amenazaba con convertirse en un combate cuerpo a cuerpo emprendían la huida y se dispersaban por un territorio que conocían con los ojos vendados.

En cuanto a los romanos, de haber perdido el orden tal como ocurrió en la batalla del lago Trasimeno o en la malhadada retirada de Cneo Cornelio Escipión en Hispania, habrían podido acabar prácticamente aniquilados. Pero habían logrado sobrevivir a la primera fase del combate, que era cuando se producían menos bajas. Entre cincuenta y doscientos muertos parece una cifra verosímil, aunque no hay forma de saberlo.

No obstante, tenían bastantes heridos, por lo que el ejército permaneció cuatro días para que se curaran en el campamento construido a orillas del Mutul.

¿Fue una gran victoria para los romanos? Habían sobrevivido a una emboscada en territorio hostil y puesto en fuga a Yugurta. Después de la humillación que Roma había tenido que soportar cuando sus soldados pasaron bajo el yugo, aquello parecía suficiente como para justificar que en la ciudad se decretaran varios días de sacrificios a los dioses en agradecimiento por lo ocurrido. Debemos tomar en cuenta que en aquel momento sus legiones estaban sufriendo reveses en otros escenarios, por lo que los romanos se sentían necesitados de buenas noticias.

Después de la batalla, Metelo trató de librar una guerra de desgaste, ya que era evidente que Yugurta no iba a desplegar un ejército de forma convencional para una batalla decisiva. Por eso el cónsul se dirigió a las regiones más fértiles de Numidia con el fin de saquearlas, quemó fortalezas y ciudades y exterminó a los varones adultos que las habitaban. La idea era causar el terror para que poco a poco los númeridas fueran desertando

de su propio rey.

Uno de los problemas de esta estrategia era que Metelo se veía obligado a dividir sus fuerzas. Yugurta seguía el rastro de sus destacamentos, envenenaba los pozos y las fuentes y hostigaba a su retaguardia. En alguna ocasión sorprendió a una patrulla y mató o aprisionó prácticamente a todos sus miembros.

La moral de los legionarios se resentía, pues no estaban acostumbrados a aquel tipo de lucha. Metelo decidió, por tanto, dar un golpe de efecto y atacar Zama, una de las ciudades más importantes del reino. Con suerte, esperaba, Yugurta acudiría en auxilio de la ciudad y podría derrotarlo allí.

Pero el rey se enteró a tiempo de los planes gracias a unos desertores (así los llama Salustio, pero es posible que fuesen más bien agentes infiltrados). Adelantándose a los romanos, reforzó la guarnición de Zama, y después se marchó para preparar nuevas emboscadas.

La ocasión se le presentó enseguida. Cayo Mario se hallaba con unas cuantas cohortes en la cercana ciudad de Sica, adonde había ido para adquirir grano. Cuando sus tropas salían de allí, Yugurta los atacó con la caballería aprovechando que estaban desprevenidos, al mismo tiempo que animaba a los habitantes de Sica a atacar por la espalda a los legionarios de las últimas cohortes, que todavía no habían salido de la ciudad. Pero Mario demostró su pericia militar y su sangre fría, consiguió sacar a todos sus hombres rápidamente y ponerlos en formación ofensiva, con lo cual Yugurta se retiró frustrado en su intento.

Pero a quien correspondía frustrarse ahora era a los romanos. Las tropas de Mario se reunieron con las de Metelo, y todo el ejército se lanzó a asaltar las murallas de Zama. En este punto, la narración de Salustio es tan detallada que el lector puede ver cómo el combate se desarrolla ante sus ojos: los romanos lanzando bolas de plomo con sus hondas y piedras con sus máquinas de guerra, corriendo al pie de la muralla para socavar sus cimientos y tendiendo escalas para trepar al adarve. Mientras tanto, los númidas hacían rodar grandes piedras sobre las cabezas de los atacantes, y también les tiraban estacas aguzadas, venablos y una mezcla ardiente de pez y azufre.

Mientras se luchaba en torno a la ciudad, Yugurta lanzó un ataque

contra el campamento romano. La guarnición que protegía este huyó en desbandada, salvo cuarenta soldados más valientes que los demás, que se hicieron fuertes en un lugar elevado.

Al ver cómo muchos de sus hombres huían desde su propia empalizada, Metelo comprendió lo que pasaba. Si el campamento caía en manos de los enemigos, los romanos no tendrían un lugar donde refugiarse cuando se hiciera de noche y se encontrarían al descubierto, en territorio enemigo y enfrentados al mismo tiempo a los enemigos de dentro de Zama y a las tropas del rey.

Eso significaría, más que probablemente, la destrucción de su ejército; por más que insistamos en lo importantes que eran para los romanos sus campamentos, siempre nos quedaremos cortos. La gravedad de la situación quedó clara por la actitud de Metelo: tras mandar a la caballería, envió también a Cayo Mario con las cohortes de tropas aliadas y, «con lágrimas en los ojos, le conjuró a que en nombre de su amistad y de la República» salvara el campamento y castigara los enemigos (*Yug.*, 58).

Mario cumplió las órdenes con prontitud y eficacia, y Yugurta abandonó el asalto al campamento, del mismo modo que Metelo hizo con el ataque contra Zama.

La situación había quedado en tablas por aquella noche, y así se mantuvo. Durante los asaltos siguientes, hubo un momento en que varios soldados romanos casi lograron poner el pie en el adarve de la muralla en un sector poco vigilado, aprovechando que lo más violento de la refriega se libraba en otra parte. Pero los defensores se dieron cuenta a tiempo y acudieron con piedras y proyectiles. Los impactos rompieron las escalas, y los romanos se precipitaron desde las alturas. (Tregar por una escala de asalto sin poder defenderse hasta llegar arriba, a sabiendas de que sobre la cabeza de uno podían caer desde piedras de cien kilos hasta aceite hirviendo o pez ardiente, exigía un valor que rayaba en la locura. Los romanos eran bien conscientes de ello. Por eso una de sus condecoraciones más distinguidas era la *corona muralis*, una corona de oro con forma almenada que se otorgaba al primer soldado que pusiera el pie encima de una muralla enemiga).

Finalmente, Metelo renunció a tomar Zama y se retiró con sus tropas para pasar el invierno en Numidia, cerca de la *fossa regia* que

delimitaba la provincia romana. Aunque su mandato de cónsul expiraba, el senado le prorrogó un año más de *imperium* como procónsul; lo que demuestra que en Roma comprendían que Metelo iba por buen camino.

Durante el invierno se reanudaron las conversaciones con Yugurta. Para firmar la paz, Metelo le exigió que le entregara doscientas mil libras de plata —casi setenta toneladas—, buena parte de sus armas y caballos y todos sus elefantes de guerra. También debía devolverle a todos aquellos que habían desertado de sus filas.

Yugurta accedió, pues su situación era más que precaria. Sobre todo, influyó en él uno de los hombres en quienes más confiaba, Bomílcar, que se había entrevistado en secreto con Metelo. Este había comprendido que la clave de aquella guerra que parecía imposible liquidar radicaba en la persona carismática de Yugurta, y había decidido que había que librarse de él como fuera, incluso recurriendo a la traición, como se había hecho en el caso de Viriato. Bomílcar parecía el hombre indicado: recordemos que él había organizado el asesinato de Masiva en las calles de Roma. Podía temer, con razón, que, si se llegaba a un acuerdo de paz, Yugurta lo entregaría a los romanos como parte del trato.

Metelo prometió a Bomílcar impunidad si le entregaba a Yugurta vivo o muerto. Bomílcar aceptó y, para empezar, se dedicó a ejercer de *lobby* unipersonal para convencer al rey de que aceptase las condiciones de Metelo. Hasta allí, su gestión funcionó. Pero cuando el cónsul ordenó a Yugurta que se presentara ante él en la ciudad de Tisidio, el rey númera debió comprender que, si lo hacía, solo saldría de allí muerto o prisionero, y decidió reanudar la guerra.

Unos meses después, Yugurta descubrió la traición de Bomílcar. Este cometió el error de poner la trama por escrito en una carta que le envió a otro importante mandatario númera, un tal Nabdalsa. La carta fue interceptada por un subordinado y, para salvar su propio pellejo, Nabdalsa se apresuró a acudir a Yugurta y delatar a su cómplice.

El rey hizo ejecutar a Bomílcar y a otros conjurados. Desde ese momento se hizo aún más desconfiado, y cambiaba constantemente de residencia para que los posibles asesinos enviados por Metelo no lo localizaran.

Sin embargo, eso no le hizo pensar en rendirse, pues comprendía

que, si lo hacía, a esas alturas ya no podría conservar el trono ni, probablemente, la vida.

Durante la campaña de aquel segundo año de Metelo no se libraron grandes batallas. Yugurta perdió una plaza importante, Sica, pero consiguió mantener Zama e incluso recuperó la ciudad de Vaga. En esta, Metelo había puesto una guarnición formada por tropas itálicas y mandada por un tal Turpilio Silano. Antes de este cargo, Turpilio, que era cliente y amigo personal de Metelo había ocupado el puesto de prefecto de los herreros y carpinteros del ejército.

Cuando se celebraban las fiestas de las Cereres, unas diosas de la fertilidad, los notables númeridas de la ciudad de Vaga invitaron a cenar a sus casas a todos los centuriones y tribunos de la guarnición. A la hora convenida, aprovechando que el vino y la comida habían aletargado a sus invitados, los asesinaron. Simultáneamente, los habitantes de Vaga atacaron en masa a los soldados de la guarnición; incluso las mujeres y los niños les arrojaban tejas y piedras desde las ventanas y las azoteas. Al final, no quedó vivo nadie más que el propio Turpilio.

Este éxito de Yugurta fue efímero. Al día siguiente de recibir la noticia, Metelo volvió a tomar la ciudad. Para ello se valió de una treta, pues llevó en vanguardia jinetes africanos aliados a los que hizo pasar por hombres de Yugurta. Cuando los que vigilaban las puertas quisieron darse cuenta del engaño, ya era demasiado tarde. Las tropas de Metelo irrumpieron en la población y masacraron o esclavizaron a sus habitantes.

Tras recuperar la ciudad, quedaba el problema de qué hacer con Turpilio. Al parecer, era un hombre de buen talante que había tratado muy bien a los ciudadanos de Vaga, lo que, según sus defensores —entre ellos, el propio Metelo—, explicaba que le hubieran perdonado la vida. Pero Cayo Mario insistió en que Turpilio había cometido traición y no cedió hasta que lo juzgaron y ejecutaron.

Aquel hecho deterioró todavía más las relaciones entre Metelo y su lugarteniente, que habían atravesado muchos altibajos a lo largo de los años. Ahora, la razón principal era que Metelo se había enterado de que Mario había decidido presentarse al consulado para el año siguiente, el 107, algo que consideraba una traición personal.

Cayo Mario

Ya hemos mencionado a Cayo Mario en varias ocasiones. Pero, dado el papel crucial que representaría en la historia de Roma durante los años siguientes, parece un buen momento para hablar de él con mayor detalle.

Cayo Mario había nacido hacia el año 157 en Cereatas, una aldea situada en el territorio de Arpino, a unos cien kilómetros de Roma. Los habitantes de esa región poseían la ciudadanía romana desde hacía algunas décadas. El biógrafo Plutarco cuenta que Mario provenía de una familia desconocida y pobre. Lo primero parece cierto, pero lo segundo resulta difícil de creer, ya que alguien sin recursos no podría haber seguido el *cursus honorum* como hizo él. Más bien se cree que pertenecía a una familia de la élite rural, subordinada en una relación de clientela a los Metelos.

En cualquier caso, la educación que recibió en Arpino no fue tan refinada como la que habría estado a su alcance en Roma. Ni siquiera aprendió griego, que pasaba por ser la segunda lengua de los aristócratas. Cuando más adelante lo criticaban por ello, Mario contestaba que no le hacía falta, pues no estaba demostrado que el griego volviera más valientes ni virtuosos a quienes lo dominaban.

Los retratos lo representan como un hombre de rasgos duros y acusados y cejas pobladas, un rostro que se correspondía a su fuerte personalidad; en ocasiones, sobre todo al final de su vida, excesivamente fuerte. Era un hombre que soportaba bien las privaciones de la vida militar, donde se encontraba en su salsa. Precisamente, su facilidad para compartir el mismo rancho y jergón que los soldados lo hacían muy popular entre la tropa.

Para ilustrar hasta qué punto aguantaba el dolor, Plutarco narra cómo Mario debía someterse a una operación de varices en ambas piernas. El procedimiento antiguo, tal como lo describe Celso en su obra *Sobre la medicina*, pone los pelos de punta, máxime porque se llevaba a cabo sin anestesia. Mario dejó que el cirujano cortara y cauterizara sin emitir ni un gemido. Pero cuando terminó con una pierna, le dijo que dejara la otra, pues había comprendido que no merecía la pena sufrir un dolor tan inhumano a cambio de la cura.



El primer cargo militar que desempeñó Mario fue el de tribuno durante el asedio de Numancia, donde coincidió con Metelo y con Rutilio Rufo. Allí empezó a destacar donde debía; es decir, delante de su general, Escipión Emiliano, ante cuyos ojos se enfrentó con un enemigo en combate singular y le dio muerte. En Numancia no solo ganó condecoraciones, sino, sobre todo, el respeto de Escipión. Cuando le preguntaron a este durante una cena dónde podrían encontrar los romanos otro estratega como él en el futuro, se cuenta que Escipión palmeó el hombro de Mario y dijo: «Puede que aquí mismo». Seguramente, los ojos de todos los presentes en la tienda de mando se clavaron en él, y entre esos ojos estarían los de Yugurta.

La siguiente noticia que tenemos de Mario es que fue elegido tribuno de la plebe en 119, cuando ya tenía treinta y ocho años, una edad bastante tardía. Pertenecer a una familia de oscuro linaje no le favoreció precisamente para ascender rápido por el *cursus honorum*. En esta ocasión le ayudó Cecilio Metelo, debido a la relación de patronos y clientes que existía entre ambas familias. Plutarco no especifica demasiado, pero es muy posible que no se tratara de Quinto, el mismo Metelo que dirigía las operaciones contra Yugurta, sino de su hermano Lucio, que fue elegido cónsul en 119 y que se ganó el *cognomen* de Dalmático por sus triunfos contra la tribu de los dálmatas.

Como tribuno, Mario demostró su carácter combativo, y también por dónde iban sus simpatías políticas, al presentar una propuesta para modificar el modo en que se votaba en los comicios.

La historia del voto secreto

Los comicios centuriados eran la asamblea más importante del pueblo romano, ya que elegían a todos los magistrados con *imperium*, incluidos los cónsules. Se reunían extramuros, en la gran explanada del Campo de Marte. Allí había un gran recinto conocido como los Saepta, «el cercado», dividido por vallados de madera que formaban calles estrechas para evitar que los miembros de las centurias o de las tribus se mezclaran.

Dentro de cada calle, los votantes iban caminando hasta llegar a los *pontes*, unas pasarelas que daban acceso a una tribuna elevada. Allí arriba, un *rogator* preguntaba a cada ciudadano su voto y lo iba anotando en una tablilla.

Es obvio que este procedimiento permitía grandes presiones sobre los electores. Por eso, en el año 131, el tribuno Lucio Papirio Carbón introdujo el voto secreto. Desde entonces, el votante subía por la pasarela, cogía una tablilla de cera que le entregaba un asistente y escribía en ella. Si se trataba de refrendar algún decreto, marcaba una V (*Vti rogas*, «como propones») para aprobarlo o una A (Antiquo, «me opongo») para rechazarlo. En los juicios las letras eran L (*Libero*) para absolver y D (*Damno*) para condenar. Y en los comicios más importantes, en los que se elegía a los cónsules y otros magistrados, el votante escribía el nombre del candidato escogido. Es fácil darse cuenta de que esto presuponía un alto nivel de alfabetización en la sociedad romana..., o bien significaba que las clases más bajas quedaban prácticamente descartadas de las votaciones. En realidad, las limitaciones de espacio y tiempo sugieren que tan solo un porcentaje reducido de los ciudadanos inscritos en el censo participaba en las votaciones.

El voto secreto supuso un gran avance para evitar que los más poderosos adulteraran las elecciones. Sin embargo, todavía cabía la posibilidad de presionar a los electores, pues los asistentes que entregaban las tablillas podían ver lo que escribía cada uno y amenazar, adular o chantajear para cambiar su voto.

Por eso, en el año 119, Mario propuso una ley para reducir el ancho de los *pontes*. Desde ese momento, solo cabía una persona sobre la pasarela. Los asistentes se encontraban más abajo, en unos pasillos abiertos entre los *pontes*, y le tendían la tablilla al votante de tal manera que este se tenía que agachar para cogerla, como puede verse en una moneda acuñada en el año 113.

Una vez que llegaban al final de la pasarela, los electores depositaban su voto en una gran cesta y bajaban por una escalera. La cesta en cuestión estaba vigilada, pues había pícaros que trataban de colar varias tablillas a la vez. Cuando una centuria había terminado de votar, se recontaban sus sufragios. Por muchos ciudadanos que estuvieran inscritos en una centuria, el voto final, que era el de la mayoría, contaba como uno solo, que se proclamaba en cuanto se conocía y que podía influir en el resto de las centurias.

Cuando se alcanzaba una mayoría suficiente para elegir a un candidato o aprobar una ley, se interrumpía el procedimiento. A menudo, las centurias de las clases más humildes no llegaban tan siquiera a votar.

A pesar de todo, el voto secreto hizo mucho para debilitar la influencia de la poderosa clase senatorial y aumentar el papel que desempeñaban otras clases inferiores. Así, mucho tiempo más tarde, Cicerón se lamentaría en su obra *Las leyes* (3.34): «¿Quién no se da cuenta de que la ley de los votos escritos ha arrebatado toda su autoridad a los optimates?».

Cuando consiguió que la asamblea aprobara su ley, Mario se encontró con la oposición del cónsul Aurelio Cota, que convenció a los senadores para que votaran un decreto en contra. Después, Cota convocó a Mario ante el senado con el fin de que explicara por qué había intentado reducir el ancho de las pasarelas.

La intención del cónsul era intimidar a Mario; todavía estaba fresca en el recuerdo la sangre de Cayo Graco. Pero el tribuno, lejos de amilanarse, amenazó a Cota con encerrarlo en prisión si no retiraba el decreto. Mario preguntó al otro cónsul, el mismo Metelo que lo había apoyado, si estaba de acuerdo con su colega. Cuando Metelo se levantó y dijo que sí, Mario, ni corto ni perezoso, avisó a su ayudante, que estaba fuera de la Curia donde se reunía el senado, y le ordenó que entrara y detuviera a Metelo. Cuando este apeló a los demás tribunos para que interpusieran su veto contra Mario, no consiguió ningún apoyo. Ante una situación tan tensa, tanto los dos cónsules como el resto de los senadores recularon y retiraron el decreto, que tan solo era orientativo: los senadores no podían vetar las leyes aprobadas por las asambleas del pueblo. En cualquier caso, desde entonces las pasarelas se montaron con el ancho que había decidido Mario. Fue una primera lección para aquellos que se opusieron a aquel testarudo tribuno de la plebe.

De todas formas, después de este éxito su carrera política se estancó. Cuando se presentó al puesto de edil, Mario fue derrotado. En el año 116 consiguió el cargo de pretor, pero fue el que menos votos obtuvo de los seis elegidos. Para colmo, lo acusaron de *ambitus* o corrupción electoral porque el esclavo de un amigo suyo fue visto dentro de las vallas que delimitaban los Saepta, allí donde solo podían entrar ciudadanos libres inscritos en el censo.

No está muy claro si había algo de cierto en la acusación o se trataba de un infundio de sus enemigos políticos, pero Mario salió absuelto y pudo ejercer como pretor. Al término de su mandato, fue enviado como gobernador a Hispania Ulterior. Allí, pese a sus dotes militares, tuvo que contentarse con combatir contra bandas de forajidos, algo que no contribuyó a acrecentar su gloria y que seguramente tampoco le reportó un gran botín.

La política romana era un embudo: empezaban muchos, pues había decenas de cargos disponibles, pero a la cima del consulado únicamente llegaban dos personas por año. Habiendo sido el último entre seis pretores y sin haber obtenido un triunfo militar, Mario tenía muy difícil alcanzar el cargo de cónsul. Tal vez por eso, intentó ampliar su círculo de influencias casándose con Julia, una joven que pertenecía a una *gens* muy antigua, la Julia, y a la rama de los Césares. Pero esa familia poseía más prestigio que poder real, pues el último cónsul salido de ella había sido Sexto Julio César en 156.

A punto de cumplir cincuenta años, Mario podía empezar a pensar en que no le quedaba otro remedio que resignarse a asistir a las sesiones del senado y ver cómo otros más jóvenes se llevaban la gloria. Con suerte, el hijo que acababa de tener con Julia podría beneficiarse de que su padre había llegado a pretor para convertirse en el primer Mario cónsul.

Sin embargo, le llegó una oportunidad tardía cuando Quinto Cecilio Metelo obtuvo el mando de la campaña contra Yugurta. ¿Por qué Metelo escogió como legado a Mario después del enfrentamiento que había tenido con su hermano Dalmático? Puede que las relaciones entre Mario y los Metelos se hubieran arreglado un poco durante aquellos años, o puede que Quinto se llevara mal con Dalmático y quisiera contrariarlo de aquella manera. Las relaciones entre hermanos a veces son complicadas, por lo que la hipótesis no resulta en absoluto inverosímil.

En cualquier caso, si Metelo y Mario empezaron la campaña llevándose bien, durante el invierno de 109-108 su amistad se estaba deteriorando rápidamente. Aparte del asunto de Turpilio, a Metelo le sentó muy mal que Mario le pidiera permiso para abandonar el puesto de legado, viajar a Roma y presentarse a las elecciones consulares para el año siguiente. No tanto porque su subordinado se convirtiera en cónsul, sino porque todo le hacía sospechar que iba a intentar que le asignaran el mando de la guerra en África a costa de él.

Si Mario no era un ejemplo de diplomacia, la respuesta de Metelo tampoco fue como para hacer amigos. «¿Por qué no te esperas un poco más y te presentas al consulado con mi hijo, aquí presente?». Considerando que al joven Metelo todavía le quedaban veinte años para poder presentarse al cargo y que para entonces Mario habría cumplido ya los setenta, la intención de ofender era palmaria.

Mario no se resignó. Ya que no se le permitía viajar a Roma para su campaña electoral, empezó a hacerla desde África. Aunque tenía fama de hombre directo, también sabía actuar a las espaldas de otros. Durante meses, se dedicó a hablar con muchos soldados a los que convenció de que escribieran a sus familiares en Roma para contarles que aquella guerra que parecía no tener fin únicamente acabaría cuando le entregaran el mando a Cayo Mario.

Después se trabajó también a los hombres de negocios itálicos y romanos asentados en África y, en general, a los miembros del orden ecuestre. Un auténtico diluvio de cartas llegó a Roma, en una agresiva campaña de *marketing* electoral que nos resulta curiosamente moderna y que había aprendido de su antiguo general Escipión Emiliano, quien había hecho lo mismo para conseguir el mando durante la Tercera Guerra Púnica.

Con estas cosas, se pasó el invierno y empezó el momento de librar una nueva campaña, ya con Metelo como procónsul con mando prorrogado. Los romanos atravesaron de nuevo la frontera e invadieron Numidia. Esta vez, Yugurta parece que planteó batalla, aunque el texto de Salustio no es demasiado explícito. Los romanos vencieron, como era de esperar, pero se apoderaron sobre todo de armas y estandartes. Entre los enemigos hubo pocos muertos o prisioneros, pues «en todas las batallas a los númeridas los salvan más sus pies que sus armas» (*Yug.*, 74).

Yugurta decidió poner tierra y arena de por medio y se refugió en Tala, situada al sur. Era una ciudad grande, rica y bien fortificada, y allí guardaba buena parte de sus tesoros y se criaban sus hijos pequeños.

Cuando se enteró, Metelo decidió perseguirlo. Para ello, él y sus hombres tuvieron que atravesar ochenta kilómetros de terreno árido donde no había ríos, fuentes ni pozos. Cuando llegaron allí, construyeron un campamento y cercaron la ciudad.

Tala cayó después de cuarenta días, pero su toma no reportó grandes frutos. Mucho antes Yugurta había huido en secreto con sus hijos y buena parte de sus tesoros. Por otra parte, cuando los jefes de la guarnición se dieron cuenta de que Tala estaba condenada, se retiraron a la ciudadela interior y, tras un banquete en el que bebieron hasta emborracharse, prendieron fuego al palacio y murieron con todas sus riquezas dentro.

Sin duda, aquel asedio baldío no contribuyó a la popularidad de Metelo entre los soldados, que después de atravesar regiones semidesiertas y combatir y trabajar durante más de un mes se encontraban con las manos vacías. El botín, no lo olvidemos, era el principal señuelo que atraía a los jóvenes romanos a alistarse.

Así pues, Metelo había obtenido dos victorias más en esta campaña, pero habían resultado tan poco productivas que no hacían más que apoyar la maniobra de descrédito que libraba Mario contra él.

Harto precisamente de esas presiones, Metelo cedió por fin y licenció a Mario para que viajara a Roma. Quedaban tan solo doce días para que se celebraran las elecciones, y Mario se encontraba a más de setecientos kilómetros a vuelo de pájaro de Roma. Pero en dos días y una noche llegó al puerto de Útica. Allí, antes de embarcar, hizo un sacrificio a los dioses. El arúspice que examinó las entrañas de la víctima le dijo que conseguiría logros increíbles, mucho más allá de lo esperado.

Animado por tales vaticinios y por el viento propicio que impulsó su barco, Mario llegó a Roma en tres días. Allí desató tal entusiasmo entre los votantes que tanto los artesanos como los campesinos abandonaron sus trabajos perdiendo dinero para acudir a votarlo a los comicios (en Roma no había horas libres pagadas para votar). De todos modos, no debemos imaginarnos a una multitud de *sans-culottes* sacando a Mario a hombros.

Cuando los romanos de finales de la República hablaban de la plebe no se referían a los estratos más bajos de la sociedad, que prácticamente no participaban en la política, sino a todos aquellos que estaban por debajo del orden senatorial: la clase media baja, media media e incluso media alta formarían, pues, parte de esta *plebs*.^[13]

Finalmente, Mario fue elegido cónsul junto con Lucio Casio Longino. Tenía ya cincuenta años, una edad algo tardía para el cargo. En aquel momento, nadie podía vaticinar que ese *homo novus* que no contaba con ningún cónsul entre sus antepasados obtendría aquel honor seis veces más.

Mientras tanto, Yugurta, que cada vez tenía menos partidarios entre los suyos, decidió internacionalizar el conflicto aliándose con gétulos y moros (este es el término más correcto para referirse a los *Mauri*, los habitantes de Mauritania). Los gétulos, como ya comentamos, vivían en la zona subsahariana, al sur de las montañas. Según Salustio, todavía no conocían a los romanos y eran un pueblo salvaje, aunque Livio asegura que ya habían servido como mercenarios con Aníbal.

En cuanto a los moros, Yugurta tenía una alianza con su rey Boco, ya que estaba casado con una hija suya. No obstante, el vínculo no era demasiado estrecho, puesto que Yugurta debía de tener varias esposas más. Salustio explica que tanto númeridas como moros eran polígamos si se lo permitían sus recursos, que en el caso de los reyes eran, obviamente, muy abundantes.

Cuando consiguió reunir una fuerza considerable de númeridas, gétulos y moros, Yugurta se puso en marcha hacia Cirta, donde se hallaba el cuartel de Metelo. Este trató de desarticular la alianza entre númeridas y moros recurriendo a la diplomacia, pues sabía que Boco, un paradigma de la *Realpolitik* en la Antigüedad, no era un aliado de fiar.

A esas alturas, probablemente en enero del año 107, a Metelo le llegó una carta de Roma. Metelo ya sabía que Mario había sido elegido cónsul, lo cual no le agradó. Pero la noticia que conoció ahora era mucho peor.

En circunstancias normales, todos los años el senado asignaba con antelación las provincias para cada cónsul. Para el 107, a Casio Longino le tocó en suerte la Galia, y todos los indicios señalan que a Mario le

correspondió Italia. En cuanto al mando de Numidia, se le había vuelto a prorrogar a Metelo.

Para Mario, las cosas no podían quedar así. Su campaña se había basado en que él era la única persona capaz de acabar rápidamente con aquella guerra que estaba consumiendo los recursos de los romanos y les impedía concentrarse por completo en la amenaza del norte. Si quería cumplir su promesa, necesitaba obtener el mando de las tropas como fuese.

Y ese «como fuese» consistió en recurrir a la soberanía del pueblo romano. El tribuno Tito Manlio Mancino se presentó ante la asamblea de la plebe y propuso una ley para otorgar el mando de la campaña de Numidia a Cayo Mario. La gente, ni que decir tiene, votó a favor.

Acababa de ocurrir algo inusitado que, sin embargo, no era ilegal. Uno de los fundamentos del complejo sistema de leyes romanas era que las asambleas populares podían votar sobre cualquier asunto. De hecho, en las últimas décadas lo estaban haciendo cada vez más a menudo contra la opinión del senado, como se había demostrado con las leyes de los Gracos o con la aprobación del voto secreto.

La política exterior era otra cosa, el cortijo particular del senado, cuyos miembros se beneficiaban de la gloria y los frutos materiales de conquistas y guerras. Sin embargo, el conflicto en Numidia lo estaba revolviendo y trastocando todo. Recordemos que unos años antes la asamblea del pueblo había ordenado a Yugurta que se presentara en Roma a rendir cuentas, también a propuesta de un tribuno.

Ahora se había llegado un paso más lejos. Pero los cambios no se detuvieron aquí. Al igual que había ocurrido con Metelo, el senado no autorizó a Mario a reclutar un ejército nuevo, pero sí a alistar soldados para completar las legiones estacionadas en África y compensar las bajas por muerte, enfermedad o desertión.

Mario no se conformó con eso. Si quería terminar la guerra, necesitaba más tropas de las que había usado Metelo. No por gozar de superioridad numérica en una batalla campal contra Yugurta, ya que hemos visto que este se negaba a aceptarla, sino porque el territorio que tenía que cubrir era muy extenso.

El nuevo cónsul reclutó tropas italianas y de reinos aliados al otro

lado del Mediterráneo. También recurrió a *evocati*, veteranos de otras campañas a los que ya conocía de su época en Hispania o de los cuales tenía buenas referencias.

No sabemos cuántos hombres consiguió de esta forma. En cualquier caso, no tantos como quería. En parte se explica porque la República andaba envuelta en otros conflictos. La guerra contra los escordiscos seguía en las fronteras de Macedonia, y en Galia su colega consular Casio Longino tenía que hacer frente a una incursión de los tigurinos.

Mario decidió dar otro paso más allá. No hizo nada que fuera estrictamente ilegal, pero sí algo que llamó mucho la atención de sus conciudadanos y de los historiadores posteriores.

Reclutó a los proletarios.

Este término se aplicaba a los ciudadanos que se agrupaban en la última centuria, los desclasados cuyo patrimonio era tan bajo que se los consideraba únicamente dueños de su prole. También eran conocidos como *capite censi*, o censados por cabezas, pues no se los contaba por sus ingresos sino por su número.

Cuando participaban en la guerra, los proletarios solían hacerlo como remeros en la flota. Tan solo se los alistaba para la infantería en caso de *tumultus*, una emergencia como la que se había producido durante la guerra contra Aníbal. Existían varias razones para ello. Según la opinión más tradicional entre los romanos, que compartían con los griegos, defendían mejor su ciudad quienes poseían haciendas que proteger, y también era más difícil que abandonaran lo que tenían para desertar al enemigo. Además, durante siglos cada soldado se había pagado su propio equipo, y el armamento de la infantería de línea, pesada, de choque o como queramos llamarla era demasiado caro para los *capite censi*.

Esto cambió ahora, o quizá llevaba cambiando un tiempo con reformas como la *lex militaris* de Cayo Graco del año 123, que prohibía al Estado descontar dinero de la paga de los soldados para costearse su ropa y su equipo. Pero muchos autores, con afán de simplificar las cosas, atribuyeron luego a Mario todas las reformas que el ejército sufrió en esta época. Hay que añadir que dicha simplificación se debe también a que buena parte del material literario que nos ha llegado consiste en resúmenes y epítomes de otras obras más extensas que se han perdido. En

cualquier caso, trataremos con más detalle sobre estas reformas cuando narremos las campañas contra las tribus del norte y hablemos de las llamadas «mulas de Mario».

En aquella ocasión, Mario no estaba llevando a cabo un *dilectus*, el tradicional reclutamiento forzoso, puesto que el senado no se lo había autorizado, sino un alistamiento de voluntarios. Con el fin de convencer a los nuevos reclutas, Mario pronunció ante la asamblea del pueblo un discurso que Salustio transcribe con cierta extensión. Hemos de recordar que los historiadores antiguos, en una tradición que se remonta a Heródoto y Tucídides, creaban discursos que ponían en boca de sus personajes para retratarlos moral y psicológicamente, y también para exponer argumentos que consideraban verosímiles. Por tanto, no podemos considerar que la arenga que aparece en *La guerra de Yugurta* plasme las palabras literales de Mario ante la asamblea, pero sí el espíritu de lo que dijo, por lo que resulta interesante detenerse en él un poco y estudiar las tensiones sociales que refleja.

Aquel discurso supuso una auténtica reivindicación de un *homo novus*, alguien a quien no le era posible ufanarse de los consulados de sus antepasados ni sacar en procesión sus imágenes de cera como hacían los optimates. A cambio, Mario podía exhibir lanzas capturadas al enemigo, un estandarte, *phalerae* y otras condecoraciones que le había concedido la República, y también las cicatrices sufridas en combate. En este punto, podemos estar casi seguros de que se apartó la toga para enseñar sus heridas cuando exclamó: «¡Estas son mis imágenes, esta mi nobleza! No las he recibido en herencia como ellos, sino que me las he ganado yo mismo con muchísimos esfuerzos y peligros» (*Yug.*, 85).

Para granjearse a la plebe se jactó de que no sabía griego, una carencia en su educación de la que se burlaban los nobles. En lugar de avergonzarse por ello, Mario contraatacó, hurgando en un prejuicio antigriego y antiintelectual arraigado en el temperamento romano. «Yo conozco a algunos que después de ser elegidos cónsules empiezan a leer las hazañas de los antepasados y los manuales militares de los griegos. Pero las cosas que ellos han leído o saben de oídas, yo las he visto y las he hecho. ¡Y lo que ellos han aprendido en los libros, yo lo he aprendido en la guerra!».

Aunque nos han llegado muy pocos manuales militares de los antiguos, estas palabras revelan que debían de ser numerosos, y

atestiguan una cultura libresca muy desarrollada. Cultura que Cayo Mario despreciaba tanto como otros refinamientos del momento: «Dicen que soy zafio y de costumbres toscas porque no sé preparar un banquete, no tengo histriones y no pago más dinero por un cocinero que por un encargado que me administre las fincas». Aquí parece que por boca de Mario hablara Catón el Viejo, adalid de las costumbres tradicionales romanas. También resulta curiosa la referencia a los histriones, como si Salustio adelantara en el tiempo una crítica de Mario a alguien que andaba con actores, que en los años de la campaña africana fue uno de los lugartenientes en quienes más confiaba y que después se convirtió en su enemigo más odiado: Sila.

Al final, Mario apeló a esa mezcla de épica y codicia que tanto ha motivado a los guerreros de todas las épocas: «Con la ayuda de los dioses todo está a nuestro alcance: la victoria, el botín y la gloria». Y para terminar, los motivó con un guiño a la muerte: «Nadie se ha hecho inmortal por cobardía, y ningún padre ha deseado que sus hijos sean eternos, sino que vivan su vida con honradez y virtud». Esta última frase, sin duda, la podría haber pronunciado también una madre espartana.

La campaña de Mario

Entre voluntarios y proletarios, Mario consiguió hacerse a la mar con unos cinco mil soldados, tres mil más de los que el senado le había asignado por decreto. Cuando llegó a África, fue Rutilio Rufo quien le dio el relevo de las tropas. Metelo, que no quería ni ver a su antiguo subordinado, había vuelto antes a Roma. Allí, pese a la campaña en contra de Mario, tuvo un recibimiento mucho mejor que sus predecesores Bestia y Postumio: en lugar de criticarle, le concedieron un triunfo en 106 y permitieron que añadiera a su nombre el *cognomen* de Numídico.

En cuanto a Mario, ahora que por fin era cónsul y tenía el mando que tanto ansiaba, necesitaba solucionar el conflicto por la vía rápida. De lo contrario, podrían acusarlo de prolongarlo artificialmente, tal como había hecho él con Metelo. Sin embargo, no tardó en descubrir que las cosas no eran tan fáciles.

Yugurta, pese a sus derrotas, se las había arreglado para sobrevivir a tres generales. Pero su situación no había hecho más que empeorar. A

estas alturas, debía de comprender que llegar a un acuerdo de paz era impensable. Como la conspiración de Bomílcar le había demostrado, los romanos estaban dispuestos a acabar con él a cualquier precio. Su única esperanza era mantener viva la lucha. Seguramente sabía que las cosas al norte de Italia se estaban poniendo cada vez más feas para sus enemigos. Con un poco de suerte, los romanos tendrían que concentrar allí todos sus esfuerzos y se olvidarían de él.

A Yugurta le quedaban cada vez menos recursos para continuar la guerra. Por eso, estaba intentando involucrar a su suegro y hacer que el conflicto se extendiera fuera de sus fronteras. Pero tenía un problema: el rey Boco no era nada de fiar. Como experto en doble juego aventajaba al propio Yugurta, y así lo demostró en esta última fase de la guerra.

Mientras tanto, Mario comprendió que era imposible atraer a Yugurta a una batalla definitiva donde pudiera caer prisionero o morir, de modo que se dedicó a socavar sus bases de poder, tomando y destruyendo ciudades, lo cual era además una forma de que perdiera el apoyo de su propia población.

Tras adueñarse así de algunas plazas menores, Mario decidió que sus tropas bisoñas ya se hallaban a un nivel parejo con las que llevaban tiempo en África. Había llegado la hora de dar un golpe de efecto parecido al de Metelo al tomar Tala. El objetivo elegido fue la ciudad de Capsa (la actual Gafsa, en Túnez). Esta se hallaba más al sur y en una zona incluso más árida que Tala, por lo que si Mario lograba conquistarla podría presumir de que había superado a su antiguo general.

El ejército de Mario cubrió una distancia de unos doscientos treinta kilómetros en nueve jornadas. Durante las seis primeras viajaron de día, y fueron alimentándose de ganado con cuyos pellejos confeccionaban odres. Al terminar el sexto día acamparon a orillas del último río de la zona. Desde allí, tras rellenar de agua todos los odres y cargarlos a sus espaldas y a lomos de las acémilas, emprendieron una auténtica travesía del desierto. Las tres últimas etapas las cubrieron de noche, en parte por el calor —estaban a finales del verano de 107— y en parte para no ser vistos.

En la tercera jornada llegaron a unos tres kilómetros de Capsa. Allí se detuvieron siendo todavía de noche cerrada, camuflados por unas elevaciones situadas al noroeste de la ciudad.

Cuando amaneció, las puertas de la ciudad se abrieron. Sus habitantes, que se creían seguros a tanta distancia de la zona de guerra, salieron como todas las mañanas a atender sus rebaños y sus cultivos (había un oasis en las inmediaciones). Mario mandó por delante a sus jinetes junto con tropas de infantería ligera que podían mantener el paso de los caballos. Esta avanzadilla logró entrar en Capsa y evitar que sus moradores cerraran las puertas, mientras el resto de los legionarios se lanzaba al asalto.

La ciudad se rindió casi en el acto. Pese a ello, Mario hizo matar a todos los varones adultos, vendió a los demás como esclavos, repartió el botín entre sus soldados e incendió la ciudad.

Conforme a las convenciones bélicas, si los habitantes de una ciudad se rendían antes de que el ariete enemigo tocara su muro, sus vidas eran respetadas. Aunque en este caso, Salustio afirma de forma explícita que Mario se saltó el *ius belli* o derecho de guerra. Se trataba de una forma de sembrar el terror en pleno corazón de Numidia, allí donde sus habitantes se creían a salvo de los romanos, y de dar un aviso a los pobladores de las demás ciudades: si querían conservar sus vidas, lo mejor era rendirse y abandonar a Yugurta.

Poco antes o poco después de esto —la cronología de Salustio no queda muy clara—, Mario se enfrentó cerca de Cirta con tropas mandadas por el propio Yugurta y las puso en fuga. Pero no debió de tratarse de una batalla muy importante, dado que el historiador la despacha con un par de frases.

Nuestro autor es igualmente parco en palabras al resumir el resto del invierno de 107-106: «El cónsul se dirigió a otras ciudades. Conquistó al asalto unas pocas en las que los númidas se le resistieron, e incendió muchas más que sus habitantes habían abandonado al enterarse del destino de Capsa. La muerte y el luto reinaban por doquier» (*Yug.*, 92).

A esas alturas, el consulado de Mario se había cumplido, pero se le prorrogó el mandato como procónsul hasta que terminara la guerra. Mario atravesó el país arrasando todo lo que pillaba, hasta llegar al río Muluya, en el otro extremo de Numidia, a más de mil kilómetros de Capsa.

Allí, no muy lejos de Melilla, en la frontera entre Numidia y Mauritania, se alzaba un castillo sobre un monte muy escarpado. En

aquella fortaleza se hallaban los tesoros de Yugurta, o al menos parte de ellos, por lo que Mario se empeñó en tomarla como fuera.

La empresa se reveló casi irrealizable. El lugar tenía una guarnición numerosa, grano almacenado y una fuente de agua potable en su interior. Por otra parte, las laderas eran prácticamente verticales y tan solo había un camino de acceso, tan estrecho que resultaba imposible usarlo para acercar las máquinas de asedio o construir un terraplén. Cuando los legionarios trataban de acercarse a las murallas protegidos por manteletes, los defensores los destrozaban con grandes piedras arrojadas desde las alturas o les prendían fuego.

Pasaron varios días sin hacer progresos. Pero entonces intervino el azar de una forma casi novelesca. Un soldado ligur que pertenecía a las tropas auxiliares andaba buscando agua por la ladera teóricamente más escarpada del monte, al otro lado de donde se libraban los combates. Al ver unos caracoles reptando sobre las piedras, se dedicó a atraparlos. Conforme fue encontrando más y más, el rastro de los caracoles lo fue llevando ladera arriba. Como los ligures eran un pueblo acostumbrado a moverse entre peñascos, cuando el soldado quiso darse cuenta se encontraba a bastante altura. Allí, entre los riscos, crecía una encina que se proyectaba primero en ángulo recto y después subía en vertical. El soldado se encaramó a ella y, pisando entre ramas y piedras, apareció en la cima plana del monte, al pie de la muralla. Las almenas se hallaban vacías de defensores, pues todos los númidas se encontraban al otro lado del castillo, luchando contra las tropas de Mario.

El ligur regresó por donde había venido y se presentó ante Mario para informar de que había un punto por donde se podía escalar el monte. No era una vía apropiada para lanzar un ataque total, pero sí podía servir para crear una maniobra de distracción. Mario escogió para la empresa a hombres ágiles: cuatro centuriones y cinco músicos provistos de trompetas y cornetas. Estas últimas eran la clave de la estratagema.

Mientras el grueso de las tropas seguía lanzando ataques contra la muralla por el mismo camino que intentaban tomar todos los días, el ligur guió a los otros nueve hombres. Iban todos descalzos y sin cascos, y con las espadas atadas a la espalda al igual que los escudos, que eran de cuero y sin piezas metálicas para hacer el menor ruido posible. En la ascensión, el ligur demostró que trepaba como las cabras, pues fue él quien abrió el camino atando cuerdas a piedras y árboles para que los

demás escalaran más seguros. Al alcanzar los tramos más complicados cargó incluso con las armas de sus compañeros.

Una vez que llegaron al pie de la muralla, los escaladores hicieron una señal desde arriba, probablemente con banderas o reflejos, pues en aquel momento el silencio todavía era primordial. Al recibir la noticia, Mario lanzó una ofensiva total por el camino que conducía a las puertas del fuerte. Delante de ellas estaban los defensores, fuera de la protección del muro. Solía actuar así todos los días para burlarse de los romanos, tan seguros estaban de que no conseguirían trepar la ladera.

Pero esta vez los legionarios formaron la temida tortuga con sus escudos, mientras de lejos la artillería, los arqueros y los honderos disparaban contra los númidas. Fue en ese momento cuando los cinco músicos que habían trepado por el otro lado del monte hicieron sonar con potencia sus trompetas y sus cuernos. Creyendo que los atacaba por la retaguardia un segundo contingente enemigo, los defensores fueron presa del pánico y unos huyeron y otros se entregaron allí mismo. En cuestión de minutos, la fortaleza había caído en manos de sus atacantes.



La toma de aquel castillo sumió a Yugurta en la desesperación. Había perdido sus fortalezas más importantes y mucho dinero, y cada vez le quedaban menos númidas fieles. Aunque no está demasiado claro, es incluso posible que en Cirta se hubiese instalado como rey Gauda, su pariente retardado. Sin apenas recursos, Yugurta prometió a su suegro entregarle la tercera parte de sus territorios si le ayudaba a vencer a los romanos o, al menos, a conseguir un tratado de paz en el que no perdiera el reino.

En cuanto a Mario, después de conquistar la fortaleza de Muluya, se retiró a pasar el invierno de 106-105 en las ciudades costeras de Numidia, donde el clima era más benigno y le resultaría más fácil recibir provisiones

por mar. Se hallaba de camino, en las inmediaciones de Cirta, cuando Yugurta y Boco lo asaltaron con un ejército en el que había númeridas, gétulos y moros.

Aquel fue un ataque caótico. Esta vez, Yugurta no se confió a la táctica ni al terreno, sino a la sorpresa y a la pura fuerza de los números. El relato que ofrece Salustio es más impresionista que detallado, pero se deduce de él que en esta ocasión el ejército viajaba en orden de marcha, sin tomar tantas precauciones como había hecho Metelo en el río Mutul. Quedaban apenas unas horas de luz cuando los enemigos se lanzaron sobre ellos por todas partes a la vez, en enjambres que atacaban y se retiraban para volver a atacar, conforme a su táctica habitual. Yugurta, reforzado por los contingentes de caballería del rey Boco, contaba con una gran superioridad numérica: según Orosio, un historiador hispano tardío, tenía sesenta mil jinetes. La mayoría eran moros y gétulos, pues a Yugurta le quedaban pocos partidarios entre sus súbditos númeridas.

En esta ocasión había logrado pillar desprevenidos a los romanos. Con las filas desorganizadas y sin estandartes, cada legionario luchó donde le cayó en suerte. Algunos de ellos formaron círculos defensivos; un despliegue o, hablando con más propiedad, un repliegue que adoptaban en situaciones desesperadas. Así ocurrió en el año 54 con la Octava legión de César, mandada por los legados Aurelio y Cota, que resultó prácticamente aniquilada por los galos.

Mario se había dejado sorprender en un paraje que no describen ni Salustio ni Orosio, pero que debía de ofrecer un relieve adecuado para una emboscada. Había cometido un error atravesándolo sin tomar suficientes precauciones, pero ahora demostró que sabía sacar lo mejor de sí mismo cuando empezaba la acción. En el caos del combate, Mario se movía como pez en el agua, actuando con una sangre fría que hace pensar que en plena batalla entraba en ese estado de concentración y energía completamente focalizada que el psicólogo Mihály Csikszentmihályi popularizó como «el flujo».

La batalla se prolongó hasta que cayó la noche, pues los jinetes enemigos eran tantos que se turnaban sin cesar. Recuperando poco a poco el orden, Mario hizo retirarse a sus hombres hasta dos colinas contiguas. En una de ellas, donde había un manantial, se apostó la caballería, mandada por Lucio Cornelio Sila, cuestor y en aquel momento hombre de confianza de Mario. Su misión era proteger el acceso al agua mientras el

resto del ejército se instalaba en el otro monte, que por lo escarpado de sus laderas apenas necesitaba empalizadas.

Por su parte, Boco y Yugurta acamparon alrededor de ambos montes. Sus hombres prendieron miles de hogueras y pasaron la noche gritando y cantando para impresionar y desmoralizar todavía más al enemigo. Por su parte, Mario ordenó guardar una disciplina de silencio estricta, sin tan siquiera los toques de trompeta habituales en los relevos de la guardia.

Horas después, cuando el cielo se agrisaba con la primera luz del alba, Mario lanzó una ofensiva general por todas las puertas del campamento, acompañada de una gran batahola de trompetas. A los enemigos, que habían pasado la noche en vela, los sorprendió adormilados, y se dispersaron y huyeron sin apenas plantear batalla.

El relato de Orosio, que muestra ciertas diferencias, ofrece algunas pinceladas interesantes. Según el historiador hispano, la batalla se había prolongado por tres días, y fue en el tercero cuando Mario lanzó su ofensiva total contra los enemigos que cabalgaban en círculo alrededor de sus legiones disparándoles flechas y venablos.

En una primera fase del combate estos proyectiles no podían causar demasiados daños a los romanos, bien protegidos por sus escudos y blindados por sus cotas de malla. Pero, a la larga, desgastaban su moral y desorganizaban sus filas, con resultados que podían ser letales: con una estrategia similar, el general parto Surena acabó matando a veinte mil soldados romanos en la batalla de Carras en el año 53.

Si en el relato de Salustio los gétulos y moros se retiraron al sufrir la primera acometida desde el campamento, en el de Orosio la lucha se prolongó todavía unas horas, mientras subía el sol y la sed hacía mella en las energías de los hombres de Mario. Pero entonces cayó un aguacero repentino. La lluvia resultó providencial para los romanos. No solo calmó su sed y mitigó su calor, sino que empapó el armamento de los guerreros de Yugurta. Para lanzar la jabalina con más fuerza, enrollaban en el astil una tira de cuero que alargaba la palanca ejercida por el brazo y de paso imprimía al proyectil un giro similar al de las balas que salen de un rifle. Ahora, con el agua, aquellos propulsores resbalaban tanto que eran inútiles. Para colmo, sus escudos, hechos de piel de elefante curtida y estirada, absorbían la lluvia como esponjas, por lo que se volvían tan

pesados que tenían que tirarlos al suelo. Frustrados, los hombres de Yugurta y Boco renunciaron al combate y se retiraron.

¿Es fidedigna la crónica de Orosio en este punto? No podemos saber si realmente la batalla que también narra Salustio se desarrolló así. Pero los detalles ambientales y concretos que nos brinda Orosio son muy interesantes y, si no se dieron en este combate, sin duda lo hicieron en otros.

En cualquier caso, ambos relatos coinciden en que los romanos sufrieron mucho por el acoso enemigo, y que, al final, Boco y Yugurta se retiraron. Salustio añade que los romanos se apoderaron de muchas armas y estandartes y mataron a más hombres que en todas las batallas precedentes. Tal vez fuera así por el puro número de sus adversarios, pero lo cierto es que el resultado de la batalla no fue una derrota clara para Yugurta.

Así lo demuestra el hecho de que él y Boco consiguieron reorganizar a sus hombres para seguir acosando a los romanos, y que estos, en lugar de perseguirlos, continuaron su marcha hacia Cirta para instalar allí su campamento de invierno.

Escarmentado tras la emboscada, Mario avanzaba ahora en formación de combate. La caballería, mandada por Sila, protegía el flanco derecho, mientras que a la izquierda marchaban honderos y arqueros y varias cohortes de ligures. También había infantería ligera en vanguardia y en retaguardia, de tal manera que los legionarios, más lentos a la hora de reaccionar, estaban protegidos por los cuatro costados.

Pero todavía no habían terminado los apuros de Mario y sus hombres. Cuatro días después de la primera batalla, Yugurta y Boco volvieron a la ofensiva. Esta vez no buscaron la sorpresa, sino que lo fiaron todo a la pura superioridad numérica, atacando al mismo tiempo por los cuatro flancos.

Más prevenidos que en la anterior ocasión, los romanos se defendieron bien, e incluso Sila lanzó una ofensiva contra la caballería mora. En las filas de vanguardia, el propio Mario se batía con los suyos contra el grueso de las fuerzas númeridas. Según cuenta Salustio, Yugurta intentó una añagaza: empuñando una espada empapada en sangre, cabalgó delante de las líneas de la infantería romana gritando en latín que

era inútil que siguieran luchando, pues él mismo acababa de matar a Mario con su propia mano.

Aunque los soldados situados en el centro de la formación no acababan de creerse aquello, el ataque de Yugurta los puso en apuros durante un rato. Por suerte para ellos, Sila, que había puesto en fuga a la caballería mora, apareció con sus propios jinetes y atacó a los nómadas por un flanco. Mario, por su parte, que había desbaratado a sus oponentes en la vanguardia (prácticamente se estaban librando cuatro combates simultáneos), acudió asimismo en ayuda de su infantería, y aquello terminó de decidir la batalla. Los enemigos huyeron en desbandada, dejando muchos cadáveres en el campo.

Aquel había sido un esfuerzo supremo para Yugurta y Boco, el último que llevaron a cabo. El rey nómada volvió a demostrar su talento como general; el problema era que a sus tropas, magníficas para hostigar y tender emboscadas, les faltaba calidad y fuerza para derrotar a los romanos en combate cerrado.

Una vez más, Mario había conseguido salvar una situación apurada. Pero seguramente no se sentía demasiado contento consigo mismo. Había dejado a su rival escoger el campo de batalla por dos veces. Era un error que en futuras campañas procuraría no repetir.

Por fin, los romanos llegaron a Cirta, la meta de su viaje. Cinco días después, se presentaron unos enviados de Boco con la misión de negociar: el rey de Mauritania no había esperado demasiado para abandonar el barco de su yerno.

Tras unas conversaciones en las que Sila ejerció de intermediario, Mario permitió que tres embajadores mauritanos fueran a Roma, junto con el cuestor Octavio Rusón que había viajado a África para traer la paga del ejército. El senado escuchó el mensaje de Boco y contestó: «El senado y el pueblo romanos suelen acordarse bien de los favores y las ofensas que reciben. Aun así, ya que Boco se ha arrepentido, se le perdonarán sus afrentas. Pero únicamente tendrá la alianza y la amistad de Roma cuando se las merezca» (*Yug.*, 104).

Más claro, el agua. Pese a sus victorias, los romanos sabían que la guerra solo terminaría cuando Yugurta muriese o cayese en su poder. Y eso era lo que le exigían ahora a Boco.

El rey de Mauritania pidió a Mario que volviese a enviarle como mediador a su cuestor Sila, con quien había trabado amistad. No resulta extraño, puesto que Sila demostró durante toda su vida un gran encanto personal. Es un personaje apasionante y contradictorio en el que merece la pena detenerse, y lo haremos cuando llegue el momento.

Sila se dirigió hacia el oeste con una escolta apropiada para viajar con rapidez, pero bien protegido. Lo acompañaban jinetes, arqueros, infantería ligera y honderos baleares. Estos últimos eran tan apreciados como los rodios o más. Diodoro de Sicilia explica la razón:

Dirigen con tanto tino sus disparos que la mayoría de ellos no fallan el blanco. Eso se debe a que practican desde niños: cuando son pequeños sus madres los obligan a ejercitarse continuamente con la honda. Como blanco les ponen un trozo de pan sobre un palo, y no dejan que se lo coman hasta que lo alcanzan con sus tiros. (5.17.1).

Por el camino se le presentó Vólux, hijo de Boco, para avisarle de que Yugurta y los restos de su ejército se encontraban en la ruta que debían seguir los romanos para llegar a Mauritania. Con gran audacia, Sila atravesó el campamento de Yugurta, que no debía de ser un recinto vallado como los *castra* romanos, sino una extensión de tiendas dispersas, y prosiguió su viaje con Vólux.

Ya en la corte de Boco, apareció también Yugurta. El rey había ofrecido a Sila entregarle a Yugurta, y a este a su vez entregarle a Sila. Es posible que Boco vacilara al principio de su maquiavélica jugada, pero no parece demasiado probable: aunque Yugurta hubiese capturado a Sila no le habría servido de nada. Los mismos senadores que habían presentado a un cónsul de la República atado y desnudo ante las murallas de Numancia no se habrían molestado en negociar con el enemigo por la vida de un simple cuestor. Y esa dureza de trato que los romanos se aplicaban a sí mismos era conocida de sobra.

Por unos motivos o por otros, Boco se decidió por traicionar a su yerno:

Después, cuando se hizo de día y [Boco] recibió la noticia de que Yugurta se encontraba cerca, acudió a su encuentro con unos cuantos amigos y nuestro cuestor como si fuera a rendirle honores, y subió a una colina que era fácil de divisar para los emboscados. Allí llegó también el

númida con muchos de sus amigos, que iban desarmados tal como se había acordado. Enseguida, a una señal dada, los hombres que estaban emboscados se abalanzaron sobre él por todas partes a la vez. Los demás fueron degollados, y Yugurta fue entregado a Sila, quien lo llevó a su vez ante la presencia de Mario. (Yug., 113).

Sila insistiría más tarde en que el verdadero mérito de esta guerra le correspondía a él, pues era quien había capturado a Yugurta. Además, los numerosos enemigos que tenía Mario en el senado halagaban los oídos de Sila diciéndole que Metelo era quien había empezado a derrotar al rey númera y él quien había rematado la operación, y que Mario prácticamente no había hecho nada.

Tan orgulloso se sentía Sila que se grabó un sello en el que aparecía junto a Boco mientras este le entregaba a Yugurta. Lo exhibía y lo usaba constantemente, hasta que el asunto llegó a oídos de Mario. Hasta entonces ambos se habían llevado bien, pero desde ese momento creció entre ellos un recelo que se convertiría en rencor y traería muchos males a Roma.

Los romanos habían aprendido la lección, y no estaban dispuestos a consentir que la gran Numidia siguiera existiendo, de modo que la fragmentaron. Las ciudades de Tripolitania, como Leptis Magna, que habían ayudado a Roma durante la guerra, recuperaron su independencia, así como las tribus gétulas. El rey Boco obtuvo la recompensa esperada a cambio de su traición: Roma lo declaró amigo y aliado, y además le entregó la parte occidental del reino que Yugurta le había prometido.

En el centro, Roma creó dos reinos: uno al este y con capital en Zama, que le entregó a Gauda, y otro al oeste que incluía Cirta. Se sabe muy poco de estos reinos, que participaron en las guerras civiles romanas del siglo I. Entre el año 40 y el 33, tanto Numidia como Mauritania acabarían siendo anexionadas por Roma.

Terminada la guerra, Mario se quedó durante un tiempo organizando asuntos en África. Por el momento, Yugurta era su prisionero, aguardando el momento en que su vencedor pudiera celebrar su triunfo en Roma.

Se había resuelto una crisis larga y costosa. Pero el verdadero peligro para la República se hallaba ahora en el norte. Como cuenta

Salustio en las últimas líneas de su obra, los ojos de todos los romanos se volvieron hacia Mario: «Y en aquel tiempo, las esperanzas y las fuerzas de la ciudad estaban puestas en él».

V

LA AMENAZA QUE BAJÓ DEL NORTE

La zona en conflicto

El sur de Galia empezó a ser una zona de interés para los romanos desde el momento en que sus tropas plantaron por primera vez los pies en Hispania. En el año 197 ya controlaban toda la zona costera del este y del este de la Península Ibérica. A partir de ese momento, necesitaban una vía terrestre para viajar de Italia a Hispania.

Eso significaba dominar una extensa franja costera entre los Alpes y los Pirineos de más de quinientos kilómetros de longitud. Durante siglos, la potencia dominante de aquella zona había sido la próspera ciudad griega de Masalia, la actual Marsella, con la que Roma siempre había mantenido buenas relaciones. Pero el control que ejercía Masalia en sus inmediaciones no era suficiente, pues la ruta que a Roma le interesaba se extendía más de quinientos kilómetros.

La zona más peligrosa era la de los llamados Alpes Marítimos, donde las estribaciones alpinas se acercaban a la costa cerca de Nicea (Niza). Allí, las columnas de suministro romanos eran asaltadas a menudo por los ligures, un pueblo de las montañas dividido en aldeas y tribus. Su falta de unidad política hacía que, al igual que ocurría en Hispania, derrotar a un cabecilla y su horda de guerreros/saqueadores no resolviese el problema, pues al resto de las tribus les resultaba indiferente y seguían atacando con gran entusiasmo los convoyes romanos. Por ello, conquistar a los ligures se convirtió en una tarea muy lenta, y para consolidarla Roma tuvo que asentar a muchos de ellos en tierras del sur de Italia.

En los años 189 y 173 los ligures tendieron emboscadas a sendos gobernadores enviados a Hispania, y ambos perecieron junto con muchos de sus hombres. Durante las siguientes décadas la situación en la zona no hizo sino complicarse. La presión de las tribus celtas hacia el sur no

dejaba de aumentar, como se demuestra en el hecho de que los masalios tuvieran que reforzar las murallas de su ciudad. Masalia, que era una potencia económica y no militar, se vio obligada en varias ocasiones a pedir ayuda ante aquellos ataques, y Roma hubo de intervenir en el año 154 en una campaña victoriosa contra los oxibios y los deciates.

Al principio, esa intervención no significaba que los romanos quisieran asentarse de forma permanente en aquella zona, que para ellos seguía siendo una ruta de paso. Pero en 125 Masalia volvió a pedir ayuda, y entre ese año y el 121, Roma organizó una campaña a mayor escala que las precedentes. En el año 123, Sextio Calvino decidió instalar una guarnición a unos treinta kilómetros al norte de Masalia, y llamó a la nueva colonia *Aquae Sextiae* (Aix-en-Provence).

Se trata de un nombre que conviene retener, pues apenas veinte años después quedaría grabado en los anales militares de Roma. La primera parte del topónimo, *Aquae*, se debía a las aguas termales de la zona, y la segunda al propio Sextio. Allí los romanos levantaron una fortaleza que controlaba el punto donde se cruzaban dos vías importantes: la que conducía de Masalia al río Druencia y la que llevaba del Ródano a Italia.

La fundación de *Aquae Sextiae* significó un punto sin retorno. Desde entonces, Roma se instaló en el sur de Galia y se anexionó toda la costa y una amplia franja hacia el interior para crear la provincia de Galia Transalpina.

Algunos *negotiatores* romanos e itálicos ya llevaban tiempo actuando en aquella región. Ahora, con la ventaja de verse protegidos por guarniciones militares, multiplicaron su actividad y empezaron a viajar con sus mercancías por las dos grandes rutas que se abrían hacia el interior de Galia: la del Ródano, que discurría hacia el norte entre los Alpes y el Macizo Central, y la del corredor de los ríos Aude y Garona, que conducía hasta el Atlántico.

El producto más apreciado por los pueblos del norte era el vino itálico, que se fabricaba cada vez en mayores cantidades en las fincas de régimen esclavista, tal como aconsejaba Catón. Además, gracias a que se transportaba en ánforas de barro cocido que una vez enterradas podían durar casi intactas por los siglos de los siglos, el vino ha sido una de las mercancías que ha dejado una huella más visible en el registro

arqueológico.

A los galos, que en aquella época apenas cultivaban la uva, les gustaba tanto el vino que se calcula que importaban diez millones de litros al año. Como dice el historiador Diodoro:

Los galos son excesivamente adictos al vino, y se atiborran bebiendo sin mezclar el que llevan a su país los mercaderes. [...] Por eso, muchos comerciantes itálicos, impulsados por su característico amor al dinero, consideran que la afición al vino de los galos es para ellos un regalo de Hermes [patrón del comercio]. Estos mercaderes transportan el vino por barco a lo largo de los ríos navegables y en carromatos por la llanura, y lo venden a un precio increíblemente alto. Por un ánfora de vino reciben un esclavo. ¡Un sirviente a cambio de un trago! (5.26.3).

En la segunda ruta comercial mencionada, la del Aude y el Garona, se fundó en 118 otra importante colonia: la ciudad de Narbona, germen de la provincia de Galia Narbonense. Más tarde, todo el sureste de Galia se conocería como «la provincia» por excelencia, nombre que se acabó convirtiendo en Provenza.

Durante todo ese tiempo, la intervención de Roma se limitó al sur de Galia. Lo más al norte que llegó su influencia fue cuando pactó una alianza con la poderosa tribu de los eduos, que habitaba en el curso alto del Ródano, en torno a la ciudad de Bibracte.

En época imperial, los romanos fijarían unas fronteras septentrionales bastante rígidas en el Rin y el Danubio, pero de momento sus límites eran mucho más difusos y permeables.

Para nosotros, acostumbrados a manejar desde niños mapamundis y globos terráqueos —y ahora el Google Earth—, resulta difícil comprender la visión geográfica de los romanos. Más que pensar en el mundo como bloques bidimensionales de territorios en una visión cartográfica, ellos lo veían como una red de líneas: ríos, litorales, cordilleras. Se trata de una visión que se ha denominado «odológica» por el término griego *odós*, que significa «camino». Solo hay que echar un vistazo a los mapas romanos, como la famosa *Tabula Peutingeriana*, para darse cuenta de que representaban con precisión las distancias y las vías de comunicación, pero no plasmaban las formas reales del terreno.

Para la élite cultural romana, que poseía una mentalidad lineal y

cada vez más urbana, resultaba mucho más fácil comprender, abarcar y cartografiar el mundo oriental, que estaba sembrado de ciudades importantes unidas por líneas de comunicación y vías fluviales claras. En cambio, les era mucho más complicado visualizar el norte, donde no existía una infraestructura clara de ciudades y caminos.

Por eso, para los romanos todo lo que había al norte de Italia e Hispania, y también de Macedonia e Iliria más al este, era prácticamente *terra ignota*. Una vasta extensión de bosques y llanuras sumidos en brumas, a veces metafóricas y a veces literales, de la que parecían brotar como de la nada pueblos y tribus de los cuales a menudo tan solo conocemos el nombre.

Y fue de esa bruma de donde surgió la mayor amenaza que Roma había conocido desde Aníbal: los cimbrios.

El éxodo de un pueblo

Al nordeste de Italia, en las tierras de Austria y Eslovenia, había un reino llamado Nórico habitado por tribus ilirias, pero dominado por un pueblo de origen céltico, los tauriscos, que mantenían un pacto de alianza con la República. Fueron ellos quienes, en el año 113, avisaron a los romanos de lo que se avecinaba. Según los primeros informes, había aparecido en sus fronteras una horda de tribus del norte, decenas o cientos de miles de guerreros acompañados por sus mujeres y sus hijos, todo un pueblo en marcha buscando tierras.

Eran los cimbrios.

Conviene no imaginarlos avanzando todos juntos y apelotonados como en una manifestación por las calles de Madrid o Barcelona. De haberse desplazado así, les habría resultado imposible encontrar comida y pienso para sus bestias, e incluso habrían tenido dificultades para atravesar parajes estrechos. No obstante, aunque los cimbrios viajaban por tribus dejando un amplio espacio entre ellas, cuando llegaba el momento sabían ponerse de acuerdo y combatir conjuntados. Las legiones no iban a tardar en comprobarlo.

Roma tenía varios motivos para intervenir en la región de Nórico. El primero, su alianza con los tauriscos, que debían honrar para mantener su prestigio. Además, en Nórico había unos yacimientos de oro tan productivos que años antes habían desatado una especie de fiebre entre los *negotiatores* romanos y provocado que el precio del oro en Italia bajara un 33 por ciento. Pero el motivo más importante era que las tierras montañosas de Nórico lindaban prácticamente con el nordeste de Italia y las inmediaciones de Aquilea, poblada por colonos romanos.

El cónsul Cneo Papirio Carbón acudió con un ejército a investigar y, si era preciso, actuar. Al principio acampó con su ejército en los Alpes, en un paso estrecho. Pero en cuanto supo que los cimbrios ya habían entrado en Nórico, él también avanzó más al norte.

Los cimbrios no tardaron en enviar embajadores a Papirio, y le pidieron disculpas por haber entrado en el territorio de una tribu aliada como la de los tauriscos, algo que habían hecho por ignorancia. En lo sucesivo, le dijeron, se abstendrían de actuar así.

Papirio o bien no se fiaba de las verdaderas intenciones de los cimbrios o bien decidió que se le presentaba una magnífica ocasión para obtener la gloria como militar, aunque fuera recurriendo a la traición. Después de despedirse en buenos términos de los embajadores cimbrios, los envió de vuelta con el grueso de su tribu. Como muestra adicional de buena voluntad, Papirio hizo que los acompañaran unos guías locales que debían orientarlos para salir del país de Nórico. Pero antes de que la comitiva partiera, el cónsul habló en privado con los guías y les pagó para que llevaran a los cimbrios por los desvíos más largos que conocieran.

Él, por su parte, condujo a sus hombres por una ruta más corta y se apostó en el camino que debían tomar los cimbrios, en una zona boscosa. Lo más probable es que llevara consigo dos legiones con otras dos unidades de aliados, el típico ejército consular. Aun sin gozar de superioridad numérica —tal vez ignoraba la verdadera magnitud del enemigo—, confiaba en que las condiciones del terreno, elegido por él, le favorecerían lo bastante como para causar una masacre.

Y se produjo una masacre, en efecto. Pero de romanos. Los cimbrios, aparte de ser muchos más, demostraron también que estaban acostumbrados a pelear en aquel tipo de paraje y que eran unos magníficos guerreros, y aplastaron a las tropas de Papirio Carbón. Si no

perecieron todos los romanos fue porque cayó la noche, acompañada por un repentino aguacero que interrumpió la batalla.

Los supervivientes del ejército consular tardaron en reagruparse tres días y volvieron a Roma con Papirio. En lugar de la gloria, el cónsul había cosechado una vergonzosa derrota por subestimar tanto el valor como, sobre todo, el número de sus adversarios, que según las fuentes eran doscientos o trescientos mil. Aunque no todos fuesen guerreros, una alta proporción de sus varones adultos debía de estar preparada y armada para combatir.

Esta fue, pues, la toma de contacto de los romanos con los cimbrios. Tras su primera derrota, sin duda intentaron averiguar más sobre ellos. Pero ¿quiénes eran en realidad aquellos misteriosos bárbaros del norte?

Se trata de un enigma que ya intrigó a los autores antiguos y que no está todavía resuelto. Todos los indicios apuntan a que hasta poco tiempo antes el grueso de las tribus cimbricas habitaba en la península de Jutlandia, la actual Dinamarca.^[14] Aquellas tierras habían conocido una época de esplendor durante la Edad de Bronce, que duró hasta el año 500. Después, cuando entraron en su propia Edad de Hierro, sus condiciones de vida se deterioraron. Por una parte, las tribus celtas se extendieron rápidamente por Europa central e interceptaron las rutas comerciales que unían desde hacía miles de años Escandinavia con el Mediterráneo. A partir de ese momento, la ruta del preciado ámbar ya no partía desde Dinamarca, sino desde el Báltico, y bajaba por el Dniéper y el Vístula hasta llegar al Egeo. Aquello empobreció sobre todo a las élites nórdicas, las más beneficiadas hasta entonces del comercio. En el registro arqueológico, eso se revela en que a partir del año 500 los enterramientos son más modestos y, sobre todo, más igualitarios, lo que demuestra que los ricos eran mucho menos ricos.

Por otra parte, el clima de aquella zona, que hasta entonces había sido bastante suave, se enfrió, acaso por cambios en las corrientes marinas. Aunque los datos no son del todo seguros, existen ciertas pistas de este cambio. Lo revelan, por ejemplo, las capas de esfagno, un musgo esponjoso que absorbe el agua de los pantanos y al que los daneses llaman «carne de perro» por su textura y su color entre pardo y rojizo. Además, se sabe que por esta época los nórdicos, que hasta entonces dejaban que sus rebaños pastaran a la intemperie, empezaron a cobijarlos en establos para protegerlos del frío de la noche y de las peores nevadas invernales.

El empeoramiento del clima podría explicar muchos desplazamientos de tribus hacia el sur a partir del siglo V a.C. El modelo recuerda un poco al dominó, y podría explicar por qué los galos se instalaron en el valle del Po después del año 400, se internaron en Italia y llegaron a saquear Roma en 387. (Algo similar ocurriría siglos más tarde, cuando el movimiento de los hunos hacia el oeste desencadenó una oleada de migraciones en masa entre los pueblos germanos).

Pero en el caso concreto de los cimbrios se había producido una catástrofe más grave y, sobre todo, más acelerada. El geógrafo Estrabón la llama *plemmyrís*, un aumento brutal del nivel del mar en torno al año 120. En el mismo texto, Estrabón comenta que le parece un argumento inverosímil, pues la marea sube y baja todos los días sin causar esos cataclismos. Además, añade que los cimbrios seguían viviendo en la península de Jutlandia en su propia época, en tiempos de Augusto (7.2).

Estrabón, sin conocer el término, era un «gradualista», partidario de los cambios geológicos muy lentos. Lo cierto es que a veces una tormenta o una serie de tormentas muy intensas pueden provocar subidas locales y violentas del nivel del mar, sobre todo en zonas de costa baja: los vientos, como no dejan de soplar, «apilan» el agua contra el litoral. Si esto coincide con la marea alta, el agua sube mucho más. Así sucedió, por ejemplo, entre el 31 de enero y el 1 de febrero de 1953 en el mar del Norte, donde se produjo un tremendo temporal que provocó una gran inundación. El país más afectado fue Holanda, con casi dos mil muertos, debido a que buena parte de su territorio se halla bajo el nivel del mar. Pero incluso en Inglaterra perecieron más de trescientas personas.

En el caso de los cimbrios, aquella catastrófica tormenta o serie de tormentas debió de cambiar la forma del litoral e inundar buena parte de sus tierras de labor. La comarca donde habitaban ya no podía sustentar tanta población. Algunas tribus se quedaron en su territorio original, lo que explica el comentario escéptico de Estrabón; de hecho, Jutlandia siguió llamándose «Península Cimbría». Pero muchas otras se pusieron en marcha en una épica peregrinación de miles de kilómetros que los llevaría a penetrar en territorio romano.

Todavía queda una última cuestión que dilucidar sobre los cimbrios. ¿Eran celtas o germanos? En la mayoría de los textos actuales se los considera germanos, una etnia con la que hasta ese momento Roma no había tenido contacto. Eso explicaría que al principio los romanos los

creyeran celtas, pues celtas eran las tribus bárbaras del norte con las que llevaban enfrentándose desde hacía más de dos siglos y medio. Sin embargo, hay estudiosos, como el canadiense David K. Faux, que, basándose en datos arqueológicos y de genética de poblaciones, sostienen que los cimbrios eran celtas prácticamente incrustados entre pueblos germánicos. Personalmente, me inclino a creer que eran germanos, y así los denominaré en ocasiones. De todos modos, no es una cuestión vital, ya que entre celtas y germanos no existía una división tan nítida como se puede creer. A veces sus territorios se solapaban, y había grupos que adoptaban costumbres, armamento e incluso usos idiomáticos de los vecinos. La equivalencia raza=lengua=cultura=territorio es una invención fantástica —y peligrosa— de la historiografía posterior, sobre todo de la romántica y nacionalista del siglo XIX.

Tras derrotar a Papirio y sus legiones, los cimbrios prosiguieron con su viaje. Podrían haberse dirigido al sur y asentarse en la llanura del Po, o al menos saquearla, porque tenían expedito el camino. Sin embargo, por razones que se desconocen prosiguieron en dirección noroeste, hacia el curso superior del Rin. Quizá estaban lo bastante informados como para saber que a los romanos no bastaba con vencerlos una sola vez, y prefirieron presas más fáciles y menos organizadas.

Durante cuatro años, los cimbrios desaparecieron una vez más de los registros, como si se los hubiera tragado la tierra. No resulta extraño: a estas alturas el norte de la Galia era para los romanos como esos territorios de los juegos de estrategia del tipo *Age of Empires* que se encuentran sumidos en la oscuridad de la *fog of war*, la niebla de guerra.

¿Qué hicieron los cimbrios en ese intervalo? Quizá continuaron vagando entre la Galia y Germania, o se establecieron un tiempo en alguna comarca. Lo ignoramos. Pero en el año 109 volvieron a aparecer en el campo de acción de los romanos, bajando por el curso del Ródano.

Cuando el cónsul Junio Silano les salió al paso, los cimbrios enviaron embajadores para explicar al senado que venían en son de paz y que tan solo deseaban tierras donde asentarse. A cambio, dijeron, ofrecerían a la República sus servicios como guerreros. De haberse producido un acuerdo, habría anticipado el arreglo que existió varios siglos después entre el Imperio y otras tribus germanas como los visigodos.

Pero la solicitud fue denegada, y aquella negativa provocó una nueva

batalla. Dónde se libró, tampoco se sabe; tal vez al noroeste de los Alpes, cerca del lago Lemán. De lo que no cabe duda es del resultado: los romanos volvieron a ser derrotados. Silano regresó a Roma y cinco años después se vería imputado en un juicio por aquel fracaso, aunque resultó absuelto. Por su parte, los cimbrios se alejaron de nuevo, en esta ocasión hacia el oeste, y durante un tiempo permanecieron en el valle del río Sena.

Tras perder dos batallas, el prestigio de Roma en el sur de Galia empezaba a tambalearse. En el año 107, los tigurinos, una tribu que pertenecía al gran grupo de los helvecios, aprovecharon para pescar en río revuelto. Abandonando su territorio en la actual Suiza invadieron el suroeste de Aquitania y atacaron a los nitióbrogos, aliados de Roma; no se trataba precisamente de una excursión campestre, sino un viaje de cientos de kilómetros que realizaron con toda impunidad.

Ese mismo año, Mario fue elegido cónsul y se las arregló para que la asamblea del pueblo le asignara el mando de la guerra contra Yugurta. A cambio, su colega Casio Longino, recibió el encargo de meter en cintura a los tigurinos.

Casio los persiguió hasta el Atlántico. Pero cuando estaba de regreso, los tigurinos, mandados por su caudillo Divicón, le tendieron una emboscada en Burdigala en la que perecieron el propio cónsul y su legado, el excónsul Lucio Pisón. Miles de soldados volvieron a quedar rodeados, como había ocurrido en las Horcas Caudinas y en la batalla de Sutul. Para que los tigurinos les perdonaran la vida, tuvieron que entregar rehenes, la mitad de sus víveres y equipo y, para colmo, pasar bajo el humillante yugo. Al volver a Roma, el legado que había negociado la rendición fue condenado al destierro.

Como se ve, la situación era mucho más preocupante en el norte que en Numidia, lo que explica que hasta entonces el senado se hubiese mostrado tan reacio a involucrarse a fondo en la guerra contra Yugurta. Las legiones habían sufrido ya tres humillantes derrotas ante cimbrios y tigurinos, y decenas de miles de bajas. Para colmo, en el este se seguía combatiendo contra los escordiscos. Allí las cosas iban mejor, pero las incursiones constantes del enemigo obligaban a mantener en la región un ejército entero bajo el mando prorrogado de Minucio Rufo, que había sido cónsul en 110.

En Galia, la pérdida de prestigio y autoridad de Roma había llegado

a tal punto que la tribu de los volcas tectósages, que tenía un tratado de alianza con la República, lo rompió, tomó la ciudad de Tolosa y atrapó allí a la guarnición romana.

El encargado de suprimir aquella revuelta fue uno de los cónsules del año 106, Quinto Servilio Cepión. Partidario del bando de los optimates, presentó una ley por la que los jurados volvieron a ser elegidos de entre los senadores y no de entre los caballeros. Después de hacer que se aprobara, se puso en marcha y reconquistó Tolosa, asaltándola por sorpresa en la oscuridad de la noche.

En aquella ciudad se guardaba un enorme tesoro cuya historia resulta un tanto rocambolesca, y que probablemente esté adornada con algunas pizcas de ficción y folklore. En el año 279, una coalición de tribus celtas mandadas por un tal Breno, tocayo del caudillo que había tomado Roma un siglo antes, invadió Grecia y, entre otros lugares, saqueó Delfos. Allí, en el oráculo, se acumulaban ingentes riquezas, pues pueblos de todo el Mediterráneo llevaban siglos enviando valiosas ofrendas al oráculo del dios Apolo.

En aquella coalición de asaltantes habían participado los tectósages, que después se dirigieron a Galia con lo que les tocó del botín y se instalaron en Tolosa. Allí consagraron parte del tesoro y otra la arrojaron a los lagos de la región; en teoría, porque ese oro y esa plata robados de forma sacrílega estaban malditos y querían congraciarse así a los dioses.

Servilio Cepión se apoderó del tesoro sacándolo de los templos y del fondo de las lagunas sagradas, e informó al senado de que había reunido quince mil talentos entre oro y plata. Una cantidad respetable, pero más verosímil que los cientos de miles de talentos que mencionan las fuentes más exageradas y que suponen un orden de magnitud más.

Aquel dinero nunca llegó a Roma, ni tan siquiera a Masalia, pues el convoy que lo transportaba fue atacado por salteadores que lo robaron todo. Las sospechas recayeron sobre el propio cónsul, que habría organizado todo aquello para apoderarse del oro. Por el momento quedó impune, pero en 104 fue juzgado en la *quaestio auri Tolosani* y se le condenó al destierro, que pasó en Esmirna. Mientras tanto, la leyenda del oro de Tolosa no dejó de crecer.

La batalla de Arausto

Después de derrotar al cónsul Silano, los cimbrios habían hecho de nuevo mutis tras el telón. Pero a finales del año 106 volvieron a ponerse en marcha hacia el sur e invadieron terreno romano por tercera vez.

A estas alturas, ya llevaban quince años fuera de su patria de origen, lo que significa que para los más jóvenes de aquel pueblo errante la península de Jutlandia y la catástrofe que los había expulsado de sus hogares debían de ser poco más que un recuerdo nebuloso.

Por dos veces habían derrotado a los romanos, y por dos veces habían tenido la posibilidad de invadir Italia, una de ellas por el este y la otra por el oeste. ¿Qué harían esta vez? Aunque nadie lo sabía, en Roma la situación pareció lo bastante preocupante como para prorrogar el mandato de Servilio Cepión como procónsul y al mismo tiempo enviar al norte a uno de los cónsules del año 105, Cneo Malio Máximo, con un segundo ejército.

Para evitar conflictos entre ambos, se estipuló que el Ródano delimitaría sus respectivas provincias: al oeste Cepión y al este Malio. Este último envió río arriba a su legado Marco Aurelio Escauro en una misión de avanzadilla con el fin de que le avisara con tiempo del avance y las intenciones de los cimbrios.

Escauro y sus hombres se toparon con los cimbrios y fueron derrotados. El propio legado cayó derribado del caballo, y lo llevaron ante el consejo de jefes de las tribus. Allí, el caudillo principal, Boyórix, lo presionó para que ejerciera de mediador, pero Escauro se negó y fue ejecutado.^[15]

Al tener noticia de la muerte de su legado y la pérdida de los hombres que iban con él, Malio comprendió que los cimbrios bajaban por su orilla del Ródano y que se hallaba en grave peligro ante una marea humana como aquella, de modo que envió mensajeros al otro lado del río y reclamó la ayuda de Cepión.

Aquí entró en juego la famosa competitividad de la élite romana. En tanto que cónsul en ejercicio, Malio superaba en rango a Cepión, cuyo mando había sido prorrogado. Sin embargo, Cepión se resistía a subordinarse a un vulgar *homo novus* sin cónsules entre sus antepasados,

y durante varios días se negó a cruzar el Ródano alegando que el mando de la Galia le pertenecía.

Cuando por fin lo hizo, en lugar de reunirse con Malio, plantó su campamento unos kilómetros al norte, más cerca del frente de avance del enemigo. No tardaron en llegar ante él enviados de rango senatorial para rogarle que colaborara con el cónsul, pero se negó a hacerles caso. Su intención era combatir él solo con su ejército para no compartir la gloria con ningún otro general.

Algo parecido había ocurrido en el año 225, en la batalla de Telamón. En aquella ocasión un ejército galo invadió Italia y se enfrentó con dos ejércitos consulares, el de Emilio Papo y el de Atilio Régulo. Este se empeñó en plantar batalla antes que su colega; una tozudez que le costó la vida y, literalmente, la cabeza, que fue exhibida como trofeo en el campo de batalla. A cambio, en aquella ocasión los romanos consiguieron encerrar a sus enemigos entre dos frentes y acabaron aplastándolos y obteniendo una de las victorias más resonantes de su historia.

Cepión planeaba actuar como Régulo. A ser posible, sin perder la cabeza. Su conducta permite deducir que se sentía optimista: sus tropas ya habían adquirido experiencia y tenían la moral alta tras sus victorias contra los tectósages y la toma de Tolosa. Derrotando a aquel enemigo que había humillado por dos veces a Roma, el procónsul conseguiría pasar a los anales y desfilarse en triunfo por las calles de la ciudad.

De haberse reunido, los ejércitos de ambos generales habrían sumado entre sesenta y ochenta mil hombres, una fuerza formidable tratándose de un ejército romano. Frente a ellos, llegaba ya río abajo una nube de invasores, trescientos mil según Plutarco. No todos podían ser combatientes, pero está claro que superaban a los romanos en número. Y no eran salvajes ni bárbaros que atacaran a lo loco para cansarse y retirarse enseguida, tal como aseguraba el tópico sobre los guerreros del norte. Ya habían demostrado en ocasiones anteriores que, si los romanos querían derrotarlos, tenían que exigirse a sí mismos sus mejores prestaciones militares.

Los cimbrios volvieron a mandar embajadores a los romanos y les solicitaron tierras, y también grano para alimentarse y poder sembrar. Aunque aquí nos faltan detalles, por lo que cuentan los textos de César sabemos que este tipo de entrevistas solía celebrarse en terreno neutral.

En este caso, es posible que se tratara de una reunión a tres bandas: los emisarios cimbrios, el séquito de Malio y el de Cepión, que más que compatriotas parecían enemigos.

Malio escuchó con cortesía a los enviados, pero Cepión montó en cólera y no solo los despidió con cajas destempladas sino que estuvo a punto de matarlos. Convencidos de que únicamente por la fuerza obtendrían lo que habían pedido, los cimbrios atacarán al día siguiente, 6 de octubre del año 105.

Los relatos sobre la batalla que siguió son confusos, algo que no solo se debe a la pérdida de fuentes, sino también al propio resultado de la contienda, de modo que lo que narro a continuación es una posible reconstrucción de los hechos.

Cepión, que era quien se encontraba más cerca del frente enemigo, trató de detener la primera acometida de los cimbrios, pero fracasó. Muchos de sus hombres murieron allí mismo, otros se refugiaron en el campamento y muchos siguieron hacia el sur, en dirección al ejército del cónsul Malio. Los cimbrios, victoriosos, los persiguieron. Pero eran tantos que parte de ellos se desgajaron del grueso principal y asaltaron el campamento de Cepión.

En el capítulo sobre la guerra de Yugurta comenté que era muy raro que un *castra* romano fuese tomado por el enemigo a no ser que las legiones instaladas en él hubiesen sido previamente derrotadas. En el caso de Arausio, precisamente, se cumplió esa condición. El campamento no tardó en caer en poder de los cimbrios, que lo saquearon y arrasaron, matando sin distinción a todos sus ocupantes, soldados y sirvientes civiles.

Ese mismo día se produjo una segunda batalla entre los cimbrios y los hombres de Malio. Estos debían de haber recibido ya a los supervivientes de la primera refriega; a esas alturas, más que servir de refuerzo, lo único que hicieron los fugitivos fue desordenar las filas del cónsul y hundir su moral. El frente de los cimbrios se abatió como una plaga de gigantescas langostas sobre las legiones de Malio, las flanqueó por su ala derecha y las encerró contra el río Ródano.

Aquella fue la segunda masacre del día. Arrinconados, los soldados del cónsul murieron por decenas de miles. El campamento de Malio fue

saqueado y destruido como el de Cepión. De nuevo, los cimbrios no se molestaron en tomar prisioneros, lo que explica el asombroso número de bajas.

El 6 de octubre se convirtió en un hito señalado en la historia romana, pero no como lo habrían deseado Cepión y Malio. Desde entonces fue señalado como día *nefastus*, una fecha de mal agüero en la que no se podía llevar a cabo ninguna actividad pública.

No uno, sino dos ejércitos consulares habían perecido aplastados por el rodillo germano. Las derrotas anteriores habían sido humillantes, pero la de Arausio costó además muchísimas vidas de romanos y de aliados itálicos. Ambos cónsules lograron sobrevivir (algo que demuestra, de paso, que su conducta no fue un prodigio de heroísmo), pero Malio perdió a dos hijos en la batalla. Otro personaje del que seguiremos oyendo hablar, Quinto Sertorio, que por aquel entonces era tribuno militar, se salvó cruzando a nado el medio kilómetro que lo separaba de la otra orilla, hazaña nada desdeñable si se tiene en cuenta que cargaba con coraza y escudo.

Las cifras de muertos que ofrecen las diversas fuentes no coinciden, pero tampoco discrepan de forma exagerada. Según Livio y Orosio, perecieron ochenta mil soldados y cuarenta mil personas más entre sirvientes, mercaderes, artesanos, seguidoras de campamento, etc. Si atendemos a Diodoro de Sicilia, cayeron sesenta mil combatientes, un número que, dada la magnitud de la batalla, parece verosímil.

No es de extrañar que los relatos sobre este desastre sean poco precisos, puesto que tanto los supervivientes del entorno de Cepión como los del círculo de Malio tratarían de contar versiones contradictorias. Unas versiones que seguramente creían. Si en el caos de la batalla no resulta fácil describir de forma razonada lo que está ocurriendo, lo es mucho menos cuando tus tropas están siendo machacadas por un enemigo que parece salido de una pesadilla y el pánico cunde por tus filas como un incendio entre las mieses.

Arausio supuso para Roma un desastre solo comparable al de Cannas. Cuando las noticias llegaron a la ciudad, miles de personas lloraron a sus hijos, sus hermanos, sus padres o sus esposos. Hubo un momento en que el senado tuvo que decretar que se reprimieran las muestras de dolor para evitar que la moral pública se colapsara del todo.

Las puertas de Italia se hallaban abiertas de nuevo. Y esta vez de par en par, porque los romanos, después de perder dos ejércitos consulares, no tenían apenas efectivos que oponer a los cimbrios. En la ciudad se preguntaban qué harían los germanos a continuación. Si decidían bajar hacia el sur, ¿con qué tropas podrían detenerlos?

Al final de *La guerra de Yugurta*, Salustio describe el sombrío estado de ánimo que reinaba entonces. Toda Italia temblaba literalmente de pánico. Desde el punto de vista romano, galos, cimbrios y germanos eran una misma cosa: bárbaros del norte. Los viejos terrores provocados por Breno y sus saqueadores renacieron aumentados, y se quedaron tan grabados en la mente colectiva que desde entonces los romanos no dejaron de pensar que, mientras que a los demás pueblos podían someterlos gracias a su valor, cuando se trataba de combatir contra los guerreros norteños lo que se hallaba en juego no era la gloria, sino su propia existencia. Una creencia tan arraigada que llegaba todavía hasta los propios días de Salustio, contemporáneo de César.

El otro cónsul del año 105 era Rutilio Rufo, a quien ya hemos visto como legado de Metelo y colega de Mario en la campaña de Numidia. Ante el pánico general, decretó que todos los varones jóvenes juraran que no abandonarían territorio italiano. Por si aquel voto solemne no bastaba, despachó mensajeros a todos los puertos de la costa para ordenar que no se permitiese subir a bordo de ninguna embarcación a nadie menor de veinticinco años.

Rutilio alistó todos los hombres que pudo y decidió entrenarlos a conciencia. Incluso recurrió a lanistas, maestros de gladiadores del *ludus* de Cayo Aurelio Escauro, para que enseñaran a los reclutas a lanzar y parar estocadas de forma más eficaz.

Fue uno de los momentos más oscuros de la República. Por primera vez desde la guerra contra Aníbal, los habitantes de Roma veían en peligro no ya su dominio sobre otros pueblos, sino sus propias vidas.

En tiempos desesperados suelen tomarse medidas extraordinarias, a veces para bien y otras para mal. Las miradas de todos los romanos se volvieron al sur y se enfocaron sobre el general que había logrado terminar aquella inacabable guerra contra Yugurta. Si él había triunfado finalmente donde otros incompetentes y corruptos habían fracasado, ¿por qué no podía volver a ocurrir un milagro?

La hora de Mario

Para los romanos resultaba mucho más tranquilizador convencerse de que si los cimbrios los habían derrotado tres veces, había sido por culpa de generales ineptos. De lo contrario, no les quedaría otro remedio que pensar que aquellos hombres eran muy superiores a ellos uno por uno, unos guerreros invencibles. En tal caso no tendrían más alternativa que renunciar a toda esperanza.

Así pues, a los cincuenta y dos años, a Cayo Mario le llegaba el segundo gran momento, aún más trascendental que el primero. El hombre nuevo de Arpino fue proclamado candidato *in absentia* —una clamorosa ilegalidad— y elegido cónsul en octubre o noviembre. Cuando le llegó la noticia se encontraba todavía en África, solucionando detalles militares y administrativos y organizando su victoria.

Poco después se embarcó para Roma. El día primero del año 104, en las calendas de enero, celebró el triunfo por la guerra de Yugurta. En aquellos días de zozobra, el magnífico espectáculo elevó la moral de la ciudad.

A pesar de que entre el botín que Mario mostró ante el pueblo de Roma había tres mil setecientas libras de oro, casi cinco mil ochocientas de plata sin acuñar y doscientas ochenta y siete mil dracmas, la pieza más preciada de aquel tesoro era el propio Yugurta. El númida desfilaba junto a sus dos hijos delante del carro del cónsul, vestido con galas reales y cargado de cadenas mientras la gente disfrutaba de lo lindo abucheándole.

Cuando terminó la procesión, Yugurta fue conducido al Tuliano, la prisión situada junto a las Gemonias, unas escaleras que subían del Foro al Capitolio y por cuyos peldaños rodaban los cuerpos de los malhechores ejecutados por los verdugos públicos. El Tuliano, en su origen una cisterna, era un lugar lóbrego y húmedo. Los carceleros le quitaron a Yugurta los ropajes de seda y le arrancaron los pendientes de oro, con tal codicia que uno de ellos le desgarró el lóbulo de la oreja. Después lo bajaron a la celda, una especie de pozo de cuatro metros de profundidad y paredes circulares. Es posible que hubiera agua en el fondo, porque se cuenta que al entrar Yugurta exclamó con ironía: «¡Por Hércules, qué fría

está vuestra bañera!». Allí lo abandonaron a su suerte, y murió seis días después de inanición. En cuanto a sus hijos, pasaron el resto de su vida como cautivos en Venusia, una ciudad situada en tierras samnitas.

Por su parte, Mario disfrutó de su gran día de gloria y subió las escalinatas del templo de Júpiter Capitolino con el rostro pintado de rojo imitando el color de la estatua del dios. A continuación, celebró allí mismo, en el Capitolio, una reunión del senado y se presentó en ella ataviado con el manto triunfal, teñido todo entero de púrpura y recamado con estrellas de oro. Cuando vio que a los senadores parecía ofenderles tal muestra de prepotencia, Mario pidió disculpas, se quitó el manto y se puso la toga normal, que era blanca y únicamente tenía púrpura en los bordes. ¿Había entrado vestido como triunfador por descuido? Más bien da la impresión de que quería demostrar a los senadores que aquel *homo novus* que no hablaba griego había llegado a lo más alto sin su ayuda. De hecho, ahora eran ellos quienes, en unas circunstancias desesperadas, dependían de él.

Después del triunfo, el flamante cónsul se puso manos a la obra. De nuevo, la información que nos ha llegado no es tan clara como querriamos. Según las *Estratagemas de Frontino*, cuando Mario se vio en la tesitura de escoger entre dos ejércitos, el que había reclutado Rutilio Rufo, cónsul del año anterior, y el de Metelo que él mismo había mandado en Numidia, prefirió el de Rutilio aunque fuese inferior en número, pues se fiaba más de su disciplina (4.2.2).

Esto parece muy improbable, ya que con esos hombres había ganado varias batallas y triunfado en difíciles asedios. La explicación más verosímil es que Mario licenció a los soldados que llevaban luchando en África desde las primeras campañas de la guerra, y se quedó con los refuerzos que había alistado personalmente durante su primer consulado en el año 107, incluidos los famosos voluntarios de la clase proletaria. A estos hombres les sumó los reclutas de Rutilio, y de esa manera reunió un ejército consular completo.

Indudablemente, Mario se tenía que plantear por qué las legiones habían perdido tres batallas contra los cimbrios, la última con resultados catastróficos. Por más que algunas fuentes hablen de cientos de miles de guerreros y que aceptemos que los invasores germanos gozaban de superioridad numérica, esta no podía ser tan exagerada como para ser la única explicación.

Examinemos más de cerca a los guerreros cimbrios, aprovechando que Plutarco los describe en algún pasaje. Eran, nos explica el autor de Queronea, hombres muy altos, y tenían los ojos de un color azul pálido. Precisamente este rasgo era el que hacía conjeturar que se trataba de germanos de los pueblos que vivían junto al «océano boreal», término que se refería al mar del Norte y al Báltico.

Si consideramos que los cimbrios eran de origen escandinavo y extrapolamos usando datos del presente, podemos aventurar que, como promedio, sus guerreros les sacaban seis o siete centímetros de estatura a los romanos; una ventaja que, lógicamente, también se traducía en peso y masa muscular bruta. Insisto en que hablamos de promedios, lo que no significa que *todos* los cimbrios fuesen más altos que el más alto de los romanos. Pero esa diferencia influía en el combate y, sobre todo, en la moral: las constantes referencias en la literatura latina a la estatura de los germanos hacen pensar que los romanos se sentían algo acomplejados ante ellos y los veían incluso más altos de lo que de por sí eran.

Mario sabía que el estilo de lucha al que se iban a enfrentar sus legiones no era el de los nómadas. Estos atacaban a la carrera, disparaban flechas y venablos desde lejos y se retiraban rehuyendo el choque directo. Los cimbrios, en cambio, buscaban ese choque para aprovechar su estatura y corpulencia y aplastar las filas enemigas como un rodillo.

El primer tipo de combate exigía resistencia, paciencia y sangre fría. Para prevalecer en el segundo, los hombres de Mario necesitaban no solo esa resistencia, sino además una gran fuerza física y muchas agallas.

Eso requería un adiestramiento diferente. Así se comprende por qué Rutilio Rufo decidió que sus reclutas practicasen con gladiadores. Lo más probable es que cuando Mario juntó a sus soldados de África con los de Rutilio los sometiera a todos a la misma disciplina.

La idea era que los legionarios mejoraran sus habilidades como luchadores individuales. Cuando se enfrentaran con los gigantes del norte, no les bastaría con mantener la disciplina de filas como si fueran una falange de hoplitas. Llegado el momento de la verdad, cada hombre tendría que quedarse solo ante su enemigo, fiándose únicamente de su escudo y de su espada, como un gladiador sin público en una arena reducida y repetida miles de veces por todo el campo de batalla.

Para adiestrarse, los gladiadores practicaban sus técnicas con el *palus*, un poste de madera contra el que dirigían sus golpes. Al principio de su entrenamiento no utilizaban espadas de acero, sino la *rudis*, un arma de madera, pero también usaban hojas de metal más pesadas y escudos más aparatosos para fortalecer los brazos, y ese fue el sistema que debieron de utilizar los soldados de Mario.

Aparte de adiestrarlos en esgrima individual, Mario sometió a todos sus hombres a la disciplina que tan bien le había valido en Numidia, y que no era otra que la que él, Rutilio y Metelo habían aprendido en Numancia con Escipión Emiliano. Marchar, construir campamentos, montar guardias, levantar campamentos, marchar, cavar... El mejor manjar era el hambre y el lecho más mullido el cansancio y el sueño.

No cabe duda de que Mario sometió a sus hombres a una preparación concienzuda, consciente de que Roma se jugaba sus dominios en el norte y acaso su supervivencia. Ahora bien, ¿es cierto que, como puede leerse en muchos sitios, en el proceso transformó de arriba abajo el ejército? Examinemos la cuestión con más detalle.

Las reformas de Mario

La tradición atribuye a Mario una serie de cambios que habrían convertido la milicia ciudadana de manípulos en un ejército profesional de cohortes. Pero, en realidad, muchas de esas reformas eran tendencias que venían de antes.

Una de esas tendencias afectaba al criterio de reclutamiento. Desde los orígenes de Roma, los ciudadanos eran censados y clasificados por sus riquezas cada cinco años. Después se los distribuía en cinco clases, cada una de las cuales se dividía a su vez en varias centurias. En el fondo de la pirámide económica y social se hallaba la última centuria, una no-clase donde se apretujaban los proletarios o *capite censi* que no tenían más posesión que sus hijos. Estaban exentos del servicio militar a no ser que se produjera un *tumultus*, una situación de emergencia como la que se dio tras el desastre de Cannas.

Conforme Roma ampliaba sus operaciones a más escenarios bélicos

y hacían falta más legiones, los censores fueron rebajando sus exigencias pecuniarias. En los primeros tiempos, únicamente los ciudadanos con un patrimonio superior a once mil ases servían en el ejército. A mediados del siglo II, la cifra ya se había reducido a cuatro mil ases, y en el año 129 cualquiera con un patrimonio por encima de mil quinientos ases podía ser llamado a filas. Aun así, seguía resultando complicado encontrar suficientes soldados; fue esa dificultad la que motivó a Tiberio Graco a repartir tierras para que aumentara el número de ciudadanos con patrimonio suficiente para ser reclutados.

Como ya vimos, durante la guerra de Yugurta, Mario fue un paso más allá y acudió a la vasta reserva de los *capite censi*. Todo el que quiso, sin importar su patrimonio, pudo alistarse en su ejército. A partir de Mario, muchos otros generales imitaron su ejemplo.

A menudo se dice que, al actuar así, Mario profesionalizó el ejército y que, aunque su intención fuese salvar a Roma en una grave emergencia, esa reforma socavó las raíces de la República. ¿Por qué? Porque los proletarios que se presentaban voluntarios al ejército lo hacían no para defender su patria, sino por ganarse el sustento. Para ello dependían de su general. Mientras estaban en activo, necesitaban que este les pagara la soldada y les diera permiso para saquear ciudades y expoliar tesoros. Y cuando se licenciaban, les hacía falta que su general presentara leyes agrarias para repartirles tierras, aunque eso significara oponerse al senado.

Debido a esa dependencia, los soldados eran más fieles a sus generales que a la República, hasta el punto de que estaban dispuestos a rebelarse contra la propia Roma si lo ordenaba el líder que les garantizaba su sustento. Así actuaron, por ejemplo, los ejércitos de Sila y César, y después los de Octavio y Antonio.

Esta exposición es matizable en algunos detalles. Aparte de que Sila y César insistían en que ellos eran los verdaderos defensores de la República, hay que añadir que sus legiones seguían sin ser del todo profesionales. Es cierto que muchas de ellas pasaron largo tiempo movilizadas y lucharon tantas batallas que sus prestaciones podrían calificarse como profesionales, pero lo mismo cabe decir de las unidades que combatieron en la Segunda Guerra Púnica. Para ser exactos, no puede afirmarse que existió un ejército verdaderamente profesional hasta la época de Augusto.

Por otra parte, el saqueo y el botín siempre habían sido un señuelo para alistarse: recordemos a los soldados de Escipión Emiliano irrumpiendo en plena batalla en el templo de Reshef para arrancar a espadazos las placas de oro. Además, que Mario y otros generales alistaran a proletarios no quiere decir que *todos* sus reclutas fuesen proletarios. Considerar que fueron los ejércitos formados por ciudadanos pobres los que hundieron la República no deja de ser un tanto clasista, amén de simplista.

Esta fue la más complicada y, podríamos decir, «ideologizada» de las reformas de Mario, no tanto por él como por los ríos de tinta que han corrido desde entonces. Pero se supone que Mario introdujo bastantes cambios más.

Por ejemplo, en los símbolos militares. Todo el mundo conoce las águilas que representaban a las legiones, como la que aparece en la portada del primer volumen de *Roma victoriosa*. Sin embargo, durante siglos los romanos utilizaron para sus estandartes otros animales reales, como el caballo, el lobo o el jabalí, o incluso bestias imaginarias como el minotauro. Según un texto de Plinio el Viejo, fue Mario quien unificó criterios, de modo que a partir de él la insignia de cada legión fue un águila de plata o de oro (10.16).

Estas águilas recibían culto religioso. Perder una de ellas se consideraba una terrible deshonra no solo para el portaestandarte que la custodiaba, sino también para toda la unidad y para su general. Con tal de que el enemigo no les arrebatara su águila, los soldados estaban dispuestos a todo. En el año 55, cuando los hombres de César no se decidían a desembarcar en una playa plagada de britanos, el portaestandarte de la Décima legión se arrojó al agua y corrió hacia la orilla exclamando: «¡Saltad, soldados, a no ser que queráis entregar vuestra águila a los enemigos!». Espoleados por el ejemplo, los legionarios se decidieron a desembarcar y pusieron en fuga a los britanos.

Las reformas más profundas afectaron a la propia estructura de la legión, pero todo sugiere que Mario ya se las encontró hechas. En las guerras contra Pirro y los cartagineses, la unidad táctica mínima era el manípulo, formado por unos ciento veinte hombres divididos en dos centurias. En la época de Mario, en cambio, esa unidad táctica era la cohorte, que constaba de seis centurias. Al tener más miembros que el manípulo, entre cuatrocientos cincuenta y seiscientos, la cohorte podía

funcionar como un ejército en miniatura, algo que venía bien en misiones que no requerían de una legión entera pero sí de una fuerza de choque considerable.

Cada legión constaba de diez cohortes. Eso significa que, dependiendo de las condiciones del reclutamiento, una legión completa podía tener entre cuatro mil quinientos y seis mil soldados.

Al mando de cada centuria había un centurión, cuyo rango dependía de la numeración de su centuria y de su cohorte. Así, el que dirigía la primera centuria, el *pilus prior*, era el oficial de más graduación de toda su cohorte. Si además esa cohorte era la primera, el *pilus prior* era conocido como *primus pilus* o primipilo, y gozaba de gran autoridad y prestigio. En la legión, solo lo superaban en jerarquía el legado y los tribunos.

Con este sistema, las diferencias de rango y de sueldo entre los centuriones eran muy amplias. A decir verdad, desde el modesto sexto centurión de la décima cohorte hasta un primipilo existía una distancia comparable a la que hoy separa a un capitán que manda una compañía de un teniente coronel que dirige un batallón.

Dentro de las cohortes, desaparecieron las diferencias antiguas entre *hastati*, *principes* y *triarii*. Se mantuvo la costumbre de combatir en tres escalones, pero no por manípulos sino por cohortes: cuatro en la primera línea, tres en la segunda y otras tres en la tercera, formando un ajedrezado. Por desgracia, incluso autores de tanto talento militar como César dan por supuesto cómo se llevaba a la práctica este sistema, por lo que nosotros seguimos sin tener del todo claro cómo funcionaba.

Por otra parte, los *velites* de la infantería ligera dejaron de formar parte de la legión, y las unidades de caballería también se independizaron. Otra novedad de finales de la República era que el Estado entregaba el armamento y la ropa a los soldados (descontándose del sueldo, dicho sea de paso). Eso quiere decir que todos los soldados de la legión tenían ahora un equipo similar. Por supuesto, no hay que pensar en una uniformidad absoluta como la de los ejércitos contemporáneos, ya que no existía nada parecido a la producción en cadena, sino que las armas se confeccionaban en talleres artesanales.

El equipo del legionario

El arma más característica de los legionarios de esta época seguía siendo el *pilum*. Consistía en una jabalina formada por un asta de madera de algo más de un metro unida a una vara de hierro de unos sesenta centímetros rematada por una punta piramidal. La longitud de la pieza metálica significaba que el peso del *pilum* se concentraba más en la parte delantera, lo que le otorgaba una gran capacidad de penetración. Un *pilum* bien lanzado podía atravesar incluso dos escudos si estaban solapados.

Plutarco cuenta que Mario introdujo una modificación en los *pila* de sus soldados antes de batallas contra los invasores. Para evitar que los enemigos pudieran recogerlos del suelo y dispararlos contra sus hombres, sustituyó uno de los dos remaches metálicos que unían la vara de hierro al asta por una espiga de madera. La idea era que esta espiga se rompiera con el impacto. Al hacerlo, el astil quedaba colgando de un solo remache, con lo que pivotaba con una especie de efecto «codo flácido», de tal modo que el *pilum* ya no servía para nada. Terminado el combate, no había más que recoger los *pila* tirados por el suelo y volver a insertarles el taco de madera en el taller.

Realmente no se sabe muy bien de dónde proviene esta historia, que sin embargo es muy conocida. En primer lugar, no está tan claro que la espiga de madera se rompiera con el golpe. En segundo lugar, aunque lo hiciera, se quedaría dentro de su orificio e impediría que la vara de metal pivotara sobre el asta. Hay más objeciones —por ejemplo, no se ha encontrado ningún *pilum* al que le falte únicamente uno de los dos remaches—, lo que hace pensar que la historia que cuenta Plutarco le llegó deformada o directamente alguien se la inventó. Si se me permite imitar a los *Cazadores de mitos* de televisión, yo estamparía un sello en la página y diría: «¡Cazado!».

Aparte del *pilum*, los legionarios disponían de otra arma ofensiva: el *gladius*, una espada recta y de doble filo que resultaba apropiada tanto para dar tajos como para asestar estocadas.

El movimiento más natural para sacar una espada de su funda es llevarse la mano a la cadera izquierda y tirar de ella. El impulso que se gana hace que el propio movimiento pueda aprovecharse como un tajo lateral de revés contra un enemigo, algo que los japoneses han convertido en un arte marcial por derecho propio, el *iaido*. Pero en el caso de los

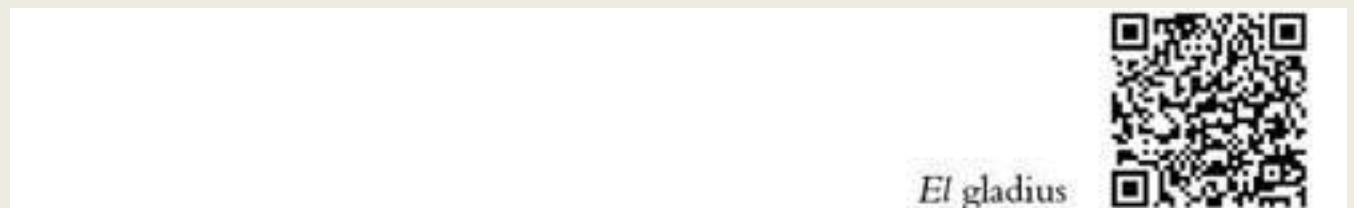
legionarios, el gran tamaño del escudo estorbaba esta maniobra, por lo que llevaban la espada colgada a la derecha. (Los centuriones, que no solían llevar escudo, se la ceñían a la izquierda).

Por mi propia experiencia con la *Legio VIII*, el grupo de recreación histórica de Hispania Romana, he comprobado que desenfundar el *gladius* por el lado derecho no resulta tan difícil. Lo único que hay que hacer es girar la mano con el pulgar hacia abajo y el interior de la muñeca hacia fuera, agarrar la empuñadura y tirar de ella en vertical.

Un inconveniente de este sistema es que se pierde ese impulso ofensivo del que hablaba antes. Pero los legionarios no desenvainaban la espada cuando estaban encima del enemigo, sino unos metros antes. La secuencia consistía en arrojar el *pilum*, desenvainar el *gladius* y cargar contra el adversario.

Muchos soldados llevaban también un *pugio*, un puñal que en cierto modo era hermano pequeño del *gladius*. Por su forma no podía resultar muy útil como herramienta, lo que hace pensar que se usaba como arma secundaria y, adicionalmente, como elemento ornamental de prestigio. Soldados de todas las épocas han intentado distinguirse de sus compañeros utilizando algún elemento en su equipo que los individualice. Ocurre incluso en ejércitos tan uniformados como los actuales: recuerdo de mi propia mili que muchos soldados y oficiales compraban botas o cinturones distintos de los que se les suministraban.

En cuanto a las armas defensivas, la principal era el *scutum*, un escudo de más de un metro de alto por unos setenta centímetros de ancho. Se confeccionaba con láminas de madera encoladas, y, dependiendo del material, podía pesar hasta diez kilos o más.



A diferencia del de los hoplitas griegos, el escudo romano era

también un arma ofensiva. Para poder moverlo en todas direcciones y alejarlo del cuerpo al golpear o empujar al enemigo, los legionarios lo sujetaban tan solo por una manilla situada en el centro. Ese sistema le supone una gran carga a la muñeca izquierda; para ayudar a repartirla y evitar rozaduras, algunos soldados usaban brazaletes de cuero.

El escudo estaba rodeado por una orla metálica que lo reforzaba. Esa orla solía tener unos anillos por los que se podía pasar una cuerda. Cuando los legionarios marchaban, se pasaban la cuerda por los hombros y se la ataban a la cintura, de tal manera que cargaban con el escudo a los hombros como una mochila. Para proteger el escudo de la humedad y evitar que se abarquillara aún más y se descolara, lo cubrían con una funda de cuero.

El escudo ofrecía una buena defensa para el cuerpo, pero la cabeza quedaba fuera de su protección, a no ser que uno la escondiera detrás o debajo, algo que solo se hacía en formaciones ultradefensivas como la tortuga, de modo que había que protegerla con un yelmo. En aquella época, el más típico era el conocido como Montefortino, llamado así por la región donde se encontró el primero. Era de bronce, parecido al casco de moto que se suele llamar «calimero» por el inolvidable pollito de los dibujos animados. Llevaba dos carrilleras que se ataban bajo la barbilla para ajustarlo y un guardanuca que consistía en un reborde posterior.

El casco solía incluir un par de soportes para adornarlo con plumas o crines; pero cuando el Estado empezó a suministrar el equipo, la calidad de este disminuyó, por lo que a partir del año 100 se empiezan a encontrar cascos sin esos soportes ornamentales, con el guardanuca más estrecho e incluso sin carrilleras.

En *Roma victoriosa* ya comenté que en el siglo III los soldados más pudientes llevaban cotas de malla fabricadas con miles de anillos de hierro trenzados. Esta pieza de origen céltico, conocida como *lorica hamata*, se popularizó tanto que en la época de Mario era la armadura estándar de los legionarios.

En muchas películas ambientadas en la Antigüedad, en la Edad Media o en reinos de fantasía no se acaba de entender por qué los guerreros se molestan en cargar con pesadas cotas de malla, puesto que cualquier impacto, incluso el de una flecha lejana, las atraviesa con facilidad. La realidad era que, al contrario de lo que reflejan estos filmes,

las cotas fabricadas con anillos metálicos ofrecían excelente protección contra golpes tajantes y más que aceptable contra golpes punzantes. Por otra parte, debido a su confección, la cota se ajustaba bien al cuerpo, adaptándose al tamaño de su usuario, y le permitía bastante libertad de movimientos.

El inconveniente era su peso, entre diez y quince kilos. Es cierto que al embutirse una cota de malla uno se siente poderoso, casi invulnerable. Pero al cabo de un rato la espalda y el cuello empiezan a resentirse, por lo que podemos suponer que muchos legionarios se veían aquejados de pinzamientos cervicales e incluso hernias de disco. Con el fin de repartir el peso en dos partes y cargar una de ellas sobre las caderas, los soldados se ceñían la loriga con un cinturón bien apretado.

Debajo de la cota lo normal era llevar un *thoracomachus* o *subarmalis*; esto es, una túnica acolchada con fieltro. Así se evitaban rozaduras y también que un golpe contundente clavara los propios anillos de hierro en la carne. Además, era habitual llevar un pañuelo atado al cuello por esa misma razón.

Debajo del *subarmalis* los soldados todavía vestían una prenda más: una sencilla túnica de lana que los soldados solían recogerse a medio muslo ciñéndola con el *balteus* o cinturón. Este era uno de los signos que diferenciaban a un soldado de un civil: cuando a un soldado se le expulsaba del ejército con deshonor, se le quitaba además el cinturón.

El calzado de los legionarios también los diferenciaba de los civiles. En esta época, el más habitual eran las *caligae* de cuero, abiertas como unas sandalias y altas como unas botas. Lo normal era llevar las *caligae* sin calcetines, a no ser que hiciera mucho frío. Las aberturas entre las tiras de cuero proporcionaban una buena ventilación que evitaba rozaduras y ampollas.

La suela de las *caligae* estaba reforzada con decenas de clavos de hierro. Dichos clavos venían muy bien para aferrarse al terreno natural, pero podían provocar resbalones al caminar sobre losas o pavimento, como yo mismo comprobé en una ocasión desfilando por las calles de Mérida. El historiador Flavio Josefo relata cómo un centurión que estaba cargando contra un grupo de judíos se escurrió en el suelo embaldosado del templo de Jerusalén, y sus enemigos aprovecharon su caída para acribillarlo a lanzazos (*Guerra de los judíos*, 6.1.8).

Para abrigarse, los soldados se cubrían con un manto de lana, cuya grasa natural, la lanolina, lo impermeabilizaba en parte. Podía ser largo, la llamada *paenula*, o más corto, el *sagum*.



La cota de malla

Las mulas de Mario

Todo este equipo sumaba bastantes kilos que el soldado llevaba consigo no solo en el campo de combate, sino también en orden de marcha. Además, cuando caminaba tenía que cargar con muchas más cosas. Entre los objetos que podía incluir el «kit» del *perfecto legionario* había provisiones para tres días, una escudilla de bronce, una cantimplora fabricada con una calabaza, una pequeña hoz para segar mieses y yesca para encender fuego. También una muda de ropa y otros objetos personales o de limpieza.

Todo ello se guardaba dentro de una bolsa de cuero que se colgaba de la *furca*. Esta consistía en un palo largo al que se clavaba un travesaño horizontal, formando una especie de cruz en cuya intersección se anudaba la bolsa. Después, se cargaba sobre el hombro derecho. En paralelo a la *furca*, el legionario agarraba su *pilum*. Este método no debía resultar muy cómodo para las clavículas, pero permitía soltar la carga de golpe dejándola caer al suelo si la columna de marcha era atacada.

Ahí no terminaba la cosa. Los soldados tenían que transportar herramientas para excavar trincheras y levantar terraplenes: un pico o una pala, un cesto de mimbre para acarrear la tierra, cuerdas... En total, un soldado en orden de marcha, con sus armas y herramientas, el escudo dentro de la funda y colgado a la espalda, y la *furca* con el saco de piel,

podía cargar encima entre treinta y cuarenta kilos.

Era duro, pero no imposible. En 1985, el arqueólogo alemán Marcus Junkelmann llevó a cabo un experimento de recreación histórica. Durante veinte días, él y sus acompañantes, equipados como romanos y con cuarenta y cinco kilos de carga, recorrieron quinientos kilómetros entre Verona y Augsburgo atravesando los Alpes. Todos eran voluntarios, obviamente, pero no atletas profesionales, y lo consiguieron a costa de perder cuatro o cinco kilos durante la marcha.

No todo el equipo podía cargarse a hombros de los soldados. Así ocurría con la tienda de campaña que compartían cada ocho legionarios (puesto que en latín «tienda» es *taberna*, el grupo que dormía en ella recibía el nombre de *contubernium*, y sus miembros eran los contubernales). La tienda, fabricada en piel de cabra, pesaba cerca de cuarenta kilos, y la transportaban a lomos de una mula.

La mula cargaba además con la *mola*, el molino de mano del contubernio, y es posible que llevara también los *pila muralia*, unas estacas afiladas por ambos extremos que servían para levantar empalizadas.

Los soldados de Escipión Emiliano en Numancia o los de Metelo en Numidia ya realizaban marchas agotadoras, y lo hacían con toda la impedimenta, a diferencia de lo que ocurría con otros generales más permisivos.

Sin embargo, o bien Mario generalizó esta costumbre o era tan buen propagandista de sí mismo que su nombre quedó unido a este tipo de equipación: sus soldados, que llevaban a cuestas dos tercios de su propio peso, eran conocidos como «mulas de Mario».

Las caminatas, ya fueran de entrenamiento o para desplazarse de un escenario bélico a otro, servían para incrementar la resistencia, una cualidad física imprescindible en los soldados. (Y, además, la única que no disminuye con la edad, siempre que se entrene: por eso corredores que empiezan siendo de medio fondo a veces terminan su carrera como maratonianos).

Amén de endurecer individualmente a los soldados, estas reformas logísticas perseguían otros fines. Básicamente, la rapidez y la autonomía. Gracias a las «mulas», se reducía el enorme volumen de la columna de

marcha de una legión, y también su longitud. Eso significaba que si una unidad era atacada, las demás podían acudir en su auxilio con más rapidez.

También permitían mucha más flexibilidad en las operaciones. Puesto que los soldados llevaban provisiones para tres días, el general podía enviar unidades en avanzadilla o en misiones especiales sabiendo que no les faltaría alimento durante ese lapso de tiempo. Incluso podía ordenar que el grueso de las tropas se adelantara al convoy de suministros. Así lo hizo César en el año 57 en su campaña contra los nervios, cuando dejó atrás a dos legiones para que protegieran la larga y lenta columna de avituallamiento, formada por más de ocho mil acémilas, mientras él caminaba a marchas forzadas con las otras dos legiones para llegar al río Sabis, en territorio enemigo, y empezaba a levantar un campamento.

Se calcula que un ejército «preMario» (utilizando este término por simplificar) avanzaba a una velocidad media de dos kilómetros por hora, obligado por sus elementos más lentos. En cambio, uno «postMario» lo hacía a cinco por hora. En circunstancias como la batalla de Aquae Sextiae, esos tres kilómetros por hora podían marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Con sus «mulas», Mario marchó al norte de Italia, cruzó entre los Alpes y el mar y se dirigió hacia el Ródano. Su ejército, entre legionarios y aliados, contaba con cerca de treinta y cinco mil hombres, a los que continuaba entrenando y endureciendo por el camino con largas marchas. Al igual que había hecho a lo largo de toda su carrera militar, seguía la filosofía de Escipión Emiliano predicando con el ejemplo. En palabras de Plutarco:

Para un legionario romano no hay espectáculo más agradable que ver cómo su general come pan corriente a la vista de todos, duerme en un simple jergón o incluso le echa una mano para excavar una zanja o levantar una empalizada. Pues los soldados no admiran tanto a los jefes que les conceden honor y riquezas como a los que comparten sus mismas tareas y peligros, y prefieren a los que están dispuestos a esforzarse con ellos que a los que les dejan estar a su aire. (*Mario*, 7).

A finales de la primavera de 104, los hombres de Mario se establecieron a orillas del Ródano, en las cercanías de Arelate (Arlés).

Aquella era una buena posición para cortar el paso a los invasores si decidían regresar al norte de Italia.

Mientras aguardaban a los cimbrios con la misma mezcla de expectativa y temor con que el teniente Drogo esperaba al enemigo en *El desierto de los tártaros*, los hombres de Mario no permanecieron ociosos. Por un lado, pacificaron y reorganizaron toda aquella zona, sometiendo a las tribus locales del sur de Galia. En esa tarea resultó muy útil de nuevo Sila, primero como legado y después como tribuno militar.

Por otra parte, Mario comprobó que en la zona donde estaban acampados resultaba difícil recibir suministros desde el mar, ya que las desembocaduras del Ródano se bloqueaban con tierra de aluvión y las naves embarrancaban cuando trataban de entrar río arriba. Con el fin de evitar este contratiempo y de paso tener ocupados y en forma a sus hombres, les hizo excavar un largo canal desde Arelate hasta el mar. Allí desvió buena parte del río, creando un cauce por el que las aguas fluían hacia el Mediterráneo más mansas y sin levantar tantas olas en la embocadura. El canal, del que se benefició sobre todo la ciudad de Masalia, que cobraba impuestos a los que bajaban o remontaban el Ródano, fue conocido durante siglos como las *Fossae Marianaë*.

El problema era que los cimbrios, como los tártaros de la novela de Dino Buzzati que he mencionado, no acababan de llegar. Mario había conseguido que lo eligieran cónsul en 104 y 103. ¿Lograría lo mismo en 102? En las dos ocasiones anteriores no había tenido rivales. Pese a ello, ahora sabía que se iban a presentar candidatos de talla que podían derrotarlo.

Mientras tanto, a Roma le crecían los enanos. En 104 Mario había solicitado tropas al rey Nicomedes III de Bitinia, y este le respondió que no podía enviarle soldados. La razón que alegó era que casi todos sus súbditos en edad militar habían caído en la esclavitud por deudas contraídas con los insaciables *publicani*, los recaudadores de deudas romanos.

El senado, presionado por Mario, promulgó un decreto que ordenaba la liberación de todos aquellos ciudadanos de pueblos aliados de Roma que hubieran sido esclavizados de forma irregular. En Sicilia, el gobernador Nerva llevó a cabo la orden y en pocos días liberó a ochocientos siervos. Su actuación supuso un golpe directo para los dueños de las explotaciones

agrarias, que presionaron para que Nerva se echara atrás. Eso provocó una gran frustración en los esclavos de la isla, incluidos los que no pertenecían a países aliados, que habían concebido esperanzas de obtener la libertad.

La revuelta empezó en Heraclea Minoa, en la costa sur, y se extendió poco a poco. Los esclavos formaron un ejército y eligieron a su propio rey, un tal Salvio, que se dio a sí mismo el nombre de Trifón. Para colmo, en el extremo oeste de la isla estalló otra rebelión acaudillada por un hombre llamado Atenión, que no quiso ser menos y se proclamó rey. Curiosamente, ambos personajes aseguraban tener poderes místicos. Llegó un momento en que ambos se juntaron, subordinándose Atenión a Salvio, y establecieron una corte real en Triocala. Con decenas de miles de hombres a sus órdenes, la revuelta se convirtió en una guerra que se prolongaría hasta el año 101.

Durante el año 103 falleció el colega de consulado de Mario, Aurelio Orestes. Al ser el único cónsul que quedaba, a Mario no le quedó más remedio que regresar a Roma para presidir las elecciones. La ocasión le vino de perlas para afianzar su posición política. Puesto que sus relaciones con el senado seguían siendo malas, le interesaba tener un tribuno de la plebe que manejara las asambleas populares a su favor tal como había ocurrido con Memio. En este caso encontró a Lucio Apuleyo Saturnino.

Este personaje estaba resentido con el senado porque en 104, cuando desempeñaba el puesto de cuestor encargado del aprovisionamiento de trigo en el puerto de Ostia, se produjo una escasez de grano. Los senadores le quitaron el cargo y designaron al *princeps senatus* Emilio Escauro para que se ocupara de solucionar aquella crisis.

Ofendido, Saturnino se aproximó a Mario durante ese mismo año 104 y ambos plantearon su estrategia. Se trataba, como diríamos ahora, de una «sinergia» (que no significa más que «colaboración» sustituyendo las raíces latinas por otras griegas). Mario puso su popularidad, su influencia y su dinero. Saturnino, brillante, audaz y buen orador, se presentó a tribuno de la plebe y se comprometió a manipular la asamblea de la plebe en beneficio de Mario y ayudarle a conseguir su cuarto consulado. Adicionalmente, cuando llegara el momento, Saturnino debería proponer una ley para repartir tierras a los veteranos de Mario. Lo que ignoraba este es que las tendencias radicales de Saturnino lo convertían en una bomba de relojería que estallaría no muchos años después.

Gracias a los manejos de Saturnino, Mario logró que lo votaran por cuarta vez para el año 102. Su colega en esta ocasión era Quinto Lutacio Catulo.

Y fue en ese año cuando por fin regresaron los bárbaros...

Por suerte para Mario y sus hombres, los invasores les habían dado mucho tiempo para prepararse. Tras su aplastante victoria en Arausio, en lugar de invadir Italia como temían los romanos, los cimbrios se dirigieron de nuevo al oeste y cruzaron los Pirineos.

¿Por qué fueron a Hispania? Únicamente se pueden hacer conjeturas. Hasta entonces los cimbrios habían recorrido amplias zonas de la Galia, y no parece que hubieran sido muy bien recibidos en ninguna. Es posible que a esas alturas se hubieran acostumbrado a aquella existencia de saqueadores nómadas y que sus éxitos militares los hubiesen convencido de que era más cómodo vivir así, apoderándose de lo ajeno, que doblando el espinazo sobre la tierra para cultivar lo propio.

Por falta de datos, ignoramos hasta qué punto llegó la devastación que los cimbrios sembraron a su paso. Es muy posible que saquearan Narbona y que otras ciudades al sur de los Pirineos como Ilerda, Emporion o Tarraco sufrieran sus ataques. No lo podemos saber: el haz de la linterna de la historia se hallaba enfocado sobre otros lugares. Ciertas pistas sugieren que muchas tribus hispanas aprovecharon los problemas de los romanos para sublevarse de nuevo, mientras que otras se enfrentaron contra los cimbrios y, según Tito Livio, los derrotaron. Aunque, conociendo cómo se las gastaban los cimbrios, habría que saber en qué estado quedaron los vencedores.

Después de dos años en esas tierras, los cimbrios volvieron a cruzar los Pirineos y se dirigieron al norte. ¿Cuántos kilómetros llevarían para entonces en sus piernas?

Tras sus correrías por Hispania y Galia, los cimbrios estaban decididos a dirigirse en esta ocasión a Italia. Habían derrotado tres veces a los romanos, cierto, pero eran conscientes de los recursos que podía movilizar la República si veía amenazada su propia existencia. Por eso tomaron la resolución de aliarse con otras tribus e invadir Italia desde varios puntos a la vez para dividir la atención de los romanos. Aquella gran coalición se formó en las tierras de los velocases, en el valle del Sena, y se

unieron a ella ambrones, tigurinos y teutones.

Los ambrones eran un pueblo que habitaba en la región actual de Zuiderzee, en Holanda, y cuyas tierras también se habían visto anegadas. En cuanto a los tigurinos, que provenían de Helvecia, ya habían aprovechado la invasión de los cimbrios para combatir contra los romanos y derrotar y matar al cónsul Casio Longino, colega del primer consulado de Mario.

Los teutones constituían por sí solos un contingente comparable al de los cimbrios. Las fuentes son tan imprecisas que no sabemos con claridad si los teutones acababan de unirse a los cimbrios, o si llevaban con ellos prácticamente desde el principio de la migración y en algún momento se habían desgajado para ahora volver a unirse. Aunque «teutón» se utiliza en español como sinónimo coloquial de «alemán», con esta etnia ocurre lo mismo que con los cimbrios: algunos estudiosos opinan que eran de lengua germana y otros que hablaban un dialecto celta. Lo que parece claro era que provenían de las orillas del mar del Norte, donde el viajero Piteas de Masalia se había encontrado con ellos hacia el año 320.

Una vez reunidos, los caudillos de las diversas tribus, encabezados por el cimbrío Boyórix y el teutón Teutobudo, decidieron realizar un ataque en dos frentes. Mientras los cimbrios y los tigurinos invadirían Italia desde el nordeste, los teutones y los ambrones bajarían por el curso del Ródano para penetrar por el noroeste, entre los Alpes y el mar. Era una forma de dividir la atención de los romanos, pero se trataba también de una exigencia logística: todas las tribus juntas habrían formado una masa de cientos de miles de personas, caballos y bestias de carga imposible de alimentar.

Aunque aquellos planes se hubieran fraguado en secreto —y parece que no fue el caso—, un flujo humano masivo como aquel no habría podido pasar desapercibido. Además, Mario contaba con espías. El más destacado de ellos fue Quinto Sertorio, el tribuno que había sobrevivido al desastre de Arausio cruzando a nado el Ródano. Sertorio, aprovechando su conocimiento de las lenguas celtas, se infiltró entre los invasores y obtuvo información muy valiosa para Mario.

Conocidos los planes del enemigo, Mario se puso de acuerdo con su colega, el cónsul Catulo. Este se dirigió a defender los pasos alpinos sobre el río Po con un ejército de unos veinte mil hombres, mientras Mario

acudía a la base donde sus legiones permanecían vigilantes, en la orilla oriental del Ródano.

Por allí bajaron los teutones y los ambrones. Cuando llegaron ante el campamento de Mario, se desparramaron por la llanura y desafiaron a los romanos a combatir.

La batalla de Aquae Sextiae

Suele representarse a celtas y germanos como pueblos salvajes, mucho más atrasados que los romanos, fuertes y bravos en el combate individual, pero incapaces de organizarse como un auténtico ejército. Como si ellos mismos quisieran corroborar esta visión, de vez en cuando algún caudillo o campeón se adelantaba de entre sus filas y retaba a duelo singular a los enemigos.

A decir verdad, estos duelos formaban parte del ritual anterior a la batalla, o en ocasiones se producían en las pausas en que los ejércitos rivales se separaban para tomar aliento. Los mismos romanos eran muy aficionados a ellos, y no solo en los tiempos de los reyes o los primeros siglos de la República. Marcelo, el conquistador de Siracusa en la Segunda Guerra Púnica, había conseguido la máxima condecoración romana, los *spolia opima*, gracias a que venció en duelo al caudillo Viridomaro. Más próximo en el tiempo a Mario, Escipión Emiliano había matado en combate singular a un cacique durante sus primeras campañas en Hispania. Y eso no quiere decir que las legiones de cuyas filas salían estos campeones romanos fueran hordas caóticas y desordenadas.

Refiriéndose a este asunto, el experto en armas de la Antigüedad Fernando Quesada afirma: «Una lectura atenta de la información prueba que los galos combatían en ejércitos estructurados y organizados, con insignias militares, señales y formaciones reconocibles».^[16] Aunque el texto se refiere en concreto a los galos, es perfectamente aplicable a este caso, pues nos referimos a una especie de *continuum* de tribus de costumbres y armamentos similares.

Por eso, lo que los romanos asomados a la empalizada de su campamento veían ahora ante sus ojos no era una horda abigarrada y

caótica de salvajes, sino interminables filas de infantería cerrada apoyadas por escuadrones de caballería en los flancos.

Mario no estaba dispuesto a aceptar la batalla en las condiciones que le ofrecía el caudillo enemigo, Teutobudo. Durante la guerra en África ya había tenido que combatir demasiadas veces cuando y donde quería Yugurta. Ahora era él quien conocía bien el terreno, de modo que decidió aguardar.

La espera consumía a sus soldados. Según Plutarco, durante aquellos días, Mario los hizo subir por turnos al parapeto para que vieran lo más de cerca posible a aquellos enemigos venidos del norte y se acostumbraran a su aspecto. Así vino a demostrarles que eran altos, sí, pero no gigantes sobrehumanos.

Con el paso de los días, el temor ante los enemigos dio paso a cierta familiaridad y, sobre todo, a rabia provocada por sus desafíos y por ver cómo devastaban los alrededores. Después de tantos años entrenándose duro, las mulas de Mario estaban deseando demostrar su valía, así que le pidieron a su general que los sacara al campo de batalla.

Para contener su impaciencia, Mario les explicó que no desconfiaba de su valor, pero que debido a cierta profecía sabía que vencerían al enemigo en otro momento y lugar. Los soldados imaginaron que se refería a Marta, una adivina siria a la que Mario tenía en gran consideración y llevaba consigo a todas partes en una litera. Según se contaba, el éxito de aquella mujer se debía a que era capaz de acertar los resultados de los combates de gladiadores.

Frontino narra en sus *Estratagemas* una anécdota que debió de ocurrir en aquellos días. Un guerrero salió de las filas teutonas y desafió a voces a Mario para que, como jefe de los romanos, combatiera con él. En Numancia, cuando era un joven tribuno, Mario había aceptado un desafío similar. Pero ahora tenía cincuenta y cinco años y, sobre todo, cargaba a sus espaldas con la responsabilidad de un ejército y de toda la República. Desde la empalizada, contestó a aquel hombre que, si tantas ganas tenía de morir, se echara un nudo corredizo al cuello. Como el teutón se empeñaba, Mario le envió a un gladiador de poca estatura y bastantes años, seguramente un lanista de los que entrenaba a los reclutas. «¡Cuando lo venzas, me enfrentaré contigo!», le gritó. Por desgracia, no sabemos cómo terminó esta historia que admite varios desenlaces a cual

más interesante.

Frustrados, los teutones intentaron expugnar el campamento romano. Pero ahora no estaban en Arausio, donde los cimbrios consiguieron destruir los dos fuertes en los que se habían refugiado los restos de sendos ejércitos derrotados. Las tropas de Mario, frescas e intactas, aguantaron perfectamente el chaparrón de proyectiles que les lanzaron los enemigos y les infligieron bajas sustanciales. Como era de esperar, por otra parte, ya que atacar una muralla o empalizada bien defendida siempre suponía bastantes más muertos para los asaltantes que para la guarnición.

Por fin, los teutones decidieron proseguir su camino hacia el sur, convencidos de que tenían tan acobardados a los romanos que estos ni siquiera se atreverían a salir del campamento.

Plutarco cuenta que los teutones y ambrones tardaron seis días en desfilarse por delante del campamento hasta perderse de vista. Había cientos de miles de personas entre combatientes, mujeres, ancianos, esclavos y niños, y marchaban por contingentes tribales, con pesados carromatos en los que llevaban todas sus posesiones a cuestas. No es de extrañar que la caravana se extendiera decenas de kilómetros, con varias columnas avanzando en paralelo a paso de caracol.

Algunos de los invasores pasaban lo bastante cerca de la empalizada como para lanzar puyas a los romanos. «¿Queréis que les digamos algo a vuestras mujeres, ya que las vamos a ver antes que vosotros?», les decían, y es de suponer que añadían obscenidades de tono más subido que no nos han transmitido nuestras fuentes.

Cuando se despejó la polvareda del último carromato, Mario sacó a sus hombres del campamento y se dedicó a seguir a los teutones en dirección este. Acostumbrados a marchar con su impedimenta a cuestas, las mulas de Mario viajaban a buen paso, en paralelo a los cimbrios y a cierta distancia, la suficiente para no perderlos de vista. Cada noche, Mario ordenaba levantar un campamento bien fortificado en un sitio elevado, procurando que hubiera obstáculos naturales entre su ejército y los teutones.

Dos o tres días más tarde y setenta kilómetros más al este, después de adelantar a buena parte de la caravana enemiga, llegaron a las

inmediaciones de Aquae Sextiae, la colonia fundada en 121 por Sextio Calvino, a unos treinta kilómetros del mar.

Aquel era el sitio elegido por Mario, que durante los años anteriores había tenido tiempo de sobra para reconocer todos los alrededores. Allí se abría una amplia llanura entre el río cercano y una ladera cubierta de árboles. Fue en ella donde apostó a sus hombres Mario, de tal manera que si los teutones querían combatir con él tuvieran el río a sus espaldas. El único problema era que en esa ladera no había suficiente agua, y pronto sus legionarios empezaron a quejarse de la sed.

Siguiendo las ordenanzas, los romanos empezaron a levantar un campamento con defensas lo bastante sólidas para resistir otro posible asalto. En cambio, los bárbaros, que iban llegando por tribus y clanes, se hallaban mucho más dispersos por el llano y la orilla del río.

Aprovechando que había una zona que parecía más despejada, un grupo de sirvientes del campamento romano bajó para coger agua a mediodía. Pese a todo, los criados tomaron la precaución de llevar armas encima. Al acercarse al río, se toparon casi de bruces con unos bárbaros que se estaban bañando en las fuentes termales, y se desató una pelea. Al oír los gritos, acudieron más ambrones, ya que era su tribu la que estaba desplegada por esa zona. Aunque estaban recién comidos y ahítos de vino, formaron filas y avanzaron aporreando los escudos mientras repetían a modo de grito de guerra su propio nombre: «¡Ambrones, ambrones!».

Los primeros que acudieron en ayuda de los sirvientes fueron unos auxiliares ligures, y después más tropas romanas. Este tipo de escaramuzas que escalaban hasta convertirse en refriegas generalizadas no eran raras: así había ocurrido, por ejemplo, en Pidna, donde una mula que se les escapó a los aguadores romanos desencadenó la batalla en la que las legiones aplastaron a las falanges del rey Perseo.

En este caso, los ambrones llevaron las de perder; lo cual no es de extrañar, ya que no estaban en las mejores condiciones físicas y además el enemigo había cargado contra ellos cuesta abajo. Tras acabar con ellos, los romanos siguieron adelante en la ofensiva y atacaron su campamento, donde se encontraron con la sorpresa de que las mujeres les plantearon batalla armadas con hachas y espadas.

Cuando cayó la noche, los romanos y sus aliados se retiraron al

fuerte. Aquel primer encuentro apenas había afectado al grueso de las tropas enemigas, pero sirvió para subir la moral de los hombres de Mario y para que controlaran un tramo del río y dispusieran de agua potable.

Durante esa noche y al día siguiente, los romanos continuaron fortificando su campamento sobre la ladera. Mientras tanto, no dejaban de llegar más contingentes bárbaros a los que los romanos habían ido adelantando durante aquellos días.

A la noche siguiente, siguiendo instrucciones de Mario, el oficial Claudio Marcelo salió del campamento a hurtadillas del enemigo y se apostó en una elevación boscosa, a un lado del previsible campo de batalla. Llevaba consigo tres mil efectivos entre infantería y caballería, además de sirvientes con acémilas enjaezadas como corceles.

Cuando amaneció, Mario sacó a sus tropas del campamento y las desplegó delante de la empalizada. Estaba convencido de que Teutobudo y sus guerreros aceptarían el reto, confiados en su superioridad numérica y en sus propias virtudes guerreras.

Mario había tenido buen cuidado de elegir el terreno. La clave era que sus hombres no salieran al llano abierto, donde los enemigos podrían formar un frente más amplio y flanquearlos como habían hecho en Arausio. En cambio, si se mantenían en la falda del monte, por muchos que fueran los teutones —acaso el doble que los romanos—, de poco les iba a servir en un campo de batalla más restringido donde únicamente sus primeras filas podrían entrar en la zona de matanza efectiva para chocar cuerpo a cuerpo con los romanos.

Con el fin de contener a los legionarios y evitar que se dejaran llevar por el entusiasmo y cargaran cuesta abajo, los oficiales pasaban constantemente por detrás de sus filas repitiendo las instrucciones. En cuanto a Mario, a sus cincuenta y cinco años, formó al frente como uno más, pues, como dice Plutarco, «ejercitaba su cuerpo mejor que cualquiera y en valentía los superaba a todos» (*Mario*, 20).

Ante una batalla como aquella a un general se le ofrecían dos posibilidades: mantenerse atrás montado a caballo para tener mejor visión de conjunto y acudir donde fuese necesario, o pelear a pie en primera fila. Esta última opción reducía su control sobre el curso del combate, pero a cambio multiplicaba la moral de las tropas demostrando que el general

compartía sus peligros y, sobre todo, que confiaba en sus hombres lo bastante como para encomendarles la vida a ellos y no a la velocidad de un corcel.

Mario se decidió, así pues, por la segunda alternativa: una vez que las piezas estaban en el tablero, aquella batalla había que ganarla con las piernas y con el corazón.

Para conseguir que los teutones mordieran el cebo y tomaran la iniciativa, Mario envió su caballería a la llanura a hostigarlos. Los teutones, que estaban deseando entrar en combate, persiguieron a los jinetes. Al ver que estos hacían volver grupas a sus monturas, los bárbaros aprovecharon el impulso que llevaban y siguieron adelante cargando cuesta arriba.

En otras ocasiones, contemplar a aquellos guerreros altos, rubios y pálidos enarbolando sus armas entre alaridos de guerra había bastado para romper las filas romanas. Pero los hombres que formaban en *Aquae Sextiae* no eran reclutas bisoños esperando su primer baño de sangre, sino las mulas de Mario, legionarios duros y escurridos como raíces de olivo de tanto caminar y cavar bajo el sol. Aguantaron a pie firme hasta que tuvieron a los primeros enemigos a una distancia efectiva, poco más de quince metros, y solo entonces lanzaron la primera descarga de *pila*.

Como ya hemos comentado, las puntas de aquellos venablos eran tan pesadas con el fin de tener mayor poder de penetración. Ahora el gradiente de la cuesta les añadía impulso adicional. Unos cuantos *pila* hirieron o mataron a los objetivos elegidos (en cualquier caso, en un porcentaje mucho menor de lo que se suele ver en las películas), y muchos otros impactaron en los escudos. A decir verdad, el *pilum* era sobre todo un arma antiescudo. Cuando la punta piramidal atravesaba la madera, esta, de natural esponjosa, tendía a cerrarse sobre el largo vástago de hierro, de tal manera que era muy difícil arrancar el *pilum* del escudo y muchos hombres, frustrados, acababan librándose de él.

Más que diezmar las filas de los teutones, lo que pretendía aquella andanada de venablos era frenar el ímpetu de su carga. Fue entonces cuando los romanos desenvainaron sus espadas y acometieron al enemigo. Si bien como promedio los teutones eran más pesados que ellos, los hombres de Mario jugaban con la gravedad a su favor. Además, ahora, llegado el momento de empujar con sus escudos a los bárbaros para

hacerlos retroceder, debieron agradecerle a su general que durante tanto tiempo les hubiera hecho cargar con más de treinta kilos a la espalda en larguísimas caminatas. Aquel ejercicio constante había fortalecido tanto el tren inferior de las mulas de Mario que ahora sus cuádriceps y gemelos lograron compensar el mayor volumen de los adversarios.

Poco a poco, los teutones retrocedieron hasta la llanura. Una vez allí, los guerreros que formaban en las filas posteriores podrían haber intentado desplegarse para entrar en acción rodeando a los romanos por ambos flancos.

Pero no se les dio ocasión. Marcelo escogió ese momento para sacar a sus tres mil hombres de entre la espesura. Acompañados por los sirvientes con las mulas, parecían una tropa incluso más numerosa, y sembraron el pánico y el desorden en la retaguardia enemiga.

A partir de ese momento, como ocurría siempre que un ejército rompía filas y huía, los teutones estaban perdidos. Los romanos los masacraron y tomaron su campamento, donde aún debieron de causar más mortandad entre los no combatientes. El número de víctimas fue tan alto que se contaba que los habitantes de la región cercaron sus viñedos con los huesos de los caídos, y que todos esos cadáveres convertidos en abono hicieron que las cosechas de los años siguientes fueran más abundantes que nunca. De su jefe Teutobudo no se sabe muy bien qué fue. Según unos autores, murió en la batalla y, según otros, fue capturado en los Alpes por los secuanos, aliados de Roma.

Tras la batalla, Mario hizo erigir una pira masiva con escudos y ropas de los enemigos para ofrecer un sacrificio a los dioses. Cuando estaba a punto de encenderla, llegaron unos mensajeros a caballo para anunciarle que acababa de ser elegido cónsul por quinta vez. ¿Casualidad literaria inventada por Plutarco o golpe de efecto preparado por el mismo Mario?

Tras aquella espléndida victoria, Mario dejó a su ejército acantonado en la zona y viajó a Roma para tomar posesión de su cargo. Después de acabar con los teutones y los ambrones, era evidente que merecía un triunfo todavía más sonado que el que había celebrado por su victoria contra Yugurta. Pero no tuvo más remedio que posponerlo, pues las noticias que llegaban del nordeste no eran tranquilizadoras. Por allí llegaban los cimbrios, el enemigo más poderoso, y el ejército de Catulo era

incapaz de contenerlos.

La batalla de Vercelas

La estrategia de Catulo, decidida de acuerdo con Mario, consistía en vigilar los accesos alpinos del este para evitar que los invasores bajaran al valle del Po. Uno de sus legados era Sila. La relación entre este y Mario se había deteriorado después de la captura de Yugurta, pues cada uno de ellos se atribuía todo el mérito de aquel triunfo, de modo que no resulta extraño que Sila prefiriera servir en el ejército consular de Catulo.

El cónsul tenía a sus órdenes un ejército de unos veinte mil hombres, que apostó en la zona del paso del Brennero al mismo tiempo que trataba de asegurarse la lealtad de las tribus locales.

Pero Catulo y sus hombres no aguantaron apenas la posición. A finales del otoño, tal vez en noviembre, vieron cómo el ejército cimbrío se derramaba montaña abajo. Literalmente, pues muchos de los germanos, casi desnudos, se arrojaban por las laderas usando sus escudos a modo de trineos. Aquel espectáculo y el número de los enemigos sembraron el pavor en los corazones de los romanos, que se retiraron hacia el sur.

Catulo tomó una posición defensiva en el río Atiso (el actual Adige, que corre casi paralelo al Po), y construyó fortificaciones en ambos lados. Instaló su campamento principal en la orilla izquierda del río, pero con la precaución de tender un puente por si tenía que retirarse a la margen derecha.

Poco después aparecieron los cimbríos, que represaron el curso superior del río para desviarlo de su cauce. No contentos con ello, actuando con la violencia de los gigantes que quisieron asaltar el Olimpo, desgajaron árboles y los arrojaron al Adiso con raíces y grandes bloques de tierra y de roca. Cuando la corriente arrastró los troncos y los hizo chocar contra los pilares del puente, este empezó a tambalearse. Comprendiendo que su única vía de escape iba a venirse abajo, los soldados acampados en el fuerte principal lo abandonaron y se retiraron al otro lado del río.

La versión de Plutarco sobre lo que ocurrió a continuación es muy

llamativa:

Y aquí Catulo, como debe hacer un consumado general, demostró que le importaba más la reputación de sus hombres que la suya propia. Puesto que no lograba convencer a sus soldados para que aguantaran la posición, al ver que estaban abandonando el campamento aterrorizados, ordenó a su portaestandarte alzar el águila, corrió hacia la vanguardia de las tropas que se retiraban y se puso a guiarlos el primero. Lo que pretendía era que aquella vergüenza recayera sobre él y no sobre su patria, y que no pareciera que los soldados huían, sino que se retiraban siguiendo a su general. (Mario, 23).

Hay que tener en cuenta que Plutarco utilizó para su biografía de Mario, entre otros materiales, las memorias de Catulo y de Sila. Parece bastante evidente que esta explicación un tanto alambicada proviene de la autobiografía de Catulo. En realidad, muchos indicios sugieren que no fue una retirada tan ordenada y que Catulo no intentaba tanto salvar el honor de sus hombres como su pellejo.

Para demostrar que aquello fue más bien una desbandada, buena parte de la caballería no se conformó con cruzar el río, sino que siguió cabalgando sin detenerse hasta llegar a la mismísima Roma. El jefe de aquella tropa era el hijo del *princeps senatus* Emilio Escauro. Este, avergonzado por aquella cobardía, le dijo a su hijo que habría preferido recoger sus huesos del campo de batalla antes que verlo vivo e infamado, y que no quería volver a saber nada de él. El joven no pudo soportar ni la ignominia ni el vacío que le hacía su padre y se arrojó sobre su propia espada.

No obstante, no todos los soldados que defendían el río Atiso se comportaron de aquella manera. Al otro lado del puente, en el fuerte, se había quedado aislada una unidad. El tribuno que la mandaba no se atrevía a salir, ya que una masa de cimbrios los había rodeado. Pero si se quedaban dentro del campamento era evidente que acabarían aniquilados como les había ocurrido a las tropas de Cepión y Malio en el desastre de Arausio. El centurión primipilo, Cneo Petreyo Atinas, mató al tribuno, tomó el mando de las tropas y se abrió paso combatiendo con ellas hasta el otro lado del río.

Fue la única acción que salvó el honor de los romanos aquel día. Por ella, Petreyo Atinas recibió una de las condecoraciones más valiosas del

ejército, la corona de hierba, que otorgaban por aclamación las mismas tropas al oficial que hubiese salvado a una unidad entera. Curiosamente, siendo una distinción tan alta, estaba confeccionada con una humilde guirnalda de flores, hierbas y espigas de trigo.

En su retirada, Catulo y sus legiones no se detuvieron en la margen derecha del Atiso, sino que prosiguieron hacia el sur hasta cruzar a la orilla sur del Po. Eso significaba dejar toda la Galia Cisalpina en manos de los cimbrios. Por primera vez desde Aníbal, un ejército enemigo se hallaba de nuevo en las puertas de Italia. Y si bien los cimbrios no contaban con un genio de la estrategia como el púnico, a cambio gozaban de la ventaja de su enorme número y de la moral que les otorgaba haber derrotado una y otra vez a los romanos.

Por suerte para la República, los cimbrios se quedaron a pasar el invierno en el valle del Po, disfrutando de sus recursos y de un clima más suave que el que habían sufrido en los Alpes. ¿Por qué no se decidieron a continuar hacia el sur? Es una lástima que lo ignoremos casi todo sobre ellos, incluidos los motivos que los impulsaban. Puede que estuvieran aguardando a sus aliados teutones y ambrones para lanzar la invasión final sobre Italia. Pero también hay que tener en cuenta que no se trataba de un ejército, sino de un pueblo entero que llevaba casi veinte años de peregrinación: quizá las verdes llanuras transpandanas les parecieron un buen lugar para establecerse definitivamente.

Al final de la primavera de 101, Mario, que venía de Roma, y sus tropas, que habían acudido desde el oeste, se reunieron con Catulo al sur del Po. Como hemos visto, Mario había sido nombrado cónsul por quinta vez. En cuanto a Catulo, pese a que no había sido capaz de contener al enemigo ni en los Alpes ni en el Atiso, el senado había decidido prorrogarle el mandato como procónsul. La razón era que Aquilio, el colega consular de Mario, estaba en Sicilia luchando contra los esclavos. De todos modos, en descargo de Catulo hay que decir que no contaba con demasiados hombres y que ejércitos más numerosos que el suyo habían sido aplastados por los cimbrios.

Ahora las tropas de Mario y Catulo sumaban cincuenta y dos mil hombres, un ejército muy potente. Pero el número no era una garantía de éxito: los cimbrios seguían siendo más, quizás el doble, y en Arausio habían mordido el polvo más soldados de los que tenía a su disposición Mario.

En lugar de esperar como habían hecho hasta entonces en sus batallas contra los cimbrios, los romanos cruzaron el Po y marcharon al encuentro de su enemigo. Para entonces, los invasores se encontraban en la parte occidental del valle del Po, muy alejados de la zona por la que habían penetrado en Italia. De nuevo, los historiadores han hecho todo tipo de especulaciones: que regresaban a Galia, que habían ido consumiendo todos los recursos a su paso como una plaga de langostas, que aguardaban todavía la llegada de sus aliados teutones o que no habían entrado en Italia por el paso de Brennero sino por el de San Bernardo, más al oeste.

En cualquier caso, allí estaban los cimbrios, en las inmediaciones de Vercelas, una ciudad a media distancia entre las actuales Turín y Milán. Romanos y bárbaros intercambiaron emisarios. Los germanos pidieron de nuevo tierras para establecerse, probablemente las mismas del valle del Po que ocupaban en aquel momento y en las que su invasión debía de haber producido un éxodo masivo.

Mario les ofreció la misma tierra que les había dado a los teutones—una tierra que sería suya para toda la eternidad, añadió sarcástico—. Para demostrar a los cimbrios que había derrotado a sus aliados les mostró a varios de sus caciques, a los que sus hombres traían encadenados. Pese a lo lento de las comunicaciones, resulta extraño que los cimbrios no se hubieran enterado todavía de la derrota de sus aliados.

Tras estas breves y fallidas negociaciones, el caudillo Boyórix desafió a Mario a escoger lugar y día para la batalla, y el cónsul aceptó. La fecha acordada fue el 30 de julio del año 101, tres días después de la entrevista, en una amplia llanura.

Al alba del día elegido, Mario hizo a Catulo desplegar a sus veinte mil hombres en el centro. Él dividió a sus legiones y las repartió en las dos alas, con caballería a ambos lados y tomando para sí el mando del flanco derecho. En cuanto a Sila, formaba en el centro con las tropas de Catulo. En sus memorias, Sila narró esta batalla a su manera; su afán de minimizar el mérito de su enemigo Mario hizo que la versión de los hechos que le llegó a Plutarco fuera bastante tendenciosa, por lo que para entender mínimamente lo que pasó hay que complementar el relato de Plutarco con otros autores como Orosio o Floro.

Era temprano y había bancos de niebla a ras del suelo, lo que no

permitía contemplar el campo de batalla en toda su extensión ni el ejército enemigo en toda su magnitud. Aquello beneficiaba psicológicamente a los romanos, que tan solo veían a los bárbaros que tenían frente a sí.

Como antes de cada batalla, se llevaron a cabo sacrificios. Mario prometió una hecatombe a los dioses y, cuando le mostraron el hígado de las víctimas sacrificadas en los auspicios, alzó las manos al cielo y exclamó con voz potente: «¡La victoria es mía!».

Después de eso, la infantería romana empezó a avanzar. No se trataba de un ataque sorpresa, puesto que ambos ejércitos habían acordado batallar. Pero la rapidez y disciplina de los legionarios, que en el caso de las tropas de Mario se habían convertido en rutinas casi mecanizadas, les permitían coordinarse y ponerse en acción con mucha más rapidez que sus enemigos. Los cimbrios no debían de haber tenido tiempo para disponer todas sus unidades, de modo que el ataque romano los pilló con sus filas todavía sin formar y probablemente con muchos guerreros todavía en sus carromatos.

Para detener el avance de la infantería romana, los cimbrios lanzaron a su caballería. Sus jinetes cabalgaban protegidos con escudos blancos y cotas de malla, y cada uno de ellos llevaba dos lanzas arrojadas y tenía además una espada larga para el combate cuerpo a cuerpo. Tocados con yelmos que representaban cabezas de bestias salvajes y coronados con crestas aladas que los hacían parecer incluso más altos, ofrecían un espectáculo magnífico.

Buena parte del éxito de una carga de caballería contra una tropa de infantería dependía de la intimidación. Si los soldados de las primeras filas vacilaban y retrocedían, se abrían huecos por los que los caballos podían penetrar, y a partir de ese momento los infantes estaban perdidos.

Pero los legionarios aguantaron sin ceder, mientras lanzaban las primeras andanadas de *pila* contra el enemigo. Por su naturaleza, los caballos no embisten contra un objeto sólido, y la pared de escudos romanos lo era en aquel momento. Como solía ocurrir en esas circunstancias, la carga perdió su impulso, los jinetes refrenaron a sus monturas antes de chocar, las hicieron volver grupas y se retiraron.

Esa maniobra en sí no significaba una huida, puesto que la caballería nunca ha sido un cuerpo estático que aguante la posición como

la infantería, y en una misma batalla los jinetes podían reagruparse y cargar varias veces. Sin embargo, aquella nube de jinetes cimbrios no encontró suficiente espacio para retirarse de forma organizada, sino que se topó con sus propias filas de infantería, entre las cuales sembró el caos.

Era algo que ocurría en muchas batallas donde la actuación de la caballería acababa siendo contraproducente. A los romanos les había sucedido en 295 en la batalla de Sentino, cuando su caballería huyó de la acometida de los carros galos y trató de refugiarse entre las legiones, lo que estuvo a punto de provocar su derrota.

En aquel momento, las líneas cimbrias, que en otras ocasiones habían aguantado compactas, se rompieron y se convirtieron en una mezcla confusa de unidades de infantería a medio formar y escuadrones de caballería que cruzaban por entre ellas apartándose del inexorable avance de las legiones. Los bancos de niebla empezaban a despejarse y sobre ellos salió el sol, lo bastante bajo para que sus rayos dieran directamente en los ojos de los cimbrios, cuyo frente estaba orientado hacia el sureste, y los deslumbraran.

La primera línea romana cayó sobre los germanos. Esta vez, después de tantas humillaciones y masacres, las tornas cambiaron. La mayor parte de la infantería cimbria cayó combatiendo allí mismo. Un detalle llamativo que cuenta Plutarco es que, para evitar que la primera fila germana se desplomara, en ella formaban sus mejores guerreros unidos por largas cadenas que habían pasado a través de sus cinturones. La historia recuerda a la batalla de las Navas de Tolosa y a la Guardia Negra del califa al-Nasir, que también se había encadenado a estacas clavadas al suelo para formar una muralla alrededor de su tienda. Del mismo modo que los miembros de esa guardia estaban juramentados para proteger con sus vidas al califa, es posible que aquí nos encontremos ante un ritual guerrero, un voto pronunciado ante sus dioses de vencer o morir en el sitio.

Y en el sitio perecieron por millares, como sucedía cuando uno de los bandos contendientes perdía el orden y la moral en plena batalla. Muchos otros guerreros se retiraron hacia su campamento, pero los romanos, decididos a acabar de una vez por todas con la amenaza que los había tenido en vilo más de diez años, los persiguieron.

El campamento cimbrio no era un fuerte vallado ni amurallado, sino

una enorme ciudad errante formada por círculos de carromatos. Allí muchas mujeres lucharon de pie sobre los carros con tanta fiereza como los varones. Algunas de ellas, para evitar caer en la esclavitud, mataron a sus hijos pequeños estrangulándolos o arrojándolos bajo las pezuñas del ganado, y después se cortaron el cuello.

Lo que había empezado como batalla terminó como masacre. Las fuentes oscilan entre cien mil y ciento sesenta mil enemigos muertos; yo me quedaría con la cifra más baja e incluso la reduciría. Pero en lo que varios autores coinciden es en que los romanos tomaron sesenta mil prisioneros. De los caudillos cimbrios, perecieron en combate Boyórix y Lugio, mientras que otros dos líderes llamados Claódico y Cesórix fueron capturados.^[17]

También cayeron en poder de los romanos más de treinta estandartes, símbolos que valoraban tanto o más que los enemigos caídos. Por ellos y por otros despojos se produjeron roces entre las tropas de Mario y Catulo después de la batalla. Plutarco nos ofrece de nuevo un detalle muy curioso. Puesto que ambos ejércitos se disputaban el mérito de la victoria, unos embajadores de Parma que estaban presentes ejercieron de árbitros. Los soldados de Catulo los llevaron entre las montoneras de cadáveres enemigos y les enseñaron que la mayoría de ellos habían sido heridos por sus *pila*. Para que quedara claro, antes de la batalla su general les había ordenado que grabaran el nombre *Catulus* en las astas de madera. Según la cuenta, los muertos «catulianos» eran mucho más que los «marianos». Pero de nuevo hemos de recordar que la información de Plutarco provenía del propio Catulo y de Sila. (Aquí podríamos darle un tirón de orejas póstumo a Mario: si se hubiera molestado en adquirir una formación más literaria y hubiese escrito sus propias memorias, tendríamos también su propia visión de su carrera y no solo la de sus enemigos).

En cualquier caso, cuando las noticias de esta victoria definitiva llegaron a la urbe, el pueblo romano no tuvo dudas de quién era la persona que había acabado definitivamente con la amenaza del norte que durante tantos años había tenido en vilo a la República: Cayo Mario.

Italia no volvería a sufrir una invasión hasta las migraciones germanas de finales del Imperio. Para comprender hasta qué punto habían estado encogidos los corazones de los romanos, cuando Catulo y Mario desfilaban por las calles de Roma celebrando un triunfo conjunto, la gente

aclamó a Mario proclamándolo «el tercer fundador de Roma». Al hacerlo, lo estaban elevando a las alturas donde únicamente se hallaban Rómulo y Camilo.

¿Cuál era el verdadero mérito de Mario como general? En la mayoría de sus batallas, salvo en *Aquae Sextiae* cuando hizo a Marcelo emboscarse con tres mil hombres, no encontraremos tretas sorprendentes ni complicadas maniobras tácticas. Su triunfo no fue el de la genialidad, sino el de la sensatez y el trabajo: transpiración contra inspiración.

Mario comprendía que las batallas no eran partidas que se jugaban en un tablero con piezas de madera, sino que las ganaban y las perdían soldados de carne y hueso, hombres de verdad. Su misión como general no se redujo a organizar y arengar a sus tropas los días de las batallas clave, sino que venía de mucho más atrás, cuando empezó a trabajar para convertir a los hombres bajo su mando en combatientes individuales y al mismo tiempo conjuntarlos dentro de una máquina eficiente. Gracias a eso, sus legiones alcanzaron el mismo nivel de aquellas que le habían brindado a la República sus grandes días de gloria en las décadas que transcurrieron entre las victorias de Zama y de Pidna.

El prestigio ganado en *Aquae Sextiae* y *Vercelas* permitió a Mario obtener un sexto consulado que resultaba innecesario, pues la emergencia había pasado. Terminada la guerra de Yugurta, eliminada la amenaza germana y con Aquilio sofocando la revuelta servil en Sicilia, parecía que lo peor para Roma había pasado.

Pero una vez conjurados los peligros exteriores, los demonios interiores volvieron a salir a la luz. En ello tuvo mucho que ver Mario, que una vez situado en el escenario del poder se resistía a abandonarlo, y su legado, una figura emergente: Lucio Cornelio Sila, uno de los personajes más fascinantes de la historia de Roma.

VI LA ÉPOCA DE SILA

Los tribunados de Saturnino

Mientras Mario y sus legiones combatían en el norte, el tribuno que le había ayudado a obtener su quinto consulado seguía en Roma dedicado a la política. Antes lo definimos como una bomba de relojería; la espoleta que llevaba incorporada no tardó en estallar.

Lucio Apuleyo Saturnino es uno de los personajes más demonizados de la historia de Roma. No se puede negar que recurría a la violencia y la agitación sin el menor reparo. Pero si en lugar de hacerlo para oponerse a la oligarquía del senado lo hubiese hecho para apoyarla, tal vez los autores clásicos lo habrían considerado más un patriota que una especie de terrorista antisistema.

Como todos los líderes políticos de la época, Saturnino pertenecía a la aristocracia. En su caso, a la pretoriana: uno de sus antepasados, probablemente su abuelo, había desempeñado el cargo de pretor. Aspiraba, por tanto, a una carrera política que emprendió en el año 104 con el cargo de cuestor. Como ya comentamos, Saturnino estaba encargado del suministro de trigo a través del puerto de Ostia. Durante su gestión se produjo una grave escasez de grano; para aliviarla, el senado lo apartó de su cargo y encargó la tarea a Emilio Escauro, el *princeps senatus*.

Un fracaso como aquel no era una buena manera de empezar su ascenso en el *cursus honorum*. Al parecer, aquella carestía no había tenido nada que ver con la gestión de Saturnino, lo que redobló su impresión de que el senado lo había usado como chivo expiatorio. Puede que ya antes hubiese decidido llevar a cabo una política «popular»; en cualquier caso, desde el año 104, se dedicó a oponerse al senado con todas sus energías, que eran muchas.

Para tal propósito, su aliado natural era Cayo Mario. Como tribuno de la plebe en 103, Saturnino presentó una ley destinada a repartir veinticinco hectáreas a cada veterano licenciado del ejército de Mario. Puesto que en Italia apenas quedaba tierra pública disponible, las parcelas debían asignarse en África.

Aquella propuesta, como solía ocurrir con todas las leyes agrarias, suscitó mucha oposición; en este caso, dicha oposición se agudizó porque favorecía a Mario, que por su carácter y su condición de advenedizo contaba con más adversarios que amigos en el senado. El bando senatorial recurrió a otro tribuno de la plebe, Bebio, para vetar la ley de Saturnino. Pero este, demostrando cómo se las gastaba, exacerbó los ánimos de sus partidarios en la asamblea popular, que echaron a Bebio con una lluvia de piedras.

Tras aquel incidente la ley se aprobó. En el registro arqueológico han quedado abundantes pruebas del reparto de tierras: hay en Túnez numerosas inscripciones antiguas que hablan de colonias «marianas», y las ciudades de Tuburnica y Uchi Maius veneraban a Mario como su fundador. De modo que, aunque se promulgó con irregularidades y cierta dosis de violencia, la ley trajo consecuencias positivas para muchas personas que, de no ser por ella, seguramente habrían pasado a engrosar la masa del proletariado urbano.

Hay que añadir que la intimidación por la fuerza no era monopolio de los llamados políticos «populares». Así se demostró cuando Saturnino presentó una *lex frumentaria* que reducía el precio del trigo que el Estado distribuía al pueblo de Roma. La bajada era de casi un 90 por ciento: no faltaba mucho para repartirlo gratis. El cuestor Quinto Servilio Cepión trató de impedirlo, argumentando que el erario no podía costear aquella medida. Al ver que ni el veto de los tribunos partidarios del senado disuadía a Saturnino, el joven Cepión entró en la asamblea del pueblo con seguidores armados, derribó las pasarelas de madera por las que subían los votantes y rompió las urnas.^[18]

Eso le costó caro a Servilio Cepión padre, que era el general derrotado por los cimbrios en Arausio. Un tribuno llamado Norbano lo llevó a juicio por alta traición al mismo tiempo que Saturnino acusaba a Malio, el otro responsable del desastre. El juicio fue muy turbulento. Cuando los tribunos prosenatoriales trataron de impedirlo, se desató una batalla a pedradas. Una víctima colateral fue el *princeps senatus* Escauro,

que acabó con una herida en la cabeza.

La sentencia final privó a Cepión de su ciudadanía, lo multó con una suma fabulosa y lo condenó a destierro a más de ochocientas millas de Roma, pena que cumplió en Esmirna. A Malio, siguiendo una arcaica fórmula de exilio, también se le negaron el agua y el fuego.

En 102, un año después del primer tribunado de Saturnino, fue elegido censor Cecilio Metelo Numídico, cabeza visible del poderoso grupo de los optimates. Los censores revisaban cada cinco años la lista del senado y tachaban los nombres de aquellos a quienes se consideraba indignos del cargo. En este caso, Metelo trató de expulsar a Saturnino y a su aliado político Servilio Glaucia.

La razón que alegó el censor fue que ambos personajes pretendían inscribir ilegalmente en la tribu Sempronia a un supuesto hijo natural de Tiberio Graco. Al parecer, se trataba de un esclavo o liberto llamado Equicio que no tenía nada que ver con su presunto padre. Pero quienes recordaban la época de Tiberio Graco le encontraban cierta semejanza física, y entre el pueblo todavía despertaba pasiones el recuerdo del difunto tribuno, al que se consideraba una especie de mártir.

El intento de Metelo de expulsar a Saturnino y a Glaucia del senado no prosperó, porque el otro censor, su primo Metelo Caprario, se negó a ello. Además, Saturnino y Glaucia organizaron una algarada popular contra Cecilio Metelo. La situación se puso tan peliaguda para Metelo que tuvo que correr a refugiarse en el Capitolio para salvarse de que lo lincharan.

La violencia de Saturnino no cesó durante el año siguiente, el 101. En parte fue verbal, como cuando insultó a los embajadores del rey Mitrídates del Ponto acusándolos de sobornar al senado. Pero esa violencia llegó a su extremo cuando se celebraron las elecciones a tribuno de la plebe. Saturnino había decidido presentarse por segunda vez. Uno de los candidatos votados para el puesto fue Aulo Nonio, que ya antes se había opuesto con vehemencia al tándem Saturnino-Glaucia. Los matones de estos, veteranos de las legiones de Mario, persiguieron a Nonio a la salida de la asamblea y, cuando el tribuno recién elegido se refugió en una taberna, entraron tras él y lo cosieron a puñaladas.

Ahora que había terminado la guerra contra los cimbrios y teutones,

Cayo Mario tenía muchos más soldados que licenciar. El general se había comprometido a cuidar del bienestar de aquellos hombres y a reintegrarlos a la vida civil. Para eso necesitaba repartirles más tierras. Sabía que los senadores se opondrían, entre otros motivos porque no iban a permitir que miles de veteranos le debieran agradecimiento a él, se convirtieran en sus clientes y eso acrecentara su influencia. A Mario no le quedaba, pues, otro remedio que seguir colaborando con Saturnino y su nuevo aliado, Glaucia.

Así pues, en el año 100, se estableció una especie de triunvirato extraoficial entre Mario, cónsul por sexta vez, Saturnino, tribuno de la plebe, y Glaucia, recién elegido pretor.

A decir verdad, se trataba de una alianza antinatural. Saturnino y Glaucia estaban tan decididos a minar el poder del senado que, de haber existido explosivos como en la época de Guy Fawkes, probablemente habrían conspirado igual que él para volar por los aires la Curia Hostilia donde se reunían los padres conscriptos. Lo que anhelaba Mario, en cambio, era ser aceptado por los nobles a los que consideraba sus iguales, pero que seguían mirándolo por encima del hombro pese a sus éxitos militares.

De momento, Mario se vio obligado a colaborar con los dos populares para conseguir su ley agraria. El proyecto que presentó Saturnino proponía repartir tierras a soldados licenciados en Sicilia, Grecia, Macedonia y África. Lo más importante para Mario era que a los veteranos que habían combatido contra los germanos se les entregarían parcelas al norte del Po, en los mismos territorios que habían ocupado previamente los cimbrios.

Esta última parte de su ley agraria fue la que más resistencia despertó en el senado.^[19] Para doblegarla, Saturnino propuso algo inusitado. Una vez que la ley fuese aprobada por la asamblea del pueblo, todos los senadores tendrían que jurar ante los dioses que la respetarían y que no tratarían de boicotearla. Si algún senador no lo hacía, antes de cinco días sería expulsado de la cámara, desterrado de Roma y multado con veinte talentos.

Aquello puso a Mario entre la espada y la pared. En una reunión del senado, declaró que él no prestaría ese juramento. Pese a que la ley era buena, añadió, suponía un insulto a la dignidad de los senadores obligarlos de esa forma en vez de convencerlos recurriendo al noble arte de

la persuasión.

Sin embargo, cuando se presentó en la Rostra del Foro actuó de manera muy distinta. Allí, ante la asamblea del pueblo, el seis veces cónsul dijo que juraría obedecer la ley siempre que fuera una ley válida. A continuación, fue al templo de Saturno y prestó el juramento.

Aquella alegación de Mario tenía su sentido: si la ley quedaba anulada por algún defecto de forma o por haber roto algún tabú religioso, el juramento perdería su validez. A pesar de todo, su biógrafo Plutarco opina que no se trataba más que de un subterfugio para disimular su vergüenza.

En cualquier caso, los demás senadores se tragaron su indignación y pasaron por el templo a jurar, no sin guardársela a Mario por aquella jugada. El único que se negó a la componenda fue Cecilio Metelo, que se aplicó directamente la pena y se exilió a Rodas.

Aunque la ley agraria beneficiaba a los veteranos de Mario, este se distanció a partir de aquel momento de sus recientes aliados. Mientras tanto, la violencia callejera seguía aumentando.

Según la *lex Villia Annalis*, cuando un magistrado cesaba, debía dejar pasar dos años como mínimo antes de desempeñar otro cargo. En el ínterin, podía ser juzgado por las faltas o delitos que hubiera cometido durante su mandato. Saturnino y Glaucia sabían que en su caso esa posibilidad era una certeza, ya que se habían ganado una larga lista de enemigos que ansiaban denunciarlos.

Dispuestos a evitarlo, decidieron saltarse a la torera la ley y presentarse a las elecciones. Saturnino pretendía repetir como tribuno y Glaucia pasar de pretor a cónsul sin perder la inmunidad de magistrado ni un solo día. Al fin y al cabo, ¿no llevaba Mario cinco consulados seguidos incumpliendo las normas?

Para su sorpresa, Mario hizo bueno el refrán «Consejos vendo que para mí no tengo». Aunque Saturnino consiguió ser renovado como tribuno, cuando Glaucia se presentó a las elecciones, Mario, que las presidía como cónsul en ejercicio, lo rechazó diciendo que incumplía la ley.

El tándem no estaba dispuesto a rendirse. Ese mismo día, sus seguidores mataron a golpes en plena calle a Memio, uno de los candidatos

a cónsul. Se da la circunstancia de que este Memio había empezado su carrera con políticas populares cuando en 111, siendo tribuno de la plebe, presionó tanto a la opinión pública que el senado no tuvo más remedio que declararle la guerra a Yugurta. Ahora, su asesinato hizo que se aplazaran indefinidamente las elecciones.

Ante la situación, el senado recurrió al mismo expediente que en la época de Cayo Graco: el *senatus consultum ultimum* o estado de emergencia. Esa noche pocos debieron dormir en Roma. Según Plutarco, Mario recibió en su casa a una comisión de senadores presidida por Escauro, quien le presionó para que cortara amarras con sus aliados e interviniera como cónsul aplicando el SCU.

Entretanto, en el ala opuesta de su mansión tenía a otro visitante, que no era otro que Saturnino. Para tratar con él y con los senadores al mismo tiempo sin que unos ni otros se enteraran, Mario alegó que debía ausentarse cada pocos minutos por culpa de un ataque de diarrea. (A los romanos, que departían amigablemente mientras estaban sentados en asientos contiguos de las letrinas públicas, no les incomodaba nada comentar la calidad de sus deposiciones y tránsitos intestinales).

Fuera real esta historia o un infundio de sus enemigos, Mario se decidió al final por el bando senatorial. ¿Podría haber actuado de otra forma? Tal vez sí. Aquella crisis le ofrecía la posibilidad de convertirse en amo de Roma y reformar el Estado, como haría otro personaje unos años después (aunque su reforma fuese dirigida en sentido opuesto).

Si Mario no lo hizo, fue porque realmente no lo deseaba. Él, como ya hemos dicho, quería que la élite romana dejara de considerarlo un *outsider*. Con el tiempo, ser elegido censor y quizá *princeps senatus*, envejecer convertido en una figura venerable y respetada y ver cómo los demás padres de la patria asentían aprobando sus discursos.

Para conseguir todo eso, Mario no tenía más remedio que aplicar el SCU. Al día siguiente repartió armas entre los ciudadanos —probablemente, muchos de ellos veteranos suyos— y organizó a toda prisa una milicia. Tras una breve batalla en el Foro, Saturnino y sus partidarios se retiraron al Capitolio, el mejor sitio para resistir un asedio. El único magistrado que se unió a ellos fue el cuestor Cayo Saufeyo. Todos los demás, incluidos los tribunos de la plebe, obedecieron el decreto de emergencia y se unieron a Mario.

El asedio del Capitolio no se prolongó demasiado tiempo, pues los sitiadores cortaron el suministro del agua; esta llegaba por el *aqua Marcia*, el acueducto más largo de Roma, que se había construido cuatro décadas antes. Apremiados por la sed, los cercados se rindieron, confiándose a la protección de Mario. Mientras se decidía qué hacer con ellos, Mario los encerró bajo custodia en la Curia Hostilia.

Pero unos cuantos exaltados treparon al techo de la Curia, levantaron varias tejas y empezaron a lanzarlas desde las alturas contra Saturnino y sus compañeros, hasta que los mataron a todos. En cuanto a Glaucia, se había refugiado en casa de un amigo llamado Claudio. Sus perseguidores lo encontraron allí, lo sacaron a la calle y lo asesinaron.

¿Hasta qué punto Mario y otras autoridades intentaron impedir que aquellos fanáticos mataran a Saturnino y las demás personas encerradas en la Curia? Se ignora. El asesinato era la salida más rápida contra gente que también había recurrido a la violencia, ciertamente. Pero no se podía ocultar que tres magistrados en ejercicio —un tribuno, un pretor y un cuestor— habían muerto sin juicio previo.

Aquel no dejaba de ser un peligroso precedente que arrastraría consecuencias durante mucho tiempo. En el año 63, Julio César llevó a juicio a un anciano senador, Cayo Rabirio, por su implicación en la muerte de Saturnino; según se contaba, este Rabirio había llegado al extremo de exhibir la cabeza de Saturnino en un banquete. Resulta curioso que un César todavía en su camino de ascenso al poder eligiera una causa como esta para ganar popularidad. Eso demuestra que, lejos de las versiones tenebrosas de Saturnino que nos han dejado los historiadores, años después de su muerte el vehemente tribuno seguía siendo un símbolo e incluso un mártir para buena parte del pueblo romano.

Las consecuencias de la caída de Saturnino no fueron tan drásticas como las de la muerte de Cayo Graco. De entrada, no se produjo una represión generalizada ni se anularon todas las leyes propuestas el tribuno. Lo que intentaron los oligarcas del senado fue no ponerlas en práctica. Sin embargo, no debieron de conseguirlo por completo, pues hay pruebas numismáticas que demuestran que se asignaron parcelas en el valle del Po tal como había propuesto Saturnino.

En ello debió de influir Mario, que aunque en el año 99 dejó por fin de ser cónsul, mantenía un gran poder. Poder he dicho, que no prestigio:

pese a que había encabezado la represión contra Saturnino, el senado no se lo agradeció. De hecho, el grupo de partidarios de Metelo Numídico, encabezado por su hijo, empezó a presionar enseguida para que el máximo rival de Mario regresara de su exilio en Esmirna.

Cuando los optimates se salieron con la suya y Metelo volvió, Mario decidió abandonar la ciudad y se dirigió a Asia para visitar las regiones de Capadocia y Galacia. Alegó como razón que tenía que cumplir una promesa y rendir culto a Cibele, diosa oriental a la que la mitología grecorromana identificaba con Rea, la madre de Zeus/Júpiter.

Nunca hay que subestimar la piedad religiosa de los antiguos. Por otra parte, muchos miembros de la élite romana hacían viajes que, por su finalidad, únicamente podríamos calificar como «turísticos». Sin embargo, parece más probable que Mario se fuera de Roma por huir de un ambiente político cada vez más adverso.

Varios autores antiguos sospecharon que su verdadera razón era incluso más retorcida: puesto que Mario había descubierto que la política en tiempo de paz no se le daba demasiado bien, quería buscar un nuevo escenario de guerra en Oriente.

Por eso, según narra Plutarco, Mario se reunió en privado con Mitrídates del Ponto, un rey cuyas tendencias expansivas y belicistas auguraban ya el conflicto que no tardaría en producirse. En esa entrevista, Mario le espetó con su habitual falta de diplomacia: «O consigues hacerte más poderoso que los romanos, o haces lo que se te ordene sin rechistar».

La ausencia de Mario hizo que el péndulo del poder oscilara de nuevo hacia el senado. Algunos políticos populares sufrieron represión, como el tribuno Furio, que se había opuesto al regreso de Metelo y fue linchado por una multitud. (Saturnino y sus secuaces no eran los únicos que recurrían a la violencia, como se ve). Pero, en general, los métodos no fueron tan drásticos y se limitaron a llevar a juicio a personajes como el tribuno Ticio, que había presentado en 99 otra ley agraria, o a otros cuyo delito consistía en tener en su casa imágenes de Saturnino.

Para reforzar el poder del senado y debilitar el de las asambleas populares, los cónsules del año 98 presentaron la *lex Caecilia Didia*. Esta norma prohibía presentar paquetes de leyes, con lo que se pretendía evitar que los tribunos u otros magistrados mezclaran medidas atractivas y

difíciles de rechazar con otras consideradas revolucionarias y peligrosas.

La *lex Caecilia Didia* también establecía un plazo de tres *nundinae* o días de mercado entre la promulgación de una ley y su aprobación en asamblea, de modo que el senado pudiera preparar medios para contrarrestar las propuestas que no fueran de su agrado. Por si eso fuera poco, si se infringían los auspicios al preparar una ley, esta quedaría invalidada. La decisión de si se había pasado por alto algún mal augurio—un trueno, una estrella fugaz, incluso un estornudo inoportuno si llegaba el caso— debía tomarla, por supuesto, el senado.

En esta época en que el senado recuperó buena parte de la influencia perdida tras la guerra de Yugurta, destacó cada vez más el antiguo lugarteniente de Mario, Lucio Cornelio Sila, que acabó convirtiéndose en el auténtico paladín de la causa de los optimates. Algo curioso, porque a su manera también era un *outsider*. Aunque Sila ya ha aparecido en este relato varias veces, es hora de que posemos nuestra lupa sobre él.

Los principios de Sila

Sila, que nació en 138, pertenecía a una de las siete ramas de la prestigiosa *gens patricia Cornelia*. *Para su desgracia, la suya era la más oscura. De sus antepasados directos, el único que llegó a cónsul fue Publio Cornelio Rufino, que alcanzó esa magistratura y en 285 fue nombrado dictador. Sin embargo, su prestigio se mancilló cuando en 275 el censor Fabricio lo expulsó del senado por exhibir su riqueza y su amor al lujo usando una vajilla de plata de diez libras (algo más de tres kilos).*

Esa expulsión otorgó a Rufino una fama duradera, aunque no deseable, pues los moralistas lo utilizarían a menudo como ejemplo negativo. Refiriéndose a él, Valerio Máximo escribió que le parecía increíble que en la misma ciudad en que diez libras de plata habían parecido una propiedad ahora se considerase una vergüenza no ser rico (2.9.4).

Después de Rufino, nadie de su rama familiar llegó a cónsul. El abuelo de Sila, Publio, fue pretor en el año 186 y tras su mandato gobernó Sicilia. En cuanto a su padre, que se llamaba también Lucio, es un

personaje gris del que no sabemos gran cosa. Al menos se sospecha que debió de participar en alguna de las comisiones senatoriales que viajaban a Asia, porque en una ocasión el rey Mitrídates le recordó a Sila, para ganarse su benevolencia, que él había sido amigo de su padre.

Este progenitor que apenas dejó huella en la historia no legó nada a su hijo. O eso cuentan los historiadores antiguos, pero es una afirmación exagerada. Habría que matizar la frase «no legó nada» o sustituirla por «no le dejó una gran fortuna».

Para empezar, Sila recibió la educación típica de los nobles, de modo que dominaba el griego y también las letras latinas. Una formación así no salía barata: recordemos que el récord de precio de venta de un esclavo lo había batido un gramático.

Como muestra de su pobreza, Plutarco explica que Sila vivía en una casa alquilada en la planta baja de una *insula*, por la que pagaba tres mil sestercios al año. Para que tengamos una referencia con la que comparar, un legionario ganaba cuatrocientos cincuenta sestercios al año, muy lejos de la renta que le cobraban a Sila. Añadamos a esto que se trataba de un jinete consumado, y que la equitación no era una práctica que se pudieran permitir los pobres de solemnidad.

A decir verdad, Sila era un hombre acomodado si se lo comparaba con la inmensa mayoría de la población de Roma. El problema para él era que no le interesaba compararse con los de abajo, sino con los de arriba, y ahí era donde quedaba en ridículo.

En los tiempos que corrían, las diez libras de plata de su antepasado Rufino eran cosa de risa. Si uno quería ascender en el *cursus honorum*, tenía que mantener un tren de vida muy elevado, dar suntuosos banquetes y mostrarse muy generoso con las personas que contaban en la alta sociedad. El patrimonio de Sila no alcanzaba para eso, de modo que desde un punto de vista relativo sí se puede considerar que era pobre. Así lo consideraban también los demás aristócratas, que lo miraban con desdén.

Si su falta de dinero ya suponía un obstáculo para su carrera política, peores eran sus costumbres. En lugar de juntarse con otros jóvenes patricios como él, Sila frecuentaba la compañía de actores, bailarines y demás personas relacionadas con el teatro que entonces, como en tantas otras épocas, eran consideradas «gentes de mal vivir».

¿Lo hacía por gusto o porque se veía rechazado por sus supuestos iguales? En buena parte se debía a lo primero, y así lo demuestra que mantuviera estas amistades poco recomendables toda su vida, incluyendo una relación amorosa con el actor Metrobio. Las combinó, además, con su afición a la literatura, escribiendo farsas atelanas que se seguían representando cincuenta años después de su muerte.

Viendo a aquel calavera que se pasaba el tiempo bebiendo, cantando y bailando hasta altas horas de la noche, ¿quién podría imaginarse que llegaría a ser el hombre más poderoso de Roma y, por tanto, de todo el Mediterráneo?

Quizá cuando era joven ni siquiera tenía previsto emprender carrera política. En cualquier caso, poseía cualidades innatas para triunfar. Todos coincidían en que irradiaba un encanto personal irresistible, mucho más que el tosco Mario. Siempre procuraba ganarse a los demás haciéndoles favores, dentro de lo que le permitían sus recursos. Por otra parte, tenía una memoria de elefante para recordar a quién le debía cada favor y quién se lo debía a él y, como los Lannister de los famosos libros de George R. R. Martin, *Juego de tronos*, siempre pagaba sus deudas.

Su aspecto físico también le ayudaba a destacar, pues se salía de lo habitual entre los romanos. Era pelirrojo y tenía la piel tan blanca que enseguida se le marcaban manchas encarnadas, sobre todo cuando montaba en cólera. Sus ojos eran claros, de un color azul puro e intenso que fascinaba e inquietaba al mismo tiempo a quienes quedaban prendidos en su mirada.

Gracias a su atractivo, Sila consiguió que se fijara en él una mujer rica llamada Nicópolis (un alias para una cortesana o actriz, o ambas cosas a la vez). Constituía un tópico que los hombres se encaprichaban de las cortesanas hasta el punto de perder la razón y a menudo la fortuna. Pero en el caso de Sila fue Nicópolis quien se enamoró de él y lo nombró su heredero.

La madrastra de Sila, que poseía un patrimonio considerable, también se acordó de él en su testamento. Cuando ella y Nicópolis murieron más o menos por la misma época, la suma de ambas herencias permitió a Sila presentarse a cuestor, cargo que obtuvo en el año 107.

Precisamente como cuestor se encargó de alistar caballería para la

primera campaña de Mario contra Yugurta, y después llevó a África las tropas que había reclutado. Es posible que le correspondiera el puesto por sorteo. Sin embargo, los magistrados superiores también podían seleccionar cuestores *extra sortem*, fuera de sorteo, así que no se puede descartar que Mario y él ya se conocieran de antes y que el general lo hubiera elegido personalmente por algún vínculo que existiera entre ambos. En teoría, Sila carecía de experiencia militar y no había cumplido las diez campañas obligatorias. Eso podría explicar por qué sirvió tantos años con Mario en diversos puestos para compensar el retraso inicial.

Pese a dicho retraso, Sila era un líder nato que pronto destacó en la campaña de África. Su estilo de mando resultaba muy cercano. Se portaba de forma afable con sus subordinados, les ayudaba en los trabajos y en las guardias, les hacía favores e incluso les prestaba dinero. En resumen, intentaba, como buen político, que todos se hallaran en deuda con él.

Eso sí, el juerguista empedernido seguía escondido debajo de la coraza militar. Como señala Salustio: «Aunque deseaba los placeres, ansiaba más todavía la gloria. Si no tenía nada que hacer, era un disoluto, pero nunca dejó que el placer lo retrasara a la hora de actuar».

En poco tiempo, Sila consiguió convertirse en hombre de confianza de Mario. En calidad de tal, mandó la caballería en las dos batallas que Yugurta y los romanos libraron en las cercanías de Cirta. Mario y Sila parecían llevarse bien, lo cual no deja de ser paradójico considerando que su rivalidad posterior fue una de las más sonadas de la historia. Pero la paradoja solo es aparente si tenemos en cuenta que los amigos que se creen traicionados, con razón o sin ella, pueden convertirse en los enemigos más encarnizados.

El magnetismo de Sila encandiló también al rey Boco, y gracias a eso fue él quien gestionó personalmente la entrega de Yugurta. Un éxito a corto plazo, y a la larga una semilla de rencor entre Mario y él.

No obstante, las relaciones entre ambos siguieron siendo lo bastante estrechas como para que Sila sirviera con Mario en los años 104 y 103 en su campaña contra los germanos. En 102 la situación cambió cuando Sila se convirtió en legado de Catulo. ¿Se habían alejado ya definitivamente, o se debía a que Mario quería tener cerca de Catulo a un militar de probada valía para controlarlo? Es imposible saberlo.

Aunque se ignora qué papel desempeñó Sila en los turbulentos acontecimientos del año 100, podemos estar seguros de que no se alineó en el bando de Saturnino. En el año 99 se presentó a las elecciones de pretor. Por edad podía hacerlo, pero se había saltado un peldaño inferior, el cargo de edil. En cualquier caso, no resultó elegido.

Con el tiempo, Sila escribió unas largas memorias en veintidós libros. Por desgracia, se han perdido (¿cuántas veces habré usado ya esta frase?), pero nos quedan muchas referencias en las obras de otros autores. En este caso, conocemos gracias a Plutarco qué explicación daba Sila a su primer fracaso electoral.

Según él, su amistad con Boco, que mantenía desde los tiempos de África, se había convertido en un caramelo envenenado. Los votantes esperaban que el rey de Mauritania le proporcionara elefantes, leones y todo tipo de animales salvajes para celebrar juegos espectaculares durante su cargo de edil. Por eso, para obligar a Sila a pasar por el puesto inferior, se negaron a votarlo como pretor.

Esta explicación se antoja algo pueril al contemplarla desde nuestra perspectiva. Pero hay que tener en cuenta que, si el propio Sila consideraba que el motivo había sido ese, algo más sabría de la psicología de sus contemporáneos que nosotros. Es cierto que muchos ediles procuraban convertir esta magistratura en trampolín encandilando a los votantes con juegos y espectáculos nunca vistos. Cuando le correspondió a César, por ejemplo, hizo traer a Roma a más de seiscientos gladiadores a los que equipó con armaduras de plata.

Sila, en cualquier caso, se empeñó en saltarse el puesto de edil y volvió a presentarse a las elecciones a pretor para el año 97. En esta ocasión lo consiguió. Las lenguas maledicentes lo acusaban de haber comprado a los votantes. Quizá lo hizo con promesas y no con dinero: una de sus acciones como pretor fue dar los fastuosos espectáculos que la plebe le solicitaba como edil. Bajo su patrocinio, los *ludi Apollinares* o juegos en honor de Apolo se celebraron con una ostentación inusitada. El rey Boco contribuyó con cien leones que se exhibieron por primera vez sin cadenas —es de suponer que el muro que delimitaba la arena era muy alto—, y también envió guerreros nómadas que los cazaron con flechas y venablos.

Al salir del cargo, Sila viajó como propretor a Cilicia, una región

montañosa situada en el sureste de la actual Turquía. Debido a su relieve y al perfil recortado de su costa, esta zona era una madriguera de piratas. Pero Sila no llegó a combatir contra ellos, sino que intervino en Capadocia, situada al norte de Cilicia. Allí gobernaba en aquel momento un tal Gordio, un monarca títere al que había instalado en el trono su poderoso vecino Mitrídates, rey del Ponto.

Sila cruzó el Tauro —una cadena montañosa con muchos picos que se elevan por encima de los tres mil metros—, entró en Capadocia y en una rápida campaña restauró en el trono al anterior rey, Ariobarzanes. Tras aquella operación, sus tropas, que no eran demasiado numerosas, lo saludaron como *imperator*, un honor que los soldados concedían a sus generales en algunas ocasiones.

Durante toda su carrera militar, Sila mantuvo una relación excelente con sus soldados. Sus detractores lo achacaban a que descuidaba la disciplina, les daba rienda suelta e incluso los adulaba como si les tuviera miedo. Resulta difícil de creer, porque los generales de ese tipo nunca consiguen el respeto de sus hombres. Es algo parecido, salvando las distancias, a lo que ocurre entre profesores y alumnos. ¿Quién no recuerda al profesor que los primeros días va de «colega» y después es incapaz de restaurar la disciplina y hacerse con la clase por más duro que intente volverse? En el caso de Sila, sus resultados como general demuestran que sabía controlar a sus hombres. Pero no adelantemos acontecimientos.

Mientras estaba en Capadocia, se reunió con Orobazo, un embajador de Arsaces, rey de los partos. Fue el primer encuentro oficial entre Roma y Partia, la potencia que rivalizaría durante largo tiempo con la República y después con el Imperio. Durante la entrevista a tres bandas con el rey de Capadocia y el diplomático parto, Sila, muy celoso de su *dignitas* y de la de Roma, ocupó el asiento central. De esa manera demostraba, al estilo de Popilio Lenas, dónde estaba el auténtico poder. Aquel gesto no le hizo ninguna gracia al rey Arsaces, que ordenó ejecutar al embajador Orobazo cuando este regresó a su patria.

Con la comitiva parta viajaba un adivino caldeo experto en fisiognomía. El llamativo rostro de Sila le impresionó tanto que le dijo: «Tú serás un hombre muy grande, e incluso me extraña que no seas ya el más poderoso del mundo».

Pura adulación, por supuesto: sospecho que al bizco Pompeyo Estrabón o al cejudo Mario les habría contado algo parecido. Pero a Sila le impresionó aquel vaticinio. Era un hombre convencido de la grandeza de su destino y de que poseía *felicitas*, una felicidad que los romanos identificaban con la buena suerte que los dioses enviaban a quien se la merecía.

En el año 92, Sila regresó a Roma. Allí, como les ocurría a tantos gobernadores provinciales, fue acusado de corrupción. Un tal Marcio Censorino lo denunció por haber pedido dinero a Ariobarzanes para restaurarlo en el trono de Capadocia, acusación que resultaba bastante verosímil. Sin embargo, Censorino la retiró y el juicio no llegó a celebrarse. ¿Le faltaban pruebas? ¿Lo amenazó o lo sobornó Sila? Se ignora.

Al año siguiente, el rey Boco envió a Roma varias estatuas recubiertas de oro que se consagraron en el Capitolio. El grupo escultórico representaba el momento en que él mismo entregaba a Yugurta en manos de Sila. Mario, que ya no aparecía por ninguna parte en la escena, montó en cólera y se movilizó para conseguir que quitaran aquellas estatuas del Capitolio. Sila, como era de esperar, se opuso, y la polémica entre ambos dividió a la ciudad como si de un partido de fútbol de máxima rivalidad se tratara. Aunque a su manera Sila era otro *outsider*, los numerosos senadores que detestaban a Mario empezaban ya a convertirlo en el campeón de su causa.

Fue entonces cuando estalló una crisis que venía larvándose desde hacía décadas, y durante un tiempo el antagonismo entre Mario y Sila pareció desvanecerse en segundo plano.

El tribunado de Livio Druso

Tras la muerte de Saturnino, ningún tribuno de la plebe había adquirido tanto protagonismo como él. Pero en el año 91 resultó elegido Livio Druso, que no tardó en poner patas arriba la política romana.

Visto en retrospectiva, Livio Druso resulta un personaje contradictorio. Hay quienes ven en él a un idealista y un reformador progresista (relativizando mucho el uso del término «progresista», claro

está), mientras que para otros sus medidas tan solo intentaban devolver el poder a la oligarquía de familias que dominaban el senado desde hacía siglos.

Como prueba de lo segundo, Druso propuso que los senadores recuperaran el control de los tribunales que juzgaban la corrupción en las provincias. Bien es cierto que los équités estaban extorsionando a los habitantes de esas provincias de una forma tan escandalosa que menoscababa el prestigio de la República. La situación resultaba especialmente grave en Asia, donde estaba alimentando una hoguera de odio que Mitridates del Ponto supo aprovechar poco tiempo después para provocar una auténtica orgía de sangre.

La idea de Druso era controlar estos excesos. Puesto que los senadores no podían asociarse en negocios comerciales con los équités —al menos teóricamente—, cabía esperar que juzgaran con más objetividad sus abusos que cualquier tribunal compuesto por miembros del orden ecuestre.

Había también una razón de índole personal, algo que los antiguos no consideraban ningún descrédito. En el año 91, el tío de Druso, Rutilio Rufo, al que vimos como legado de Cecilio Metelo en la guerra de Yugurta, había sido condenado por un tribunal de équités. Los cargos eran por extorsión, lo cual resultaba hiriente en grado sumo, ya que precisamente Rutilio había intentado evitar que los publicanos que recaudaban los impuestos en Asia extorsionaran a los habitantes de la región. La pena que le impusieron fue la habitual en esos casos, el destierro.

Para demostrar que las acusaciones eran falsas, Rutilio se exilió primero a la isla de Mitilene y luego a Esmirna, donde los ciudadanos a los que supuestamente había maltratado lo acogieron con grandes honores. Aunque tiempo más tarde se le propuso regresar a Roma, nunca lo hizo. En su retiro de Esmirna escribió sus memorias y varios textos históricos que se han perdido —para variar—, pero que sirvieron de fuente a otros autores como Salustio.

Con la reforma de los tribunales, Druso pretendía que no se volvieran a cometer injusticias como la que había sufrido su tío. Sabía que esto pondría en su contra a los miembros del poderoso orden ecuestre. Para contentarlos, el tribuno propuso duplicar el número de senadores, que pasarían de trescientos a seiscientos. Los nuevos padres de la patria

se entresacarían de las filas de los équitos. En cierto modo, Druso estaba proponiendo la misma *concordia ordinum* o armonía entre las dos clases sociales más poderosas que décadas después defendería Cicerón.

Druso también presentó otras medidas más dirigidas a la plebe a la que al fin y al cabo representaba, como crear nuevas colonias o repartir el trigo a un precio más barato. Como ocurre siempre, no se sabe hasta qué punto sus propuestas obedecían a una genuina preocupación social, a pura demagogia o a una mezcla de ambas. Hablando de mezclas, una de sus ocurrencias fue financiar estos dos proyectos aleando las monedas de plata con un octavo de cobre. El equivalente hoy día sería dar a la máquina de imprimir billetes o conceder créditos baratos: el resultado, devaluación e inflación (que quizás en el momento en que escribo esto no nos vendrían mal).

El trigo barato era una forma de congraciarse a la plebe urbana. Y buena falta le hacía, porque la propuesta «estrella» que presentó Livio Druso, conceder la plena ciudadanía romana a todos los aliados latinos e itálicos, no agradó en absoluto a los habitantes de la urbe.

Algunas de estas medidas fueron aprobadas en el senado gracias a que Druso contaba con el apoyo del influyente Emilio Escauro y también con el del excónsul Licinio Craso, un brillante orador. Pero cuando Craso murió en septiembre, Druso empezó a quedarse cada vez más solo. Uno de los cónsules del año, Marcio Filippo, aglutinó a su alrededor la oposición a Druso, a la que también se sumó Cayo Mario.

Mario no se oponía tanto a que se otorgara la ciudadanía a los aliados itálicos como a que el tribuno se beneficiara de ello. Por tradición familiar, Druso mantenía buenas relaciones con los aliados, y en particular con Popedio Silón, líder de la tribu de los marsos. Si se aprobaba la ley, decenas o cientos de miles de nuevos ciudadanos le deberían un agradecimiento personal y se convertirían en clientes suyos. Eso podría convertirlo en el hombre más poderoso de Roma, algo que Mario, quien consideraba que ese privilegio le correspondía únicamente a él, no estaba dispuesto a consentir.

Al acercarse el final de su mandato como tribuno, Druso había conseguido ponerse a casi todo el mundo en contra. Por una parte, los senadores no querían que sus privilegios se diluyeran repartiéndolos con trescientos senadores nuevos. Por otra, los équitos también se hallaban

resentidos porque Druso les había quitado el monopolio de los tribunales y porque pretendía que aceptar sobornos se convirtiera en delito. («¿Hasta dónde vamos a llegar?», debían de comentar entre ellos). Que los senadores nuevos salieran del orden ecuestre no significaba gran cosa para ellos. Sabían que, tal como les ocurre a los futbolistas que cambian de club y descubren que el que los ha fichado es su equipo del alma de toda la vida, los trescientos équitos elegidos no tardarían en convertirse en ardientes partidarios del poder del senado. Por último, la mayoría de la plebe urbana se oponía a que los demás itálicos consiguieran la ciudadanía.

En parte, las antipatías que se ganó Druso se debían a su temperamento. Se hallaba tan convencido de que poseía la verdad que a menudo se mostraba antipático y altivo. Así lo demostró cuando los enviados del senado le pidieron que asistiera a una sesión para explicar sus propuestas y les respondió que era mejor que los senadores acudieran adonde estaba él. En una ocasión, discutiendo sobre las leyes agrarias delante de la asamblea, el cónsul Filipo le interrumpió. Ni corto ni perezoso, Druso ordenó a sus clientes que lo sacaran de allí, misión que cumplieron con tanta energía que el cónsul salió de allí sangrando a chorros por la nariz.

Pero Filipo obtuvo su venganza. A propuesta suya, todas las leyes de Druso fueron anuladas con un solo *senatus consultum*. La excusa era que habían sido promulgadas en contra de los auspicios: la *lex Caecilia Didia* entraba en acción.

Druso empezó a sospechar que su vida corría peligro, por lo que procuraba salir de su casa lo menos posible. No obstante, tenía esta abierta para quienes acudían a consultarle, pues una de sus principales obligaciones era la de estar siempre disponible para prestar *auxilium* a los miembros de la plebe. Se daba la circunstancia, además, de que cuando se hizo construir su mansión en el Palatino, el arquitecto le ofreció levantar unos muros muy altos para que nadie pudiera espiar lo que hacía en su interior. Druso, que se jactaba de no tener que ocultar nada, respondió: «Si tanta habilidad tienes, edifica mi casa de tal manera que todo el mundo pueda ver lo que hago».

Precisamente en el umbral de su casa, cuando acababa de regresar del Foro, una persona camuflada entre la pequeña multitud que solía rodear a Druso lo apuñaló en un costado. El tribuno se desplomó y a las pocas horas murió. Antes de expirar se le atribuyen unas palabras que

reflejarían bien el alto concepto que tenía de sí mismo y de su misión: «Amigos y parientes, ¿cuándo creéis que volverá a tener la República un ciudadano como yo?».

La guerra social

Desde hacía tiempo, los aliados itálicos de Roma tenían la misma reivindicación: querían compartir los frutos del imperio en igualdad de condiciones, ya que en cada campaña aportaban la mitad o más de las tropas y sus jóvenes derramaban su sangre por la República.

La relación entre esos aliados y Roma había empeorado a partir del año 133, con las reformas de Tiberio Graco. En tierras italianas se requisaron bastantes terrenos que estaban siendo explotados por campesinos que no eran ciudadanos romanos para entregárselos a otros que sí lo eran. Aquello creó nuevas tensiones entre las comunidades itálicas y Roma, y muchos acudieron a la urbe para protestar contra la ley de Graco y pedir los mismos derechos que los romanos. Para evitar esta agitación, en 126, el tribuno Junio Peno propuso que se expulsara a los itálicos de la ciudad. Al año siguiente la colonia latina de Fregelas se sublevó y la revuelta fue aplastada con dureza.

Las tensiones entre los aliados y la República siguieron fermentando durante décadas. Puede que dichas tensiones estuvieran más o menos soterradas o que, simplemente, nuestras fuentes olvidaran mencionarlas. Pero es indudable que existía un profundo malestar entre los aliados, y la prueba es que la muerte de Livio Druso, el campeón de su causa, desencadenó un estallido súbito y brutal.

Al parecer, a los romanos los pilló por sorpresa. Pero no es que no se hubieran dado ciertos avisos. Por ejemplo, en el año 91, en una reunión de líderes itálicos celebrada en el monte Albano se tramó una conjura para asesinar a los cónsules del año. Si se salvaron fue porque el mismo Druso, que tenía contactos con los conspiradores, advirtió a Filipo.

Ahora, tras la muerte de Druso, los aliados pensaron que por las buenas no obtendrían nada y decidieron ir directamente a la guerra. Como se solía hacer en tales casos, los pueblos rebeldes negociaron primero

entre ellos en secreto e intercambiaron rehenes entre sí como garantía de lealtad a la nueva coalición. Eso estaba prohibido de manera tajante por Roma, que había organizado su alianza de una forma absolutamente centralizada: si se dibujara un diagrama para representarla, habría líneas rectas a modo de radios uniendo a cada comunidad con Roma, pero ninguna línea transversal enlazando esas comunidades entre sí.

Cuando los romanos empezaron a sospechar lo que ocurría, enviaron emisarios a las diversas ciudades para que averiguaran qué se estaba tramando. Uno de ellos fue el pretor Quinto Servilio, que, al enterarse por un informante del intercambio de rehenes, viajó a la ciudad de Ásculo, situada en el Piceno. Cuando se dirigió a sus ciudadanos en tono altivo, como si fueran esclavos en lugar de aliados, estos pensaron que sus planes habían sido descubiertos. Su reacción fue drástica: no solo dieron muerte al pretor, sino también a los miembros de su séquito y a todos los ciudadanos romanos que vivían en Ásculo. Como es habitual en tales casos, la codicia se sumó a los rencores enquistados, y los rebeldes saquearon las propiedades de los romanos asesinados.

La chispa de Ásculo terminó de prender la hoguera y los aliados declararon abiertamente la guerra a Roma. El nombre de este conflicto, Guerra Social, puede provocar confusión. No se trató de una lucha entre distintas clases sociales, sino de un enfrentamiento instigado por las élites de los pueblos rebeldes contra la élite romana. En este caso, el adjetivo «social» deriva del término latino *socii*, «aliados», así que una denominación quizá más correcta sería Guerra de los Aliados.

No todos los pueblos de Italia se sublevaron contra Roma. La revuelta se centró sobre todo en las regiones montañosas del centro y el sur de Italia, en torno a dos núcleos: el marso, situado en la parte central, y el samnita, al sur. Para coordinarse, los rebeldes situaron su capital en la ciudad de Corfinio, situada en un cruce de las rutas que unían a marsos y samnitas.

Como muestra de sus intenciones, los aliados rebautizaron Corfinio con el nombre de Italia. También establecieron un senado formado por quinientos representantes de las ciudades confederadas y acuñaron sus propias monedas. Algunas de estas se conservan, y son muy significativas: en ellas aparece un toro que representa a Italia corneando a la loba romana y con el miembro erecto como si fuera a violarla.

La nueva alianza podía movilizar a unos cien mil hombres, que se organizaban en unidades y combatían con tácticas prácticamente iguales que los romanos. Durante el primer año de la guerra, el 90, consiguieron tomar por sorpresa a los ejércitos de la República y les infligieron varias derrotas. Resultaba paradójico, porque lo que deseaba la mayoría de los rebeldes —exceptuando a los samnitas, que guardaban un odio ancestral por los romanos— no era destruir Roma, sino incorporarse a ella como miembros de pleno derecho.

Los romanos lo acabaron entendiendo; aunque más bien tarde, como suele suceder. En octubre del año 90, el cónsul Lucio Julio César promulgó una ley por la que se concedía la plena ciudadanía romana a todos los aliados que habían permanecido leales, pero también a quienes abandonaran las armas en un breve plazo de tiempo. Debido a esta norma y a otras que la ampliaron, los sublevados fueron perdiendo efectivos rápidamente: las comunidades que se pasaban al bando romano engrosaban los ejércitos de la República con sus propias tropas, de modo que diez mil hombres que abandonaban la alianza rebelde significaban de pronto una diferencia de veinte mil a favor de Roma.

Aun así, la guerra se prolongó durante los años 90 y 89, y dio coletazos hasta el 88. Dada la gravedad de la situación, Roma había movilizado a todos sus hombres disponibles, de modo que Sila tuvo que servir como legado a las órdenes del cónsul del año 90, Lucio Julio César. Al principio de la campaña no llevó a cabo grandes cosas. Pero al acercarse el final del año, el azar hizo que rematase una operación que había iniciado precisamente su rival Mario.

El veterano general, que había cumplido ya los sesenta y siete años, se había convertido en comandante de las tropas del norte después de que el cónsul Rutilio Lupo muriera en una emboscada junto al río Liris y su legado cayera en una trampa que le tendió el líder enemigo, Popedio Silón. Este intentó que Mario se enfrentara a él en campo abierto, enviándole mensajes desafiantes: «Si de verdad eres tan gran general, Mario, baja a campo abierto a luchar conmigo». A lo que Mario, siguiendo la prudente táctica de Fabio Máximo en la guerra contra Aníbal, contestaba: «Si tú eres tan buen general, oblígame a combatir aunque no quiera».

Sin embargo, en la operación mencionada, Mario no tuvo más remedio que luchar, pues una tropa de rebeldes marsos atacó a sus hombres. Los romanos consiguieron repeler la ofensiva y poner en fuga a

los marsos, que se internaron en una extensa zona de viñedos separados por tapias. Mario, prudente o tal vez lento de reflejos por la edad, dio orden de no perseguir al enemigo.

Al sur del viñedo se encontraba acampado Sila, que al ver la desbandada de los marsos desplegó a sus hombres y los atacó. Como resultado de las dos batallas, murieron más de seis mil enemigos y muchos más huyeron abandonando las armas sobre el terreno. Esta fue la última colaboración —si bien parece que fortuita e involuntaria— entre Mario y Sila.

Después de este éxito, Sila adquirió más protagonismo en las operaciones del año 89. Al principio sirvió bajo el nuevo cónsul, Porcio Catón. Pero cuando este pereció en combate, Sila se hizo cargo de sus tropas, y a partir de ese momento fue cosechando éxitos en Campania y en el Samnio. En cambio, Mario no conseguía ninguna victoria que le diera lustre. Al final, amargado, decidió renunciar al mando alegando que el cuerpo no le daba más de sí; algo que seguramente era cierto.

No todo fueron luces en las campañas de Sila. Aunque sus hombres lo recompensaron con la corona de hierba, también lo pusieron en un brete cuando asesinaron al legado Albino Postumio con palos y piedras. En lugar de sancionarlos, Sila dejó correr el asunto asegurando que sus hombres, por temor al castigo, lucharían a partir de ese momento con más valor para ganarse su benevolencia. Quizá no fue capaz de localizar a los culpables individuales, o es que odiaba a Postumio y no quería compartir el mando con él. Pero aquella lenidad manchó su reputación y justificó a los críticos que decían que Sila se ganaba a sus hombres no con el ejemplo, sino dejándoles manga ancha.

Tras los primeros reveses, los romanos iban reduciendo poco a poco a los rebeldes, actuando tanto en lo político como en lo militar. En el año 89 se aprobaron nuevas leyes que concedían la ciudadanía a más aliados, lo cual hace pensar que, si hubieran actuado así antes, podrían haberse ahorrado esa guerra fratricida.

Por otra parte, en noviembre cayó una de las principales fortalezas rebeldes, Ásculo. El general que la tomó fue el cónsul Pompeyo Estrabón, que la arrasó y masacró a sus habitantes en venganza por lo que habían hecho con sus convecinos romanos al principio de la guerra. La matanza no debió turbar sus sueños, pues Pompeyo Estrabón no era conocido

precisamente como un alma caritativa; sus propios soldados lo temían más que respetaban. Entre los jóvenes que servían con él se encontraban tres personajes que con el tiempo se convertirían en protagonistas importantes de la historia de Roma: su hijo Cneo Pompeyo, Lucio Catilina y Marco Tulio Cicerón. Sin duda este último, hombre poco marcial, se sintió horrorizado por la matanza de Ásculo.

El conflicto aún se mantuvo un tiempo con algunos focos encendidos, como la ciudad de Nola, cerca de Nápoles, que resistía el asedio de las tropas de Sila. Este, dejando allí varias legiones, regresó a Roma a finales del año 89 para presentarse a las elecciones como cónsul. De todos los generales que habían servido en la Guerra Social, él era quien podía presentar mejor hoja de servicios; desde luego, muchísimo mejor que la de Mario, lo que sin duda colmaba de satisfacción a Sila. Como bono a favor para los votantes, había humillado en varias batallas a los enemigos más odiados de todos, los samnitas.

Esta vez no se produjo un primer intento fallido, como le había ocurrido con el cargo de pretor. A los cincuenta años, una edad relativamente tardía, Sila se convirtió en cónsul. Había vuelto a poner a su rama familiar en lo más alto del *cursus honorum*. Ahora, si todo iba bien, podía alcanzar logros aún mayores. La Guerra Social había distraído los recursos y la atención de la República, pero ya era hora de volver los ojos a Oriente. Allí, el expansionismo agresivo del rey Mitrídates exigía una respuesta.

Sila sabía que aquella sería una guerra como las de principios del siglo II, en la que podría conseguir la gloria y, al mismo tiempo, un botín mucho mayor que el que Mario había arrancado a cimbrios y teutones. Cuando el senado le asignó el mando de esa campaña —el otro cónsul, Pompeyo Rufo, se encargaría de apagar los últimos rescoldos de la rebelión aliada—, Sila se las prometió muy felices. Demostrando que la diosa Fortuna le sonreía, ese mismo año se casó con Cecilia Metela, viuda de Escauro, el *princeps senatus*, e hija del pontífice máximo. De vivir en el bajo de un bloque de apartamentos y emborracharse con actores y prostitutas, había pasado a formar parte de la élite de Roma, la ciudad más poderosa del mundo.

Poco podía sospechar Sila que las cosas se le iban a complicar. Y mucho.

Pero antes de continuar con él, debemos viajar al este para averiguar qué se cocía, o más bien qué hervía en Asia Menor.

Mitrídates, el enemigo

El personaje al que debía enfrentarse Sila era ya una leyenda en vida; en buena parte, porque él se había esforzado para que así fuese. Según cuenta Justino (37.2), el año en que fue engendrado Mitrídates apareció un cometa que brilló durante setenta días y arrastraba una cola tan larga que ocupaba una cuarta parte del firmamento. Del mismo modo, cuando quince años después empezó a reinar volvió a contemplarse otro cometa tan espectacular como el primero.

Los antiguos solían ver a los cometas como heraldos de desastres. En este caso, gracias a la propaganda del propio Mitrídates se consideraron indicios de su futura grandeza. ¿Llegó esta propaganda tan lejos como para inventar incluso la existencia de dichos cometas?

Esa ha sido la opinión de algunos historiadores desde hace tiempo. Sin embargo, las observaciones de los astrónomos de la corte de la dinastía Han en China confirman que en 135 y 119 aparecieron dos cometas que brillaron durante unos dos meses entre finales del verano y el otoño. En concreto, el cometa de 135 apareció en la constelación de Pegaso, lo cual explica por qué Mitrídates escogió a este caballo alado como emblema personal.

La forma más correcta de su nombre es Mitrádates, que significaría «regalo de Mitra»; por comodidad, utilizaré la forma más conocida en español. Él fue el sexto monarca de tal nombre en el Ponto y el octavo sucesor del primer Mitrídates, el llamado *Ktistés* o Fundador, que se independizó del gran reino seléucida hacia el año 280.

Mitrídates aseguraba asimismo que era el decimosexto descendiente del gran rey Darío de Persia y que por sus venas corría sangre de Alejandro Magno. A este lo imitaba de forma consciente en los retratos que hacía acuñar en sus monedas, y para reforzar ese vínculo simbólico se hizo con un manto que había pertenecido al rey macedonio.

La grandeza era una obsesión en Mitrídates, y todo en este personaje *bigger than life* resultaba desmesurado. Para empezar, él mismo. Tenía una gran estatura, cercana a los dos metros, como se podía comprobar por las armaduras que consagró en Nemea y en Delfos. Su resistencia física le permitía cabalgar ciento ochenta kilómetros en una sola jornada cambiando de monturas, y gracias a sus enormes manos y a su fuerza descomunal llegó a manejar las riendas de carros tirados por dieciséis caballos.

Su mente privilegiada se hallaba a la altura de su cuerpo. En Sínope, donde se crió, recibió una esmerada cultura griega, pero también se educó en las tradiciones iránias. Se decía de él que dominaba más de veinte idiomas y que se relacionaba con los diversos pueblos de su reino sin recurrir a intérpretes.

En estas descripciones había mucho de hipérbole, sin duda. Todo indica que era un hombre de gran tamaño, pero es posible que enviara a los santuarios griegos unas armaduras mayores de lo que le correspondían para impresionar a quienes las contemplaban, imitando un truco del que se había servido Alejandro Magno durante su campaña india. Sobre el carro, parece que la historia original hablaba de diez caballos, no de dieciséis. (La anécdota era tan popular que el emperador Nerón intentó imitarlo en una carrera en Olimpia, unció diez caballos a su carro, no consiguió hacerse con ellos y acabó dando con los huesos en la arena). En cuanto a los idiomas, probablemente dominaba algunos y otros simplemente los chapurreaba, como tantas personas que hoy día inflan sus currículos.

Otra de las leyendas que creció en torno a Mitrídates fue la de su inmunidad a los venenos. La desconfianza que sentía hacia los tóxicos era natural, puesto que su padre, Mitrídates V, murió envenenado durante un banquete en la ciudad de Sínope. Por eso el joven príncipe se dedicó a estudiar todo tipo de fármacos, que él mismo utilizaría a su debido tiempo con las personas de las que se quería librar.

Se cuenta asimismo que sus experimentos lo llevaron a ingerir cantidades minúsculas de diversos venenos, y que después las iba aumentando progresivamente con el fin de conseguir la inmunidad. Ese proceso, debido a la fama del rey, se conoció posteriormente como «mitridatismo» o «mitridatización». ¿Se trata de algo más que una leyenda? Con dosis crecientes se pueden conseguir niveles de tolerancia cada vez

más altos para ciertos tóxicos, como por ejemplo el arsénico, o para las ponzoñas de algunos animales. Para protegerse de otros venenos, se supone que usó sus lecturas y sus experimentos con el fin de conseguir la fórmula de una triaca o antídoto general que se conoció como *mithridatium* o mitridato.^[20]

Durante los primeros años, fue su madre Laódice quien gobernó en nombre de Mitrídates y de su hermano menor, Cresto, a quien prefería. Tras un sospechoso accidente de equitación, el joven Mitrídates decidió que, si quería sobrevivir, le convenía apartarse de su madre, que estaba actuando en connivencia con los asesinos de su padre. Para ello, huyó de Sínope junto con algunos amigos fieles y pasó siete años oculto en los frondosos bosques situados en la región oriental del reino. En aquellos lugares apartados endureció su cuerpo acostumbrándolo a la intemperie y dedicándose a la caza.

Transcurridos esos siete años de iniciación guerrera —un número sospechosamente místico, como tantas cosas en su vida—, Mitrídates regresó a la corte y hacia el año 113 asumió de forma efectiva el poder. Para ello tuvo que librarse de su madre y su hermano; según algunas fuentes los mató, y según otras a su madre se limitó a encarcelarla y ella falleció por causas naturales.

El reino que había heredado Mitrídates era de por sí rico en recursos, tanto materiales como humanos. En la costa norte se hallaban las ciudades griegas como Sínope o Amastris, que poseían instituciones helenas —consejos, asambleas, arcontes— y que prosperaban gracias al comercio. Más al sur había una serie de fértiles valles fluviales que corrían paralelos a la costa por detrás de las montañas; constituían el verdadero corazón del reino, y sus habitantes eran de origen asiático, gobernados por nobles de sangre irania desde sus castillos montañoses. Gracias al clima húmedo y suave, los bosques eran muy densos, sobre todo en la zona oriental, y de ellos se obtenía una madera muy apreciada para construir barcos. El Ponto abundaba también en minerales, sobre todo en hierro, y era la tierra de origen de los afamados cálibes, que según la tradición habían sido los inventores de la metalurgia del acero.

Este reino tan interesante resultaba, no obstante, muy pequeño para las ambiciones de Mitrídates, que no tardó en mostrar sus ansias de conquista. Para empezar, se dedicó a reforzar su dominio en las orillas del mar Negro. Las primeras tierras que cayeron en su poder fueron Armenia

Menor y la mítica Cólquide. Esta última, la patria de la legendaria Medea, ofrecía entre otros recursos oro aluvial en forma de pepitas arrastradas por los ríos que bajaban de las montañas, y le abría una importante ruta comercial al mar Caspio.

Después de eso, entre 114 y 110, Mitrídates añadió a su reino las tierras del Quersoneso y el Bósforo Cimerio (actualmente, la península de Crimea y el estrecho de Kerch). El mar Negro se convirtió desde entonces prácticamente en un lago que dependía de él.

A partir de ese momento, sus rutas de expansión natural hacia el oeste y hacia el sur lo llevaban a chocar indefectiblemente contra los romanos. Mitrídates ya estaba resentido contra ellos, porque aprovechando la regencia de su madre le habían arrebatado territorios en Frigia, en el corazón de la península de Anatolia. Para él, Roma era un oscuro nubarrón en el oeste que, conociendo el destino que habían sufrido macedonios y cartagineses, no tardaría en abatirse sobre su propio reino.

El joven rey se preparó cuidadosamente. Entre 109 y 108 viajó de incógnito a Bitinia y a la provincia romana de Asia para espiar al enemigo. Allí descubrió que la mayoría de la gente odiaba a los romanos y a los itálicos —que para los asiáticos venían a ser lo mismo—, porque los identificaban con los recaudadores de impuestos y los prestamistas que les chupaban la sangre.

Ese rencor era aún más visceral en las capas inferiores de la sociedad, que vivían apenas por encima del nivel de subsistencia, y sobre todo entre aquellos que se habían convertido en esclavos por los abusos y las deudas. Mitrídates tomó buena nota de ello para el futuro, aunque tardaría todavía dos décadas en asestar su golpe devastador.

Durante unos años, aprovechando que los romanos andaban enfrascados en sus guerras contra Yugurta y los germanos, Mitrídates se dedicó sobre todo a los países que se extendían al sur de su reino, Galacia y Paflagonia, menos desarrollados que el Ponto. Después, en los 90, intentó apoderarse de Capadocia, un estado más extenso que hacía frontera con Cilicia. En esta última, como ya vimos, se encontraba Sila como propretor. Sila actuó con rapidez y expulsó a Gordio, el rey títere puesto por Mitrídates, para volver a poner en el trono al rey Ariobarzanes. Fue el primer choque serio entre Roma y el monarca del Ponto.

La tensión entre ambos se agravó en el año 90, cuando Mitrídates se atrevió a ir más lejos e invadió no solo Capadocia, sino también el reino de Bitinia, amigo y aliado de Roma. El rey no actuaba así a tontas ni a locas, sino aprovechando el estallido de la Guerra Social, que conocía bien gracias a sus contactos entre los rebeldes.

Pese a esa guerra, el senado decidió tomar cartas en el asunto y envió una comisión presidida por Manio Aquilio, que había sido colega de Mario como cónsul en el año 101 y durante su mandato había sofocado la revuelta de esclavos de Sicilia. Estaba considerado un buen militar, pero también un individuo codicioso y corrupto, y como tal había sido denunciado por sus abusos en Sicilia.

Para sorpresa y tal vez frustración de Aquilio, Mitrídates reuló sin combatir y abandonó Capadocia y Bitinia, a cuyos tronos regresaron los anteriores monarcas, Ariobarzanes y Nicomedes. Seguramente el rey del Ponto estaba pensando que, en cuanto se fueran los romanos, podría volver a invadir a sus vecinos.

Pero Aquilio le exigió una indemnización de guerra que Mitrídates se negó a pagar. Dispuesto a cobrársela de una manera o de otra, Aquilio ordenó a Ariobarzanes y Nicomedes que invadieran el Ponto.

En general, los romanos subestimaban a Mitrídates. Después de veinte años viendo cómo se retiraba una y otra vez como un perro al que se amenaza con un palo, creían que era tan cobarde o timorato como otros reyes de la zona y que obraría como Antíoco ante Popilio Lenas, cediendo sin rechistar. Al fin y al cabo, ¿no se trataba de un oriental? Los tópicos grecorromanos insistían en que los orientales eran blandos y afeminados, algo que se evidenciaba, por ejemplo, en que no vestían túnica sino pantalones.

Ariobarzanes, más prudente, se negó a llevar a cabo la invasión que le sugería Aquilio. Pero Nicomedes de Bitinia, que debía una gran cantidad de dinero a los prestamistas romanos, atravesó las fronteras del Ponto y llegó hasta la ciudad de Amastris, que saqueó, y además cerró la salida del mar Negro a los barcos de Mitrídates. Este envió a Pérgamo a su general Pelópidas como embajador para quejarse ante Aquilio por aquella incursión. La respuesta de Aquilio fue cargar de cadenas a Pelópidas y enviarlo de vuelta con su rey con la orden de que no se atreviera a presentarse de nuevo ante él.

Cuando Pelópidas regresó al Ponto, Mitrídates lanzó una nueva invasión contra Capadocia y en el invierno de 89/88 expulsó a Ariobarzanes por cuarta vez. Luego actuó de forma prácticamente simultánea contra todos sus atacantes, Nicomedes, Casio —gobernador de Asia— y Opio —gobernador de Cilicia—.

El resultado fue un éxito total para el rey del Ponto. En cuestión de meses, logró derrotar a cuatro ejércitos. No contento con repeler las agresiones enemigas, él mismo persiguió a los invasores hasta apoderarse de Bitinia y la provincia romana de Asia. La población de esta, harta de los abusos romanos, acogió con entusiasmo la llegada de Mitrídates «el Libertador» y el «nuevo Dioniso». Muy metido en su papel, Mitrídates empezó a acuñar desde ese momento monedas en las que se proclamó a sí mismo «Grande» y «Rey de Reyes», como sus ancestros Alejandro y Darío.

Después de cuarenta años de dominación sin apenas sobresaltos, los romanos habían sido expulsados de su provincia de Asia. Las noticias llegaron a la urbe en otoño del año 89. La República, como era de esperar, declaró la guerra a Mitrídates. Pero al principio los romanos se tomaron los preparativos con cierta calma. La campaña se encomendó al cónsul del año siguiente, Sila, que en cuanto entró en el cargo empezó a organizar el reclutamiento. Debido a la Guerra Social, la República andaba tan justa de dinero que Sila incluso se vio obligado a vender tesoros que el antiguo rey Numa Pompilio había reservado para los sacrificios a los dioses, y de ellos sacaron tres toneladas de oro.

Pero lo peor estaba todavía por llegar.

Las vísperas asiáticas

En la primavera del año 88, Mitrídates envió cartas lacradas a todos los gobernadores y autoridades que había nombrado en las ciudades de Asia Menor. El plan que exponía en ellos era de una sencillez escalofriante.

Trece días después de la fecha indicada en el mensaje, los destinatarios debían llevar a cabo sus órdenes y matar a todos los residentes romanos e itálicos de Asia. No se respetaría la vida de las mujeres ni de los niños, y sus cadáveres se abandonarían a la intemperie

como pasto de perros y cuervos. En cuanto a los esclavos de esas personas, únicamente se salvarían los que hablaran otro idioma que no fuera latín. Es más, si algún siervo ayudaba a descubrir o matar a sus amos, sería gratificado con la libertad. A quien liquidara a prestamistas romanos se le condonaría la mitad de la deuda. También habría recompensas para quien denunciara dónde se escondía algún romano, y las propiedades de los muertos se repartirían al 50 por ciento entre el tesoro real y los asesinos. Si, por el contrario, alguien trataba de proteger o esconder a un romano, debía ser ejecutado.

Cuando llegó el día señalado, las órdenes de Mitrídates se cumplieron de una forma letalmente eficaz que combinó el método con el ensañamiento y el odio. Muchas personas murieron en sus casas, mientras que otras huyeron a los santuarios buscando salvación. No les sirvió de nada. Apiano cuenta cómo los efesios asesinaron a los fugitivos que se refugiaron en el templo de Ártemis, violando el recinto sagrado. Los de Pérgamo abatieron a flechazos a los que huyeron al templo de Asclepio. En Trales, un mercenario llamado Teófilo mató a sus víctimas en el santuario de la Concordia, cortando las manos a quienes se abrazaban a las estatuas de los dioses.

Escenas así se repitieron por toda la antigua provincia romana. Se dice que en un solo día, conocido por los historiadores como las «Vísperas asiáticas»,^[21] perecieron ochenta mil personas. La cifra puede estar algo exagerada, pero no creo que falle en cuanto al orden de magnitud.

Fue un acto atroz, y además se llevó a cabo contra población civil. La conducta de Mitrídates en otros casos permite pensar que tenía en su interior cierta vena de sadismo, pero ahora se trataba de una acción calculada por razones políticas. Su intención era convertir en cómplice de aquel crimen a toda la población de Asia para que, unida a él por el vínculo de la sangre derramada, ya no pudiera pasarse al bando de los romanos. Y a fe que lo consiguió, pues el rencor acumulado durante tantos años estalló con una violencia y una bajeza que, por desgracia, resultan demasiado humanas como para no comprenderlas.

Si las cosas pintaban mal para Roma, todavía tenían que empeorar. Mitrídates no se conformó con borrar la presencia romana de Asia, sino que se lanzó a la conquista de Grecia. La necesitaba por razones geoestratégicas, como primer parachoques contra una invasión romana, y también por motivos de ideología y propaganda, debido al prestigio

cultural de los griegos.

En otoño del 88, mientras los romanos continuaban con sus problemas internos, Mitrídates atacó las islas del Egeo. Una de las presas más deseadas por el rey era Rodas, donde se había refugiado Lucio Casio, procónsul de la provincia de Asia. Los rodios, prevenidos, reforzaron sus murallas y construyeron piezas de artillería para defenderse. Del mismo modo que habían resistido más de dos siglos antes el asedio de Demetrio Poliorcetes, ahora aguantaron todos los embates de la flota del Ponto.

Lesbos, por el contrario, sí cayó en su poder. Allí las tropas del Ponto encontraron a Aquilio, cuya codicia había encendido la chispa de la guerra. Lo montaron en un burro como escarnio y lo llevaron a Pérgamo. Mitrídates, que poseía un gran sentido teatral, lo hizo ejecutar en el teatro de Dioniso delante de miles de personas. Para saciar su sed de oro y castigar en su persona la codicia de los publicanos romanos, el rey ordenó que fundieran monedas en un crisol, le abrieran la boca a la fuerza y le vertieran el metal fundido por la garganta.

La invasión prosiguió, pasando de isla en isla para atravesar el Egeo. La flota pónica mandada por el general Arquelao tomó la isla de Delos a sangre y fuego. Allí murieron veinte mil personas. La cifra puede parecer inverosímil para una isla rocosa y sin agua que mide poco más de tres kilómetros cuadrados. Pero desde que Roma la convirtió en un puerto franco controlado por Atenas y por *negotiatores* itálicos, Delos había prosperado tanto gracias al comercio —sobre todo de esclavos— que buena parte de la superficie de la isla se había urbanizado. Su teatro, con capacidad para cinco mil espectadores, da idea de la población que albergaba el lugar. Después de la masacre, no obstante, Delos no volvería a ser la misma, y en algunos momentos quedó totalmente despoblada. Hoy día, según el censo de 2001, residen oficialmente en la isla catorce personas, empleadas en el yacimiento arqueológico.

En el continente, Atenas se pasó al bando de Mitrídates gracias a Aristión, filósofo epicúreo y considerado un político demagogo; esto es, líder de la facción más popular de su ciudad. Cuando Arquelao se apoderó de Atenas también se hizo con el control del Pireo, un puerto con unas defensas prácticamente inexpugnables. Desde allí pudo extender sus tentáculos al centro de Grecia y dominar la gran isla de Eubea y las regiones de Beocia y Acaya. El gobernador romano de Macedonia, de quien dependía Grecia, no pudo actuar contra él porque las tribus de Dacia,

incitadas por Mitrídates, lo atacaron por aquella misma época.

La marcha contra Roma

Mientras tanto, la situación en Roma no dejaba de complicarse para Sila. Ciertamente había conseguido llegar a lo más alto al ser elegido cónsul; pero, para su desgracia, ese mismo año también se convirtió en tribuno de la plebe Sulpicio Rufo, un individuo cuya personalidad lo hacía heredero de los Graco o del mismo Saturnino.

Como resultado de la Guerra Social que ya casi había concluido, muchos pueblos itálicos habían conseguido la ciudadanía romana. Sin embargo, a sus habitantes los habían inscrito en ocho nuevas tribus. Como las tradicionales eran treinta y cinco y las votaciones se hacían por bloques enteros contando cada tribu como un solo «sí» o un solo «no», a la hora de la verdad casi todo solía estar decidido antes de que les llegara el turno de votar a las últimas ocho tribus donde se aglomeraban los aliados.

Sulpicio propuso que los nuevos ciudadanos fueran repartidos dentro de las treinta y cinco tribus de toda la vida, de modo que su peso fuera equitativo. Ambos cónsules se opusieron a él, aunque uno de ellos, Pompeyo Rufo, era amigo suyo.

Buscando otras alianzas, Sulpicio se volvió hacia Mario y los équites. Entre los jóvenes de esta clase reclutó una especie de ejército privado al que llamó «el antisenado». Como favor adicional al orden ecuestre, presentó una ley para que los senadores que tuvieran deudas de más de dos mil denarios fueran expulsados de la cámara: era un golpe al senado y al mismo tiempo un favor a aquellos équites a los que se debía dinero.

Por supuesto, Sulpicio no podía evitar que el senado se opusiera a sus medidas, de modo que decidió imitar a otros tribunos como Saturnino o los hermanos Graco y llevó sus propuestas a la asamblea del pueblo. Para evitar la votación, los cónsules Pompeyo Rufo y Sila intentaron disolverla decretando un *iustitium*, una suspensión temporal de todos los negocios públicos.

Sulpicio no se amilanó y se presentó con seguidores armados

mientras los cónsules estaban delante del templo de Cástor y Pólux celebrando una *contio* (una asamblea informativa, no legislativa, para entendernos). Se desató una sangrienta batalla en pleno Foro en la que perdió la vida el hijo del cónsul Pompeyo. Este se escabulló como pudo, y el mismo Sila tuvo que huir y se refugió nada menos que en la casa de Mario.

¿Fue casualidad o buscó a Mario sabiendo que poseía cierta influencia sobre Sulpicio y era el único que podía detener los disturbios? Algo debieron de negociar ambos; aunque los historiadores no cuentan qué fue, lo más probable es que Sila accediera a levantar el *iustitium* y dejar que la asamblea siguiera adelante.

Después de aquello, Sila pudo salir de casa de Mario, y se dirigió a Capua y a Nola, donde tenía al grueso de sus legiones manteniendo el asedio de la ciudad.

Roma quedó, pues, en poder de Sulpicio y su hueste privada. Cuando llegó la asamblea, no se limitó a presentar las propuestas de las que hemos hablado, sino otra que suponía una puñalada en la espalda de Sila y que los votantes aprobaron: retirarle el mando de la campaña contra Mitridates y entregárselo a Mario.

Mario andaba a punto de cumplir los setenta y sus problemas de salud le habían hecho renunciar al generalato unos meses, durante la Guerra Social. A pesar de todo, estaba obsesionado con volver a conquistar la gloria militar para convertirse de nuevo en el primer hombre de Roma, ya que había comprobado que como político y excónsul el senado no le trataba con el respeto que merecía alguien que había sido saludado como tercer fundador de la ciudad.

Una vez que la asamblea convocada por Sulpicio otorgó el mando a Mario, ambos enviaron a Nola a dos tribunos militares con la orden de relevar a Sila, conducir las tropas al norte y entregárselas al anciano general.

Sila, al que habían pillado por sorpresa, reaccionó con rapidez. Si accedía a lo que se le exigía, toda su carrera dirigida a obtener el consulado habría sido en vano. Imaginemos a un hombre de cincuenta años recapitulando sobre su vida anterior y descubriendo que de pronto todo carecía de sentido y que su trayectoria se podía resumir en una

palabra.

Fracaso.

Hay que añadir que, si Sila renunciaba a sus tropas, su vida probablemente corría peligro. De todas formas, el motivo principal para lo que hizo no fue su seguridad personal, sino su honor.

Sila convocó a sus soldados a una asamblea y les expuso la situación. Manipulándola a su manera, evidentemente. Les aseguró que no solo le iban a arrebatar a él el mando de la guerra contra Mitrídates —lo cual era cierto—, sino que Mario estaba dispuesto a licenciarlos a ellos para llevar a cabo su campaña con soldados diferentes —algo que ya resultaba más difícil de demostrar—. Serían otros hombres y no ellos, les dijo, quienes vengarían los crímenes de Mitrídates, quienes conquistarían la gloria y, sobre todo, un botín como no se había visto en Roma desde hacía mucho tiempo.

¿Estaban dispuestos a ello?

«¡No!», fue el clamor unánime de los soldados.

Los oficiales, por su parte, asustados ante lo que se avecinaba, abandonaron a Sila. Únicamente se quedó con él el cuestor Licinio Lúculo, uno de sus hombres más fieles. En cualquier caso, la espantada de los oficiales no era tan importante, puesto que los centuriones, los auténticos profesionales del ejército, podían hacerse cargo perfectamente de las cohortes e incluso, en el caso de los primipilos, de las legiones.

Cuando llegaron los dos tribunos enviados por Sulpicio y exigieron a Sila que les entregara las *fasces*, las tropas los apedrearon hasta matarlos. Después, representantes de los propios soldados le pidieron a Sila lo que este ya había imbuido en sus cabezas y que veía como la única solución:

Marchar contra Roma.

Aquello era inconcebible, algo que jamás había ocurrido en la historia de la ciudad. En los primeros tiempos de la República, Coriolano había tratado de atacar Roma, pero al frente de un ejército enemigo, no de legiones formadas por romanos.

Para muchos autores, el hecho de que los soldados estuvieran

dispuestos a seguir a Sila era una consecuencia lógica de las reformas que habían empezado con Mario y que habían profesionalizado hasta cierto punto el ejército: los legionarios, pensando en el botín presente y en unas tierras futuras a modo de jubilación, eran más leales al general que les podía conseguir ambas cosas que a la misma República.

Es una interpretación verosímil, pero no la única. Por una parte, los soldados no eran leales por igual a *todos* los generales. Así se demostró durante los años siguientes, cuando tropas de ejércitos diversos desertaron en masa abandonando a sus mandos para pasarse al bando de Sila.

Es evidente que Sila se ganaba a sus hombres gracias a su carisma y a su talante cercano. Pero también gracias a algo que se suele pasar muy alto: a que era un gran general. Los soldados bajo su mando podían confiar más que los de otros jefes en que con él ganarían batallas, lo que se traducía en las dos prioridades fundamentales de los soldados de casi todas las épocas: mantenerse con vida y conseguir botín.

Al dirigirse a la urbe con legiones armadas, Sila parecía estar saltándose todas las normas divinas y humanas. Pese a ello, él podía aducir que en Roma había dejado de imperar la ley, puesto que dos cónsules habían tenido que huir del Foro para salvar la vida y la violencia y el matonismo se imponían en las calles. Cuando le salió al paso una delegación encabezada por los pretores Bruto y Servilio y le preguntó la razón por la que marchaba contra su patria, Sila contestó con sincera convicción: «Para liberarla de sus tiranos».

Los soldados de Sila, demostrando hasta qué punto apoyaban a su jefe, atacaron a los lictores de ambos pretores y les rompieron las *fascas*, mientras que a ellos dos les arrancaron a jirones las togas senatoriales. Cuando Bruto y Servilio regresaron a Roma y se presentaron sin los símbolos visibles de su *imperium*, cundió el pánico.

Mientras Sila proseguía su avance con seis legiones completas, unos treinta y cinco mil hombres, Mario y Sulpicio trataron de organizar la defensa de la ciudad. No se trataba de un asunto fácil: por falta de amenazas cercanas, las murallas de Roma no se encontraban en buen estado y era dudoso que resistieran un asedio. De momento, Mario y Sulpicio tomaron represalias contra algunos amigos de Sila, a los que dieron muerte. Los demás huyeron de la ciudad y se unieron al ejército

sublevado, incluido su colega de magistratura Pompeyo Rufo.

Sila debía de albergar dudas sobre lo que iba a hacer. Aunque lograra vencer a sus enemigos, ¿cómo lo verían los romanos? ¿Como un libertador o más bien como un tirano peor que Mario y Sulpicio?

Según contó él mismo en sus memorias, su confianza creció cuando se le apareció en sueños Ma, una divinidad a la que había conocido en Capadocia y que los romanos identificaban con Belona, diosa de la guerra. Ma le puso en la mano un relámpago, como si de un nuevo Júpiter se tratara, nombró a sus enemigos uno por uno y les dijo que los aniquilara. Él así hizo, y todos desaparecieron. Al despertar se sintió mucho más seguro de lo que iba a hacer, y así se lo contó a Pompeyo Rufo. Incluso encargó que le grabaran en un sello el momento en que Ma le entregaba el relámpago.

¿Era sincero Sila o se había inventado aquello? Todo en su vida induce a pensar que creía ser un elegido de los dioses, en particular de Ma-Belona y de Apolo. Al fin y al cabo, los sueños, a su manera ilógica y desordenada, representan ante nuestra visión interior los contenidos de la mente, mezclando recuerdos antiguos con elementos de nuestro imaginario y con preocupaciones recientes. ¿Por qué no iba a soñar Sila lo que en realidad deseaba soñar, que su marcha contra Roma contaba con el beneplácito de los dioses?

El senado todavía le mandó más embajadas. Conforme se acercaba a la ciudad, el tono de los intermediarios sonaba cada vez menos amenazante y más conciliador. La cuarta llegó cuando Sila y sus legiones se hallaban en un lugar llamado Pictas, a menos de diez kilómetros de Roma.

Los miembros de la legación le dijeron que el senado había decidido por votación mantenerle todos sus derechos. Sila prometió pensárselo y ordenó a sus agrimensores que midieran el campamento como si pensara instalarse allí. Pero en cuanto partieron los enviados, mandó tras ellos un destacamento que se apoderó de la puerta Esquilina, situada en la zona este de la ciudad, y de las murallas adyacentes. Parte de esa avanzadilla incluso cruzó la puerta y se adentró en las calles, pero tuvo que retroceder cuando la gente empezó a arrojar piedras y tejas desde las azoteas.

Sila no tardó en llegar con el grueso de sus tropas. Tras dejar una

legión en la puerta Esquilina, otra en la puerta Colina al mando de Pompeyo, una tercera en el puente Sublicio y una cuarta en reserva, entró con las otras dos. Al comprobar que los defensores seguían disparando desde los tejados, él mismo tomó una antorcha en la mano y ordenó a sus hombres que prendieran fuego a los edificios y soltaran flechas incendiarias, igual que había hecho Escipión Emiliano en Cartago. Ante la amenaza, muchos ciudadanos se escondieron en las casas renunciando a la violencia y otros se retiraron hacia el centro de la ciudad.

La resistencia todavía no había terminado. Cerca del Foro, en el Esquilino, las tropas que Mario y Sulpicio habían reclutado a toda prisa se enfrentaron contra los hombres de Sila. Como señala Apiano, fue la primera vez que la lucha política, que más de una vez había ensangrentado las calles de Roma, se convirtió en una guerra formal bajo las águilas y a golpe de trompeta.

Los hombres de Sila no podían maniobrar bien por falta de espacio, lo que anulaba su ventaja numérica, de modo que empezaron a retroceder. El propio cónsul, como haría más de una vez en batallas posteriores, tomó un estandarte y se lanzó a combatir en primera fila. Espoleados por el ejemplo de su general, los soldados cargaron con fuerza y pusieron en fuga a los enemigos.

Desesperado, Mario llamó a gritos en su ayuda incluso a los esclavos que contemplaban la batalla, prometiéndoles la libertad. Al ver que nadie acudía, renunció a seguir combatiendo y huyó de la ciudad, acompañado por parte de sus seguidores.

Pese a los rumores que tildaban a sus soldados de turba indisciplinada, Sila logró contenerlos para que no saquearan la urbe, recordándoles que estaban en Roma y no en una ciudad conquistada. Para ello, hizo ejecutar en la vía Sacra a algunos a los que habían sorprendido en pleno pillaje. Después de una noche muy tensa, al día siguiente convocó a la asamblea y dijo que a partir de ese momento todas las leyes que se votaran tendrían que pasar antes por la aprobación del senado. De ese modo, esperaba domesticar de nuevo a los tribunos y evitar que se repitieran situaciones como las que había vivido desde joven y que, en su caso particular, habían estado a punto de arrebatarse la gloria.

Todas las leyes aprobadas por Sulpicio fueron revocadas. Al tribuno se le declaró enemigo público y se le condenó a muerte junto con Mario y

otros diez líderes populares; un número relativamente moderado, teniendo en cuenta el cariz que habían tomado las cosas. El único de ellos al que echaron el guante encima fue a Sulpicio, que fue descubierto y ejecutado en su villa de Laurento gracias a la traición de un esclavo. Este recibió la libertad como recompensa, y después fue arrojado por la Roca Tarpeya como castigo por su deslealtad.

¿Qué ocurrió con Mario? El viejo general había recuperado en parte su forma física, ya que desde que se le concedió el mando de la guerra se había dedicado a ir todos los días al Campo de Marte para entrenarse con los jóvenes. Eso le vino bien, pues en su huida de Roma corrió mil peripecias que darían para una novela entera. Tras llegar a Ostia tomó un barco hacia el sur, pero una tormenta le obligó a tomar tierra en el promontorio conocido como monte Circeo. Durante días vagó por esas tierras sin apenas alimentos, acompañado únicamente por unos cuantos partidarios a los que trataba de animar asegurándoles que, según una profecía, todavía estaba destinado a conseguir un séptimo consulado.

Al llegar a las cercanías de la ciudad de Minturnas, les salió al paso un escuadrón a caballo que los andaba buscando. Mario y sus compañeros huyeron a la playa, y al ver dos barcos mercantes que navegaban cerca de la costa se arrojaron al agua y nadaron hasta ellos. Los acompañantes de Mario lograron escapar en una nave, pero los tripulantes de la otra, por temor de los perseguidores, llevaron a Mario a la orilla y lo abandonaron en la desembocadura del río Liris con algunas provisiones.

El vencedor de los cimbrios y los teutones, el gran Mario —a punto de cumplir los setenta, no lo olvidemos—, se encontraba ahora completamente solo. Tras atravesar las marismas y pantanos de la región, un lugar insalubre y plagado de mosquitos, llegó a la cabaña de un anciano, que lo escondió en un agujero junto al río y lo camufló echándole cañas por encima. Pasado un rato, Mario oyó ruidos que provenían de la choza y supo que sus perseguidores estaban casi encima de él. Abandonando sus ropas, salió del agujero y se zambulló en las aguas cenagosas del pantano para huir a nado. Allí lo atraparon y, desnudo como estaba, lo llevaron a Minturnas y lo confinaron en casa de una mujer llamada Fania.

Los magistrados de la ciudad sabían que Mario se había convertido en enemigo público y que su deber era ejecutarlo. Pero nadie en la ciudad

estaba dispuesto a ser su verdugo, hasta que un soldado de caballería de origen cimbrío, que sin duda guardaba cuentas pendientes con él, se presentó voluntario para la tarea.

Acero en mano, el cimbrío entró en la casa, que se hallaba en penumbras. Al acercarse al jergón sobre el que reposaba Mario, este se levantó, y al cimbrío le pareció ver que de los ojos del viejo general brotaban chispas sobrenaturales. «¡Tú! —exclamó Mario—. ¿Vas a atreverte a matar a Cayo Mario?».

El vencedor de Aquae Sextiae y Vercelas conservaba todavía una presencia tan imponente que el cimbrío, preso de un terror supersticioso, salió corriendo de la casa sin dejar de gritar: «¡No puedo matar a Cayo Mario! ¡No puedo matar a Cayo Mario!».

Aquello conmovió a la gente de Minturnas. No olvidemos que tenían en su ciudad a una leyenda viviente, al hombre que había salvado a Roma e Italia del peligro más grave desde los tiempos de Aníbal. Alguien así, a sus ojos, irradiaba un brillo y un poder similar al de un dios, por lo que matarlo era una especie de sacrilegio.

Para comprender hasta qué punto lo veían así, cuando lo llevaban hacia el mar para embarcarlo en una nave con provisiones, los habitantes de la ciudad se toparon con la tesitura de perder tiempo rodeando el bosquecillo sagrado de Marica, lo que podía significar que aparecieran los perseguidores de Mario. Un anciano dijo en ese momento: «¡Ningún camino está prohibido si sirve para salvar a Mario!». Aquello hizo que todos vencieran sus escrúpulos religiosos, atravesaran la arboleda y llevaran a Mario hasta la nave.

Así llegó Mario a la pequeña isla de Enaria, la actual Isquia, en el golfo de Nápoles, donde se reunió con sus anteriores compañeros de viaje. De allí, tras nuevas aventuras, arribó a tierras de Cartago, pero el gobernador Sextilio lo expulsó como enemigo público. Mario volvió a huir y se dirigió a Cercina, un pequeño archipiélago situado en el golfo de Túnez. En aquel lugar se reunió con su hijo Mario, que había escapado de Numidia después de tener su propio romance novelesco con una de las concubinas del rey Hiémpsal.

Mientras Mario sufría todas estas tribulaciones, Sila se dedicó a hacer reformas en Roma para recortar el poder de la asamblea de la plebe

y evitar que una situación como la de Sulpicio se volviera a repetir. Pero cuando llegó el momento de presidir las elecciones a cónsul para el año 88, comprendió que, pese a sus legiones, el poder que mantenía en Roma era precario. El candidato al que apoyaba, Servilio Vatia, fue rechazado por los votantes. Los dos elegidos fueron Cneo Octavio y Lucio Cornelio Cinna. Este, sobre todo, era declarado enemigo de Sila y seguidor de Sulpicio y Mario.

Sila aceptó los resultados a regañadientes. Actuar contra Mario, que era un ciudadano privado, y contra Sulpicio, un tribuno de la plebe, era una cosa. Utilizar a sus tropas contra dos cónsules electos otra bien distinta.

Lo cierto era que se hallaba en un brete. La situación en Oriente era cada vez más grave. Mitrídates tenía en su poder Asia Menor y buena parte de Grecia. Si no lo frenaban pronto, ¿quién sabía de qué sería capaz? Macedonia se hallaba en peligro, y tal vez incluso Italia.

Sila no podía demorar su partida por más tiempo. Antes de marchar, exigió a Cinna que jurara respetar las leyes que había promulgado desde su entrada en Roma. El nuevo cónsul subió al Capitolio y, delante de testigos, agarró una piedra, la tiró y dijo en tono solemne: «Si no mantengo mi benevolencia hacia Sila, que me arrojen fuera de la ciudad del mismo modo que yo arrojo esta piedra».

Era todo lo que podía pedir Sila de momento. Había otra amenaza pendiente, un ejército situado en la comarca del Piceno y al mando de Pompeyo Estrabón, que había sido cónsul en el año 89 y mantenía un *imperium* proconsular. Sila consiguió que el senado derogara ese mandato y le entregara las tropas a su colega Pompeyo Rufo, que en pocos días iba a salir del cargo como él. Rufo era hombre de su confianza, por lo que Sila pensaba que, con aquellas legiones en territorio italiano, podría tener controlado a Cinna.

Para su desgracia, cuando Pompeyo Rufo llegó a Piceno, las tropas se amotinaron contra él y lo lincharon. Pompeyo Estrabón, tras manifestar hipócritamente su pesar por lo ocurrido, volvió a tomar el mando de aquel ejército.

Las cosas no pintaban bien para Sila. Sin embargo, no le quedaba otro remedio que partir ya, pues el *imperium* proconsular que le había

otorgado el senado valía únicamente para la campaña contra Mitrídates. Por fin, tras dejar algunas tropas en Nola con Apio Claudio para que concluyera el asedio, se dirigió a Brindisi para embarcar hacia Oriente.

Todavía no había abandonado Italia cuando un tribuno de la plebe, obedeciendo instrucciones del nuevo cónsul Cinna, presentó una acusación contra Sila por alta traición. Por el momento, no sirvió de nada, pues el poder del tribuno no alcanzaba fuera de las murallas de la ciudad y Sila, como procónsul, no podía ser juzgado. Esa era una de las pocas ventajas de las que gozaba: una vez fuera del recinto de la ciudad, un magistrado con *imperium* como él tenía menos limitaciones que en la propia Roma, e incluso poseía un poder de vida y muerte representado simbólicamente por las hachas que sus lictores introducían dentro de los haces de abedul.

Aquella acusación instigada por Cinna era un siniestro presagio de lo que le aguardaba. Pese a ello, a principios del año 87 Sila embarcó con cinco legiones, cruzó el estrecho de Otranto y se plantó en el Epiro. Que actuara así, sabiendo que tenía a un temible adversario enfrente y a sus verdaderos enemigos detrás, y que lo más probable era que su propia ciudad no le enviara refuerzos ni dinero, demuestra que se hallaba muy convencido de que era un hijo predilecto de la Fortuna.

El asedio de Atenas y el Pireo

La situación en ambas orillas del Egeo era complicada. Sila había conseguido cruzar el Adriático en naves de transporte, pero no contaba con el apoyo de una flota digna de tal nombre y apenas llevaba consigo fondos para mantener al ejército.

Lo más urgente era recuperar el control de Grecia. Sila se puso en marcha desde Tesalia y atravesó Beocia en dirección a Atenas. Cuando se acercó a Tebas, que se había declarado a favor de Mitrídates, la ciudad cambió rápidamente de bando. Sila aceptó su alianza, pero tomó nota para el futuro de lo volubles que eran los tebanos.

Mientras tanto en Atenas, el supuesto tirano Aristión ordenó reforzar las defensas. Al mismo tiempo, el general pónico Arquelao, el mismo que

había devastado la isla de Delos, se instaló con su flota en el Pireo, el puerto de la ciudad.

Cuando llegó al Ática, la comarca de Atenas, Sila decidió llevar a cabo dos cercos simultáneos. En el pasado se habría tratado de un solo asedio, puesto que en tiempos los Muros Largos, un estrecho corredor fortificado de unos seis kilómetros, unían la ciudad y el Pireo. Pero en la época de Sila las murallas se hallaban casi en ruinas y Atenas había quedado separada del mar: justo lo que quería evitar el gran Pericles cuando ordenó construirlas.

Sila empezó el doble cerco en otoño del año 87. El lugar que más le interesaba y donde concentró sus esfuerzos personales era el Pireo. La tarea se presentaba hartamente complicada. Las murallas medían casi veinte metros de altura, tanto como un edificio de cinco plantas, y estaban construidas en gruesos sillares de piedra. En su interior albergaban una pequeña ciudad dotada de un puerto grande y dos más pequeños, todos ellos protegidos por bocanas que podían cerrarse con cadenas en el remoto caso de que Sila hubiera tenido barcos para atacarlos.

Como era habitual al principio de un asedio, Sila intentó sorprender a los defensores o al menos tentar sus fuerzas, y apenas llegó envió a sus hombres al asalto con escalas y poco más. La ofensiva fracasó y perdió suficientes hombres como para darse cuenta de que iba a necesitar algo más que escalas para tomar aquellas enormes murallas.

Sila instaló su campamento principal en la zona de Eleusis, a unos veinte kilómetros de Atenas. Allí, lejos de posibles ataques enemigos, empezó a construir máquinas de asedio que luego remolcó a Atenas y el Pireo usando diez mil mulas. En ello le ayudó Tebas: aunque los tebanos fuesen poco fiables como aliados, siempre que se tratara de perjudicar a los atenienses estaban dispuestos a apuntarse, y en esta ocasión proporcionaron a los romanos hierro y catapultas ya manufacturadas.

Al mismo tiempo, Sila ordenó levantar terraplenes para llegar a la altura de las murallas. Como material extrajo de las ruinas de los Muros Largos sillares, vigas y tierra de relleno. Para el cerco de Atenas, además, taló los bosques sagrados de la Academia y del Liceo, donde en tiempos habían dado clases Platón y Aristóteles. (No fue la única acción que los griegos le echaron en cara como impía. Andaba tan corto de fondos que para mantener a su ejército tuvo que requisar los tesoros de los

principales centros religiosos de Grecia: el oráculo de Apolo en Delfos y los santuarios de Zeus en Olimpia y Asclepio en Epidauro).

Como en todos los asedios, el ejército sitiador no podía estar constantemente reunido y alerta, por lo que los defensores realizaban salidas de cuando en cuando para pillar desprevenidos a grupos de forrajeadores o para destruir las máquinas de guerra. Por suerte para Sila, disponía de sus propios informantes dentro del Pireo: dos esclavos que, por obtener su libertad o alguna otra recompensa, grababan mensajes en bolas de plomo que lanzaban con hondas al exterior, fingiendo que defendían la muralla. Así averiguaron los romanos, por ejemplo, que la infantería de Arquelao iba a hacer una salida contra los obreros que trabajaban en el terraplén al mismo tiempo que la caballería debía atacar a las tropas por los flancos. Gracias a esa sorpresa pudieron abortar la operación y matar a bastantes atacantes.

Tras levantar el terraplén, Sila hizo transportar dos bastidas o torres de asedio cuesta arriba para acercarlas a la muralla. Arquelao, a su vez, ordenó erigir otras dos torres en el interior. Sin ser colosos de cuarenta y cinco metros como la Helépolis que construyó Demetrio Poliorcetes para expugnar Rodas, esas bastidas se levantaban a gran altura y tenían varios pisos provistos de ventanas. Desde ellas, las máquinas balísticas disparaban sin cesar sobre los trabajadores del terraplén y los operarios de las máquinas romanas.

Aunque no hubiera llegado la era de la pólvora, las armas de artillería poseían gran alcance: al hablar de César y Pompeyo, veremos cómo los barcos las usaban para castigar posiciones de infantería en la costa en auténticos bombardeos mar-tierra. Algunas de estas máquinas, como las que usó Sila en este asedio, podían disparar hasta veinte grandes bolas de plomo a la vez. Sin duda, los duelos entre estas torres debían de ser espectaculares, con enormes proyectiles silbando por los aires y dejando estelas de fuego y humo a su paso.

Arquelao recibió refuerzos por mar, y decidió aprovecharlos para sacar a sus tropas y romper el cerco. El combate estuvo indeciso durante un rato, hasta que una legión que se había alejado para cortar leña apareció como refuerzo y decidió la lucha a favor de los romanos. En esa acción destacó un legado de Sila, Licinio Murena. Por parte enemiga, el propio Arquelao, en una operación en que demostró su valentía, se quedó aislado fuera de la muralla y se salvó de ser muerto o capturado gracias a

que le tiraron unas cuerdas desde el parapeto y lo izaron por los aires hasta el adarve.

Sila había comprendido que mientras las tropas de Mitrídates dominaran el mar no tendría nada que hacer: ni podía asegurar sus vías de comunicación y suministro, ni le era posible asaltar el Pireo ni, por supuesto, reconquistar las islas del Egeo o pasar a Asia Menor.

Rodas sufría sus propias dificultades y no podía enviar barcos, de modo que Sila decidió mandar a uno de sus legados, Lúculo, en una arriesgada misión para reunir naves. Lúculo, que más tarde destacaría como general en aquellas mismas tierras, partió con una flotilla compuesta por seis naves ligeras griegas. Cambiando de barcos de cuando en cuando para no ser descubierto, llegó primero a Creta, y después viajó a Cirene y Alejandría.

El tiempo de Cinna

Llegó el invierno del año 87, y con él malas noticias de Roma. Como era de esperar, Cinna se había dedicado a dismantelar todo lo que Sila había intentado construir. Para empezar, repartió por las treinta y cinco tribus a los nuevos ciudadanos itálicos tal como había propuesto el difunto Sulpicio.

La violencia regresó a las calles, en esta ocasión entre los partidarios de ambos cónsules, Octavio y Cinna. Tras varios combates callejeros y mucho derramamiento de sangre, Cinna se vio obligado a huir de la ciudad. El senado lo declaró enemigo del Estado y nombró cónsul a Lucio Cornelio Mérula, el *flamen dialis* o sacerdote principal de Júpiter.

Cinna se dirigió a Campania, donde Apio Claudio seguía al mando de la legión que había dejado Sila para tomar Nola. Por el camino se le unió Quinto Sertorio, antiguo legado de Mario y uno de los militares más dotados de su tiempo. Cuando ambos llegaron a Nola, los hombres de Apio Claudio se pasaron en masa a su bando. Como cónsul depuesto, Cinna imitó a Sila y marchó contra Roma con un ejército que se fue engrosando por el camino gracias a miles de voluntarios que se sumaban a sus filas, muchos de ellos antiguos aliados itálicos y ahora nuevos ciudadanos a los

que sus medidas favorecían.

Al mismo tiempo, un viejo conocido apareció en liza. Al enterarse de lo que estaba ocurriendo en Italia, Mario y sus seguidores abandonaron su retiro en África y desembarcaron en tierras etruscas. Allí, Mario ofreció la libertad a todos los esclavos que abrazaran su causa y emprendió el camino hacia Roma, que ahora se veía amenazada simultáneamente desde el norte y desde el sur. El antiguo salvador de la República, lleno de un odio salvaje por sus enemigos, llevaba ropas raídas y no se había cortado el cabello ni la barba desde que lo expulsaron de Roma, lo que le confería un aspecto aterrador.

Cinna y Mario se aliaron de nuevo, pero Mario demostró enseguida que las operaciones militares corrían a su cargo. Tras tomar Ostia y apoderarse de las naves cargadas de grano, avanzó hasta el Janículo, el monte que dominaba la margen oeste del Tíber, y asedió Roma. El hambre obligó a los sitiados a capitular, y enviaron una delegación a Cinna y a Mario proponiéndoles abrirles las puertas siempre que mostraran clemencia con los ciudadanos.

Cinna pareció aceptar, pero no sirvió de gran cosa. La entrada de ambos en la ciudad se convirtió en un baño de sangre. Durante cinco días y cinco noches, los invasores dieron rienda suelta a su furia y saquearon la ciudad, dando muerte a los enemigos de Mario y de Cinna. Al cónsul Octavio, que se había negado a abandonar la ciudad, le cortaron la cabeza y se la llevaron a Cinna. Este la clavó a la Rostra, el estrado de los oradores en pleno Foro, una bárbara costumbre que se repetiría desde entonces en varias ocasiones.

No fue Octavio el único noble romano que encontró la muerte. También cayeron el célebre orador Marco Antonio, Publio Craso y Lucio César, todos ellos excónsules. Mario no respetó tan siquiera a su colega en el mando en la batalla de Vercelas, Lutacio Catulo, quien al saber que le esperaba la muerte llenó una habitación de carbones encendidos, cerró las ventanas y murió asfixiado por los gases. Sila se salvó porque estaba en Grecia, pero se le declaró enemigo público, sus propiedades fueron confiscadas y los seguidores de Mario incendiaron su casa. A esas alturas, su esposa Metela había huido ya de la ciudad con sus dos hijos.

Los desmanes más terribles los cometían los llamados «bardieos», esclavos liberados que servían como guardaespaldas de Mario y que

asesinaban obedeciendo sus órdenes o, a veces, un simple cabeceo de su barbilla. Pero sus tropelías no se limitaban a esto, sino que entraban a asaltar casas, asesinaban a los hombres y violaban a sus mujeres delante de sus hijos. Finalmente, el propio Cinna decidió tomar cartas en el asunto y mandó a Sertorio con tropas que sorprendieron a los bardieos durmiendo en el campamento y acabaron con aquella plaga.

En cuanto a Mario, estaba decidido a cumplir la profecía y convertirse en cónsul por séptima vez, de modo que se hizo elegir con Cinna como colega. A estas alturas, la mente del vencedor de los cimbrios se había desquiciado; quién sabe si por las privaciones sufridas durante su huida, por el odio, por la edad o por una mezcla de todo. Según Plutarco, empezó a sufrir pesadillas y terrores nocturnos, y pensando en que Sila pudiera regresar oía en sus sueños un hexámetro que repetía: «Temible es la guarida del león aunque esté ausente» (*Mario*, 45).

El miedo y la obsesión le impedían dormir bien, de modo que bebía y se emborrachaba en juergas poco apropiadas para un septuagenario; algo de lo que dio testimonio el gran filósofo y científico Posidonio, que a la sazón visitaba Roma y se entrevistó con él.

Durante uno de esos banquetes, Mario se dedicó a repasar su vida delante de sus amigos. Tras reflexionar sobre las grandes mudanzas que había sufrido su fortuna, les dijo que no le parecía sabio confiar por más tiempo en la suerte. Después se metió en cama para no levantarse más, y murió siete días más tarde. El término que utiliza Plutarco para su enfermedad es «pleuritis», una inflamación de la pleura. Considerando su edad, los abusos cometidos y la prolongada inmovilidad en la cama, es muy verosímil que se le encharcaran los pulmones.

Un final triste para el hombre que había salvado a Roma. Si se hubiera retirado de la política después de su victoria en Vercelas, el veredicto de la historia sobre Cayo Mario habría sido mucho más positivo. Como político, no supo estar a la misma altura que como general. O no le dejaron: si sus colegas senadores lo hubieran respetado como tanto deseaba, si hubieran admitido que aquel *homo novus* se convirtiera en censor o incluso en *princeps senatus*, tal vez Mario se habría conformado con mantenerse en el honroso segundo plano de una vieja gloria y la República se habría ahorrado muchas vidas.

O no. Los posibles futuros del pasado son tan imprevisibles como

nuestro propio porvenir.

La caída de Atenas

En invierno del año 87, aunque era una época peligrosa para la navegación, Metela y sus dos hijos cruzaron el mar junto con otros partidarios de Sila para reunirse con él.

Para Sila debió de ser un momento muy amargo cuando supo que se había convertido en enemigo público, que su casa era un montón de escombros y cenizas y que muchos amigos y seguidores suyos habían sido asesinados. El doble asedio, además, se prolongaba, y para mantenerlo necesitaba unos fondos que Roma no le iba a enviar. No sería de extrañar que en las largas noches de invierno Sila se dedicara a rumiar su venganza.

Pero había asuntos más urgentes que atender. Decidido a acabar con Sila, Mitrídates envió desde Asia un gran ejército que atravesó Tracia y Macedonia para luego dirigirse hacia el sur. Por suerte para los romanos, su general, un hijo de Mitrídates llamado Ariarates, murió en Tesalia, y el ejército se demoró mientras se nombraba a su sustituto Taxiles.

Entretanto el cerco de Atenas empezaba a rendir sus frutos, aunque fuera en la siniestra forma de la hambruna. Si bien Arquelao se esforzaba por llevar provisiones a la ciudad desde el Pireo y en ocasiones lo conseguía, las tropas de Sila abortaban la mayoría de sus intentos. Pronto el escaso trigo que quedaba en Atenas empezó a venderse a precios desorbitados. Algunos hervían sus propios zapatos para comerse el cuero, otros intentaban sustentarse con los hierbajos que crecían en la Acrópolis y los más desesperados incluso cayeron en el canibalismo.

La gente empezó a murmurar contra Aristión. Este intentó negociar la paz, pero Sila se negó, sobre todo cuando los oradores de la comitiva pretendieron darle una lección de historia. De creer a Plutarco, había algo personal en el rechazo de Sila, ya que Aristión se dedicaba a lanzarle pullas desde las murallas, metiéndose con las manchas rojas que le salían en la cara y comparándolo con un pastel de harina salpicado de moras. Aunque no suene demasiado convincente como motivo, resulta un pasaje

interesante por la descripción física de Sila.

A finales de febrero del año 86, a los romanos les llegó información de que había un punto débil en la muralla de Atenas, la zona del Heptacalcón, entre la puerta Sagrada y la del Pireo. Sin perder tiempo, el 1 de marzo Sila envió hombres con escalas mientras otros atacaban la muralla. Los defensores se hallaban tan debilitados por el hambre que apenas pudieron oponer resistencia.

Los romanos entraron con gran estruendo de trompetas y mataron y saquearon a su antojo hasta el punto de que, en un tono algo hiperbólico, Plutarco cuenta que por el barrio del Cerámico corrían ríos de sangre. Muchos atenienses se dieron muerte a sí mismos por temor a los romanos. No es de extrañar si conocían aquel pasaje de Polibio en que explicaba cómo los romanos, cuando tomaban una ciudad enemiga, despedazaban incluso a los perros.

Los indicios arqueológicos señalan que Atenas sufrió enormes daños en aquel asalto final. En el año 480 había conocido una gran destrucción material cuando la tomaron los persas; pero en aquella ocasión la ciudad se hallaba prácticamente desierta y únicamente murieron los testarudos defensores de la Acrópolis. Después, en 404, cuando se rindió tras un largo asedio, sus habitantes se salvaron de la matanza indiscriminada que proponían los tebanos y los corintios gracias a la generosidad de los espartanos, que alegaron que una ciudad que había combatido contra el invasor persa no merecía ser destruida.

Eso mismo salvó ahora a Atenas de una masacre peor. Cuando varios senadores y exiliados griegos rogaron a Sila que detuviera la carnicería, el procónsul contuvo a sus hombres y declaró que, en honor de los antiguos atenienses y de sus grandes gestas, perdonaba a los vivos a cuenta de los muertos. En cualquier caso, Atenas nunca se recuperó de aquel golpe ni volvió a actuar como estado independiente.

En cuanto a Aristión, él y unos cuantos seguidores se refugiaron en la ciudadela de la Acrópolis, que era prácticamente inexpugnable. Por si acaso, antes de subir, Aristión ordenó quemar el Odeón, un monumento de los tiempos de Pericles, con el fin de que los romanos no aprovecharan sus vigas para construir máquinas de asedio. Sila encargó a uno de sus oficiales, Curión, que cercara la Acrópolis, y se concentró a partir de ese momento en la segunda presa, el Pireo, mucho más difícil de conquistar y

más importante estratégicamente.

Allí, en la muralla, se habían producido combates constantes que Apiano narra de una forma casi cinematográfica, basándose con toda probabilidad en las memorias de Sila. Cuando el terraplén llegó por fin a la altura del muro, los romanos llevaron encima las máquinas de asalto. Pero los defensores no se quedaron mirando mano sobre mano, sino que abrieron galerías por debajo de su propia muralla y se dedicaron a sacar tierra de debajo del terraplén enemigo.

El gran talud empezó a hundirse de repente. Los romanos, percatándose de lo que sucedía, retiraron las máquinas y rellenaron de nuevo el terraplén. Después imitaron a los enemigos y perforaron túneles hacia la muralla. Llegó un momento en que los hombres que excavaban por ambos bandos se encontraron bajo tierra. En aquellas galerías angostas y oscuras como toperas se libró un siniestro combate a punta de lanza y espada.

Entretanto, los romanos habían vuelto a acercar las máquinas y empezaron a batir las murallas con los arietes, hasta que un lienzo se desplomó. Por la brecha se colaron asaltantes que dispararon andanadas de proyectiles incendiarios contra la torre enemiga más cercana, al mismo tiempo que los soldados más valientes trepaban a las alturas con escalas. Pese a la enconada defensa de los soldados de Arquelao, la torre acabó ardiendo.

Bajo tierra, los hombres de Sila habían logrado minar parte de los cimientos de la muralla, que ahora se sostenía únicamente sobre vigas de madera atravesadas en el vacío. Los zapadores romanos llenaron los huecos con estopa, azufre y brea y prendieron fuego a la mezcla. La conflagración hizo que la pared se derrumbara en varios puntos, arrastrando en su caída a los hombres que combatían sobre ella. El estrépito asustó al resto de los defensores; temiendo que la parte de muro bajo sus pies pudiera colapsarse también, muchos de ellos abandonaron sus posiciones.

No obstante, al acercarse la noche, Sila comprobó que sus hombres se hallaban agotados y ordenó toque de retirada. Los defensores repararon los daños, y al día siguiente los romanos se encontraron ante un nuevo muro construido a modo de media luna. Aprovechando que el mortero estaba húmedo, decidieron atacarlo enseguida. Pero la forma cóncava de

aquella especie de baluarte invertido permitía que los defensores concentraran sus disparos desde tres puntos a la vez sobre los soldados de Sila, por lo que estos tuvieron que retirarse.

Toda esta escena que Apiano narra como si hubiera ocurrido una sola vez debió de repetirse en más de una ocasión. Después, en marzo, la caída de Atenas permitió a los romanos redoblar sus esfuerzos contra el Pireo concentrando más recursos. Sila volvió a lanzar un asalto general, con andanadas de proyectiles que barrían los muros para obligar a los defensores a agazaparse o huir del adarve, mientras los arietes protegidos por manteletes golpeaban la pared sin cesar.

El entrante en forma de media luna, que seguía húmedo, fue el primero en caer. Pero cuando los romanos penetraron por la brecha, descubrieron que al otro lado se alzaba un segundo muro, y detrás de este aún más bastiones, de modo que tomarlos se convirtió en un trabajo interminable.

Sila, no obstante, estaba decidido a culminar aquel asalto y se multiplicó entre sus hombres, animándolos a insistir en la ofensiva. Arquelao, dándose cuenta de que aquella ofensiva era propia de locos —*maniode* la llama Apiano—, decidió abandonar su posición y se retiró con sus hombres a Muniquia, un reducto incluso más inexpugnable dentro del propio Pireo y que además estaba rodeado por mar, de modo que Sila no podía atacarlo.

De todas formas, Arquelao no se quedó demasiado tiempo allí. El ejército del Ponto ya se había puesto en marcha desde Tesalia, y Mitrídates envió a Arquelao la orden de que abandonara el Pireo y relevara a Taxilas al mando de aquellas tropas.

Según Plutarco, en aquella enorme hueste había cien mil soldados de infantería, diez mil de caballería y noventa carros provistos de hoces en las ruedas. Aunque poner en duda las fuentes antiguas siempre es problemático, resulta difícil de creer un número tan elevado, principalmente por cuestiones logísticas, porque organizar a un ejército tan grande habría sido una pesadilla. Tengamos en cuenta, además, que no estaba formado por «mulas de Mario», lo que significa que por cada soldado había al menos un asistente. Si reducimos a la mitad el número de soldados, obtendremos una cifra más razonable y similar a la que movían otros ejércitos helenísticos. En cualquier caso, no deja de ser una

conjetura.

Las batallas de Queronea y Orcómeno

Cuando supo que aquel ejército venía hacia el sur, Sila decidió abandonar la comarca del Ática y dirigirse a la región vecina de Beocia. Pero antes de irse, ordenó destruir las fortificaciones del Pireo para evitar que volvieran a servir de base al enemigo. Fue otra gran desgracia para la posteridad, porque no perdonó ni tan siquiera la *Skeuotheke* o Arsenal. Aquel edificio de ciento veinte metros de longitud que unía el puerto militar al Ágora del Pireo era una obra maestra de tiempos de Alejandro diseñada por el arquitecto Filón. Como tantas obras perdidas del pasado, ahora solo podemos imaginar cómo habría sido en su momento de esplendor.

Algunos criticaron a Sila por dirigirse a Beocia, ya que allí había algunas llanuras que resultaban apropiadas para desplegar los carros y la caballería, y eso, en teoría, favorecía al enemigo. Pero Sila se hallaba convencido, como casi todos los generales romanos, de que podía vencer en campo abierto. Además, tras el prolongado asedio de Atenas y el Pireo, en el Ática apenas quedaba alimento para sus hombres y necesitaba el trigo de los fértiles llanos de Beocia.

Existía una razón más. En Tesalia había seis mil hombres al mando del legado Lucio Hortensio, un general muy competente que había venido desde Italia en algún momento después de Sila. Es posible que aquellas tropas fueran la avanzadilla del ejército que Cinna había decidido enviar a Grecia bajo el mando de su colega Valerio Flaco, el cónsul que había nombrado tras la muerte de Mario.

La intención de Cinna era que Flaco relevara a Sila como general en Grecia y Asia. Eso quiere decir que, si Hortensio era legado de Flaco, debería haberse opuesto a Sila. Pero una vez en Tesalia, Hortensio comprendió que si quería que él y sus hombres sobrevivieran, lo mejor era pasarse al bando del procónsul, por lo que le envió mensajeros para unirse a él.

Ambos quedaron en reunirse en Beocia. Gracias a los servicios de un guía que lo llevó a través del monte Parnaso, Hortensio pudo viajar por

una ruta paralela a la que seguía el ejército de Arquelao sin que los enemigos lo descubrieran. Sus seis mil soldados supusieron un refuerzo bienvenido para Sila, que veía cómo la Fortuna a la que tanto se encomendaba le guiñaba un ojo.

Cuando Arquelao llegó a Beocia, él y Sila jugaron al ratón y al gato durante tres días en una serie de complicadas maniobras con las que el general de Mitrídates buscaba cortar las líneas de comunicación romanas. Por fin, la batalla se libró en una llanura cerca de la ciudad de Queronea. Si hacemos caso a Plutarco, eran ciento diez mil pónicos contra quince mil romanos. Que fueran cincuenta mil contra treinta y cinco mil suena mucho más verosímil.

Sila colocó al grueso de su infantería en el centro y desplegó a la caballería en las alas, poniendo a su legado Murena al mando del flanco izquierdo. Hortensio y sus hombres se apostaron en la ladera que dominaba la llanura de Queronea por la parte sur. Su misión era actuar como reserva y no perder de vista la acción para acudir en auxilio allí donde fueran necesarios. Sila sabía de sobra que tendría que recurrir a las cohortes de Hortensio, porque el frente del enemigo era más amplio que el suyo. Además, Arquelao disponía de amplia superioridad en caballería e infantería ligera, unidades de gran movilidad con las que, a buen seguro, intentaría flanquear a las legiones romanas.

Apenas empezaron las hostilidades, Sila ordenó a su infantería avanzar hacia el enemigo a través de la llanura. Al tomar la iniciativa, los legionarios dejaron sin espacio al arma psicológica de Arquelao, los carros falcados. De esta manera, evitaron que adquirieran la velocidad suficiente como para que las afiladas hoces de sus ruedas sembraran estragos. En palabras de Plutarco, cuando aquellos vehículos no lograban acelerar eran tan ineficaces como un proyectil que no tiene impulso. Los hombres de Sila detuvieron la carga de los carros sin dificultad y, cuando la mayoría de los aurigas hicieron volver grupas a sus caballos, se mofaron de ellos y gritaron entre aplausos «¡Que salgan más, que salgan más!», como si se encontraran en el circo contemplando las carreras.

A continuación, la primera fila romana cargó contra el centro enemigo, compuesto por una falange de escudos apretados entre los que sobresalían las afamadas sarisas macedónicas, picas de más de cinco metros de longitud que ofrecían un espectáculo pavoroso. Pero los romanos, siguiendo el ejemplo de sus antepasados en Pidna, lanzaron sus

pila para desordenar la falange y después intentaron apartar las sarisas moviendo sus espadas de lado a lado para abrirse paso y llegar al cuerpo a cuerpo, donde los hoplitas enemigos se hallaban en desventaja. Simultáneamente, por encima de sus cabezas, sus compañeros disparaban flechas incendiarias y jabalinas, que poco a poco sembraron la confusión entre las tropas enemigas.

Mientras ambas infanterías chocaban, Arquelao estaba intentando —y consiguiendo— flanquear a Murena en el ala izquierda del ejército romano. Hortensio acudió en su ayuda con cinco cohortes, pero Arquelao mandó dos mil jinetes contra él antes de que pudiera tomar contacto con Murena y lo sorprendió al pie de la ladera, amenazando con rodearlo.

Desde el otro lado del campo de batalla, Sila divisó el peligro. Sin perder tiempo, tomó a la caballería de su ala derecha, que todavía no había trabado contacto con el enemigo, y la llevó por detrás de sus legiones para acudir en socorro de Murena y Hortensio.

Arquelao distinguió el estandarte de Sila entre la nube de polvo que levantaban los jinetes enemigos y comprendió que ahora era el flanco derecho romano el que había quedado desprotegido. Demostrando sus reflejos como general, dejó allí para luchar contra Murena a sus *khalkaspídes* o «escudos de bronce», una unidad de infantería de choque. Olvidándose por el momento de Hortensio, tomó de nuevo a su caballería y se la llevó hacia el otro extremo del campo.

¿Qué podía hacer Sila? De pronto, en medio de la polvareda, oía gritos que le llegaban de ambos lados, repetidos además por el eco de las colinas que lo rodeaban. No podía acudir a todas partes al mismo tiempo, así que decidió dejar a Hortensio con cuatro cohortes para reforzar a Murena y él mismo tomó a la otra cohorte con la caballería y acudió de nuevo a la derecha.

La llegada del general a un punto del campo de batalla siempre reforzaba la moral de los soldados que combatían allí, máxime si venía apoyado por caballería, con el efecto psicológico del tamaño combinado de corcel y jinete y el intimidante estruendo de los cascos al galopar. Al ver a Sila, los legionarios del flanco derecho cobraron nuevos ánimos, cargaron contra el enemigo y lograron romper sus filas.

Comprendiendo que era el momento decisivo, ese instante en que un

último esfuerzo logra desequilibrar la balanza, Sila ordenó una ofensiva general. Por fin, la moral del enemigo se quebró y se produjo la desbandada. Arquelao trató de refugiarse en el campamento, pero al ver que los romanos lo asaltaban huyó de allí con los supervivientes y pasó a la isla de Eubea por el canal del Euripo. Este es tan angosto que hoy se cruza por puentes, uno de los cuales no llega a cien metros de longitud. Sin embargo, los romanos no tenían barcos para atravesarlo, de modo que no pudieron evitar que Arquelao se les escapara.

Tras la batalla, Sila reunió parte del botín conquistado y prendió una gran pira para dar gracias a los dioses. También erigió dos trofeos con sendas inscripciones, una en griego para dedicarle el triunfo a Nike, la Victoria, y otra en latín para Marte y Venus. Asimismo, en la ciudad de Tebas se celebraron juegos y obras teatrales para festejar el resultado de la batalla.

Por esas fechas cayó el último reducto de Atenas, la Acrópolis. Acuciados por la falta de agua, Aristión y el resto de los defensores se entregaron a Curión, que había quedado al mando del último asedio. Al saberlo, Sila ordenó que los ejecutaran a todos menos a Aristión, aunque un tiempo después también le dieron muerte.

Poco después de la batalla, a Sila le llegó la noticia de que el ejército de Valerio Flaco, que se suponía que iba a quitarle el mando, había desembarcado en el Epiro y se dirigía a Tesalia. Él mismo se puso en marcha hacia el norte dispuesto a salirle al paso, y no precisamente para entregarle sus legiones.

Pero mientras se hallaba de camino le llegaron novedades alarmantes. Mitrídates había enviado un nuevo ejército, mandado por Dorileo. Las tropas, que llegaron a la isla de Eubea en una gran flota, se reunieron allí con los restos del ejército de Arquelao y volvieron a cruzar el canal para invadir Beocia.

Sila no podía permitirse dejar al enemigo a sus espaldas, de modo que regresó al sur con sus legiones y se dispuso a librar la segunda gran batalla del verano del año 86. El lugar donde se enfrentaron esta vez fue Orcómeno, en una llanura a unos diez kilómetros al este de Queronea. Allí, en la orilla sur del lago Copais (en realidad, más que un lago era una vasta marisma), se libró una primera escaramuza. El resultado fue adverso para el ejército del Ponto. Dorilao, que había llegado algo subido de humos,

comprobó que Arquelao tenía razón al decirle que no convenía combatir de frente a los romanos, y le cedió el mando.

Decidido a una táctica de desgaste, Arquelao acampó en la parte este de la llanura, la más pantanosa. Sila quería combatir, pero eligiendo el escenario. Y, puesto que de nuevo se hallaba en inferioridad numérica y aquella explanada no le convenía, decidió transformarla como buen romano. Para ello, sus hombres empezaron a cavar zanjas de tres metros de anchura a ambos lados del campo de batalla elegido, estrechándolo de tal manera que los jinetes enemigos no pudieran flanquearlos como había estado a punto de ocurrir en Queronea.

Arquelao, percatándose de lo que ocurría, mandó a su caballería contra los hombres que excavaban. Estos, por supuesto, contaban con la protección de soldados armados. Pero los que se hallaban situados en la parte izquierda del campo no resistieron el ataque y empezaron a recular.

Aquello era justo lo que quería evitar Sila. Si aquellas zanjas no se terminaban, los carros y la caballería enemiga podrían desplegarse por allí, atravesar la llanura y atacar a su ejército por la retaguardia en una maniobra envolvente.

La situación era tan grave que Sila comprendió que debía motivar a sus hombres con el ejemplo. Sin dudarle, bajó de su caballo, tomó con sus propias manos un estandarte y corrió entre sus hombres mientras gritaba: «¡Para mí será hermoso morir aquí, romanos! ¡Pero vosotros, cuando os pregunten dónde abandonasteis a vuestro general, recordad esto y contestad que en Orcómeno!».

Avergonzados, los fugitivos frenaron su huida y mantuvieron el terreno mientras dos cohortes del flanco derecho acudían en su ayuda. Gracias a eso, Sila consiguió hacer retroceder a la caballería de Arquelao y sus hombres prosiguieron excavando.

Sin embargo, el enemigo no se iba a rendir fácilmente, y lanzó una nueva ofensiva. La caballería atacó por el flanco derecho, donde combatió y murió con valor Diógenes, yerno de Arquelao.

Mientras tanto, en el centro, Arquelao había dispuesto una triple línea de combate: primero los carros falcados, a continuación la falange de sarisas y detrás de esta más infantería de choque, entre la que había tropas itálicas, muchos de ellos esclavos fugados.

Sila había desplegado asimismo a sus legiones en triple formación, pero a la manera romana, dejando amplios huecos entre las unidades. Sin que lo viera el enemigo, los hombres del segundo escalón habían clavado en el suelo largas estacas que apuntaban hacia delante, una técnica defensiva conocida más tarde como «caballo de Frisia».

Cuando los carros cargaron una vez más, los hombres del primer escalón abrieron pasillos ante su avance, mientras que los del segundo se refugiaron tras las estacas. Al mismo tiempo, todo el ejército gritó al unísono y los soldados de infantería ligera dispararon sus flechas y jabalinas. Muchos de los vehículos enemigos, que en esta ocasión habían cobrado algo más de impulso, se enredaron entre las estacas, donde fueron presa fácil para los romanos. Otros dieron media vuelta, pues los caballos se habían espantado con aquel griterío, y fuera de control se volvieron contra su propia falange, sembrando el caos en sus filas.

Arquelao reaccionó enviando jinetes al centro desde las alas, pero Sila le salió al paso con los suyos. En aquel campo reducido, Arquelao no pudo hacer valer su superioridad en caballería y fue rechazado. El avance romano continuó imparable, empujando a los enemigos de regreso a su campamento. Llegó un momento en que los arqueros del ejército pónico se encontraron tan presionados que ya no podían usar los arcos, de modo que sacaban las flechas de las aljabas a puñados y las agarraban como espadas para herir a los romanos con sus puntas. Finalmente, todos tuvieron que retroceder hasta la empalizada y pasaron una noche terrible entre muertos y heridos.

Al día siguiente, al ver que los romanos estaban rodeando su campamento con un foso a menos de doscientos metros de su empalizada, Arquelao comprendió que iban a quedar cercados y, pese a la derrota de la víspera, lanzó una última ofensiva desesperada. De nuevo, los romanos los hicieron retroceder, hasta que se entabló una batalla encarnizada en una esquina de la empalizada. Allí destacó un tribuno llamado Basilo, que trepó el primero al parapeto enemigo y abrió el camino a los demás para que entraran en tromba y tomaran el campamento.^[22]

Por segunda vez, Sila había derrotado de forma aplastante a una fuerza superior en número. Las bajas enemigas fueron tantas que, según nos cuenta Plutarco, natural de esa región, doscientos años después de la batalla todavía se encontraban entre el agua y el barro yelmos, fragmentos de corazas y arcos y espadas (*Sila*, 21).

Arquelao consiguió escapar de nuevo. Esta vez, como los romanos habían dispuesto vigías en la llanura que llevaba hacia el mar, se vio obligado a huir hacia el interior y esconderse durante dos días entre los juncales de la ciénaga. Desde allí, describiendo un rodeo, logró llegar a la costa y embarcó para refugiarse de nuevo en la isla de Eubea.

Tras la victoria, Sila se vengó de las poblaciones beocias que habían acogido al enemigo imponiéndoles duras multas. A Tebas, la ciudad más importante de la zona, le confiscó la mitad de su territorio para devolver con sus rentas los tesoros que había tomado de Delfos y los demás santuarios.

La paz de Dárdanos

Después de aquello ya no se libraron grandes batallas en Grecia, que quedó de nuevo bajo control romano. Entretanto, en Asia las tornas también estaban cambiando y Mitrídates sufría sus propios problemas. Al conquistar la provincia romana, el rey del Ponto había beneficiado sobre todo a las clases inferiores, redistribuyendo tierras y liberando esclavos. Las élites locales no se sentían demasiado contentas con él, y cuando les llegaron noticias de las victorias de Sila, no tardaron en conspirar para asesinar a Mitrídates. En una de aquellas conjuras participaron cuatro de sus amigos, hombres influyentes de Esmirna y de Lesbos, mientras que en Pérgamo se organizó otro complot con ochenta implicados.

Para combatir contra aquella oposición, Mitrídates recurrió a la tortura y el terror, e hizo ejecutar a más de mil quinientas personas en Asia Menor. Pero pronto le llegaron malas noticias de otros flancos. En Galacia, con el fin de prevenir futuras rebeliones, había invitado a un banquete a los gobernantes locales y los había hecho asesinar a traición junto con sus mujeres y sus hijos. Sin embargo, tres de ellos lograron escapar, organizaron la resistencia y expulsaron a las tropas del Ponto.

Por otra parte, el ejército romano enviado por Cinna seguía camino hacia el este. Su jefe, Valerio Flaco, que era un mediocre general, no duró demasiado tiempo, porque un subordinado llamado Fimbria hizo que los soldados se amotinaron contra él y lo asesinaran. Después, Fimbria tomó el mando y cruzó a Asia Menor. Tan solo contaba con dos legiones, pero

Mitrídates tampoco tenía demasiadas tropas que oponerle, ya que había enviado dos ejércitos a Grecia. Tras arrasarse varias ciudades, Fimbria consiguió expulsar a Mitrídates de su base en Pérgamo y lo persiguió hasta la ciudad costera de Pitane, donde consiguió cercarlo.

Por otra parte, la flota que tanto esperaban los romanos había aparecido por fin: tras conseguir barcos en Chipre, Fenicia, Panfilia y Rodas, Lúculo se había dedicado a recorrer la costa de Asia Menor saqueando e infligiendo varias derrotas a los enemigos.

Fimbria pidió ayuda a Lúculo para cerrar el cerco sobre Mitrídates también por mar. Allí podría haber terminado esa guerra y las siguientes tal vez ni habrían existido. Pero Sila, que estaba en contacto con Lúculo, le prohibió de modo terminante colaborar con Fimbria: si este conseguía atrapar al rey del Ponto, toda la gloria de aquella guerra en la que Sila llevaba más de un año empeñado iría a parar a sus manos.

Lúculo obedeció a su superior y Mitrídates logró escapar. Los últimos reveses habían hecho comprender al rey que debía renunciar, al menos de momento, a sus planes de dominación sobre el Egeo, de modo que ordenó a Arquelao que se pusiera en contacto con Sila para entablar conversaciones de paz.

Pese a que habían sido encarnizados enemigos en el campo de batalla, cuando Sila y Arquelao se conocieron personalmente no tardaron en simpatizar, algo no tan inusitado entre generales de bandos contrarios que han aprendido a respetarse a fuerza de tretas y contratretas. Mientras negociaban y viajaban hacia Asia, Arquelao se convirtió en huésped del procónsul, que tuvo incluso la deferencia de detener toda la expedición para esperar a que el general de Mitrídates se repusiera de una enfermedad.

Durante las conversaciones entre ambos, Arquelao recordó a Sila que Mitrídates había sido amigo de su padre (un dato que ya mencionamos y que hace pensar que el progenitor de Sila no era un personaje tan oscuro como se suele afirmar). El general romano contestó con patente sarcasmo que Mitrídates había necesitado perder ciento sesenta mil hombres para acordarse de esa amistad. La cifra es muy exagerada, porque volvemos a algo que ya hemos comentado a menudo: derrotar a un ejército no significaba destruirlo por completo, y los autores antiguos disparaban cifras con tanta alegría como los convocantes de manifestaciones.

Por otra parte, Sila, cuyas memorias son la fuente principal de esta historia, albergaba buenos motivos para hinchar la cifra de enemigos muertos: ciento sesenta mil eran exactamente el doble que los ochenta mil romanos e itálicos asesinados en las Vísperas asiáticas. Podía presentar aquel «dos por uno» como una venganza cumplida. Porque, en realidad, Mitrídates iba a acabar yéndose de rositas, algo que Sila sabía que despertaría la indignación en muchos romanos, y necesitaba argumentos para justificarse.

La paz entre ambos se firmó en Dárdanos, un lugar situado cerca de Troya. Los términos eran los siguientes: Mitrídates se retiraría de la provincia de Asia, y también devolvería Bitinia a su legítimo soberano Nicomedes y Capadocia a Ariobarzanes, aquel rey de quita y pon. Asimismo, pagaría dos mil talentos como indemnización de guerra y entregaría a los romanos cincuenta naves de guerra perfectamente equipadas. Para sellar el acuerdo, Sila terminó abrazando y besando a Mitrídates como aliado de Roma.

Nadie que hubiera combatido antes con Roma había salido jamás tan bien librado. Las pérdidas de Mitrídates se reducían a los dos mil talentos y los cincuenta barcos, que alguien con sus recursos se podía permitir con cierto desahogo. Renunciar a los territorios que había arrebatado por la fuerza únicamente suponía regresar al *statu quo* anterior a la guerra sin perder nada de lo que tenía.

A las tropas de Sila no les hizo ninguna gracia aquel acuerdo. Después de haber masacrado a decenas de miles de compatriotas, se permitía a Mitrídates regresar impune a su reino y llevarse de Pérgamo todos los tesoros que había saqueado durante esos años.

Para evitar un motín, Sila explicó a sus tropas que si Mitrídates se aliaba con Fimbria —lo que significaba hacerlo con Cinna—, se iban a ver en problemas, de modo que era mejor dejar las cosas como estaban. ¿Llevaba razón?

Aunque tal vez habría podido terminar la guerra contra el rey del Ponto y ahorrarle a Roma futuros quebraderos de cabeza, Sila tenía sus motivos. Una cosa era derrotar a Mitrídates en Grecia, en campo abierto. Otra bien distinta combatirlo dentro su propio reino, un país de relieve complicado que Mitrídates conocía a la perfección y que habría que conquistar de valle en valle y de montaña en montaña. Sería una guerra

larga y cara, cada vez más lejos de Roma.

Y el peor problema se hallaba, precisamente, en Roma. Allí Sila contaba cada vez con menos partidarios, mientras que Cinna había afianzado su poder todavía más haciéndose elegir para un tercer consulado.

Con Mitrídates en retirada, lo más urgente era encargarse de Fimbria, que estaba acampado en Tiatira, a las afueras de Pérgamo. Cuando Sila acudió allí, los soldados de Fimbria empezaron a pasarse en masa a su bando: el carisma que siempre había poseído Sila se veía multiplicado ahora por la aureola de vencedor que rodeaba al general que había tomado Atenas y derrotado a dos ejércitos del Ponto. Fimbria, comprendiendo que no tenía nada que hacer, renunció al mando, fue a Pérgamo y se suicidó en el templo de Asclepio.

Ahora que se había librado de la amenaza más apremiante, Sila se tomó las cosas con cierta calma. En primer lugar, tenía que reorganizar la provincia de Asia, donde Roma había perdido muchos años de ingresos. Para compensarlos y también como indemnización de guerra, condenó a las ciudades que habían apoyado a Mitrídates a pagar veinte mil talentos, diez veces más que el rey. Con el fin de recolectar esa suma, dividió la región en cuarenta y cuatro distritos y envió a sus soldados como cobradores, ya que la red de publicanos había desaparecido después de las Vísperas asiáticas.

Las represalias no se detuvieron aquí. Las ciudades que se negaron a obedecer vieron cómo sus murallas eran demolidas y sus habitantes vendidos como esclavos. Las demás —excepto las que habían apoyado a Roma, como Magnesia o Rodas— tuvieron que alojar a los hombres de Sila durante el invierno del 85-84, pagando dieciséis dracmas al día a cada soldado y cincuenta a los centuriones. Esas dieciséis dracmas equivalían más o menos a sesenta y cuatro sestercios, lo que significa que en una sola semana cobraban casi cuatrocientos cincuenta sestercios, el equivalente a su sueldo anual. No es de extrañar que con eso y con el reparto del botín los soldados olvidaran cualquier intención de amotinarse.

En verano del año 84, Sila regresó a Europa con un convoy de naves tan largo que necesitó tres días para llegar de Éfeso al Pireo. A Grecia, que había quedado muy empobrecida por la guerra, le tocó sobrellevar de nuevo la manutención del ejército romano. Curiosamente, pese a la

destrucción que había sembrado en Atenas, a Sila se le levantaron estatuas en la ciudad e incluso el festival anual en honor de Teseo se rebautizó con su nombre.

Como buen aristócrata romano, Sila aprovechó aquellos meses para dedicarse a una mezcla de turismo y saqueo. En Eleusis, donde había acampado durante el asedio de Atenas, se hizo iniciar en los misterios de Deméter y Perséfone. También se apoderó de varias bibliotecas completas, gracias a lo cual se leyeron en Roma obras de Aristóteles y Teofrasto hasta entonces desconocidas. Por desgracia, algunas de las naves que transportaban aquellos tesoros culturales se perdieron, como una en la que viajaba un célebre cuadro del pintor Zeuxis.

En aquella época sufrió un grave ataque de gota, que le entretuvo algún tiempo más. Para curárselo, visitó unas fuentes termales en el norte de la isla de Eubea. No sabemos si era muy aficionado a la carne, pero al vino sí, lo que no podía venirle bien a su afección.

El regreso a Italia y la guerra civil

Mientras Sila estaba en Asia y Grecia, no había dejado de cruzar cartas con el senado. Aquel intercambio de misivas había empezado por iniciativa de Lucio Flaco, que era por entonces el *princeps senatus*. *Para hacerse valer, Sila alardeaba en sus mensajes de los logros militares de toda su vida, que empezaban por la campaña contra Yugurta y proseguían con una larga lista hasta la derrota de Mitrídates. Después le recordaba al senado que su mujer y sus hijos habían tenido que huir de Roma para salvar su vida. Por eso, anunció, estaba dispuesto a tomar venganza y castigar a sus enemigos, que también lo eran de la República.*

Temiendo las consecuencias de esta venganza y buscando la conciliación, el senado envió una delegación a Sila. Este exigió, para empezar, que se anulara su declaración como enemigo público y que se le restituyeran sus propiedades y todos sus honores. Por supuesto, lo mismo debía hacerse con sus amigos.

Mientras los senadores buscaban un acuerdo, le pidieron a Cinna que no reclutara nuevas tropas, algo que parecería una medida hostil.

Haciendo caso omiso, Cinna se autoproclamó cónsul junto con su colega Papiro Carbón. De este modo ninguno de los dos tuvo que presentarse en Roma para convocar las elecciones, y en su lugar se dedicaron a reclutar un ejército por toda Italia.

Una vez dispuestas sus tropas, Cinna se las llevó a Ancona, un puerto situado en la región del Piceno. Su intención era cruzar el Adriático para enfrentarse a Sila en Grecia. De ese modo, le evitaría a Italia los horrores de una nueva guerra tan sangrienta como la que habían librado Roma y los aliados.

Aunque todavía no había llegado el invierno, la época en que el mar se cerraba a la navegación (una prohibición que muchos generales se saltaban en caso de urgencia), el segundo convoy de naves sufrió una tormenta. Para desánimo de Cinna, los supervivientes que arribaron de nuevo a la costa italiana no regresaron al campamento en Ancona, sino que desertaron y volvieron a sus ciudades de origen.

Cinna convocó a los demás soldados a una asamblea con la intención de arengarlos para evitar ulteriores defecciones. Pero la violencia flotaba en el ambiente. Cuando un soldado se negó a abrir paso a la comitiva del cónsul, un lictor le golpeó con las *fascas*. Un segundo legionario salió en defensa de su compañero agrediendo al lictor. Aquello desató una pelea multitudinaria y las iras se concentraron sobre Cinna. Mientras los hombres que estaban a unos metros de distancia le lanzaban piedras, los que se hallaban más cerca de él desenvainaron sus armas y lo mataron a cuchilladas.

De manera tan indigna terminó quien había sido el hombre más poderoso de Roma durante casi cuatro años, Lucio Cornelio Cinna. Hay que señalar que, pese a la forma tan violenta en que entró en Roma con Mario, luego se había comportado con suficiente moderación como para conseguir apoyos entre el senado. Como punto positivo de sus consulados, gracias a medidas como la reducción de las deudas a la cuarta parte, Cinna había logrado mejorar la situación económica, que era crítica después de la Guerra Social.

El otro cónsul, Papiro Carbón, prefería no tener un colega que le hiciera sombra, de modo que se negó a viajar a Roma para presidir la elección. Pero cuando los tribunos amenazaron con despojarlo de su cargo, no tuvo más remedio que ceder y regresar a la ciudad. Antes de los

comicios, sin embargo, se produjeron diversos auspicios negativos, como un rayo que cayó en el templo de la diosa Ceres, por lo que los augures decretaron que el cónsul terminase el año en solitario. Carbón renunció al plan de Cinna de cruzar a Grecia por miedo a otro motín, e incluso hizo regresar a los soldados que ya se encontraban en Dalmacia.

Eso no significaba que deseara la paz con Sila. Tanto Carbón como los demás partidarios del difunto Cinna estaban convencidos de que, si el senado y Sila llegaban a un acuerdo, ellos iban a acabar muy mal. Su única posibilidad de supervivencia política y seguramente personal era vencer a Sila con las armas, por lo que se negaron a cualquier componenda con él.

Los cónsules elegidos para el año 83 fueron Escipión Asiático y Cayo Norbano, el mismo que había conseguido el destierro de Servilio Cepión por el desastre de Arausio y el supuesto robo del oro de Tolosa. Ambos eran de la facción «antisilana», lo que no auguraba precisamente una reconciliación con Sila.

En la primavera de ese año, por fin, las tropas de Sila se concentraron en Dirraquio, un puerto situado en la actual Albania. Al mando de Asia había dejado a su legado Murena con dos legiones. Él llevaba consigo cinco legiones, seis mil jinetes y diversos contingentes aliados que había reclutado en Grecia. En total, contaba con cuarenta mil soldados.

Eso le dejaba en inferioridad numérica ante sus adversarios. La mayoría del senado, por temor a la venganza de Sila, había decretado el *senatus consultum ultimum*, y con él en la mano, los dos cónsules y Carbón—que conservaba un mando proconsular en Italia— habían reclutado más de cien mil hombres en Italia.^[23]

Pero Sila gozaba de una gran ventaja sobre sus enemigos. Todos sus soldados poseían experiencia de combate, tanto en escaramuzas como en asedios y grandes batallas campales, mientras que la mayoría de las legiones que lo aguardaban en Italia estaban compuestas por reclutas bisoños.

La diferencia fundamental era que, en una época en que cada vez se producían más motines, los hombres de Sila le eran leales hasta la muerte. Olvidadas las privaciones de los primeros meses de campaña, para

ellos la estancia en Asia Menor y la segunda visita a Grecia habían supuesto una recompensa. Los mismos soldados que al empezar el asedio de Atenas habían amenazado con insubordinarse sentían ahora tal devoción por su general que no solo le prestaron un juramento de fidelidad, sino que incluso se ofrecieron a dejarle dinero para la inminente campaña en Italia. Sila, conmovido, aceptó el juramento y se negó a recibir el dinero; cierto es que a esas alturas fondos no le debían faltar.

Cuando Sila y sus hombres desembarcaron en Brindisi, el principal puerto del tacón de la bota italiana, no encontraron ninguna oposición. Pese a su superioridad numérica, los dos cónsules y Papirio Carbón le entregaron voluntariamente el sur de Italia.

Desde Brindisi, Sila se dirigió hacia el norte. Como ya había anticipado —las cartas cruzaban el mar sin cesar—, pronto se unieron a él nuevos aliados. Entre ellos se hallaba el hijo de Cecilio Metelo Numídico, conocido como Metelo Pío por el afán que había puesto en que su padre regresara del destierro. Venía de Liguria, procedente de África, con tropas y rango proconsular.

De África llegó también Marco Licinio Craso, que llevaba consigo dos mil quinientos hombres reclutados en Hispania. Craso, de quien hablaremos con más detalle en el capítulo sobre Espartaco, llegaría a convertirse en el hombre más rico de Roma gracias en parte a su apoyo a Sila. Otro noble que se unió a sus filas fue Lucio Sergio Catilina, famoso por los discursos acusatorios que le dedicó Cicerón y por la monografía de Salustio *La conjuración de Catilina*. Si atendemos a estas dos fuentes, se trataba de un tipo siniestro, aunque no se le podían negar la inteligencia y el valor militar.

Pero de todos los personajes que se unieron a Sila, el que más brillante carrera haría en el futuro era un joven de solo veintidós años. Se llamaba Cneo Pompeyo, a secas; dos nombres nada más, como Cayo Mario, aunque él mismo se añadiría más tarde el epíteto de *Magnus*, «grande».

Cneo Pompeyo era hijo de Pompeyo Estrabón, del cual había heredado una inmensa red de clientes en la región del Piceno. Gracias a ella había reclutado por su cuenta la legión que aportaba a la causa de Sila. Se trataba de un hecho insólito: un ciudadano privado, un jovencuelo que apenas tenía edad para ser tribuno militar, se permitía el lujo de

autoproclamarse general.

Como tantos otros estrategas de la Antigüedad, Pompeyo debía de poseer un carisma que irradiaba a su alrededor como un halo, porque los hombres corrían a alistarse bajo sus estandartes. Curiosamente, esos soldados lo amaban a él tanto como habían odiado a su padre: cuando Pompeyo Estrabón murió víctima de una epidemia, sus legionarios no solo no le rindieron honras fúnebres, sino que despedazaron su cadáver y lo arrastraron por las calles.

A Sila le venían bien todos los aliados que pudiera reclutar. En el caso de Pompeyo más todavía, puesto que su padre Estrabón le había sido hostil. De hecho, Sila no debía de ignorar que durante un tiempo el joven Pompeyo había dudado qué bando escoger e incluso había estado en el campamento de Cinna cuando se desató el motín que le costó la vida al cónsul.

Pompeyo traía consigo, además, oficiales tan valiosos como Tito Labieno, que tiempo después combatiría con Julio César en la Galia. Para demostrar cuánto apreciaba su aportación, cuando Pompeyo apareció ante él, Sila se bajó del caballo y lo saludó como *imperator*. Conociendo el talante de Sila, quizás había algo de zumba en aquel título. Pero si había algo que le sobraba al joven Pompeyo y que le siguió sobrando toda su vida era vanidad, y los vanidosos no suelen distinguir los halagos irónicos de los auténticos.

Para organizar la campaña contra sus enemigos, Sila nombró como legado a Pompeyo, que partió al Piceno para reclutar otras dos legiones más aparte de la que traía. También le otorgó ese rango a Cornelio Cetego, un noble que hasta entonces había sido enemigo suyo. Él mismo compartió nominalmente el mando con Cecilio Metelo, ya que ambos tenían rango de procónsul. Al menos, afirmaban tenerlo: sus enemigos en Roma les habían privado de ese título.

Durante unas semanas, el ejército de Sila recorrió Calabria y Apulia sin causar daño en los campos ni las poblaciones por orden expresa de su general. Al entrar en la región de Campania, se libró la primera gran batalla en las faldas del monte Tifata. Allí, Sila infligió una dura derrota al ejército consular de Norbano, que perdió seis mil hombres y tuvo que retirarse a Capua.

Sila no perdió tiempo asediando la ciudad y prosiguió hacia el norte por la vía Latina. Allí lo aguardaba el segundo ejército consular, mandado por Escipión Asiático. Sabiendo que la moral de sus tropas era baja, Sila despachó emisarios para parlamentar, con la esperanza de alcanzar un acuerdo o de que los hombres del cónsul desertaran. Mientras tanto, los soldados que escoltaban a esos enviados se reunieron con los del cónsul y empezaron a confraternizar con ellos, explicándoles que las condiciones en el ejército de Sila eran mucho mejores.

Sila y Escipión se reunieron en un lugar neutral, donde parece ser que pactaron algunas reformas políticas. Pero el acuerdo se estropeó cuando Quinto Sertorio, legado del cónsul y declarado antisilano, rompió la tregua y tomó la ciudad de Suesa, que se había pasado previamente al mando de Sila.

Los soldados de Escipión consideraron que la acción de Sertorio había sido una imprudencia y empezaron a negociar en secreto con Sila. Poco después este se aproximó al campamento de Escipión como si fuera a presentar batalla. Era todo una pantomima: antes de que se llegara a entablar combate, las cuarenta cohortes del cónsul desertaron y se sumaron a Sila en masa, de modo que los únicos prisioneros que terminó haciendo aquel día fueron el propio Escipión y su hijo Lucio, que ni siquiera habían visto venir la jugada. La astucia demostrada por Sila hizo que Carbón comentara que era medio león y medio zorro, pero que la mitad zorruna era con mucho la más peligrosa.

Satisfecho con aquella victoria incruenta, Sila dejó ir a Escipión y su hijo; una magnanimidad que no mostraría en muchas más ocasiones. Luego intentó repetir la misma artimaña con el otro cónsul, pero Norbano no contestó a sus propuestas y se retiró con sus tropas al norte, instalándose en la formidable fortaleza de Preneste, a treinta y cinco kilómetros de Roma.

Entretanto, en Roma, Carbón declaró enemigos de la República a Metelo y a los demás senadores aliados con Sila. Poco después, el 6 de julio —mes conocido todavía como quintil—, el templo de Júpiter Capitolino, el más importante de Roma, fue destruido por un incendio, lo que significaba un pésimo augurio. Durante mucho tiempo se discutió si había sido un accidente o alguien lo había provocado, bien fueran los partidarios de Sila o bien sus enemigos.

Durante unos meses las hostilidades se aletargaron, como si los contendientes acopiaran fuerzas. Además, aquel invierno fue especialmente crudo y el mal tiempo impedía las operaciones. Los cónsules elegidos para el año 82 fueron Papirio Carbón, que ejercía el cargo por tercera vez, y el hijo de Mario, conocido como Cayo Mario el Joven, que no tenía más que veintiséis años. Un nombramiento irregular, pero desde hacía tiempo las instituciones romanas se hallaban sumidas en el caos, así que a nadie le extrañó demasiado. Si había algo que quedaba claro siendo cónsules Carbón y Mario era que no habría pactos ni componendas con Sila.

A finales de año, Quinto Sertorio abandonó Roma por discrepancias con Carbón y sobre todo con Mario, cuyo puesto esperaba alcanzar. En teoría, suponía una pérdida importante para el bando antisilano, ya que era su general más capacitado con diferencia. Sertorio se dirigió a Hispania Citerior, la provincia que se le había asignado al final de su mandato como pretor, y usándola como base de operaciones causó a partir de entonces muchos quebraderos de cabeza a sus enemigos. Pese a ello, seguramente Sila pensó que prefería tenerlo lejos de Italia.

Las operaciones del 82 fueron más complicadas que las del año anterior, con escenarios bélicos que se extendieron desde Útica, en África, hasta Etruria y la Galia Cisalpina. Una de las batallas más importantes se libró en Sacriporto, un lugar no identificado con exactitud, pero que estaba situado cerca de la actual Segni, en el Lacio. Allí se enfrentaron en campo abierto Mario el Joven y Sila. El primero tenía un ejército muy numeroso, ochenta y cinco cohortes, y buscó forzar el combate pese a que se acercaba la noche y llovía con fuerza. Pero cuando su flanco izquierdo empezó a flaquear, cinco cohortes de infantería y dos unidades de caballería dejaron caer los estandartes y se pasaron en plena batalla al bando de Sila.

Aquello decidió el combate. Mario, desmoralizado, huyó al galope a Preneste. Los defensores de esta fortaleza, al ver que los hombres de Sila venían en persecución del joven cónsul, cerraron las puertas de la muralla para evitar que entraran. Después arrojaron una cuerda desde el parapeto; Mario se la ató a la cintura y lo izaron.

Otros no tuvieron tanta suerte como él, pues los hombres de Sila los alcanzaron al pie de la muralla y dieron muerte a muchos de ellos. Sobre todo samnitas, de los que no se molestaron en tomar ni un solo prisionero vivo. No sería la última vez que Sila actuaría con extrema dureza contra

ellos.

Sila dejó a uno de sus oficiales, Lucrecio Ofela, encargado de asediar Preneste, una plaza que sabía que tardaría mucho en caer. Sin embargo, un mensajero de Mario logró burlar el cerco de Ofela. Cuando llegó a Roma, el emisario le entregó al pretor urbano, Bruto Damasipo, las instrucciones del joven cónsul, que se resumían en matar a todos los sospechosos de congeniar con Sila.

La manera de ejecutar a aquellos hombres demostró que desde hacía tiempo en Roma ya no se respetaba ninguna norma: el suegro de Pompeyo fue asesinado directamente en el senado, mientras que el *pontifex maximus* Quinto Escévola y Domicio Ahenobarbo, cónsul en el año 94, murieron mientras intentaban escapar. Como ulterior ultraje, sus verdugos arrojaron sus cadáveres al río Tíber.

Si lo que quería Mario era que aquellas muertes reforzaran el espíritu de resistencia de Roma, no lo consiguió. Cuando se supo que Sila se acercaba, todos los defensores pusieron pies en polvorosa y los habitantes abrieron las puertas de la urbe.

Sila acampó en el Campo de Marte, sin entrar todavía en el recinto sagrado del *pomerium*. Al menos en eso estaba respetando las normas que él mismo se había saltado en su primera marcha contra Roma. Aprovechó su estancia para confiscar las propiedades de sus enemigos, venderlas y hacer caja, que buena falta le hacía. También convocó una asamblea y declaró ante los ciudadanos que asistieron que lamentaba mucho lo que estaba ocurriendo, pero que todo acabaría pronto. Luego dejó una guarnición y se dirigió hacia la ciudad de Clusio, en territorio etrusco.

Allí libró una batalla contra Carbón que concluyó en tablas. A cambio, Pompeyo y Craso cosecharon varias victorias más al sur. La más importante la consiguió Pompeyo. Carbón había enviado ocho legiones para romper el cerco de Preneste y liberar a su colega Mario, pero Pompeyo les tendió una emboscada en un desfiladero. Los supervivientes quedaron aislados en una colina y poco después abandonaron las armas y se dispersaron por pequeñas unidades, salvo una legión que desertó entera y se dirigió a Arimino.

La batalla de la puerta Colina

Todo parecía ir viento en popa para Sila. Pero la situación aún se le complicaría. Cuando los samnitas se enteraron del destino que habían sufrido sus compatriotas bajo las murallas de Preneste, la indignación prendió como pólvora por la región del Samnio y se contagió a sus vecinos del sur, los lucanos. El general Poncio Telesino reclutó una fuerza de setenta mil hombres y se dirigió hacia Preneste, dispuesto a liberar la fortaleza.

Al comprender la magnitud de la amenaza, Sila se olvidó de Carbón y se apresuró a marchar a Preneste. Llegó a tiempo para tomar una posición estratégica entre las estribaciones de los Apeninos y los montes Albanos. Desde aquellas alturas dominaba el acceso a la fortaleza, gracias a lo cual pudo impedir el paso al enemigo. Su localización era tan ventajosa que también bloqueó el avance de dos legiones más que acudieron desde el norte como refuerzo, enviadas por Carbón.

Aquello fue demasiado ya para el cónsul, que acababa de enterarse de que también había perdido la Galia Cisalpina. Desmoralizado, Carbón decidió marcharse de Italia y huir a África para continuar allí la lucha. Abandonados y derrotados de nuevo por Pompeyo, los restos de su ejército en Clusio abandonaron las armas y regresaron a sus lugares de origen.

Entretanto, los jefes del ejército samnita y lucano, viendo que era imposible acercarse a Preneste para liberarla, decidieron atacar directamente Roma. Era una forma de sacar a Sila de la posición inexpugnable donde se había hecho fuerte, y si las cosas salían bien, podrían saquear la ciudad y obtener un jugoso botín.

Tras una rápida marcha, las tropas de Telesino, a las que se habían sumado los refuerzos enviados por Carbón, llegaron a las inmediaciones de Roma el día 1 de noviembre del año 82 y se detuvieron a poco más de un kilómetro de la puerta Colina. Recordando el espíritu de las monedas acuñadas durante la Guerra Social donde el toro samnita corneaba a la loba romana, Telesino arengó a sus hombres: «¡Ha llegado el último día para los romanos! ¡Nunca acabaremos con estos lobos que roban la libertad de Italia si no destruimos el bosque donde se cobijan!».

Así lo cuenta el historiador Velejo Patérculo (2.27). Algunos autores ponen en duda que Telesino y los samnitas pretendieran realmente

destruir Roma, ya que se habían aliado con un bando que era también romano, el de Carbón y Mario el Joven. Pero, conociendo el rencor que reinaba desde hacía generaciones entre romanos y samnitas, era seguro que si estos entraban en la urbe nada podría evitar que asesinaran, violaran, incendiaran y saquearan hasta saciar el odio acumulado durante siglos.

No obstante, por el momento, el ejército atacante se quedó a las afueras, aunque la ciudad no se hallaba bien defendida. Era comprensible: si Telesino y los demás generales daban rienda suelta a sus hombres y Sila aparecía por su retaguardia sorprendiéndolos en plena orgía de destrucción, no habría manera de reorganizar las filas para plantar batalla. Lo que pretendían para empezar era sacar a Sila de aquella guarida montañosa donde se había hecho fuerte. Después, una vez lo hubieran derrotado, ya tendrían tiempo de entregarse al saqueo.

En la ciudad cundió el pánico, como cabía esperar, y las calles se llenaron de gritos de alarma y llantos de terror. Una pequeña tropa de jinetes salió por la puerta para combatir al enemigo, pero fue rápidamente desbaratada.

En cuanto Sila comprendió el peligro en que se hallaba Roma, envió por delante un escuadrón de caballería formado por setecientos jinetes. Cuando estos llegaron junto a la muralla, se detuvieron el tiempo justo para limpiar el sudor de sus caballos y se dispusieron a combatir.

Ante tantos enemigos la suya era una misión desesperada, pero poco después de mediodía apareció el grueso del ejército silano, que venía a marchas forzadas desde el este. Sin perder tiempo, Sila se apostó delante de la puerta Colina listo para luchar. Dos de sus oficiales, Dolabela y Torcuato, trataron de disuadirlo. Argumentaron que los hombres estaban cansados y que además no iban a pelear contra soldados novatos y dispuestos a desertar al primer contratiempo: aquellos eran samnitas y lucanos, unos guerreros duros de roer que además aborrecían a los romanos.

Sila no les hizo caso. Aunque ya habían pasado cuatro horas del mediodía y se acercaba la noche, ordenó a las trompetas dar la orden de cargar contra el enemigo.

Como solía ocurrir cuando había tantas tropas implicadas, la batalla

se dividió en dos. Por la parte derecha, Craso logró hacer retroceder a los enemigos. Pero el ala izquierda, que se enfrentaba con las mejores tropas del adversario, empezó a ceder. Comprendiendo que era su flanco más débil, el propio Sila combatió allí y cabalgó entre sus hombres exhortándolos a luchar. Dos enemigos lo reconocieron y le arrojaron sus lanzas. El palafrenero de Sila se dio cuenta y azotó las ancas del caballo, lo que hizo que el corcel diera un brinco adelante; ambos venablos rozaron su cola y se clavaron en el suelo.

La situación era tan grave que Sila lo vio todo perdido. Para acicatear a sus hombres en aquel trance y conseguir el favor de los dioses, sacó de debajo de su ropa una estatuilla de oro que había confiscado en Delfos y besándola rogó: «Oh, Apolo Pítico, que en tantas batallas has llevado a la grandeza y la gloria a Cornelio Sila el Afortunado, ¿vas a derribarlo ahora aquí, ante las puertas de su patria, para que perezca vergonzosamente junto con sus conciudadanos?».

Sin embargo, ni sus plegarias sirvieron para detener la huida de sus hombres. Muchos se refugiaron en el campamento, mientras que otros corrieron hacia la puerta Colina para protegerse tras la muralla. Los guardias que custodiaban esta, hombres ya veteranos, comprendieron que el enemigo podía entrar en Roma y accionaron el mecanismo que bajaba la puerta. El rastrillo, al caer, aplastó a bastantes soldados. Los demás, comprendiendo que no les quedaba otro remedio que reanudar la lucha o morir cazados como conejos contra la muralla, tomaron las armas de nuevo e hicieron cara al enemigo.

La pelea se prolongó durante toda la noche, y poco a poco los hombres de Sila consiguieron invertir el rumbo de la batalla. Espoleados por la desesperación, combatieron con tal fiereza que hicieron retroceder a los samnitas y los persiguieron hasta su campamento, que tomaron al asalto. Allí se encontró después el cadáver del general samnita Telesino. Otros jefes enemigos como Censorino o Carrinas lograron escapar.

En las últimas horas de la noche, Sila recibió un mensaje de Craso con buenas noticias: había derrotado por completo a los enemigos y los había perseguido hasta Antemnas, una aldea situada tres kilómetros al norte de Roma, donde el río Anio se une al Tíber.

Al amanecer del 2 de noviembre, Sila se dirigió a Antemnas. Un emisario salió de la aldea para negociar en nombre de un grupo de

enemigos encerrados en la población. Sila prometió perdonarles la vida si entregaban al resto de la guarnición.

Aquellos hombres, que eran tres mil, obedecieron y mataron a sus compañeros. Después salieron de Antemnas, arrojaron las armas y se entregaron. Sila ordenó que los llevaran junto con los demás prisioneros al Campo de Marte y los encerraran en la Villa Pública, el lugar donde se alojaban los huéspedes distinguidos de la ciudad.

En total, los hombres de Sila reunieron a seis mil cautivos, muchos de los cuales eran samnitas. Más tarde, el procónsul convocó una reunión del senado en el templo de Belona, que estaba situado a poca distancia de la Villa Pública. Mientras se dirigía a los padres conscriptos para informarles sobre el resultado de la campaña contra Mitridates, sus soldados empezaron a ejecutar a los prisioneros. Los gritos de agonía y terror de miles de hombres muriendo llegaron a oídos de los senadores. Sila siguió hablando un rato como si nada. Luego, al advertir que sus oyentes palidecían —un efecto que sin duda había previsto—, les ordenó que no se distrajeran y que atendieran sus palabras. «No tenéis por qué preocuparos por lo que estáis oyendo. Lo único que ocurre es que mis soldados están castigando a unos cuantos criminales en las inmediaciones».

Aquella fue la primera pista de que el simpático y encantador Sila, el hombre que se corría juergas con actores y cortesanas y escribía divertidas farsas, escondía en su interior un corazón implacable. Dejar rienda suelta a sus hombres durante unas horas al tomar Atenas entraba dentro de lo habitual al asaltar una ciudad enemiga: Escipión Africano y su nieto Emiliano lo habían hecho en el pasado. Pero aquella ejecución a sangre fría, traicionando la palabra que había dado a los cautivos de Antemnas y planeándolo todo para que los gritos llegaran a oídos de los senadores, demostró que Sila era capaz de una crueldad inhumana.

Después de esto, Sila se dirigió hacia Preneste, donde ya había enviado por delante las cabezas decapitadas de varios cabecillas enemigos. Cuando su oficial Afela las exhibió bajo las murallas, los defensores comprendieron que toda resistencia era fútil y se rindieron.

Mario el Joven intentó huir por los túneles de drenaje que llevaban a las afueras de la ciudad. Pero sus enemigos habían previsto ese movimiento y tenían vigiladas las salidas. Desesperado, Mario y su

acompañante de fuga, el hermano pequeño de Telesino, se dieron muerte con sus espadas. La cabeza de Mario, cortada, acabó exhibida en la Rostra del Foro, donde Sila se burló de él con un verso de Aristófanes: «Aprende primero a empuñar el remo antes de manejar el timón».

En Preneste los hombres de Sila hicieron doce mil prisioneros. Cuando llegó el procónsul, perdonó a unos cuantos que le eran útiles y organizó a los demás en tres grupos: romanos, samnitas y prenestinos. A los primeros les dejó vivir, no sin recordarles que merecían la muerte, y a los samnitas y los prenestinos los hizo ejecutar. Al menos las mujeres y los niños que estaban en la ciudad pudieron irse con vida.

Poco a poco, enclaves enemigos como Norba y Capua fueron cayendo en poder de Sila. Nola se rindió en el año 80 y la fortaleza etrusca de Volaterrae en el 79. Pero fuera de Italia se mantuvieron diversos focos: en Hispania, en el norte de África y en Sicilia.

Sila encargó a Metelo Pío que acabara con la resistencia de Sertorio. A Pompeyo lo envió con título de procónsul para que se encargara de Papirio Carbón y sojuzgara Sicilia y África. Pero antes de eso todavía corrió mucha sangre en la ciudad.

El terror

La victoria de Sila en la puerta Colina supuso el pistoletazo de salida para una auténtica orgía de muerte que afectó a Roma y a toda Italia. Puesto que el vencedor consideraba que sus adversarios lo eran también de la República, cualquiera que hubiese estado en su contra se convertía automáticamente en enemigo público y se le podía dar caza impunemente.

Sila había advertido al senado de que pensaba vengarse por lo que le habían hecho —confiscarle sus propiedades, quemar sus casas, declararlo fuera de la ley—. Quienes temían que, llevado por su rencor, pudiera cometer tantas atrocidades como Mario cuando entró en Roma con sus bardieos se quedaron cortos. El ansia de venganza de Sila llegaba hasta tal punto que ordenó desenterrar el cadáver de Cayo Mario y arrojarlo al río Anio. No contento con eso, hizo asimismo que derribaran los trofeos y monumentos que conmemoraban las victorias de Mario en la guerra de

Yugurta y las campañas contra los cimbrios y teutones. Igual que tantos gobernantes han hecho a lo largo del tiempo y siguen haciendo, Sila quería borrar de la memoria a su adversario y reescribir la historia a su manera.

Todo ello resultaba más chocante y estremecedor porque hasta entonces Sila no se había mostrado especialmente cruel: desde que desembarcó en Brindisi, había acogido a todos aquellos que quisieron pasarse a sus filas, aunque en el pasado hubieran sido adversarios políticos suyos. Como ya se contó, al apresar al cónsul Escipión y a su hijo no solo no les hizo daño ninguno, sino que incluso los dejó en libertad. Pero o bien llevaba todo ese tiempo frotándose las manos y pensando en el momento en que podría quitarse la careta y emprender una venganza que no se olvidaría durante siglos, o bien algo se había roto dentro de él durante el terrible trance de la batalla de la puerta Colina.

Como suele ocurrir en situaciones similares, muchos de los seguidores de Sila aprovecharon para ajustarles las cuentas a enemigos con los que mantenían rencillas personales, aunque no tuviesen nada que ver con la política. La situación se descontroló hasta tal punto que en una reunión del senado uno de sus miembros más jóvenes, Cayo Metelo, preguntó a Sila si pensaba poner fin a esa masacre. «No te pedimos que se libren de castigo aquellos a los que has decidido matar. Tan solo queremos que aquellos a los que piensas perdonar salgan de esta incertidumbre».

La respuesta de Sila hizo que todos los presentes notaran cómo un sudor frío resbalaba por sus espaldas: «Todavía no he decidido a quiénes voy a perdonar la vida». «Está bien —repuso Metelo—. Al menos haznos saber a quiénes vas a castigar». «Eso sí puedo hacerlo», contestó Sila.

Al día siguiente se publicó la primera de las tristemente célebres «proscripciones», una lista con ochenta nombres, entre los cuales se encontraban los cónsules de los años 83 y 82.^[24] Copias de esa lista se repartieron por toda Italia. Los que aparecían en ella eran declarados enemigos de la República, por lo que cualquier ciudadano de bien podía matarlos con toda impunidad. Quienquiera que trajese la cabeza de un proscrito para demostrar que le había dado muerte recibiría por ella dos talentos; esto es, cuarenta y ocho mil sestercios. Quien, por el contrario, cobijase en su casa a uno de los proscritos sería condenado a muerte.

Aquello desató una cacería humana, pero el terror no había hecho más que empezar. Al día siguiente, Sila hizo publicar una lista con

doscientos veinte nombres más, y un día después una tercera con otros tantos. La cosa no se iba a detener ahí: en un discurso público comunicó que estaba proscribiendo a todos aquellos enemigos de los que se acordaba; pero que, si ahora le fallaba la memoria, seguro que luego recordaría más nombres.

Toda seguridad jurídica había desaparecido. Por favorecer a sus amigos, Sila permitía que se inscribieran nuevos nombres en las listas, a veces con el puro fin de enriquecerse. Pues no le bastaba con matar a sus enemigos: también les confiscaba sus bienes, y se prohibía a sus hijos e incluso a sus nietos que desempeñaran cargos públicos en el futuro.

La cifra de represaliados pasó de los cientos a los miles. Muchos no fueron ejecutados porque tuvieran enemistades políticas, sino porque poseían propiedades demasiado golosas para sus asesinos, que incluso comentaban entre ellos con toda desfachatez: «A este lo ha matado su enorme mansión, a este otro su jardín y a aquel de allá sus termas». Plutarco cuenta el caso de un hombre llamado Quinto Aurelio que nunca se metía en ningún lío, y que cuando fue al Foro y encontró su nombre apuntado en la última lista exclamó: «¡Ay de mí! Mi finca en Alba me ha matado». Antes de que pudiera alejarse demasiado, un tipo que le había seguido los pasos lo asesinó (*Sila*, 31).

En esos días se amasaron fortunas, porque las propiedades confiscadas se subastaban luego a precios ridículos para que las compraran amigos y partidarios de Sila (aunque las arcas públicas, que estaban casi vacías, también se beneficiaron). Por ejemplo, un liberto de Sila llamado Crisógono compró por ocho mil sestercios los bienes de Sexto Roscio, que estaban tasados en seis millones. Otro de los seguidores de Sila que se enriqueció así fue Marco Licinio Craso, que en Brutio hizo proscribir por su cuenta y riesgo a un hombre para apoderarse de su patrimonio. Curiosamente, entre los amigos beneficiados se hallaban también los viejos compañeros de juerga de Sila, los actores y cómicos, cuya alegre compañía seguía frecuentando en aquellos meses sombríos.

Uno de los casos más comentados fue el de Sergio Catilina, que tiempo antes había asesinado a su cuñado Quinto Cecilio y que consiguió que Sila incluyera a posteriori el nombre del muerto en las proscripciones con el fin de obtener impunidad. Después, para devolver el favor a Sila, torturó y mató a Mario Gratidino, sobrino de Cayo Mario, y le llevó su cabeza, por la que obtuvo su debida recompensa.^[25] Y, en fin, otro que

estuvo a punto de perder la vida en este baño de sangre fue el mismísimo Julio César, pero esa es una historia que explicaremos en su momento.

Las listas de proscripciones siguieron publicándose hasta el 1 de junio del año 81, fecha que Sila había puesto como límite. En aquel día, todos aquellos que se habían salvado respiraron con alivio. Según ciertas fuentes, murieron cuatro mil setecientas personas, entre ellas noventa senadores y dos mil seiscientos équites (una desproporción que se debe a que había muchos menos miembros del orden senatorial). Expertos como Arthur Keaveney, autor de una biografía sobre Sila, rebajan la cifra a mil o dos mil, todos pertenecientes a las clases altas. En cualquier caso, las proscripciones quedaron como una mancha imborrable en el recuerdo de Sila.

La dictadura y las reformas

Durante un breve tiempo tras su victoria en la puerta Colina, Sila mantuvo el cargo de procónsul. En noviembre del año 82, el senado decretó que todos sus actos como cónsul primero y como procónsul después quedaban ratificados. También se le concedió un honor poco usual: una estatua suya bañada en oro que lo representaba montado a caballo. Se hallaba en el Foro, delante de la Rostra de los oradores, y no muy lejos de otra imagen ecuestre de Marco Furio Camilo, el «segundo fundador de Roma». (Por supuesto, las estatuas de Mario, «el tercer fundador», habían desaparecido).

En la estatua de Sila una inscripción rezaba *Cornelio Sullae Imperatori Felici*, pues por voluntad suya el senado le otorgó el *cognomen* de *Felix*, «Feliz», certificando de forma oficial que era un hijo predilecto de la Fortuna. También en esa época adoptó el sobrenombre de Epafrodito, «el protegido de Afrodita».

Los honores estaban bien, pero Sila quería algo más: un poder institucional que le permitiera hacer las reformas políticas que llevaba tiempo meditando. Siguiendo sus instrucciones, el senado nombró un *interrex*, un cargo de origen muy antiguo al que se recurría cuando ambos cónsules morían o quedaban incapacitados. Así acababa de suceder ahora: Mario el Joven había perecido intentando huir de Preneste y Papiro Carbón

ajusticiado por Pompeyo en Sicilia.

El elegido como *interrex* en este caso fue Lucio Flaco, que poseía un gran prestigio por ser el *princeps senatus* y gozaba de las simpatías de Sila por haber intentado mediar con él antes de la guerra civil. Pero en lugar de designar nuevos cónsules, como se hacía en otras ocasiones, el *interrex* nombró a Sila dictador.

El dictador era un magistrado al que se concedían poderes extraordinarios en situaciones especiales. Su mandato duraba seis meses, un periodo durante el cual todos los demás cargos quedaban subordinados a él, cónsules inclusive. Externamente esto se manifestaba en que al dictador lo escoltaban veinticuatro lictores, tantos como a ambos cónsules juntos.

Los últimos dictadores databan de finales del siglo III. En general, se había recurrido a ellos *comitorum habendorum causa*, esto es, para poder convocar las elecciones. A veces el motivo podía sonar más exótico para nuestros oídos, como los dictadores *clavi figendi causa*, nombrados «para clavar un clavo», ritual religioso que servía para aplacar a los dioses y alejar una pestilencia de la ciudad, tal como se había hecho en varias ocasiones entre los años 363 y 263.

El carácter de la dictadura de Sila era distinto, único en la historia de Roma. Su nombramiento se hizo *legibus scribundis et rei publicae constituendae*, lo que significa «para dictar leyes y poner en orden la República». Una tarea ingente para la que no se le puso límite temporal: su dictadura era indefinida. Con el fin de que nadie obstaculizara a su labor, se le confirieron atribuciones casi ilimitadas. Todos sus decretos se convertirían automáticamente en leyes —otra cosa era que él decidiera refrendarlos ante la asamblea—. Tendría poder de condenar a muerte y confiscar propiedades —poder que llevaba ejerciendo un tiempo, dicho sea de paso—, y también la potestad de declarar la guerra o la paz, de fundar colonias y de destruir ciudades.

Por tradición, cada dictador nombraba un lugarteniente denominado *magister equitum* o jefe de la caballería, título simbólico que desde hacía mucho tiempo no guardaba relación con el mando efectivo de tropas. Para ese puesto Sila confió de nuevo en Flaco, el *princeps senatus*.

Una vez nombrado dictador, Sila se puso manos a la obra enseguida.

Un rasgo que llamaba la atención en este hombre al que tanto le gustaba divertirse de parranda con sus amigos de la farándula era su gran capacidad de trabajo. Recordando el comentario ya mencionado de Salustio, Sila no era alguien que procrastinara: «Si no tenía nada que hacer era un disoluto, pero nunca dejó que el placer lo retrasara a la hora de actuar» (*Yugurta*, 95).

En más de una ocasión hemos comentado que la supuesta «constitución» romana consistía, como el derecho, en un complicado entramado de normas, leyes y costumbres que se habían ido acumulando con el tiempo y que a menudo se contradecían. Esas normas solían responder a necesidades concretas y eran fruto del momento, lo que ahora los políticos denominan «legislar en caliente» cuando lo hace alguien de la oposición.

En cambio, las reformas de Sila obedecían a una filosofía común y constituían un *corpus* completo y coherente, algo mucho más parecido a lo que entendemos por una constitución. Además, promulgó esas normas en un periodo muy reducido, lo que indica que ya las tenía pensadas desde hacía mucho tiempo como remedio para los males de los que, según su diagnóstico, adolecía la República. De hecho, algunas de ellas las había intentado introducir durante su primer consulado.

¿Cuál era el espíritu que animaba las leyes de Sila? Si nos atenemos a nuestro concepto de dictador, podríamos pensar que intentaba legitimar su asalto al poder para quedarse en él de por vida y crear una especie de monarquía. Pero no era así. Él había vivido desde niño las convulsiones políticas que sucedieron al tribunado de Tiberio Graco, y quería ponerles fin para regresar a un pasado que, a su entender y al de tantos, había sido mucho mejor.

¿Qué había cambiado en los últimos tiempos? Que el senado había perdido poder y prestigio, en buena parte por culpa de políticos que pertenecían a sus propias filas, pero que habían decidido que resultaba más fácil triunfar recurriendo a las asambleas del pueblo que tratando de convencer a sus iguales en la Curia.

Así pues, lo primero que hizo Sila fue devolver todo el poder posible al senado. Para empezar, quería recuperar el monopolio de la justicia, de tal manera que los senadores juzgasen a los senadores.

Sila mantuvo los tribunales permanentes que ya existían, y les añadió otros especializados en casos de falsificación, asesinato y envenenamiento, injurias o desfalco. Para que cada uno estuviera presidido por un pretor tuvo que aumentar el número de estos magistrados a ocho. Pero, sobre todo, necesitaba más senadores. Las guerras constantes habían dejado muchos escaños vacíos, y para colmo, él mismo había eliminado a noventa miembros de la cámara con sus proscripciones.

¿De dónde sacó a los nuevos senadores? Muchos de ellos provenían de las filas del ejército, tal como había ocurrido después del desastre de Cannas. Aquellos que se habían destacado en acciones bélicas, conseguido altas condecoraciones o despojos del enemigo entraron en la cámara rellenando las vacantes. Según Salustio, este meteórico ascenso de soldados a senadores fue la causa de que en años venideros muchos jóvenes ambiciosos buscaran provocar grandes conflictos civiles para progresar con tanta rapidez como aquellos a los que ahora veían sentados en la Curia.

De esta manera, Sila completó los trescientos escaños del senado. Aun así, con eso no bastaba para la gran cámara que tenía en mente. Por eso eligió a trescientos miembros más que procedían del orden ecuestre; no solo de Roma, sino también de muchos otros municipios de Italia. Además, todos los cuestores se convirtieron a partir de ese momento automáticamente en senadores, con lo que cada año entraban veinte miembros nuevos aportando sangre joven a la cámara.

El aumento de cuestores a veinte y de pretores a ocho era una nueva adaptación a los tiempos. Sila había comprobado en persona que la administración del imperio se hacía cada vez más compleja y quería que, en lo posible, dependiera del senado y de los magistrados que pertenecían al orden senatorial, por lo que tuvo que aumentar su número.

El dictador también reglamentó las edades mínimas para las magistraturas y los intervalos entre cada una de ellas. En realidad, lo que hizo fue revivir leyes anteriores, como la *Villia Annalis*, que en los últimos tiempos se saltaba a la torera demasiado a menudo, tal como había ocurrido con los cinco consulados consecutivos de Mario o los cuatro de Cinna. Según las normas establecidas por Sila, a partir de entonces, la edad mínima sería de treinta años para los cuestores, treinta y seis para los ediles curules, treinta y nueve para los pretores y cuarenta y dos para

los cónsules. Una misma persona podía ser cónsul dos veces, pero a condición de que respetara un lapso de diez años entre ambas magistraturas.

Esta regulación del *cursus honorum* afectó también a los cargos provinciales. Ahora, en lugar de asignar provincias a los cónsules y a los pretores, todos desempeñarían su cargo en Roma. Al terminar su mandato se convertirían en procónsules o propretos y se les asignarían provincias. A los procónsules les corresponderían las mayores o aquellas donde se producían más conflictos militares y, por tanto, hacían falta más legiones. En cambio, los propretos se encargarían de gobernar provincias más pequeñas y pacificadas.

Todos los gobernadores tenían prohibido rebasar las fronteras de su provincia si no se lo autorizaba el senado, por lo que ya no podrían organizar guerras fuera de su territorio para sacar provecho personal como tantas veces se había hecho. Si alguien actuaba así, sería culpable de traición, del mismo modo que lo sería cualquier gobernador que tardara más de treinta días en abandonar su provincia tras ser relevado del mando.

La paradoja salta a la vista: con estas leyes, Sila intentaba impedir que alguien imitara su propio ejemplo cuando marchó contra Roma en el año 88 primero y después en el 83. Si algo parece intuirse con cierta claridad en su compleja y contradictoria personalidad, es que se consideraba por encima de los demás. No tanto por pura soberbia cuanto porque estaba convencido de que él era el único lo bastante clarividente para saber lo que de verdad le convenía a Roma.

En cierto modo, Sila creía que sus iguales no eran los demás senadores, sino la República en su conjunto. Al encontrarse en paralelo a ella y a su mismo nivel, no podía estar al mismo tiempo dentro, por lo que las normas que afectaban a los demás no tenían por qué servir para él. Por decirlo en las palabras del cura del chiste: «Haced lo que yo diga, no lo que yo haga».

Dentro de las magistraturas no hemos mencionado a los tribunos de la plebe. ¿Qué pasó con ellos? Para Sila, eran el principal origen de los males de la República. Tribunos habían sido los grandes aliados del odiado Mario, como Saturnino y, sobre todo, Sulpicio, que le había arrebatado el mando del ejército de Asia convirtiéndolo en un enemigo público y

obligándole así a marchar contra Roma.

Sila no abolió el tribunado, pero sí metió la tijera a sus atribuciones con el fin de «domesticar» de nuevo la institución. De ahora en adelante, se prohibía a los tribunos promulgar leyes nuevas presentándolas directamente ante la asamblea: previamente tendrían que someterlas a debate ante los senadores y conseguir su aprobación. Por supuesto, los tribunos ya no podían convocar sesiones del senado por su cuenta.

Con esa medida, la mecha de los tribunos, que tantos estallidos había provocado, se convertía en pólvora mojada. Así y todo, Sila no se conformó con eso. El puesto de tribuno había servido en los últimos tiempos como atajo para que muchos aristócratas ambiciosos emprendieran su carrera política de una manera más rápida, usando un camino paralelo para ascender mediante la aprobación del pueblo y no la del resto de la élite senatorial.

A partir de ahora, quien fuera elegido tribuno de la plebe ya no podría desempeñar ninguna otra magistratura durante el resto de su vida. Eso significaba que el tribunado se convertía en una estación de fin de trayecto y no de principio. La consecuencia lógica era que los individuos con aspiraciones elevadas dejarían de presentarse a un cargo que cercenaría sus futuras carreras, y el colegio de tribunos se convertiría en un pequeño rebaño fácil de manipular.

Aunque quizá se le pasó por la cabeza, Sila no se atrevió a abolir la institución en sí. Lo que hizo fue retrasar las manecillas del reloj de la historia, poniendo a los tribunos prácticamente en la hora cero con las mismas atribuciones que tenían cuando se fundó el cargo en el siglo V. Sus personas seguían siendo inviolables y mantenían su derecho de veto contra las actuaciones de otros magistrados, pero no en cualquier circunstancia, sino tan solo para proteger los derechos de ciudadanos individuales.

Debemos mencionar una medida que produjo más resultados materiales que cualquier otra. Sila necesitaba buscar acomodo a sus veteranos; no solo a los que se había llevado a Grecia, sino a los que se habían pasado a su bando y los ejércitos que habían servido con legados y oficiales como Craso o Metelo. Según Apiano, en total eran veintitrés legiones, más de cien mil veteranos a los que repartir tierras. ¿De dónde iba a sacarlas Sila?

Muchas habían quedado abandonadas por culpa de las guerras constantes, pero no eran suficientes. Aquí Sila de nuevo recurrió a su sistema de premios y castigos. Las comunidades itálicas que habían abrazado su causa desde el principio, como Apulia, Calabria o el Piceno —este último gracias a la influencia que ejercía allí Pompeyo— no sufrieron represalia ninguna. Pero en las que se habían opuesto a él, como Campania, el Lacio, Umbría y Etruria, se produjeron confiscaciones de tierras en masa para entregárselas a los veteranos.^[26] Los castigos afectaron a ciudades enteras, como Nola o Pompeya, que vieron cómo su estatus respecto a Roma se rebajaba.

La idea de aquel masivo reparto era crear estabilidad social y de paso tener repartida por toda Italia una enorme reserva de veteranos en deuda con Sila y leales a él. No obstante, las cosas no acabaron de funcionar como él quería. Las parcelas que se entregaban a los soldados licenciados seguían perteneciendo al Estado y, por tanto, no estaba permitido venderlas. A pesar de todo, en la práctica, muchos se deshacían de ellas por motivos diversos. Algunos necesitaban invertir un dinero que no tenían para recuperar terrenos abandonados. A otros los habían timado en el reparto entregándoles una ciénaga o un pedregal y se desembarazaban de su terreno. Había quienes, simplemente, se habían acostumbrado a las ventajas de la vida militar y no les apetecía trabajar de sol a sol en el campo doblando el espinazo. Quienes compraban todas esas tierras se convertían poco a poco en grandes propietarios, si es que no lo eran ya antes.

¿Qué ocurrió con los antiguos dueños de las fincas expropiadas? Si la mayoría de los campesinos vivían apenas por encima del nivel de subsistencia, quitarles la tierra que trabajaban significaba condenarlos al hambre y a la miseria. Algunos se quedaron por la zona convirtiéndose en jornaleros de unos dueños a los que aborrecían, pues los veían como usurpadores de sus antiguos terrenos. Otros, los que tenían más medios, viajaron a Hispania para unirse a la resistencia contra Sila, que se mantenía viva gracias al talento como general de Quinto Sertorio. Hubo bastantes que, en fin, se convirtieron en bandoleros.

El cuadro que pinta Salustio en *La conjuración de Catilina* (28.4) de la situación al norte de Roma resulta muy revelador, siempre que recordemos que era antisenatorial y, por tanto, antisilano, y que sus afirmaciones hay que tomarlas con una pizca de sal:

Mientras tanto, en Etruria Manlio trataba de sublevar a la plebe, que estaba deseando una revolución por culpa de la miseria y el resentimiento contra las injusticias que había sufrido, ya que durante la dictadura de Sila había perdido sus campos y todos sus bienes. Asimismo, soliviantaba a bandidos de todo tipo, que eran muy abundantes en aquella comarca, y a algunos que provenían de las colonias de Sila y a los que, por su vicio y amor al lujo, no les quedaba ya nada del gran botín que habían conquistado.

Hubo muchas otras reformas, un conjunto ingente de medidas si se considera que las tomó en menos de dos años. Por ejemplo, leyes suntuarias para frenar el lujo excesivo —tiene gracia que las promulgara un hedonista y un libertino como él—: ninguna comida podía costar más de treinta sestercios, e incluso se fijó el precio de las lápidas para que algunos no siguieran ostentando su riqueza hasta la tumba.

Por supuesto, estas normas no sirvieron de nada, como no habían servido antes ni servirían después. El mismo Sila era el primero que se las saltaba, aunque podía alegar que para subir la moral de una ciudad devastada por las guerras había que darle espectáculos. (Sin embargo, no puede decirse que ofreciera a los romanos *panem et circenses*, «pan y circo»: una de sus primeras medidas consistió en acabar con los repartos de trigo barato porque, en teoría, el erario no se lo podía permitir).

En pleno auge de las proscripciones, Sila había empezado el año 81 celebrando con gran magnificencia su triunfo sobre Mitridates. Allí se mostraron espléndidos despojos. El segundo día del triunfo desfilaron los exiliados que habían tenido que huir de la ciudad durante la época de Cinna. Venían coronados con guirnaldas, acompañados de sus familias y aclamando a Sila como padre y salvador; evidentemente, no todo el mundo lo miraba como un monstruo sanguinario.

Ya hemos hablado de la estatua ecuestre recubierta de oro, pero ahí no quedaron los costosos honores dispensados al dictador. Entre el 26 de octubre y el 1 de noviembre se celebraron unos espléndidos juegos para conmemorar su victoria sobre Mitridates y los partidarios de Cinna, los llamados *ludi victoriae Sullanae* que debían repetirse anualmente. Los premios que se otorgaron eran tan altos que en 80, cuando se celebraron por segunda vez, la mayoría de los atletas griegos que debían participar en las Olimpiadas dejaron de acudir a estas para viajar a Roma. (¿Qué habría opinado el barón de Coubertin?). En aquella ocasión, a falta de repartos de

trigo para el pueblo, Sila ofreció banquetes en los que no se escatimó nada, hasta el punto de que se bebieron vinos de más de cuarenta años y, según se cuenta, todos los días se arrojaban al Tíber grandes cantidades de comida que sobraba.

El mismo hombre que había vivido en un piso de alquiler rodeado de «gentes de mal vivir» recibía ahora honores desusados. ¿Acaso sus pies se habían despegado tanto del mundo real que había caído sin darse cuenta en el culto a la personalidad?

Sin duda, podía parecerlo. Aparte de la exaltación constante de su carisma, estaba la forma de exhibir su relación especial con dioses como Apolo, Ma-Belona, Venus-Afrodita o la misma Fortuna. Tampoco faltaba la fabulosa revelación de que los augures etruscos habían vaticinado unos años antes que acababa una era y otra mejor —la era de Sila— estaba a punto de empezar.

Es posible que todo este enaltecimiento estuviera destinado no tanto a producirle una compensación interior por los sinsabores del pasado —«Mirad hasta dónde he llegado, ¡oh, romanos!»— como a proteger su obra. Si Lucio Cornelio Sila aparecía ante los demás romanos como un ser superior al que las divinidades sonreían, sus leyes y reformas tendrían algo de sagrado y cualquier crítica o cambio posterior podrían verse como una profanación. No olvidemos que siempre había frecuentado la compañía de actores y que él mismo había escrito farsas atelanas. Quizá toda esta pompa escondía algo de teatro y el gran comediante se reía en su interior.

El final de Sila

Otra de las ocasiones en que el dictador se saltó sus propias leyes suntuarias fue el funeral de su esposa Metela. Ella había enfermado en el año 80 mientras Sila celebraba sus propios juegos, los *ludi Syllani*, y estaba consagrando a Hércules la décima parte del botín obtenido en sus guerras.

Cuando se enteró de que Metela agonizaba, Sila estaba oficiando como augur. Sus compañeros de colegio sacerdotal le dijeron que no podía

acercarse a ella ni permitir que la muerte de su esposa manchase de impureza su hogar. Sila le envió una carta de divorcio y mandó a sus sirvientes que se la llevaran a otra casa. Después, cuando Metela falleció, el dictador trató de demostrar que no había obrado así por desprecio y celebró unos magníficos funerales en los que gastó mucho más de lo que permitían las leyes que él había instaurado.

A sus cincuenta y ocho años, Sila no tardó en volver a casarse. La historia tiene un toque entre romántico y picante, y nos dice algo de cómo eran las relaciones entre hombres y mujeres en la Roma del siglo I a.C.

Un día en que Sila estaba presenciando unas luchas de gladiadores, sintió que alguien pasaba detrás de él y arrancaba una pelusa de lana de su manto. Al darse la vuelta comprobó con sorpresa que quien le había tocado era una hermosa mujer. Cuando Sila le preguntó por qué había hecho eso, ella le sonrió y contestó: «Tranquilo, dictador. Tan solo quiero participar de una minúscula parte de tu fortuna». (En aquella época, explica Plutarco, estos juegos se celebraban en el teatro y todavía no se separaban los asientos de hombres y mujeres como ocurriría durante el reinado del puritano Augusto).

A Sila le gustó la mujer, que era bastante más joven que él, e hizo averiguaciones. Se trataba de Valeria, perteneciente a la prestigiosa *gens* Valeria y a la rama de los Mesala. Además, se había divorciado recientemente.

A partir de ese momento, cuenta Plutarco con un estilo más propio de Ovidio en *El arte de amar*, se produjeron entre ellos miradas e incluso se daban la vuelta para sonreírse cuando se cruzaban. Finalmente, se comprometieron y se casaron. Plutarco no reprocha nada a Valeria, pero sí critica que a su edad Sila se dejara llevar como un adolescente por el atractivo de una mujer (*Sila*, 35).

Poco después de su boda, a principios del año 79, Sila sorprendió a todos. Como cuenta Apiano:

... el pueblo, halagando a Sila, lo eligió como cónsul. Pero él no accedió, sino que nombró cónsules a Servilio Isáurico y Claudio Pulquer. Él mismo, sin que nadie se lo pidiera, abdicó de su alto puesto.

Es algo que me resulta asombroso: Sila fue el primero y único hombre hasta entonces que, sin que nadie lo obligara, renunció a un poder tan

grande [...]. Es increíble que después de ascender a la fuerza y en medio de grandes peligros, cuando tenía todo el poder renunciara a él por su propia voluntad.

Asimismo es extraño que no sintiera miedo, pese a que habían muerto en esta guerra más de cien mil jóvenes y él mismo había matado de entre sus enemigos a noventa senadores, quince cónsules o excónsules y dos mil seiscientos caballeros, incluidos los exiliados. Sus propiedades habían sido confiscadas y muchos de ellos no habían recibido sepultura. Pero Sila, sin temer ni a sus familiares, ni a los desterrados, ni a las ciudades a las que les había quitado ciudadelas, murallas, tierras, dinero y privilegios, se retiró y se convirtió en ciudadano privado. ¡Hasta tal punto llegaban su atrevimiento y su buena suerte! (BC, 104).

Tras renunciar a su cargo para pasmo de todos los ciudadanos, Sila declaró que cualquiera que lo deseara podría pedirle explicaciones de sus actos. Despició a sus lictores y a sus escoltas y durante unos días se le vio paseando por el Foro, acompañado únicamente por sus amigos.

En general, la gente parecía tenerle miedo y no se dirigía a él. Pero un día un muchacho se acercó y empezó a criticarlo. Al ver que no ocurría nada, se envalentonó tanto que lo siguió hasta su morada sin dejar de insultarle. Sila, el mismo que había arrasado el Pireo y condenado a muerte a miles de hombres, aguantó impasible aquel chorro todo el camino. Por fin, al llegar ante la puerta de su casa, el exdictador se dio la vuelta y comentó: «Este muchacho va a conseguir que nadie más renuncie voluntariamente al poder».

¿Por qué abdicó? Es posible que considerara que su obra estaba terminada. O, como piensan algunos autores, empezaba a ver grietas en el edificio que intentaba construir, sobre todo al contemplar cómo sus seguidores peleaban entre ellos por el poder, y se hartó de todo eso. O tal vez pensó que se hallaba en lo más alto de su carrera y que era mejor dejarlo ahí en lugar de entrar en decadencia: este habría sido un pensamiento muy grecorromano.

Por último, no hay que descartar que, dándose cuenta de que su salud empeoraba, Sila quisiera vivir sus últimos años tranquilo. Poco tiempo después, se retiró con su familia a una lujosa villa en el golfo de Nápoles. Allí, aunque mantuvo contactos con la política de Roma, se dedicó a escribir sus memorias, en las que explicaba qué había hecho a lo

largo de su vida y, sobre todo, por qué.

No todo era trabajo literario, por supuesto. En sus últimos días, Sila no renunció a sus viejas amistades, que al parecer eran las que más lo hacían disfrutar. Aparte de Metrobio, el histrión con el que había mantenido relaciones durante tanto tiempo, Plutarco menciona a Sórix el comediante y a Quinto Roscio, un actor al que llegó a ascender al orden ecuestre. Con ellos y con otros compañeros similares Sila siguió «cenando bien y bebiendo mejor», como diría el inolvidable Augusto de la serie *Yo, Claudio*.

Como si todo estuviera medido en su vida, Sila terminó sus memorias poco antes de morir, y escribió en ellas que unos adivinos caldeos le habían predicho que después de una vida honrosa moriría en lo más alto de su fortuna. Cumplida su misión para con la posteridad, dos días más tarde, mientras ordenaba que estrangularan a un magistrado local por malversación —genio y figura—, empezó a arrojar sangre por la boca. Tras una noche de agonía, murió al día siguiente.

Lo más probable es que esa hemorragia se debiera a una cirrosis. Sila tenía tan solo sesenta años, pero parece que se había trabajado a conciencia el hígado hasta el último momento.

Tras su muerte, su cadáver fue transportado a Roma sobre un lecho de oro, escoltado por tropas y enseñas de mando. Ya en la ciudad, cuando colocaron su cuerpo en la pira amenazó con llover, lo que habría deslucido el funeral. Pero el aguacero no cayó hasta que se consumieron sus cenizas, «como si la Fortuna hubiera querido estar con él hasta que enterraron su cuerpo» en palabras de Plutarco (*Sila*, 38).

Con el tiempo corrió la historia de que Sila había muerto consumido por una extraña enfermedad, la ptiriasis o «enfermedad piojosa» que el mismo Plutarco menciona. Según la creencia de los antiguos, cuando los humores internos de algunas personas se corrompían, en su interior nacían por generación espontánea piojos, y debajo de la piel crecían bultos que estaban llenos de esos insectos. Los enfermos de ptiriasis sufrían horribles picores, y al rascarse esos quistes los parásitos salían por decenas, sin que hubiera forma de librarse de ellos por más que uno se lavara.

Se creía que este mal era un castigo divino contra asesinos, tiranos y

blasfemos. Así, por ejemplo, habrían muerto según los textos judíos Herodes el Grande y Herodes Agripa, y también el rey Antíoco IV Epifanes.

Hoy, en general, se cree que esta enfermedad de la que se habló durante siglos no es más que un mito, que proviene de que algunas personas que sufrían otras enfermedades con heridas abiertas podían ver sus úlceras infectadas por piojos o larvas de mosca. En cualquier caso, lo que está descartado es la creencia antigua de que dichos parásitos nacían por generación espontánea.

Quienes sientan curiosidad por estas historias, que provocan picor solo de leerlas, pueden encontrarlas en el libro *Gabinete de curiosidades médicas*, de Jan Bondeson. Mi opinión personal, en cualquier caso, es que Sila no sufrió nunca ese supuesto mal de los piojos y que se trata de una venganza póstuma. A muchos no les debió de parecer justo que alguien que había arrasado ciudades y bañado en sangre las calles de Roma terminara muriendo en la cama, rodeado de honores y amigos, con una joven y bella esposa y un bebé en camino (una hija que se llamó, como era habitual en tales casos, Póstuma). Por eso tuvieron que inventarle una muerte miserable. Sin embargo, parece evidente que, en general, Lucio Cornelio Sila vivió y murió como quiso.

Resulta casi imposible comprender a este personaje fascinante, cuyo interior estaba tan lleno de sombras como luminosos eran sus ojos y su piel. En cierto modo, él ofreció una pista, pues en su monumento funerario en el Campo de Marte hizo grabar un epitafio que resumía su filosofía de la vida:

**NADIE ME SUPERÓ NUNCA EN HACER BIEN A LOS AMIGOS
Y MAL A LOS ENEMIGOS**

La rivalidad entre Mario y Sila se convirtió en proverbial. Rodeados por grandes personajes, tanto en Roma como en otros países —pensemos en dos invitados estelares como Yugurta y Mitrídates—, ambos habían protagonizado las últimas décadas de la historia de la República, gracias en gran medida al apoyo de sus legiones.

Dice la maldición china: «Ojalá te toque vivir en tiempos

interesantes». Los de Mario y Sila lo habían sido. ¿Descansaría en la paz del aburrimiento la República?

La respuesta es «no». No tardarían en aparecer nuevos señores de la guerra que lucharían por convertirse en el primer hombre de Roma, un puesto que solo podía ocupar una persona. La estrella de Pompeyo empezaba a brillar, pero a no mucho tardar aparecería otra que amenazaría con eclipsarla. Y así, después de los tiempos de Mario y Sila, llegó la época de Pompeyo y César.

**Libro III:
POMPEYO Y CÉSAR**

VII EL ASCENSO DE POMPEYO

Magnus

La muerte de Sila dejó cierto vacío de grandes hombres en la política romana. Con «grande» me refiero al espacio político que llenaba el exdictador; obviamente, no se trata de un juicio moral. De entre todos los generales, oficiales y políticos que habían colaborado con él, uno destacaba sobre los demás por su confianza en sí mismo y por los éxitos militares que había logrado. Sobre todo, lo que llamaba la atención en él era su insultante juventud y la desenvoltura con que actuaba, como si las leyes no fueran con él.

Nos referimos, por supuesto, a Cneo Pompeyo. Había nacido en septiembre del 106, por lo que, cuando murió el dictador, tenía tan solo veintiocho años. Como ya vimos, era hijo de Pompeyo Estrabón, un personaje de reputación un tanto siniestra, pero que en la región del Piceno poseía una vasta red de clientes y una gran fortuna. Gracias a ellas, el joven Cneo pudo reclutar tres legiones para combatir al lado de Sila en el año 83. Fue la primera de las muchas ilegalidades de su carrera, porque no era más que un *privatus*, un ciudadano que no tenía autoridad ninguna para alistar ni mandar tropas.

Ahora bien, tres legiones eran muchas. Por joven que fuera, un general que las mandaba a título personal era alguien a quien había que tener en cuenta. A Sila, que acababa de desembarcar en Italia y se enfrentaba a enemigos muy superiores en número, le convenían aliados así. Por otro lado, era obvio que los soldados querían a Pompeyo, al contrario que a su padre, al que habían aborrecido por su crueldad, su extrema disciplina y, probablemente, porque era un tacaño con ellos, defecto que los soldados nunca perdonaban.

De nada le habría valido al joven Pompeyo la influencia para reclutar

un ejército por su cuenta si no hubiese poseído además talento como general. Pero incluso antes de reunirse con el futuro dictador ya demostró su valor cosechando varias victorias. Cuando se encontró por fin con Sila, este bajó del caballo y lo saludó como *imperator*, un título que únicamente se concedía a los generales victoriosos.

Pompeyo conseguiría varios éxitos más en las campañas de la guerra civil. Cuando Sila consiguió el control de Roma definitivamente y se convirtió en dictador, pensó en qué podía hacer con Pompeyo, una fuerza difícil de controlar. Con el fin de tenerlo lo más cerca posible, decidió casarlo con su hijastra Emilia Escaura, que era hija de su reciente esposa Cecilia Metela y del difunto príncipe del senado, Emilio Escauro.

Aquel matrimonio presentaba ciertas dificultades, porque Emilia Escaura estaba casada y para colmo embarazada, y Pompeyo también tenía esposa, Antistia. Pero el joven general se hallaba tan deseoso de emparentar con el dictador que no puso la menor objeción.

Una característica curiosa de la personalidad de Pompeyo es que, pese a que cosechó más éxitos militares que ningún romano antes que él y a que en ciertos momentos acaparó un poder sin precedentes, sintió siempre un tremendo complejo de inferioridad ante la élite del senado, la poderosa *nobilitas*. En justicia, podía decirse que él pertenecía a esa nobleza y que no era un *homo novus*, puesto que su padre Pompeyo Estrabón había sido cónsul en el año 89. Sin embargo, los demás no dejaban de mirar a su familia como a unos advenedizos de una región apartada, algo que se evidenciaba en el hecho de que Pompeyo, como Cayo Mario, tan solo tenía dos nombres. El «Estrabón» de su padre era únicamente un mote que se refería a su estrabismo, y no llegó a convertirse en un *cognomen* tradicional. Quizá su hijo se negó a heredarlo por simple coquetería, lo que también nos dice algo sobre su forma de ser. Si había algo que saltaba a la vista a todo aquel que conocía a Pompeyo era la desmesurada hinchazón de su ego, una vanidad que se capta incluso ahora cuando uno contempla el más famoso de sus retratos, que lo representa ya en su madurez.

El matrimonio de Pompeyo y Emilia no duró apenas, porque ella murió al dar a luz. De todos modos, Sila siguió confiando en él y en otoño del 82 lo envió a Sicilia para que acabara con los simpatizantes de Mario que dominaban la isla. Por primera vez, Pompeyo viajó con *imperium* oficial, ya que el senado le concedió mando como procónsul.

La campaña terminó rápidamente, puesto que el jefe de las tropas antisilanas, Perperna, huyó de la isla. Pompeyo no tardó en capturar a Papirio Carbón, que teóricamente seguía siendo cónsul. Carbón le pidió clemencia basándose en que en el pasado lo había defendido contra los enemigos que querían confiscarle sus propiedades. Pero Pompeyo, decidido a demostrar su devoción por Sila, hizo que lo ejecutaran y llevaran su cabeza a Roma. (Plutarco cuenta una anécdota un tanto escatológica sobre el infortunado Carbón, que cuando vio la espada sobre su cuello pidió que le dieran unos minutos para visitar la letrina. *Pompeyo*, 10).

Por la dureza con que trató a Carbón y a otros prisioneros, Pompeyo recibió el mote de *adulescentulus carnifex*, «el carnicero adolescente». Pero si bien es verdad que en sus primeros tiempos demostró cierta crueldad que podía hacer temer que se convirtiera en alguien tan sanguinario como su padre, con los años su temperamento se moderó. Por otra parte, ya de joven, Pompeyo procuraba mantener una estricta disciplina entre sus tropas, lo cual no siempre era fácil. Al enterarse de que estaban cometiendo abusos con la población local, algo tristemente habitual, ordenó que sellaran con lacre las embocaduras de las vainas de las espadas. Si al pasar revista a un soldado se encontraba el sello roto, debía demostrar que había usado su arma por una causa justificada; de lo contrario, recibía un severo castigo.

Tras someter Sicilia, Pompeyo pasó a África con un ejército de seis legiones para acabar con la resistencia antisilana, encabezada por Cneo Domicio Ahenobarbo, que contaba con el apoyo del rey númida Hiarbas. Cuando Pompeyo y sus tropas desembarcaron en Útica, aconteció un suceso bastante ridículo. Unos soldados encontraron unas cuantas monedas enterradas, y se esparció el rumor de que toda la zona estaba sembrada de tesoros que los ricos cartagineses habían sepultado por si venían malos tiempos. Durante días, Pompeyo no pudo hacer nada de provecho con su ejército porque los legionarios se dedicaban a cavar con un afán digno de mejor causa, hasta que dejaron el lugar sembrado de pozos y zanjas como una inmensa topera. Según Plutarco, Pompeyo se limitó a reírse de ellos, aunque es dudoso que le hiciera gracia tener que demorar las operaciones mientras sus hombres se dedicaban a cazar tesoros. Por supuesto, esos tesoros no aparecieron, y Pompeyo les dijo a sus soldados que aquellos días de trabajo en vano eran suficiente castigo por su indisciplina.

Una vez que pudo empezar la campaña, Pompeyo la liquidó en

cuarenta días. Tras vencer a sus enemigos, hizo ejecutar a Ahenobarbo y también al rey Hiarbas, a quien sustituyó por Hiémpsal, un sobrino de Yugurta.

En aquel momento su misión había terminado. Pronto le llegó una carta del dictador en la que le ordenaba que licenciara a todas sus tropas salvo una legión, y que después las mandara a Italia mientras él se quedaba en África aguardando la llegada del magistrado que debía relevarlo en el mando. Sin embargo, Pompeyo no estaba dispuesto a regresar así como así a la vida privada.

Al final de la campaña, sus soldados lo habían vuelto a saludar con el título de *imperator*, pero en esta ocasión le añadieron el de *Magnus* o Grande, un *cognomen* que incorporaría a su nombre a partir de entonces sin el menor recato. No contentos con eso, los legionarios exigieron que su general los llevara en persona a Italia para celebrar su triunfo y se negaron a abandonar África si no era con él.

Pompeyo se dirigió a ellos desde el estrado y les imploró con lágrimas en los ojos que regresaran a la disciplina y obedecieran las órdenes de Sila. Pero no era más que teatro calculado para presionar al dictador y conseguir que le permitiera volver a Italia a la cabeza de sus tropas. Considerando la extrema dureza con que trataba Sila a quienes se le oponían, no se puede negar que Pompeyo tenía agallas al echarle un pulso. Según Plutarco, su atrevimiento era tal que llegó a decirle a la cara al dictador en una ocasión: «Ten en cuenta que hay más gente que adora al sol naciente que al sol poniente» (*Pompeyo*, 14).

Al final, Sila comprendió que el joven general no tenía intención de usar aquellas tropas para rebelarse contra él y que únicamente necesitaba su momento de gloria, de modo que acabó accediendo. No solo hizo oficial su título de Grande, sino que incluso, a regañadientes, le concedió un triunfo. Celebrarlo por matar romanos en un conflicto civil parecía algo inapropiado e incluso de mal gusto, pero como Pompeyo había derrotado también al nómida Hiarbas podía alegar que su guerra había sido un *bellum externum*.

Un triunfo a los veintiséis años para alguien que nunca había sido magistrado y solo pertenecía al orden ecuestre —todavía no había entrado en el senado— era algo sin precedentes. Aun así, a Pompeyo no le pareció suficiente y pretendió dar la nota exótica usando elefantes en lugar de

caballos para tirar de su carro triunfal. Cuando el cortejo llegó a las puertas de la ciudad, Pompeyo descubrió que eran demasiado pequeñas para los paquidermos, con lo que hubo que desuncirlos del carro y traer de nuevo a los corceles.

Después de su triunfo, Pompeyo podría haberle pedido a Sila que lo incluyese en aquel nuevo senado de seiscientos miembros. Pero prefirió no hacerlo por el momento. De convertirse en un senador convencional, habría tenido que seguir un *cursus honorum* también convencional. Pero era impensable que alguien que había mandado un ejército de más de treinta mil hombres y entrado en Roma por la puerta Triunfal se presentara ahora a las elecciones de cuestor o edil para gestionar el funcionamiento de los mercados o las alcantarillas de la ciudad. Por eso, Pompeyo se retiró de momento de la política esperando que surgiera otra oportunidad extraordinaria para seguir su propia e inimitable carrera.

Para los defensores de Sila, como su biógrafo Arthur Keaveney, las reformas del dictador estaban encaminadas a restaurar la legalidad de la República y evitar que esta se desmoronase. Sin embargo, otros autores más críticos con él, como Richard Billows, opinan que todas aquellas leyes para controlar a los gobernadores provinciales y evitar que surgieran nuevos señores de la guerra no eran más que una farsa. La demostración palpable era que Sila dependía de un señor de la guerra en proyecto como Pompeyo y había accedido a sus exigencias sabiendo que eran ilegales, lo que convertía sus medidas restauradoras en una cáscara vacía.

Tras la muerte de Sila

Cuando abandonó la dictadura, Sila debió de pensar algo similar a lo que se le atribuye a otro dictador muy posterior en el tiempo: «Todo está atado y bien atado». Pero incluso antes de su muerte el edificio que había levantado comenzó a resquebrajarse.

Para empezar, en el año 78 uno de los dos cónsules elegidos fue Marco Emilio Lépido, pese a que Sila desaprobaba su candidatura de forma expresa. Lépido tenía lazos con la familia de Saturnino, y al principio había apoyado a Mario y a Cinna, pero al inicio de la guerra civil fue lo bastante astuto como para cambiar de bando y pasarse al de Sila.

Gracias a eso salvó el pellejo y de paso se enriqueció con las proscripciones. De todas formas, Sila no acababa de confiar en él. De hecho, cuando Pompeyo apoyó a Lépido para el consulado, Sila se enojó tanto con su joven protegido que borró toda mención suya en el testamento.

La desconfianza de Sila se hallaba justificada. Cuando el exdictador murió, Lépido intentó impedir que recibiera un funeral de Estado. Aunque no consiguió salirse con la suya en este primer acto simbólico, no se desanimó por ello y aseguró que iba a derogar todas las reformas de Sila. Su programa incluía devolver las competencias arrebatadas a los tribunos de la plebe, traer de nuevo a los exiliados, restituir las propiedades confiscadas y distribuir de nuevo trigo barato al pueblo.

Su colega consular, Quinto Lutacio Catulo, que era un silano convencido, se opuso a él, como también lo hizo la mayoría del senado. Tras un brevísimo tiempo de paz, la violencia volvió a sacudir la República. En esta ocasión, el descontento estalló al norte de Roma, en tierras de Etruria. Allí, los veteranos de Sila que se habían establecido en Fésulas como colonos fueron expulsados por los antiguos propietarios de sus tierras. Rápidamente la chispa prendió y se organizó una revuelta popular.

El senado reaccionó enviando a ambos cónsules para reprimir aquella sedición. Pero pronto se vio que Lépido estaba utilizando sus tropas para ponerse al frente de los rebeldes, no para aplastarlos. Cuando llegó el momento de votar a los cónsules del año 77, el senado ordenó a Lépido que regresara a la ciudad para presidir las elecciones. Él se negó y exigió que se le otorgara un segundo consulado. De lo contrario, dijo, marcharía contra Roma con su ejército igual que había hecho Sila.

Cuando empezó el nuevo año, las elecciones todavía no se habían celebrado, por lo que no había cónsules en ejercicio. El senado, no obstante, volvió a recurrir al *senatus consultum ultimum* y encomendó a Lutacio Catulo la defensa de la República, otorgándole rango de procónsul. Para ayudarle en su misión se nombró a un segundo general, Pompeyo, que había comprendido su error al apoyar a Lépido un año y medio antes.

La campaña fue bastante breve. Mientras Catulo luchaba contra Lépido en Etruria, Pompeyo se dirigió a la Galia Cisalpina para combatir a su principal legado, Marco Junio Bruto (padre del famoso asesino de César). Al parecer, las tropas de Bruto desertaron y este no tuvo más

remedio que rendirse a Pompeyo, que lo hizo ejecutar.

Tras aquella fácil victoria, Pompeyo se dirigió a Etruria, y llegó a tiempo de combatir junto a Catulo en la batalla de Cosa. El rebelde Lépido fue derrotado, pero consiguió huir con parte de sus tropas a Cerdeña, donde cayó enfermo y murió poco después.

Muchos de sus hombres, sin embargo, abandonaron la isla y se dirigieron a Hispania, acaudillados por Marco Perperna. Allí quedaba un último reducto del antiguo bando de Mario y Cinna, dirigido por uno de los mayores talentos militares de la historia de Roma, el hombre que estaba a punto de convertirse en la némesis de Pompeyo: Quinto Sertorio.

La guerra contra Sertorio

Como Cayo Mario y Cneo Pompeyo, Quinto Sertorio únicamente tenía dos nombres. Su familia provenía de la ciudad sabina de Nursia y formaba parte de la aristocracia local, pero ninguno de sus antepasados llegó a desempeñar magistraturas importantes en Roma, por lo que se le puede considerar un *homo novus*. *Se calcula que nació en torno al año 126, y ya de joven consiguió cierta reputación como orador en diversos procesos. En el 105 participó como tribuno en la desastrosa derrota de Arausio y, como vimos en su momento, logró escapar cruzando a nado el Ródano con su armadura a cuestas a pesar de que lo habían herido. Más adelante sirvió con Mario, para quien ofició de espía gracias a que estaba familiarizado con las lenguas celtas, y a su lado participó en la gran victoria de Aquae Sextiae.*

Unos años más tarde, en el 97, Sertorio viajó a Hispania otra vez como tribuno militar. Lo hizo bajo las órdenes de un individuo poco recomendable, el procónsul Tito Didio, culpable de varias masacres que recuerdan a la matanza de lusitanos que perpetró el infame Galba en el año 150. Por su parte, Sertorio demostró su astucia en varias ocasiones, y también ganó la corona de hierba.

En la Guerra Social Sertorio sirvió como cuestor durante el año 91, aunque no está muy claro qué papel desempeñó. Fue entonces cuando perdió un ojo, una mutilación de guerra que siempre lució con orgullo y

que lo equiparaba con otros célebres generales tuertos como Antígono Monoftalmo o el mismísimo Aníbal. Tras la guerra se presentó a tribuno de la plebe para el año 88, pero Sila, que ya era cónsul electo, se opuso a él y consiguió que fuera derrotado.

La relación entre ambos, que no debía de ser buena, se deterioró todavía más a partir de ese momento. Sertorio se convirtió en seguidor de Mario y de Cinna, y entró con ambos en Roma cuando la tomaron mientras Sila partía a Grecia. A pesar de todo, no le agradó la brutal represión que presenció en esos días y, como ya comentamos, fue él quien acabó con los desmanes de los bardieos, los esclavos liberados de Mario que sembraban el terror en Roma. También mencionamos ya su participación en la guerra civil y cómo, por diferencias con Papirio Carbón y con Mario el Joven, decidió marcharse de Italia y se dirigió a Hispania. Para Sila supuso alivio, ya que Sertorio era, con diferencia, el más dotado de los generales enemigos.

Sertorio aguantó en Hispania un tiempo, hasta que el gobernador nombrado por Sila, Cayo Annio, lo expulsó de allí. Después guerreó durante algunos meses contra las tropas silanas en el norte de África.

En el año 80 unos legados lusitanos, atraídos por los éxitos y el prestigio de Sertorio, viajaron a Mauritania a pedirle que regresara a Hispania y los librara de la opresión del gobernador de la provincia Ulterior. Sertorio aceptó y, aunque al principio disponía de un ejército muy reducido que no llegaba a diez mil hombres, no tardó en cosechar victorias contra los generales que le mandaba Sila. Sus éxitos hicieron que acudieran a reforzar sus filas muchos romanos desterrados y proscritos por el dictador. Este, preocupado por aquel problema que amenazaba con crecer, nombró legado de Hispania Ulterior a un hombre de confianza, Metelo Pío.

Metelo empezó avanzando desde la Bética hasta el corazón de Lusitania, y en el camino fundó ciudades como Metellinum (la actual Medellín) o Castra Caecilia (Cáceres). Pero la táctica de guerrillas a la que recurrían los lusitanos acabó desesperándolo. Además, ya había cumplido la cincuentena y no se encontraba en muy buena forma, por lo que llevaba muy mal las penalidades de la campaña. Sertorio, que era unos años más joven y, sobre todo, se ejercitaba constantemente en marchas y combates, llegó al extremo de retarlo a un duelo singular. Metelo se negó, como era de esperar. Plutarco, que lo critica en otras cosas, le da la razón en esto

porque, «como dice Teofrasto, un general debe morir como un general y no como un soldado de infantería ligera» (*Sertorio*, 13).

Tras dos años sin conseguir nada, Metelo acabó retirándose a Corduba en el 77, abandonando buena parte de la provincia Ulterior a su enemigo. Sertorio consiguió también el apoyo de las tribus celtíberas y avanzó hasta la Hispania Citerior, donde su legado Hirtuleyo había derrotado y dado muerte al gobernador Domicio Calvino. Allí se apoderó de centros neurálgicos como Calagurris e Ilerda (Calahorra y Lérida), y sobre todo Osca (Huesca), donde estableció su base de operaciones.

Fue en Osca donde Sertorio fundó su célebre escuela, en la que ofrecía educación romana a los hijos de la élite hispana. Los alumnos se vestían con togas y, entre otras enseñanzas, aprendían latín y griego. Al mismo tiempo, Sertorio adiestraba a sus tropas con el sistema militar romano, y las hacía desplegarse bajo sus estandartes y respetar la misma disciplina que las legiones. El hecho de que además constituyera su propio senado formado por trescientos miembros demuestra que su intención era montar una especie de Roma paralela. A decir verdad, seguía viéndose a sí mismo como representante de la legítima República que había sido derrocada por Sila.

Las victorias de Sertorio estaban convirtiéndolo en un personaje casi legendario. Contaba con una guardia personal formada por guerreros celtíberos que habían jurado protegerlo con sus vidas y no sobrevivirle después de su muerte; este voto de fidelidad a un caudillo, que sobrepasaba con mucho la relación romana entre patrono y cliente, era muy típica de las tribus galas y germanas. Para aumentar su carisma, sobre todo entre las tropas hispanas, Sertorio no dudaba en recurrir a lo sobrenatural y lo místico. Tenía una cierva blanca a la que había domesticado dándole de comer de su propia mano, y aseguraba ante sus guerreros que era un regalo de Diana la cazadora, y que la cierva le traía en ocasiones mensajes de la propia diosa.

Ese mismo año, el 77, los restos del ejército de Lépido, cincuenta y tres cohortes mandadas por Marco Perperna, llegaron a Hispania. A Perperna no le hacía ninguna gracia cederle el mando a Sertorio, pero sus propios hombres lo obligaron. En aquel momento, Sertorio se hallaba en la cumbre de su poder y dominaba toda Hispania excepto el sur, donde Metelo se encontraba prácticamente encerrado.

Convencido de que él solo no podía arreglar la situación, Metelo pidió refuerzos a Roma. Los cónsules de aquel año, Junio Bruto y Emilio Liviano, no tenían la menor intención de ir a Hispania. Pompeyo, por su parte, seguía al mando de las tropas que le habían asignado para la campaña contra Lépido y no quería desmovilizarlas, de modo que se ofreció voluntario para dirigir aquella operación.

Algunos senadores se opusieron a entregarle el mando, alegando que alguien que ni siquiera había sido cuestor no podía recibir un mando proconsular. Era una objeción absurda, puesto que Pompeyo ya había ejercido ese *imperium* antes. Para convencer a los demás senadores, un partidario suyo llamado Lucio Filipo se levantó e hizo un juego de palabras: Pompeyo no tenía por qué ir «como procónsul sino en lugar de los cónsules», *non proconsule sed pro consulibus*.

Pompeyo no entró en Hispania hasta la primavera del 76, pues tuvo que enfrentarse a tribus rebeldes en la provincia de Galia Transalpina y se vio obligado a pasar el invierno en Narbona. Pero en cuanto llegó se dirigió hacia el sur siguiendo la costa. Su intención era arrebatársela al enemigo y utilizarla como base para seguir avanzando hacia el interior. Gracias a su prestigio, muchas ciudades se pasaron a su bando. De hecho, en aquella campaña Pompeyo se las arregló, como solía hacer allí por donde pasaba, para establecer unas extensas redes de clientes que con el tiempo le resultarían muy útiles.

El primer objetivo importante de Pompeyo era Valencia. Sertorio, que se percató de ello, decidió tomar una de las ciudades que se encontraba en el camino, Lauro. Era la primera vez que estos dos generales, hasta entonces prácticamente imbatidos, iban a enfrentarse. ¿Qué podría suceder?

Cerca de la ciudad de Lauro había una colina estratégicamente situada. Tanto Pompeyo como Sertorio intentaron tomarla, pero fue este último quien se anticipó e instaló su campamento allí. Pompeyo decidió sacar partido de una situación que de entrada parecía desventajosa y se estableció al otro lado de la colina, de tal modo que el ejército de Sertorio quedara emparedado entre sus tropas y la ciudad aliada de Lauro. Tan confiado se sentía que envió emisarios para dar ánimos a los habitantes de Lauro, e incluso les sugirió que subieran a las murallas para contemplar el espectáculo de un ejército sitiador que se convertía en sitiado.

Cuando Sertorio se enteró, respondió que había llegado el momento de darle una lección al «pupilo de Sila», tal como llamaba a Pompeyo. Para su sorpresa, este descubrió que detrás de su campamento Sertorio tenía otro en el que se alojaba una fuerza más que considerable, seis mil hombres. ¿Quién había encerrado a quién?

Al comprender la situación, Pompeyo no se atrevió a abandonar su propia empalizada, pues temía verse atacado por el frente y la retaguardia a la vez. Es posible que Sertorio gozara de superioridad numérica gracias a los refuerzos de Perperna, pero la fuente que lo afirma, Orosio, a quien ya mencionamos con motivo de la guerra de Yugurta, no es excesivamente fiable.

No fue la única jugarreta que le gastó Sertorio a Pompeyo durante este asedio. En los alrededores de Lauro solo había dos zonas donde el ejército de Pompeyo podía conseguir forraje y leña, una cerca de su campamento y otra más alejada. Sertorio ordenó a sus tropas ligeras que hostigaran constantemente a los forrajeadores enemigos que acudían a la zona más próxima y que no se acercaran a la otra. Lógicamente, los hombres de Pompeyo acabaron decidiendo que merecía la pena hacer un viaje más largo para ir al área más alejada, ya que por allí no asomaban los enemigos y era mucho más segura.

Cuando el adversario picó el cebo, Sertorio envió veinte cohortes de infantería pesada y ligera más dos mil jinetes para que tendieran una emboscada en el camino. El oficial encargado, Octavio Grecino, partió por la noche y colocó en los bordes del camino a la infantería ligera hispana, un poco más atrás a la infantería pesada y aún más retiradas entre los árboles a las tropas de caballería, de modo que los relinchos de los corceles no delataran su posición.

Al día siguiente, a la tercera hora (las nueve de la mañana en horario solar), los forrajeadores de Pompeyo aparecieron de regreso, lo que sugiere que el lugar donde habían ido a buscar provisiones estaba tan lejos que habían tenido que pernoctar allí. En ese momento los hispanos de la infantería ligera de Sertorio cayeron sobre ellos, y momentos después, mientras intentaban reorganizarse, lo hicieron las demás cohortes.

Los soldados de Pompeyo emprendieron la huida, como era de esperar. Algunos de ellos lograron adelantarse, pero Sertorio había dado instrucciones de que nadie escapara con vida. Obedeciendo sus órdenes, el

jefe de la caballería de los emboscados, Tarquinio Prisco, había dejado en el camino que conducía al campamento enemigo un segundo grupo de emboscados, doscientos cincuenta jinetes que sorprendieron a los fugitivos y acabaron con la mayoría de ellos.

No obstante, la noticia de la celada llegó al campamento de Pompeyo, quien rápidamente envió una legión en ayuda de sus hombres bajo el mando del legado Décimo Lelio. Al ver que este se acercaba, Tarquinio hizo tocar la orden de retirada como si renunciara a la persecución.

Era otra treta. Tras alejarse cierta distancia, todos los jinetes de Tarquinio giraron a la derecha, dieron media vuelta para rodear a la legión que venía de refuerzo y la atacaron por la retaguardia. Al mismo tiempo, las tropas pesadas de Octavio Grecino que habían tendido la emboscada avanzaron por el camino y cargaron de frente contra aquella unidad.

Esta vez Pompeyo decidió que tenía que emplear más efectivos, por lo que hizo salir prácticamente a todas sus tropas del campamento. Pero Sertorio respondió actuando de la misma manera, como si ofreciera batalla. Ante la amenaza de verse atacado por detrás mientras acudía en auxilio de los suyos, Pompeyo no tuvo más remedio que renunciar a su maniobra y contemplar impotente cómo los enemigos terminaban de aniquilar a su partida de forrajeadores y a la legión que había mandado para salvarlos.

Este primer asalto entre los dos generales «estrella», al que Frontino dedica una considerable extensión en sus *Estratagemas* (2.5.31), le costó a Pompeyo diez mil bajas, entre ellas la del legado Lelio, amén de perder el convoy de suministros. Aquella derrota convenció a los habitantes de Lauro de que Pompeyo no iba a ser capaz de rescatarlos, de modo que se rindieron a Sertorio. Este les perdonó la vida y les dejó marchar, pero arrasó su ciudad para acentuar la humillación de Pompeyo.

Fue una dura lección para Pompeyo, que hasta ahora se había enfrentado a rivales de segunda división. Por suerte para él, al año siguiente, Metelo consiguió derrotar a Hirtuleyo, el legado de Sertorio, cerca de Itálica, lo que equilibraba un poco las fuerzas. Él, por su parte, hizo lo propio con Perperna en las proximidades de Valencia, que cayó en su poder; esto demostraba que los subordinados de Sertorio estaban muy lejos de poseer su talento.^[27]

Aquella victoria hizo confiarse a Pompeyo, que se convenció de que podía derrotar a Sertorio solo. Sin esperar a que llegara la ayuda de Metelo, decidió atacar a su adversario junto al Júcar. Se podría achacar esta conducta a su gran vanidad, pero no era el primer general romano que prefería arriesgarse a combatir con menos tropas por no compartir la gloria con otro.

Como ocurría tantas veces en estas batallas, el flanco derecho de cada ejército, donde se hallaban las mejores tropas, derrotó al ala izquierda de su rival. El resultado del combate no quedó claro, aunque Pompeyo mismo resultó herido en una pierna y es posible que perdiera más hombres que su adversario. Al día siguiente llegó Metelo con sus refuerzos, y al verse en inferioridad numérica, Sertorio se retiró de allí.

En esa misma campaña todavía se libró una gran batalla cerca de Sagunto. Tampoco fue concluyente, aunque en ella murió Memio, el mejor legado de Pompeyo, y esta vez fue Metelo quien recibió un lanzazo.

Durante el invierno del 75-74, ambos bandos solicitaron ayuda exterior. Pompeyo envió una carta al senado pidiendo refuerzos, dinero y provisiones. El tono era bastante duro y a ratos insolente, pues el general nunca fue un maestro de la diplomacia. Salustio nos transmite el texto de la misiva en uno de los fragmentos de sus *Historias* (2.98): «Por los dioses inmortales, ¿es que pretendéis que yo haga de tesoro público? ¿Creéis que puedo mantener a mi ejército sin grano ni pagas?». Había también algunas amenazas veladas en la carta que hicieron reaccionar al senado, y por fin se decidió enviar a Pompeyo dinero y dos legiones más.

Por su parte, Sertorio había entrado en negociaciones con un viejo conocido de los romanos, Mitrídates del Ponto. ¿Con el cruel enemigo que había hecho asesinar a ochenta mil romanos e itálicos en las Vísperas asiáticas? Pues sí, con ese mismo. No era la primera vez que facciones enfrentadas en Roma recurrían a ayuda extranjera. En la guerra civil, los enemigos de Sila se habían aliado con los samnitas a sabiendas de que estos odiaban a Roma, y de no haber sido por la victoria de Sila en la puerta Colina probablemente habrían saqueado la ciudad. El mismo Sila había firmado una paz con Mitrídates que muchos veían como un vergonzoso enjuague. Más recientemente, Domicio Ahenobarbo había pactado con el rey númida Hiarbas.

En sus negociaciones, Mitrídates se comprometió a enviar a Sertorio

cuarenta naves de guerra y tres mil talentos de plata, una suma más que considerable. A cambio, Sertorio debía mandarle soldados y asesores militares y reconocer sus posesiones en Asia. Sertorio accedió a que el rey se apropiase de nuevo de Bitinia y Capadocia, pero se negó a que pusiera las manos en la provincia de Asia, ya que era propiedad de Roma desde hacía décadas, y él no se consideraba ningún traidor a su patria.

A Mitrídates le sorprendió que un hombre en la situación de Sertorio, cada vez más escaso de medios, fuera tan puntilloso. «¿Qué condiciones me pondrá si alguna vez controla Roma, si estando acorralado junto a las orillas del Atlántico pone límites a mi reino y me amenaza con la guerra si intento reconquistar Asia?», comentó. No obstante, el pacto se selló y Sertorio recibió el dinero y los barcos prometidos. A Mitrídates, que tampoco era hombre que sintiera un gran respeto por su propia palabra, le daba igual: si Sertorio conseguía que los esfuerzos de la República se concentraran en el oeste, ya le llegaría el momento de poner de nuevo sus manos sobre la provincia de Asia.

En cualquier caso, el pacto llegó demasiado tarde para Sertorio. Pompeyo y Metelo, con más recursos que el año anterior, decidieron que no tenían por qué enfrentarse en campo abierto a su enemigo y que les bastaba con desgastarlo poco a poco rindiendo sus fortalezas. Durante el año 74 lograron apoderarse de Coca, Bilibis (Calatayud) y Segóbriga. Sertorio logró frustrar los ataques sobre Palantia (Palencia) y Calagurris, pero no dejaba de perder terreno.

Y no solo lo perdía en el campo de batalla. Su popularidad entre sus propios hombres también estaba cayendo en picado. A los elementos romanos de su ejército les molestaba que se rodeara de aquella guardia de celtiberos juramentados, como si fuera un caudillo bárbaro. Perperna, que nunca había aceptado de buen grado la autoridad de Sertorio, empezó a esparcir rumores contra él, y los rumores pronto se convirtieron en una conspiración.

Los conflictos entre romanos e hispanos no dejaban de agravarse: los primeros se dedicaban a hostigar a los segundos extorsionándolos y someténdolos a castigos muy duros por cualquier supuesta infracción. Como resultado, muchos pueblos y ciudades empezaron a desertar del bando de Sertorio. A estas alturas, los hispanos debían comprender ya que sus objetivos no eran los mismos. Ellos querían librarse del yugo de Roma, mientras que Sertorio, aunque algunos historiadores lo hayan presentado

como un adalid de la independencia de Hispania, seguía siendo un romano que luchaba por cambiar el gobierno de la República, no por liberar de su imperio a ningún pueblo.

En las campañas de los años 73 y 72, Sertorio siguió perdiendo ciudades y territorios ante el avance de Pompeyo y Metelo. En cuanto a las deserciones de sus aliados, que le dolían todavía más, trató de reprimirlas con una brutalidad que hasta entonces no había empleado, y llegó hasta el punto de ejecutar a algunos jóvenes que se educaban en su academia de Osca y a vender como esclavos a otros en represalia por supuestas faltas cometidas por sus padres.

Su buena estrella lo había abandonado. Sertorio se sentía cada vez más desesperado, pues comprendía finalmente que la suya era una causa perdida. Según Apiano, para evadirse pasaba el tiempo en banquetes, refugiándose en la bebida y en el sexo cuando hasta entonces había sido un hombre frugal y moderado.

En uno de esos banquetes, Perperna y otros nueve conjurados aprovecharon el momento en que su general y sus guardaespaldas estaban más ebrios y lo asesinaron. Es posible que en esta conspiración influyera el hecho de que Metelo Pío, imitando el ejemplo de su padre con Yugurta, había ofrecido una gran recompensa a quien le trajera la cabeza de Sertorio.

La muerte de Sertorio provocó que muchos de sus partidarios abandonaran definitivamente la lucha. Perperna, en cambio, se empeñó en resistir ahora que por fin podía ostentar el mando supremo. Pero pocos estaban dispuestos a seguirlo, y en la primera batalla que libró fue derrotado y capturado por Pompeyo. Para salvarse de la ejecución, Perperna le ofreció cartas y documentos secretos de Sertorio que supuestamente demostraban que tenía un buen número de cómplices en Roma. Pompeyo, pensando que aquella información podría avivar otra vez la discordia en la ciudad, los quemó todos y ordenó matar a Perperna.

Con la muerte de Sertorio la guerra civil terminaba por fin, diez años después del desembarco de Sila en Italia. Tras su larga estancia en Hispania, Metelo Pío regresó a Roma para celebrar su triunfo.

Pompeyo, por el contrario, se quedó unos meses allí. Tras someter los últimos focos de resistencia indígena de la provincia Citerior, abandonó

su papel de general duro y adoptó el de conciliador, gracias a lo cual aumentó su prestigio y su influencia en la península. Amén de fundar varias ciudades, como Pompaelo (Pamplona), firmó pactos de clientela con los principales caudillos de las tribus que le habían sido fieles, y a cambio los recompensó con tierras y ampliándoles las fronteras.

Los cónsules de ese año, además, presentaron la *lex Gellia Cornelia* que permitía a Pompeyo otorgar la ciudadanía romana, si lo consideraba oportuno, a aquellos hispanos que hubieran luchado a su lado contra Sertorio. Pompeyo usó esta ley con generosidad, lo que le ganó muchos más partidarios, algo que se puede atestiguar en las inscripciones posteriores, donde el nombre «Pompeyo» aparece muchas veces, ya que los nuevos ciudadanos adoptaban el nombre de su benefactor.

Pompeyo, como se demostraría más tarde, no era un gran orador ni se sentía a gusto en los debates del senado. Sin embargo, maniobrando sobre el terreno no había otro como él. Cuando dejó Hispania en la primavera del año 71, sabía que aquel vasto país se había convertido en su territorio particular, y así se demostró más de veinte años después cuando estalló la segunda guerra civil de Roma.

Mientras Pompeyo se dedicaba a sembrar para su propio futuro, los campos de Italia sufrían la devastación de un ejército enemigo. En este caso no venía del norte, sino que había surgido en la misma Italia, prácticamente del suelo, pues eran los esclavos que trabajaban los campos quienes se habían rebelado. Pero el núcleo de aquella revuelta tenía su origen en unos hombres que manejaban las armas, aunque no para servir a la República sino para divertir a sus ciudadanos. Eran gladiadores, y su líder, por supuesto, no era otro que Espartaco.

La revuelta de Espartaco

Espartaco, uno de los personajes más famosos de la historia de Roma y todo un símbolo, era de origen tracio. Probablemente había nacido en una tribu conocida como los medos (el nombre coincide con el de un importante pueblo iranio, pero es pura casualidad), que habitaba en la zona montañosa situada entre el sur de Bulgaria y el norte de Grecia. Como era habitual en las tierras altas, Espartaco empezó dedicándose al

pastoreo, pero cuando surgía la ocasión combinaba esa actividad con incursiones en las llanuras, lo que lo familiarizó con las armas.

Hasta aquí, su historia recuerda mucho a la de Viriato. Pero en una de esas razias, Espartaco fue capturado por los romanos. Al menos, así lo cuenta Apiano. Según el relato de Floro (3.20) las cosas ocurrieron de forma diferente: Espartaco fue primero mercenario, después se alistó como soldado auxiliar de las legiones romanas, más tarde desertó y por fin fue apresado. En cualquier caso, ambas versiones terminan igual: al observar que poseía una gran fuerza física y una sorprendente habilidad con las armas, sus captores decidieron convertirlo no en un esclavo sin más, sino en gladiador.

Los juegos de gladiadores constituyen uno de los aspectos más polémicos de la civilización romana, y también de los más populares gracias a películas, novelas y en los últimos tiempos una serie de televisión protagonizada precisamente por Espartaco.

Los romanos creían que estos espectáculos, como tantos otros elementos de su cultura, eran una herencia de los etruscos. El primer combate de este tipo que se celebró en Roma fue organizado por Décimo Junio Pera como homenaje a su padre fallecido, y consistió en una pelea entre tres parejas de esclavos en el Foro Boario. De alguna forma, se trataba de un sustituto de los sacrificios humanos que muchos pueblos antiguos ofrecían a los muertos. Estos se alimentaban de sangre, como se ve en la escena de la *Odisea* en que Ulises visita el reino de Hades y usa la sangre para convocar a los espíritus;^[28] pero en ocasiones los difuntos no se conformaban con la de ovejas o cabras, sino que exigían beber la que corría por venas humanas.

La diferencia entre un sacrificio y un combate de gladiadores estribaba en que en el segundo no se sabía con seguridad cuál de los luchadores iba a morir y cuál iba a sobrevivir. Al principio, estos duelos eran más un ritual religioso que un espectáculo; pero ese elemento de emoción e incertidumbre prendió entre los romanos, que empezaron a apretujarse en el Foro Boario para presenciar las peleas y cruzar apuestas entre ellos.

En el siglo I a.C., los *munera* o juegos de gladiadores se habían popularizado tanto que muy pocos recordaban ya sus orígenes religiosos, y se celebraban por toda Italia. En esta época todavía no existía la amplia

variedad de armas que exhibirían los luchadores en época imperial, y la mayoría combatían empuñando una simple espada, el *gladius*, que les daba su nombre.

Entre los gladiadores había muchos esclavos, prisioneros de guerra y criminales. Pero también se encontraban hombres libres que mediante el juramento conocido como *auctoramentum gladiatorium* renunciaban a sus derechos cívicos para huir de condiciones de vida precarias, por alcanzar la gloria o por cualquier otra razón (en época imperial hubo incluso miembros del orden senatorial que se hicieron gladiadores). Todos ellos entrenaban en escuelas llamadas *ludi*, a las órdenes de un empresario y adiestrados por veteranos conocidos como *lanistae* y también como *doctores*.

Puesto que los gladiadores suponían una inversión cara, no era aconsejable ni habitual que en cada pelea muriera el perdedor, de modo que había en sus duelos algo de danza ensayada. Cuando uno de los dos contendientes caía y no quería seguir combatiendo, levantaba desde el suelo el índice de su mano izquierda en señal de rendición. Quien decidía si vivía o moría era el magistrado que presidía los juegos, aunque solía atender a la opinión del público. Un pulgar extendido hacia arriba —*pollicem vertere*—, aunque nos parezca antiintuitivo, era un gesto de desaprobación y significaba que el perdedor debía morir. Juntar el pulgar con el índice quería decir lo contrario, y extenderlo hacia abajo era una indicación para que el vencedor dejase caer la espada sin matar a su rival. En ocasiones, el público actuaba como en las plazas de toros y agitaba trapos o pañuelos para pedir clemencia por el gladiador caído.

Hablando de toros, es inevitable pensar en festejos actuales leyendo esta inscripción encontrada en Pompeya:

*LA BANDA DE GLADIADORES DEL EDIL AULO SUETIO CERTO
LUCHARÁ EN POMPEYA LA VÍSPERA DE LAS KALENDAS DE JUNIO
[31 de mayo]. HABRÁ CAZA DE BESTIAS SALVAJES Y TOLDOS.*

Los gladiadores



En el caso de Espartaco, él pertenecía al *ludus* de Léntulo Batiato, en la ciudad de Capua. En esa escuela había gladiadores de dos grupos étnicos principales, galos y tracios. Espartaco, como hemos visto, pertenecía a los últimos, aunque Plutarco señala que por su cultura y su inteligencia era más griego que tracio. El mismo autor relata que, cuando lo llevaron a Roma para ser vendido junto a su mujer, una serpiente se enroscó alrededor de su cabeza. Su esposa, que tenía arrebatos místicos de profetisa, interpretó aquello como señal de que Espartaco llegaría a detentar un poder grande y terrible que le traería buena suerte.^[29]

Las condiciones en el *ludus* de Batiato eran extremadamente duras. De todos modos, tiene lógica que los gladiadores estuvieran tan vigilados como en una cárcel, ya que eran hombres peligrosos y en esa escuela había más de doscientos.

El problema que no parecía captar ni Batiato ni nadie en la comarca era que ese grupo de prisioneros expertos en manejar armas se hallaba en el corazón de un territorio donde había cientos de miles de esclavos. La mayoría de ellos trabajaban en el campo, el destino más duro después de las minas. Si en el siglo II, como ya comentamos en el capítulo de los hermanos Graco, existía la tendencia a concentrar propiedades agrícolas y a explotarlo con mano de obra esclava, dicha tendencia se había acentuado durante el siglo I. Eso significaba que los gladiadores del *ludus* de Batiato eran como una mecha extendida sobre un enorme barril de pólvora.

Solo hacía falta que alguien la encendiera. Y ese alguien, por supuesto, fue Espartaco.

No debemos pensar que Espartaco tomó conciencia de repente de la explotación que sufrían los esclavos como colectivo. Tampoco sería apropiado describirlo como un representante genuino del antiguo proletariado, tal como hizo Marx en una carta donde comentaba a Engels *Las guerras civiles* de Apiano. Como la mayoría de la gente en la Antigüedad, Espartaco no se planteaba abolir la esclavitud, y de hecho su ejército hizo sus propios esclavos. Lo que anhelaba personalmente, como casi todos los que sufrían aquel terrible destino, era conseguir su libertad

y la de sus allegados y mejorar sus condiciones de vida.

La revuelta estalló en el año 73. Espartaco había planeado escapar con los doscientos internos del *ludus*, pero su plan fue descubierto y se vieron obligados a apresurar la huida. Tan solo setenta y ocho gladiadores lograron salir del recinto. Tras asaltar una taberna, se apoderaron de los cuchillos y los espetones. Eran armas más que peligrosas en manos de tipos entrenados, y con ellas consiguieron librarse de los guardianes de las puertas de Capua y huir de la ciudad. En el camino, se encontraron por azar con unas carretas en las que transportaban armas para otro *ludus*. Aprovechando el golpe de suerte, se apoderaron de ellas y se alejaron de la ciudad.

El lugar que escogieron para establecer su campamento no podía ser más espectacular: el cráter del monte Vesubio, del que en aquella época se ignoraba que era un volcán. Allí eligieron a otros dos gladiadores de origen celta o germano como lugartenientes de Espartaco. Sus nombres eran Crixo y Enomao.

Pronto corrió la voz y empezaron a unírseles más esclavos, e incluso jornaleros libres de las fincas cercanas. Usando como base el Vesubio, la banda de Espartaco se dedicó a saquear los alrededores.

Al enterarse, el pretor Claudio Glabro reunió a toda prisa una fuerza de tres mil hombres. No se trataba de legionarios con experiencia, sino de una especie de milicia: los romanos no veían aquel conflicto como una guerra sino como una revuelta de esclavos que había que reprimir, pero de la que no se podía sacar gloria ninguna.

Glabro intentó asediar a los hombres de Espartaco para que no pudieran salir del volcán. Pero con sus tres mil soldados no podía cubrir toda la falda, de modo que dejó sin vigilancia una ladera tan escarpada que parecía imposible bajar por ella. Los rebeldes trenzaron escalas usando parras silvestres y con ellas descendieron por un tramo de pared prácticamente vertical. Cuando llegaron a la base, un compañero que se había quedado arriba les arrojó las armas. Con ellas, bajaron el resto de la ladera y atacaron por la espalda a los hombres de Glabro, a los que derrotaron con facilidad.

Al apoderarse del campamento del pretor, Espartaco y sus hombres consiguieron armas suficientes para equiparse como un pequeño ejército.

La noticia de su victoria se propagó, y acudieron a unirse a ellos cada vez más seguidores. Pronto se convirtieron en miles, y después en decenas de miles, hasta que a finales del año 73 Espartaco acaudillaba un auténtico ejército de cuarenta mil hombres.

Con esas improvisadas tropas, Espartaco se dedicó a saquear toda la región de Campania, incluidas ciudades como Nola y Nuceria. Un segundo pretor, Publio Varinio, acudió a detenerlo. En esta ocasión, llevaba dos legiones, pero seguían estando formadas por soldados bisoños.

Espartaco se burló de él con un truco que explica Frontino en sus *Estratagemas* (1.5.22). El tracio plantó ante la puerta de su propio campamento estacas separadas por pequeños intervalos, y apoyó en ellas cadáveres vestidos y armados para que de lejos parecieran centinelas. Mientras en el campamento seguían ardiendo cientos de antorchas y hogueras como si no pasara nada, él y sus hombres abandonaron el lugar en silencio amparándose en la oscuridad.

Después de aquello, Varinio volvió a enfrentarse a Espartaco en Lucania. El resultado fue una derrota humillante en la que el pretor perdió el caballo y las insignias de su mando. El éxito de los rebeldes atrajo todavía a más fugitivos, de manera que a principios de 72 sus fuerzas ascendían a setenta mil hombres.

Pronto surgieron diferencias en el seno de su ejército. A esas alturas, Enomao había muerto en combate, y Crixo se separó del grueso del ejército llevándose consigo a treinta mil guerreros celtas y germanos. El pretor Quinto Arrio le dio alcance y lo derrotó junto al monte Gargano. En la batalla perecieron Crixo y dos tercios de sus seguidores.

Espartaco, mientras tanto, se dirigió al Piceno, en la costa noreste de Italia. Allí supo que al norte del río Po lo aguardaba un ejército consular mandado por Cornelio Léntulo, mientras que por el sur le seguía los pasos el otro cónsul, Gelio Públicola. El tracio, demostrando su talento como general, los derrotó a ambos en dos batallas sucesivas. Después, con justiciera ironía, obligó a trescientos prisioneros romanos a combatir entre ellos como gladiadores delante de una pira funeraria encendida en honor de Crixo.

La intención original de Espartaco era viajar al norte, cruzar los Alpes y luego dividirse por contingentes tribales, unos hacia la Galia —que

todavía no estaba sojuzgada por los romanos— y otros, incluido él, a Tracia. Allí habría podido vivir en libertad con su esposa, que lo había acompañado en la huida.

Sin embargo, la mayoría de los rebeldes prefería seguir saqueando las fértiles tierras de Italia en lugar de emprender el largo camino al frío y brumoso norte. Al fin y al cabo, acababan de vencer a dos ejércitos consulares. ¿Quién se les podía oponer mientras los mandara Espartaco, un líder carismático y un genio de la estrategia?

Ese mismo año, Espartaco todavía consiguió otras dos victorias. Después, como sus hombres se negaban a proseguir hacia el norte, tomó de nuevo el camino del sur. Allí, entre el tacón y la punta de la bota, se apoderaron de la ciudad de Turios.

En Roma los senadores, como es lógico, veían la situación cada vez más preocupados. La Guerra Servil de Sicilia había supuesto un problema grave, pero lo de Espartaco era mucho peor: tenían a aquel criminal en Italia, campando a sus anchas, y en cualquier momento podía decidir atacar la misma urbe.

Nadie quería presentarse voluntario como general para combatir contra Espartaco, que había demostrado su valía humillando a pretores y cónsules. Por otra parte, si alguien conseguía vencerlo, únicamente podría alardear de haber sometido a una horda de esclavos, algo que se daba por descontado. Para colmo, los mejores generales de Roma se hallaban combatiendo en otros escenarios: Pompeyo y Metelo Pío guerreaban en Hispania contra Sertorio, y Lúculo en Asia contra Mitrídates.

En aquella difícil tesitura el único que dio un paso al frente fue Marco Licinio Craso. A esas alturas, Craso era considerado el hombre más rico de Roma. Parte de su fortuna la había amasado durante las proscripciones de Sila, confiscando las propiedades de los hombres asesinados. Su abanico de negocios, no obstante, era amplio: explotaba minas de plata, adquiría fincas y también compraba esclavos especializados cuyo trabajo era muy valorado, como orfebres, escribas o gramáticos.

Una de sus maneras de enriquecerse demuestra que Craso era un hombre con tanto ingenio como pocos escrúpulos. Había reunido un pequeño ejército de quinientos esclavos, arquitectos y albañiles. Cuando se

declaraba un incendio en un bloque de pisos, Craso acudía a toda prisa y compraba a precio de ganga no solo la *insula* en llamas, sino también los edificios aledaños, cuyos dueños temían que el fuego se propagase y redujese sus propiedades a la nada. Solo entonces enviaba a sus quinientos operarios a extinguir el incendio. Normalmente lo hacían derrumbando el edificio donde había empezado el fuego, con lo cual Craso se quedaba con el solar y con los bloques circundantes, prácticamente intactos. Por supuesto, el alquiler que pasaba a los inquilinos era más alto que el que cobraban los anteriores caseros.

Este mismo Craso, el hombre que aseguraba que nadie podía llamarse a sí mismo rico hasta que no fuera capaz de pagarse su propio ejército, fue quien se hizo cargo de la guerra contra Espartaco en el año 71. Una vez nombrado pretor, reclutó seis legiones y se dirigió con ellas hacia el Piceno, por donde andaban haciendo correrías los gladiadores. Al acercarse al teatro de la guerra, añadió a esas seis legiones otras dos, los restos de los ejércitos consulares del 72.

Una de las primeras medidas que tomó Craso fue restaurar la disciplina en las unidades desmoralizadas que había heredado de los cónsules anteriores. Para ello, escogió a quinientos soldados y los dividió en cincuenta grupos de diez. Después, los hombres de cada uno de estos grupos tuvieron que elegir por sorteo a uno de ellos y lo mataron a golpes. Puesto que con este atroz castigo moría uno de cada diez hombres, era conocido con el nombre de *decimatio*, «acción de diezmar».^[30] Pero Craso consiguió lo que pretendía: los legionarios que servían bajo su estandarte comprendieron que debían temerle más a él que al enemigo. Desde entonces reinó una disciplina de acero y a nadie se le pasó por la cabeza abandonar el puesto o arrojar las armas ante el enemigo.

A partir de ese momento, las tornas empezaron a cambiar. Craso tal vez no fuese un estratega tan brillante como su antiguo mentor Sila o incluso como Pompeyo, pero sí un jefe metódico, persistente y, sobre todo, absolutamente implacable. En primer lugar, derrotó a diez mil rebeldes que habían acampado separados del grueso de las fuerzas de Espartaco. Después marchó contra este y lo venció en campo abierto.

Por primera vez, el gladiador tracio había sufrido una derrota como general. Sin embargo, no fue aplastante, ya que pudo retirarse con casi todas sus tropas. Espartaco comprendió enseguida que ahora se las tenía con un rival mucho más peligroso que los anteriores, y decidió que lo

mejor era abandonar Italia cuanto antes. Así pues, se dirigió con sus rebeldes a Regio, en la punta de la bota italiana, donde tenía Sicilia a la vista. La gran isla parecía un lugar excelente para instalarse: allí había buen clima, tierras fértiles que saquear y decenas de miles de esclavos que en el pasado ya se habían sublevado dos veces contra sus amos.

Para empezar, Espartaco planeó llevar dos mil hombres a Sicilia como núcleo de una nueva rebelión. Puesto que ellos no tenían barcos, se encargarían de transportarlos unos piratas cilicios con los que había contactado previamente. Para su desgracia, los piratas no se presentaron en la fecha convenida, aunque ya habían cobrado por adelantado. ¿Los había sobornado Craso con sus ingentes riquezas? Es una hipótesis verosímil.

Mientras tanto, Craso había cercado a los rebeldes en la punta de la bota con zanjas, terraplenes y empalizadas que se extendían más de cincuenta kilómetros. Si a sus soldados les pareció un trabajo duro, nadie se atrevió a rechistar.

Cuando los sublevados empezaron a quedarse sin provisiones, intentaron abrirse paso luchando. Pero en dos enfrentamientos consecutivos, Espartaco perdió doce mil hombres. A partir de ese momento, el gladiador tracio lanzó ataques más limitados en puntos dispersos como maniobras de distracción. Por fin, aprovechando una noche de tormenta, sus hombres rellenaron la zanja en una zona con troncos y ramas y treparon a la empalizada. De este modo, consiguieron escapar y huyeron hacia Brindisi, en el tacón de la bota.

Según Plutarco, a estas alturas, Craso había escrito al senado para solicitar que hicieran venir a Pompeyo desde Hispania y a Lúculo desde Tracia (no se trataba del Lúculo que estaba guerreando contra Mitrídates, sino de su hermano Marco).

Conociendo al personaje, resulta difícil de creer. Como buen general romano, Craso prefería quedarse la gloria para sí y no compartirla con nadie más. Además, la campaña contra aquellos esclavos, aunque fuese difícil, estaba empezando a rendir frutos. Por eso quería acabar con ella antes de que llegaran Pompeyo y Lúculo, a quienes seguramente avisaron otros senadores y no el propio Craso.

Los últimos reveses habían minado tanto el prestigio de Espartaco

que estalló un motín entre sus tropas. Treinta mil galos eligieron como líderes a dos hombres llamados Gránico y Casto y se dirigieron por su cuenta a Lucania. Allí Craso los sorprendió junto a un lago del que se contaba que sus aguas eran a veces saladas y a veces salobres (Plutarco, *Craso*, 11). Los romanos derrotaron a los rebeldes y si no los masacraron del todo fue porque Espartaco apareció a tiempo de proteger a los que huían. Aparte de la victoria, Craso logró recuperar las águilas y las fasces que los esclavos habían arrebatado a los romanos en anteriores batallas.

Espartaco demostró que todavía no estaba acabado, pues consiguió vencer a un ejército mandado por el cuestor Tremelio Escrofas. Después de eso, sabiendo que venían refuerzos, intentó entrar en tratos con Craso. Fue en vano: los romanos jamás negociarían con esclavos. Aquella rebelión tenía que ser aplastada de forma tan brutal que jamás se volviera a repetir.

Espartaco se dirigió entonces a Brindisi con la intención de embarcar hacia el norte del Adriático y regresar a Tracia. Pero cuando le informaron de que las legiones de Lúculo acababan de desembarcar allí, dio media vuelta. Al llegar cerca del río Silaro, se encontró con el ejército de Craso, que venía tras sus talones.

A estas alturas, Espartaco sospechaba que se encontraba ante su última batalla. Los números debían de estar parejos, unos cuarenta mil hombres por cada bando, pero los soldados de Craso poseían mucha más moral y experiencia que los ejércitos a los que el tracio había derrotado durante los dos primeros años de campaña.

Para demostrar que su destino se hallaba indisolublemente unido al de sus compañeros en aquella larga aventura y que triunfaría o moriría con ellos, Espartaco desmontó de su caballo y lo mató delante de todos. «Si vencemos, nos apoderaremos de los caballos del enemigo. Si perdemos, no quiero tener montura».

No existen descripciones detalladas de la batalla. Sabemos que Espartaco intentó abrirse paso hasta Craso para batirse con él y que en el camino logró matar a dos centuriones. Considerando que los centuriones eran la élite guerrera de los legionarios, no fue pequeña gesta. En ese momento, un *pilum* lo hirió en el muslo y tuvo que doblar la rodilla, pero siguió luchando. Por fin, cuando hasta el último de los compañeros que lo rodeaban hubo caído, Espartaco se vio rodeado por una multitud de enemigos y pereció. Su muerte terminó de cambiar el curso de la batalla,

que culminó en una rotunda victoria para las tropas de Craso.

El desprecio que sentían los romanos por aquella horda de seres a los que consideraban más animales que personas se mezclaba con cierta admiración a regañadientes. Como señala Floro, los rebeldes «alcanzaron un fin digno de hombres, luchando a muerte y sin rendición, como corresponde a quienes combatían a las órdenes de un gladiador. El propio Espartaco murió combatiendo con extremo valor en la primera línea, como corresponde a un general» (3.2).

Curiosamente, el cadáver de Espartaco nunca apareció.

Los romanos pensaban que aquello no debía volver a repetirse. Por eso, no bastaba con devolver a los prisioneros a la esclavitud. Como ejemplo para todos aquellos que albergaran planes de escapar de sus amos en el futuro, Craso hizo crucificar a los seis mil supervivientes a lo largo de la vía Apia, entre Capua y Roma. Durante días, aquellos infortunados agonizaron a la intemperie de treinta en treinta metros, como siniestras farolas que alumbraran la calzada. Sin duda, un espectáculo tétrico, que Stanley Kubrick adaptó a su magistral manera al final de su película *Espartaco*.

El resultado final de esta guerra le dejó un sabor amargo a Craso. Un contingente de cinco mil rebeldes huyó hacia el norte, donde se encontraron con el ejército de Pompeyo. Este los barrió del mapa sin despeinarse. Después escribió al senado en su habitual tono pomposo para decir que, si bien Craso había vencido a los esclavos fugitivos en una brillante batalla, era él quien había extirpado las raíces de la rebelión.

Espartaco había derrotado a los romanos hasta nueve veces en campo abierto. De todos modos, su hueste de desclasados no se consideraba un enemigo de bastante categoría como para otorgar un triunfo. Mientras que Pompeyo celebraba con gran pompa su victoria sobre Sertorio en Hispania, Craso se tuvo que contentar con el triunfo de segunda categoría conocido como *ovatio*, «ovación».

El hecho de que Pompeyo no se conformara con sus victorias hispanas y tratara de robarle a Craso parte del mérito abrió una brecha entre los dos hombres, que en realidad nunca se habían llevado bien. No obstante, eran los héroes del momento, y los votantes lo reconocieron eligiéndolos como cónsules para el año 70. Pompeyo, con treinta y seis

años, seguía sin tener la edad exigida por las normas que había reforzado Sila, pero ¿qué más daba otra irregularidad en su carrera?

Por intereses diversos, Pompeyo y Craso tuvieron que olvidar su antipatía mutua y aunar fuerzas en más de una ocasión. No tardaría mucho en acercarse a ellos un patricio de treinta años que empezaba a conquistar cierta notoriedad, pero de quien nadie podía sospechar aún que llegaría tan lejos.

Por supuesto, hablamos de Julio César. Y a estas horas creo que ha llegado el momento de presentárselo a los lectores.

VIII LOS PRINCIPIOS DE CÉSAR

Familia y carácter

Como sugiere su segundo nombre, Cayo Julio César pertenecía a la *gens Julia*. Los miembros de esta *estirpe* decían remontarse a Julo, otro nombre de Ascanio, el hijo de Eneas y nieto de Venus. Estos Julios no se instalaron en Roma con Rómulo, sino que llegaron a la ciudad después de que el tercer rey, el belicoso Tulo Hostilio, destruyera Alba Longa (precisamente fundada por Julo).

Era un linaje patricio que, por tanto, gozaba de gran prestigio, pero que no desempeñó un papel tan importante en la República como los Cornelios, los Claudios o los Emilios, por poner algún ejemplo.

Dentro de esa *estirpe* había una rama, la de los Césares, que es la que nos interesa. No se sabe en qué momento apareció este *cognomen*, pero el primer personaje conocido que lo llevó fue Sexto Julio César, pretor en el año 208.

Sobre el origen del nombre César corrían diversas historias. Algunos aseguraban que uno de la familia nació tras haber sido «cortado», *caesus*, del vientre de su madre.^[31] Otros lo relacionaban con el sustantivo *caesaries*, «cabellera»; algo que no dejaba de ser una ironía para nuestro personaje, puesto que César empezó a quedarse calvo bastante pronto y siempre trató de disimularlo como pudo. Incluso un texto tardío, la *Historia Augusta*, relataba que el primero que llevó sobrenombre de César se lo ganó por matar a un elefante, pues en lengua bereber el nombre para este paquidermo era *caesai*. En este mismo pasaje se presenta otra conjetura: que el primer César tuviera los ojos *caesi*, esto es, de un azul celeste, pues el adjetivo deriva de la misma raíz que *caelum*, «cielo» (*Historia Augusta*, *Elio*, 2).

Como se ve, una larga historia para un nombre que, a su vez, ha engendrado sus propios descendientes, como el término «césar» en español, *Kaiser* en alemán o *Tzar* en ruso. De todas estas hipótesis, la que parece más probable es la relativa a la cabellera, pues era muy frecuente que el *cognomen* o tercer nombre proviniera en origen de una característica física, que en ocasiones era también un defecto: Estrabón, «bizco»; Rufo, «pelirrojo»; Bruto, «pesado»; Calvo, lo mismo que en español; Cicerón, «garbanzo» (¿por culpa de una verruga tal vez?).

La familia se había dividido a principios del siglo II en dos ramas. Ambas, para confusión de los lectores, se llamaban Julio César. Aquella de la que no descendía *nuestro* César tuvo algo más de éxito, con un cónsul en 157 y un pretor en 123. En la rama que nos interesa no hubo ningún cónsul hasta el año 91, en que recibió tal honor Sexto Julio César, probablemente el tío de Cayo Julio César.

Así pues, aunque no era propiamente un *homo novus*, César no procedía de una familia que pudiera garantizarle una carrera política tan exitosa como la que finalmente recorrió, sino de una situada, por así decirlo, en el segundo escalón del pódium. Aparte de su talento indiscutible —basta leer sus obras históricas para comprender que aquel hombre poseía una inteligencia penetrante y una gran claridad de ideas—, le ayudó mucho que su tía paterna Julia estuviera casada con Cayo Mario. En ese enlace, Julia ponía la sangre azul y Mario el poder y probablemente el dinero.

En cuanto a la madre de César, provenía de los Aurelio Cota, una familia plebeya que gracias a sus cuatro antepasados cónsules había entrado en la nobleza. Como era de esperar, se llamaba Aurelia. Era una mujer inteligente y culta, y de personalidad fuerte. Su papel en la educación de César y de sus hermanas (ambas llamadas Julia) tuvo que ser por fuerza importante, ya que su marido murió en el año 84 mientras se vestía, lo que hace pensar en un infarto fulminante o en un derrame cerebral. Casi dos siglos más tarde, el historiador Tácito elogió a Aurelia por encargarse personalmente de la formación de César, a diferencia de otros niños que se criaban prácticamente en manos de nodrizas.

César nació el 13 de quintil del año 100 a.C., un año redondo del que, obviamente, no podían ser conscientes en la época.^[32] Era cónsul por sexta vez su tío Mario. Un año muy revuelto: cuando era todavía un bebé, se produjeron los desórdenes que acabaron con los asesinatos del tribuno Saturnino y del pretor Glaucia.

Por esta alianza política, César tendió siempre a alinearse con los llamados populares. Que se preocupara más por el bienestar de la plebe urbana que otros patricios puede deberse también al lugar donde se crió: no en el Celio o el Palatino, donde se levantaban las mansiones de los aristócratas, sino en la Suburra, un barrio popular situado entre la ladera sur del Viminal y la falda oeste del Esquilinio.

Allí residían muchos extranjeros, entre ellos una nutrida colonia de judíos, y también había bastantes casas de prostitución. La mayoría de los vecinos vivían en *insulae*, pero no da la impresión de que los padres de César se vieran obligados a alquilar una planta baja a modo de mansión como hizo Sila. Seguramente poseían una *domus*, una casa individual, aunque fuera modesta, que se encontraría rodeada de tiendas, tabernas y bloques de apartamentos.

Como hijo de una familia noble, César recibió una esmerada educación. Aprendió griego muy joven con un gramático liberto de origen galo llamado Marco Antonio Gnifo. Gnifo había estudiado en Alejandría y sin duda le habló de esa ciudad con la que con el tiempo César tendría una relación tan especial. Más tarde, César perfeccionó sus conocimientos de la lengua helena en Atenas y Rodas. En sus primeros tiempos, como tantos otros jóvenes de la élite, compuso ejercicios literarios, entre ellos un elogio de Hércules en verso y una tragedia titulada *Edipo*.

La mayoría de los aristócratas romanos hacían carrera en el ejército, aunque en las postrimerías de la República ya no era la única forma de ascender en política: poseer una buena oratoria y hacer de abogado en procesos judiciales eran otra buena forma de alcanzar reputación. De esa manera logró destacar Cicerón, al que el dios Marte no había dotado con grandes virtudes militares.

César, que sí las poseía, se ejercitó desde muy joven, como tantos otros romanos, en el Campo de Marte, la explanada situada entre la ciudad y la curva del Tíber. Allí practicó natación y aprendió a manejar las armas y a montar a caballo. Su dominio de la equitación le permitía cabalgar a pelo y con las manos a la espalda incluso a galope tendido.

Físicamente César era alto, de piel blanca, complexión delgada, facciones afiladas como si las hubieran tallado a cincel y ojos negros y penetrantes. Algunos autores aseguran que su salud era delicada; pero viendo cómo compartía las marchas de sus soldados bien pasados los

cuarenta e incluso los cincuenta años, está claro que por naturaleza o por entrenamiento poseía una gran resistencia física. Ello se debía en parte a que era un hombre de costumbres moderadas, que ni comía ni bebía en exceso. Otra cosa era que con la edad padeciera de problemas concretos como dolores de cabeza, insomnio e incluso ataques de epilepsia, que sin embargo debían de ser poco frecuentes (y es posible que en realidad fueran lipotimias o ataques de migraña).

Debido a lo famoso e influyente que llegaría a ser, sabemos más cosas de él que de otros personajes antiguos, aunque no tantas como nos gustaría. Poseía atractivo y procuraba explotarlo, pues era muy coqueto. Se afeitaba y cortaba el pelo a menudo, y también se depilaba el vello corporal. Su estilo vistiendo era muy personal. En lugar de llevar la túnica de manga corta habitual en los demás senadores, él usaba otra prenda de manga larga con ribetes a la altura de las muñecas. Además, llevaba el cinturón más suelto de lo habitual.

Por influencia de su familia y, sobre todo, de su tío Mario, César se relacionó desde el principio de su carrera con las tendencias populares. De niño estuvo prometido a Cosutia, una joven cuya familia pertenecía al orden ecuestre y tenía mucho dinero. Pero en el mismo año en que murió su padre, el 84, rompió este compromiso y se casó con la hija de Cinna, que a la sazón era cónsul por cuarta vez consecutiva. Como correspondía a una mujer de la familia de los Cornelios, ella se llamaba Cornelia, y con el tiempo alumbró a la única hija de César. A estas alturas, a los lectores no les sorprenderá que esa niña se llamara igual que la tía de César y sus dos hermanas, Julia.

El matrimonio de César y Cornelia obedecía a causas políticas. En aquel momento había quedado vacante el puesto de *flamen dialis* o sumo sacerdote de Júpiter,^[33] que solo podía desempeñar un patricio y que gracias a Cinna se le ofreció a César. Este cargo suponía un gran honor, pero conllevaba a cambio muchos tabúes y limitaciones. Uno de ellos era que el *flamen dialis* debía casarse para toda la vida por el ritual conocido como *confarreatio*, que únicamente podía unir a patricios. Puesto que Cosutia era plebeya, no resultaba adecuada para este matrimonio. De paso, se sellaba la alianza entre Cinna y el sobrino del difunto Mario.

Para un joven de dieciséis años este sacerdocio suponía un gran honor, pues el cargo le permitía llevar un lictor y sentarse en el senado. A cambio, las restricciones que implicaba le cortaban las alas de una futura

carrera política. El *flamen dialis* era depositario de un poder mágico y tenía que evitar cualquier cosa que pudiera deteriorarlo. Simbólicamente se manifestaba por el *apex*, un gorro que más parecía un casco puntiagudo atado bajo la barbilla. También debía vestir en toda ocasión un manto tejido por su propia esposa, y no podía llevar un solo nudo en la ropa.

Algunas restricciones eran comprensibles, como la de no tocar cadáveres ni asistir a entierros, pues la muerte siempre comportaba una impureza. Otras resultaban más extrañas: tenía prohibido montar a caballo, comer pan sin levadura, no se le podía poner delante una mesa que no tuviera comida, le tenía que cortar el pelo un hombre libre con una cuchilla de bronce... En teoría, tampoco debía desempeñar una magistratura, aunque el último *flamen dialis*, Cornelio MÉRULA, había llegado a cónsul; pero no se le había asignado ninguna provincia, ya que no le era lícito salir de la ciudad ni una sola noche, como tampoco ver hombres armados.

Como se ve, a poco habría llegado César con este cargo. Pero por el momento no estaba mal. Al fin y al cabo, su padre únicamente había alcanzado el segundo escalón, el de pretor. ¿Cómo vaticinar qué conseguiría su hijo?

Un año después de la boda de César, Sila desembarcó en Brindisi, y al año siguiente, tras la crítica batalla de la puerta Colina, entró en Roma y empezaron las purgas políticas. A esas alturas, Cinna ya había muerto. César, siendo su yerno y además sobrino político de Mario, resultaba un candidato perfecto para ver su nombre en las infames proscripciones.

A su edad, César no podía haber participado realmente en las luchas intestinas de los últimos años. No obstante, eso no servía de excusa, pues las proscripciones afectaban también a los descendientes. Si de entrada César se salvó probablemente se debió a que nadie codiciaba su casa de la Suburra —recordemos a Quinto Aurelio viendo su nombre en una lista y diciendo: «¡Ay de mí! Mi finca en Alba me ha matado»—. También a que su familia, pese a las inclinaciones populares de los últimos tiempos, no dejaba de ser un antiguo linaje patricio y tenía buenas agarraderas.

Pero Sila no estaba dispuesto a permitir que César continuara casado con la hija de Cinna, un personaje al que aborrecía, de modo que le exigió que se divorciara de ella.

Y César se negó.

Considerando la situación, el valor del joven no deja de ser admirable. Sila se había convertido en una especie de Stalin de la época (salvando las distancias). Nadie se atrevía a oponerse a él. Pompeyo, por ejemplo, se había separado de su esposa estando embarazada para casarse con una hijastra de Sila; claro que, en este caso, el divorcio y posterior matrimonio comportaban ventajas políticas que a César no se le ofrecieron. De todos modos, el dictador ante el que tantos se doblegaban debió de quedarse estupefacto cuando aquel jovencuelo prácticamente imberbe se atrevió a plantarle cara.

¿Por qué se arriesgó de esa manera César? Puede ser que estuviera en su forma de ser, que amara sinceramente a su esposa Cornelia o que consideraba que el matrimonio *per confarreationem* era indisoluble y si lo rompía incurriría en la ira de los dioses.

Las represalias de Sila contra César fueron inmediatas: le confiscó la herencia de su padre, la dote de su mujer y lo despojó del cargo de *flamen dialis*, que no había llegado a ejercer (en esto seguramente le hizo un favor para el futuro). Y, por supuesto, su nombre apareció escrito en las listas malditas.

Una cosa era ser testarudo y otra suicida. César se marchó de Roma y se dirigió a las montañas del país de los sabinos. Pero todos los lugares se hallaban atestados de soldados licenciados por Sila y, aunque en la época no hubiera Internet, no resultaba fácil para un miembro de la nobleza pasar desapercibido. César se trasladaba cada noche a un escondrijo diferente para no caer en manos del dictador. Para colmo, contrajo la malaria, que era endémica de aquellas tierras. Aquejado por las fiebres, un esbirro de Sila llamado Cornelio Fagites lo encontró. César tuvo que pagar a aquel hombre dos talentos, un buen dineral, para que fingiera no haberlo visto.

Mientras tanto, los contactos de César en la ciudad imploraron por él. Entre ellos se hallaban las vírgenes vestales, custodias del fuego sagrado de la ciudad, y un hermano de su madre, Aurelio Cota.

No eran malas influencias: Sila no solo le perdonó la vida, sino que consintió en que llevara una carrera pública, a diferencia de los hijos de otros proscritos. Se cuenta, eso sí, que ante la insistencia de sus allegados

exclamó: «¡Habéis ganado! ¡Quedaos con él! Pero quiero que sepáis una cosa: ese al que queréis salvar como sea será la perdición para el bando de los optimates que habéis defendido conmigo. ¡Pues César solo vale como muchos Marios!».^[34]

Por supuesto, es posible que esta última frase sea el típico añadido de la tradición posterior, igual que esta otra: «Tened cuidado con el chico del cinturón flojo».

La juventud de César

César había salvado la vida por el momento, pero era lo bastante sensato para saber que no convenía tentar a la fortuna, esa aliada de Sila, así que se marchó de Roma.

Ahora que ya no tenía que cumplir con los tabúes del sacerdocio, nada le impedía emprender una carrera militar. Con diecinueve años se alistó bajo el mando de Marco Termo, propretor en la provincia de Asia, y sirvió cerca de él como uno de sus contubernales. El término se aplicaba a los legionarios que compartían una tienda y formaban una especie de pelotón, pero también a los jóvenes de la aristocracia que acompañaban a un general a modo de séquito, le ayudaban en todo lo que les mandara y así iniciaban su aprendizaje para convertirse en futuros mandos.

Marco Termo estaba asediando la ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos, que tras las Visperas asiáticas todavía no había vuelto al redil romano. César, como Sila, tenía carisma y encanto personal, de modo que el propretor decidió encargarle una misión diplomática. César viajó a Bitinia para pedir a Nicomedes que, como amigo y aliado del pueblo romano, enviara a Termo barcos de guerra para terminar el asedio.

César cumplió bien la misión. Demasiado bien para su reputación. Entabló tanta amistad con Nicomedes que empezaron a correr rumores de que se había convertido en su amante. Estos comentarios se adornaron con el tiempo con detalles como que César le había servido de copero en un banquete delante de invitados romanos o que había dejado que unos soldados lo llevaran a la alcoba de Nicomedes, le pusieran un vestido púrpura y lo acostaran en un lecho dorado esperando al rey.

Aquello era un escándalo para los romanos. No porque se tratara de relaciones homosexuales, sino porque se suponía que César había adoptado claramente un papel pasivo que únicamente correspondía a mujeres o a esclavos.

Las hablillas lo persiguieron toda su vida. Sus propios soldados hacían chistes sobre el tema, y al celebrar el triunfo sobre los galos cantaban:

César conquistó las Galias, pero Nicomedes conquistó a César.

¡Mirad cómo ahora triunfa César por someter a las Galias,

mientras que no triunfa Nicomedes, que sometió a César!

Es imposible saber si había algo de verdad en los comentarios sobre esta relación. Se juntaban demasiados tópicos: un rey —los romanos aborrecían a los reyes—, que además reinaba en Oriente —todos los orientales eran unos afeminados—, y para colmo César llevaba el cinturón flojo, mangas largas como una mujer y se depilaba todo el cuerpo. En mi opinión, no era más que un rumor propalado por sus enemigos. No sería extraño que César hubiera mantenido a lo largo de su vida relaciones que podríamos calificar de homosexuales, pero que desde el punto de vista romano serían activas y, por tanto, no menoscababan su virilidad.

Pullas aparte sobre su presunta relación con el rey de Bitinia, la sexualidad de César fue un asunto muy comentado en su tiempo. Tenía un gran gancho con las mujeres. Estuvo casado tres veces, pero eso no cuenta tanto como su número de amantes. La más conocida de ellas fue Servilia, nieta de Servilio Cepión, el general derrotado en el desastre de Arausio al que acusaban de haber robado el oro de Tolosa. Servilia era la madre de Marco Junio Bruto, uno de los conjurados de los idus de marzo. César sentía un gran aprecio por el joven, lo que hizo que se llegara a comentar que en realidad era su hijo natural. Algo más que dudoso, porque cuando nació, César solo tenía quince años (Servilia era mayor que él).

Amén de su prolongada relación con Servilia, César parecía sentir un placer especial en acostarse con mujeres de otros senadores, y lo hizo con las de Gabinio y sus socios de triunvirato, Craso y Pompeyo. Su romance con Cleopatra es bien conocido, y más tarde todavía tuvo uno con Eunoé, la esposa del rey Bogud de Mauritania.

Sus amoríos con romanas casadas no nos hablan solo de la sexualidad del propio César, sino de la de esas mujeres. Las esposas de los nobles pasaban gran parte del tiempo sin sus maridos, ya que estos podían ausentarse de Roma durante años enteros para desempeñar puestos en el extranjero. A finales de la República, para escándalo un tanto hipócrita de los moralistas, muchas de esas mujeres gozaban de bastante libertad y tomaban la iniciativa en asuntos sexuales. La anécdota de Valeria arrancando una pelusa de la toga de Sila nos habla de una sociedad en la que las mujeres también usaban sus recursos para «ligar», por usar términos actuales. La obra *El arte de amar* de Ovidio, escrita no mucho después del final de la República, no es otra cosa que un manual de seducción para ambos sexos. Personalmente, me agrada saber que en la sociedad romana las mujeres gozaban de una libertad mucho mayor de la que tenían, por ejemplo, en la Atenas clásica.

Por terminar con esta digresión sobre el sexo y los sexos en una historia donde las mujeres desempeñan un papel tan callado, no me resisto a copiar el retrato que hace Salustio de una mujer noble de la época, porque ofrece una visión de aquellas cualidades que a la vez atraían y asustaban a un hombre como él:

Entre estas mujeres se contaba Sempronia. [...] Por su linaje y su belleza, así como por su marido y por sus hijos, era bastante afortunada. Estaba instruida en la literatura griega y latina, sabía tocar la lira y bailaba con más elegancia de lo que una mujer decente necesitaría, y también poseía otros dones que sirven como herramientas de la sensualidad. [...] Era tan apasionada que seducía a los hombres más a menudo de lo que la seducían a ella. [...] Ciertamente, poseía cualidades extraordinarias: sabía escribir versos, hacer bromas, mantener una conversación seria, relajada o incluso pícaro; poseía, en fin, mucha gracia y un gran encanto.^[35]

Volviendo a la controvertida misión de César en Bitinia, finalmente llevó a Lesbos las naves que Termo le había pedido. Gracias a ellas los romanos pudieron lanzar el asalto contra la ciudad. En el combate, César se destacó tanto que se le concedió la corona cívica, condecoración trenzada con hojas de roble que se otorgaba a quien salvara la vida de otro ciudadano camarada. No valía hacerlo en cualquier circunstancia, sino matando al enemigo que amenazaba al ciudadano y manteniendo el terreno sin retroceder.

Se valoraba tanto a quien poseía la corona cívica que, cuando

aparecía en unos juegos o una festividad religiosa, todos, incluso los senadores, se levantaban en señal de respeto. Obviamente, esto hacía que el condecorado llamara mucho la atención en las reuniones públicas y que empezara a ser conocido por los demás ciudadanos; algo que le venía muy bien a alguien como César que quería hacer carrera política ante los votantes.

Tras la caída de Mitilene, César continuó sirviendo en Oriente. En el año 78, se encontraba en Cilicia, al servicio del gobernador Servilio Vatia. Cilicia seguía siendo una región infestada de piratas, y Vatia había recibido la orden de combatir contra ellos.

Fue entonces cuando César se enteró de que Sila había fallecido. «Muerto el perro, se acabó la rabia», debió de pensar, y se trasladó a Roma.

Además de las hazañas militares, otra forma de hacerse conocido para ascender en política era participar en juicios, como abogado o acusador. No es que existiera la abogacía profesional realmente. Quienes actuaban como abogados lo hacían gracias sobre todo a su habilidad como oradores, aunque también era importante que conocieran el laberinto de leyes que constituían el derecho en Roma.

En su origen, el término *advocatus*, «persona a la que se llama», se aplicaba a cualquiera que ayudase a otro en negocios o cuestiones legales, incluso haciendo de testigo. El papel más parecido al de nuestros abogados correspondía al del llamado *patronus*. Sus clientes realmente no lo contrataban. Si eran ciudadanos romanos, le pedían como un favor personal que los ayudara en el juicio, y si no eran ciudadanos le rogaban que los representara.

Al no ser profesionales, a los abogados no se les permitía cobrar por sus servicios; algo que habría sido impensable, por otra parte, en miembros de la élite que veían recibir un salario como algo servil. Sin embargo, es evidente que quien hacía de *patronus* por un cliente algo sacaba a cambio, bien fuera bajo cuerda o bien en forma de favores posteriores.

Los juicios de la época eran auténticos espectáculos que se celebraban en dos estrados permanentes erigidos en el Foro o en las basílicas cercanas. El público asistía en gran número para admirar las facultades oratorias de los participantes. Los discursos podían ser muy

largos, tanto que cuando Pompeyo fue cónsul intentó limitar los alegatos de la defensa a *solo* tres horas y los de la acusación a dos.

Pero ¿la gente se entretenía con estas cosas?, podríamos preguntarnos hoy día. Pues sí. Para los antiguos el poder de la palabra era casi mágico. Así lo demuestra que en griego el mismo adjetivo *deinós* que significaba «temible, espantoso», indicando algo que producía estupor, se aplicaba también a los oradores hábiles debido al trance que provocaban en sus oyentes. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la gente disponía de menos actividades con las que divertirse.

César empezó su carrera en el Foro actuando contra un partidario de Sila, Cornelio Dolabela, al que acusó de haber extorsionado a los habitantes de Macedonia mientras había sido gobernador de la provincia. Aunque perdió el caso, el hecho de haberse enfrentado al abogado más famoso del momento, Quinto Hortensio —Cicerón todavía no era el número uno—, le reportó a César un enorme prestigio, y su discurso todavía se seguía leyendo para estudiarlo dos siglos después.

Curiosamente, otro de los defensores de Dolabela fue Aurelio Cota, tío de César, el mismo que había intercedido por él ante Sila. Eso no significa que estuvieran enfrentados. A veces, da la impresión de que los competitivos aristócratas romanos se tomaban estos procesos como un deporte. Aunque no lo era para los acusados: normalmente, la condena para alguien acusado de extorsión era el destierro.

César repitió después la jugada: clientes griegos contra otro partidario de Sila, Cayo Antonio Híbrida, que había aprovechado la guerra de Mitrídates para saquear sin escrúpulos. El procesado se libró de la condena únicamente porque tenía de su parte a varios tribunos de la plebe que interpusieron su veto y anularon el juicio.

Después de aquellos dos juicios, César decidió marcharse por segunda vez de Roma. Según Suetonio, lo hizo porque con sus acusaciones había despertado hostilidades entre gente poderosa. Otra razón quizá más convincente es que sus dos primeras intervenciones forenses le habían hecho comprender que necesitaba mejorar como orador. El mejor lugar para perfeccionar sus habilidades era Rodas, donde enseñaba el profesor más famoso de la época, Apolonio Molón, con quien también estudió Cicerón.

Sin embargo, cuando su nave pasaba junto a la pequeña isla de Farmacusa, a unos diez kilómetros de Mileto, fue atacada por piratas cilicios. La piratería era una plaga que en cierto modo se habían buscado los romanos al reducir o neutralizar el poder naval de grandes potencias como el reino seléucida, Macedonia o incluso Rodas, que durante mucho tiempo habían ejercido de gendarmes de los mares. Por otra parte, la exagerada demanda de esclavos de Roma e Italia había provocado que muchos piratas se dedicaran a la lucrativa profesión de atacar barcos y poblaciones costeras para raptar personas y venderlas en mercados como Delos.

En el caso de alguien como César, venderlo como esclavo no tenía sentido. Tratándose de un miembro de la élite, era mucho mejor pedir rescate por él. Los piratas liberaron a los acompañantes de César y los enviaron por diversos lugares de la costa para que reunieran un rescate de veinte talentos, casi medio millón de sestercios. El joven se carcajeó con desdén y dijo el equivalente en latín de «Usted no sabe con quién está hablando». Veinte talentos eran una miseria, les explicó: debían pedir por lo menos cincuenta por alguien como él.

Durante casi cuarenta días César permaneció en poder de los piratas, acompañado por dos sirvientes y un amigo, que al parecer también era médico. Durante ese tiempo se comportó como si los piratas fueran sus criados. Les mandaba callar cuando quería dormir, practicaba deporte con ellos, los usaba como audiencia para sus poemas y discursos y si alguno no apreciaba su arte lo llamaba «bárbaro analfabeto». A veces los amenazaba con ahorcarlos, algo que seguramente se tomaban a broma, pues parece que se llevaban bien con su prisionero y hasta lo admiraban, como si sufrieran un síndrome de Estocolmo invertido.

Por supuesto, la única fuente posible de esta historia es el mismo Julio César, así que los detalles que más lo realzan a él conviene tomarlos con un poco de escepticismo o, como dirían los latinos, *mica cum salis*. Pero si hay dos cosas que demuestran todos los hechos de César desde el momento en que osó oponerse a la voluntad Sila es que jamás le faltaron seguridad en sí mismo ni audacia.

Los amigos de César reunieron el rescate recurriendo a las élites y a los dirigentes de las poblaciones costeras, que al fin y al cabo dependían de Roma. Para evitar que los secuestradores se quedaran con el dinero y mataran al prisionero, los piratas dejaron en las ciudades que aportaban

los fondos sus propios rehenes, que debían ser liberados cuando César estuviera sano y salvo. Como se ve, existía cierto código de honor en estas transacciones.

Una vez libre, César viajó a Mileto. Allí equipó barcos con hombres armados, se dirigió a la isla donde lo habían tenido prisionero y capturó a los piratas junto con el rescate y el resto del botín de sus depredaciones. Al hacerlo así actuó como *privatus*; no era algo tan raro considerando que Pompeyo había obrado de igual manera reclutando nada menos que tres legiones para Sila.

La historia no lo cuenta, pero es de suponer que César devolvió los cincuenta talentos a las ciudades que habían puesto dinero para su rescate, descontando los gastos de armar esa pequeña flota. A los piratas se los llevó a Pérgamo, y exigió a Marco Junco, gobernador de Asia, que los ejecutara. Este gobernador, por cierto, se encontraba en Bitinia, donde el rey Nicomedes, presunto amante de César, acababa de morir legando su reino a Roma.

Junco no se mostró por la labor, ya que, en un curioso giro de las cosas, pretendía actuar a su manera como un pirata vendiendo a los prisioneros o cobrando rescate por ellos. César se negó a compincharse con él, regresó a Pérgamo e hizo crucificar a los piratas tal como les había prometido. Pero como se había llevado bien con ellos, para ahorrarles largas horas de agonía hizo que les cortaran el cuello. Este pormenor lo refiere su biógrafo Suetonio como ejemplo de la famosa clemencia de César, aunque en otros muchos pasajes de *Los doce césares* no tiene el menor empacho en criticarlo con dureza (*César*, 74).

Primeros honores

Después de este incidente, César llegó por fin a Rodas y estudió con Apolonio, tal como pretendía. Mientras estaba allí, Mitrídates volvió a las andadas y envió tropas a Asia con la intención de saquear y provocar una revuelta contra Roma. César, que tenía veintiséis años y seguía siendo un simple ciudadano privado, reclutó tropas entre las ciudades de la zona y rechazó a los invasores, que no debían de constituir un gran ejército. No obstante, la guerra contra Mitrídates que acababa de empezar se

encontraría y complicaría en otros escenarios hasta prolongarse durante otros diez años.

En el 73, tras sus aventuras en Oriente, César regresó a Roma. Los miembros del colegio de pontífices, quince sacerdotes, lo habían elegido por cooptación para cubrir una vacante entre ellos, que precisamente era la de su tío Aurelio Cota. Eso demuestra que César tenía buenos contactos. Como solía ocurrir en la élite romana, sus tentáculos se extendían en diversas direcciones, y gozaba de amistades con algunos personajes cercanos al bando optimato y otros de tendencias más populares. Para el nombramiento de pontífice en concreto, la influencia de su madre Aurelia fue fundamental.

Este cargo no era algo meramente simbólico. Los pontífices eran los que organizaban el calendario. Como este era lunar, había que intercalar cada cierto tiempo meses adicionales. Esta decisión la tomaban los pontífices, por lo que dependía de ellos que el mando de un magistrado se prolongara más o menos tiempo. Asimismo ellos decidían cuáles eran los días fastos y nefastos, o sea, cuándo se podían celebrar asambleas y votaciones y cuándo no.

Además de obtener ese importante puesto, después de su regreso César fue elegido tribuno militar. Para su satisfacción, quedó el primero entre los veinticuatro votados por los ciudadanos. (En aquella época había muchos más tribunos a los que se nombraba directamente, ya que el número de legiones que se movilizaba era muy superior al de los primeros tiempos de la República).

Su tribunado coincidió con la época de la sublevación de Espartaco. Se ignora dónde sirvió César; pero, teniendo en cuenta que más tarde mantuvo una estrecha relación con Craso, es probable que lo asignaran a su plana mayor en la campaña contra los esclavos.

Después de aquello, César empezó su ascenso por los peldaños inferiores del *cursus honorum*, y resultó elegido cuestor para el 69. En ese mismo año falleció su tía Julia. Puesto que tanto su marido Cayo Mario como su hijo Mario el Joven estaban muertos, recayó en César, como pariente varón más cercano, la tarea de pronunciar un elogio fúnebre por la difunta. El pasaje más conocido de este discurso es aquel en el que el todavía joven cuestor presume del linaje de la hermana de su padre y, de paso, del suyo:

El linaje materno de mi tía Julia descende de reyes, mientras que el paterno está unido a los dioses inmortales. Pues los Marcios Reges, cuyo nombre llevaba su madre, descendían de Anco Marcio, y los Julios de Venus, a cuya estirpe pertenece nuestra familia. Así pues, en nuestro linaje se reúnen la majestad de los reyes, que poseen el poder supremo entre los hombres, y la santidad de los dioses, bajo cuya potestad se hallan los propios reyes. (Suetonio, César, 6).

El pasaje está elegido con bastante mala intención. El autor que lo transmite es Suetonio, que suele criticar a César más a menudo que lo alaba y aquí insiste en relacionarlo con los reyes a sabiendas de lo mal visto que estaba aspirar a la corona entre los romanos. De hecho, ni en época del propio Suetonio los emperadores osaban utilizar el título de reyes para sí mismos a pesar del enorme poder que acaparaban.

Si bien es cierto que en este discurso César se permitió alardear de su linaje paterno, el elogio de su tía Julia tenía un objetivo político de más alcance. César manifestó cuál era cuando en el cortejo exhibió los trofeos militares del esposo de Julia, el gran Mario, y un actor se puso su *imago* o su máscara funeraria.

Era la primera vez que la imagen de Mario volvía a las calles de Roma después del triunfo de Sila, que había intentado borrar a su odiado enemigo incluso del recuerdo. A algunos asistentes partidarios de los optimates les desagradó aquella exhibición. Pero la mayoría de la gente guardaba más la memoria del vencedor de Yugurta y de los cimbrios y teutones que del anciano trastornado que había terminado sus días entregado a la violencia y el rencor. Sobre todo, Mario seguía siendo popular entre el pueblo llano, y por eso los aplausos que escuchó César fueron mucho más sonoros que los abucheos.

Elogiando a su tía y, sobre todo, sacando a la luz los trofeos de su tío político César hacía una declaración de intenciones: aunque se sintiera orgulloso de ser un Julio, descendiente de Venus, su verdadero capital político lo había recibido de su tío Mario, y estaba proclamando ante toda Roma que él era su auténtico heredero.

Las máscaras de los antepasados

Las muertes de miembros de la familia, sobre todo si ya tenían cierta edad, suponían una ocasión para enaltecer a todo el linaje recordando las proezas de los antepasados. Estos participaban también simbólicamente, en la forma de actores que desfilaban llevando sus *imagines*. Dichas imágenes eran máscaras moldeadas con cera directamente sobre los rasgos de los difuntos. Después la cera se pintaba, o se sacaba una copia en otro material, y la máscara ya terminada se exhibía en el atrio de la casa en unos nichos o armarios dispuestos para tal fin. Debajo de cada máscara había un rótulo en el que se detallaban de forma meticulosa el nombre y los hechos del antepasado en cuestión.

Cuando llegaba el día de una fiesta especial o un nuevo funeral, los miembros de la familia o los allegados sacaban estas máscaras de sus nichos y las llevaban en el cortejo, como una fantasmal procesión que por unas horas venía del otro mundo para acompañar a los vivos. El derecho a poseer y exhibir estas máscaras, denominado *ius imaginum*, estaba restringido a las familias de la aristocracia que tenían entre sus antepasados algún miembro que hubiese desempeñado una magistratura curul: un cónsul, un pretor o al menos un edil curul.

La religión: el larario



Poco después de su tía Julia murió también su esposa Cornelia. César volvió a pronunciar un discurso funerario por ella, un honor más desusado para una mujer tan joven. A la gente le agradó que César se mostrara como un esposo amante, y a él le sirvió de paso para subrayar sus vínculos con su suegro Cinna, otro político popular.

Después de aquello, César viajó a Hispania Ulterior acompañando como cuestor al gobernador Antistio Veto. Debía de tener buena relación con él, porque años más tarde, siendo él mismo gobernador, eligió como cuestor al hijo de Veto. La misión principal de César fue recorrer la

provincia y administrar justicia. Cumplió bien su labor, o al menos él lo pensaba así. Más de veinte años después, en un discurso del que he extraído la cita que aparece al principio del libro, César recordaría a los ciudadanos de Híspalis los favores que les había hecho y les reprocharía su ingratitud. Pues, como había hecho Pompeyo durante la guerra de Sertorio, él también procuró crear su propia red de amigos y clientes para el futuro.

Una anécdota muy conocida cuenta que César visitó el templo de Hércules en la ciudad de Gades y allí vio un busto de Alejandro Magno. Tras contemplarlo pensativo durante un rato, se lamentó de que a la misma edad que tenía él, algo más de treinta años, el macedonio ya había conquistado medio mundo conocido. En cambio, él no había hecho nada de provecho.

La historia es tan célebre que no he querido pasarla por alto, pero seguramente sea espuria. Exceptuando el caso de Pompeyo o en un pasado más lejano el de Escipión Africano, ningún romano podía esperar alcanzar la gloria como general a una edad tan temprana como Alejandro. César seguía su camino al paso que marcaban las leyes, consiguiendo las magistraturas *suo anno*, es decir, en la edad mínima estipulada.^[36]

Al regresar de Hispania, César pasó algún tiempo en la Galia Cisalpina. Sus habitantes eran una mezcla de romanos, itálicos y celtas ya muy romanizados. Las poblaciones al sur del Po disfrutaban de la ciudadanía romana, mientras que al norte solo poseían la latina. Allí se estaban reclutando tropas para la guerra que se libraba en Oriente, por lo que los habitantes de esas comunidades estaban protestando para que se les concediera también la plena ciudadanía. César apoyó su causa, aunque las acusaciones de algunos enemigos de que incitó a la revuelta a los habitantes del lugar no resultan verosímiles. César nunca se sumó a una revolución violenta, aun cuando tuvo ocasiones de unirse a Lépido, a Sertorio o a Catilina. Si bien sus simpatías se inclinaban hacia el bando popular, él prefería hacer las cosas desde dentro del sistema. Sobre todo, no estaba dispuesto a embarcarse en las guerras de otro pudiendo librar las suyas propias.

IX HACIA EL PRIMER TRIUNVIRATO

La campaña de Pompeyo contra los piratas

Poco después de llegar a Roma, César volvió a contraer matrimonio en el año 68 o en el 67. Su nueva esposa se llamaba Pompeya. Era nieta, por parte de padre, de Quinto Pompeyo, el colega consular de Sila que había muerto asesinado en un motín, y por parte materna del mismísimo dictador. Después de haberse jugado la vida ante Sila por no querer divorciarse de Cornelia, resulta sorprendente que César se casara ahora con su nieta. Pero las relaciones familiares, amistosas y políticas de la élite romana dibujaban un auténtico laberinto en el que resultaba difícil orientarse, ya que los enlaces que se establecían entre los diversos individuos no solo se ramificaban en una complicada red, sino que además esos vínculos no dejaban de moverse, romperse y repararse constantemente.

Una buena razón para casarse con Pompeya era que su familia poseía una gran fortuna. A esas alturas de su carrera, César ya acumulaba enormes deudas. Por un lado, ascender en política suponía invertir mucho dinero en imagen, en favores o directamente en sobornos. Por otra parte, César era hombre de gustos caros. Como buen aristócrata de esmerada educación, coleccionaba estatuas, pinturas, joyas y grabados, y sus ropas no eran baratas. Se decía de él que para presumir de esclavos excepcionalmente apuestos pagaba tales precios que después le daba vergüenza anotarlos en sus libros de contabilidad, y que en sus campañas hacía transportar suelos enteros de mosaico para ponerlos en la tienda de mando. Según otra anécdota, en una ocasión hizo demoler una casa que le habían construido junto al lago de Nemi cuando ya estaba terminada porque no le agradaba el efecto que producía a la vista. En estas historias siempre hay un punto de exageración, pero revelan algo sobre el carácter del personaje, que era un perfeccionista.

Aunque los nombres coincidan, su esposa Pompeya solo era pariente lejana de Pompeyo el Grande, por lo que aquel matrimonio no sirvió para relacionarlo con César. Sin embargo, ambos se conocían: la élite romana no era un grupo tan numeroso y, además, los dos formaban parte del senado.

En realidad, a Pompeyo el senado le aburría mortalmente. No era buen orador, las sutilezas de la *nobilitas* se le escapaban y no tenía paciencia para las altas intrigas de la política. Durante su consulado en el año 70, ya que debía presidir el senado, Pompeyo había encargado al erudito Marco Terencio Varrón que le escribiese un breviario para explicarle cómo funcionaba, una especie de *Manual del perfecto senador para dummies*.

Al terminar aquel consulado, cuyo principal hito fue recuperar las atribuciones de los tribunos que les había arrebatado Sila, ni Pompeyo ni Craso solicitaron el gobierno de una provincia. No les interesaba. Justo antes de ser cónsules ambos habían servido en campañas militares importantes, uno contra Sertorio y otro contra Espartaco; por otra parte, los dos tenían muchísimo dinero, de modo que no les era necesario esquilmar a los súbditos de una provincia para pagar deudas.

Craso prefería seguir en Roma, dedicado a sus negocios y a aumentar su red de influencias entre los senadores y los équitos. Básicamente, las conseguía prestándoles dinero a bajo interés, como hizo con César en más de una ocasión. Lo curioso es que años más tarde, cuando ya era sesentón, a Craso le invadió un irresistible deseo de conquistar la gloria militar, y ese deseo lo llevó a hacer la guerra en la lejana Mesopotamia, como ya contaremos.

En cuanto a Pompeyo, estaba deseando conseguir un mandato militar, ya que donde se sentía como pez en el agua era dirigiendo tropas. Además, pasada la emoción de su segundo triunfo, percibía que la admiración que el pueblo romano sentía por él empezaba a marchitarse, y quería hacerla reverdecer. Pero no estaba dispuesto a conformarse con un mando militar de medio pelo en una guerra de segunda librada contra alguna tribu montañesa de nombre impronunciable. Alguien como él, que había entrado por la puerta Triunfal antes de cumplir los treinta años, necesitaba una campaña espectacular, y lo que más le atraía en aquel momento era el señuelo de Oriente.

Allí se estaba librando la llamada Tercera Guerra Mitridática. La primera, como ya vimos, la ganó Sila, pero la situación en Roma le forzó a negociar unas condiciones muy ventajosas para el enemigo. La segunda, que duró del año 83 al 81, fue cosa de su legado Murena, quien había invadido por su cuenta y riesgo los territorios de Mitrídates. Tras ser derrotado, a Murena no le quedó otro remedio que retirarse y firmar la paz por orden del propio Sila.

El origen de este tercer enfrentamiento arrancaba de la guerra contra Sertorio. Para llevar a cabo sus planes, el rey del Ponto había aprovechado que la República tenía un buen número de legiones ocupadas en Hispania. Tras cinco años de paz, Mitrídates había conseguido reunir un ejército muy numeroso, entrenado y equipado al modo romano gracias en buena parte a los asesores enviados por Sertorio. Según Apiano, contaba con ciento cuarenta mil soldados de infantería y dieciséis mil de caballería (unas cifras hinchadas, para variar). Con esas tropas, Mitrídates atacó Paflagonia y Bitinia a principios del año 74, decidido a recuperar el imperio que había conquistado durante su primera campaña.

En el 73, el senado envió a los dos cónsules del año, Licinio Lúculo y Aurelio Cota, para frenar la nueva amenaza. Sin embargo, primero la guerra contra Sertorio y después la amenaza de Espartaco no permitieron emplear suficientes recursos en el conflicto. En el año 70, Aurelio Cota regresó a Roma y Lúculo se quedó al cargo de aquella guerra. Lúculo era un buen general que ya había demostrado sus dotes de mando durante el primer conflicto contra Mitrídates cuando se encargó de reunir una flota para Sila. De todos modos, no poseía el don de su antiguo superior para ganarse el afecto de las tropas, que se quejaban de que no recibían suficiente botín. Para empeorar las cosas, Lúculo se había enemistado con los influyentes publicanos de Asia por tratar de poner coto a sus abusos.

En el año 67, la guerra se había estancado. Las tropas de Lúculo se negaron a seguir luchando para él, mientras los équitos que controlaban los tributos asiáticos lo acusaban de prolongar a propósito la guerra para que no le quitaran el *imperium*. Pompeyo empezaba a frotarse las manos pensando en recibir el mando de esa campaña. Pero entonces le surgió otra oportunidad gracias a una plaga endémica del Mediterráneo que había sufrido, entre otros, el mismo César: los piratas.

En el Mediterráneo existían piratas desde que se tenía noticia. El mismo Ulises se había dedicado a la piratería durante su largo regreso de

Troya, atacando el país de los cicones y la isla de los fabulosos lestrigones con fortuna desigual.

Normalmente, la piratería se hallaba más o menos limitada, pues había reinos poderosos que poseían grandes flotas de guerra con las que mantenían limpios los mares. Pero a lo largo del siglo II, Roma derrotó a los grandes estados de la zona, como el imperio seléucida, o causó de forma directa la decadencia de otras potencias navales como Rodas o Egipto. Eso dejó un vacío de poder en los mares que ella misma no se molestó en llenar y que provocó un nuevo auge de la piratería. Por otra parte, la economía romana e italiana demandaba cada vez más esclavos, y eso animaba a mucha gente a dedicarse a la lucrativa profesión de pirata para traficar con seres humanos.

A partir de la Primera Guerra Mitridática, la piratería se disparó fuera de todo control. En realidad, podría decirse que el colectivo de los piratas llegó a convertirse en una especie de estado propio. Muchas de las personas que se dedicaban a ello no tenían otra forma de ganarse la vida, pues las guerras habían devastado sus países y por eso, como señala Apiano, se dedicaban «a cosechar el mar en lugar de la tierra» (*BM*, 92).

Si los primeros piratas utilizaban naves pequeñas y ligeras, los de la época de Pompeyo y César usaban ya birremes y trirremes de combate. Y no actuaban precisamente de incógnito: muchos exhibían con orgullo su reciente prosperidad luciendo remos plateados, toldillas de color púrpura y velas doradas.

Muchos piratas se organizaban en flotas comandadas por auténticos almirantes. Con ellas asaltaron islas como Delos y Egina, y ni siquiera los santuarios de Hera en Samos y Asclepio en Epidauro se libraron de sus depredaciones. Cualquier ciudad cercana al litoral, aunque estuviese amurallada, corría peligro. En los últimos años cuatrocientas poblaciones habían sufrido su pillaje, y el temor por los piratas llegaba hasta tal punto que en muchos lugares la gente huía de la costa donde llevaba generaciones viviendo.

La principal base de operaciones de los piratas era la región de Cilicia, y en particular la llamada Cilicia Traquea o «abrupta». Allí las montañas llegaban hasta el mar creando escarpados salientes rocosos separados por pequeñas ensenadas ocultas. En ellas los piratas tenían sus guaridas, donde retenían encadenados a miles de artesanos de todo tipo

para que fabricaran sus naves y sus armas con la madera, el hierro y el cobre que les traían de todas partes.

La comunicación lateral entre las calas y promontorios donde se cobijaban los piratas resultaba prácticamente imposible, sobre todo para ejércitos numerosos. La única forma de asaltar esos bastiones era llegando por mar. Pero eso tampoco bastaba, pues si una flota atacaba una de sus bases, los piratas no tenían más que retirarse hacia las montañas del interior, donde contaban con aliados que los protegían.

Los romanos llevaban más de una generación combatiendo en vano contra esta plaga. En el año 102, Marco Antonio llevó a cabo la primera operación destinada a acabar con la piratería, y dos años después se aprobó una *lex piratica* que no sirvió de gran cosa. En torno al año 80 se creó la pequeña provincia de Cilicia, y desde ella su gobernador Servilio Vatia lanzó varias campañas para someter las montañas del interior, que le valieron el sobrenombre de Isáurico. Pero el enclave principal de Cilicia Traquea seguía sin conquistar.

La situación había empeorado todavía más debido a las guerras contra Mitridates, que no dudaba en utilizar a los piratas como aliados pagándoles y entregándoles barcos. En las décadas de los 70 y 60 había decenas de miles de ellos repartidos desde Levante hasta las Columnas de Hércules, y sus naves ya asaltaban incluso las costas de Italia. Así, cerca de Miseno raptaron a Antonia, precisamente la hija del general que había intentado combatirlos por primera vez, y pidieron un enorme rescate por ella. La audacia de los piratas llegaba a tal extremo que incluso secuestraron a dos pretores junto con sus lictores. Al menos, estos dos pretores se salvaron; otros prisioneros corrieron peor suerte, ya que sus captores los hacían caminar por el tablón para que cayeran al mar adelantándose a las costumbres de piratas más modernos.

Las incursiones de aquellos bandoleros de los mares estaban perjudicando al comercio de todo el Mediterráneo. Roma, que superaba de largo el medio millón de habitantes y no dejaba de crecer, necesitaba el trigo que llegaba de Sicilia, del norte de África y de lugares más lejanos como Egipto. Pero ya no era seguro ni el puerto de Ostia, pues allí, a pocos kilómetros de la mismísima Roma, los piratas se habían atrevido a atacar a una flota consular.

Cuando la situación llegó a un punto insostenible en el año 67, ante

la amenaza de que la ciudad de Roma sufriera una hambruna, el tribuno Aulo Gabinio propuso una ley destinada a acabar definitivamente con la piratería. Su idea era escoger a un senador consular para dirigir la tarea y poner bajo su autoridad a quince legados con rango de pretores. Para combatir contra los piratas, aquel magistrado especial contaría con doscientos barcos y su mandato duraría tres años.

Gabinio no mencionó a Pompeyo por su nombre, pero ambos eran amigos y todo el mundo supo para quién estaba destinado ese puesto. En el senado se suscitó una gran oposición, ya que los poderes que la ley concedía eran inusitados. Uno de los pocos que habló a favor de la medida fue precisamente César, algo de lo que Pompeyo tomó buena nota.

Después de muchas discusiones aderezadas con dosis de violencia e intimidación, Gabinio llevó la propuesta a la asamblea. Finalmente, el pueblo concedió el mando a Pompeyo y le otorgó incluso más medios de los que preveía la primera propuesta del tribuno. Pompeyo tendría a su disposición quinientos barcos, veinticuatro legados, ciento veinte mil soldados de infantería y cinco mil de caballería. Asimismo se le asignaron fondos y provisiones suficientes para mantener una flota y un ejército tan grandes. El *imperium* de Pompeyo abarcaba todo el Mediterráneo y una amplia franja costera que se internaba setenta y cinco kilómetros tierra adentro, y en ese territorio su autoridad prevalecía sobre la de cualquier otro magistrado.

La titánica labor de coordinar todos esos medios de un extremo a otro del Mediterráneo habría intimidado a cualquiera, pero no a Pompeyo, que poseía una singular aptitud para organizar operaciones a enorme escala. La gente confiaba tanto en él que, en cuanto se supo que le habían otorgado aquel mando, el precio del pan bajó, ya que todos estaban convencidos de que el suministro de trigo no tardaría en reanudarse.

Pompeyo se puso manos a la obra enseguida. Pensó que si perseguía a los piratas en Cilicia, correrían a buscar nuevas guaridas en las costas de África o Dalmacia, y viceversa. La manera de acabar con ellos era actuar simultáneamente en todo el Mediterráneo. Para tal fin, Pompeyo, que era un hombre meticulado, dividió el mar en trece regiones, seis en el este y siete en el oeste. Al mando de cada una de ellas puso a un legado cuya misión era perseguir a los piratas de su zona y expugnar las fortalezas donde se cobijaban. Ninguno de ellos debía sobrepasar los límites que se le habían asignado. En cuanto a los once legados restantes,

se cree que Pompeyo los puso al cargo de flotas móviles que sí podían cruzar de una zona a otra para perseguir a los barcos piratas que escapaban del cerco. El hecho de nombrar tantos legados, de paso, le permitió crear nuevos vínculos de cliente-patrón y aumentar su poder.

La campaña arrancó a principios de la primavera del año 67, con ataques simultáneos en todas las zonas del Mediterráneo occidental, mientras el propio Pompeyo hacía una labor de barrido de oeste a este con una flota de sesenta barcos. En tan solo cuarenta días, aquella mitad del Mediterráneo quedó libre de piratas y el tráfico entre Roma y sus principales suministradores de grano se restableció.

Después le tocó el turno a la mitad oriental, tarea que se preveía más complicada. Sin embargo, Pompeyo la llevó a cabo con una sorprendente facilidad. Aquel a quien habían llamado «el carnicero adolescente» demostró que sabía ser humano y clemente, y que comprendía que las causas principales de la piratería eran la miseria y la falta de otros medios para ganarse la vida.

En lugar de crucificar a los piratas como había hecho César, Pompeyo les entregó tierras en el interior de Asia Menor —bien lejos del mar para evitar que cayeran en la tentación de volver a la piratería—, o los instaló en ciudades que habían quedado casi despobladas por las guerras mitridáticas. Una de ellas, Soli, fue rebautizada con el sonoro nombre de «Pompeyópolis». Curiosamente, la población que más nuevos colonos recibió no se hallaba en Asia Menor sino en Grecia, y fue Dime, en la comarca de Acaya. En total, Pompeyo reasentó de ese modo a veinte mil antiguos piratas. Era algo que los romanos ya habían probado con éxito trasladando a muchas tribus ligures al sur de Italia.

La campaña progresó con rapidez. Sabiendo que si se rendían obtendrían el perdón, tripulaciones enteras arrojaban las armas al agua y aplaudían en señal de rendición cuando las naves romanas se acercaban para abordarlas. Pompeyo dejó para el final la ofensiva contra el corazón del problema, la escarpada costa de Cilicia. Allí libró una batalla naval en la que derrotó a la principal flota pirata, y luego puso sitio a la fortaleza de Coracesio. Con la rendición de esta terminó una guerra que apenas había durado seis meses.

Por supuesto, la piratería no desapareció por completo, aunque algunos, como Cicerón, se dejaron llevar tanto por el entusiasmo que

dijeron que ya no quedaba un solo pirata en las costas de Asia. Pero lo cierto es que la plaga como tal dejó de asolar el Mediterráneo gracias a la eficacia de Pompeyo. Aquello de por sí le habría valido un triunfo, pero a Pompeyo todavía le quedaba por delante la campaña que lo haría verdaderamente grande.

La guerra contra Mitriades y la conquista de Oriente

Tras su éxito contra los piratas, Pompeyo y el grueso de sus tropas pasaron el invierno en la provincia de Cilicia. Mientras en Roma, en enero del 66, uno de sus aliados, el tribuno Cayo Manilio Crispo, presentó una propuesta para entregarle el mando de la guerra contra Mitridates y su aliado Tigranes de Armenia. No solo a Pompeyo no se le quitaba el *imperium que se le había otorgado para la campaña de limpieza de los mares, sino que se le añadían las provincias de Bitinia y Cilicia. Todo ello por tiempo indefinido y con plenos poderes para dirigir según su propio criterio las operaciones y la política exterior.*

Ningún magistrado o promagistrado había acaparado jamás tanto poder. En el senado se oyeron voces en contra que advertían de que una concentración de poderes como esa suponía una amenaza para la libertad de la República, ya que Pompeyo podría tener la tentación de convertirse en tirano o rey.

Pero había muchos más interesados en concederle el mando a Pompeyo. A los équités que manejaban las sociedades de publicanos y cobraban los tributos de Asia les convenía que la situación de la zona, castigada ya por tres guerras contra Mitridates, se asentara de una vez. No lo pensaban solo ellos, sino muchos senadores: Asia debía ser pacificada, y para ello había que acabar de una vez con Mitridates. Pompeyo podía caerles mejor o peor, pero sabían que era un general eficaz.

Entre los senadores que hablaron a favor de la *lex Manilia* estaba César, y también Cicerón, que pronunció un elocuente discurso. En él aseguró que Pompeyo poseía las cuatro cualidades de un general eficaz: dominio de la ciencia militar, valor, autoridad y buena suerte. Es de suponer que en nuestros días un orador habría suprimido esa última cualidad, la *felicitas* de la que tan orgulloso se sentía Sila; pero para los

romanos era muy importante saber que los dioses en general y la Fortuna en particular estaban de parte de los hombres a los que le confiaban el mando.

Una vez aprobada la moción, el senado envió una carta al interesado para comunicarle su nombramiento. Al recibirla, según Plutarco, Pompeyo se quejó: «¡Ay de mí, mis trabajos no tienen fin! Mejor me iría en la vida si fuese alguien desconocido. Así, en cambio, nunca dejaré de servir en el ejército ni me libraré de la envidia que me persigue, y jamás podré retirarme a vivir al campo con mi mujer» (*Pompeyo*, 30).

Aquella hipocresía hizo sonrojarse incluso a sus amigos: todos sabían que Pompeyo llevaba mucho tiempo intrigando para quitarle el mando a Lúculo. Este, de hecho, lo comparó con un buitres que venía a devorar los restos de un cadáver al que ya había matado otra fiera.

Lúculo habría podido ganar aquella guerra, que había librado con efectivos más bien escasos y combatiendo al mismo tiempo contra dos reyes, Mitrídates y Tigranes. Este último, que había engrandecido tanto el reino de Armenia que recibía el título de «rey de reyes», se había reído de Lúculo comentando que sus hombres eran muy pocos para ser un ejército, pero demasiados para ser una embajada. La risa no le duró demasiado, ya que poco después de hacer aquel chiste, Lúculo y sus tropas lo aplastaron.

El problema era que Lúculo era impopular tanto entre los équites como entre muchos senadores. Sobre todo, sus soldados no lo podían ni ver. Por no apoyarlo, el Estado había permitido que Mitrídates contraatacara y que tanto él como Tigranes recuperaran parte del territorio que habían perdido en esos años. Eso le venía bien a Pompeyo, evidentemente: cuando peor estuviera la situación, más gloria para él.

Pompeyo no fue nada generoso con Lúculo. Pese a que él traía ya muchos efectivos, cuando tomó el relevo de las tropas de su antecesor, le dejó únicamente mil seiscientos hombres para que lo acompañaran a Roma a celebrar el triunfo, y además procuró seleccionarlos entre los más proclives a amotinarse. Por otra parte, no cejó hasta anular todos los acuerdos que había firmado Lúculo, pues quería que los reyes y dinastas de la región estuvieran atados a él por acuerdos personales.

Antes de ponerse en marcha, Pompeyo inició una ofensiva diplomática para aislar a sus enemigos. Prefería no tener que guerrear

contra Mitrídates y Tigranes a la vez, de modo que se puso en contacto con el rey parto Fraates. Tras pactar que la línea divisoria entre Roma y Partia estaría en el Éufrates, Fraates prometió a Pompeyo que atacaría la frontera oriental de Armenia con el fin de tener entretenido a Tigranes mientras los romanos invadían el Ponto.

Cuando Mitrídates se enteró de las maniobras políticas y militares de Pompeyo, comprendió que iba a verse en graves apuros y envió embajadores al general romano para negociar la paz. A Pompeyo no le interesaba que aquella campaña terminara sin batallas ni saqueos, así que respondió que, si Mitrídates quería la paz, debía entregarse sin condiciones en una *deditio ad fidem*.

Obviamente, Mitrídates no podía aceptar algo así. Rotas las breves negociaciones, Pompeyo se puso en marcha hacia el norte con treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería. Mitrídates disponía de los mismos efectivos de infantería y de tres mil jinetes, y con ellos se dirigió a la cabecera del río Lico, junto a la fortaleza de Dastira, para detener al invasor. El rey, que estaba a punto de cumplir setenta años, seguía combatiendo personalmente; poco tiempo antes había recibido una herida de espada en un muslo de la que no murió gracias a que su médico personal Timoteo consiguió detener la hemorragia.

La zona que había elegido Mitrídates, situada en Armenia Menor, ofrecía un relieve muy agreste, idóneo para defenderse. Pero el rey tenía un problema: por culpa de las campañas de Lúculo, que habían asolado toda la región, resultaba complicado conseguir provisiones por los alrededores. Debido a eso y a los últimos reveses, la moral en el ejército del Ponto era baja y se producía un flujo constante de desertores, a pesar de que a los prófugos se les castigaba crucificándolos, sacándoles los ojos o quemándolos vivos.

Cuando llegó al valle del Lico y comprobó que Dastira era casi imposible de asaltar, Pompeyo decidió asediar la fortaleza. Aunque el relieve de la zona impedía rodear al enemigo con un cerco perfecto, los hombres de Pompeyo levantaron un perímetro de treinta kilómetros provisto de fuertes y empalizadas, una obra comparable a la que había llevado a cabo Craso en la punta de la bota italiana para encerrar a Espartaco.

A pesar de que el sistema logístico de Pompeyo era muy superior al

de su enemigo, sus forrajeadores sufrían por los ataques de la caballería de Mitrídates, que superaba a la de Pompeyo. Este decidió tender una trampa al enemigo, y una noche apostó a tres mil soldados de infantería ligera y quinientos jinetes entre la espesura de un valle que se abría entre su campamento y la fortaleza de Dastira.

En cuanto amaneció, Pompeyo mandó al resto de los jinetes contra el enemigo. Al verlo, Mitrídates reaccionó enviando contra él al grueso de su caballería. Los jinetes de Pompeyo no esperaron a resistir la carga, sino que volvieron grupas en una retirada fingida. Esta no duró mucho: cuando vieron que habían sobrepasado el punto donde se hallaban sus compañeros emboscados, volvieron a dar media vuelta y embistieron contra la vanguardia de la caballería enemiga, que los venía siguiendo.

En ese momento, la caballería de Mitrídates se vio atacada simultáneamente de frente y por los flancos. Encerrados y sin poder dar impulso a sus monturas, los jinetes pónticos fueron presa fácil de los soldados de infantería ligera, que se dedicaron a acuchillar sin piedad los costados de los caballos. Tras esta batalla, Mitrídates perdió la única ventaja que poseía sobre Pompeyo, su caballería.

Esta emboscada demostró que Sertorio llevaba razón cuando dijo que le iba a enseñar una lección al pupilo de Sila: Pompeyo la había aprendido y aplicado a la perfección.

Después de aquello, Mitrídates renunció al combate. Para empeorar su situación, Pompeyo recibió refuerzos de Cilicia, con lo que sus efectivos ascendían ya a más de cuarenta mil legionarios.

Cuando sus hombres empezaron a matar a las bestias de carga para alimentarse, Mitrídates decidió que no le convenía esperar a que empezaran a pasar hambre. Una noche, mientras los fuegos de su campamento seguían ardiendo, huyó con el grueso de sus tropas por senderos escarpados más apropiados para cabras que para humanos. Eso demuestra, lógicamente, que Pompeyo no había podido completar la circunvalación de Dastira.

Cuando descubrió que la presa había escapado, Pompeyo partió en su persecución. Su caballería no dejaba de hostigar a la retaguardia de Mitrídates, pero este seguía adelante sin detenerse a luchar, siempre hacia el este. El rey del Ponto procuraba viajar de noche, aprovechando que él y

sus hombres conocían bien la zona, y gracias a que aquellos parajes eran montañosos siempre encontraban posiciones elevadas donde acampar.

Pompeyo no quería que Mitrídates cruzara el Éufrates y penetrara en territorio armenio, así que una noche decidió atacar su campamento, pese al riesgo que implicaban siempre las operaciones nocturnas. Mientras sus hombres avanzaban con todo el sigilo posible, Mitrídates tuvo un sueño, o así lo contó (la oniromancia o interpretación de los sueños era una de sus grandes aficiones). En su visión, estaba navegando por el mar Negro con viento propicio y ya tenía a la vista el Bósforo. Pero cuando se volvía para saludar a sus compañeros de travesía y congratularse con ellos de haber llegado a salvo al final del viaje, descubría de pronto que estaba solo, flotando en el agua y agarrado a un madero flotante.

Aquel sueño predecía su futuro inmediato y a largo plazo, como enseguida veremos. Sus sirvientes lo despertaron entonces y le avisaron de que el enemigo atacaba. Mitrídates se levantó para organizar a sus tropas en la defensa del campamento, pero ya era demasiado tarde. Plutarco ofrece un detalle muy sensorial sobre esta batalla: como los romanos venían con la luna a sus espaldas y estaba a punto de ponerse, sus sombras se veían tan alargadas que engañaban a los defensores y les hacían calcular mal las distancias y errar los disparos.

Con ayuda de la luna o no, los romanos destrozaron al ejército de Mitrídates, que perdió diez mil hombres en aquel ataque. El rey logró escapar en la oscuridad con ochocientos jinetes y tres mil soldados de infantería, y se dirigió a una fortaleza llamada Sinora o Sinorega, cerca de la frontera armenia. Allí guardaba abundantes tesoros con los que recompensó y despachó a muchos de sus hombres. Él mismo cogió seis mil talentos para el viaje, una suma que no era precisamente calderilla, pues equivalía a casi doscientas toneladas de plata. (Es de suponer que una buena parte sería en forma de monedas y objetos de oro, con más valor por menos peso).

Con una fuerza más reducida y móvil, Mitrídates marchó hacia las fuentes del Éufrates. Junto a las tropas que lo acompañaban viajaba una de sus concubinas. Su nombre era Hipsicracia, pero el rey la llamaba en broma Hipsícrates, masculinizando su nombre porque cabalgaba como un persa y combatía con el valor y la energía de un hombre.

Al llegar al Éufrates, Mitrídates descubrió que no solo se había

convertido en persona *non grata* en Armenia, sino que además su antiguo aliado Tigranes había puesto precio a su cabeza. Rápidamente, cambió de planes y se dirigió al norte, a la Cólquide. Pasó el invierno en la ciudad de Dioscurias, donde las estribaciones del Cáucaso llegaban prácticamente hasta el mar. Según el mito, era en aquellas montañas donde Zeus encadenó a Prometeo y un águila devoraba el hígado del titán todos los días.

En primavera, Mitrídates cruzó las montañas hasta llegar a las estepas costeras, que recorrió a una distancia de la costa siempre prudencial para que la naves romanas que patrullaban el mar Negro no lo encontraran. Tras rodear el lago Meotis llegó al Quersoneso Táurico (hoy día son el mar de Azov y la península de Crimea). Allí, en su fortaleza de Panticapeo, se hallaba uno de sus hijos, Macares, que se había rebelado contra él. Ahora, al saber que su padre venía y sabiendo cómo se las gastaba, Macares se suicidó; al menos, eso le permitía elegir la forma de morir.

En cuanto a Pompeyo, tras su victoria, pensó que Mitrídates estaba acabado y no se esforzó en seguirlo, ya que prefería ocuparse antes de Tigranes. En aquel momento, el monarca armenio se veía acosado por los partos en su frontera oriental, y además su hijo y tocayo Tigranes se había sublevado contra él; considerando que el rey tenía setenta y cuatro años, parece lógico que el joven Tigranes empezara a pensar en jubilarlo.

Cuando Tigranes se enteró de que los romanos habían cruzado su frontera occidental, decidió que lo más sabio era rendirse. Mientras Pompeyo se acercaba por el curso superior del Éufrates a la capital, Artaxata, Tigranes salió a su encuentro y se presentó en su campamento. Para demostrar su sumisión, dejó su tiara real a los pies del general romano y se postró ante él en el ritual de la *proskýnesis*, que era tradicional en esas tierras y que Alejandro había intentado imponer a sus oficiales macedonios con bastante polémica.

Pompeyo se agachó, ayudó a levantarse al anciano rey y volvió a ponerle la diadema; la diplomacia de gestos grandiosos y munificentes se le daba mucho mejor que las intrigas senatoriales y la intrincada sintaxis de los discursos retóricos.

Pompeyo permitió que Tigranes se quedara con el reino que había heredado, pero le arrebató las conquistas que había hecho durante su

reinado y con las que había creado una especie de Gran Armenia. Al joven Tigranes, que se estaba frotando las manos pensando en que los romanos ejecutarían o al menos derrocarían a su padre, Pompeyo le entregó tan solo el pequeño territorio de Sofene.

Esa sería la política de Pompeyo en los países de Oriente: mantener a los dinastas locales siempre que aceptaran ser «amigos y aliados del pueblo romano», es decir, vasallos. Por supuesto, mantener el trono no salía gratis. Tigranes pagó seis mil talentos a Pompeyo, y los oficiales y soldados del ejército romano recibieron también sus correspondientes bonificaciones. Gracias a eso, el rey evitó que saquearan Artaxata. Recordaba bien el destino sufrido por su otra gran capital, Tigranocerta, que él mismo había fundado. Lúculo y sus hombres la habían saqueado y habían obtenido un botín de más de ocho mil talentos.

Durante el invierno del 66-65, Pompeyo repartió sus fuerzas en tres campamentos, una medida que habitualmente se tomaba para dividir entre varias poblaciones la carga de alimentar a las tropas. Aprovechando aquello, el rey albanero Oroeces cruzó con sus fuerzas el río Ciro (Kurá), que desemboca en el Caspio, y atacó a los romanos. La ofensiva fracasó, y Pompeyo lo persiguió hasta el río. Allí alcanzó a su retaguardia y mató a muchos de sus hombres. Cuando Oroeces le pidió una tregua, Pompeyo se conformó con eso y no se internó en su territorio, pues no le parecía aconsejable hacerlo en invierno (el territorio de los albanos se correspondía más o menos con Azerbaiyán).

Ya en primavera, las legiones se adentraron en el país de los iberos, un pueblo situado en el territorio de la actual Georgia. Según habían informado a Pompeyo los espías, su rey Artoces pensaba seguir el ejemplo de Oroeces, de modo que decidió que quien golpea primero da dos veces. Tras ser derrotado, Artoces pidió también la paz y entregó a sus propios hijos como rehenes.

Después de la batalla, Pompeyo y sus tropas prosiguieron su avance por el valle del Fasis, que atravesaba la Cólquide hasta desembocar en el mar Negro junto a la ciudad del mismo nombre. Aquel río era tan sinuoso y su valle tan angosto que, según cuenta Estrabón, había que cruzar hasta ciento veinte puentes para salvar sus constantes meandros (11.3.4)

En Fasis se reunió con su legado naval Servilio, que había atracado en la ciudad con parte de la flota. Al saber que Mitrídates se dirigía al

Bósforo Cimerio, Pompeyo pensó que por el momento no representaba ningún peligro. Tras encargar a Servilio que mantuviera vigilado al rey para que no escapara por mar, regresó a Armenia.

Cuando las noticias llegaron a Roma, sus adversarios empezaron a criticarlo por haber dejado escapar una vez más a Mitrídates. ¿Acaso Pompeyo ignoraba que aquel tipo era igual que la mítica ave Fénix? Pero él aseguró en tono un tanto desdeñoso que había dejado al rey del Ponto solo ante un enemigo peor que un ejército romano: el hambre. En eso no parecía estar muy bien informado, ya que las llanuras al norte del mar Negro eran uno de los principales graneros del mundo antiguo.

En el camino de regreso a Armenia, Pompeyo decidió que era buen momento para tomar represalias contra los albanos por el ataque del invierno anterior. Mientras se adentraba en su territorio, se enteró de que Oroeces había movilizado un ejército de sesenta mil infantes y doce mil jinetes. Los primeros, si es que en verdad había tantos, serían milicias reclutadas a toda prisa y de poca calidad. Pero la caballería sí le preocupaba, sobre todo porque en ella había catafractos, guerreros expertos y blindados de pies a cabeza al igual que sus caballos.

Desde la guerra contra Sertorio, Pompeyo había adquirido afición a las estratagemas y los engaños, y así lo demostraría en Dirraquio durante la guerra civil. En esta ocasión escondió un buen número de cohortes en el terreno que había elegido para la batalla: apostó algunas a ambos lados de un valle, en las laderas sembradas de vegetación, y otras al fondo, detrás de la caballería y de rodillas para que no destacaran. Además, instruyó a sus soldados para que se cubrieran con telas los yelmos, la parte de su equipo donde más se reflejaba el sol.

Tendida la trampa, Pompeyo envió el cebo, que era su propia caballería. Tras una breve refriega los jinetes fingieron retirarse ante el empuje enemigo. Los catafractos los persiguieron sin temor, ya que no parecía haber grandes contingentes de infantería a la vista. Pero a continuación, los jinetes romanos se dividieron por escuadrones y se colaron por los huecos abiertos entre las cohortes que habían permanecido ocultas tras ellos. Los legionarios se levantaron y cargaron contra la caballería albana, mientras sus compañeros emboscados por ambos flancos hacían lo propio.

Como era de esperar, los romanos causaron una gran mortandad

entre sus enemigos. Según Plutarco, Pompeyo luchó en aquella ocasión en combate individual contra Cosis, hermano del rey. Pero la trayectoria militar de Pompeyo sugiere que no era muy dado a lanzarse personalmente a lo más duro de la refriega, por lo que probablemente se trate de una anécdota inventada por sus cronistas para glorificarlo.

Durante toda esta campaña, el propio Pompeyo procuró venderse a sí mismo como un nuevo Alejandro, y la imagen de sí mismo cargando a caballo contra los caudillos enemigos era perfecta para recalcar esa semejanza. En ese sentido resulta muy reveladora otra anécdota que también refiere Plutarco. Cuando Pompeyo venció a Mitrídates y tomó su campamento, sus hombres llevaron a su presencia a varias concubinas reales a las que habían hecho prisioneras. Pompeyo no solo no las tocó, sino que las envió de vuelta con sus familias. Era la misma conducta caballerosa que Alejandro había tenido con la familia del rey persa Darío. Esto no significa que al obrar así no fuese sincero, pues Pompeyo tenía fama de ser muy galante y cortés con las mujeres.

Con duelo singular o no, Pompeyo consiguió también que los albanos se le sometieran y le entregaran rehenes. Desde su país se dirigió al Caspio, pero avanzar por aquellos parajes era tan penoso que renunció a la empresa y decidió regresar a Armenia Menor y el Ponto. Desde ese momento, su ejército prácticamente no llegó a combatir. Poco a poco, las fortalezas de la región que aún resistían se fueron rindiendo. La tarea más fatigosa que tuvieron que llevar a cabo los hombres de Pompeyo fue llevar la contabilidad de los enormes tesoros del rey Mitrídates. Solo en su castillo de Talaura pasaron treinta días.

En total, Pompeyo se apropió de treinta y seis mil talentos, la mayoría en moneda acuñada. Sus escribas y cuestores tomaban nota de todo para que nadie pudiera acusarlo de corrupción al volver a Roma. En las diversas fortalezas encontraron además valiosas obras de arte; los nobles romanos se mataban por las antigüedades orientales, como se puede comprobar leyendo las cartas de Cicerón.

A propósito de cartas, Pompeyo también encontró muchas escritas por Mitrídates. Aparte de la relación de sus envenenamientos y las interpretaciones de sus sueños y los de sus esposas, un tema que parecía apasionar al rey del Ponto, Pompeyo pudo leer varias cartas de tono muy erótico que Mitrídates había intercambiado con Monime, una de sus esposas.

Además de hacer acopio de botín, Pompeyo y sus legados se dedicaron a reorganizar toda la región. Para ello firmaron pactos con los numerosos reyes y caudillos de las diversas naciones de Anatolia, y también con el rey parto Fraates, aunque en este caso los términos eran de igualdad. Emulando de nuevo a Alejandro, Pompeyo también fundó varias ciudades. Una de ellas, levantada en el lugar donde venció a Mitrídates, se llamó Nicópolis, «ciudad de la victoria».

Ya terminado el invierno, Pompeyo viajó hacia el sur, atravesó Capadocia y Cilicia y entró en Siria. Antíoco XIII, el último seléucida, cuyo reino se había quedado prácticamente reducido a la ciudad de Antioquía, se presentó ante él para pedirle que lo mantuviera como rey aliado y amigo de Roma. Pero Pompeyo decidió convertir Siria en provincia romana, ya que quería evitar que siguiera sufriendo razias de árabes y judíos, algo que venía ocurriendo desde que el imperio seléucida se desmoronó ante los partos. En general, fue lo que hizo en aquella región cuando no encontró ningún gobernante local que le pareciera fiable.

Después de aquello, Pompeyo prosiguió su avance hacia el sur. En Judea se estaba librando una guerra civil entre los hermanos Aristóbulo e Hircano, que se disputaban el trono y el sumo sacerdocio. Pompeyo se decidió por Hircano y puso sitio a Jerusalén, donde se había hecho fuerte su rival. A principios de octubre, tras un asedio de tres meses, la ciudad cayó en poder de los romanos. Pompeyo se dio el capricho de entrar en el sanctasanctorum del templo sagrado, algo que muchos judíos consideraron un sacrilegio, pero no se apoderó de ningún tesoro por respeto. A Hircano lo nombró sumo sacerdote y etnarca, un título distinto de rey, lo que satisfizo sobre todo al clero, que no quería obedecer a un monarca secular. En cuanto a su hermano Aristóbulo, se lo llevó prisionero a Roma.

Más al sur quedaba otro reducto problemático: el reino de los árabes nabateos, cuya capital era la famosa ciudad de Petra. Su rey Aretas no dejaba de lanzar incursiones contra Siria y Judea. Pero en el año 62, cuando Pompeyo y sus tropas se disponían a atravesar la llamada Arabia Pétrea, llegaron noticias del norte relativas a Mitrídates. Pompeyo emprendió el regreso al Ponto y dejó que su legado Emilio Escauro se encargara de la campaña contra los nabateos. Escauro hizo algunas incursiones en sus territorios y después llegó a un acuerdo con Aretas. Este se sometió de palabra y entregó trescientos talentos al legado para que no siguiera adelante.

Mitrídates había llegado a Panticapeo en el verano del 65. Una vez allí, descubrió que estaba rodeado de intrigas familiares. Cuando se enteró de que uno de sus hijos, Xifares, intentaba desertar con los romanos, lo hizo ejecutar sin contemplaciones.

En el Bósforo, Mitrídates trazó planes para recuperar su poder, como ya había hecho más de una vez en el pasado. A sus setenta años, seguía concibiendo planes grandiosos, como si le quedara por delante todo el tiempo del mundo. Según Apiano, tenía pensado organizar un gran ejército para remontar el curso del Danubio hasta las tierras de Tracia y desde allí invadir el territorio romano. El mismo Apiano añade que era un plan quimérico; en griego, una *paradoxología*, término que se utilizaba para referirse a los relatos fantásticos (*BM*, 101-102).

Si es verdad que barajó ese plan, pronto debió descartarlo por las enormes dificultades prácticas que conllevaba. En realidad, Mitrídates se hallaba prácticamente encerrado en su reino, mientras los barcos romanos recorrían impunemente el mar Negro. Intentó negociar de nuevo, pero la respuesta que recibió de Pompeyo fue que solo trataría con él si se presentaba en persona en la ciudad de Amiso y se entregaba a él.

Sospechando que era inminente una invasión, el rey trató de reforzar con guarniciones las ciudades vecinas. Pero todo se desmoronaba a su alrededor. Su hijo Farnaces se rebeló, y si Mitrídates no lo ejecutó fue porque un consejero intercedió por él. En otra de sus ciudades, Fanagoria, la guarnición se rebeló y entregó a los romanos a cuatro de sus hijos y una hija que se alojaban allí.

Sin saber a qué recurrir ya, el monarca del Ponto envió a algunas de sus hijas solteras a las tribus escitas para entablar alianzas matrimoniales y conseguir refuerzos. Pero al salir de Panticapeo, los soldados de la escolta asesinaron a los eunucos que las custodiaban y llevaron a sus hijas a los romanos.

Las desercciones continuaban. Llegó un momento en que la propia guarnición de Panticapeo se sublevó contra él. Cuando Mitrídates intentó convencer a sus oficiales y soldados para que no lo abandonaran, le respondieron: «Preferimos que tu hijo Farnaces sea el rey. Lo que queremos es un hombre joven, no un viejo que se deja mandar por eunucos y que ha matado a muchos de sus hijos, sus generales y sus amigos».

La larga carrera de Mitrídates tocaba a su fin. Incluso los miembros de su guardia personal lo abandonaron y acudieron al campamento donde se habían hecho fuertes los desertores. Estos dijeron que solo los admitirían si les traían el cadáver del rey.

Los guardias regresaron al palacio y, como no encontraron a Mitrídates, que se había escondido, mataron a su caballo para que no pudiera huir. Después localizaron a Farnaces y lo coronaron con una ancha hoja de papiro a modo de corona.

Mitrídates presencié la escena desde un pórtico elevado y comprendió que estaba perdido. Envié un mensaje a su hijo para pedirle que al menos le dejar huir con vida, pero Farnaces no le respondié.

Por fin, el anciano rey decidié suicidarse ingiriendo un veneno que siempre llevaba en una bolsita junto a la vaina de espada. Con él se hallaban en aquel momento dos de sus hijas, Nisa y Mitrídatís, que le pidieron que las envenenara también y que lo hiciera antes de beber la pócima, pues no querían sobrevivirle. Mitrídates accedié, les dio el fármaco y las jóvenes no tardaron en morir.

Pero cuando él mismo bebié el veneno, descubrió que no le hacía efecto. Es de suponer que no se trataba de uno de los tóxicos contra los que se había inmunizado, porque no tendría sentido que intentara matarse con él. Tal vez había tomado poco antes su famoso mitridatio, ese antídoto «de amplio espectro» que él mismo había fabricado, o quizás al dar parte del veneno a sus hijas le había quedado una dosis insuficiente, considerando que era un hombre de gran tamaño.

Al comprender que así no iba a poder morir, habló con un escolta galo llamado Bituito. El breve parlamento de Mitrídates es digno de una tragedia griega o shakesperiana:

Mucho me ha hecho ganar tu brazo derecho contra mis enemigos. Pero mucho más me hará ganar si ahora me matas, pues corro el peligro de ser arrastrado en un desfile triunfal. ¡Yo, que he sido gobernante y rey de un imperio tan grande, y que ahora no consigo morir envenenado por culpa de las necias precauciones que tomé contra otros fármacos! Pero, aunque vigilé y me precaví contra todos los venenos que uno puede ingerir, olvidé protegerme del veneno más mortal y cercano para un rey: la traición de sus soldados, sus hijos y sus amigos. (BM, 111).

El galo, conmovido por las palabras del rey, lo mató con su espada. Tal fue el final de Mitrídates, llamado el Grande, de quien Apiano añade: «Luchó contra los mejores generales de su tiempo. Fue derrotado por Sila, Lúculo y Pompeyo, pero más de una vez los superó. Su espíritu fue siempre grandioso e indomable, incluso en los infortunios» (BM, 112).

Cuando la noticia llegó a Roma, se festejó el fin de aquel enemigo contra el que habían luchado abuelos, padres e hijos. Farnaces embarcó el cuerpo del monarca en un trirreme y lo envió a Sínope, junto con muchos rehenes, para pedir a Pompeyo que le dejara gobernar el reino de su padre, o al menos el Bósforo Cimerio.

Aquella fue la noticia que hizo que Pompeyo abandonara su campaña contra los nabateos. Cuando llegó al Ponto y recibió el mensaje de Farnaces, accedió a que conservara todo el Bósforo con la salvedad de Fanagoria, ciudad que recibió su libertad por haber ayudado a los romanos. A este Farnaces, por cierto, lo encontraremos mucho más adelante.

Pompeyo fue generoso en la victoria, pues sabía que había vencido a un enemigo legendario y que la posteridad lo mediría a él por la talla de sus adversarios. Por eso pagó los funerales del rey e hizo que lo enterraran con honores en Sínope, junto con sus antepasados.

La guerra había terminado. A decir verdad, Pompeyo la había liquidado prácticamente con la batalla en que venció al rey del Ponto en el mismo lugar donde luego levantó Nicópolis. Los demás años se había dedicado a reorganizar una zona en la que ya habían realizado una labor de zapa antes que él otros generales, como Lúculo.

¿Podría haber continuado Pompeyo su campaña? Más allá del Éufrates se extendía el imperio parto. Aunque había llegado a varios acuerdos con el rey Fraates, nadie como un romano para encontrar un *casus belli* allí donde hiciera falta. Pero seguramente Pompeyo pensó que eso sería alejarse demasiado del Mediterráneo, y sabía asimismo que Partia era un rival mucho más poderoso que los pequeños reinos con los que se había ido enfrentando.

Era hora de regresar a casa. A Pompeyo le aguardaba un triunfo que él sabría convertir en el más espectacular de la historia, en esta ocasión sin necesidad de elefantes. También confiaba en que el senado atendería

sus razonables peticiones: entregar tierras a sus soldados veteranos y ratificar los tratados que con tanto trabajo y atención al mínimo detalle había firmado con las naciones de Oriente. Todos, en fin, lo reconocerían como el primer hombre de Roma, el general más grande de su tiempo y de todos los tiempos (que lo fuera o no ya era otra cuestión).

No tardaría en sufrir una amarga decepción.

El ascenso de César

Mientras Pompeyo guerreaba en Oriente, César seguía subiendo en el *cursus honorum*. En el año 65 su edad le permitió presentarse a edil. Había cuatro ediles, dos obligatoriamente plebeyos y dos que podían ser patricios o plebeyos, conocidos como «curules». La llamada lucha de los órdenes de principios de la República había dado lugar a una especie de discriminación positiva, de modo que en la época de César a veces resultaba más conveniente ser plebeyo que patricio: los plebeyos podían ser tribunos de la plebe y tenían abiertas todas las demás magistraturas, mientras que los patricios no podían ocupar más de la mitad de los puestos de un año.

Si los cónsules gobernaban la República con mayúsculas y en abstracto, los ediles se encargaban de los detalles concretos: suministro de grano, alimentos, limpieza de las calles, orden en los mercados... El puesto de edil era un buen trampolín para las magistraturas superiores, ya que permitía organizar festejos y espectáculos que servían para entretener al pueblo y ofrecerle comilonas extra, y no había mejor manera que esa de ganar votos.

Había al año dos festivales muy esperados cuya organización dependía de los ediles. En abril se celebraba una semana entera en honor de Cibeles, los llamados *Ludi Megalenses*, y en septiembre quince días seguidos dedicados a Júpiter, los *Ludi Romani*. El Estado contribuía con dinero para estos festivales, pero los ediles ambiciosos complementaban esta asignación gastando de su propio peculio para contratar más gladiadores y mejores actores y para ofrecer banquetes más abundantes.

En el caso de César, el dinero no era suyo sino de sus acreedores, pero eso no le coartó. El vigésimo aniversario de la muerte de su padre le

sirvió como una excusa excelente para celebrar unos juegos en los que combatieron trescientas veinte parejas de gladiadores. El número era tan exagerado que más de un senador sintió escalofríos pensando en la rebelión de Espartaco.

Además de aquellos juegos, César gastó dinero a manos llenas en otras celebraciones. Su popularidad creció tanto durante aquel año que Marco Calpurnio Bíbulo, el otro edil curul, se quejó con amargura de que él también ponía fondos y sin embargo César se llevaba todo el mérito. «Pasa como con el templo de Cástor y Pólux —decía Bíbulo—. Por abreviar, todo el mundo dice solo “templo de Cástor” y se olvida de Pólux».

No fue la primera vez que Bíbulo y César coincidieron en un cargo. Su relación no era buena, y el hecho de ser colegas forzosos no hizo sino agriarla más. Bíbulo era un optimato convencido y, para colmo, yerno de Catón el Joven, el autoproclamado «guardián de las esencias de la República» y uno de los enemigos más implacables de César.

La acción más dramática e impactante que llevó a cabo César siendo edil lo relacionó de nuevo con Mario. Durante el entierro de su tía Julia ya había mostrado la máscara funeraria del gran general. Ahora, cuatro años después, los romanos se asombraron al despertar una mañana y descubrir que los trofeos conquistados por Mario en su guerra contra cimbrios y teutones y los monumentos erigidos para celebrar aquellos éxitos militares se levantaban de nuevo a la vista de todos en el Capitolio, ante el templo de Júpiter.

Sila había ordenado retirar y destruir todos aquellos memoriales, por lo que es evidente que César había tenido que reparar algunos y encargar imitaciones de otros, todo ello en secreto. A la plebe de Roma le conmovió encontrar aquellos símbolos de sus victorias. Habían pasado cuarenta años de las invasiones germanas, y muchos recordaban todavía el miedo que había encogido el corazón de la ciudad y cómo en la hora más oscura Mario se convirtió en el escudo y la espada que salvaguardaron a la República.

En el senado hubo algunos que no se alegraron tanto de aquel gesto. Quinto Lutacio Catulo, cuyo padre combatió con Mario en Vercelas y acabó suicidándose por asfixia en una sala llena de carbones encendidos para evitar que su excolega lo asesinara, se levantó indignado. «¡César ya no está tratando de minar la República excavando túneles en secreto, sino

atacándola directamente con máquinas de guerra!», protestó. La respuesta de César fue lo bastante mesurada como para convencer a todo el mundo de que no era ningún revolucionario que tratara de socavar el Estado. Solo quería quedarse con lo mejor del pasado, vino a decir con evidente sentido común. ¿Por qué renunciar a las glorias de *Aquae Sextiae* y *Vercelas*?

Todos aquellos festejos y exhibiciones representaron enormes desembolsos para César. Antes incluso de entrar en el *cursus honorum* se decía que su deuda superaba ya los treinta millones de sestercios, y a estas alturas se había acrecentado enormemente. Cuando terminó su cargo de edil, los mayores interesados en que César saliera adelante en su carrera política eran sus acreedores, y sobre todo el principal de ellos, Craso, ya que era la única forma de recobrar su inversión. Obviamente, repartirse los pedazos de César como permitían antaño las Doce Tablas no era una solución muy provechosa. Como asegura un dicho: «Si le debes diez mil euros al banco, tienes un problema. Si le debes diez mil millones de euros, el problema lo tiene el banco».

Mientras César contaba el tiempo que faltaba para presentarse a pretor, el penúltimo peldaño del *cursus honorum*, y Pompeyo seguía cosechando victorias en Oriente, se produjo en Roma un oscuro complot conocido como «la conjuración de Catilina». Considerando lo convulso de la política romana desde los tiempos de los Gracos, esta conspiración no fue seguramente la mayor de las turbulencias que agitaron a la República. Pese a ello, es muy conocida por dos razones. La primera es que Salustio escribió una monografía sobre ella titulada, como era de esperar, *La conjuración de Catilina*. La segunda, que el hombre que la sacó a la luz no fue otro que Marco Tulio Cicerón, el mayor orador de Roma, cuyo más célebre discurso, la *Primera Catilinaria*, empieza precisamente: *Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*, «¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?».

Lucio Sergio Catilina, que había nacido en el año 108, pertenecía a una de las familias patricias más antiguas de Roma, la *gens* Sergia, que sin embargo había entrado en cierta decadencia y llevaba siglos sin superar el cargo de pretor. Catilina había empezado su carrera militar en la Guerra Social sirviendo a las órdenes de Pompeyo Estrabón, y después destacó como oficial bajo el mando de Sila en la guerra civil.

La reputación de Catilina era funesta. Entre otros crímenes, se decía que había matado a su cuñado Quinto Cecilio y que durante las

proscripciones cortó la cabeza de Mario Gratidino. Más adelante, en el año 73, se le acusó de haberse acostado con la vestal Fabia, cuñada de Cicerón, delito del que salió absuelto. Catilina estaba casado con una mujer llamada Aurelia Orestila de la cual, según Salustio, «ninguna persona decente alabó nada salvo su belleza» (*Cat.*, 15,2). Se contaba que Orestila se había negado a contraer nupcias con Catilina porque este tenía un hijo adulto y ella no quería compartir la casa con él, y que Catilina, ni corto ni perezoso, había asesinado a su propio hijo para complacerla. Como consecuencia de estos crímenes, el hombre tenía la conciencia tan culpable que «el color de su piel era pálido, sus ojos terribles, su paso demasiado apresurado o demasiado lento; en resumen, su figura y su rostro delataban su locura» (ibíd.)

Considerando que también se decía que había mezclado sangre humana con vino para juramentarse con los demás conspiradores, al tal Catilina no le faltaba detalle. No quiero decir que en juramentos secretos no se llegara al extremo de beber sangre, sino que la acumulación de imágenes negativas convierten a Catilina en una caricatura grotesca, lo que nos hace preguntarnos cómo sería en verdad el personaje. De entre la maraña de acusaciones parece deducirse que se trataba de un hombre con carisma —algo que se demuestra en que tuvo muchos seguidores— y de gran valor físico, pero también de un sujeto con pocos escrúpulos, corrupto y manirroto. Debido a esto último estaba cargado de deudas como tantos otros aristócratas, un lastre del que intentaba librarse como fuese.

Entre los años 68 y 66, Catilina gobernó como propretor la provincia de África, y a su regreso no se le permitió presentarse al consulado por una acusación de extorsión. Cuando el juicio se celebró por fin, quedó absuelto; tal como Quinto Cicerón, hermano del orador, señaló con mucha gracia, se sospechaba que había conseguido librarse porque «salió del tribunal tan pobre como algunos de sus jueces lo eran antes del juicio» (*Manual del candidato*, 3).

En el 64, Catilina pudo por fin presentarse a las elecciones a cónsul del año siguiente, pero los elegidos fueron Antonio Híbrida y Cicerón. Para Catilina fue un fracaso muy doloroso, ya que nadie había conseguido en su familia el puesto de cónsul desde hacía siglos, literalmente. En cambio, para Cicerón supuso un éxito enorme. Al igual que Cayo Mario, Marco Tulio Cicerón era un *homo novus* que había nacido en Arpino y pertenecía a la aristocracia local. El sendero que había escogido para ascender en

política no era el de las armas, como su paisano, sino el de la retórica y la abogacía, ya que nunca destacó como militar. Se trataba de un camino más lento, pero Cicerón estaba más que dotado para ello. Poseía uno de los intelectos más poderosos de su tiempo, aunque el hecho de ser capaz de sopesar opciones contrapuestas y de no tener un gran valor personal le hizo nadar demasiadas veces entre dos aguas en una época en que las posturas políticas se estaban haciendo cada vez más extremas y difíciles de reconciliar.

En cuanto a Catilina, no se rindió tras su derrota y decidió presentarse de nuevo a la elección el año siguiente. Su programa electoral se basaba en un único punto: cancelar las deudas. En aquellos años había una auténtica crisis de crédito que afectaba, como ya había ocurrido en otras ocasiones, a pequeños campesinos que sobrevivían como podían empeñando las cosechas futuras para poder comprar semillas, animales de labor, herramientas o simplemente comida.

Pero también había en las ciudades, y sobre todo en Roma, muchos miembros de la élite, tanto senadores como caballeros, que habían adquirido grandes préstamos para llevar un tren de vida muy superior al que se podían permitir. Algunos lo hacían por medrar en política, como César, y otros por simple ostentación y amor al lujo. En aquel tiempo un aristócrata que se preciara debía poseer al menos una gran mansión en Roma y una serie de villas de recreo por toda Italia, sobre todo en centros de lujo y diversión como Puteoli y Bayas, los auténticos *resorts* de la época.

Un símbolo de aquellos tiempos era el équite Sergio Orata, que se enriqueció gracias al amor de los nobles romanos por la ostentación. Orata desarrolló un nuevo sistema para criar ostras en estanques, y se le daba tan bien que Craso dijo de él que era capaz de hacer crecer ostras colgadas del techo. Orata inventó también las llamadas *balneae pensiles* o «baños colgantes», grandes bañeras levantadas sobre el suelo de tal manera que por debajo corrían conductos de aire caliente que caldeaban el agua. Con ellas hizo buenas suma de dinero: Orata compraba villas, las reformaba construyendo en ellas sus *balneae pensiles* y luego las vendía por un precio mucho más alto.

Otro de los ejemplos exagerados de amor al lujo era Lúculo. Cuando Pompeyo le arrebató el mando de la campaña contra Mitridates, Lúculo abandonó la política y se dedicó a disfrutar de las riquezas que había amasado en Oriente. Era un auténtico *gourmet* de la época, y para

disfrutar de pescados de agua salada se había hecho construir una serie de estanques comunicados con el mar a través de túneles que horadaban una montaña. Eso hizo que Pompeyo se riera de él y lo llamara «Jerjes con toga», refiriéndose al canal que había hecho excavar el rey persa para no tener que circunnavegar el peligroso monte Athos.

A no mucho tardar, el final de la guerra contra Mitrídates y la conquista de Oriente harían afluir a Roma un enorme caudal de dinero, pero en el año 63 había una gran crisis de liquidez y muchos nobles se veían en apuros para pagar sus deudas. El programa de Catilina era muy atractivo para toda esa gente, sobre todo para los jóvenes que se movían en su círculo y que, sin tener grandes medios, vivían muy por encima de sus posibilidades.

Aunque esta vez no competía contra Catilina, Cicerón utilizó sus dotes retóricas para presentarlo como un peligro para el Estado y la sociedad, y consiguió que fuera derrotado por segunda vez. Aquel nuevo fracaso fue demasiado para Catilina: no solo suponía un gran golpe para su orgullo, sino también para su bolsillo, pues en noviembre se cumplía el plazo en que debería pagar sus elevadísimas deudas. Ya en las elecciones del 65 le habían acusado de tramar una conspiración, probablemente sin motivos, pero en esta ocasión decidió pasar a la acción de verdad y tomar por la fuerza el poder que no conseguía en las urnas.

Catilina sabía que había dos grupos principales en los que se podía apoyar: los nobles endeudados como él y los campesinos prácticamente arruinados. En particular, en Etruria existía un nutrido colectivo de antiguos soldados de Sila que poco a poco se habían empobrecido y que estaban dispuestos a recurrir a la violencia para remediar su situación.

Según el plan de Catilina, el 27 de octubre un ejército de diez mil hombres mandados por Cayo Manlio, uno de los veteranos silanos, se levantaría en Etruria y marcharía sobre Roma. Al mismo tiempo, en la ciudad, un grupo de nobles provocaría varios incendios para crear confusión y, aprovechando el caos, asesinaría a Cicerón y a otros senadores.

El problema para Catilina era que había demasiada gente implicada en su trama y muchos de ellos se fueron de la lengua, con lo que la conspiración se desveló antes de tiempo. El levantamiento de Etruria se produjo como estaba previsto, pero el ejército del procónsul Marcio Rex,

que estaba esperando celebrar su triunfo cerca de Roma, marchó a reprimirlo enseguida. En cuanto a Roma, los disturbios previstos fueron abortados gracias a la vigilancia de Cicerón, que estaba sobre aviso.

Mientras tanto, Catilina seguía asistiendo a las sesiones del senado con cara de no haber roto un plato en su vida. Por fin, el 7 de noviembre Cicerón estalló en una reunión del senado y pronunció su famoso discurso. Tras recibir aquel furioso chaparrón dialéctico, Catilina tomó la palabra y negó estar implicado en ninguna trama. Sin embargo, por la noche huyó de Roma y se dirigió al norte para unirse a Manlio y su ejército, reconociendo así su culpabilidad.

Los demás cómplices de Catilina en la urbe se pusieron en contacto con unos enviados alóbroges —un pueblo celta que vivía en el extremo norte de la provincia de la Galia Transalpina— para convencerlos de que se sublevaran como una maniobra de distracción. En lugar de hacerlo, los alóbroges acudieron rápidamente a informar a Cicerón, y el cónsul hizo que detuvieran a los cinco principales implicados.

El 5 de diciembre, el senado se reunió para decidir qué hacer con los conspiradores. Algunos enemigos de César y de Craso intentaron convencer a Cicerón de que los dos estaban también implicados y debían ser arrestados, pero el cónsul no les hizo caso. Aunque Craso había apoyado a Catilina en el pasado, la acusación era patentemente absurda: si había alguien en Roma a quien no le convenía que se abolieran las deudas era a él, el mayor prestamista de la República.

A César no le habría venido mal esa condonación, pero solo en teoría: su carrera política marchaba según lo previsto, de modo que podía confiar en que con el tiempo devolvería sus débitos. Ahora bien, si estallaba una revolución como en tiempos de Sila, ¿quién podía saber lo que ocurriría? Eso no significa que César no mantuviera contactos con personas del grupo de conspiradores o con el propio Catilina; probablemente pensó que no convenía poner todos los huevos en la misma cesta y que si llegaba la revolución debía estar preparado.

Por si acaso, Craso no asistió a aquella sesión del senado. César, a quien nunca le faltó aplomo, sí acudió. Cicerón expuso el caso ante los demás senadores y solicitó su parecer. ¿Qué debían hacer con aquellos conspiradores? El primero en tomar la palabra fue el cónsul electo para el año siguiente, Décimo Silano, quien dijo que debían ser ejecutados cuanto

antes. Así se manifestaron también los demás senadores consulares.

Cuando le tocó el turno a César, que había sido elegido como pretor para el año siguiente, opinó que no había que tomar decisiones en el calor del momento y que era mejor mantener encerrados a los conspiradores para juzgarlos con todas las garantías más adelante, o enviarlos a diversas ciudades de Italia y mantenerlos encerrados de por vida para que no cometieran más desmanes. Lo contrario sería ejecutar a ciudadanos sin permitir que presentaran su caso ante el pueblo, algo que todos sabían que atentaba contra la constitución romana.

El senado parecía decidido a hacer caso de César cuando se levantó a hablar Marco Porcio Catón, que como ya dijimos era suegro de Bíbulo. Catón, llamado el Joven para distinguirlo de su célebre bisabuelo Catón el Censor, tenía poco más de treinta años y hasta el momento solo había desempeñado el cargo de cuestor, pero había sido elegido como tribuno de la plebe y estaba a punto de tomar posesión de su cargo.

De todas formas, no había nadie más alejado de los ideales populares que Catón, que pese a su juventud poseía tal convicción en sus ideas que no tardó en convertirse en el líder espiritual de los optimates. Si pertenecía a ese bando no era por desdén aristocrático ni amor a la riqueza o al lujo, sino porque estaba convencido de que el sistema tradicional de la República era perfecto y no había que cambiar ni una coma. Los defectos del Estado se debían a que los ciudadanos eran imperfectos y corruptos, no al sistema en sí. Convencido de que siempre tenía razón, Catón era tan intransigente como su bisabuelo, al que admiraba profundamente, y la idea de ponerse en la piel de otra persona ni se le pasaba por la cabeza. Personalmente, no puedo evitar que este personaje, con su afán de que el mundo fuese un lugar sencillo, de blancos y negros y sin matices, me recuerde al integrismo genérico que describe Bernard-Henry Lévy en *La pureza peligrosa*.

Catón era un seguidor de la filosofía estoica y partidario de someter a su mente y su cuerpo a una estricta disciplina. Tenía tanta resistencia física que podía tomar la palabra en el senado y hablar de pie y sin descanso hasta que se hiciera de noche y se suspendiera la sesión, una táctica de obstruccionismo conocida hoy como «filibusterismo parlamentario» con la que consiguió impedir más de una votación.

En esta ocasión, Catón no recurrió a ese expediente, ya que

precisamente quería que el senado votara en el sentido que él proponía: ejecutar a los conspiradores para que sirvieran de escarmiento. Pero mientras hablaba se produjo un incidente bastante chusco. Mientras Catón proseguía con su soflama, alguien entró en la Curia y le llevó una carta a César, un hombre por quien Catón sentía una antipatía visceral que, por cierto, era correspondida.

Catón señaló a César con un dedo acusador, afirmó que aquella carta era un mensaje secreto de su compinche Catilina y exigió que la leyera ante la cámara. César se limitó a acercarse a Catón y, sin pronunciar palabra, le tendió la misiva. Cuando la leyó en voz baja —normalmente los antiguos leían moviendo los labios, pues aquella caligrafía sin espacios no resultaba fácil de descifrar—, Catón se dio cuenta de que se trataba de una carta de amor escrita por Servilia, que precisamente era su hermanastra y además estaba casada con el cónsul electo Silano, el primero que había hecho uso de la palabra.

Más enojado si cabe, Catón le arrojó la carta a César y prosiguió con su discurso. Era un hombre de una sola pieza que jamás dudaba de lo que decía, y su convicción y su dureza arrastraron a los demás senadores, que votaron la pena de muerte. Los conspiradores fueron llevados a la prisión del Tuliano y ejecutados, saltándose sus derechos constitucionales, ya que como ciudadanos romanos podrían haber apelado al pueblo. Cicerón tuvo su momento de gloria y se le aclamó como padre de la patria y salvador de la República; no obstante, el hecho de haber ejecutado a aquellos hombres sin juicio le acarrearía más de un dolor de cabeza en un futuro no muy lejano.

En cuanto a Catilina, no sobrevivió demasiado tiempo a sus compañeros conjurados. En febrero se enfrentó en batalla contra el ejército de Antonio Híbrida. Para entonces, de los diez mil hombres que se habían levantado en Etruria únicamente quedaba la tercera parte, ya que los demás lo habían abandonado. Consciente de que lo tenía todo perdido y decidido a tener un fin memorable, Catilina se arrojó él solo contra los enemigos. Su cadáver apareció muy por delante de la primera fila de los suyos, y Floro comentó de él: «Habría sido una muerte gloriosa si hubiera perecido luchando por su patria» (4.1.12).

Como comenté antes, la caricatura que hicieron de él sus adversarios hace que en realidad no sepamos quién era Lucio Sergio Catilina, y si aparte del interés personal por librarse de sus deudas le

movía una genuina preocupación por la suerte de los ciudadanos más empobrecidos. En cualquier caso, fuera un monstruo de maldad o no, como buen aristócrata romano amante de la gloria quizá con el tiempo le satisfizo comprobar desde el Averno que su nombre se convertía en uno de los más famosos de la historia gracias precisamente a su mortal enemigo:

Quousque tandem, Catilina?

Después de tantas convulsiones, en el 62 César se convirtió en pretor. Ya antes de ese cargo había conseguido otro gran éxito al ser nombrado *pontifex maximus*, jefe del colegio de pontífices. Era, por tanto, la máxima autoridad religiosa de Roma, siempre que entendamos que su campo de acción se circunscribía a la esfera ritual y que no era ningún líder espiritual impartiendo dogmas morales ni de fe. Pues la religión romana, como la griega, era básicamente un asunto práctico, una relación de patronos y clientes entre dioses y hombres basada en el intercambio de favores.

El último *pontifex maximus* había sido Cecilio Metelo Pío, a quien Sila le otorgó el puesto en agradecimiento a los servicios prestados. Cuando Metelo murió en el año 63, lo normal habría sido que los demás pontífices eligieran de entre ellos a uno de los más veteranos y respetados. Los principales candidatos eran Quinto Lutacio Catulo y Publio Servilio Isáurico, ambos excónsules y férvidos optimates.

César estaba decidido a aprovechar una ocasión que tal vez no volvería a presentarse, ya que el puesto era de por vida. Normalmente, el *pontifex maximus* se escogía por cooptación entre los miembros del colegio de pontífices, lo que a él le otorgaba muy pocas posibilidades. No obstante, el tribuno de la plebe Tito Labieno, que años más tarde sería el principal legado de César en la Galia, propuso recuperar la *lex Domitia* del año 104 por la que el pueblo elegía también a los sacerdotes del Estado y que, cómo no, había sido abolida por Sila. El procedimiento consistía en seleccionar por sorteo a diecisiete de las treinta y cinco tribus y que estas votaran al *pontifex*. Ahora bien, el sorteo se llevaba a cabo el mismo día, por lo que no era posible sobornar a los miembros de las tribus selectas con antelación: si uno decidía recurrir a esos métodos deleznable que usaban todos, tenía que untar las manos de gente de las treinta y cinco tribus.

Cuando Catulo vio que corría peligro de perder ante César, le ofreció una jugosa suma para que se retirara. César no solo no aceptó, sino que pidió a su vez más préstamos para la campaña (una campaña que consistía básicamente en comprar votos). Sus deudas empezaban a ascender a niveles estratosféricos, por lo que un fracaso habría supuesto una catástrofe. Pero César nunca retrocedía si podía evitarlo. En cierto modo, recuerda al personaje de Ethan Hawke en la película *Gattaca*, donde gana sistemáticamente a su hermano Jude Law en una competición que consiste en nadar mar adentro hasta que uno de los dos desfallezca y se rinda. Cuando Jude Law, que está mucho más dotado físicamente que su hermano, le pregunta cómo consigue ganarle siempre, Ethan Hawke responde: «Porque nunca reservo fuerzas para la vuelta».

Así era César, y así lo veremos cruzar con sus flotas el Adriático y el estrecho entre Sicilia y África.

Al salir a la calle el día de la votación le dio un beso a su madre, a quien debía su entrada en el colegio de pontífices, y dijo: «Hoy volveré a casa como *pontifex maximus* o me convertiré en un desterrado».

La apuesta salió bien, y César resultó elegido. Eso cambió su vida para siempre. Pese a su juventud, pasó a ser una de las personas más influyentes y respetadas de Roma. De paso, se mudó de su casa de la Suburra a la *domus publica*, su nueva residencia oficial, aledaña a la casa de las Vestales y situada en pleno Foro.

Ni en la pretura ni en el inicio del mandato de César como *pontifex maximus* faltaron los sobresaltos. El día 1 de enero, apenas tomó posesión de su cargo, César emprendió un ataque contra Lutacio Catulo. En el año 83, durante la guerra civil, el templo de Júpiter Capitolino había ardido en un incendio cuya autoría nunca se había llegado a esclarecer. Cinco años después, se había encargado a Catulo, cónsul de aquel año, la misión de reconstruirlo. Habían pasado ya quince años y las obras iban muy atrasadas. César convocó una *contio* en el Foro. Allí acusó a Catulo de negligencia y también de malversación de fondos. ¿Dónde estaba el dinero que el senado le había concedido para las reparaciones? Desde luego, en el templo no se veía. Lo mejor, propuso César pensando en Pompeyo, era quitarle a Catulo la comisión y entregársela a otra persona que supiera cumplir mejor la tarea.

Cuando Catulo quiso contestar, César no le permitió subir a la

tribuna y le obligó a hablar desde abajo; algo humillante para un senador consular como él. César se la tenía jurada desde que Catulo lo acusó de peligroso revolucionario por exponer los trofeos de Mario, y más por intentar implicarlo en la conjuración de Catilina. Sin embargo, cuando los amigos del excónsul acudieron en masa para apoyarlo, César dio marcha atrás en su propuesta.

Después de aquello, César se metió en un lío peor. Uno de los tribunos, Metelo Nepote, convocó una asamblea para proponer que Pompeyo —cuñado y superior suyo, dicho sea de paso— regresara a Italia para imponer el orden con sus tropas después de los desórdenes causados por Catilina. En realidad, esos desórdenes estaban ya más que controlados: a Catilina, como hemos visto, le quedaban apenas tres mil partidarios mal armados. Se trataba de un simple pretexto para que Pompeyo pudiera volver sin necesidad de desmovilizar su ejército.

César, que maniobraba ya para ganarse el favor de Pompeyo —lo cual no le había impedido acostarse con su esposa Mucia, hermanastra de Nepote—, había instalado su silla curul junto al tribuno para presidir la votación como pretor. En ese momento apareció otro de los tribunos, que no era otro que Catón, acompañado por uno de sus colegas. Catón se abrió paso hasta el estrado y subió las escaleras, pese a que Nepote había puesto a unos cuantos matones al pie para impedirlo.

Cuando el heraldo empezó a leer con voz potente la propuesta que se debía votar, Catón interpuso su veto con voz no menos estentórea. El heraldo, impresionado por el poder del veto tribunicio, se interrumpió como cabía esperar. Nepote, lejos de amilanarse por la actuación de su colega, cogió el papiro con el decreto y lo leyó en su lugar. Catón se lo quitó de las manos; pero Nepote, que se lo sabía de memoria, siguió recitándolo. En ese momento el otro tribuno que acompañaba a Catón, Minucio Termo, plantó su mano en la boca de Nepote para silenciarlo.

Cierto tipo de gestos que implican contacto físico e invaden el espacio vital son detonantes infalibles para la violencia. Nepote hizo un gesto a sus matones, y estos subieron a la tribuna para llevarse a la fuerza a Catón y a Minucio. Aparte de porras y piedras, salieron a relucir espadas y cuchillos. Catón, tenaz como siempre, aguantó el chaparrón de golpes sin bajar del estrado, hasta que aparecieron unos cuantos partidarios suyos y la asamblea se convirtió en una batalla campal. Al cabo de un rato, apareció el cónsul del año, Licinio Murena, y pese a que Catón lo

había acusado de soborno poco antes, lo envolvió con su manto y lo sacó de allí.

El tumulto debió ser de consideración, porque la reacción del senado fue invocar el *senatus consultum ultimum*, encomendar a los cónsules a defender el estado y suspender de sus cargos a Nepote y César. Nepote se marchó de Roma y volvió con Pompeyo, lo que significaba que renunciaba a defender su puesto de tribuno y de alguna manera se declaraba culpable.

Resulta curioso cómo cambiaría todo con el tiempo, y cómo Catón, que era quien con más vehemencia se oponía a que Pompeyo regresara a Italia con tropas, se convertiría posteriormente en su aliado. Pero de momento el senado veía a Pompeyo como una amenaza por el inmenso poder que había acaparado en Oriente, y a César como uno más de los diversos agentes suyos que actuaban en la urbe trabajando por conseguir para Pompeyo algo que podía parecerse demasiado a una tiranía.

César, al principio, se negó a entregar su cargo y siguió mostrando los símbolos de su *imperium*. Después, cuando comprendió que los cónsules tenían la intención de arrebatárselos por la fuerza, despidió a sus seis lictores, se quitó la toga púrpura que llevaba cuando actuaba como pretor y se retiró a su casa, que por entonces ya era la *domus publica*.

Dos días después, se congregó delante de la *domus* una pequeña multitud para exigir que se le devolviera el cargo. Cuando se supo que esta manifestación no dejaba de crecer, el senado se reunió a toda prisa. ¿Qué pensaba hacer César? Los que lo tildaban de revolucionario temían que pudiera llevar a esa turba enfurecida a asaltar la Curia.

Pero César salió a la puerta y convenció a los manifestantes de que se dispersaran y regresaran a sus casas. Todo huele un poco a maniobra orquestada, aunque no tuvo por qué ser así forzosamente: parece bastante obvio que mucha gente veía ya a César como el líder popular del momento, y no es imposible que se hubieran indignado de forma espontánea al saber que lo habían destituido.

Maniobra o no, a César le salió bien. El hecho de calmar a la muchedumbre en lugar de soliviantarla convenció a los demás senadores de que era un hombre responsable y no un líder insurgente. Gracias a eso, César fue restituido en el cargo y recuperó todos los signos externos de su

autoridad.

No se sabe mucho más de lo que hizo César durante este año de pretor que había empezado tan movido. Pero cuando se acercaba el final de su mandato se vio envuelto en un extraño escándalo. Todos los años se celebraba en Roma un festival religioso en el que únicamente participaban las mujeres y en el que rendían culto a la *Bona Dea*, la Buena Diosa. Se ignora quién era esta diosa en concreto, aunque hay teorías que la identifican con Ceres, con la Magna Mater o con la diosa de la naturaleza Fauna.

En cualquier caso, la fiesta invernal que se conmemoraba en la noche del 3 al 4 de diciembre estaba restringida exclusivamente a mujeres. La ceremonia oficial en nombre de la ciudad, *pro salute populi Romani*, tenía lugar en casa de uno de los magistrados con *imperium*, un cónsul o un pretor. Pero no era él quien se encargaba de los rituales, sino su esposa, acompañada por varias matronas y por las vírgenes vestales. Por eso, el paterfamilias debía ausentarse de su hogar, así como todos los varones que vivían en él. Incluso retiraban las imágenes de los antepasados masculinos y se llevaban a los animales machos.

En el año 62, les correspondió celebrar la fiesta de la *Bona Dea* a Aurelia y Pompeya, la madre y la esposa de César, por lo que este se marchó de la *domus publica*. A muchos varones no les debía hacer gracia que los excluyeran de esta forma y otros fantaseaban sobre lo que podría ocurrir en esas ocasiones. ¿Borracheras, orgías sexuales? En el culto de la *Bona Dea* estaba prohibido el vino, pero solo de nombre: las mujeres traían una jarra a la que llamaban «tarro de miel» y al vino que había dentro y que bebían lo llamaban «leche».

Estos elementos —las mujeres mandando en el culto, el vino que no es vino, matronas que lógicamente han practicado el sexo junto a vírgenes vestales— son propios de rituales denominados de «mundo al revés», como las Saturnalias, donde por unos días se fingía que los esclavos eran los amos de la casa. Paradójicamente, una de las funciones de estas ceremonias no era subvertir el mundo, sino mantenerlo como estaba.

La mezcla de curiosidad y desconfianza de los varones ante estos ritos se puede observar en la comedia ateniense *Las tesmoforias* de Aristófanes, donde un tipo llamado Mnesiloco se cuela vestido de mujer en una celebración también vedada a los varones, lo que provoca una serie de

situaciones divertidas y absurdas.



Lo que ocurrió aquel año tuvo su punto de absurdo, pero el resultado no fue tan divertido. Había un personaje llamado Publio Clodio Pulcro que acababa de ser elegido para cuestor y era uno de los «jóvenes salvajes» de la época que escandalizaban a la ciudad con sus juergas y sus gamberradas. Clodio pertenecía a la *gens* Claudia, una de las más poderosas de Roma, que durante el siglo anterior había protagonizado la lucha de clanes en el senado. El cambio de Claudio a Clodio ya manifestaba los gustos populares de este hombre, pues monoptongar *au* en *o* era una tendencia fonética del dialecto que se hablaba en las calles. (Pensemos en cómo *taurum* se convirtió en español en «toro» a partir del latín vulgar). Clodio, como tantos otros jóvenes de la época, vivía por encima de sus posibilidades gracias en parte a que sus hermanas se habían casado bien. Se decía que se acostaba con varias de ellas, cosa que tal vez fuera cierta o tal vez no, pues en las rivalidades políticas de la época la calumnia era la herramienta más utilizada.

Clodio mantenía un romance con Pompeya, la esposa de César. Mientras este vivía en la Suburra, Clodio debía tener más fácil encontrarse con ella, pero ahora que la familia se había instalado en la *domus publica*, en pleno Foro, hacerlo en secreto resultaba mucho más complicado. La fiesta de la *Bona Dea* le brindó a Clodio la ocasión de acostarse con Pompeya y de paso añadir un poco más de emoción a una vida de por sí trepidante. Se disfrazó de tañedora de arpa —obviamente, su físico tenía que ser bastante fino para ello— y entró en la casa gracias a Habra, una criada de Pompeya que oficiaba de celestina en aquella cuestión.

Habra le dijo a Clodio que esperara mientras su ama venía, lo que permite suponer que el adulterio iba a consumarse físicamente en el cubículo de la esclava. ¡Una mujer prudente Pompeya, que no quería dejar

pruebas en su propia alcoba! Pero Clodio no pudo resistir la tentación de curiosear y se dedicó a vagar por la casa, lo más lejos posible de las luces (tengamos en cuenta que la iluminación provenía de antorchas y, sobre todo, decenas o centenares de pequeñas llamitas en velas y lámparas). Una criada de Aurelia se acercó a él y le dijo que se reuniera con el resto de las mujeres. Como Clodio no conseguía librarse de ella —seguramente la esclava estaba tirándole de la mano para llevárselo con las demás—, al final habló y le dijo que tenía que quedarse allí porque estaba aguardando a Habra.

Su voz lo delató. La esclava empezó a gritar: «¡Hay un hombre en la casa!». Al oírlo, Aurelia detuvo la ceremonia y ordenó tapar todos los objetos sagrados, mientras las criadas echaban las llaves a las puertas para que no escapara nadie. A la luz de una antorcha, las mujeres registraron la casa hasta encontrar a Clodio escondido en el cubículo de Habra, y después de verificar quién era lo echaron de casa.

La fiesta se suspendió por aquella profanación, y las mujeres regresaron a sus hogares para contarles a sus maridos lo sucedido. Pasados unos días, César se divorció de Pompeya. En cuanto a Clodio, uno de los tribunos de la plebe lo denunció por aquel sacrilegio. Cuando llegó el momento del juicio, César se negó a testificar contra él, ya que era un político popular al que pensaba utilizar en un futuro.

Por supuesto, no fue esta la razón que adujo para no declarar, sino que no sabía nada de las actividades de Clodio ni tenía noticia de que se acostara con su esposa. Cuando le preguntaron por qué se había divorciado de ella entonces, César respondió: «Porque pensé que de mi mujer ni siquiera se debía sospechar». La frase se ha convertido en proverbial con la forma «La mujer de César no solo debe ser honrada, sino parecerlo».

En cuanto a Clodio, gozaba de muchos apoyos populares, así que después de presiones y sobornos varios acabó absuelto. No deja de ser curioso que Pompeya engañara a César, el hombre que tenía tantas amantes, y nos da una idea de que existía bastante tolerancia sexual entre los miembros de la élite: César no pareció guardarle rencor a Clodio por lo ocurrido, del mismo modo que Craso y Pompeyo harían negocios y política con él a pesar de que se había acostado con sus esposas.

Al finalizar su mandato como pretor, César recibió el gobierno de

Hispania Ulterior. Antes de partir, se vio obligado a recurrir a Craso, pues sus acreedores le exigieron el pago de parte de las deudas. El magnate lo avaló por ochocientos treinta talentos, casi veinte millones de sestercios; una cifra que parece enorme, pero que únicamente representaba una parte del total que debía.

De camino, mientras pasaban por una aldea de las montañas, un miembro del séquito de César preguntó en broma si creía que en aquel rincón perdido la gente se peleaba también por el poder, y él respondió: «Preferiría ser el primer hombre aquí que el segundo en Roma». Una de tantas frases anecdóticas que transmitían los biógrafos de la Antigüedad para retratar el carácter de sus personajes; sin embargo, los acontecimientos posteriores demuestran que a César no le bastaba con convertirse en un romano poderoso más, sino que quería ser *el* romano.

Ahora que tenía una provincia a su cargo, era el momento de hacer dinero para recuperar lo invertido y pagar a sus acreedores. Para eso, necesitaba una guerra, de modo que se volvió directamente contra los habitantes más levantiscos de la provincia, los lusitanos, que no estaban del todo sometidos. En los montes Herminios, la actual sierra de la Estrella de Portugal, había tribus que lanzaban razias constantes sobre las tierras de los vecinos, como venían haciendo toda la vida los pueblos montañoses. César les ordenó que abandonaran sus hogares y se asentaran en las llanuras. Ellos se negaron y así le dieron su *casus belli*.

En la campaña contra ellos, entre batallas y emboscadas, César fue alejándose cada vez más al oeste, hasta llegar al Atlántico. Cuando los rebeldes huyeron a una isla cercana, César envió un contingente de tropas en pequeñas embarcaciones. Sus hombres no contaban con que las mareas allí eran mucho más fuertes que en el Mediterráneo, quedaron aislados y fueron aniquilados por los hispanos. César hizo venir naves de guerra de Gades y finalmente tomó la isla. Después recorrió la costa hacia el norte, y cuando las tribus galaicas vieron cómo aquella flota de guerra llegaba a Brigantium (Betanzos) se rindieron ante él.

Gracias a aquella campaña, sus hombres saludaron a César como *imperator*, el título que permitía a un general solicitar un triunfo. César lo hizo, y el senado se lo concedió para cuando regresara de Hispania.

Mientras esto ocurría, en Roma se celebraba otro triunfo, el más espectacular que se había contemplado en la urbe en mucho tiempo.

Pompeyo había vuelto por fin de su campaña en Oriente. Al principio, cuando se supo que regresaba, reinó cierta desconfianza en Roma. Al menos entre algunos senadores, que temían que Pompeyo utilizara su ejército victorioso para hacer lo mismo que Sila: entrar en Roma y hacerse con el poder. Craso, que no se fiaba del victorioso general, adoptó la precaución de llevarse a sus hijos de la ciudad y, por supuesto, todo el dinero que tenía en metálico.

Pero Pompeyo sorprendió a todos al llegar a Brindisi licenciando a sus soldados y enviándolos a sus hogares, no sin antes citarlos a las afueras de Roma en las vísperas del triunfo. Después marchó hacia la ciudad con un pequeño séquito, pero por el camino se le fueron añadiendo admiradores, hasta el punto de que llegó a Roma escoltado por una pequeña multitud.

Su triunfo se celebró los días 28 y 29 de septiembre del año 61. Era el tercero que llevaba a cabo, y el más legal de todos, ya que lo había obtenido contra pueblos extranjeros, como procónsul y a los cuarenta y cinco años —precisamente los cumplía el día 29—, una edad razonable para ello. El botín que exhibía era fabuloso, y en los carteles que llevaban sus soldados se leían los nombres de las naciones que había conquistado: Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, Cólquide, Iberia, Albania, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea y Arabia, más la vasta y dispersa nación de los piratas. Tras el triunfo, se celebró un enorme banquete para toda la ciudad y Pompeyo prometió construir un magnífico teatro.

Una vez terminados los fastos, Pompeyo licenció definitivamente a sus soldados, a los que había entregado una generosa bonificación de seis mil sestercios. Les había prometido asimismo que les concedería tierras, la jubilación de los legionarios.

A partir de ese momento, Pompeyo se convertía en un ciudadano privado. Pero no pensaba ser un simple senador más: como Mario antes que él, esperaba que sus triunfos le otorgaran un aura especial, ese respeto que los romanos denominaban *auctoritas*. Sin embargo, tampoco ahora lo logró. Seguía sin ser buen orador y sin saber fajarse en la rápida esgrima parlamentaria.

Pompeyo tenía dos metas fundamentales: conseguir tierras para sus veteranos y que el Estado ratificara los tratados que había firmado en

Oriente. Normalmente dichos tratados los negociaban comisiones del senado, pero Pompeyo los había firmado por su cuenta y riesgo.

El senado empezó a dar largas a ambos asuntos. En el año 60, Pompeyo se impacientó y decidió recurrir al voto de la asamblea del pueblo. La jugada tampoco le salió bien por diversas razones, y acabó renunciando a la lucha, al menos de momento.

Por esas mismas fechas, Craso se sentía tan resentido con el senado como Pompeyo. Los publicanos habían pujado en una subasta por la concesión para recaudar tributos, pero al ingresar estos comprobaron que los réditos obtenidos no cubrían el precio que se habían comprometido a pagar. Por eso querían que el Estado renegociara su contrato a la baja. Craso apoyaba a los publicanos por intereses personales y, probablemente, porque tenía acciones en sus compañías, aunque como senador no le estaba permitido en teoría.

El senado también estaba bloqueando esa medida, sobre todo por la terca oposición de Catón. Así pues, en el año 60, Pompeyo y Craso empezaban a descubrir que tenían algo en común: les estaban haciendo la vida imposible, por lo que a ambos les convenía unir fuerzas contra la mayoría que dominaba el senado. El problema era que no se soportaban mutuamente. Necesitaban a alguien que ejerciera de mediador entre ellos, un pegamento para unir a esos dos hombres tan distintos.

Ese pegamento se encontraba en Hispania, pero estaba a punto de venir. Y, por su edad, ya le correspondía presentarse al consulado.

Se acercaba la hora de César.

El triunvirato y el consulado de César

Sin esperar a que llegara su sucesor en el cargo de gobernador, César abandonó Hispania y llegó a Roma en junio del año 60, dispuesto a presentarse a las elecciones a cónsul, para las que era evidente favorito. Pero debido a las normas impuestas se veía enfrentado a un dilema. Gracias a sus campañas como propretor en Hispania había conseguido que el senado le concediera un triunfo. Era el mayor honor al que podía

aspirar un noble romano y la mejor propaganda posible para un candidato. Sin embargo, para celebrarlo necesitaba retener su *imperium*, cosa que solo podía hacer si permanecía fuera del pomerio. Si atravesaba el recinto sagrado antes del día del triunfo, tendría que despedirse de él al perder automáticamente ese *imperium*.

Por otra parte, una ley electoral en vigor exigía que los candidatos a las magistraturas se presentaran personalmente en el Foro. La fecha estipulada para esa comparecencia se acercaba, y era anterior a la que se le había asignado a César para su triunfo.

César solicitó al senado una dispensa especial para acceder al consulado *in absentia*. Los senadores se reunieron la víspera de la proclamación de candidatos para tratar el asunto, y muchos parecían dispuestos a su favor. Catón, al ver que su odiado adversario iba a salir beneficiado, se levantó y empezó a pronunciar un discurso en contra de la petición de César. Puesto que las normas establecían que un senador podía intervenir todo el tiempo que quisiera, él siguió y siguió, perorando sin descanso hasta que se hizo de noche y se tuvo que suspender la sesión. Hay que reconocerle a Catón su tenacidad y su energía, pues no era fácil aguantar tantas horas de pie y sin parar de hablar en un día de julio, cuando el sol tardaba mucho más en ponerse.

Aparentemente, Catón y el resto de los optimates habían vencido: el senado no había podido votar la dispensa y ya no podría hacerlo, porque era al día siguiente cuando los candidatos tenían que comparecer en el Foro. A César no le quedaba más remedio que conformarse con su triunfo y esperar un año mano sobre mano a que llegase otra ocasión de presentarse a cónsul. ¿Qué interés tenía Catón en retrasar el consulado de César doce meses, si al final iba a tener que tragar con aquel sapo de todos modos? La razón más verosímil es que ese año se presentaba a las elecciones su yerno Bíbulo, a quien César ya había eclipsado como edil. Catón quería evitar que eso mismo ocurriese con el consulado.

Al día siguiente, César sorprendió a todos apareciendo en el Foro vestido con la blanca toga de candidato. El rumor se propagó por toda Roma. ¡César había renunciado a un triunfo! ¿Quién hacía algo así?

Evidentemente, solo alguien que se sentía tan seguro de sí mismo que no dudaba de que obtendría mayores victorias militares en el futuro y podría resarcirse por aquel triunfo al que había renunciado.

Los optimates habían perdido una mano, pero no la partida entera. Por una ley de Cayo Graco que aún estaba en vigor, antes de la elección de los cónsules el senado debía asignar las provincias que recibirían una vez terminado su mandato. Para los cónsules del año 59 se decidió que en el 58 ambos se encargarían de supervisar *silvae callesque*, los bosques y las sendas rurales de Italia.

Se trataba de una decisión ridícula e insólita, una especie de declaración de guerra preventiva. Puesto que todo el mundo daba por hecho que César iba a ganar, el decreto apuntaba directamente contra él, tan certero y letal como el proyectil de un escorpión. Aquel absurdo nombramiento aseguraría que César no tuviera tropas a su mando, que no celebrara ningún triunfo y que tampoco pudiera enriquecerse en una guerra como hacían todos; algo que, considerando el montante de sus deudas, era imperioso para él.

Es evidente que detrás de esta maniobra andaban los optimates. En su odio a César, Catón llegaba al extremo de perjudicar incluso a su propio yerno. Bíbulo también detestaba a César, pero ¿tanto como para resignarse a cuidar de los bosques y los senderos rurales?

Como era de esperar, César fue el candidato más votado y Bíbulo el segundo. Una vez nombrado cónsul electo, a César todavía le quedaban unos meses para entrar en el cargo. Era el momento de maniobrar para adelantarse a sus enemigos y, sobre todo, para anular aquel grotesco mandato del senado y conseguir que se le concediera una provincia de verdad.

César necesitaba aliados poderosos que se sintieran tan molestos como él con la oligarquía que dominaba el senado. Había dos personas así en Roma con las que ya había tratado. Una de ellas era Craso, que había financiado buena parte de su carrera política. Craso estaba resentido con el senado porque este se negaba a reducir el precio que pagaban las sociedades de publicanos por la concesión de los tributos de Asia. En la sombra, Craso estaba detrás de esas sociedades, lo que significaba que la negativa del senado le hacía perder mucho dinero.

César no tuvo problemas para pactar con Craso, a quien ya le unía una buena relación. De hecho, si el magnate había decidido subvencionar la carrera de César era porque le parecía un político prometedor y pensaba que con el tiempo recuperaría lo gastado más los réditos. Ahora había

llegado el momento de rentabilizar su inversión.

El otro posible aliado era Pompeyo, que llevaba tiempo intentando conseguir que el senado concediera tierras a sus veteranos y confirmara la organización de las provincias de Oriente que había pactado por su cuenta. Pero los senadores seguían mirándolo por encima del hombro como si fuera un advenedizo y rechazando sus propuestas. A Pompeyo, acostumbrado a imponer su voluntad en el ejército, no se le daban bien las sutilezas y componendas de la política. Gracias a César, mucho más fino en la retórica y con contactos entre la nobleza —aunque muchos de sus miembros lo odiaran—, Pompeyo esperaba que las leyes que necesitaba se aprobaran de una vez.

Da la impresión de que ambos hombres congeniaron bien. Para reforzar su alianza política, César le ofreció a Pompeyo la mano de su hija Julia. Ella se hallaba prometida a otro hombre, Servilio Cepión, pero eso no fue obstáculo: César, que por supuesto poseía la patria potestad sobre ella, rompió el compromiso y se la entregó a Pompeyo. El matrimonio, pese a ser de conveniencia política y a la gran diferencia de edad, funcionó muy bien y entre los esposos se desarrolló un cariño sincero no exento, según parece, de atracción sexual.

El problema para César era que Pompeyo y Craso no se llevaban nada bien, sobre todo desde que el primero había intentado arrebatarle al segundo los méritos por la victoria de Espartaco. César tuvo que recurrir a todas sus dotes de persuasión, que no eran pocas, y al final consiguió que ambos aceptaran llegar a un acuerdo con él. En aquel pacto, Craso y Pompeyo ejercían de hombres ya consagrados en el poder y César de político en ascenso que se comprometía a utilizar su cargo de cónsul para presentar todas las leyes que fueran necesarias con el fin de favorecer a sus socios.

Aquella alianza es conocida como Primer Triunvirato, pese a que no tenía carácter formal. Al principio se trató de un pacto secreto, pero cuando los tres empezaron a actuar de forma conjunta se descubrió la jugada, y se oyeron voces de indignación. El erudito Varrón, que unos años antes había preparado para Pompeyo aquel manual para comprender el senado, escribió ahora un panfleto vitriólico titulado *El monstruo de las tres cabezas*. Muchos historiadores posteriores, como Livio o Suetonio, opinaban que era una especie de conspiración para adueñarse ilegalmente del poder, casi un golpe de estado.

Lo curioso es que el triunvirato podría haber sido un cuadrunvirato. César propuso a Cicerón que se uniera al pacto y pusiera su afamada oratoria al servicio del grupo. Cicerón se lo pensó, como le explica a su amigo Ático en una de sus numerosas cartas. ¿Qué debía hacer? ¿Oponerse a la ley agraria que iba a presentar César para beneficiar a los veteranos de Pompeyo —aquella sería una gloriosa discusión parlamentaria, en su opinión—, abstenerse de hablar o apoyarla? Esto último era lo que quería César de él, pero Cicerón al final decidió no comprometerse.

Aparte del apoyo de Craso y Pompeyo, César sabía que necesitaba algo más: un tribuno de la plebe —al menos uno; si eran más mucho mejor— que pudiera bloquear con su veto las iniciativas de sus adversarios y con influencia en la asamblea popular para aprobar las leyes allí si César no conseguía hacerlo en el senado. El hombre al que captó para tal fin fue Publio Vatinio, que en efecto lo apoyó, pero se cobró su ayuda a peso de oro.

El 1 de enero del año 59, César y Bibulo entraron en posesión de sus cargos. César, que ya tenía bien meditadas sus medidas, empezó aprobando una norma por la que a partir de ese momento unos escribas anotarían todas las deliberaciones del senado y las publicarían en el Foro. Era una forma de demostrar a sus enemigos que no tenía nada que ocultar y también una advertencia para los senadores: si insistían en llevar una política contraria a los intereses del pueblo romano, este no iba a tardar en enterarse de qué pie cojeaba cada uno.

Lo siguiente que hizo César fue presentar la ley agraria que tanto tiempo llevaba pidiendo Pompeyo. Era un proyecto muy meditado y detallado para evitar posibles objeciones. Se distribuirían tierras a los veteranos de Pompeyo, pero también a padres de familia de la plebe urbana que se hallaran en estado de necesidad. Aquellas parcelas no serían confiscadas, sino que se comprarían únicamente a aquellos propietarios que las quisieran vender. El Estado se encargaría de pagar a los dueños recurriendo para ello al inmenso botín que había traído Pompeyo de su campaña en Oriente y a los tributos aportados por las provincias. Para evitar la especulación, quienes recibieran un terreno no podrían venderlo hasta pasados veinte años. Por último, con el fin de supervisar el reparto de tierras se nombraría una comisión formada por veinte miembros. César no formaría parte de ella para evitar sospechas de corrupción.

Era un proyecto razonable, y además César lo presentó en tono sumamente respetuoso. Al terminar, anunció que aceptaría aportaciones y críticas de los senadores y que estaba dispuesto a cambiar o eliminar cualquier cláusula si se demostraba que la sugerencia era pertinente.

Los primeros en intervenir fueron Craso y Pompeyo, como excónsules, y se mostraron a favor. A continuación hablaron otros, que, con mayor o menor entusiasmo, apoyaron la ley. Pero cuando le tocó el turno a Catón, este recurrió a su manido truco de hablar sin parar para conseguir que se hiciera de noche y la sesión se suspendiera.

El recurso que estaba utilizando Catón era legal, pero resulta comprensible que acabara con la paciencia de cualquiera, como ocurre con esos irritantes juegos infantiles en que uno repite lo que el otro dice o añade la coda: «Y tú más». Por los antecedentes, César ya debía sospechar que Catón iba a actuar de esa forma, pero no había gran cosa que pudiera hacer. Como era imposible acallararlo, mandó a sus lictores que lo arrestaran y se lo llevaran a prisión.

Aquel fue un error táctico. Pocos minutos después, un senador llamado Marco Petreyo se levantó y se dirigió hacia la salida. Cuando César le preguntó por qué se marchaba, Petreyo respondió: «Prefiero estar encerrado en la cárcel con Catón que aquí contigo».

Cuando más senadores siguieron el ejemplo de Petreyo, César se dio cuenta de su patinazo, reuló y ordenó que soltaran a Catón para no convertirlo en un mártir. Para su desgracia, ya era tarde y la sesión terminó sin que se pudiera votar.

Los optimates debieron de reírse mucho esa noche pensando que se habían burlado de César. Pero al día siguiente se encontraron con una desagradable sorpresa cuando el flamante cónsul convocó una asamblea y apeló directamente al pueblo.

Esta fue, desde el punto de vista de los optimates, la mayor revolución de César: utilizar los comicios para sacar adelante las leyes populares que el senado se negaba a aprobar. Hasta entonces solo habían actuado así los tribunos de la plebe, no todo un cónsul de Roma. Si antes los optimates desconfiaban de César, a partir de ese momento lo vieron poco menos que como un enemigo de clase y decidieron que tenían que destruirlo como fuera. Era como un nuevo Saturnino o un Sulpicio

redivivo, con la diferencia de que poseía el *imperium* consular y dos poderosos aliados, Craso y Pompeyo.

Los optimates no podían contar con Catón para que reventara las asambleas del pueblo como hacía con las sesiones del senado. Aquel año no ostentaba ningún cargo público y, por otra parte, si trataba de usar la táctica del filibusterismo ante miles de ciudadanos, lo más probable era que lo apearan de la Rostra a pedradas. Decidieron, así pues, recurrir al otro cónsul, Bíbulo. Cuando César le pidió que subiera a la tribuna y le preguntó delante del pueblo qué opinaba de la ley agraria, su colega respondió que, aunque el proyecto tenía algunos méritos, él se oponía a que aquel año se introdujera ninguna reforma legislativa.

César invocó entonces a la multitud. «¡Pedidle a Bíbulo que apruebe la ley! —les dijo—. ¡De lo contrario, no saldrá adelante!». Cuando empezó a oír los gritos de la gente, Bíbulo montó en cólera y exclamó: «¡No tendréis esa ley durante este año aunque os empeñéis todos juntos!». Después, como aconsejaba la prudencia después de dirigirse así a miles de ciudadanos, se marchó a toda prisa.

A un político que actuara de esta forma hoy día se le exigiría la dimisión por no respetar la voluntad de los votantes. Pero un cónsul no representaba a nadie: una vez que los ciudadanos lo elegían, el *imperium*, ese poder sagrado, le pertenecía solo a él. Sin embargo, Bíbulo había cometido un grave error al demostrarle al pueblo romano a la cara que lo despreciaba.

A continuación, César solicitó a Pompeyo y a Craso que defendieran el proyecto delante del pueblo. Quien más vítores consiguió fue el conquistador de Oriente cuando afirmó que si alguien intentaba desenvainar una espada contra esa ley, él la defendería embrazando su escudo.

Tras la reunión, que era una *contio* o asamblea informativa, se decidió el día para la votación, a finales de enero. Era evidente cuál sería el resultado, pero los optimates no se rindieron. Uno de los problemas de la compleja constitución romana radicaba en que existían muchas herramientas para obstaculizar las iniciativas políticas. El filibusterismo era una y el veto de los tribunos otra. Pero también se podía echar mano de la religión, y eso fue lo que hizo Bíbulo.

Como cónsul, una de sus funciones era tomar los auspicios, esto es, comprobar si los dioses estaban de acuerdo con las actuaciones de magistrados y generales. Bíbulo anunció que a partir de ese momento se iba a dedicar a observar el cielo para escrutar la voluntad de los dioses. Mientras no encontrara presagios favorables —y todos sabían que no los iba a encontrar—, eso significaría que la votación propuesta por César no contaba con la aprobación divina y que, por consiguiente, no se podía llevar a cabo. Por si fuera poco, declaró que el resto de los días comiciales del año, aquellos en que se podían convocar asambleas, quedaban convertidos en días sagrados. De ese modo, se aseguraba de que no se celebrara ni una sola asamblea popular más durante el consulado de César.

O eso creía él. César no desconvocó la asamblea, como era de esperar. Cuando llegó la fecha fijada, el Foro era un hervidero repleto de partidarios de los tres triunviros; sobre todo, había muchos veteranos de Pompeyo, que eran los más interesados en que la ley saliera adelante. Se había congregado tal multitud que la asamblea se celebró, como solía hacerse en esos casos, delante del templo de los Dióscuros, Cástor y Pólux, ya que allí había más espacio que junto a la Rostra.

Cuando César acabó de pronunciar su discurso defendiendo la ley, apareció Bíbulo escoltado por sus doce lictores, por Catón y por tres tribunos de la plebe. Al principio la gente le abrió paso, pues las *fasces* que escoltaban a un cónsul despertaban un respeto reverencial. Pero cuando llegó al estrado donde estaba César y trató de disolver la asamblea, se organizó el alboroto que cabía esperar. La gente empezó a abuchear y zarandear a Bíbulo y a sus acompañantes. Alguien trajo un capacho lleno de estiércol y se lo echó al cónsul por encima de la cabeza, mientras que otros les quitaban las *fasces* a los lictores y las rompían contra el suelo. Bíbulo comprendió que era mejor dejarlo por aquel día y se marchó del Foro, seguido por los suyos.

Aunque hubo heridos, el hecho de que no muriese nadie indica que la violencia había estado muy medida y que había sido preparada por César y los otros dos triunviros. Por fin, después de todas estas vicisitudes, la ley agraria fue aprobada. César le añadió una cláusula que obligaba a los senadores a acatarla y no tratar de derogarla. Si no juraban hacerlo, serían desterrados.

Se trataba de una repetición de la jugada de Saturnino en el año

100, con la salvedad de que en esta ocasión su promotor era un cónsul. Pero César no era un exaltado como Saturnino, y además, entre él, Pompeyo y Craso contaban con un buen número de aliados en el senado. Finalmente, los senadores juraron, Catón incluido, y acabaron tragando con la ley.

Bíbulo llegó a intentar que los senadores aprobaran el *senatus consultum ultimum*, pero no lo consiguió. Frustrado y rabioso por su fracaso, se encerró en su casa anunciando que iba a dedicarse a consultar los augurios el resto del año y no volvió a salir en todo lo que quedaba de mandato.

Por supuesto, todos los presagios que veía Bíbulo eran negativos, y no dejaba de enviar mandaderos que así lo anunciaran para suspender todas las actividades de César. Este hizo caso omiso de su colega y gobernó por su cuenta, hasta el punto de que los chistosos aseguraban que aquel era el año «del consulado de Julio y de César».

Como *pontifex maximus*, César entendía lo bastante de cuestiones religiosas para saber que el magistrado que observaba los cielos debía estar presente cuando anunciaba el augurio. Según las estrictas reglas de la religión romana, aquella *obnuntiatio* a distancia que hacía Bíbulo desde su casa no valía nada. No obstante, César tampoco las tenía todas consigo, pues sabía que cuando terminara su consulado sus enemigos podrían tratar de anular sus leyes alegando, en una interpretación forzada del ritual, que se habían aprobado contra la voluntad de los dioses.

Y no faltaron leyes ese año. Tras la reforma agraria, César convenció a la asamblea para que aprobara por fin los tratados que Pompeyo había firmado en Oriente. Con el fin de favorecer a su otro socio de triunvirato y de paso a los équitos, consiguió asimismo que el dinero que debían pagar los publicanos por la concesión de los tributos asiáticos se redujera en un 33 por ciento.

César también modificó las leyes sobre el gobierno de las provincias para disminuir la corrupción, y las medidas que propuso eran tan sensatas que incluso Cicerón, reacio a alabarlos, dijo que eran excelentes. Pero que quisiera atajar la corrupción ajena no quiere decir que fuera inmune a ella. Ese mismo año Ptolomeo Auletes, rey de Egipto al que sus súbditos habían derrocado y sustituido por su hija Berenice, consiguió que el senado y el pueblo de Roma lo reconocieran como legítimo soberano del

país. Para ello tuvo que sobornar a varios senadores y magistrados, y quienes se llevaron la parte del león fueron los triunviros. Aquello tendría consecuencias años más tarde, durante la segunda guerra civil de Roma.

César había cumplido sus compromisos con sus socios de triunvirato. Ahora tenía que mirar por sus propios intereses. Según el decreto del senado, cuando terminara su mandato le tocaría cuidar durante un año de los bosques, los pastos y los senderos de Italia. Una vez agotado ese plazo, se convertiría en ciudadano privado y sus enemigos podrían denunciarlo por las actuaciones llevadas a cabo durante su consulado. Aunque moralmente estaba convencido de que había obrado como debía, sabía que arrestar a un tribuno, gobernar a espaldas del senado y hacer caso omiso de los augurios de un colega cónsul —por no hablar de incitar a la violencia excrementicia contra él— podían dar material para mil denuncias y procesos contra él.

Necesitaba un mandato como procónsul más largo y, sobre todo, más importante. Alguna provincia donde pudiera llevar a cabo campañas militares que le reportaran botín y prestigio. Si dicha provincia se hallaba junto a una frontera comprometida, el senado tendría que asignarle muchas tropas para defenderla.

En teoría, como cónsul, César había escalado a lo más alto del *cursus honorum*. En la práctica, sabía que se podía llegar mucho más arriba. Si conseguía mandar durante años un ejército poderoso y convertirlo en una prolongación de su voluntad como había hecho Sila, se convertiría en un auténtico señor de la guerra y se aseguraría de que sus reformas políticas y él mismo sobrevivieran.

Aquí fue donde entró en acción Publio Vatino y demostró que valía el precio que pagaba por él. El tribuno presentó ante la asamblea una propuesta para entregarle a César el gobierno de las provincias de Iliria y Galia Cisalpina, junto con tres legiones y fondos para mantenerlas. Además, no se nombraría a su sucesor como procónsul al menos hasta el 1 de marzo del año 54. Pompeyo apoyó la llamada *lex Vatinia*, y la asamblea la aprobó ante la ira impotente de buena parte del senado, que veía cómo de nuevo un líder popular, y para colmo un cónsul, ignoraba sus atribuciones tradicionales en política exterior.

Gracias a la *lex Vatinia*, César había conseguido más de cuatro años de blindaje político contra sus adversarios: como procónsul en ejercicio no

se le podía procesar. Por otra parte, las dos provincias que le habían asignado eran muy interesantes, ya que ambas tenían vecinos peligrosos. No muy lejos de Iliria, el rey dacio Burebista estaba expandiendo sus dominios. Parecía evidente que no tardaría en provocar problemas militares en las fronteras romanas, y si había algo que César deseaba era verse envuelto en ese tipo de problemas.

La Galia Cisalpina resultaba incluso más apropiada para sus fines. Era la puerta de entrada de Italia, y podía verse amenazada tanto por los celtas del oeste como por los germanos que vivían al norte de los Alpes o las tribus que moraban junto al Danubio. Al mismo tiempo, su frontera sur era el punto más cercano a Roma donde un gobernador podía tener legiones, lo que implicaba la posibilidad de dominar Italia si surgía la necesidad. Había que tener en cuenta, asimismo, que la fértil llanura del Po era un excelente vivero donde reclutar legionarios. César ya había empezado a ganarse a sus habitantes desde que pasó por allí tras servir de cuestor en Hispania, y ahora volvió a manifestar que los consideraba romanos y que procuraría que incluso los que vivían al norte del río Po se convirtieran en ciudadanos de la República.

En abril, la suerte le hizo otro guiño a César. Metelo Céler, que había sido nombrado gobernador de la Galia Transalpina, falleció en abril sin tan siquiera haber abandonado Roma. Algunos comentaron que había muerto envenenado por su esposa Clodia, a la que acusaban de acostarse con media ciudad, incluido su hermano Clodio, el del escándalo de la *Bona Dea*.

En cualquier caso, César maniobró con agilidad. Actuando en nombre de su aliado, Pompeyo propuso que se concediera a César como provincia adicional la Galia Transalpina. Catón se levantó y declaró que los dos socios eran unos inmorales que se dedicaban a cambiar hijas por provincias, aludiendo al matrimonio de Pompeyo con Julia. No obstante, los senadores, a sabiendas de que César recurriría de nuevo a la asamblea si se negaban y los dejaría en evidencia ante el pueblo, aceptaron.

El año terminó bien para los triunviros. En las elecciones consulares celebradas en octubre ganaron los dos candidatos que ellos querían, Aulo Gabinio y Calpurnio Pisón. Por otra parte, Clodio se convirtió a finales de año en tribuno de la plebe.

En el caso de Clodio, los triunviros acabarían comprendiendo que

estaban intentando domoñar a una fuerza incontrolable. Pero de momento César no pudo evitar sentir una íntima satisfacción con una de sus primeras actuaciones como tribuno. El último día del año, el cónsul Bíbulo salió de su encierro para presentarse ante la asamblea. Cuando, siguiendo la tradición, intentó dirigirse al pueblo para jurar que había cumplido con su deber como cónsul —un juramento que César acababa de prestar—, Clodio se levantó gritando: «¡Veto! ¡Veto!», y Bíbulo no tuvo más remedio que callarse.

Aquel fue el último día de César como cónsul. A partir de entonces empezó una vida completamente distinta para él. Hasta finales del año 59, muchos romanos podían verlo como una versión, más refinada tal vez, de líderes populares como Sulpicio o Saturnino, o incluso de los hermanos Graco. Ciertamente César era el sobrino de Cayo Mario, y a eso le debía buena parte de su gancho político con el pueblo. Pero, pese a que sus campañas en Hispania le habían otorgado el derecho a un triunfo, nadie se lo tomaba demasiado en serio como militar.

Era el momento de demostrarles a todos que se equivocaban. Cuando César y Pompeyo se despidieron, podemos apostar a que este le ofreció a su suegro una buena lista de consejos de táctica, estrategia y disciplina. César seguramente los escuchó con una sonrisa paciente. Pero en su fuero interno, estaba convencido de que el presunto aprendiz no tardaría en superar al maestro.

X

LA GUERRA DE LAS GALIAS

La Galia y sus pueblos

En la dedicatoria de *Roma victoriosa* ya mencioné la primera frase de *La guerra de las Galias*, una de las más célebres de la literatura universal:

Gallia est omnis divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgae, aliam Aquitani, tertiam qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli apellantur.

La Galia entera se divide en tres partes. De ellas, una la habitan los belgas, otra los aquitanos y la tercera los que en su propia lengua se llaman celtas y en la nuestra galos.

En realidad, para ser exactos la Galia se dividía en cinco partes. Lo que ocurre es que hay dos que no menciona César y que ya se hallaban en poder de los romanos.

La primera en orden de anexión era la Galia Cisalpina, la gran llanura que se extendía desde la orilla norte del río Po hasta los Alpes. Allí se habían instalado tribus celtas desde principios del siglo IV, coincidiendo con el saqueo de Roma por Breno. A estas alturas del siglo I, esos pueblos se hallaban muy romanizados. César llevaba tiempo tendiendo en esa región su propia red de clientelas y presionando para que se concediera a sus habitantes la ciudadanía romana. De allí salieron una gran parte de los reclutas de sus legiones, muchos de los cuales seguramente tenían más aspecto de celtas que de itálicos.

La segunda Galia era la Transalpina, que César denominaba simplemente «Provincia». Se trataba de la larga franja costera que se habían anexionado los romanos para disponer de un paso seguro desde Italia hasta Hispania. Se hallaba encerrada entre montañas: al este los Alpes, al oeste los Pirineos y por el norte las diversas estribaciones del

Macizo Central francés, como las Cevenas. No obstante, desde la Provincia se abrían dos amplios pasillos que conducían hacia el interior del continente: por un lado, el Ródano, de norte a sur, y por otro el corredor del Aude y el Garona, que llevaba hasta el Atlántico. En esta Galia sometida hacía unos sesenta años habitaban pueblos como los tectósages y los alóbroges, que llevaban ya bastante tiempo en contacto con la civilización grecorromana.

Más al norte empezaba la Galia que César menciona con la frase *tertiam qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur*. Por distinguirla de las otras dos Galias ya anexionadas, los romanos llamaban a esta *Comata* o «Melenuda», ya que sus habitantes se dejaban crecer mucho el cabello. Era la región más extensa de todas, limitada por el Atlántico al oeste y por los ríos Garona al sur, Sena al norte y Rin al oeste. Allí habitaban tantos pueblos que resulta muy fácil perderse con sus nombres. De entre ellos encontraremos mencionados a menudo en las campañas de César a los eduos y los secuanos, que vivían en el este; a los arvernos, tan situados al sur que prácticamente limitaban con la Provincia; a los carnutos, enclavados en pleno centro de la Galia; y también a los vénetos, que moraban en las costas de Bretaña.

La población predominante en las regiones que he enumerado hasta ahora era celta. Pero no solo había celtas en las tres Galias. A partir del siglo V se había producido una gran expansión de los pueblos célticos desde su núcleo originario, que estaba situado en las regiones del Marne, el Mosela y Bohemia. Por el este dicha expansión los había llevado hasta el corazón de Asia Menor, en la región conocida como Galacia (el parecido con el nombre de la Galia no es casual). Por el suroeste los celtas habían penetrado en Hispania, y por el noroeste habían llegado hasta Britania e Irlanda.

¿Qué tenían en común las diversas tribus celtas para recibir esta denominación? Básicamente, la lengua. O mejor habría que decir «las lenguas». Los idiomas que hablaban todos esos pueblos pertenecían al grupo céltico, una gran rama que a su vez pertenecía a un árbol de lenguas mucho mayor conocido como «indoeuropeo».

Los idiomas de una misma rama se parecían entre sí, de tal manera que también podríamos considerarlos dialectos. Eso no significa que un gálata de Asia Menor pudiera entenderse con un britano: cuanto más separados en el tiempo y en el espacio se hallaban dos dialectos, más

difícil era que sus hablantes pudieran comunicarse entre ellos. Así y todo, había suficientes elementos comunes como para que un observador externo, griego o romano, juzgara que estaba oyendo idiomas emparentados.

La lengua no era el único elemento común que caracterizaba a los celtas. Compartían también divinidades como Lugus o Lug, al que los romanos identificaban con Mercurio; la diosa de la fertilidad Epona, que también estaba relacionada con los caballos; o Cernunnos, el dios con cuernos de ciervo.

De rendir culto a estos dioses se ocupaban los sacerdotes conocidos como druidas. Se cree que su nombre significa «los que conocen el roble», puesto que este era su árbol sagrado. Precisamente el conocimiento era lo que distinguía a los druidas del común de los mortales: para dominar sus secretos estudiaban durante veinte años y pasaban una serie de pruebas muy exigentes. Todo lo aprendían de forma oral, ya que pensaban, como Platón, que plasmar los conocimientos por escrito era una forma de debilitar la memoria. Seguro que ese ejercicio mnemotécnico les venía muy bien a sus neuronas; pero, por desgracia para nosotros, significa que prácticamente no nos ha llegado nada de la sabiduría de los druidas.

Los romanos acusaban a los druidas de realizar sacrificios humanos. El mismo César menciona que a veces introducían a prisioneros dentro de figuras de mimbre y les prendían fuego. Aunque los romanos consideraran esto como una costumbre bárbara, hay que recordar que en ocasiones de emergencia como la guerra contra Aníbal ellos también habían inmolado a personas en pleno Foro para aplacar a los dioses, siguiendo las instrucciones de los libros sibilinos. Por otra parte, ¿qué eran las luchas de gladiadores sino sacrificios humanos que poco a poco se habían desprendido de sus rasgos rituales para convertirse en mero espectáculo?

Los druidas poseían una enorme influencia en la sociedad celta. No solo ejercían como sacerdotes, sino que también juzgaban crímenes, sacrilegios e incluso disputas por lindes y herencias. El castigo más habitual que imponían era prohibir al condenado que participara en los ritos y sacrificios de la comunidad, una mezcla de comunión y ostracismo que suponía apartar a una persona de la sociedad y convertirla en una especie de paria.

Todos los años, los druidas celtas se reunían en concilio en el país de los carnutos, que se consideraba el corazón sagrado de la Galia. Además, existía entre ellos un druida supremo, una especie de autoridad espiritual que mantenía este puesto de por vida.

Este concilio de druidas era lo más parecido a una organización internacional que compartían los pueblos celtas de la Galia. A primera vista, parece extraño que existiera más unidad religiosa que política, pero en realidad no lo es. Podemos encontrar paralelos en Grecia, que en la Antigüedad nunca llegó a unificarse: allí aparecieron desde muy pronto instituciones religiosas con representantes de varias ciudades, como la llamada Anfitionía que administraba el oráculo de Delfos. Otro ejemplo es el de los Juegos Olímpicos, en los que participaban todos los griegos y que servían para imponer unos cuantos días de tregua entre pueblos que no dejaban de guerrear entre sí el resto del tiempo.

En cierto modo, la sociedad de la Galia en los tiempos de César estaba atravesando una evolución parecida a la de Grecia o Italia unos cuantos siglos antes. Por lo que sabemos, muchas tribus celtas habían tenido reyes hasta no hacía mucho. Pero esas monarquías estaban siendo paulatinamente sustituidas por aristocracias, formadas por nobles que se consideraban iguales entre sí y se reunían en consejos similares al senado de la República. Incluso tenían gobernantes que elegían todos los años, como el llamado «vergobreto» de la tribu de los eduos, un magistrado que poseía amplios poderes judiciales.

Los nobles galos compartían otros rasgos con los de Roma. Básicamente, su ocupación era la guerra, donde ellos mismos combatían en la caballería. Sus líderes más destacados, al igual que los generales romanos, buscaban las victorias militares para obtener prestigio personal y, de paso, repartir botín entre sus seguidores. Existía entre estos y sus caudillos una relación similar a la de patrono-cliente que había en Roma: el noble galo se comprometía a proteger a los miembros de su séquito y ellos a seguirlo a la guerra, prestándole un juramento de fidelidad personal. Lógicamente, el prestigio de un caudillo se medía por el número de sus partidarios. Los más importantes, como el helvecio Orgetórix, podían movilizar hasta diez mil seguidores.

Por debajo de la élite formada por druidas y nobles se hallaba el pueblo llano, que vivía en aldeas y fincas dispersas y se dedicaba sobre todo a la agricultura. Pero aunque la mayoría de los galos fueran

campesinos, existían muchas otras actividades que iban ocupando cada vez a más gente conforme la sociedad gala evolucionaba, como los diversos oficios artesanos, el comercio, la pesca o la minería.

Los tópicos griegos y romanos presentaban a los galos como bárbaros incultos y sanguinarios que cortaban las cabezas de los enemigos y las colgaban en el umbral de su puerta. Físicamente eran altos, de piel clara y cabello rubio o pelirrojo, con largos bigotes siempre manchados de restos de comida o de cerveza. Eran muy valientes en el combate; tanto que algunos, por demostrar su desprecio al enemigo, incluso peleaban desnudos. A cambio, les faltaba disciplina; en parte debido a que, según los romanos, eran unos borrachuzos que pagaban lo que fuera por un ánfora de vino. Para vencerlos, lo importante era superar el miedo que despertaban su estatura y sus gritos de guerra en la primera arremetida. Si se les aguantaba un rato, se desanimaban enseguida, puesto que les faltaban resistencia física y constancia mental.

Una lista de tópicos, como he dicho. Algunos se basaban en la realidad, como el de la gran estatura y la piel muy blanca, al menos como promedio (aunque hay que añadir que en las legiones de César reclutadas en el valle del Po debían verse también muchos cabellos rubios y ojos claros). Otros, como el del bigote, mezclaban una característica existente con un juicio estético y moral. Es cierto que existía en algunas tribus la costumbre de cortar cabezas a modo de trofeos, pero poco podían criticarla los romanos que habían rellenado de plomo el cráneo de Cayo Graco para cobrar su peso en oro o que habían exhibido cabezas de enemigos políticos clavadas en la Rostra de los oradores en pleno Foro.

Por otra parte, como ya comentamos hablando de los cimbrios y los teutones, los ejércitos de estos supuestos bárbaros mostraban más disciplina de la que se suele dar a entender. Desplegaban estandartes como las legiones, lo que indica que se organizaban en unidades, y su armamento no era muy distinto del de los romanos. De hecho, la cota de malla con que se protegían los legionarios romanos era un invento galo, y la espada hispana un desarrollo de los herreros celtas, cuyo dominio de la metalurgia era proverbial.

No era el único campo tecnológico en el que destacaban los celtas. Gracias a su ingenio, llegaron a fabricar un curioso artefacto descrito por Plinio y conocido como *Gallicus vallus*: se trataba de un carro empujado por bueyes que llevaba incorporado delante una especie de rastrillo. Las

púas de este arrancaban los granos de trigo de las espigas y los hacían caer en un recipiente. En suma, se trataba de una primitiva cosechadora que separaba el grano de la paja y ahorra mucho trabajo a los campesinos.

Los celtas también eran maestros fabricando ruedas con llantas curvadas al fuego y protegidas por aros integrales de hierro. Eso explica que la palabra latina para carro, *carpentum*, sea de origen celta.

Los carros de los galos, por cierto, se desplazaban por sus propias calzadas. Las construían con planchas de roble atravesadas sobre guías de otra madera más flexible, como abedul, y muchas eran tan anchas que podían cruzarse dos carros. La mayoría de esas vías han desaparecido, bien porque los romanos aprovecharon el tendido para construir encima sus calzadas o porque la madera se ha podrido. Pero han llegado algunas muestras en rincones más apartados del mundo romano, como el *togher* de Corlea, en Irlanda: el estudio dendrocronológico ha demostrado que los robles de sus tablas fueron talados entre el año 148 y el 146 a.C.

Otra muestra de que la sociedad gala estaba evolucionando, aunque con algo de retraso respecto a la romana, era su desarrollo urbano. Desde principios del siglo II habían ido apareciendo cada vez más ciudades en la Galia. El término que utilizaban los romanos para ellas era *oppidum*, que se refería a una población amurallada. Es cierto que muchas eran poco más que fortalezas situadas sobre colinas fáciles de defender, pero había también auténticas ciudades como Bibracte, Vesontio o Gergovia que tenían muchos habitantes y servían como centros comerciales y administrativos, lo que explica que en ellas se acuñaran monedas.

Toda esta evolución estaba más avanzada en el centro y en el sur, donde las rutas comerciales ponían en contacto a los galos con la ciudad de Masalia y con los *negotiatores* romanos. Pero César, como hemos visto, menciona a otros dos grandes grupos étnicos aparte de los celtas: los aquitanos y los belgas. Estos pueblos se hallaban en un estadio social anterior, por lo que entre ellos aún gobernaban reyes, su economía estaba menos desarrollada y sus centros urbanos eran más escasos y de menor tamaño.

La región de Aquitania aparecerá de una forma más tangencial en este relato, puesto que el mismo César no se implicó apenas en su conquista, sino que la dejó en manos de sus legados. Las tribus que

moraban allí se diferenciaban de los galos por sus costumbres y su aspecto, y sobre todo por su lengua. Los aquitanos hablaban un idioma que podríamos llamar euskera o protoeuskera. Según varias teorías, la lengua que conocemos como vasca no se habría desarrollado originariamente en el País Vasco, sino en tierras de Aquitania. Después, durante los últimos siglos de la República y los primeros del Imperio, sus hablantes se habrían ido desplazando hacia el sur, más allá de los Pirineos, precisamente por la presión romana.^[37]

Los belgas sí ocupan un lugar importante en *La guerra de las Galias*, porque fueron un hueso duro de roer para César. De hecho, pudo muy bien haber perdido un ejército entero y su propia vida en una batalla contra su tribu más belicosa, la de los nervios.

Los belgas, que habitaban más o menos entre el Sena y el Rin, no se veían a sí mismos como galos. Aunque su lengua era céltica, parece que ellos mismos eran una mezcla de germanos y celtas. Su sociedad se hallaba menos centralizada que la del centro de la Galia, sus poblaciones eran más fortalezas que ciudades y en lugar de magistrados seguían teniendo reyes o caudillos similares a reyes.

La razón de que estuvieran más atrasados y al mismo tiempo fuesen más aguerridos la explica el propio César: «De todos [los galos], los más valientes son los belgas, porque son los que se encuentran más lejos de la civilización y la cultura de la Provincia. También se debe a que son vecinos de los germanos que habitan al otro lado del Rin, con los que sostienen guerras constantes» (*BG*, 1.1).

Hemos mencionado a los germanos. Los romanos tenían una gradación de una cualidad que podríamos denominar «bruticie» —espero que se me perdone el neologismo— y en la que se mezclaban algunos rasgos positivos, como el valor guerrero y la vida sencilla, con otros negativos, como el salvajismo y el atraso. En dicha gradación, el puesto más bajo lo ocupaban los galos de la Provincia, que a fuerza de disfrutar de los lujos de la civilización se habían ablandado. Después venían los habitantes de la Galia central, por encima se hallaban los belgas y en lo más alto se encontraban los germanos, que eran, por así decirlo, los bárbaros de los bárbaros.

Lingüísticamente, los germanos se diferenciaban de los celtas porque sus dialectos procedían de otra rama del indoeuropeo. De todas

formas, en zonas de contacto como el país de los belgas, las lenguas, las costumbres y la sangre se mezclaban tanto que a veces resultaba difícil saber si una tribu era germana, celta o un híbrido (algo que ya salió a colación a propósito del discutido origen de los cimbrios).

A los romanos, sin embargo, les gustaban las diferencias claras y las fronteras nítidas. Desde el punto de vista de César, germanos eran básicamente los pueblos que moraban al otro lado del Rin. Así había sido y así debía seguir siendo. Por eso, si alguna tribu germana osaba cruzar la divisoria, había que tomar cartas en el asunto.

A no ser, claro está, que lo hicieran para servir en el ejército de César, quien los valoraba mucho como mercenarios. Tenía sus razones. Durante las campañas de César, los jinetes germanos pusieron en fuga una y otra vez a tropas de caballería gala muy superiores en número.

¿A qué se debía esto? No resulta fácil de comprender. Desde luego, no era por los caballos germanos. Cuando en el año 52 César hizo venir a jinetes del otro lado del Rin, cambió sus monturas por los corceles de sus propios tribunos y oficiales porque eran muy pequeñas; tanto que debajo de los enormes germanos debían de parecer más ponis que caballos.

Tampoco da la impresión de que el dominio de la equitación de los germanos fuera superior al de los galos. Cuando el combate se complicaba mucho desmontaban —lo cual no les resultaba difícil dada su estatura—, se metían bajo las patas de los caballos enemigos sin temor a ser aplastados, los acuchillaban en el vientre y levantaban a sus jinetes con ambos brazos para derribarlos. Los indicios sugieren que la superioridad de los germanos era moral, y se debía a su extremada ferocidad y al pavor que infundían en sus adversarios. Del mismo modo que algunos equipos de fútbol juegan peor con ciertos rivales a los que son incapaces de ganar, los jinetes galos parecían tener perdida la guerra psicológica con los germanos.

La migración de los helvecios

Precisamente los germanos tuvieron mucho que ver con la forma en que se desarrollaron las campañas galas de César, primero indirectamente

y unos meses después con un choque frontal.

En el año 61, mientras él se encontraba en Hispania Ulterior como propretor, empezaron a producirse movimientos políticos entre los helvecios. Este pueblo ocupaba un precioso valle verde que se les empezaba a quedar pequeño. Dicho valle se hallaba encajonado entre los Alpes y la cadena montañosa del Jura. Por su extremo nordeste limitaba con el Rin, haciendo frontera con los germanos, y por el suroeste con el lago Lemán y el río Ródano, colindantes con la provincia romana.

Los helvecios estaban hartos de combatir contra los germanos, que no hacían más que presionarlos desde el norte. Ellos, por su parte, no tenían la salida fácil de otras tribus galas, que era hacer incursiones en el territorio de los vecinos, pues se lo impedían las montañas. Tan solo podían atacar el territorio de los alóbroges; pero estos eran aliados y amigos de la República, lo que significaba que meterse con ellos era molestar a los romanos, algo que no resultaba demasiado conveniente.

Al parecer, la situación de los helvecios se estaba agravando por un constante aumento de población. El estrecho valle donde vivían apenas podía sustentarlos, así que un noble llamado Orgetórix propuso una salida drástica: una emigración en masa. La idea era cruzar la Galia y llegar hasta el Atlántico para instalarse en el territorio de los santones, junto a la desembocadura del Garona. Aquel era un país mucho más llano y con una interesante salida al mar. ¿Qué pensaban hacer con los santones? Es de suponer que conquistarlos, expulsarlos o directamente aniquilarlos, pues los helvecios confiaban mucho en sus fuerzas.

Orgetórix propuso que se tomaran un plazo de dos años con el fin de reunir carros y animales de tiro y hacer acopio de provisiones —sobre todo grano— para aquel viaje de quinientos cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro. Mientras los demás llevaban a cabo estos preparativos, él se puso en contacto con aquellos pueblos cuyas tierras debían atravesar. Una cosa era aplastar a los santones y otra enfrentarse por el camino con dos de las tribus más poderosas de la Galia, los secuanos y los eduos.

Orgetórix no trató con los consejos de nobles que gobernaban esos pueblos, sino con dos individuos que, como él, pretendían alcanzar el mayor poder posible entre los suyos: Cástico, un caudillo secuano, y Dumnórix, un líder de los eduos. Según explica César, no solo les pidió permiso para pasar por sus tierras, sino que les ofreció el apoyo de los

guerreros helvecios. ¿Para qué? Para volver a tiempos anteriores y más felices —para ellos— y convertirse en reyes. Juntos los tres, formando una especie de triunvirato como el de César, Pompeyo y Craso, podrían convertirse en los amos de la Galia.

Tanto a Cástico como a Dumnórix la idea les sonó a música celestial. Sin remontarse mucho en el tiempo, el padre de Cástico había sido rey de los secuanos. En cuanto a Dumnórix, aunque la tribu de los eduos era la principal aliada de Roma en la Galia central, él se sentía tan rabiosamente antirromano como prorromano era su hermano mayor, el druida Diviciaco. Para reforzar esta alianza, Orgetórix entregó a su hija en matrimonio a Dumnórix.

Pero las tribus galas que habían dejado atrás la época de la monarquía no querían regresar a ella. Sobre todo los nobles, que, como los senadores de Roma, estaban dispuestos a cortar la cabeza de todo aquel que destacara demasiado entre ellos. Cuando los aristócratas helvecios se enteraron de que Orgetórix pretendía convertirse en rey, tirano o algo similar, le ordenaron acudir ante un tribunal para ser juzgado.

El juicio debía celebrarse con el acusado cargado de cadenas, de modo que no pudiera escapar. Si el veredicto era culpable, su condena consistiría en ser quemado vivo. Orgetórix, que no estaba dispuesto a pasar ni por las cadenas ni por las llamas, se presentó el día fijado para el proceso con un enorme séquito de partidarios: nada menos que diez mil según César, aunque estas cifras tan perfectas siempre hacen sospechar que la fuente que informa redondea al alza.

El juicio no se pudo celebrar por la presión de los partidarios de Orgetórix. Pese a ello, para oponerse a él y evitar que asaltara el poder, el resto de los nobles empezaron a congregarse a sus propios seguidores en números aún mayores.

La guerra civil parecía inminente cuando se supo que Orgetórix había muerto. Entre los helvecios corrió el rumor de que se había suicidado debido al fracaso de su plan. Pero una parte de su proyecto siguió adelante, pues los helvecios pensaron que la idea de emigrar era buena y continuaron con los preparativos. Cuando consideraron que ya tenían suficientes provisiones para el viaje, decidieron privarse ellos mismos de cualquier posibilidad de volverse atrás. Para ello quemaron todos los lugares habitables: doce ciudades, cuatrocientas aldeas y todas

las alquerías aisladas. No contentos con eso, también prendieron fuego a los silos con todo el grano que no podían llevar encima.

Disponían de dos rutas para salir de su valle. Había una que atravesaba las montañas del Jura por el paso de l'Ecluse y llegaba hasta el territorio de los secuanos. Aquel camino era tan estrecho que en muchos puntos únicamente podía pasar un carro. Los helvecios llevaban miles o decenas de miles de vehículos, de modo que el Jura parecía una elección desaconsejable. Además, cualquier tribu enemiga que se apostara en las alturas podría impedirles el paso.

La segunda opción se antojaba mucho más cómoda. Consistía en dirigirse hacia el sur, cruzar el Ródano por el puente y atravesar el territorio de sus vecinos alóbroges. A estos podían convencerlos o vencerlos, según plantearan resistencia o no.

El problema, por supuesto, eran los romanos.

Cuando a César le llegó la noticia de que un pueblo entero se ponía en marcha hacia una de las provincias que tenía asignada —*la Provincia*—, le pilló con el pie cambiado. Al parecer, el objetivo que tenía pensado para su primera campaña era el rey dacio Burebista, que había ampliado sus fronteras más allá del Danubio y empezaba a acercarse al Adriático y al nordeste de Italia. Una prueba de ello es que de las cuatro legiones que tenía bajo su mando solo una (probablemente la Décima) se hallaba en la Galia, mientras que las otras tres (Séptima, Octava y Novena) estaban acampadas junto a la ciudad de Aquilea, a orillas del Adriático.

Era el mes de marzo cuando César salió de Roma y se dirigió hacia el norte. Por el momento no se tomó demasiado en serio la amenaza y mantuvo a las tres legiones en Aquilea. Pero tampoco se demoró en el camino, sino que recorrió setecientos kilómetros en tan solo ocho días. Siempre fue muy rápido tanto de pensamiento como de obra, y al convertirse en general acentuó esa cualidad, procurando adelantarse a sus enemigos y aparecer cuando no se le esperaba y por donde no se le aguardaba. Como él mismo explicó a sus hombres a punto de cruzar el mar en pleno mes de enero: «El arma más poderosa en la guerra es la sorpresa». No obstante, a veces esta rapidez podía convertirse en apresuramiento e imprudencia, como le ocurrió junto al río Sabis en una batalla con los nervios.

Cuando llegó a Genava (actual Ginebra) una ciudad de los aliados alóbroges construida a orillas del lago Lemán, César comprobó que la situación era más grave de lo que sospechaba. Al otro lado del Ródano se estaba congregando una inmensa multitud que superaba con mucho a sus modestos efectivos, tan solo una legión. César ordenó a sus hombres que cortaran el puente que cruzaba el río y al mismo tiempo reclutó fuerzas auxiliares en la comarca para reforzar a la Décima.

Poco después llegó una embajada de los helvecios, dirigida por los nobles Nameyo y Veruclecio. Según le explicaron, no querían causar ningún daño a los romanos ni a sus aliados, sino únicamente pasar por sus tierras de camino al oeste, lejos de las fronteras de la República.

César respondió que tenía que pensárselo, y que volvieran el 13 de abril para conocer su decisión. En realidad, ya la había tomado, como él mismo confiesa sin el menor pudor en su libro: no estaba dispuesto a dejar pasar a los helvecios de ningún modo; lo único que pretendía era ganar tiempo.

¿Habría podido permitir a los helvecios que atravesaran las tierras de los alóbroges? Tal vez, pero existían razones poderosas para no hacerlo.

La primera era que no quería. César había presionado todo lo posible para librarse de aquel humillante mando de «bosques y caminos» que el senado había procurado endilgarle, porque deseaba llevar a cabo una gran campaña militar que le concediera prestigio y riquezas. Ahora se le ofrecía la ocasión.

Además, una de las subtribus que formaba el contingente helvecio era la de los tigurinos, que casi cincuenta años antes habían humillado a un ejército romano haciendo pasar a los soldados bajo el yugo después de matar al cónsul Lucio Casio. Si César les daba su merecido, podría presentar ese triunfo ante el pueblo romano como una revancha —«El plato de la venganza es mejor servirlo frío», como diría Khan—. De paso, lo enlazaría simbólicamente con los de su tío Mario, que hasta ahora había sido su principal baza para conseguir popularidad.

Los críticos de César que piensan que esta guerra era innecesaria tal vez se detendrían aquí. Pero existían otros motivos ajenos a su persona. Cuando los helvecios desfilaran por la Provincia en una interminable caravana durante días y días, ¿quién iba a controlar que nadie se

desmandara y se dedicara a saquear la comarca? Eso ocurría incluso con ejércitos disciplinados, conque mucho más con una horda como aquella. Por otra parte, los helvecios aseguraban que se iban a instalar en las tierras de los santones, a orillas del Atlántico. Eso estaba lejos de Genava, pero no tan lejos de Tolosa y de la frontera oeste de la Provincia.

Todavía existía un motivo ulterior. Hasta finales del siglo II, los helvecios habían vivido al norte del Rin, pero la presión constante de los germanos los había empujado hasta el sitio donde habitaban. Si ahora se marchaban de allí y dejaban desierto el valle, los germanos no tardarían en ocupar su lugar. César pretendía que los helvecios siguieran donde estaban a modo de colchón; la opinión de los romanos —y de muchos galos— era que los germanos podían ser unos vecinos tan molestos como unos estudiantes de alquiler en el piso de arriba.

Mientras transcurría el plazo estipulado, unas dos semanas, César ordenó a sus hombres que construyeran un muro de tierra entre el lago Lemán y las montañas del Jura. Fue la primera vez que puso a sus legionarios a trabajar, pero no la última. En pocos días levantaron una muralla de casi treinta kilómetros de longitud y más de cinco metros de altura, dotada de fuertes y torres de vigilancia.

Cuando los embajadores regresaron, seguramente se dieron cuenta de que César los había engañado. No obstante, tuvieron que oír de sus labios que, obedeciendo a las costumbres y ejemplos del pueblo romano —*more et exemplo populi Romani*—, no podía dejarles pasar. Es llamativo que César mencione en su libro hasta cuarenta y una veces al pueblo romano, muchas más que al senado: eso parece dejar claro dónde estaban sus simpatías, dónde sabía que tenía su apoyo y a quién dirigía sus *Comentarios*. Podemos imaginarnos a los ciudadanos de clase media y baja escuchando una lectura pública en Roma, apretando los puños y mascullando: «¡César hizo bien en no dejar pasar a esos bastardos!».

El consejo de nobles de las tribus decidió que, si no quedaba otra opción, tomarían el otro camino atravesando el Jura. Pero no todos los helvecios estaban de acuerdo ni eran tan pacientes, y muchos intentaron cruzar el Ródano en balsas o saltar la muralla de tierra. No obstante, los hombres de César se las arreglaron para rechazarlos y evitar que nadie pasara por allí.

Así pues, el grueso de los helvecios dio media vuelta y se dirigió

hacia las montañas. A esas alturas, César no tenía forma de saber cuántos eran. Más adelante se apoderó de unos documentos escritos en caracteres griegos, según los cuales los helvecios que habían abandonado sus tierras eran trescientos sesenta y ocho mil. Considerando que uno de cada cuatro era un varón en edad militar, eso significaba más de noventa mil potenciales guerreros.

La cifra parece exageradamente alta. El historiador militar Hans Delbrück, siguiendo a Napoleón III en sus comentarios sobre César, calculó que en la hipótesis más optimista el convoy de los helvecios habría medido al menos ciento veinticinco kilómetros.

En cualquier caso, el contingente helvecio era muy superior en número a las tropas que César tenía en la Provincia. Previendo ulteriores problemas —o quizá queriendo buscarlos—, el procónsul dejó al mando de su única legión al más dotado de sus legados, Tito Labieno, un veterano que ya había combatido con Pompeyo en la guerra civil.

A continuación, él mismo viajó a toda prisa a la Galia Cisalpina para traerse a las otras tres legiones. Pero no se conformó con esto, sino que reclutó otras dos legiones que numeró Undécima y Duodécima. Así lo cuenta él, como de pasada. Obviamente, alistar una legión no era un procedimiento tan sencillo, lo que hace pensar que en su primer paso por la Galia Cisalpina camino de Genua ya había dado órdenes a ese respecto.

El mandato proconsular de César no lo autorizaba a reclutar nuevas legiones sin pedir permiso al senado, pero él no se preocupó. Cuantos más soldados tuviera bajo su mando no solo le sería más fácil vencer a los helvecios y otros potenciales enemigos, sino que dispondría de una base de poder para el futuro mucho más amplia. El único problema era que, al no haber recibido la venia del senado, tampoco podía contar con fondos públicos, de modo que era él mismo quien debía pagar a aquellas dos nuevas legiones. Por eso, cuanto antes se asegurase un buen botín, mucho mejor para él.

En cuanto tuvo listas esas dos legiones, se puso en camino hacia la Provincia para reunirse con Labieno. El camino más sencillo era recorrer la costa hasta Masalia y desde ahí remontar el curso del Ródano hacia el norte hasta llegar a Genua. Pero César no era hombre de senderos fáciles ni de tomarse las cosas con calma, de modo que se dirigió a una ruta más

directa atravesando los Alpes por pasos que en muchos puntos seguían nevados. Mientras cruzaba las montañas, diversas tribus locales que no habían sido sometidas atacaron a sus tropas. Las marchas duras y las escaramuzas contra aquellos enemigos sirvieron de entrenamiento para desanquilar a los veteranos y endurecer a los bisoños de la Undécima y la Duodécima.

Cuando llegó junto al lago Lemán y se reunió con Labieno, César contaba ya con seis legiones, de la Séptima a la Duodécima. Eso suponía entre veinticinco mil y treinta mil soldados. Era una cifra más que respetable que aumentó pidiendo cuatro mil efectivos de caballería a los aliados galos, sobre todo a los eduos.

Precisamente los eduos fueron quienes le brindaron la excusa perfecta para continuar la campaña. Hasta entonces, puesto que los helvecios habían renunciado a atravesar la Provincia, César no tenía realmente un *casus belli*, un motivo justo para declararles la guerra. Pero después de cruzar las montañas del Jura y el territorio de los secuanos —con permiso de estos—, los helvecios entraron en tierras de los eduos y empezaron a saquearlas.

Como amigos y aliados del pueblo romano, los eduos enviaron embajadores a César para solicitar que interviniera. No era justo, le dijeron, que a la vista del ejército romano ellos tuvieran que contemplar impotentes cómo sus campos eran devastados, sus hijos raptados y convertidos en esclavos y sus ciudades asaltadas. De lo mismo se quejaron los alóbroges, lamentándose de que aquella plaga de langosta no les había dejado más que el suelo pelado.

Puesto que Roma tenía un pacto de alianza y amistad con los eduos, a César, el legítimo procónsul de la zona, no le quedaba más remedio que defenderlos. Así, al menos, lo explica él en sus *Comentarios*. Casi nos lo podemos imaginar frotándose las manos al recibir esas noticias. Pero ¿hasta qué punto se trataba de una guerra justa?

Todo depende de cómo interpretemos lo que estaba ocurriendo. Tal como lo expresaban los eduos, da la impresión de que los helvecios estaban dejando a su paso un reguero de sangre y fuego. Sin embargo, es posible que tan solo estuvieran actuando grupos aislados de saqueadores. En cuanto a la queja de los alóbroges sobre cómo les habían dejado los campos, se antoja algo exagerada. El mismo César afirma más tarde que

las cosechas de cereal aún no estaban maduras, porque el clima es más frío en la Galia que en Italia. ¿Qué habrían ganado los helvecios segando un trigo todavía verde?

Además, cuando César se refiere a «los eduos» parece que estos hablaran con una única voz, y no era así. Había entre ellos partidarios de seguir pactando con los romanos, como el influyente druida Diviciaco, que magnificarían cualquier incidente para decirle justo lo que quería oír —«¡Tienes que defendernos de los helvecios!»—. Y, por supuesto, delante de testigos que informaran por carta al senado.

Pero también había muchos eduos que no se mostraban tan entusiastas de aliarse con Roma. Uno de ellos era Dumnórix, el hermano de Diviciaco. Mientras que este representaba a la aristocracia que en los últimos tiempos se había hecho con el poder, Dumnórix era un líder más populista que pretendía convertirse en rey de su pueblo y, a poder ser, en el líder más importante de la Galia.

Curiosamente, era Dumnórix quien se hallaba al mando de los cuatro mil jinetes galos que acompañaban al ejército romano. Sin que César lo supiera, el noble eduo llevaba un doble juego, pues era él quien había actuado como intermediario entre los helvecios y los secuanos para que intercambiaran rehenes y se aseguraran de no hacerse daño los unos a los otros.

Que César tal vez exagerara la devastación causada por los helvecios no significa que estos fueran unas víctimas inocentes; se trataba de un pueblo que se jactaba de sus virtudes guerreras y que estaba dispuesto a apoderarse de las tierras donde vivía otra tribu, la de los santones. En la Antigüedad las cosas funcionaban así: si uno observaba que su vecino poseía tierras fértiles, tesoros valiosos o ambas cosas y percibía debilidad en él, atacaba como el lobo al olor de la sangre.

En esta forma de actuar los romanos se diferenciaban de otros pueblos por dos cosas. La primera, porque eran mucho más eficaces combatiendo y destruyendo gracias a su organización y a la cantidad de efectivos que podían reclutar —el *manpower* del que hablaba en *Roma victoriosa*—. La segunda, porque maximizaban los beneficios: en lugar de saquear una vez y retirarse, solían quedarse como conquistadores y nombraban gobernadores y publicanos que se encargaran de cobrar impuestos, convirtiendo el pillaje en una institución.

César y su ejército se pusieron en marcha rápidamente para alcanzar a los helvecios. No les resultó difícil, puesto que un pueblo entero en marcha como aquel, con sus familias, sus bestias de carga y sus carromatos, avanzaba muy despacio y cada vez que debía atravesar algún paso estrecho se formaban atascos y cuellos de botella.

Cuando dieron alcance a los helvecios, tres cuartas partes de estos habían cruzado el río Saona, un afluente del Ródano que en aquella zona discurría tan despacio que resultaba difícil distinguir a simple vista en qué dirección fluía la corriente. Aun así, los helvecios llevaban veinte días cruzándolo a bordo de botes y balsas, lo que sugiere que no se desplazaban en un único convoy sino en multitud de grupos.

Entre los que quedaban por cruzar el río sin saber lo que se les avecinaba por la espalda estaban la mayoría de los tigurinos, los mismos que habían hecho pasar por el yugo al ejército romano en Burdigala. Aquello, según César, se debió a la casualidad o a la voluntad de los dioses inmortales (se trata de una de las pocas ocasiones en que los menciona en su obra, por cierto).

Para pillarlos aún más desprevenidos, César los atacó de noche, saliendo del campamento con tres legiones a medianoche, en la tercera guardia. Más que una batalla, aquella primera acción bélica del flamante procónsul fue una carnicería. La mayoría de los helvecios que seguían en la orilla oriental del río fueron masacrados. Los pocos supervivientes huyeron dejando atrás sus carromatos y se refugiaron en los bosques cercanos.

César explicaría más tarde que aquello no fue únicamente una venganza en nombre de Roma, sino también en el de la familia de su esposa Cornelia, ya que el abuelo de su suegro, Cornelio Pisón, había muerto a manos de los tigurinos en aquella infausta batalla del año 107.

Tras el combate, César ordenó tender un puente para cruzar el río. Sus pontoneros lo construyeron en tan solo un día ante el asombro de los helvecios, que habían tardado veinte en atravesar la corriente. Preocupados, enviaron una embajada encabezada por un noble llamado Divicón. Cincuenta años antes, Divicón había sido uno de los generales de los tigurinos en la batalla de Burdigala, lo que implica que al menos debía de ser ya octogenario.

El anciano le dijo a César que estaban dispuestos a instalarse donde él les ordenara y a firmar un tratado con Roma. Pero todo por las buenas, añadió; por las malas, seguían siendo un pueblo poderoso. Si César había aniquilado a una parte de ellos se debía únicamente a que los había atacado a traición.

César respondió que debían regresar al valle del que habían salido y, por si acaso, entregar rehenes a los romanos para garantizar que no volverían a abandonar sus tierras. Por supuesto, aquella contrapropuesta resultó inaceptable para los helvecios.

Rotas las conversaciones, los helvecios continuaron su viaje, esta vez tomando muchas más precauciones para proteger su retaguardia. César los siguió a cierta distancia y envió por delante a la caballería gala para que le informara del camino que tomaban los enemigos.

Durante la marcha, los jinetes de César se acercaron demasiado a la retaguardia de los helvecios. Estos se revolvieron, los atacaron con tan solo quinientos jinetes y los pusieron en fuga, pese a que los eduos eran ocho veces más. Considerando que el jefe de la caballería aliada era Dumnórix, el incidente olía a trampa por todas partes. Pero César todavía no sospechaba que Dumnórix era más enemigo que amigo.

A partir de esa escaramuza la moral de los helvecios mejoró tanto que de cuando en cuando desplegaron a sus guerreros para retar a los romanos al combate. César, por el momento, contenía a sus hombres. Se hallaba en inferioridad numérica y no quería entablar batalla hasta que encontrara un lugar apropiado.

Sin embargo, lo acuciaba un grave problema: empezaban a quedarse sin provisiones. Durante varios días los romanos habían recibido suministros en embarcaciones que subían por el Saona. Pero ahora los helvecios se habían alejado del río. César, que no quería perderlos de vista, dependía ahora de los aliados eduos para alimentar a sus soldados. Los eduos no dejaban de darle largas con diversas excusas y el trigo que le habían prometido nunca llegaba.

César empezó a sospechar que la alianza de los eduos no era tan fiable, de modo que reunió a sus principales jefes en consejo y les preguntó qué estaba ocurriendo. El vergobreto, magistrado principal de los eduos, le insinuó que había nobles muy poderosos que no deseaban la

alianza con los romanos y que además estaban revelando todos los planes y movimientos de César a los helvecios.

El procónsul despidió a todos los demás para quedarse a solas con el vergobreto, que se llamaba Liscón. Este, ya en confianza, le confesó que su verdadero enemigo era Dumnórix: era él quien había causado la huida y derrota de sus jinetes ante una fuerza enemiga muy inferior en número. Cuando César se entrevistó después con Diviciaco, el hermano de Dumnórix, el noble druida le confirmó lo que había contado Liscón.

A continuación, César hizo venir a su presencia a Dumnórix y le dijo que se había enterado de su doble juego. Únicamente le perdonaba la vida por el respeto que sentía por Diviciaco, añadió, pero a partir de entonces lo tendría vigilado. Si no lo eliminó directamente era porque Dumnórix poseía mucha influencia entre los eduos, y César no se sentía todavía lo bastante fuerte como para enemistarse con ellos.

A todo esto, el problema de las provisiones seguía sin solucionarse. César empezaba a necesitar una batalla decisiva para derrotar a los helvecios y apoderarse de su grano. La ocasión se le presentó cuando los exploradores le informaron de que el enemigo había acampado a unas ocho millas al pie de una colina que no se habían molestado en tomar. Dejar desprotegida una posición que se alzaba sobre sus cabezas, descuidando el abecé de la sabiduría militar, demuestra que en su migración actuaban más como una horda que como un ejército organizado.

Por la noche, César envió a Labieno con dos legiones para que describiera un rodeo y subiera a esa colina por la ladera oculta a los helvecios. Su idea era atacarlos al día siguiente de frente con el grueso del ejército y que al mismo tiempo las tropas de Labieno cayeran sobre ellos bajando por la falda del monte.

Uno de los problemas de la guerra es que sobre el terreno las cosas no se ven tan claras como en los mapas o en la mente. Al amanecer César mandó por delante a uno de sus oficiales, Publio Considio, y le dijo que averiguara si Labieno había tomado la colina. Al poco rato Considio regresó y le informó de que la cima estaba ocupada, pero por tropas enemigas.

Se supone que Considio lo sabía porque había divisado de lejos los

estandartes y armaduras de los enemigos. Por desgracia, los ejércitos de los galos y de los romanos no se diferenciaban tanto como se suele creer y Considio se había equivocado: eran las dos legiones de Labieno las que dominaban la colina y aguardaban la ofensiva general de César.

Aquel malentendido hizo que César perdiera una magnífica ocasión, pues los helvecios levantaron el campamento y prosiguieron viaje mientras él seguía esperando noticias de Labieno y Labieno de él. Publio Considio pagó su error principalmente ante la posteridad. Aunque muchos historiadores lo mencionan como un hombre experto en cuestiones militares, lo que dice César de él no es eso exactamente, sino *Qui rei militaris peritissimus habebatur*, es decir, «Que estaba considerado un grandísimo experto en cuestiones militares». En ese verbo *habebatur*, «estaba considerado», se encuentra la pulla con la que César se vengó del error de su subordinado, pues se sobreentiende: «Pero en realidad era un inepto». Hay que añadir que cuando César mencionaba por su nombre a oficiales o centuriones —sobre todo a centuriones— era casi siempre para alabarlos, no para criticarlos de manera tan sibilina como en este caso.

En cualquier caso, el error debía asumirlo el jefe, no el subordinado. Seguro que a César, que a esas alturas no era más que un general novato (su experiencia en Hispania apenas contaba), le pitaron los oídos durante unos cuantos días. Sobre todo por la parte de Tito Labieno, al que había dejado tirado en lo alto de aquella colina. Labieno, que era natural del Piceno como su patrón Pompeyo, tenía más o menos la misma edad de César y todo hace pensar que en su fuero interno se consideraba mejor militar que él.

Faltaban dos días nada más para la fecha en que se debía repartir grano a los soldados, lo que significa que a estos apenas les quedaba comida. César decidió desviarse del camino y dirigirse a Bibracte, la principal ciudad de los eduos, donde estaba seguro de que encontraría provisiones por las buenas o por las malas. Al fin y al cabo, la larga caravana de los helvecios se movía tan despacio que no le resultaría difícil alcanzarla de nuevo.

En cuanto las legiones tomaron el camino de Bibracte, unos miembros de la caballería gala desertaron y partieron al galope para informar a los helvecios de lo que ocurría. Los helvecios, que estaban ya hartos de tener tras sus espaldas a esos tábanos romanos, decidieron pagarles con su misma moneda, dieron media vuelta y emprendieron su

persecución.

¿Por qué actuaron así? Es posible que ellos mismos sufrieran problemas de abastecimiento. Por otra parte, debían de sentirse confiados en sus fuerzas, puesto que César no había demostrado todavía nada como general. Ciertamente es que había masacrado a miles de helvecios, pero porque los que había sorprendido por la espalda a las orillas del río. A la primera ocasión que había tenido de combatir de verdad, la había pifiado por indecisión (es casi seguro que los desertores llevaban consigo la información sobre el fiasco de Considio).

Cuando César supo que el grueso de las tropas helvecias venía tras sus pasos, envió a la caballería aliada contra ellas. Los jinetes galos ya le habían demostrado que no eran muy de fiar; pero por eso mismo sus bajas no le importaban demasiado y esperaba de ellos que como mínimo refrenaran el avance del enemigo.

Protegidos momentáneamente por la caballería, los romanos tomaron una elevación cercana. Allí en lo alto, César apostó a las legiones novatas, la Undécima y la Duodécima, junto con las provisiones y el equipo, y les ordenó que empezaran a cavar una trinchera. A media ladera formó a las otras cuatro legiones en la triple línea habitual, con la Décima en el flanco derecho, el lugar de honor.

Los romanos tuvieron tiempo de desplegarse, pues los enemigos, que eran más que ellos, también necesitaban organizarse. Los helvecios improvisaron un campamento en la retaguardia con sus carros. Después de eso avanzaron, rechazaron a la caballería gala y formaron filas apretadas para avanzar contra los romanos. Al describirlas César utiliza la palabra «falange», aunque seguramente los helvecios dejaban más hueco entre guerrero y guerrero que los hoplitas griegos, pues combatían con espadas largas y necesitaban espacio para blandirlas.

De joven, César había librado escaramuzas con tropas reclutadas por su cuenta, y como propretor había ganado refriegas sin demasiada importancia en Hispania. Ahora, por primera vez, se enfrentaba a una batalla multitudinaria. Todas las miradas recaían sobre él. Estaba por ver si aquel dandi que llevaba el cinturón flojo y se depilaba el cuerpo tenía que ver con el gran Cayo Mario más allá del parentesco político. Más cuenta les traía a todos: si los helvecios los derrotaban allí, lejos de las fronteras de la Provincia, muy pocos de los legionarios regresarían vivos a

casa.

Muy consciente de aquellas miradas, César decidió que era un buen momento para empezar a fabricar su leyenda como general. Ante la vista de sus hombres, desmontó y exclamó: «Solo usaré este caballo para perseguir al enemigo cuando haya vencido. Ahora, ¡carguemos contra ellos!».

Era una forma de comunicar a sus soldados, como había hecho Espartaco ante su última batalla, que su general iba a compartir su mismo destino. De la misma forma había actuado Cayo Mario en *Aquae Sextiae* en una situación similar, con las tropas desplegadas en la ladera. César no tenía mejor forma de convencer a los soldados de que era uno de ellos. Al combatir a pie con los demás, perdía la visión y la movilidad que le otorgaba el caballo. Pero si obtenía la victoria, estaba convencido de que los legionarios comerían en su mano a partir de ese momento.

Igual que habían hecho los teutones en *Aquae Sextiae*, los helvecios, confiados en su vigor y en su superioridad numérica, cargaron contra los romanos cuesta arriba. Los legionarios de César, siguiendo la mecánica habitual de combate, dispararon sus *pila*. *Cierto porcentaje de venablos hirió a los enemigos y muchos más se clavaron en los escudos y los inutilizaron.*

A continuación, los legionarios desenvainaron y cargaron colina abajo. Después de una breve refriega, los helvecios, cuyas filas se habían descompuesto por las andanadas de *pila*, no pudieron aguantar y empezaron a retroceder hacia el valle, hasta toparse con una ladera ascendente situada a kilómetro y medio. Los romanos continuaron presionando tras ellos sin desorganizarse demasiado.

En ese momento, el flanco derecho de César recibió el ataque de quince mil boyos y tulingios, pueblos aliados que se habían unido a la migración de los helvecios. Venían frescos, seguramente por pura casualidad, no porque se hubieran mantenido a la espera. En cambio, los romanos, siguiendo su doctrina táctica habitual, mantenían como reserva las cohortes de la tercera línea, que formaron rápidamente una línea para enfrentarse a aquellos nuevos enemigos.

La batalla, que había empezado pasado el mediodía, se prolongó durante horas. Cuando empezó a oscurecer, los helvecios no aguantaron

más y rompieron filas. Muchos de ellos, los que no perecieron en el sitio, huyeron a los bosques. Otros se retiraron a los carrromatos, donde se desató una lucha tan fiera como la que se había librado en circunstancias similares en la batalla de Vercelas. Pero al final el campamento cayó en poder de los romanos. Allí hicieron prisioneros al hijo y a la hija del difunto Orgetórix.

Fue una victoria importante, pero nada fácil. Aunque se ignora cuántas bajas sufrió César, no debieron de ser pocas. Había tantos heridos que, en lugar de perseguir a los helvecios, las legiones se quedaron en aquel sitio tres días para atenderlos y también para enterrar a los muertos.

Al menos ciento treinta mil helvecios, entre combatientes, ancianos, mujeres y niños huyeron hacia el norte, a las tierras de los lingones. César envió mensajeros a esa tribu para advertir que si daban cobijo a los helvecios los consideraría como enemigos. Tras la demostración de fuerza de sus legiones en la reciente batalla, los lingones decidieron que no les convenía malquistarse con César y obedecieron.

Los supervivientes helvecios, que habían dejado atrás todas sus posesiones, enviaron embajadores. Al llegar ante César, se arrodillaron y le pidieron clemencia. Él les exigió que entregaran sus armas y también un buen número de rehenes, y que después regresaran al valle del que habían salido.

Fue en el campamento helvecio donde los romanos encontraron tablillas grabadas en caracteres griegos que contenían un censo completo de la tribu. Gracias a ellas averiguó César que en la migración habían participado trescientas sesenta y ocho mil personas; cifra que, por muy exagerada que parezca, es la única que nos ofrecen las fuentes. Según el mismo César, de toda aquella gente únicamente regresaron a sus hogares ciento diez mil.

Ariovisto y los germanos

Esta fue la primera gran batalla que libró Julio César. Quien había sido conocido hasta entonces más como político populista y abogado, y también como vividor y mujeriego, dedicó desde entonces tanto tiempo a la

milicia que acabaría pasando a la posteridad principalmente como general. Según Plinio, César mandó a sus tropas en cincuenta combates. En cambio, su tío Mario tan solo había llegado a dirigir dos combates de envergadura en la guerra de Yugurta y otros dos en la lucha contra los cimbrios y teutones.

Tras esta gran victoria, César informó al senado de que la Provincia e Italia ya no corrían peligro. Por su parte, la batalla le reportó un buen botín y, sobre todo, esclavos con los que pudo hacer caja: a partir de entonces, no volvería a pasar estrecheces financieras personales.

Después de su triunfo, César recibió embajadas de diversas tribus. En aquel momento, muchos galos debían de sentirse satisfechos al ver cómo los helvecios supervivientes regresaban a su valle y dejaban de merodear por sus tierras. Todavía no podían sospechar que César empezaba a albergar planes de conquista. Al fin y al cabo, los romanos siempre se habían mantenido cerca del Mediterráneo, en tierras más luminosas donde se bebía vino al calor del sol. ¿Qué se les había perdido en los fríos bosques del corazón de la Galia?

Confiados en que los romanos no tenían intereses más allá de la Provincia, diversos notables galos recurrieron al druida Diviciaco para que ejerciera de mediador ante César. En una reunión secreta, esos líderes le pidieron ayuda contra Ariovisto, rey de la tribu germana de los suevos.

Aquella historia se remontaba a unos años atrás. En las luchas constantes por la supremacía en el centro de la Galia, los arvernos y los secuanos se habían unido contra los eduos, que en aquel momento eran los más poderosos. Para derrotarlos, habían buscado refuerzos allende el Rin. Atendiendo a su llamada, Ariovisto había acudido con miles de guerreros y les había ayudado a derrotar a los eduos y sus aliados.

Lo malo era que después el rey suevo se había negado a regresar a Germania y se había instalado en territorio secuano. Desde entonces, no dejaban de llegar más y más germanos a la Galia. Ariovisto, según le explicaron a César, se había convertido en un tirano opresor que exigía rehenes al resto de las tribus. Si alguna no obedecía sus órdenes, mataba a esos rehenes con espantosas torturas. Incluso los secuanos, que eran quienes habían invitado a Ariovisto, estaban hartos de aquellos fastidiosos huéspedes.

Todavía era verano. Había tiempo de sobra para una segunda campaña y una nueva victoria. El problema para César era que Ariovisto y sus germanos se encontraban muy al nordeste, lejos de la frontera que se le había asignado como procónsul. Ya la había traspasado para luchar contra los helvecios, pero en ese caso cabía aducir que lo hacía por defender las fronteras de la Provincia. ¿Qué podía argumentar ahora? Como ironía, se daba la circunstancia de que Ariovisto había sido nombrado «amigo y aliado del pueblo romano» precisamente cuando César era cónsul.

Pese a todo, César estaba decidido a emprender esa nueva campaña. Sabía que sus enemigos en Roma, con Catón al frente, lo acusarían de extralimitarse. Por eso en sus *Comentarios* se encuentran más argumentos para justificar la guerra contra Ariovisto que en cualquier otra de sus campañas. En primer lugar —razona César—, él tenía que defender a sus aliados los galos, y sobre todo a los eduos, que le habían pedido ayuda. Por otra parte, no podía permitir que miles y miles de germanos siguieran cruzando el Rin, pues eso provocaría movimientos masivos de galos hacia el sur, lo que supondría para Italia una amenaza tan grave como la de los cimbrios y teutones.

¿Se trataba de una guerra justa? Depende del punto de vista de cada historiador. Los detractores de César piensan que sus argumentos eran cínicos y propios del imperialismo más descarnado. Sus defensores encuentran que tenía razón en atender las peticiones de los eduos y en hacer retroceder a los germanos más allá del Rin.

Antes de ponerse en marcha, César envió embajadores a Ariovisto para pedirle un encuentro a mitad de camino, en territorio neutral. El rey germano contestó que si César quería pedirle algo, debía acudir él a su encuentro. El procónsul respondió a su vez con otra carta en la que exigía a Ariovisto tres condiciones: que dejara de traer germanos del otro lado del Rin, que devolviera a los rehenes que retenía en su poder y que no declarara ninguna guerra más a los galos, y en particular a los eduos.

El tono de aquella conversación a distancia iba calentándose. Ariovisto respondió que él era tan conquistador como los romanos y que no estaba dispuesto a que César se entrometiese en sus asuntos. Que los romanos regresaran a sus dominios y le dejaran a él gobernar los suyos como mejor le pareciese. En cualquier caso, que César no olvidase que sus guerreros germanos nunca habían sido derrotados.

Al mismo tiempo que la carta de Ariovisto le llegó a César una noticia preocupante. Según informaba la tribu de los tréveros, que habitaba cerca del Rin, un enorme número de germanos, hasta cien clanes completos, se estaba congregando al otro lado del río para cruzar.

César se puso en camino hacia el norte con sus hombres, no sin antes asegurarse de que tenía una línea de suministro segura. Al saber que Ariovisto quería apoderarse de la importante ciudad de Vesontio —la actual Besançon—, se dirigió hacia ella a marchas forzadas. Se trataba de una fortaleza casi inexpugnable donde había grandes reservas de provisiones. La descripción que hace César de ella es muy interesante, porque se reconoce perfectamente en fotos aéreas de Besançon, salvando que el monte no parece tan alto como él dice.

Está tan fortificada por la naturaleza del terreno que ofrece una magnífica base para dirigir la guerra. El río Dubis rodea prácticamente la ciudad entera, como si lo hubieran dibujado con un compás. En el hueco que el río no cierra, de unos quinientos metros, se levanta un monte de gran altura, cuyas laderas llegan hasta la orilla del río por ambos lados. Alrededor de este monte hay una muralla que lo convierte en ciudadela y lo conecta con la ciudad. (BG, 1.38).

Allí en Vesontio, César se encontró por primera vez en problemas con sus tropas. Durante los días de descanso, empezaron a correr rumores escalofriantes. Los germanos, aseguraban, eran gigantes invencibles, y tan extraordinariamente feroces que incluso su mirada dejaba paralizados a sus enemigos, como la de las Gorgonas.

Curiosamente, quienes propalaban esas historias no eran los soldados, sino los tribunos militares y otros miembros de la aristocracia que habían venido de Roma a adquirir experiencia militar, como había hecho el mismo César de joven en la isla de Lesbos.

Muchos de ellos alegaron excusas para regresar a Roma, mientras que otros se escondían a llorar de miedo en las tiendas. Puede sonar exagerado, pero debemos recordar que, por lo general, aquellos hombres contenían menos que nosotros la expresión de sus emociones, tanto las buenas como las malas.

El temor es una de las emociones que se contagia con más rapidez en un ejército. Pronto todos los soldados andaban tan asustados que

muchos decidieron dictar su testamento a los compañeros que sabían escribir.

César se dio cuenta de que hallaba al borde de la situación más temida por un general: un motín. La única explicación que él ofrece a esa inquietud es el miedo.

Pero el historiador Dión Casio aduce otra causa para este conato de rebelión (38.35): César estaba a punto de llevar a sus legionarios a una guerra muy lejos de la provincia que le habían asignado. Y no tenía autorización del senado para ello ni lo hacía por el interés de la República, sino por conseguir más gloria personal. Todo esto parece más creíble como opinión de algunos tribunos y miembros de la aristocracia; no tanto para los soldados, a los que les importaban menos los detalles legales.

César reunió a los tribunos y también a los centuriones, pues sabía que estos tenían más contacto directo con la tropa y, por tanto, influían más en ella. Primero les echó un buen rapapolvo. ¿Quiénes se creían que eran para cuestionar las órdenes de un procónsul con *imperium*? Su misión era callar y obedecer. Además, incluso si Ariovisto no se avenía a razones y se veían obligados a luchar contra él, ¿por qué le tenían tanto miedo? Su tío Cayo Mario había derrotado a los cimbrios y teutones, que también eran germanos (esa era la opinión más extendida en tiempo de César). Ellos mismos acababan de vencer a los helvecios, que se las habían tenido tiesas con los germanos en más de una ocasión.

Finalmente, les dijo que, si tanto los encogía el pavor, estaba dispuesto a seguir solo con la Décima, a la que en muy poco tiempo había cogido un cariño extraordinario.

La respuesta fue automática. La Décima legión le dio las gracias por esa deferencia y las demás dijeron que no querían quedarse atrás. Fue el último incidente grave que sufrió César con sus soldados hasta nueve años después, en el 49.

Esa misma noche el ejército se puso en camino, no sin antes dejar una guarnición en Vesontio. César tuvo la precaución de pedirle a Diviciaco que los llevara hacia el norte por un camino casi cincuenta millas más largo, pero más despejado. Así se evitaban emboscadas, y por otra parte, viajar a cielo abierto resultaba menos deprimente que abrirse paso entre aquellos bosques densos, húmedos y oscuros que minaban la

moral de los hombres.

Siete días después, en la región de la actual Alsacia, sus exploradores le dijeron que habían avistado el campamento de Ariovisto. Al saber que César había venido, el rey germano pudo pensar que había hecho caso a su primera petición —«Si tienes algo que decirme, ven tú a verme»—, por lo que, una vez a salvo su honor, envió emisarios para pedir otra entrevista en terreno neutral. Como condición, Ariovisto estipuló que no debían traer infantería, sino una escolta a caballo únicamente.

La campaña anterior había provocado que César desconfiara de su caballería gala. Para asegurarse de que no le tendían ninguna acechanza, tomó prestados sus caballos y montó en ellos a soldados escogidos de la Décima. Estos bromearon diciendo que su general los había ascendido de repente a équites. Con el tiempo, esta unidad fue conocida como *Legio X Equestris*; algunos atribuyeron tal título a esta anécdota, aunque no existen pruebas de ello.

La entrevista se llevó a cabo en un otero aislado en la llanura, con tan solo diez jinetes por bando y sin desmontar de los caballos. Fue un diálogo para sordos, en el que ambos repitieron los mismos argumentos que habían intercambiado por carta. En cierto momento, Ariovisto comentó que, según sus noticias, había muchos optimates en Roma deseando que él y sus germanos aplastaran a César para librarse de él.

Sin llegar a ningún acuerdo, ambos se separaron. Dos días después, Ariovisto pidió una nueva entrevista. César envió a dos emisarios de confianza y el rey germano los hizo encadenar.

Se había acabado el tiempo de los parlamentos. Durante cinco días seguidos, César sacó a sus tropas del campamento y las desplegó en campo abierto para presentar batalla. Sin embargo, Ariovisto, el mismo que había rechazado cualquier propuesta —llevaba razón en que eran más bien imposiciones—, ahora se negaba a aceptar el combate. César podría haber atacado su campamento; pero lanzar una ofensiva contra una posición fortificada suponía muchas bajas, máxime si el enemigo conservaba sus tropas intactas.

Al sexto día, César ordenó levantar el campamento y construir otro al oeste, pues los germanos estaban cortando su línea de suministros y empezaban a escasear los víveres. Las legiones marcharon en triple línea

hasta el nuevo emplazamiento, a poca distancia de los enemigos. Mientras las dos primeras líneas adoptaban una formación defensiva, la tercera se dedicó a excavar una zanja y levantar un terraplén y una empalizada. Una vez terminada la obra, César dejó allí dos legiones y volvió con las otras cuatro al primer campamento. Gracias al segundo fortín, podía proteger los convoyes que le traían provisiones desde el sur.

Al día siguiente, Ariovisto rechazó de nuevo la batalla. Merced a unos prisioneros, los romanos se enteraron por fin del motivo de su renuencia a combatir. Las mujeres que ejercían de adivinas para el rey arrojando las *sortes*, unos trozos de madera con signos grabados, le habían dicho que para vencer a los romanos tenía que esperar hasta la luna llena.

César debió de pensar que, si luchaban antes del plenilunio, sus enemigos no se quitarían de su cabeza aquella profecía y eso minaría en parte su moral. Al día siguiente sacó a sus legiones de ambos campamentos dejando una guarnición mínima y marchó en formación de combate contra la posición enemiga.

En esta ocasión, los romanos se acercaron tanto que Ariovisto no pudo rechazar el combate. Los germanos salieron del campamento repartidos por contingentes tribales. Detrás de ellos se hallaban sus carromatos, desde los cuales las mujeres los exhortaban a vencer en la batalla para que ellas no se convirtieran en esclavas de los romanos.

César formó en esta ocasión con las seis legiones, incluidas la Undécima y la Duodécima, que a fuerza de marchas y escaramuzas ya estaban preparadas para librar una batalla campal. Él mismo formó en el flanco derecho, ya que veía que frente a él, en el ala izquierda del enemigo, las líneas parecían más débiles y existían más posibilidades de romperlas.

Cuando los estandartes y las trompetas dieron la señal de cargar, los legionarios avanzaron a paso ligero. Los germanos, por su parte, se lanzaron contra ellos a la carrera. Todo fue tan rápido que no hubo tiempo de lanzar los *pila*, por lo que los soldados los dejaron caer al suelo para recogerlos más tarde y directamente desenvainaron las espadas.

El primer choque fue extraordinariamente violento. César cuenta cómo muchos de sus hombres saltaban sobre la falange enemiga, arrancaban los escudos de los germanos con las manos y luego los herían

desde arriba, aprovechando sin duda que la mayoría de sus adversarios no llevaban armadura como ellos.

El ala izquierda de Ariovisto empezó a perder terreno rápidamente. A cambio, el flanco izquierdo romano también estaba sufriendo apuros, demasiado lejos de César como para que este pudiera acudir en su ayuda. En esta ocasión lo sacó del aprieto el joven hijo de Craso, que mandaba la caballería y tenía más libertad de movimientos. Al percatarse de lo que ocurría, tomó tropas de la tercera línea de reserva y las mandó al flanco izquierdo.

La llegada de estos refuerzos cambió el curso de la batalla. Cuando las mejores tropas germanas —probablemente los mismos suevos con su rey Ariovisto— rompieron filas ante la acometida romana, el resto de sus líneas se desplomaron sufriendo el habitual efecto dominó. Los germanos huyeron en tropel hacia el Rin, que estaba a algo menos de ocho kilómetros, perseguidos por la caballería de César. Algunos lo cruzaron a nado y otros lo hicieron en barcas. El propio Ariovisto se hallaba entre estos últimos y logró así salvar la vida. ¿Qué ocurrió con él después? No se le vuelve a mencionar hasta el libro quinto de *La guerra de las Galias*, en un texto que hace suponer que debió de morir en el año 54.

En la matanza posterior a la batalla perecieron dos de sus esposas y una hija, mientras que otra hija cayó prisionera de los romanos. En el campamento germano se hallaban también los dos emisarios que había enviado César unos días antes y a los que no esperaban encontrar con vida. Uno de ellos, Valerio Procilo, le explicó la razón. Sus captores querían quemarlos; pero cuando las adivinas consultaron a los dioses arrojando las *sortes*, estas respondieron hasta por tres veces que no lo hicieran. Quizá los germanos pensaban sacrificarlos en el plenilunio; de ser así, César había salvado a sus mensajeros obligando a los germanos a adelantar la batalla.

En una sola campaña César había obtenido dos victorias de prestigio. Los germanos, al menos los de Ariovisto, habían dejado de ser una amenaza para la Galia. En cuanto a las tribus congregadas junto al Rin para cruzarlo, dieron media vuelta y regresaron a su país de origen, mientras que los germanos que ya lo habían atravesado fueron atacados por los habitantes de la región.

En octubre, César envió a sus legiones a los cuarteles de invierno en

territorio de los secuanos. Era una posición estratégica para vigilar a estos y a los eduos, de cuya facción antirromana no se fiaba, y también para mantener un ojo atento al Rin. Pero aquello dio mucho que pensar a los galos. ¿Por qué los romanos no se retiraban a la Provincia? Muchos empezaron a sospechar que las intenciones de César iban más allá de mantener la seguridad de los territorios que gobernaba como procónsul.

Al cargo de aquellas tropas se quedó Labieno, mientras que César viajó al sur para pasar el invierno en la Galia Cisalpina. Allí tenía tareas administrativas que cumplir, y de paso se encontraba más cerca de Roma para controlar a distancia lo que pasaba en la urbe.

Mientras estaba en la Cisalpina, César reclutó dos legiones más, la Decimotercera y la Decimocuarta. De nuevo lo hizo sin permiso del senado. A esas alturas disponía ya de ocho legiones, el doble que al empezar su mandato como procónsul. Eso, y el hecho de haber dejado a sus legiones en territorio secuano, más allá de la frontera norte de la Provincia, sugieren que ya tenía en mente la conquista de la Galia.

Los comentarios de César

En esa conquista debía de estar pensando César cuando escribió aquella frase que ya mencionamos, *Gallia est omnis divisa in partes tres*. Seguramente fue en ese mismo invierno del 58-57 cuando empezó a escribir el primer libro de los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, la obra a la que solemos referirnos como *La guerra de las Galias* o, simplemente, como *Comentarios*.

En su forma definitiva, estos *Comentarios* constan de ocho libros que narran las campañas anuales de César desde el año 58. Los siete primeros los escribió él mismo. En cambio, el último es obra de un oficial y amigo suyo, Aulo Hircio, que lo redactó tras la muerte de César.

¿Por qué los escribió? Siguiendo los modelos de los historiadores griegos, muchos aristócratas romanos se habían dedicado a componer sus propios textos en prosa. Ya hemos hablado en diversas ocasiones de las memorias que redactó Sila. En su caso, el dictador trataba de justificar una vida entera y escribía para la posteridad; al menos, para su posteridad

inmediata, ya que mientras componía los últimos libros debía de ser consciente de que le quedaba poco tiempo de vida.

Lo que narraba César era más cercano. Él no escribía tanto para la posteridad como para sus contemporáneos. Su obra era una justificación en el momento, destinada a contrarrestar las acusaciones que Catón y otros enemigos vertían contra él en Roma afirmando que César había iniciado dos guerras innecesarias e injustas por su propio provecho. Eso salta a la vista sobre todo en el primer libro, que es donde más argumentos utiliza para razonar sus acciones militares.

También se trataba de una forma de hacerse propaganda. César sabía que durante varios años no iba a pisar Roma. Eso suponía una gran desventaja, pues su imagen podía volverse cada vez más borrosa en la memoria de los ciudadanos, que a cambio se dejarían influir por los políticos que tenían más a mano en el Foro. Los *Comentarios*, enviados a Roma libro por libro para que se hicieran lecturas públicas, traían el recuerdo de César de nuevo a la memoria de los ciudadanos. Además, ese recuerdo venía ahora nimbado por una aureola nueva y luminosa, la de gran general.

César procuró ser muy cuidadoso en su tono para no caer en el panegírico propio. No hay nada que estrague más el paladar que escuchar o leer el autobombo de otra persona. Es de sospechar, por ejemplo, que una crónica de las conquistas del vanidoso Pompeyo escrita por él mismo habría resultado insoportable (como no poseía la formación literaria de César, Pompeyo había confiado esa tarea a Teófanos de Mitilene, que se encargó de poner por escrito sus campañas en Asia).

César no cayó en esa tentación. Al menos, no demasiado. Si hay algo que puede aburrir al lector o al oyente es la repetición constante del pronombre «Yo, yo, yo...». Él lo evitó refiriéndose a sí mismo en tercera persona, hasta el punto de que, si no supiéramos con certeza que él escribió *La guerra de las Galias*, podríamos creer que se trata de una obra de otra persona.

Por otra parte, César utilizó un estilo conciso, prácticamente desprovisto de la retórica a la que tan aficionados eran otros autores y que tanto empalaga, por ejemplo, en los inacabables discursos de Dión Casio. Cicerón, rival suyo la mayoría de las veces, alabó sus *Comentarios* (*Bruto*, 262): «Son sencillos, directos y elegantes, despojados de todo adorno

estilístico como un cuerpo desnudo». Decidido a que la mayoría de la gente los entendiera, César limitó de forma consciente su vocabulario a unas mil quinientas palabras. Salvando las distancias, es algo parecido a lo que hacía Isaac Asimov como divulgador.

La idea de César era mostrar solo hechos prácticamente desprovistos de opiniones. Con eso conseguía ofrecer impresión de objetividad, aunque por supuesto no alcanzaba la objetividad real, un ideal imposible. Al seleccionar qué hechos contaba u ocultaba, en cuáles ponía el foco y cuáles quedaban en segundo plano, César no dejaba de llevar a sus lectores por donde quería. Pensemos, por ejemplo, en la forma en que echó la culpa a Considio por haber confundido a los hombres de Labieno con guerreros enemigos en aquella colina.

Como buen líder popular que quería que su obra llegara al corazón de las clases sociales más humildes, César destacó a propósito mucho más el papel de la tropa y de los centuriones (especialmente estos) que el de los tribunos y legados que pertenecían a los órdenes ecuestre y senatorial. Asimismo, mientras que él era siempre *Caesar*, en tercera persona, los soldados eran *nostri*, «los nuestros», en primera persona del plural. Cuando en las lecturas públicas los ciudadanos de Roma y de otros lugares de Italia escuchaban en relatos de victoria ese posesivo, «los nuestros», se emocionaban y se identificaban con aquella guerra que se libraba en el lejano norte.

Se ha discutido mucho hasta qué punto podemos confiar en lo que nos cuenta César. Sin duda, manipulaba la verdad como habría hecho cualquier otro, y probablemente se mentía a sí mismo más de una vez y se disculpaba ante sus propios ojos. Ahora bien, hay que tener en cuenta que sus *Comentarios* se leían y se escuchaban en Roma. Allí había tribunos y legados que habían participado en algunas de sus campañas y podían contar de primera mano lo que habían vivido en la Galia. También se recibían muchas cartas de soldados, centuriones y oficiales que escribían a sus familiares. Si César hubiera contado mentiras palmarias, cambiando las derrotas por victorias, inventándose campañas o multiplicando por diez el número de enemigos, lo habrían dejado en evidencia al instante. Eso quiere decir que podemos estar seguros de que lo que cuenta César ocurrió en realidad, y que ocurrió más o menos como él lo narra, aunque a menudo haya que leer entre líneas.

Con *La guerra de las Galias* disfrutamos de una ventaja enorme

sobre otro tipo de fuentes históricas, como Apiano o Plutarco: se trata del relato de alguien que lo vio todo con sus propios ojos. Y no solo eso, sino que estuvo en el meollo de todas las decisiones, porque *él* era ese meollo.

Pensemos en otros autores como Heródoto. Cuando el llamado «padre de la historia» escribía sobre las decisiones que tomaban los generales griegos, lo que contaba a menudo no eran más que las conjeturas que hacían los soldados sobre lo que sucedía, una especie de «radio macuto» convertido en historia porque el autor no disponía de otras fuentes a mano.

Con César es muy distinto. Él era el general que tomaba las decisiones y presidía los consejos, y el que desplegaba las legiones en el campo. Él estuvo allí, contemplando con sus propios ojos la batalla del río Sambre o el sitio de Alesia. Si además resulta que era un hombre excepcionalmente inteligente que sabía separar la paja del grano y organizar las ideas con claridad y elegancia sin caer en tentaciones retóricas, ¿qué más se puede pedir?

Está claro que hay que estudiar sus *Comentarios* con ojo crítico. Pero, al mismo tiempo, debemos dar gracias de que nos hayan llegado prácticamente intactos, pues son un auténtico tesoro. En el vasto campo de ruinas que es la literatura grecorromana, ojalá tuviéramos más monumentos intactos como *La guerra de las Galias*.

Campañas en el nordeste

Durante el invierno, mientras componía el primer libro de sus *Comentarios* y gobernaba sus provincias, César recibió informes preocupantes de Labieno: los belgas, los más belicosos de los habitantes de la Galia, consideraban una provocación que las legiones inviernaran en el territorio de los secuanos y estaban haciendo preparativos bélicos para prevenir una posible invasión de su territorio.

Una profecía de autocumplimiento, pues esos preparativos fueron la excusa para que César los invadiera. El motivo pretextado era el de casi siempre en esos casos: proteger las fronteras. Para ello, Roma procuraba tener al otro lado de ellas a pueblos aliados a modo de colchón. Pero, como

también había que proteger a esos *socii* para que el colchón no se desinflara, los romanos se internaban en su territorio para guerrear contra los enemigos que los amenazaban.

Lo malo para los pueblos amigos y antaño independientes era que, una vez que las legiones se plantaban en un sitio, no solían retroceder. Pasado un tiempo, como quien no quiere la cosa, los aliados descubrían que ya se encontraban dentro del territorio romano y que las fronteras se habían desplazado más lejos. Por supuesto, había que preservar los nuevos límites, pactar alianzas con otros pueblos, protegerlos de los agresores, mover de nuevo las legiones... Un proceso de nunca acabar que solo se detenía ante obstáculos físicos insalvables, como el Sahara, o cuando Roma topaba con enemigos duros de roer, como el imperio parto en el este.

En ese sentido, César no se comportó de manera muy distinta a otros generales antes que él. Lo que los diferenció a Pompeyo y a él fue la enorme escala de sus conquistas. Pero quienes lo atacaban en Roma no lo hacían porque pensaran que era un despiadado imperialista, sino porque eran enemigos personales suyos y no soportaban que fuese él quien estuviese adquiriendo poder, riqueza y gloria en una escala tan desaforada.

A finales del invierno, César envió por delante a sus dos nuevas legiones para que se unieran al resto del ejército, bajo el mando del legado Quinto Pedio. Al no estar autorizadas por el senado, era él quien las pagaba: eso demuestra que en un solo año de campaña había conseguido botín suficiente como para que sus problemas financieros se convirtieran en un recuerdo del pasado. A partir de ahora, César podía hablar de tú a tú a sus aliados Craso y Pompeyo.

Él mismo permaneció en la Cisalpina hasta que llegó la primavera y supo que disponía de forraje para la caballería sobre el terreno. Después viajó hasta Vesontio para asumir el mando de sus legiones y las llevó a marchas forzadas hacia el territorio belga, al que llegó en dos semanas. Tenía en aquel momento entre treinta y dos mil y cuarenta mil soldados, más tropas auxiliares de caballería, y también arqueros nómidas y cretenses y honderos baleares.

El ejército que habían congregado las diversas tribus belgas era inmenso, tanto que las hogueras de su campamento se extendían más de

trece kilómetros. Durante unos días, romanos y belgas se miraron a distancia. En ese tiempo se produjeron algunas escaramuzas de caballería, y también una refriega más generalizada cuando los belgas intentaron destruir el puente que cruzaba el río Aisne (un afluente del Sena), lo que habría cortado la línea de suministros de César.

El intento fracasó, y los belgas sufrieron muchas bajas. A esas alturas les resultaba imposible mantener reunido un ejército tan grande, pues ya no tenían provisiones. Una de las grandes ventajas de los romanos sobre la mayoría de sus enemigos era, precisamente, que podían mantener sus ejércitos movilizados durante mucho más tiempo que ellos gracias a una meticulosa organización logística.

Así pues, los belgas decidieron dividirse por tribus y regresar cada una a su territorio para aguardar acontecimientos. Cuando los romanos atacaran a alguna tribu, las demás acudirían en su ayuda. Decidido esto, emprendieron la retirada.

Al principio, César no se creyó lo que pasaba, pensando que le tendían una trampa. Pero después los exploradores le confirmaron que los belgas se estaban retirando sin plantar emboscadas y sin demasiadas precauciones. César envió tras ellos a Labieno con la caballería y tres legiones, y la retaguardia belga sufrió muchísimas bajas aquel día.

Después de eso, las legiones siguieron a marchas forzadas el curso del río Aisne. Primero atacaron a los susiones en su fortaleza de Novioduno: al ver las máquinas de guerra de los romanos, los susiones se impresionaron tanto que se rindieron al instante. A continuación se dirigieron contra los belóvacos, que se sometieron asimismo entregando seiscientos rehenes. El tercer pueblo al que sojuzgaron fueron los ambianos. Todo eso lo hicieron con tal rapidez que ninguna tribu pudo acudir en auxilio de las demás.

Posteriormente, César se dirigió al noroeste. Allí se encontraban los nervios, que se habían aliado con los atrebates y los viromanduos y tenían al menos sesenta mil guerreros. Según César, los nervios eran los más belicosos de los belgas porque tenían prohibido a los comerciantes itálicos adentrarse en su territorio y no compraban vino ni otros productos de lujo «ya que creían que estas cosas ablandaban sus espíritus y debilitaban su valor» (*BG*, 2.15). El geógrafo Estrabón los consideraba un pueblo germano más que galo.

Tras una marcha de tres días, César supo que se hallaba a unos catorce kilómetros del río Sabis y que los nervios y sus aliados se encontraban al otro lado, en su orilla sur. La mayoría de los investigadores identifican este río con el Sambre, aunque otros sugieren el Selle. En cualquier caso, los belgas estaban aguardando a los romanos, y para evitar una matanza entre sus familias como las que habían sufrido los helvecios o los germanos de Ariovisto, habían enviado a sus mujeres y niños a una zona pantanosa prácticamente inaccesible.

La inteligencia militar siempre funcionaba en doble sentido. Del mismo modo que César averiguó datos sobre los nervios mediante sus espías, los nervios disponían de informadores entre las filas de César. Gracias a eso sabían que los romanos solían viajar en una larga columna en la que cada legión marchaba seguida por su propia impedimenta. Eso significaba que cada unidad estaba separada de las demás por cierta distancia. El plan que sugirieron aquellos informantes era sencillo: en cuanto apareciese la primera legión del convoy, la atacarían y saquearían sus provisiones antes de que las demás tuvieran tiempo de acudir en su ayuda.

Aunque César todavía ignoraba que tenía espías entre sus filas, al acercarse al río Sabis ordenó modificar el orden de marcha, tal como se hacía siempre cuando había enemigos cerca. En lugar de avanzar legión por legión con carros y acémilas entre unidades, las seis legiones con experiencia de combate viajaban delante con la impedimenta mínima, seguidos por el tren de suministros y las dos legiones bisoñas, la Decimotercera y la Decimocuarta.

Los nervios se encontraban al otro lado del río, pero ocultos de la vista por una densa espesura que empezaba a unos doscientos metros del Sabis. Además, los romanos se acercaban por una zona sembrada de abatidas, barreras a medias naturales y a medias artificiales que los nervios habían levantado con arbolillos jóvenes doblados y atados entre sí, y reforzados con zarzas y matorrales. Aquellos bardales tapaban la vista, evitaban las incursiones de la caballería enemiga —pues los nervios confiaban únicamente en su infantería—, y de paso conducían a los posibles invasores por donde ellos querían.

Se acercaba el final del día, de modo que César escogió para acampar una colina en la orilla opuesta del río. Aunque no sabía que el grueso de los nervios se ocultaba en el bosque, sí sospechaba que había

enemigos cerca. Por eso envió a la caballería y a la infantería ligera al otro lado del Sabis, que apenas cubría un metro en aquella zona, con el fin de que formaran una barrera protectora mientras las seis legiones ascendían la ladera del monte y empezaban a construir el campamento.

Unos cuantos grupos de jinetes nervios salieron de entre los árboles y se dedicaron a combatir contra los romanos, lanzando ataques rápidos y retirándose enseguida hacia la espesura. Pero ni la caballería ni la infantería ligera de César picaron el anzuelo, pues sabían que internarse entre aquellos árboles podía ser peligroso.

Mientras tanto, las seis legiones que marchaban por delante empezaron a construir el campamento. Como era habitual, dejaron sus *furcae* con la impedimenta en el suelo y también los escudos, bien guardados en sus fundas de piel, y se dedicaron a excavar, apilar tierra y clavar estacas para levantar la empalizada.

Aunque César no lo deja claro, da la impresión de que no sospechaba que el grueso de los enemigos se encontraba tan cerca, y que pensaba que aquellos escuadrones de caballería que estaban peleando contra sus hombres en la orilla del río no eran más que avanzadillas enviadas para hostigar. Por eso se confió en exceso, y en lugar de plantar dos líneas defensivas delante de una tercera trabajando como había hecho ante los germanos de Ariovisto, ahora tenía prácticamente a todos sus hombres cavando trincheras. Uno de los principios tácticos de César era actuar siempre muy deprisa para adelantarse a los enemigos, pero en esta ocasión la rapidez se convirtió en precipitación e imprudencia.

El hecho de que no sospechara que había decenas de miles de guerreros agazapados entre los árboles demuestra que los belgas sabían mantener una admirable disciplina, equiparable a la de los hombres de Aníbal en la batalla del lago Trasimeno. Al parecer, su jefe Boduognato se había empeñado en su plan original, atacar el tren de suministros, aunque este no había aparecido detrás de la primera legión como esperaban. Por fin, en cuanto vieron cómo se acercaba escoltado por las dos legiones nuevas, dieron la señal de cargar y salieron de entre los árboles, pero no en tropel, sino organizados por unidades.

Del bosque al río había, como hemos dicho, apenas doscientos metros que los atacantes debieron cubrir en menos de un minuto. Desde la colina, César vio cómo un enjambre de enemigos bajaba hacia el Sabis

entre gritos de guerra. Su caballería y su infantería, sin ofrecer tan siquiera una resistencia simbólica, huyeron despavoridos. Como dice César recurriendo a un polisíndeton muy expresivo para recalcar la celeridad de aquella ofensiva, «casi al mismo tiempo los enemigos fueron vistos en el bosque y en el río y ya ante nosotros» (BG, 2.19).

Normalmente, los generales romanos organizaban sus filas antes de la batalla. Aunque cada legionario sabía dónde debía acudir —allí donde se alzaba el estandarte de su unidad—, colocarse en posición siempre llevaba su tiempo.

Ahora no lo tenían. No hubo despliegue cuidadoso, ni sacrificios a los dioses ni arengas. «César tenía que hacerlo todo simultáneamente: levantar el estandarte para dar la orden de acudir a las armas, dar la señal con las trompetas, llamar a los soldados que se habían alejado en busca de material para el terraplén, formar las líneas, arengar a los soldados e indicar la contraseña» (BG, 2.20).

Se trata de un recurso estilístico que intenta comunicar una sensación de atropello y urgencia. En realidad, César no podía hacer todo esto a la vez con las seis legiones. Fueron los legados, cada uno de los cuales se había quedado al mando de su unidad, quienes improvisaron las órdenes.

Aun así, aquel ataque imprevisto sembró el caos. Lo admirable es que dicho caos no se convirtiera en terror y en una desbandada general que, en aquellos parajes tan frondosos y plagados de enemigos, habría significado la aniquilación del ejército romano. Quizá los legionarios eran conscientes de ello y supieron controlar el pánico. Por otra parte, hay que tener en cuenta que todas esas legiones, salvo las dos que venían por el río con el bagaje, poseían experiencia de combate contra enemigos muy duros.

Los soldados, siguiendo órdenes de sus centuriones, trataron de formar unidades que en muchos casos eran improvisadas: los hombres que se habían alejado para cortar leña se hallaban lejos de sus centurias, así que acudían allí donde veían enarbolarse el estandarte más cercano. Mientras tanto, César acudió primero al flanco izquierdo para arengar a la Décima a toda prisa —«¡Acordaos de vuestro antiguo valor y resistid el ataque!»—, y después se dirigió a otras unidades: ya que no podía organizar la defensa, al menos quería recordar a sus soldados que estaba allí, con ellos. Pues, por mucho que recalquemos el papel moral del general

en combate, siempre nos quedaremos cortos.

Si el propio César cuenta esta batalla de una forma tan impresionista que se ha convertido en uno de los pasajes más célebres de su obra,^[38] es porque él mismo tuvo grandes dificultades para percibir lo que estaba ocurriendo. A la rapidez con que se desencadenó la lucha se sumaba que aquel paraje estaba sembrado de bosques y de aquellos setos levantados por los nervios que ocultaban la vista en muchos sitios.

En el ala izquierda, las cosas empezaron bien para los romanos. La Novena y la Décima tuvieron tiempo de arrojar sus *pila* y cargar contra la tribu de los atrebates, a los que hicieron retroceder ladera abajo hasta el Sabis, donde mataron a muchos de ellos. Después cruzaron la corriente y siguieron luchando con éxito.

En el centro, la Octava y la Undécima rechazaron asimismo a sus enemigos, en este caso los viromanduos, y bajaron también al río. En la parte derecha quedaban la Séptima y la Duodécima. Allí fue donde atacó Boduognato con el grueso de los nervios, la élite de aquel ejército. Parte de sus hombres flanqueó a los legionarios por el lado izquierdo, que había quedado desguarnecido debido al avance de la Octava y la Undécima, y otra parte embistió de frente.

La situación era crítica. El campamento inacabado estaba a punto de ser tomado por el enemigo, que después podría cargar ladera abajo para atrapar entre dos frentes a las cuatro legiones que combatían junto al río. Rodeados y sin un lugar seguro al que poder retirarse, eso los habría condenado a todos sin remisión.

Los hombres del ala derecha de César se batían como podían, pero la presión de los nervios era tan fuerte que los soldados de la Duodécima estaban apelotonados y apenas podían maniobrar. El primipilo de aquella legión, Sextio Báculo, había recibido tantas heridas que ya no se tenía en pie. También cayeron muchos otros centuriones de la Duodécima, entre ellos todos los de la cuarta cohorte, que para colmo perdió su estandarte. Los soldados de las últimas filas, en lugar de apoyar a sus compañeros, estaban empezando a recular para apartarse de los proyectiles enemigos, un movimiento evasivo que era el preludio de una huida general.

Viendo que todo pendía de un hilo y que se hallaban al borde del desastre, César bajó del caballo, le quitó el escudo a un soldado de las

últimas filas y se abrió paso entre sus hombres braceando hasta el frente. Allí, en medio de una lluvia de proyectiles, llamó por su nombre a los centuriones y ordenó a los soldados que dejaran de apelotonarse y abrieran las filas a derecha e izquierda para poder usar las espadas.

Al ver que su general compartía el peligro con ellos en una situación tan adversa, los legionarios de la Duodécima cobraron nuevos bríos y contuvieron el asalto de los nervios. Después, César ordenó que cerraran el hueco que los separaba de la Séptima para protegerse mutuamente la retaguardia, y la batalla se equilibró en lo alto de la colina.

¿Qué ocurría entretanto con las legiones bisoñas que escoltaban la impedimenta? Al ver en dificultades a sus camaradas, acudieron en su ayuda, sorprendiendo a los nervios por un flanco. Al mismo tiempo, Tito Labieno, que había trepado por la loma situada al otro lado del Sabis hasta tomar el campamento enemigo, vio desde las alturas los apuros que corrían César y las dos legiones del flanco derecho. Sin perder tiempo, reorganizó a sus hombres, los hizo bajar al río, cruzarlo de nuevo y atacar la retaguardia del enemigo. Aquel refuerzo subió el ánimo de todo el ejército romano tanto que la caballería y la infantería ligera volvieron a la refriega, e incluso los sirvientes que se encargaban de la impedimenta se unieron a ella.

En cuestión de minutos, los nervios se encontraron rodeados. No obstante, siguieron combatiendo mientras una fila tras otra caía, y los últimos supervivientes trepaban sobre las pilas que formaban sus compañeros muertos para disparar desde arriba. Como ocurría siempre al final cuando la situación se decantaba por un bando, la batalla se convirtió en matanza.

Al final, lo que anduvo al borde de ser una derrota desastrosa se transformó en una de las victorias más renombradas del ejército de César. Este, sin embargo, no pudo ocultar que había cometido una imprudencia que estuvo en un tris de provocar la aniquilación de ocho legiones. No es que en su texto se criticara a sí mismo ni reconociera error alguno, sino que la mera narración de los hechos resultaba lo bastante elocuente como para que cualquier oyente o lector de los *Comentarios* con experiencia militar comprendiera lo que había ocurrido.

Después de la batalla, las mujeres, ancianos y niños refugiados en las ciénagas enviaron emisarios para pedir la paz a César. Este podría

haberlos convertido en esclavos, pero se apiadó de ellos; era la famosa clemencia de César, que sabía manejar como buen político para obtener réditos. No obstante, no todo debía de ser cálculo, ya que los indicios sugieren que no era nunca más cruel de lo que la situación requería. Incluso un autor tan hostil hacia él como Dión Casio decía: «César era de naturaleza bastante razonable, y no se dejaba llevar fácilmente por la furia» (38.11). Aunque enseguida añade que, pese a que no permitía la ira lo dominara nunca, sabía aguardar su oportunidad para vengarse sin que las víctimas de su futura revancha lo sospecharan.

En este caso, César perdonó a los supervivientes de los nervios, y además ordenó a las tribus limítrofes que no aprovecharan su debilidad para atacarlos. Según los informes de los propios nervios, de sus sesenta mil guerreros únicamente habían sobrevivido quinientos. Aquella batalla, en palabras del mismo César, había llevado al pueblo de los nervios al borde de la destrucción.

Curiosamente, este comentario brinda una pista de que César redactaba sus *Comentarios* entre campaña o campaña. Si en el invierno del 57-56, mientras narraba la espectacular batalla del Sabis, creía que los nervios habían sido prácticamente aniquilados, tres años después comprobaría que no era así, cuando esa tribu atacó un campamento romano. César podría haber vuelto atrás sobre su texto para retocarlo, pero no lo hizo: puede que no se acordara de sus palabras, o que le diera cierta pereza desplegar el segundo rollo de sus *Comentarios* para buscar el pasaje en cuestión. Corregir en la Antigüedad era una tarea mucho más penosa que hoy día, obviamente.

La única tribu belga que se resistía era la de los atuatucos, que se habían refugiado en una fortaleza. Se decía de ellos que eran los últimos descendientes de los cimbrios y teutones al sur del Rin. Ahora, al ver cómo los romanos construían máquinas de guerra para asaltar sus murallas, se burlaron de ellos desde el parapeto preguntando cómo hombres tan bajitos y pequeños esperaban llevar hasta arriba una torre tan pesada. «Pues la mayoría de los galos desprecian nuestra corta estatura por comparación con el gran tamaño de sus cuerpos», explica César. La gran altura de los celtas y, sobre todo, de los germanos era un tópico entre los autores clásicos. Eso no significa que no fuese cierto: hay cualidades opinables, como el valor o la inteligencia, pero la estatura no es una de ellas.

Altos o no, cuando los atuatucos vieron que aquella enorme mole se

ponía en movimiento entre traqueteo y rechinar de ruedas, les entró el pánico y se apresuraron a rendirse. César les exigió que le entregaran las armas y ellos las arrojaron por encima de la muralla con gran estrépito.

Aunque aquella pila de lanzas y espadas era muy alta, los atuáticos se habían guardado la tercera parte de su armamento. Por la noche, esperando pillar desprevenidos a los romanos, salieron del fuerte y los atacaron durante la tercera guardia. Pero los centinelas dieron la alarma, y se libró una batalla en la oscuridad en la que perecieron cuatro mil atuáticos. Los demás se retiraron a la fortaleza.

No les sirvió de nada. Al día siguiente, los romanos atacaron. Esta vez los arietes tocaron el muro, lo que significaba que los defensores, que además habían traicionado la palabra dada, quedaban a disposición del vencedor. Como escarmiento para otras tribus, César vendió como esclavos a todos los supervivientes. Los compradores le informaron de que eran cincuenta y tres mil. Un porcentaje de los beneficios iba a parar a los soldados y mandos, pero la parte del león se la quedaba César, que campaña a campaña veía cómo su fortuna aumentaba. En cualquier caso, no era un hombre aficionado al dinero *per se*, sino a las influencias que podía ganar gracias a él, y lo gastaba casi a la misma velocidad con que lo ingresaba.

Cuando las noticias de sus victorias sobre los belgas llegaron a Roma, el senado decretó quince días de festejos para dar gracias a los dioses. Jamás se habían concedido tantos, ni siquiera a Pompeyo, lo que demuestra el temor que sentían los romanos por galos y germanos y el prestigio que otorgaban a los éxitos militares contra aquellos gigantes bárbaros del norte. Incluso muchas tribus del otro lado del Rin enviaron emisarios al procónsul para aliarse con él y entregarle rehenes. De las tres partes de la Galia que él mismo había enumerado, César podía considerar que había pacificado dos, Bélgica y la Galia habitada por celtas.

El convenio de Luca

Durante la ausencia de César, Roma no había sido precisamente una balsa de aceite. En un capítulo anterior ya conocimos a Publio Clodio, el personaje que provocó un escándalo colándose en la fiesta de la *Bona*

Dea en casa de César y motivó que este se divorciara de su mujer.

Los triunviros, para asegurarse su posición y recuperar la popularidad entre los ciudadanos, recurrieron a Clodio a sabiendas de que era un elemento muy difícil de controlar. Clodio concurre a las elecciones de tribuno y fue elegido para el año 58.^[39] Apenas entró en el cargo, Clodio presentó una *lex frumentaria* para restaurar los repartos de trigo a la plebe urbana. En este caso, los ciudadanos humildes no tenían que pagar ni siquiera el precio que había fijado en su momento Cayo Graco, sino que se les entregaba el grano gratis. Por supuesto, los optimates pusieron el grito en el cielo clamando que iba a arruinar a la República.

Su segunda actuación fue legalizar de nuevo los *collegia*, una especie de gremios o colegios profesionales que habían sido prohibidos en el año 64 por las actividades delictivas que llevaban a cabo en muchos casos. Después, Clodio organizó varios de esos colegios y les repartió armas, convirtiéndolos en grupos paramilitares que le servían de escolta y con los que a partir de ese momento dominó las asambleas populares por la fuerza. Sus bandas utilizaban una amplia gradación de medios de intimidación con los rivales de Clodio: los abucheaban, les arrojaban excrementos encima, tiraban piedras contra las ventanas de sus casas o las incendiaban, y si hacía falta los acuchillaban en los callejones.

El siguiente blanco de Clodio fue Cicerón, al que detestaba. El tribuno hizo aprobar una ley que condenaba a destierro a cualquier exmagistrado que hubiese ejecutado sin juicio a ciudadanos romanos. Su objetivo era el orador, que cuatro años antes había hecho matar a varios miembros de la conspiración de Catilina.

Cicerón alegó que había actuado siguiendo el *senatus consultum ultimum*, y trató de recurrir a la ayuda de Pompeyo. Al comprobar que sus esfuerzos eran inútiles, optó por lo más prudente y se autoexilió a Macedonia. Eso no lo salvó de las iras de Clodio, que hizo aprobar una ley para confiscarle sus propiedades e incitó a sus secuaces a incendiar la mansión del orador en el Palatino, así como otras villas que tenía en el campo.

Uno de los opositores más significados al triunvirato ya estaba fuera de circulación. Pero aún seguía Catón. Era demasiado popular para actuar de la misma manera contra él, de modo que Clodio presentó un plebiscito por el que se arrebató Chipre al rey egipcio Ptolomeo Auletes y se

convertía en provincia romana. Para organizar la anexión, propuso que se nombrara gobernador a un ciudadano incorruptible. ¿Quién mejor que Catón, el austero guardián de las costumbres? Catón no tuvo más remedio que aceptar y partió a Chipre. Era una patada hacia arriba para librarse de un rival incómodo.

Aquello molestó a Pompeyo, porque se trataba una injerencia en los asuntos de Oriente, que consideraba su finca particular. Poco después, Clodio volvió a ofenderle cuando organizó la huida de Tigranes, hijo del otro Tigranes rey de Armenia, que se hallaba como rehén en casa de Pompeyo.

Pompeyo comprendió que Clodio no le convenía como aliado y trató de ganarse el favor de Cicerón proponiendo que se revocara su exilio. El tribuno, como era de esperar, vetó la moción. Un par de meses más tarde, un esclavo de Clodio trató de matar a Pompeyo. En realidad, fue más una farsa que un auténtico intento de asesinato, pero sirvió para amedrentar a Pompeyo, que se refugió en su mansión y no volvió a actuar en público durante el resto del año.

Demostrando que era, en efecto, incontrolable e impredecible, Clodio se revolvió también contra César y propuso anular todas las leyes aprobadas por este durante su consulado. ¿Que eso podía extenderse también a la adopción que lo había convertido en plebeyo y, gracias a eso, en tribuno? A Clodio le dio igual.

Mientras llevaba a cabo sus campañas en la Galia, César recibía noticias de todo lo que ocurría en Roma. Al comprobar que Clodio le había salido rana, se puso en contacto con Pompeyo para conseguir entre ambos el regreso de Cicerón. A estas alturas, ya en el año 57, Clodio era de nuevo un ciudadano privado, pero sus *collegia*, auténticas bandas de gánsteres, seguían sembrando el terror en la ciudad e impedían cualquier votación que a él no le conviniera.

Pompeyo decidió recurrir al mismo expediente y apoyó a dos de los nuevos tribunos, Sestio y Milón. Este último, especialmente, organizó sus propias bandas, en las que había muchos exgladiadores.

Mientras la sangre corría por las calles de Roma con toda impunidad,^[40] en verano se propuso de nuevo el regreso de Cicerón. Clodio intentó impedirlo, pero sus matones fueron contrarrestados por los de

Milón y la propuesta se aprobó. El 4 de septiembre del 57, Cicerón regresó a Roma y fue recibido como un triunfador.

El beneficiario de la vuelta de Cicerón no fue César, sino Pompeyo. A propuesta del orador, se aprobó un decreto por el que se otorgaba a Pompeyo un mandato de cinco años como procónsul. Resultaba un tanto irregular, porque no era para ninguna provincia en concreto, sino para asegurar el abastecimiento de trigo a la ciudad. Pero en caso de necesidad otorgaba a Pompeyo *imperium* sobre cualquier gobernador provincial..., incluido César en la Galia.

Gracias a eso, Pompeyo volvió al candelero y recuperó popularidad en Roma. A cambio, Craso se sentía celoso de él. A decir verdad, César era el único vínculo entre los dos prohombres, que sentían una profunda antipatía mutua.

Aquel triunvirato extraoficial parecía a punto de romperse. Amén de los roces de Pompeyo y Craso, el creciente prestigio de César no agradaba a Pompeyo, que se consideraba a sí mismo el hombre más grande de Roma. ¿Quince días de acción de gracias cuando a él solo le habían concedido diez? ¿Dónde se había visto algo así?

Aprovechando su vanidad y sus celos, los optimates no dejaban de verter veneno en sus oídos, e incluso le sugerían, como hizo un tal Terencio Culeón, que se divorciara de Julia. Siempre habían despreciado a Pompeyo, un advenedizo del Piceno que había empezado su carrera política sin pasar por el senado. Pero pensaban que a él lo podían controlar mejor que a un patricio como César, de modo que no vacilaban en utilizarlo. Para ello contaban con la mejor herramienta posible: el propio ego de Pompeyo, que era desmesurado.

César era consciente de todo lo que pasaba, e intervenía desde la distancia empleando las riquezas obtenidas en la Galia para sobornar a todo aquel futuro tribuno o magistrado que lo apoyara. Lo que más le preocupaba era que se acercaba el momento en que su mandato se iba a acabar. Cuando eso ocurriera, se convertiría en ciudadano privado cinco años antes de que las leyes de Sila le permitieran presentarse de nuevo al consulado.

Era tiempo más que de sobra para que sus enemigos intentaran juzgarlo y condenarlo, o incluso asesinarlo. César quería una nueva

prórroga de su mandato para sentirse más tranquilo. Con tal fin, convocó a Craso a un encuentro en Rávena, una ciudad situada a orillas del Adriático en la provincia de la Galia Cisalpina. Después se reunió con Pompeyo al otro lado de la península, en la pequeña ciudad de Luca, en la costa del mar Tirreno, asimismo dentro de su provincia.

¿Estaba Craso presente en la reunión de Luca? No se sabe a ciencia cierta; pero, en cualquier caso, César habló por su boca, pues le interesaba que los tres llegaran a un acuerdo. Como resultado, Pompeyo y Craso accedieron a presentarse juntos al consulado del año 55. Ambos estaban legalmente capacitados, ya que había transcurrido una década y media desde su anterior consulado conjunto.

César debía contribuir con dinero y votantes a su campaña. A cambio, los nuevos cónsules lo apoyarían para ampliar cinco años su cargo en la Galia. Ellos mismos, cuando dejaran de ser cónsules, recibirían mandatos proconsulares también por cinco años y podrían controlar grandes ejércitos y conquistar nuevas provincias. Quien más interés tenía en esto último era Craso, que envidiaba los logros de sus dos socios y anhelaba el triunfo que se le había negado tras su victoria sobre Espartaco.

En la práctica, el acuerdo de Luca significaba que durante los próximos años prácticamente todas las fuerzas militares de Roma estarían bajo el mando de tres hombres tan solo. Y a juzgar por cómo se había comportado Pompeyo en el pasado y por cómo actuaba en el presente César, dirigiendo las operaciones en la Galia sin consultar con el senado, esas fuerzas obedecerían exclusivamente a los intereses de los triunviros.

Cuando poco a poco se fueron revelando los términos de este acuerdo, muchos senadores se horrorizaron. A Cicerón no le hacía ninguna gracia la situación, pero comprendió que debía doblegarse como una caña al viento si quería sobrevivir política y tal vez físicamente. En mayo del 56, poco después de la reunión de Luca, pronunció un discurso alabando a César por sus conquistas en la Galia. Por fin, dijo, un general se decidía a llevar la guerra a las tierras de los bárbaros en lugar de esperar sus ataques a la defensiva como habían hecho siempre los romanos. ¡Aquello no lo había hecho ni el gran Cayo Mario!

El argumento no era tan descabellado, pues hay que recordar la psicosis colectiva que despertaba la amenaza celta y germana entre los

romanos. Merced a la combinación de las presiones de Pompeyo y Craso y la afamada retórica de Cicerón, al final César consiguió lo que quería. No solo se le prorrogó el mando por cinco años más, sino que el senado se comprometió a financiar las legiones que el procónsul había reclutado por su cuenta.

En cuanto a Pompeyo y Craso, también obtuvieron lo que deseaban: ser elegidos cónsules. No sin problemas, cierto es. El magistrado que debía presidir los comicios, Léntulo Marcelino, se negó a aceptar sus candidaturas por estar fuera de plazo. Cuando llegó el momento de las elecciones, se produjeron disturbios callejeros tan graves que hubo que aplazarlas. Obviamente, detrás de esos tumultos estaban los triunviros.

Ya en enero, cuando Léntulo había vuelto a ser ciudadano privado, se llevaron a cabo las elecciones y el *interrex* nombrado para supervisarlas permitió que Craso y Pompeyo se presentaran. Tras nuevas irregularidades y actos de violencia —uno de sus rivales, Domicio Ahenobarbo, fue agredido—, ambos resultaron finalmente elegidos.

Aparte de las normas dictadas a favor de César, Craso y Pompeyo apenas legislaron. Al acercarse el final de su mandato, se les atribuyeron como provincias proconsulares Hispania y Siria. En el sorteo —por llamarlo de alguna forma—, la primera le correspondió a Pompeyo y la segunda a Craso. Este se sentía tan impaciente por conseguir la gloria militar que ni siquiera esperó a que terminara el año para abandonar Roma, y en noviembre del 55 partió hacia Oriente para organizar una gran campaña contra los partos.

En cuanto a Pompeyo, le bastó con saber que disponía de legiones fieles en Hispania, y se dedicó a gobernar la provincia desde Roma. En sentido estricto, desde los suburbios de Roma, porque como procónsul no podía atravesar el recinto del pomerio. Pero eso no suponía ningún óbice, porque cuando era necesario el senado se reunía en el Campo de Marte para que Pompeyo pudiera asistir.

La guerra naval de César

En el ínterin, César no había permanecido inactivo. Tras la reunión

de Luca, partió hacia Iliria, la provincia que más abandonada tenía. Mientras estaba allí, a finales de la primavera del 56, le llegaron malas noticias de la Galia. El informe provenía de Publio Craso, hijo de su compañero triunviro y uno de los oficiales más capacitados de César, el mismo que le había salvado los muebles en la batalla contra Ariovisto.

El joven Craso y sus tropas estaban invernando en la orilla norte del río Loira, no lejos del Atlántico. Los pueblos del lugar se habían sometido a los romanos y les habían enviado rehenes. Pero cuando Craso despachó como emisarios a Quinto Velanio y Tito Silio para pedirles grano, los vénéto, la tribu más poderosa de la Bretaña francesa, los aprisionaron. Después le dijeron a Craso que, si quería volver a ver a esos hombres, les devolviera sus propios rehenes. Y, por supuesto, que se olvidara de las provisiones y del pacto de sumisión. No contentos con eso, los vénéto incitaron a la rebelión a otras tribus vecinas, como los osismos y los coriosolitas.

César comprendió que no podría derrotar a aquellos enemigos de la misma forma en que había vencido a helvecios, germanos o belgas. Al igual que los atenienses del siglo V, los vénéto basaban su influencia en la región en que poseían una flota muy poderosa, y además controlaban los escasos puertos de aquella costa tan poco acogedora. Siendo un pueblo mariner, César sabía que no querían enfrentarse en campo abierto contra sus legiones. Por otra parte, le era imposible cortar sus líneas de suministro para obligarlos a combatir por la pura fuerza del hambre, ya que podían recibir provisiones por mar desde otros lugares de la Galia o desde Britania, isla con la que mantenían un floreciente comercio.

A sabiendas de que esta campaña iba a resultar diferente, César despachó mensajeros para ordenar que se construyera una flota en el río Loira y que se reclutaran marinos, pilotos y remeros en la Provincia. Asimismo impartió instrucciones a sus legados: Craso debía llevar doce cohortes a Aquitania para evitar que sus habitantes mandaran refuerzos a los galos; Labieno seguiría controlando a los belgas y vigilando la frontera de Rin con el fin de impedir invasiones germanas; y el legado Titurio Sabino se dirigiría a Normandía para atacar a los coriosolitas y otras tribus locales.

César en persona tomó el mando de las demás tropas y atacó a los vénéto en su territorio, situado en los alrededores del golfo de Morbihan, una especie de mar interior no muy lejos de los famosos megalitos de

Carnac.

La campaña, como había previsto, resultó desesperante. Los poblados de los vénéto solían estar situados en promontorios o penínsulas casi inexpugnables. En este punto, César habla de las mareas para sus lectores y oyentes itálicos, puesto que en el Atlántico son mucho más fuertes que en el Mediterráneo. Con pleamar resultaba imposible acercarse a pie a las fortalezas de los vénéto; pero si se intentaba acceder con trirremes y la marea retrocedía, las naves se quedaban estancadas en los bajíos.

Para contener esas mareas, los ingenieros de César construían enormes terraplenes. Esta ingente tarea, no obstante, acababa siendo inútil: en el momento en que los vénéto veían que sus fortalezas estaban a punto de ser asaltadas, recogían sus posesiones y sus víveres, se embarcaban con ellas y sus familias y se dirigían a otro poblado.

Así transcurrió el verano de una forma harto frustrante para César, que aguardaba la llegada del grueso de la flota que se estaba construyendo en el Loira. Sin embargo, los combates con las pocas naves de guerra de las que disponía le hicieron sospechar que cuando llegaran las demás iba a tener problemas.

Los romanos estaban armando su flota al estilo griego y fenicio, con trirremes y quinquerremes de bordo bajo, más adecuados para el Mediterráneo que para el Atlántico. En cuanto se levantaba una marejada más fuerte, el agua inundaba la cubierta. Además, los barcos romanos dependían para maniobrar de los remos; pero manejar estos de forma coordinada era una tarea complicada que se convertía en imposible si las aguas se picaban y los bandazos hacían que buena parte de los remos azotaran el aire en lugar del agua.

En cambio, los navíos de los vénéto se desplazaban usando únicamente las velas, y tenían costados tan altos que era imposible tomarlos al abordaje; además, sus tripulantes podían disparar cómodamente desde arriba contra los enemigos. Por otra parte, sus cascos estaban fabricados con planchas de roble tan resistentes que los espolones de los barcos romanos apenas les hacían cosquillas.

En general, debido a que estos navíos tenían que soportar el embate de los vientos y las olas del Atlántico, toda su construcción era más sólida,

con velas de cuero y no de lino y con grandes anclas atadas por cadenas en lugar de por sogas. Otra ventaja adicional era que, a pesar de la altura de sus bordos, esos barcos tenían el fondo prácticamente plano, por lo que podían navegar por aguas muy someras en las que los trirremes y quinquerremes embarrancaban.

A finales del verano apareció por fin la flota del Loira, mandada por Décimo Bruto. Al verla, los vénetos decidieron plantar batalla, puesto que se sentían en su elemento, y se hicieron a la mar en la bahía de Quiberón con su propia armada, formada por doscientos veinte barcos.

Como ya hemos dicho, las tácticas de abordaje o embestida, las únicas que se practicaban en el Mediterráneo desde hacía siglos, resultaban inútiles contra los sólidos navíos de los vénetos. Pero César y sus hombres le habían dado muchas vueltas a la cuestión y habían comprendido que aquellos barcos tenían un único punto débil: dependían por completo del viento. Por eso habían fabricado larguísimas pértigas provistas de hoces afiladas en sus extremos, parecidas a las llamadas *falces murales* que se utilizaban en los asedios para arrancar piedras de las murallas.

Cuando se trabó el combate y las naves de vénetos y romanos se acercaron unas a otras, los hombres de César empezaron a extender esos largos ganchos por encima de sus bordas para alcanzar las jarcias que sostenían las velas. Una vez que hacían presa, tiraban con fuerza o directamente ciaban —remaban hacia atrás, para entendernos— y cortaban los aparejos.

Poco a poco, la batalla se decantó a favor de los romanos ante los ojos de César, que observaba desde la costa igual que Jerjes había hecho en Salamina, aunque con más suerte. Con las jarcias cortadas, las velas caían flácidas y las naves de los vénetos se quedaban paradas. Los barcos romanos las rodeaban como pirañas y sus hombres tendían escalas para abordarlas como si fueran murallas.

Cuando los vénetos vieron que varios de sus barcos sufrían este destino, intentaron retirarse. Pero en ese momento dejó de soplar el viento —empezaba a caer la tarde—, y los trirremes y quinquerremes romanos pudieron alcanzar a los veleros que tantas veces los habían burlado. Muy pocos navíos vénetos lograron escapar.

Después de más de diez horas de lucha, la flota romana había alcanzado una sufrida victoria. César pudo añadir a su hoja de méritos, cada vez más extensa, que había prevalecido también en una batalla naval contra una tribu de expertos marinos, aunque él no hubiese participado personalmente en la acción.

Sin su flota, a los vénetos no les quedó otro remedio que rendirse. Pero como se habían rebelado después de intercambiar rehenes y además habían retenido como prisioneros a oficiales romanos, César decidió darles un escarmiento ejemplar. Todos sus líderes —los miembros de un consejo equivalente al senado romano— fueron decapitados, y a los *reliquos*, «los restantes», se los vendió como esclavos. No está claro si el término se refiere a toda la población o a los varones en edad de combatir. En cualquier caso, se trató una represalia muy dura, que autores como Luciano Canfora encuentran «muy poco edificante». Como señala este mismo autor en su biografía de César (p. 105), la victoria sobre los vénetos y el final de su flota cambiaron el equilibrio geopolítico de toda esa zona del Atlántico e hicieron posible que César empezara a pensar en ir todavía un paso más lejos para invadir Britania.

El año acabó bien para los intereses romanos: Craso sometió Aquitania y Sabino acabó con la rebelión más al norte, en Normandía. El mismo César terminó la campaña anual sojuzgando a los morinos y los menapios, que habitaban en la costa belga y el paso de Calais.

A estas alturas, las intenciones de conquista de César no eran un secreto para nadie. Sus campañas los habían llevado a él y a sus legados a rodear toda la Galia. Tan solo habían perdonado el centro, más poblado y próspero, seguramente con la esperanza de que tribus tan importantes como los carnutos o los arvernos pidieran alianza a Roma sin recurrir a la guerra.

El cruce del Rin

El 55 era, como ya hemos visto, el año del segundo consulado de Pompeyo y Craso. Para esa campaña, César había previsto cruzar el canal de la Mancha y actuar contra los britanos, con el pretexto de que habían enviado ayuda a los galos en sus luchas contra Roma.

Pero en invierno, mientras planeaba la expedición desde la Galia Cisalpina y de paso mantenía un ojo puesto en Roma, le llegaron malas noticias del norte. Dos tribus germanas, los téncteros y los usípetes, acababan de invadir la Galia. Era la vieja historia de las migraciones forzosas: los suevos los habían echado de sus tierras y ellos habían cruzado el Rin para expulsar a su vez a los menapios.

Cuando llegó la primavera, César se dirigió a la Galia y convocó una reunión de los principales caudillos celtas con el fin de pedirles grano y tropas de caballería. Después reunió a sus tropas y se dirigió al norte para abortar la invasión, que se había extendido al territorio de los eburones. Estos eran vasallos de los romanos, así que César ya tenía su *casus belli*.

Por el camino le llegaron enviados de los germanos para explicarle que habían cruzado el Rin por obligación. También le solicitaron tierras para instalarse y se ofrecieron como aliados.

César contestó que no estaba en su mano permitir que se quedaran en la Galia, pero que a cambio podía ayudarlos a asentarse en la orilla oriental del Rin, en los territorios de la tribu germana de los ubios. Juntos, los dos pueblos tal vez podrían resistir el acoso de los suevos.

Los enviados germanos pidieron tres días para regresar con sus tribus y reflexionar. En el ínterin, le rogaron que se quedara donde estaba y no siguiera avanzando. César se negó, según él mismo explica, porque sabía que el grueso de sus jinetes estaban lejos de allí, saqueando el territorio de los menapios, y sospechaba que los embajadores únicamente querían ganar tiempo a la espera de que su caballería regresara.

Las legiones siguieron su marcha hasta detenerse a unos veinte kilómetros del campamento principal de los germanos. Allí se encontraron con los mismos enviados, que volvieron a pedir a César que se quedara allí y les concediera tres días de plazo mientras despachaban embajadores a los ubios. César volvió a desconfiar, pero les respondió que avanzaría tan solo seis kilómetros más para tener acceso a agua potable.

Poco después, la caballería de César, formada por cinco mil galos, tuvo un encontronazo con los ochocientos jinetes que guardaban el campamento germano. Pese a tal desproporción, los germanos mataron a más de setenta galos y pusieron en fuga a los demás.

Cuando vio llegar a su caballería en desbandada, César comprendió

que no le quedaba más remedio que luchar, pues era evidente que los germanos tan solo querían ganar tiempo, y así se lo explicó a sus oficiales. «Evidente» desde su punto de vista, claro está. Los críticos de César alegan que los germanos querían realmente un acuerdo y que la supuesta derrota de su caballería no había sido más que una pantomima destinada a disponer de un pretexto para atacar.

Es difícil o imposible saber la verdad. Como ya hemos comentado, por alguna razón, la caballería germana sembraba el terror entre los galos pese a que sus monturas tenían menos alzada. Lo cierto es que César confió en ella para su escolta personal: germanos eran los jinetes que combatieron en Farsalia años más tarde y también los que se llevó a Egipto.

Al día siguiente llegó una nueva embajada germana a pedir disculpas por el ataque. En esta ocasión venían en ella los principales caudillos de los téncteros y los usípetes. César se frotó las manos al ver que todo el alto mando enemigo se ponía a su merced, y ordenó a sus hombres que aprisionaran a los germanos. Aquella era una violación del derecho de gentes equivalente a la que habían cometido los vénetos el año anterior. Pero César se sentía indignado por la doblez de los germanos, o al menos eso dijo a todo el que le quiso oír o leer. Además, aunque no lo reconociera abiertamente, no dejaba de pensar que no era lo mismo detener a unos embajadores romanos que a otros bárbaros.

A continuación, César hizo formar a sus legiones en tres columnas y se dirigió a marchas forzadas contra el campamento enemigo, que ni de lejos estaba tan fortificado como un *castra* romano. Aquello no fue una batalla, sino una masacre, pues los germanos estaban desprevenidos y sin jefes. Los que no quedaron tendidos en el terreno huyeron, dejando atrás todas sus pertenencias.

La noticia no tardó en llegar a Roma, y no precisamente por la versión de César. Cuando se supo en el senado, Catón se levantó y dijo que César había cometido un crimen de guerra al detener a los embajadores. La única forma de evitar que los dioses castigaran a Roma por ese sacrilegio era entregar a César a los germanos para que hicieran con él lo que quisieran, igual que se había obrado con el cónsul Mancino en Numancia en tiempos de sus bisabuelos.

Para los historiadores críticos con César, aquella fue una villanía

que manchó para siempre su historial. Luciano Canfora resume algunas posturas en su obra *Julio César. Un dictador democrático*, desde las que lo inculpan por aquella matanza a las que la pasan por alto o, desde un punto de vista nacionalista italiano, defienden a César por «inculcar en estas regiones un sano temor a las armas romanas». El propio Canfora, aunque también sea italiano, es bastante crítico aquí con César, como en otros pasajes.

Según Plutarco, en aquella masacre murieron cuatrocientos mil germanos. La cifra, como suele ocurrir en estos casos, no se sostiene. Calculando rápidamente, cada soldado del ejército de César habría tenido que matar al menos a diez personas, algo más que improbable en una época en que se daba muerte en general con armas blancas, tan cerca que uno podía ver las pupilas de su víctima. Incluso los *Einsatzgruppen* de Hitler (los comandos que buscaban y asesinaban a judíos durante la Segunda Guerra Mundial), pese a que utilizaban armas de fuego, acababan sufriendo tal desgaste psicológico por su infame tarea que los nazis tuvieron que buscar otras soluciones más eficaces, como las tristemente célebres cámaras de gas.

Por otra parte, es imposible, por muchas razones, que cientos de miles de germanos se hacinaran en un solo campamento. Lo más que podemos asegurar, así pues, es que César descabezó literalmente a los usípetes y téncteros al detener a sus cabecillas, que atacó uno de sus campamentos causando una gran mortandad y que el resto de los germanos debieron de dispersarse y regresar al otro lado del Rin.

Tras esta victoria moralmente tan cuestionable, César decidió cruzar el Rin. Los ubios, el pueblo germano aliado con los romanos, propusieron al procónsul llevarlo al otro lado del río con sus barcos. Pero él se negó, pues, aparte de que no acababa de fiarse, no le parecía apropiado para «su dignidad ni la del pueblo romano» (*BG*, 4.17), y decidió construir un puente.

César se extiende durante un par de capítulos en la descripción de aquel puente, pues en su obra considera tan importantes las proezas de sus ingenieros como las de sus soldados: estos domaban a los enemigos y aquellos a la misma naturaleza, un adversario aún más poderoso. Se cree que el puente se construyó en el curso medio del Rin, al norte de Coblenza y al sur de Andernach, en una zona donde el río medía entre trescientos y cuatrocientos metros de ancho.

En tan solo diez días los pontoneros lograron terminar la obra. El ejército romano cruzó por primera vez el Rin, dejando guarniciones de defensa en ambos extremos del puente. Al otro lado se extendían las tierras de los sigambros, donde se habían refugiado las tropas de caballería de los usípetes y téncteros que no habían llegado a entrar en combate. César había exigido a los sigambros que les entregaran a aquellos jinetes, y ellos habían respondido con algunas bravatas. Ahora, al ver que las legiones eran capaces de cruzar el río, todos pusieron pies y cascos en polvorosa.

César se dedicó durante unos días a saquear las tierras de los sigambros, quemar sus aldeas y apoderarse de sus cosechas (es de suponer que no le habrían dejado demasiado que rapiñar antes de huir). Después viajó al territorio de los ubios, a los que prometió ayuda si volvían a verse presionados por los suevos. Fueron los ubios quienes le informaron de que precisamente los suevos habían convocado a todos sus guerreros en el corazón de los bosques, dispuestos a librar una batalla decisiva contra los romanos.

Por el momento, César no tenía intención de enfrentarse a ellos ni entretenerse más allá del Rin. Había cumplido sus objetivos, que eran limitados. Además, estaba pensando en dar otro golpe de efecto con Britania antes de que el tiempo empeorara demasiado e impidiese la navegación. Por eso, tras dieciocho días en Germania volvió a cruzar el río y ordenó destruir el puente para que ningún invasor pudiera utilizarlo.

¿Por qué había cruzado César el Rin? No se trataba de una expedición de conquista, sino de una exhibición de poderío, destinada a demostrar a los germanos que era mejor para ellos quedarse en sus tierras y no entrar en la Galia, ya que César podía invadirlos cuando le viniera en gana. También era un golpe de efecto publicitario destinado a sus conciudadanos: mal que le pesara a Catón, aquella campaña de castigo contra los germanos tuvo buena prensa en Roma. César había sido el primer general romano en penetrar en el territorio del enemigo más temido, ¡y justo durante el consulado de Pompeyo y Craso!

Para comprender cómo veían los romanos lo que estaba ocurriendo en el norte, es revelador este fragmento del discurso de Cicerón *Sobre las provincias consulares* (34), que el gran orador pronunció en la época en que su relación política con César era buena:

Hasta ahora, padres conscriptos, de la Galia solo poseíamos el camino de entrada. Todo el resto de ella estaba en poder de pueblos que o bien eran hostiles a nuestro imperio, o traicioneros, o desconocidos, o a todos los efectos salvajes, bárbaros y belicosos. [...] Mas por causa del poder y el número de esas tribus nunca antes habíamos guerreado contra todas. Siempre nos hemos limitado a reaccionar cuando nos atacan. Ahora por fin se ha conseguido que el límite de nuestro imperio y el de aquellas tierras sea el mismo.

He puesto en cursiva el adjetivo «desconocidos», *incognitis*, para subrayar su lugar entre otros claramente negativos como «traicioneros» o «salvajes». Nosotros, que hace muchas generaciones que no vemos *Terra ignota* escrito en ningún mapa, no podemos comprender la inquietud que siembra en el espíritu la amenaza de lo que no se conoce, ese umbral oscuro del que puede brotar cualquier cosa, y que para los romanos se identificaba con los bosques y ciénagas del norte. Ahora que César y sus legiones cruzaban el Rin, por primera vez la luz iluminaba aquella zona sumergida en la niebla de guerra, que dejaba de ser desconocida y, por tanto, podía empezar a ser controlada.

La aventura de Britania

Según cuenta César, quedaba poco para que acabase el verano, y además en aquellas latitudes el invierno llegaba antes. No obstante, quizá crecido por sus éxitos, decidió seguir adelante con su plan y cruzar a Britania. El motivo que alegaba era que los britanos habían colaborado con los galos más levantiscos y había que castigarlos. Sin embargo, da la impresión de que al llegar al Atlántico le había invadido el mismo *póthos* que a Alejandro, un término que los griegos utilizaban para referirse al anhelo de llegar a algo que parece inalcanzable, de pisar allí donde nadie lo ha hecho antes. Si César llevaba las águilas romanas a Britania, podría mirar cara a cara a Pompeyo, o incluso por encima del hombro.

Por otra parte, no hay que olvidar que César había conseguido que le prorrogaran un mandato que todavía no había agotado. Si la Galia estaba pacificada, ¿de qué pretexto podía servirse para seguir siendo procónsul con tantas legiones bajo su mando? La conquista de Britania, o al menos

de parte de ella, podía ser un buen proyecto para ocupar unos cuantos años. Es probable que en su mente lo complementara con una campaña en Dacia que, debido a las circunstancias, nunca pudo llevar a cabo.

Britania era un país prácticamente desconocido para los romanos, hasta el punto de que algunos afirmaban que se trataba de un lugar fabuloso que ni siquiera existía. Entre los pocos marinos griegos que había visitado la isla estaba Piteas de Masalia, que en el siglo IV viajó hasta Britania, Irlanda y probablemente Islandia.

Cuando César se reunió con mercaderes galos para recabar información, comprobó que incluso ellos únicamente conocían la costa y la región del sureste opuesta a la Galia. Por eso no pudo averiguar el tamaño de la isla ni cuántas tribus la poblaban o qué nombres tenían. Decidido a averiguar por sí mismo todo lo que pudiera con vistas a una expedición mayor, a finales de agosto embarcó a la Séptima y la Décima en ochenta transportes y zarpó.

Debería haberlo seguido parte de la caballería, un refuerzo indispensable para explorar un territorio desconocido. Sin embargo, el tiempo cambió de súbito y las dieciocho naves que llevaban a los jinetes se quedaron atrás.

A mediodía, las naves romanas se acercaron a Dover, pero no pudieron atracar en su puerto natural porque los acantilados blancos que lo rodeaban estaban plagados de millares de guerreros britanos con evidentes intenciones hostiles. La flota siguió costeano unos diez kilómetros hacia el norte, en busca de una pequeña playa que había localizado Cayo Voluseno, un oficial al que César envió días antes como explorador.

Cuando llegaron allí, se encontraron con que los guerreros de los acantilados los habían seguido. Sus jinetes y sus carros de combate, las tropas más rápidas, estaban ya en la playa aguardando a los romanos y dispuestos a combatir.

Las naves de transporte de César tenían tanto calado que no tardaron en embarrancar a cierta distancia de la orilla, donde todavía cubría bastante. Cuando los primeros soldados empezaron a desembarcar, comprobaron que el agua les llegaba literalmente hasta el cuello y que estaban casi indefensos ante los proyectiles que les disparaban los

britanos. Como era de esperar, al ver lo que ocurría con sus compañeros, los demás legionarios se mostraron bastante remisos a saltar por la borda para afrontar una muerte segura.

Temiendo un fracaso que lo dejaría en ridículo, César ordenó a sus naves de guerra, cuyo calado era menor, que se acercaran a la orilla. Los soldados que viajaban en cubierta empezaron a disparar sus hondas y arcos y, sobre todo, las mortíferas piezas de artillería, dotadas de una precisión, un alcance y una potencia como los britanos no habían visto en su vida. Los proyectiles obligaron a recular a los defensores de la costa, dejando libres los primeros metros de la playa.

No obstante, los soldados seguían reacios a atacar. En ese momento el portaestandarte de la Décima legión llevó a cabo uno de esos gestos heroicos que quedan para la historia. Tras pedir a los dioses su bendición, se encaramó a la borda y exclamó: «¡Saltad, soldados, si no queréis que vuestra águila caiga en manos de los enemigos! ¡Pues yo pienso cumplir mi deber para con la República y mi general!».

Dicho esto, el portaestandarte saltó del barco y, chapoteando entre el agua y la espuma mientras levantaba el águila por encima de su cabeza, avanzó en solitario hacia los britanos. Los hombres de la Décima no podían consentir que su símbolo cayera en manos del enemigo, pues eso habría significado la mayor desgracia posible para su unidad, de modo que por fin se decidieron a lanzarse por la borda y corrieron hacia la playa.

La batalla que se libró a continuación fue caótica y sangrienta, pues los soldados se congregaban en torno al primer estandarte que veían, fuera el suyo o no, como había ocurrido en la batalla del Sabis. Los britanos, por su parte, atacaban a los grupos aislados cargando contra ellos con sus caballos y carros, disparando sus venablos y retirándose al instante. No obstante, poco a poco los legionarios fueron trabando escudos y formando una línea de combate, y tras sufrir bastantes bajas lograron poner en fuga a los enemigos y apoderarse de la playa.

César, que había dirigido la batalla desde la cubierta de su nave insignia, bajó por fin y puso los pies en Britania. Sus hombres levantaron un campamento, pero no se internaron tierra adentro por falta de caballería.

Poco después, unos cuantos caudillos britanos se presentaron ante

César con ofertas de paz y prometieron que le entregarían rehenes. Además, le devolvieron a Comio, un caudillo galo de la tribu al que el procónsul había enviado unos días antes en misión diplomática y que había sido apresado por los nativos.

Cuatro días más tarde de que la avanzada romana llegara a Britania, el tiempo mejoró lo suficiente como para que la pequeña flota que transportaba a la caballería pudiera zarpar. César incluso llegó a divisar las velas de aquellos barcos mientras cruzaban el canal. Pero de pronto se desató una tempestad que los dispersó. Algunas naves regresaron directamente a la Galia, mientras que otras intentaron desembarcar más al norte; como tampoco lo consiguieron, no les quedó más remedio que volver al continente.

Aquella tormenta no solo privó a César de recibir el refuerzo de su caballería, sino que dañó también a la flota anclada en la playa, pues el efecto de la pleamar con la luna llena acrecentó la fuerza del oleaje. Doce barcos quedaron destrozados y los demás sufrieron daños diversos.

La exagerada audacia de César había puesto a su pequeño ejército en una situación desesperada. No tenían apenas alimentos, ni caballería para explorar y proteger a sus forrajeadores, y no podían regresar a la Galia por el maltrecho estado de su flota.

Los mismos britanos que acababan de pactar la paz con los romanos se percataron de la situación y decidieron aprovecharla. Mientras seguían prometiendo unos rehenes que nunca llegaban, se dedicaron a congregiar tropas en las inmediaciones para lanzar un ataque general.

Las prioridades para los romanos eran reparar las naves y conseguir alimentos. Para lo primero, arrancaron piezas de los barcos más destrozados y las usaron para remendar los demás. También enviaron a la Galia las naves que se hallaban en mejor estado con el fin de que trajeran más material. Entre unas cosas y otras, consiguieron que, descontando las doce naves perdidas sin remedio, el resto de la flota se encontrara en condiciones aceptables para el regreso.

En cuanto a lo segunda prioridad, César envió a la séptima tierra adentro para que recolectara todo el alimento posible. Los soldados llegaron a un campo donde había agricultores recogiendo la cosecha, y entraron allí sin sospechar que era una trampa. Cuando se quisieron dar

cuenta, estaban rodeados por miles de guerreros a caballo y en carro que se habían emboscado entre los trigales.

Tal como los utilizaban los britanos, los carros de combate no eran una fuerza de choque como los de Mitrídates y Arquelao, sino plataformas móviles desde las que los guerreros disparaban sus venablos. Cuando conseguían desordenar las filas enemigas con sus proyectiles, bajaban del carro y seguían combatiendo a pie, mientras sus aurigas se retiraban a cierta distancia por si debían volver a recoger a sus señores. Aquellos vehículos eran muy ligeros y tanto sus conductores como los guerreros que se subían a ellos poseían una habilidad asombrosa para maniobrar en un palmo de terreno. Gracias a eso, en palabras de César, los carros tenían al mismo tiempo «la movilidad de la caballería y la solidez de la infantería» (*BG*, 4.33).

La Séptima, con la mayoría de sus hombres dispersos entre las mieses recolectando cereal, se hallaba en un buen apuro. Por suerte, en el campamento romano los vigías encaramados a las torres divisaron unas tolveneras que se alzaban de los trigales. Los soldados de la época sabían calcular la composición de una tropa por la forma, el espesor y la altura de las nubes de polvo; gracias a ello, los centinelas comprendieron que allí había caballería enemiga y dieron la alarma. César acudió a toda prisa con unos mil hombres y llegó a tiempo de poner en fuga a los britanos, que se refugiaron en un bosque cercano.

Allí no terminó la lucha: pasados unos días de mal tiempo que impidieron cualquier operación militar, los britanos lanzaron un ataque general contra el campamento. Aquella no fue una buena idea. Una cosa era tender emboscadas en campo abierto con caballos y carros y otra bien distinta atacar a unas legiones desplegadas delante de un campamento. Tras una breve batalla en la que sufrieron bastantes bajas, los britanos no tardaron en retirarse. A pesar de todo, César no pudo aprovechar apenas la victoria porque tan solo tenía los treinta jinetes que acompañaban al caudillo galo Comio.

Al comprobar que habían fracasado una y otra vez en sus intentos de aniquilar a aquel ejército relativamente pequeño, los caudillos britanos enviaron ese mismo día emisarios para pedir la paz. César les pidió el doble de rehenes que la vez anterior, y les explicó asimismo que debían enviárselos al continente, pues no pensaba permanecer por más tiempo en Britania. Aprovechando un día de buen tiempo, el procónsul embarcó a

sus dos legiones en las sesenta y ocho naves que seguían en condiciones y zarpó de regreso a la Galia.

La expedición no se había saldado con ningún éxito, pero al menos los romanos habían regresado con vida. Cuando las noticias de esta primera campaña llegaron a la urbe y se unieron a las de la expedición allende el Rin, el senado decretó veinte días de agradecimiento, cinco más que en el 57, cuando había derrotado a los belgas. Eso demuestra que César tenía buenos publicistas apoyándolo en Roma: el 55 no había sido su año más brillante como general, aunque sí aquel en el que había llevado más lejos los estandartes de la República.

Pese a los veinte días de gracias a los dioses, César no se había quedado contento con el resultado de la expedición. Durante el invierno los ingenieros romanos y locales construyeron seiscientos barcos con un diseño diferente, provistos de remos y velas, más anchos y de menor calado. Mientras los fabricaban, él viajó a Iliria, una zona de su jurisdicción que tenía algo abandonada. Allí llevó a cabo una breve campaña para evitar las incursiones de la tribu de los pirustas y después volvió a la Galia Transalpina para lanzar la invasión.

De todos modos, no pudo partir tan pronto como habría querido. Con el fin de garantizar que no se producían revueltas en su ausencia, ya que iba a dejar menos guarnición en la Galia que el año anterior, el procónsul había solicitado un número mayor de rehenes que debían acompañarlo a Britania.

Entre ellos estaba Dumnórix, el caudillo eduo que dirigía el bando antirromano. César, con razón, no se fiaba de Dumnórix, que ya le había hecho varias jugarretas en su primera campaña contra los helvecios. Aunque no se atrevía a tomar represalias contra él, prefería llevarlo consigo siguiendo la máxima de «Ten cerca a tus amigos, pero más cerca todavía a tus enemigos».

Dumnórix adujo todas las excusas posibles, incluso que le daba miedo viajar por mar y se mareaba. Al ver que no conseguía nada, el día fijado para zarpar huyó del campamento con un grupo de guerreros eduos.

César no estaba dispuesto a dejar en la Galia a un caudillo *cupidum rerum novarum*, «amante de las cosas nuevas». Para los romanos, el adjetivo «nuevo» poseía tantas connotaciones negativas como para nosotros

«viejo», y en este contexto implica que Dumnórix quería organizar una auténtica revolución en la Galia. César mandó una gran tropa de caballería en pos del fugitivo, con órdenes de detenerlo. A ser posible, añadió, que lo trajeran vivo; pero la prioridad no era esa, sino evitar que huyera.

Como era de esperar, Dumnórix se resistió. Pese a que ninguno de sus propios jinetes se mostró dispuesto a luchar por él, intentó zafarse de sus perseguidores y gritó antes de morir: «¡Soy un hombre libre de un pueblo libre!».

Resuelto de manera tan expeditiva el problema de Dumnórix, la expedición zarpó por fin. Esta vez César pensaba hacer las cosas bien. Llevaba cinco legiones y, sobre todo, más dos mil jinetes, imprescindibles para explorar y protegerse de la caballería y los carros enemigos. En la Galia se quedaron bajo el mando de Labieno las tres legiones restantes y los otros dos mil jinetes.

La flota, compuesta por ochocientos barcos, partió a principios de julio. Pese a ciertos problemas con el viento que los desviaron de la ruta, gracias a los remos pudieron arribar al punto previsto, la misma playa del año anterior.

En esta ocasión no había comité de recepción, y los romanos desembarcaron sin problemas. Tras levantar el campamento, César envió exploradores, que le informaron de que había tropas hostiles en el interior. Sin más dilación, decidió atacarlas con cuarenta cohortes y mil setecientos jinetes, dejando a los demás para defender el campamento.

Tras una marcha nocturna de casi veinte kilómetros, al hacerse de día los romanos llegaron ante la posición enemiga, un fuerte situado en una colina y rodeado por una empalizada, en la zona de la actual Canterbury. Ante él se hallaban desplegados los enemigos, pero el ejército de César los puso en fuga enseguida. Después, la Séptima adoptó la célebre formación de la tortuga constituyendo un techo de escudos sobre sus cabezas y asaltó la fortaleza, que era de construcción muy primitiva comparada con otras que habían tomado en la Galia.

Al día siguiente, César envió tres columnas por separado para perseguir a los enemigos. Mientras aguardaba en el lugar donde habían derrotado a los britanos, recibió malas noticias del campamento en la

playa. Una nueva tormenta se había abatido sobre la costa y había destruido cuarenta barcos.

Mientras los hombres de César reparaban los daños y Labieno enviaba más naves desde la Galia, los britanos se reagruparon bajo el mando de un caudillo llamado Casivelauno, rey de una tribu que moraba al norte del Támesis. Después, cuando los romanos reemprendieron su marcha hacia el interior, los guerreros de Casivelauno se dedicaron a hostigarlos en una táctica de guerrillas, aprovechando que conocían el terreno.

Eso reportó a los britanos algunas pequeñas victorias; a cambio, hizo que se confiaran. Mientras los legionarios levantaban un campamento al final de la jornada, Casivelauno lanzó un ataque masivo contra ellos. El asalto fracasó, y los britanos sufrieron al día siguiente un nuevo revés que los hizo dispersarse.

César, que seguía ignorando el verdadero tamaño del país, decidió atacar el territorio de Casivelauno para acabar con su resistencia y cruzó el Támesis por la zona donde hoy se extiende Londres. Los britanos, escarmentados de su fracaso anterior, volvieron a la táctica de guerrillas, lo que hizo sufrir un gran desgaste a las tropas de César.

En esta ocasión volvió a jugar a su favor la división entre pueblos vecinos, un fenómeno tan típico de Britania como de la Galia, de Grecia o de Italia antes de que se unificara bajo el mando romano. Al norte del Támesis moraban varias tribus que se pusieron en contacto con César y le entregaron rehenes y, sobre todo, provisiones. También le revelaron dónde se encontraba la fortaleza de Casivelauno, rodeada por ciénagas y bosques. Pese a ese entorno hostil, los hombres de César la asaltaron desde dos puntos simultáneamente y la tomaron. Aunque Casivelauno escapó, muchos de sus hombres murieron en el asalto.

Por otra parte, el rey britano había ordenado un ataque por sorpresa en la playa para destruir las naves romanas, pero también acabó en fracaso. Desanimado, Casivelauno pidió la paz utilizando a Comio como mediador. César le exigió rehenes y un tributo anual que debía enviar a la Galia, y también le ordenó que dejara de atacar a las tribus del norte del Támesis que lo habían ayudado en aquella breve guerra. No reclamó más, porque tenía prisa por marcharse. Se acercaba el otoño —había comprobado que allí incluso el verano parecía a ratos invierno, así que

prefería no aguardar a que el tiempo empeorase— y además le habían llegado informes preocupantes de la Galia.

El regreso no estuvo libre de dificultades, de nuevo por vientos adversos. Con todo, el ejército logró llegar incólume a la Galia.

Después de aquella breve invasión, no está muy claro que el tributo prometido llegara nunca. Las legiones romanas no volvieron a plantar sus cáligas en la isla hasta el año 43 d.C., cuando el emperador Claudio se decidió a conquistarla.

Así pues, ¿qué sacó César de sus dos campañas en Britania? Pese a los prisioneros que se llevó de la isla para vender como esclavos, lo más probable es que perdiera dinero.^[41] Su intención era más bien ganar prestigio. Así lo demuestra en el libro quinto de sus *Comentarios*, donde en mitad de la campaña contra Casivelauno hace una larga digresión sobre la geografía de Britania y las costumbres de sus habitantes, sabiendo que ese tipo de relatos de viajes con detalles exóticos eran muy del gusto de los lectores. Gracias a aquel viaje a tierras remotas, César se había rodeado de esa aura de grandeza que se había atribuido a sí mismo Pompeyo y que los relacionaba a ambos con la figura casi mítica del gran Alejandro.

Si César pretendía aventajar a Pompeyo ante la posteridad, lo cierto es que acabó consiguiéndolo. Casi dos siglos después, Plutarco escribiría una serie de biografías en las que emparejaba a personajes griegos y romanos, las llamadas *Vidas paralelas*. A Pompeyo le tocó verse comparado con Agesilao, un rey espartano de grandes virtudes militares, pero que vivió en la época en que Esparta entraba en declive. En cambio, a César le correspondió el honor de compartir el puesto con Alejandro, lo que implicaba que Plutarco lo consideraba el más grande de los romanos. De enterarse, Pompeyo se habría removido en su tumba.

La razón no fue, desde luego, aquella conquista *interrupta* de Britania. Pompeyo y César se verían las caras más adelante. Pero antes César tuvo que enfrentarse a la situación más difícil que había vivido como procónsul.

La situación a su regreso a la Galia era preocupante. El asesinato de Dumnórix había provocado indignación entre los eduos y muchas otras tribus. Por otra parte, el 54 había sido muy seco en aquellas tierras, por lo que la cosecha para el invierno era mucho menor que otros años. También

es posible que las guerras recientes hubieran influido negativamente en la agricultura por la devastación de los campos y la muerte de muchos campesinos.

Al haber tan poco trigo, César tuvo que dispersar a sus legiones, acampándolas en cuarteles de invierno muy separados: era la única forma de que no esquilmaran una zona y condenaran a sus habitantes a la inanición. Con todo, el hambre fue una de las razones que provocó la revuelta.

César se encontraba con más problemas, personales y políticos al mismo tiempo. En agosto, mientras combatía en Britania, su hija Julia había muerto al dar a luz a un bebé que tampoco sobrevivió. Como romano del siglo I a.C., César era tan consciente como todos sus contemporáneos de la fugacidad de la vida, pues la mortalidad era muy alta y, por unas razones u otras, resultaba muy frecuente que padres y madres enterraran a sus hijos. A veces incluso a todos ellos, como le había ocurrido a Cornelia, la madre de los Graco.

No obstante, la joven Julia era la única hija de César, por lo que la pérdida le debió doler aún más. También su marido, Pompeyo, sufrió mucho por su muerte. Como cuenta Plutarco, muchos lo criticaban porque pasaba más tiempo con ella recorriendo Italia que atendiendo a las legiones que tenía en sus dos provincias de Hispania. El biógrafo señala como un hecho llamativo que la joven Julia, que debía de tener veinticinco o treinta años menos que Pompeyo, estuviese tan enamorada de él. Aunque luego añade dos motivos posibles: que Julia le estuviera agradecida porque él siempre le fue fiel —algo que no podría haber dicho ninguna mujer de su padre—, o que se sintiera atraída por la naturaleza galante de Pompeyo, que alguien como la célebre cortesana Flora podía atestiguar (*Pompeyo*, 53).

Aparte del dolor que ambos sentían, estaban los graves inconvenientes políticos. El matrimonio entre la élite romana, con amor o sin él, servía casi siempre para establecer alianzas. La de Pompeyo y César empezaba a resquebrajarse. Aunque da la impresión de que ambos, por su talante, simpatizaban cuando se trataban en persona, ahora había muchos kilómetros de por medio entre ellos. A Pompeyo le llegaban por una parte las hazañas de César —seguramente refunfuñaba al oírlas «No es para tanto comparado con lo que yo hice»—, y por otra parte los enemigos de César no dejaban de envenenar sus oídos para encizañarlo.

La muerte de Julia no hizo sino agravar la situación. César intentó recomponer la alianza enseguida, proponiéndole que se casara con su sobrina nieta Octavia, cuyo hermano se convertiría en el emperador Augusto. Pero Pompeyo se negó, y en su lugar contrajo matrimonio con la hija de Quinto Metelo Escipión, miembro destacado de la facción de los optimates y enemigo irreconciliable de César.

Las desgracias personales de César no se quedaron aquí. Por las mismas fechas falleció también su madre Aurelia, a la que siempre había estado muy unido. Era ella, con sus influencias familiares, la que le había salvado la vida durante las proscripciones de Sila y también quien había movido hilos para que se convirtiera en *pontifex maximus*, el primer gran salto de prestigio en su carrera.

La primera revuelta de la Galia

Como acabamos de comentar, la mala cosecha del año anterior había obligado a César a separar mucho sus legiones. A sabiendas de que esa dispersión era peligrosa y de que reinaba el descontento en la Galia, decidió quedarse en ella en lugar de viajar a la Cisalpina como otros años, al menos hasta que supiera que todas sus unidades se habían instalado en sus cuarteles de invierno.

Una de las legiones, la Decimocuarta, estaba acampada con otras cinco cohortes en Bélgica, en el territorio de los eburones, cerca de la ciudad de Aduatuca. Al mando de aquel fuerte se hallaban dos legados llamados Aurunculeyo Cota y Titurio Sabino.

En teoría no parecía muy acertado instalar a una de las legiones con menos experiencia en territorio belga, poblado de pueblos levantiscos. Pero los eburones no eran una tribu demasiado importante ni se habían mostrado particularmente agresivos hasta entonces, y estaban entre los primeros que habían entregado rehenes a César.

En aquel entonces los dos principales caudillos de los eburones eran Ambiórix y Catuvolco. Un líder de la tribu de los tréveros llamado Induciomaro, que estaba resentido contra César, llevaba tiempo conspirando entre los jefes de diversas tribus para organizar una revuelta.

Por fin, convenció a Ambiórrix, que se puso de acuerdo con él para prender la mecha atacando a aquella legión y media acantonada en su territorio. Tal como lo presenta César, todo parece cuestión de las élites, pero lo cierto era que los galos en general tenían razones para sentirse hartos de la presencia romana. El propio César lo comprendía, pues hablando sobre la guerra de los vénéto había comentado que «por naturaleza todos los hombres se esfuerzan por la libertad y aborrecen ser esclavos» (*BG*, 3.10).

Ambiórrix empezó mandando a sus guerreros contra una partida de romanos que habían salido a cortar leña, y después los lanzó en masa contra el campamento. Los romanos lograron rechazarlos en aquella primera ofensiva; como, por otra parte, cabía esperar.

Ambiórrix pidió una tregua para parlamentar. Cuando Sabino y Cota le enviaron emisarios, el caudillo eburón les explicó que la culpa de aquel ataque no era suya, sino que otros líderes le habían obligado a atacarlos como parte de una gran conspiración que afectaba a la Galia entera. Mezclando mentira y verdad, un truco que suele funcionar por desconcertante, añadió que pronto llegarían a la región tropas germanas de refuerzo. Lo mejor que podían hacer Sabino y Cota era retirarse con sus hombres a un lugar más seguro, junto a las legiones de Labieno o las de Quinto Cicerón, que estaban acampadas a unos ochenta kilómetros de allí. Ambiórrix les juró personalmente que les daría un salvoconducto a través del territorio de los eburones.

Sabino y Cota convocaron un consejo con los tribunos y centuriones para discutir el asunto. Pronto se vio que sus opiniones diferían. Mientras que Cota se mostró partidario de quedarse en el campamento hasta que recibieran órdenes de César, Sabino aseguró que era muy peligroso quedarse allí: si los germanos de más allá del Rin se unían a las tribus locales, estaban perdidos.

Finalmente, Sabino convenció a los demás argumentando que si el peligro era real, su única opción de salvarse era huir de allí; en cambio, si la supuesta conspiración era mentira, no correrían ningún peligro al dirigirse a los campamentos de las otras legiones.

Después de recoger sus pertrechos, los romanos partieron al amanecer. Contando con los jinetes hispanos que acompañaban a las quince cohortes y con los auxiliares, debían de ser entre seis mil y ocho mil hombres.

Como era de temer, la oferta del servicial Ambiórrix encubría una traición. Los eburones se habían emboscado entre la espesura en un punto angosto del camino, a unos tres kilómetros del campamento. Cuando los romanos empezaron a atravesar aquel estrecho valle, los galos aparecieron por ambos lados y los rodearon.

Para agravar las cosas, los legados no se pusieron de acuerdo ni siquiera en aquel momento. Sabino intentó buscar a Ambiórrix para pedirle una tregua, pero cuando se acercó a él confiando en su palabra, los enemigos lo cercaron. Según Dión Casio, Ambiórrix hizo que le quitaran las armas y la ropa y, una vez desnudo, le clavó una lanza (40.6). Alguien podría haberle recordado a Sabino el refrán: «Si me engañas una vez, la culpa es tuya; si me engañas dos, la culpa es mía».

En cuanto a Cota, aunque el proyectil de una honda lo había golpeado en plena cara, organizó a sus hombres a la desesperada en un círculo defensivo. Al final, cuando ese círculo estaba roto por todas partes, los galos cargaron para luchar cuerpo a cuerpo. La mayoría de los romanos cayeron en aquel asalto, incluido Cota. Unos cuantos lograron escapar y se refugiaron en el campamento. Allí muchos decidieron que la situación era insostenible y se dieron muerte. Otros huyeron en la oscuridad de la noche y, después de un largo y peligroso viaje por senderos agrestes, llegaron hasta el campamento de Labieno, donde contaron lo sucedido.

Cerca de seis mil hombres yacían muertos entre aquel valle y el campamento cercano. Era el mayor desastre militar que había sufrido César en su carrera. Su texto carga casi todas las culpas sobre Sabino y exculpa a Cota y, sobre todo, a los centuriones cuyo heroico comportamiento describe con detalle, como el de uno de ellos que murió cuando trataba de salvar a su hijo rodeado por enemigos.

Sin embargo, Sabino había tenido actuaciones brillantes en el pasado contra los nervios o los vénetos. ¿Lo usó César como chivo expiatorio, ya que no estaba vivo para poder defenderse y tampoco tenía parientes poderosos en el senado que protestaran contra el relato de su final? Es una posibilidad.

Como responsable de esas tropas, la derrota era de César, cuya aura de general invencible presentaba de pronto una muesca, y no pequeña: una legión y media aniquilada; un águila y muchos más estandartes en

poder de los enemigos. Si bien él no había estado presente, se puede argumentar que había hecho mal otorgando un mando dividido a dos legados sin dejar claro quién estaba por encima de quién, o asignando a una zona peligrosa una legión con tan poca experiencia como la Decimocuarta.

Exultantes por el triunfo, Ambiórrix y los suyos se dirigieron a buscar apoyo a las tierras de los atuáticos y de los nervios. Estos fueron los primeros en imitar el ejemplo de Ambiórrix (lo que, de paso, demuestra que no habían sido borrados del mapa tras la batalla del río Sabis). En el territorio nervio estaba acampada una legión cuyo número se ignora; se sabe que la mandaba Quinto Cicerón, a quien César había nombrado legado en el año 55 como parte de su campaña para ganarse el apoyo de su hermano, el famoso orador.

Quinto, al igual que su hermano, no era ningún entusiasta de la vida militar y prefería dedicar su tiempo a la literatura. De hecho, según contó en una carta, durante su campaña gala compuso cuatro tragedias, entre ellas una *Electra*. El hecho de que escribiera las cuatro en tan solo dieciséis días sugiere que su calidad literaria no debía de ser excelsa y probablemente explica por qué no se han conservado.

Los nervios, ayudados por varias tribus aliadas, intentaron asaltar el campamento de Cicerón aprovechando que la noticia de la traición de Ambiórrix todavía no había llegado. A pesar de todo, los romanos lograron repeler la ofensiva. Después de aquello, Cicerón seguramente pensó que sus atacantes, confirmando los prejuicios romanos sobre celtas y germanos, se aburrirían y se retirarían.

Pero esta vez no ocurrió así: igual que los romanos copiaban tácticas y armas de sus enemigos, estos aprendían de los romanos. Los nervios empezaron a abrir zanjas cavando con las espadas y usando sus mantos a modo de cestas para transportar la tierra. Cuando quisieron darse cuenta, los romanos estaban sitiados por un enemigo mucho más numeroso que ellos.

En esta crisis, Quinto Cicerón demostró que era un hombre valioso y organizó la defensa con energía. En la primera noche, los romanos levantaron ciento veinte torres de madera para reforzar la muralla, que no estaba terminada todavía. Dichas torres se hallaban separadas entre sí por unos treinta metros, lo que permitía un alcance eficaz a los proyectiles

disparados desde arriba para no dejar puntos ciegos en la empalizada.

Al día siguiente, los galos lanzaron otro ataque reforzado por más efectivos, y los romanos volvieron a rechazarlo. Insistieron al otro día, y al otro, y durante varias jornadas se repitió la misma rutina para los romanos: de día combatían y de noche, en lugar de descansar, trabajaban sin cesar. Los soldados afilaban estacas y *pila muralia* al fuego, levantaban más altas las torres, reforzaban los terraplenes con protecciones de madera y mimbre y reparaban los daños en las defensas.

Quinto se multiplicaba animando a sus hombres, aunque en aquellos días se encontraba enfermo. Al mismo tiempo, no dejaba de enviar mensajeros para pedir ayuda a César. Pero todos eran interceptados, y los nervios los llevaban delante del campamento para matarlos entre torturas delante de sus compañeros y aterrorizar así a futuros emisarios. En un momento determinado, los caudillos nervios intentaron engañar al legado recurriendo a la misma argucia que Ambiórrix, pero Quinto no picó el anzuelo y se negó a abandonar el campamento por muchos dioses que le pusieran por testigos.

Tras siete días de asedio, se levantó un fuerte viento. Los nervios aprovecharon para disparar al interior del campamento flechas incendiarias y bolas de arcilla calentadas al fuego que, al caer sobre los techos de paja, les prendían fuego. Al ver que el incendio se extendía, los nervios lanzaron un ataque general contra la empalizada. Pero a pesar de las llamas, los romanos lograron rechazarlos y les infligieron muchas bajas mientras a sus espaldas buena parte de sus pertenencias ardían.

En este punto, César vuelve a acordarse de sus centuriones, a los que tanto mima en sus *Comentarios*, y narra las hazañas de dos de ellos que rivalizaban en valor. En esta ocasión, esos dos centuriones saltaron fuera de la empalizada para combatir entre los asaltantes y zanjar de una vez por todas la cuestión de cuál de los dos era el más valiente. La historia, que demuestra el talante un tanto bravucón de estos dos hombres, quedó en empate, porque uno acabó salvando al otro y ambos regresaron al amparo de la empalizada sanos y salvos. Sus nombres eran Lucio Voreno y Tito Pulo. En realidad, este último debería transcribirse «Pulón» en español, pero a los espectadores de la serie *Roma*, cuyos protagonistas se basan en estos dos centuriones, les sonará más como Pulo.

Por fin, un esclavo galo fiel a los romanos logró eludir el cerco y

escapar del campamento con una carta enrollada en el interior de una lanza.

Cuando el mensajero llegó a Samarobriva, donde se hallaba César, este reaccionó al instante. Sin perder tiempo, el procónsul envió un mensaje a su cuestor Marco Craso, hijo mayor de su aliado en el triunvirato. En él le ordenaba que saliera a marchas forzadas de su campamento, situado a más de treinta y cinco kilómetros de allí, y se reuniera con él. También despachó un segundo mensaje al legado Fabio para que avanzara con su legión hacia el territorio de los atrebatos, por donde pensaba pasar de camino hacia el fuerte de Cicerón, y un tercero a Labieno para que acudiera con sus tres legiones si le parecía posible.

En cuanto Craso llegó a Samarobriva, César lo dejó allí a cargo de los almacenes de provisiones, los rehenes, el dinero con que pagaba a la tropa y los archivos. Después se puso en marcha con cuatrocientos jinetes y una legión sin apenas impedimenta.

Por el camino se reunió con Fabio, y le llegó un mensaje de Labieno en el que este le informaba del desastre sufrido por la legión y media acampada en territorio eburón con Cota y Sabino. Labieno, que conocía los hechos porque los supervivientes se los habían contado, informaba asimismo de que no podía abandonar su posición: tenía a pocos kilómetros de su propio campamento a miles de tréveros rebeldes junto con su caudillo Induciomaro.

Eso significaba que César solo disponía de dos legiones, una fuerza claramente insuficiente contra un enemigo mucho más numeroso. No obstante, continuó su camino sin vacilar: si como procónsul tenía que defender a los pueblos aliados de Roma, como general les debía una fidelidad mucho mayor a sus hombres, y su obligación era salvarse o perecer con ellos. Además, si después de haber perdido quince cohortes los nervios aniquilaban a otra de sus legiones, nada podría impedir que la rebelión se extendiese por toda la Galia como un incendio entre las mieses. Tras jurar que no se cortaría la barba ni el cabello en señal de duelo hasta que vengara la muerte de sus hombres, César reemprendió el camino.

Mientras las dos legiones avanzaban sin descanso por los bosques, un mensajero galo cabalgaba a galope tendido hacia el fuerte de Cicerón con un mensaje. César dice que estaba escrito en letras griegas; según algunos autores, esto implica que lo había redactado en latín utilizando

caracteres helenos para que los enemigos no pudieran leerlo. En mi opinión, *Graecis litteris* en este contexto significa directamente que el mensaje estaba en griego, un idioma que tanto él como Cicerón dominaban a la perfección, y así lo interpreta también el historiador Dión Casio.^[42]

En cualquier caso, el mensaje de César animaba a su legado a resistir, pues la ayuda ya venía en camino. Cuando el emisario llegó a las inmediaciones del campamento, se hizo pasar por un atacante más, que era lo que había pretendido César recurriendo a un nativo del país. Pero llegar hasta allí era una cosa y entrar al fortín sorteando a atacantes y defensores otra muy distinta. Tras pensárselo, ató el mensaje a la correa propulsora de una lanza y la arrojó contra la empalizada con tanta fuerza que consiguió que se clavara en una torre de defensa.

La lanza se quedó allí hincada dos días sin que nadie reparara en ella; a esas alturas del asedio, todo el perímetro del campamento debía de parecer un alfilerero erizado de lanzas y flechas. Por fin, un centinela se percató de que había una carta colgando del astil, de modo que arrancó la lanza y se la llevó a Cicerón.

Cuando el legado leyó el mensaje, hizo formar a sus tropas y se lo repitió en voz alta. Al saber que su idolatrado general venía en su ayuda, los soldados prorrumpieron en gritos de júbilo. La moral se reduplicó en el momento en que los centinelas avistaron en lontananza altas columnas de humo negro, la señal de que César se acercaba incendiando poblados a su paso.

Los nervios también observaron el avance de César y salieron a su encuentro. De nuevo, Cicerón se las arregló para enviar un mensajero que se anticipó a ellos y avisó al procónsul de que se le venían encima decenas de miles de enemigos. El emisario llegó a medianoche. En cuanto César leyó las noticias, se las comunicó a sus hombres. También les infundió ánimos, algo muy necesario sabiendo que dos legiones algo cortas de efectivos iban a tener que enfrentarse a un enemigo muy superior en número.

Al día siguiente, al amanecer, los hombres de César levantaron el campamento. Tras marchar seis kilómetros, divisaron al enemigo al otro lado de un valle por cuyo fondo corría un arroyo. Atacarlos no parecía sensato, ya que los nervios se habían apostado en lo alto de una ladera. Por otra parte, César ya no tenía tanta prisa: el mensaje de Cicerón dejaba

claro que el grueso de los guerreros enemigos habían abandonado el asedio del campamento para dirigirse contra él.

Aunque valor no les faltaba a sus hombres, César debió pensar, como el general espartano Lisandro, que donde no alcanzaba la piel de león había que coser un poco de piel de zorro. Puesto que tanto ellos como los nervios se hallaban en los extremos opuestos de un valle, quien primero atacara al otro tendría que hacerlo cargando cuesta arriba y combatiría en desventaja. Eso era el abecé de la táctica y lo sabía cualquier guerrero.

César tenía que convencer a los adversarios de que esa desventaja la iban a compensar de sobra con una apabullante superioridad numérica. Por eso, aunque el campamento que necesitaban para siete mil legionarios sin impedimenta no era demasiado grande, hizo que sus hombres lo construyeran incluso más pequeño estrechando muchísimo las calles que separaban las tiendas de cada unidad. De ese modo esperaba convencer a los nervios de que allí había como mucho una legión.

Durante ese día se produjeron algunas escaramuzas de caballería junto al río, como solía ocurrir cuando coincidían partidas de aguadores. Pero la cosa no llegó a más, porque los nervios también estaban aguardando refuerzos. Según César, eran sesenta mil; pero su forma de actuar sugiere que debían de ser bastantes menos, probablemente entre quince y veinte mil guerreros.

Al día siguiente, apenas amaneció, los jinetes de ambos bandos entraron en liza otra vez. César ordenó a sus jinetes que retrocedieran para subir la moral de los nervios, que, como ya comentamos hablando de la batalla del Sabis, no destacaban precisamente por su caballería. Además, ordenó a sus hombres que levantaran la empalizada más alta de lo habitual y que cerraran las puertas con barricadas, todo ello entre ajeteo y gritos de nerviosismo para dar la impresión de que estaban aterrorizados.

La añagaza funcionó. Los nervios, por fin, se decidieron a abandonar su posición y acercarse al campamento romano. Cuando empezaron a disparar flechas y lanzas contra la empalizada, los defensores se retiraron del parapeto por orden de César.

Los belgas veían tan claro que tenían la victoria al alcance de la

mano que sus heraldos anunciaron que todo el que quisiera salir sin armas del campamento antes de la tercera hora salvaría la vida, fuera galo o romano. Al no obtener respuesta, rellenaron varios puntos del foso defensivo para atravesarlo y llegar al terraplén y la empalizada, que empezaron a arrancar con las manos.

En ese momento, cuando más desordenados estaban los enemigos, César ordenó atacar. Sus hombres, que estaban perfectamente formados dentro del campamento, salieron al mismo tiempo por las cuatro puertas. Las supuestas barricadas que las bloqueaban no eran más que terrones de suelo con hierba y saltaron a la primera patada. Legionarios y jinetes cayeron al mismo tiempo sobre los enemigos. Al verse atacados por varios flancos a la vez, los nervios huyeron despavoridos. Muchos de ellos murieron sin presentar batalla, pero César impidió que sus hombres los persiguieran demasiado lejos, temiendo que se perdieran en la espesura y cayeran en una emboscada.

Ese mismo día, las dos legiones entraron en el campamento de Quinto Cicerón. Allí César comprobó que más del 90 por ciento de sus legionarios habían recibido heridas. No obstante, al día siguiente todos estaban listos para que su general les pasara revista y los felicitara por su valor, al igual que hizo con el legado Cicerón. (Muchos autores sospechan, por cierto, que tal vez el papel de Quinto Cicerón no fue tan brillante como lo pintan los *Comentarios*. Pero por esas fechas César quería ganarse el favor de su hermano, así que es posible que exagerara un poco).

Las represalias

Aquel invierno César no regresó a Italia. Tras llevarse a Cicerón y sus hombres a su propio cuartel en Samarobriua, mandó instrucciones a la Cisalpina para reclutar dos legiones más: una nueva Decimocuarta para reemplazar la que había sido destruida por Ambiórrix y una Decimoquinta. También le pidió prestada a Pompeyo una legión que este había formado en la Galia Cisalpina para llevársela a Hispania y a la que había numerado como Primera. (En aquella época todavía no existían legiones permanentes como ocurriría en época imperial, aunque es cierto que algunas unidades permanecían movilizadas muchos años).

Cuando estas tropas se pusieron en camino hacia la Galia, César disponía ya de diez legiones, unos cincuenta mil hombres. Llegaba el momento de las represalias. Gracias a aquel ejército tan numeroso, César pudo librar la campaña contra los rebeldes en varios frentes simultáneos. En el nordeste, Labieno derrotó a los tréveros y acabó con su caudillo Induciomaro, el mismo que había incitado a la revuelta a Ambiórrix y la tribu de los eburones.

De estos y sus aliados los nervios se encargó el propio César. Empezó antes que otros años, en los últimos días del invierno, cuando todavía quedaba nieve en los caminos. Con cuatro legiones se dirigió al territorio de los nervios a marchas forzadas y lo devastó, quemando campos, granjas y poblados, y apoderándose de un gran número de esclavos y cabezas de ganado que repartió entre sus tropas.

Después, César convocó a una reunión a los principales caudillos galos. Algunos no vinieron, lo que él interpretó como una señal de insumisión. Aunque tampoco se fiaba de algunos de los que acudieron. Únicamente le parecían aliados seguros los eduos y los remos, una tribu belga que le había ayudado en campañas anteriores.

Entre los que no habían asistido se hallaban los senones y los carnutos; estos, además, habían asesinado a su caudillo títere nombrado por los romanos. César se dirigió a su territorio a tal velocidad que ambas tribus se rindieron sin combatir. Por intercesión de los eduos, y también porque no habían llegado a atacar a ninguna de sus legiones como si habían hecho los nervios, les perdonó y no asoló sus tierras.

Los siguientes en recibir sus represalias fueron los menapios, que tenían relaciones con Ambiórrix y los germanos y que nunca habían aceptado someterse a Roma. Los menapios habitaban al norte de los nervios, en una zona pantanosa cerca de la desembocadura del Rin, y hasta entonces cada vez que César enviaba tropas contra ellos las burlaban refugiándose en pequeños islotes de tierra firme en el corazón de las ciénagas. En esta campaña, César estaba decidido a vencerlos sin que nada lo detuviera, e hizo que sus soldados tendieran puentes sobre los pantanos. Después llevó a sus legiones por ellos y se dedicó a incendiar las aldeas de los menapios y robarles el ganado hasta que se rindieron.

A continuación, César cruzó por segunda vez el Rin construyendo un segundo puente no muy lejos del primero que había destruido un par de

años antes. Su intención era internarse en Germania para escarmentar a las tribus que habían enviado ayuda a los rebeldes galos, y en particular a los suevos. Tras devastar la zona sin llegar a librar ninguna batalla, regresó a la Galia. En esta ocasión, en lugar de destruir el puente por completo solo derribó los últimos setenta metros que llegaban a la orilla germana. En la ribera gala levantó una torre de vigilancia de cuatro pisos y dejó doce cohortes de guarnición.

Todavía faltaba vengarse del traidor Ambiórrix y de los eburones, cuyo territorio se hallaba en el corazón de la comarca boscosa de las Ardenas, tan conocida por la batalla de la Segunda Guerra Mundial. Primero César atravesó su territorio con dos columnas de tres legiones cada una arrasando todo a su paso. Después, no contento todavía, proclamó que todas las tribus galas que lo desearan podían acudir a las tierras de los eburones y llevarse lo que quisieran como botín. Ante una oportunidad así no había vínculos étnicos que valieran. Muchos guerreros acudieron encantados para apoderarse de los cultivos y el ganado de aquella tribu, que no era precisamente la más poderosa, y para esclavizar a sus miembros.

Al final del verano, el territorio de los eburones había sido saqueado por completo. Aquellos de la tribu que no perecieron se convirtieron en esclavos o quedaron condenados a la inanición. Si algunos sobrevivieron, no lo hicieron con el nombre de eburones, porque a partir de aquel momento desaparecieron de las crónicas y los libros de historia.

Si alguna de las acciones que llevó a cabo César en su carrera merece el nombre de genocidio, seguramente sea esta. Pero antes de levantar las manos al cielo escandalizados, pensemos que en la Antigüedad se produjeron muchos otros genocidios y que de algunos pueblos exterminados ni siquiera tenemos noticia, como si jamás hubieran existido. ¿Cuántas tribus galas cuyo nombre no conocemos debieron desaparecer durante los siglos anteriores a la conquista romana aniquiladas por vecinos más poderosos? No hay forma de saberlo.

La venganza de César no fue completa: Ambiórrix, el principal culpable de la emboscada contra Sabino y Cota, logró escapar cruzando el Rin con sus allegados, algo que sin duda frustró a César. No obstante, conociendo su natural atildado, es de suponer que ya se había sentido lo bastante satisfecho con las represalias como para cortarse el pelo y afeitarse la barba.

Al final del verano, César convocó otro consejo tribal, en esta ocasión en Durocortoro, en el territorio de los remos (la actual Reims). Allí juzgó a Acón, el caudillo al que consideraba culpable de la rebelión de los senones y los carnutos. Tras declararlo culpable, lo sentenció a la bárbara pena del *fustuarium*, ser azotado hasta la muerte y después decapitado.

La idea era sembrar el temor en los corazones de otros posibles rebeldes. En parte lo consiguió, porque muchos huyeron directamente antes de que nadie pudiera acusarlos, y César los declaró fuera de la ley.

Pero, sobre todo, llenó de rencor a los nobles galos. Ejecutar a uno de los suyos ya era bastante grave, pero hacerlo de forma tan humillante y a la vista pública era un ultraje para todos. Cuando César se marchó en invierno a la Galia Cisalpina, de la que había faltado el último año, no sospechaba que se estaba incubando una rebelión general que haría parecer un juego de niños la de Ambiórrix e Induciomaro.

Pero antes de aquello le llegaron de nuevo malas noticias. La situación en Roma estaba más revuelta que nunca, lo cual ya era mucho decir. Sobre todo, César se enteró de que otra persona a la que le unía una buena relación personal y política acababa de morir. Por un momento, vamos a abandonar los húmedos bosques de la Galia para viajar a Oriente, a tierras más cálidas.

La campaña de Craso

Durante su consulado, Craso había tenido que contemplar cómo seguían pregonándose los éxitos militares pasados y presentes de sus compañeros de triunvirato. En septiembre, su colega Pompeyo había celebrado unos juegos fastuosos para inaugurar el teatro que había empezado a construir después de su triunfo en el año 61. En el pórtico de dicho teatro podía verse una gran estatua suya que recibía el homenaje de las catorce naciones que había conquistado. Por otra parte, el senado había decretado nada menos que veinte días de acción de gracias por la campaña de César en Britania.

¿Cómo no sentirse eclipsado? Celoso de los éxitos de sus compañeros de triunvirato, Craso decidió partir en noviembre del 54, antes

de que expirara su mandato como cónsul, para hacerse cargo de la provincia de Siria, que le había correspondido por sorteo. Según Plutarco, Craso pretendía dejar pequeñas las campañas de Lúculo y Pompeyo en Asia (*Craso*, 16). Pese a que ya tenía sesenta años, se sentía un nuevo Alejandro —otro más— y soñaba con llegar a Bactria, la India y el mismísimo Océano.

La campaña de Craso iba dirigida contra los partos. Estos, en origen, se llamaban parnos (*Parni* en latín) y eran uno de tantos pueblos nómadas que moraban en las cercanías del mar Caspio. En el año 247, con su soberano Arsaces, habían invadido la antigua satrapía persa de Partia y a partir de ese momento se denominaron a sí mismos «partos». Aunque más tarde Antíoco III el Grande los sometió, reconoció a los arsácidas como dinastía legítima y vasalla.

La victoria de los hermanos Escipión sobre Antíoco en Magnesia en el año 190 dejó muy debilitado al imperio seléucida. Los partos lo aprovecharon para independizarse y emprender sus propias conquistas. Durante el reinado de Mitrídates I de Partia, sus ejércitos se apoderaron de Mesopotamia y de Media, y también derrotaron a los grecobactrianos. Al final, prácticamente sustituyeron a los Seléucidas, a los que arrinconaron en el territorio de Siria, y formaron un imperio propio que se extendía desde el Éufrates hasta la frontera oriental de Irán.

Aunque parecía inevitable que dos potencias expansionistas como Partia y Roma entraran en colisión, hasta ahora no habían surgido grandes problemas entre ambos. No existía un motivo objetivo que justificara esta guerra, pero todo el mundo sabía que Craso se había empeñado en seguir adelante con ella.

El gran poder de los triunviros no significaba que no existiese oposición contra ellos. Cuando el tribuno Trebonio presentó la ley que proponía que Craso y Pompeyo recibieran mandatos proconsulares de cinco años en Siria e Hispania y que pudieran declarar la guerra según su criterio, Catón se opuso con virulencia. Para ello utilizó el mismo recurso que había empleado otras veces: pronunciar un discurso inacabable con el fin de evitar la votación.

Pese a las tácticas dilatorias de Catón, la ley acabó siendo aprobada. Pero en noviembre, cuando Craso iba a salir de la urbe, el tribuno Ateyo, que también había intentado vetar la ley, le salió al encuentro para

impedirle el paso e intentó arrestarlo. Como no lo consiguió, Ateyo se colocó en las puertas de la ciudad y, mientras quemaba incienso y derramaba libaciones sobre un brasero humeante, lanzó una terrible maldición contra Craso en la que invocó los nombres de varios dioses infernales. Era un conjuro poderoso y antiguo que provocó escalofríos entre la gente congregada en las calles. Al tribuno Ateyo le valió muchas críticas, porque por odio a Craso había maldecido también a las legiones cuyo mando debía tomar. (Uno se pregunta si otros generales romanos como César o Pompeyo no habrían recibido también maldiciones de las que nadie se acordó luego porque sus campañas terminaron bien).

Ya en Siria, Craso recibió un mensaje del rey parto. En él, Orodes le decía que si el ejército que se estaba congregando en Siria lo había enviado el pueblo romano, eso significaba la guerra sin tratado alguno. Pero si, como le habían contado, aquella expedición era empeño personal de Craso, estaba dispuesto a perdonarlo y a llegar un acuerdo pacífico en atención a su edad. Craso respondió que el propio Orodes podría escuchar su respuesta en Seleucia, a orillas del Tigris. Al oírlo, uno de los embajadores, llamado Vagises, se señaló la palma de la mano izquierda y dijo: «Antes de que tú llegues a Seleucia me crecerá pelo aquí».

Para la campaña, Craso reunió siete legiones, unos treinta y cinco mil hombres. Contaba también con cuatro mil soldados de infantería ligera y cuatro mil jinetes, entre ellos mil celtas que llegaron de la Galia con su hijo, el legado de César que había conquistado Aquitania.

El rey de Armenia, Artavasdes, trajo seis mil jinetes más y prometió contribuir con más refuerzos, pero con la condición de que la invasión de Partia se llevara a cabo a través de su reino. Craso se negó, pues pretendía atacar por una ruta más directa, cruzando al Éufrates para internarse directamente en Mesopotamia. Ante lo que él veía como obstinación, Artavasdes se retiró de la campaña.

Por su parte, el rey Orodes decidió dividir sus fuerzas. El grueso del ejército se lo llevó a Armenia, y encargó a su general Surena que se dedicara a hostigar a las tropas de Craso usando únicamente jinetes. Para ello le entregó un ejército formado por nueve mil arqueros a caballo y mil catafractos, soldados de caballería pesada.

En la primavera del año 53, la expedición romana partió hacia el este. Tras cruzar el Éufrates por el paso de Zeugma (el nombre significa

precisamente «puente») Craso tenía pensado continuar río abajo hasta el punto donde el Éufrates y el Tigris se acercaban más, y desde allí dirigirse a Seleucia. Poco después, sus batidores les informaron de que al este del río todo estaba abandonado, y solo se veían en el suelo las huellas de una nutrida tropa de caballería que había huido de ellos.

Cuando Craso pensó en perseguir a esa hueste enemiga, uno de sus legados, Casio Longino,^[43] le aconsejó seguir el plan previsto y no apartarse del río, ya que así podrían recibir suministros por barca y disponer de agua potable. Pero el gobernador de la comarca de Osroene, un árabe llamado Abgar, convenció a Craso de que lo mejor era marchar directamente tras el ejército de Surena, que estaba a poca distancia de allí.

Abgar condujo a Craso a una región desolada y sin agua, una llanura que parecía no tener fin. Mientras la recorrían, llegó un mensajero para pedir ayuda en nombre del rey Artavasdes, porque Armenia estaba siendo atacada por el grueso del ejército parto. Craso se negó a cambiar de planes y siguió internándose en el desierto.

Un poco más tarde, los exploradores les informaron de que se acercaba el ejército enemigo. Casio —que en esta historia desempeña el típico papel de consejero sensato al que nadie hace caso— recomendó a Craso desplegar las legiones de la forma habitual, con el fin de que el frente fuera muy largo y la caballería enemiga no pudiera rodearlos. Pero el procónsul se amilanó y decidió una táctica defensiva, formando un enorme cuadrado con doce cohortes en cada lado.

Así avanzaron hasta llegar al río Baliso, el actual Nahr-Belik, un afluente del Éufrates. Los hombres comieron y bebieron sin salir de las filas, esperando la llegada del enemigo.

Cuando el ejército de Surena apareció, a los romanos les sorprendió comprobar que era menos numeroso de lo que esperaban, no más de diez mil efectivos. Aun así, una tropa de caballería siempre ocupaba mucho más terreno que una fuerza equivalente de infantería.

El general parto decidió dar un golpe de efecto lanzándose con sus mil catafractos a la carga. Al pronto, los romanos no vieron nada especial en aquella embestida, pues los jinetes venían tapados con mantos. Pero a mitad de la carga los dejaron caer, y de pronto el sol relució sobre las placas de bronce y acero de sus armaduras y las bardas y petrales de sus

caballos.

La primera intención de Surena era romper las filas enemigas con sus largas lanzas. Lo habría conseguido si la visión de los catafractos hubiese asustado tanto a los legionarios como para hacerlos recular y romper la fila. Pero, aunque el espectáculo impresionó a los hombres de Craso, la disciplina romana era demasiado fuerte y todos mantuvieron los pies bien clavados en aquel suelo polvoriento.

Al percibir la línea de escudos como una pared, los corceles recularon. Surena decidió cambiar de táctica y utilizó a sus nueve mil arqueros para acosar a los romanos, haciéndolos cabalgar alrededor del cuadro defensivo. La formación romana había resistido bien la carga de los catafractos gracias a lo tupido de sus filas, pero al no presentar apenas huecos resultaba más vulnerable a los disparos enemigos.

Por otra parte, los arcos de los partos poseían más alcance y potencia que los de la infantería ligera romana. Estaban fabricados en madera revestida de asta por dentro y de tendones por fuera, por lo que eran conocidos como «arcos compuestos». Gracias a su pequeño tamaño, unos ochenta centímetros, resultaban perfectos para la caballería. (Un jinete no habría podido manejar los famosos arcos largos de los ingleses, que eran tan altos como un hombre).

El defecto de estos arcos era que la humedad los afectaba mucho, porque despegaba la cola, como había ocurrido en la batalla de Magnesia. Pero aquí, en la árida y polvorienta Mesopotamia, no tenían este problema. Los jinetes de Surena disparaban sin cesar usando la técnica conocida como «disparo parto». Primero cargaban frontalmente desde una distancia de unos cien metros, y mientras lo hacían, disparaban tres o cuatro flechas. Después, a unos cincuenta metros del enemigo (un margen de sobra para huir cada vez que los soldados de infantería ligera salían de la formación para intentar perseguirlos), giraban a la derecha y cabalgaban un rato en paralelo al frente sin dejar de disparar por su costado izquierdo. Por fin, volvían a girar a la derecha y se retiraban; pero ni entonces dejaban de hacer daño, pues se retorcían sobre su montura y seguían disparando a sus espaldas.

En principio, los escudos y armaduras de los romanos ofrecían una buena protección. Lo grave para ellos era la persistencia de los enemigos, que gracias a su habilidad no dejaban de lanzar flechas en una granizada

constante: tarde o temprano algún proyectil alcanzaba su objetivo colándose entre los escudos, o estos acababan rotos a fuerza de impactos. Aunque al principio los muertos fueron pocos, muchos soldados recibieron heridas en las piernas y en los brazos que los inutilizaron. Para colmo, las flechas parecían inagotables, porque cuando los jinetes de Surena se retiraban acudían a reponer municiones a su convoy de suministro, donde había miles de camellos cargados con saetas.

Siguiendo instrucciones de su padre, el joven Publio Craso se lanzó en una valiente salida con mil trescientos jinetes, quinientos arqueros y ocho cohortes de legionarios. Aquel ataque improvisado puso en fuga a los enemigos de su zona, que se retiraron. Craso se lanzó en su persecución, e incluso los legionarios, pese a la carga que suponían sus armas, corrieron tras él para no quedarse rezagados.

Era una trampa. Cuando el joven Craso y sus hombres se habían distanciado del grueso de su ejército, los partos volvieron grupas y los rodearon, y a ellos se unieron aún más jinetes. Entre nubes de polvo, los hombres de Craso recibieron otro diluvio de flechas; esta vez, desordenados por la persecución, no pudieron seguir protegiéndose y empezaron a caer como moscas, unos muertos y otros malheridos. A duras penas lograron retirarse a una pequeña elevación, pero la maniobra resultó contraproducente: por culpa de la pendiente, los hombres que se hallaban en el centro de la formación destacaban sobre las cabezas de sus compañeros y ofrecían un blanco fácil para los proyectiles enemigos.

Craso, con la mano atravesada por una flecha, ordenó a su escudero que le diera muerte. Muchos otros oficiales de la tropa hicieron lo mismo. Al final, los catafractos cayeron sobre los romanos y terminaron con su resistencia. Solo sobrevivieron quinientos hombres, a los que los partos hicieron prisioneros. Un catafracto le cortó la cabeza a Craso, la ensartó en su pica y cabalgó hacia el grueso del ejército romano para exhibir aquel bárbaro trofeo y terminar de desmoralizar al enemigo.

Las demás legiones, al ver que la ofensiva del joven Craso las libraba un poco de la presión, siguieron avanzando a duras penas hacia la cercana ciudad de Carras, que le daría su nombre a esta batalla. Por el camino fueron dejando miles de heridos a los que los partos remataron o capturaron.

Por fin, los supervivientes llegaron a Carras y se refugiaron tras sus

muros. Pero ni allí se sentían seguros, por lo que muchos empezaron a escapar en pequeños contingentes. Entre ellos estaba Casio, que logró organizar los diversos grupos hasta reunir una tropa de diez mil hombres con los que regresó a Siria. ¿Fue un héroe o un traidor que abandonó a su general? Todo depende del punto de vista.

En cuanto a Craso, Surena lo engañó convocándolo a una reunión para parlamentar. Si los romanos se retiraban de nuevo más allá del Éufrates y renunciaban a esas tierras, le dijo, perdonaría la vida a sus hombres. Pero cuando Craso aceptó reunirse con él en un punto intermedio entre ambos ejércitos, Surena provocó un tumulto en el que el general romano pereció; no queda muy claro si murió herido por un parto o por uno de sus hombres que quiso evitar que el procónsul cayera vivo en manos del enemigo.

En cualquier caso, Surena logró apoderarse del cadáver de Craso y le cortó la cabeza para enviársela al rey Orodes. Según Dión Casio (40.27), los partos, imitando lo que había hecho Mitrídates con Aquilio, le vertieron oro fundido por la garganta para calmar su codicia. Si es verdad que ocurrió así, al menos Craso no tuvo que sufrir más, porque ya estaba muerto.

Carras fue uno de los mayores desastres militares de la historia de Roma, y demostró que ninguna batalla estaba perdida ni ganada de antemano. Una fuerza de solo diez mil jinetes, cuya función principal era hostigar al enemigo mientras el rey parto conquistaba la gloria en otra parte, había conseguido destrozarse a un ejército de más de cuarenta mil hombres, matando a veinte mil y tomando prisioneros a otros diez mil. Si eso ocurrió en Carras, bien podía haberles sucedido a Metelo o Mario en la guerra contra Yugurta. Bien es cierto que un general más enérgico o más en forma que Craso podría haber inspirado mejor a sus hombres para romper el cerco enemigo, retirarse a Carras y hacerse fuertes allí. Uno no acaba de imaginarse a Sila o a César, por ejemplo, dejándose rodear de esa manera.

Por suerte para los romanos, los partos se contentaron con aquella victoria y no intentaron aprovecharla conquistando Siria. En parte pudo deberse a que el rey Orodes no consideraba que ese triunfo fuera suyo. De hecho, se sentía tan celoso de Surena que poco después de la batalla de Carras lo hizo ejecutar.

La anarquía en Roma

Si las noticias que se recibían del este eran desalentadoras, las que llegaban de Roma no resultaban menos preocupantes. El año 52, que tantos quebraderos de cabeza le traería a César, empezó también con violencia en la urbe. Aunque hay que decir que la violencia era constante desde que las bandas rivales de Clodio y Milón, formadas por esclavos, gladiadores y delincuentes varios, sembraban el terror en las calles.^[44] En esas luchas, Clodio actuaba como líder popular —no diremos como líder de los populares, puesto que iba por libre y ni siquiera César conseguía controlarlo— y Milón como adalid de la causa de los optimates.

A principios de año, Clodio era candidato a pretor y Milón a cónsul. El programa de Clodio proponía repartir a los libertos por las treinta y cinco tribus, en lugar de limitarlos a las cuatro urbanas, donde sus votos apenas contaban. El número de libertos había crecido mucho en los últimos años gracias, precisamente, a las medidas de Clodio como tribuno: como por su *lex frumentaria* se repartía trigo gratis a los ciudadanos, muchos romanos liberaban a sus esclavos, pero los mantenían en casa y así recibían sus raciones de grano. A su manera, era una especie de fraude a la Seguridad Social.

Las elecciones ya deberían haberse celebrado muchos meses antes, pero se habían suspendido varias veces entre acusaciones de soborno, vetos de los tribunos y más violencia callejera. Roma se hallaba en un *interregnum*; en la práctica, se trataba de un estado de anarquía. Según los rumores, Pompeyo estaba maniobrando para convertirse en dictador, aunque él lo negaba, con sinceridad o no.

El día 18 de enero, Clodio y Milón se encontraron de forma fortuita en la vía Apia, en los alrededores de Bovillae, a unos veinte kilómetros de Roma. Clodio regresaba de un viaje a una finca, mientras que Milón se dirigía a la ciudad latina de Lanuvio.

Como era de suponer, no viajaban solos. Clodio llevaba treinta esclavos armados y Milón un número similar, entre los que había al menos dos gladiadores retirados. Los dos rivales políticos pasaron de largo sin apenas mirarse, pero cuando ambas comitivas estaban a punto de

alejarse, los dos gladiadores empezaron a meterse con los sirvientes de Clodio. Este, al ver que la disputa se enzarzaba, acudió a ver qué pasaba y uno de los gladiadores le clavó una lanza en el hombro.

Mientras las dos bandas seguían peleando en la calzada, unos cuantos hombres de Clodio se llevaron a su señor a Bovillae y lo metieron en una taberna para atenderlo. Milón decidió que era una buena ocasión para acabar con su rival y envió a los suyos tras él. Los matones eliminaron a varios de los esclavos de Clodio, sacaron a este a la calle a rastras y lo asesinaron. Después se marcharon, dejando su cadáver tendido en la vía. Allí lo encontró un senador llamado Sexto Tedio, que se lo llevó a Roma.

Al día siguiente, los seguidores de Clodio, dirigidos por dos tribunos, cargaron con su cuerpo hasta el Foro y lo metieron en la Curia Hostilia, el edificio del senado. Una vez dentro, usaron bancos, mesas y documentos para amontonar una pira funeraria y quemaron el cadáver. Las llamas subieron hasta el techo y prendieron en las vigas, el edificio se incendió y la destrucción también alcanzó a varios edificios aledaños, como la basílica Porcia. Mientras tanto, la multitud intentaba asaltar la casa de Milón y exigía a gritos que se nombrara dictador a Pompeyo.

La situación era tan grave que ese mismo día el senado volvió a aprobar el decreto de emergencia. En esta ocasión no se podía encomendar la protección de la República a los cónsules, puesto que no los había, de modo que se le confió la defensa al *interrex*, a los tribunos y a Pompeyo, que como procónsul en ejercicio era la autoridad más alta.

Días después, a propuesta de Bibulo y Catón, Pompeyo fue nombrado cónsul único, y entró en el cargo al instante. Era una solución extraña para la crisis, y más inconstitucional de lo que habría sido una dictadura. En realidad, no había por dónde coger aquello: se rompía el principio de colegialidad, Pompeyo no había cumplido el plazo de diez años y además estaba desempeñando simultáneamente la magistratura de procónsul.

Pompeyo, que era mucho peor político que militar, estaba realizando un juego muy difícil, un equilibrio casi imposible. Por una parte, quería mantener el apoyo popular que, en su alianza con César, lo había alzado a la posición de poder que ahora ostentaba como procónsul. Por otra parte, seguía oyendo los cantos de sirena de los optimates, enemigos de César

como Bíbulo y Catón, que parecían confiar en él para salvar la República.

Pompeyo deseaba conquistar el respeto de los aristócratas, del mismo modo que medio siglo antes otro advenedizo como él, Mario, había querido ganarse el de los demás senadores. Mario finalmente no lo había conseguido, pero Pompeyo gozaba de una ventaja sobre el vencedor de los cimbrios: si bien los optimates sentían cierto desprecio por él, a César lo aborrecían. Dispuestos a acabar con César, poco a poco estaban logrando atraer a Pompeyo a su bando.

César necesitaba pasar directamente del puesto de procónsul al de cónsul, sin perder su *imperium* ni convertirse en ciudadano privado tan siquiera un día, pues sabía que en ese momento se hallaría indefenso. Por eso, en el año 52, los diez tribunos de la plebe presentaron una propuesta para que César pudiera acceder al consulado *in absentia*, esto es, sin aparecer en la ciudad ni abandonar el mando de su provincia.

Pompeyo apoyó la ley, pese a la furibunda y previsible oposición de Catón. Hasta ahí, todo iba bien para César. Pero después, por presión de los optimates, Pompeyo propuso otra ley que prohibía a ningún candidato presentarse *in absentia*, una clamorosa contradicción con la norma anterior. Cuando los partidarios de César se lo señalaron, estando ya la ley inscrita en bronce, Pompeyo hizo que grabaran una adenda para declarar que tan solo César se hallaba exento. Pero esa cláusula no había sido aprobada ni por el senado ni por el pueblo, por lo que no poseía la menor validez.

De este modo, los enemigos de César acababan de clavar el primer clavo del que creían sería su ataúd. El distanciamiento creciente entre él y Pompeyo sería la ocasión de fabricar muchos ataúdes más.

Vercingetórix y la revuelta general de la Galia

Durante el invierno del 53-52, los líderes galos descontentos con César y la dominación romana no dejaron de reunirse en santuarios recónditos situados en lo más profundo de sus bosques. Las noticias de los disturbios y problemas en Roma les hicieron concebir la esperanza de que César se quedara en Italia durante la siguiente campaña de verano, o

que incluso le quitaran el mando.

La ocasión parecía perfecta para actuar contra él y vengar la muerte de Acón y otras humillaciones. Todavía estaban a tiempo de evitar que Roma los convirtiera en una provincia y los sometiera a sus propias leyes acabando con las costumbres ancestrales celtas, como había hecho con sus primos de la Cisalpina y de la Provincia.

Los líderes galos sabían que, como otros años, las tropas de César se hallaban diseminadas por un vasto territorio. Había seis legiones al mando de Labieno en territorio de los senones, y otras cuatro en el este, repartidas entre los tréveros y los lingones. Al sur también había algunas tropas defendiendo la Provincia romana, pero el centro, que siempre se había mostrado más pacífico, se hallaba desguarnecido.

Y fue justamente en el centro donde estalló la revuelta. Los primeros en prender la llama fueron los carnutos, en cuyo país se habían celebrado la mayoría de las reuniones. Su territorio constituía el núcleo geográfico y también religioso de la Galia, pues era allí donde se celebraba el concilio anual de druidas. Es posible que esa fuera una de las razones por las que se lanzaron a la acción, pues estaban decididos a evitar que los romanos penetraran en sus bosques sagrados y los profanaran con su presencia.

En febrero, dos caudillos carnutos, Cotuato y Conconetodumno, llevaron a sus guerreros a la ciudad de Cenabo (Orleans), y asesinaron a todos los mercaderes y hombres de negocios romanos instalados allí. Las noticias de la matanza corrieron como la pólvora transmitiéndose a gritos de prado en prado y de campo en campo. Gracias a este sistema un tanto primitivo, a medianoche la información ya había llegado al territorio de los arvernos, a más de doscientos kilómetros de allí.

Hasta ahora los arvernos, que habitaban las fértiles tierras al norte del Macizo Central, habían sido fieles aliados de César: siempre asistían a sus concilios y le enviaban escuadrones de caballería. Pero la situación se había alterado. En los primeros meses del año 52, el principal líder de los arvernos era un joven llamado Vercingetórix, el más célebre de los enemigos de César. Su padre, Celtillo, había sido un poderoso caudillo guerrero, pero cuando pretendió convertirse en rey lo asesinaron: como ya hemos visto, en la Galia central empezaban a sentir tanta aversión por los soberanos absolutos como en Grecia y Roma.

Vercingetórix había intentado seguir los pasos de su padre; a la ambición de Celtilio por conseguir el poder le añadía más fuego su profundo sentimiento antirromano. Su tío Gobanitio y otros líderes tribales, que preferían seguir como hasta entonces y no tener choques con Roma, lo expulsaron de Gergovia, la ciudad principal de los arvernos.

Sin desanimarse, Vercingetórix había reclutado un ejército entre guerreros a los que César llama «vagabundos», y con él regresó a Gergovia, tomó el poder y consiguió que todos se dirigieran a él como rey. Quizá en otra ocasión los arvernos no habrían aceptado a alguien con ese título; pero, con los romanos estrechando el cerco sobre el centro de la Galia, debieron pensar que tiempos extraordinarios requieren medidas extraordinarias y se resignaron.

Una vez conseguido el poder entre los suyos, Vercingetórix había hecho un llamamiento a muchas más tribus. Aunque César no deja muy clara la sucesión cronológica de los hechos, en aquellas reuniones secretas, que según él se celebraron durante el invierno, los enviados de dichas tribus debieron de reunirse ya con Vercingetórix y escuchar sus discursos. Todos quedaron tan encandilados por su personalidad magnética y la pasión que ponía en lo que decía y hacía que lo eligieron como jefe supremo.

El rencor contra los romanos había conseguido algo inaudito: que la mayoría de los pueblos del centro y la costa oeste de la Galia se unieran. Aparte de la amenaza del enemigo común, no cabe duda de que Vercingetórix era un hombre inteligente y, sobre todo, carismático; el tipo de líder que se necesitaba para mantener unidas a tribus diversas, acaudillar un ejército y poner en apuros a los romanos igual que lo habían hecho otros caudillos igualmente inspiradores como Yugurta, Viriato, Mitrídates o Espartaco.

Uno de los principales problemas de los galos cuando luchaban contra los romanos era su desorganización. Vercingetórix, que probablemente había combatido como jefe de escuadrón en la caballería de César y se había fijado en sus tácticas, transformó todo eso. En las primeras reuniones, exigió a los conjurados que enviaran tropas y grano, y que fabricaran armas para tenerlas listas en una fecha determinada. Sobre todo, insistió en reunir toda la caballería posible. Por otra parte, para demostrar que hablaba en serio instauró una disciplina feroz entre sus tropas: a los díscolos se les cortaban las orejas o se les arrancaba un ojo

para que, al volver infamados a sus aldeas, sirvieran de testimonio y ejemplo para los demás.

Tras congregar a sus tropas, Vercingetórix las dividió. Mientras él atacaba a los biturigos, aliados de eduos y romanos, uno de sus generales, Lucterio, se dirigió al sur para soliviantar a las tribus que habitaban en la frontera norte de la Provincia. El plan de Vercingetórix era que invadieran territorio romano para sembrar el caos y obligar a César a demorarse allí. Si conseguía cortar el contacto entre César y sus legiones, estaba convencido de que sus legados no se atreverían a actuar por su cuenta.

Cuando las noticias de la revuelta llegaron a oídos de César, este decidió que aquello era más apremiante que los problemas políticos en Roma y se puso en marcha al instante. Se le presentaban dos opciones: ordenar a sus legiones que bajaran hacia el sur para reunirse con él o viajar él hacia el norte. En cualquier caso, o bien sus hombres o bien él tendrían que atravesar el territorio rebelde.

Para colmo, cuando llegó a la Provincia se encontró con que las tribus vecinas la habían invadido y amenazaban Narbona. Sin perder tiempo, César organizó la defensa de la región con cohortes locales y con los reclutas que traía consigo desde la Galia Cisalpina. Gracias a eso consiguió rechazar los ataques desde el norte.

Una vez superada la primera emergencia, el procónsul se enteró de que Vercingetórix se hallaba con la mayor parte de sus fuerzas al norte de sus propias tierras, en la comarca de los biturigos. Aprovechando que en el territorio arverno apenas quedaban guerreros, César decidió atacar allí, en el corazón del enemigo. Pero sus propias tropas eran escasas y en buena parte bisoñas. Si quería tener éxito, César debía buscar la sorpresa.

Y lo hizo. Separando la Provincia de Auvernia se interponían las Cevenas, una serie de cadenas montañosas que en aquella época se hallaban todavía cubiertas de nieve y que a nadie se le ocurría cruzar hasta el deshielo primaveral. Convencido de que el enemigo no lo esperaría por allí, César condujo a sus hombres por aquellos parajes en pleno invierno. Para poder avanzar, sus legionarios tuvieron que cavar en muchos puntos hasta dos metros de nieve.

Cuando bajaron de las Cevenas, César diseminó a su caballería en escuadrones con la orden de incendiar todo lo que encontraran a su paso.

La idea era hacer creer a los arvernos que se trataba de una invasión en toda regla y no de una simple correría, con el fin de obligarlos a regresar del norte.

Dos días después, César le dijo a Décimo Bruto —el mismo que había mandado la flota en la batalla contra los vénetos— que se quedara en Auvernia mientras él regresaba a la Provincia para reclutar más tropas. Sus intenciones eran muy distintas, pero no lo dijo por engañar a Bruto, sino a la caballería gala, convencido de que en ella había espías que informarían a Vercingetórix. En eso acertó, y Vercingetórix no tardó en abandonar sus operaciones en el norte y volver al sur.

Acompañado por una escolta a caballo, César atravesó las montañas de nuevo. Pero en lugar de ir al sur se dirigió al este, hacia Vienna, en el valle del Ródano. Una vez allí, tomó el mando de una tropa de caballería que él mismo había enviado unos días antes. Sin hacer alto ni una sola noche —algo que tiene su mérito, pues ya iba camino de los cuarenta y ocho años—, César cabalgó hacia el norte por el valle del Saona.

Por fin, al llegar a las tierras de los lingones, se detuvo en el campamento donde invernan dos de sus legiones, ante el asombro y entusiasmo de sus soldados, que no esperaban ver a su general tan pronto. Una vez allí, César envió un mensaje a las seis legiones acantonadas en Agendico y a las dos que se encontraban entre los tréveros para que acudieran a reunirse con él cuanto antes.

Cuando por fin se reunió con el grueso de su ejército, César se enfrentó con un nuevo problema: apenas tenía provisiones. No se fiaba demasiado de los eduos —ya hemos visto que había facciones enfrentadas entre ellos—, y obligarlos a alimentar durante mucho tiempo a cincuenta mil soldados no era una manera de afianzar su lealtad.

La estrategia que decidió fue asaltar ciudades rebeldes: de esa manera se apoderaría de sus graneros y, de paso, sembraría el desánimo entre los rebeldes galos. Con ocho de las diez legiones, César se dirigió primero a Velaunoduno, ciudad que no tardó en rendirse y entregarle armas, rehenes y acémilas.

De ahí marchó en tan solo dos días a Cenabo, la ciudad de los carnutos donde había empezado la rebelión con la matanza de los *negotiatores* romanos. Al atardecer, sus tropas acamparon ante la ciudad.

Horas después, los vecinos de Cenabo intentaron escapar sigilosamente por el puente sobre el Loira, pero las dos legiones que se mantenían alerta los sorprendieron. César tomó la ciudad sin problemas y saqueó sus provisiones. Aunque no hace mención de ello en su libro, lo más probable es que vendiera como esclavos a todos los habitantes a los que no mató.

Tras tomar Cenabo, se dirigió hacia la ciudad de Novioduno. A esas alturas, Vercingetórix ya venía en camino dispuesto a detener las depredaciones de los romanos.

Sabedores de lo que les había ocurrido a otras ciudades, los habitantes de Novioduno decidieron rendirse. Mientras un contingente de soldados entraba en la plaza para requisar armas y caballos, apareció en lontananza la vanguardia del ejército de Vercingetórix, formada por jinetes de aquella región. Eso hizo que los vecinos cobraran ánimos y trataran de bloquear las puertas para encerrar a los romanos en la ciudad y matarlos.

Por suerte para ellos, los centuriones se dieron cuenta de lo que ocurría, se apoderaron de las puertas y lograron sacar a sus hombres a salvo. Mientras tanto, César mandó contra los enemigos recién llegados a los cuatrocientos jinetes germanos que usaba como escolta. Es el primer pasaje en que los menciona, pero dice que estaban con él «desde el principio» (*BG*, 7.13). Como solía ocurrir en esos casos, los germanos sembraron el pavor entre los galos y los pusieron en fuga. La ciudad volvió a abrir las puertas a César, que aceptó su rendición y la entrega de los cabecillas que habían decidido romper la tregua.

Con tres ciudades ya tomadas, las legiones se dirigieron ahora hacia Avarico, en el territorio de los biturigos. Por el camino no encontraron más que tierra quemada: Vercingetórix había convencido a los suyos de que la mejor manera de derrotar a los romanos no era enfrentarse a ellos en campo abierto, sino agotarlos y vencerlos por hambre. Aunque fuese muy dura también para ellos, tenían que seguir la táctica de la tierra quemada, prendiendo fuego a sus aldeas y sus cosechas para que los romanos no pudieran sobrevivir sobre el terreno. Como el mismo Vercingetórix explicó, «si esas medidas les parecían drásticas y crueles, debían tener en cuenta que iba a ser mucho peor si sus mujeres y sus hijos se convertían en esclavos mientras ellos perecían asesinados, que era el destino inevitable de los vencidos» (*BG*, 7.14).

Si era preciso, añadió, incluso debían incendiar ciudades enteras.

Los biturigos obedecieron, quemando veinte de sus poblaciones en un solo día, pero le pidieron a Vercingetórix que Avarico, su principal ciudad, no sufriera el mismo destino. Aunque al caudillo galo no le convencía la idea, los biturigos los convencieron a él y a los miembros de las demás tribus de que Avarico podía defenderse del ataque de César gracias a sus sólidas defensas.

Mientras los romanos avanzaban hacia su próxima presa, los galos los seguían a cierta distancia, y establecieron su campamento a unos veinte kilómetros de Avarico. Desde esa base de operaciones, sus escuadrones de caballería barrían la zona y atacaban a los forrajeadores romanos, que no tenían más remedio que alejarse del grueso del ejército de César para buscar provisiones.

Cuando los romanos se plantaron ante las murallas de Avarico descubrieron que, tal como aseguraban los biturigos, tomarlas no iba a ser tarea fácil, pues estaba rodeada por un río y por terreno pantanoso. Tan solo había un acceso, una bajada bastante estrecha entre dos ciénagas que llevaba hasta las puertas de la ciudad y estaba protegida por imponentes fortificaciones.

César ordenó a sus hombres que construyeran sobre aquella pendiente una enorme rampa de tierra y maderos de cien metros de ancho y más de veinticinco de altura, además de dos torres de asedio. Durante veinticinco días sus hombres trabajaron en ella bajo la lluvia gélida, sufriendo ataques cada vez más intensos conforme se acercaban a la muralla.

Para protegerse de los disparos enemigos, los legionarios construyeron manteletes. Sin embargo, resultaba más difícil defenderse del hambre. Apenas había nada que comer por los alrededores, y las partidas de busca no podían alejarse mucho por temor a las patrullas de caballería de Vercingetórix. César insistía en pedir provisiones a los eduos, pero el apoyo de estos era cada vez más tibio y enviaban pocos víveres y lo hacían tarde.

Llegó un momento en que se quedaron sin grano y tuvieron que alimentarse únicamente de carne de reses de la zona. Considerando el gasto de calorías que realizaban todos los días, aquello no podía saciarlos. Sin saberlo, estaban siguiendo un régimen sin hidratos y con muchas proteínas al estilo de la famosa dieta Dukan, por lo que es de suponer que

entraron en cetosis y empezaron a perder peso y a sufrir desfallecimientos.

Al ver las privaciones de sus hombres, César les preguntó si querían renunciar al asedio. A decir verdad, se trataba de una forma de motivarlos, y le funcionó: ellos respondieron que abandonar sería indigno de su reputación como romanos y como soldados victoriosos.

Por su parte, los galos de Vercingetórix también andaban cortos de víveres, y pronto empezaron a criticar su liderazgo. Él se defendió de las acusaciones con tanta elocuencia que el ejército volvió a aclamarlo como general, y obedeciendo sus órdenes, diez mil hombres acudieron a reforzar las defensas de Avarico.

Mientras el terraplén de los romanos avanzaba inexorable hacia la muralla, los habitantes de Avarico no permanecían ociosos. Entre ellos había muchos mineros que empezaron a excavar túneles para socavar los cimientos del terraplén, como habían hecho los defensores del Pireo contra el asedio de Sila. Después, cuando la obra ya estaba casi terminada, entraron por esas galerías, las rellenaron de material combustible y prendieron fuego. Al mismo tiempo, hicieron una salida por las dos puertas más cercanas mientras miles de defensores subían a las murallas para arrojar antorchas y pez inflamada contra las torres de asedio.

Los romanos reaccionaron rápidamente y retiraron las torres a una distancia prudencial para evitar que se incendiaran. En esa desesperada batalla nocturna, César presenció algo que le dejó impresionado:

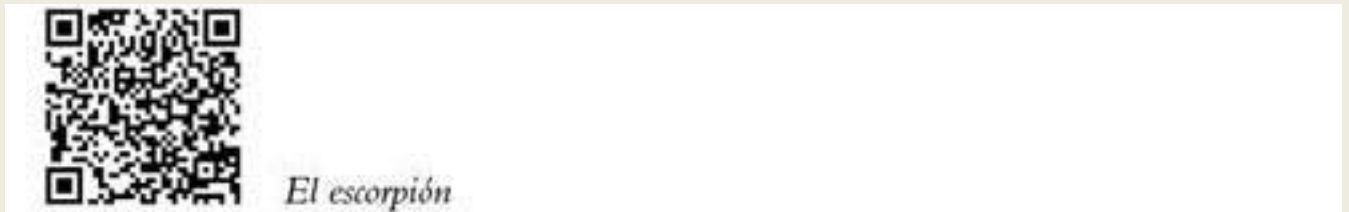
Ocurrió ante mis ojos algo tan digno de recordar que me parece que no debo omitirlo. Había delante de la puerta de la ciudad un galo al que otros le pasaban trozos de sebo y de brea, y él los arrojaba al fuego contra nuestra torre. Entonces el proyectil de un escorpión le atravesó el costado derecho y cayó muerto. Pasando sobre su cadáver, uno de sus compañeros más cercanos continuó con su trabajo. Cuando este pereció alcanzado del mismo modo por el escorpión, lo sucedió un tercero, y al tercero un cuarto. Y aquel lugar no quedó despejado de defensores hasta que, tras extinguir el incendio del terraplén y rechazar a los enemigos por todas partes, se puso fin al combate. (BG, 7.25).

Suele mencionarse este pasaje como prueba del valor de los galos y de la admiración que el mismo César sentía por ellos. Lo que me llamó a mí la atención al leerlo por primera vez fue la mortífera precisión del

escorpión, que una vez apuntado a un objetivo lo batía de forma implacable como una auténtica pieza de artillería. Es una prueba de que el ejército de César no vencía sistemáticamente a los enemigos tan solo por su disciplina y organización, sino también porque poseía una tecnología superior.

Después de aquella batalla nocturna, Vercingetórix convenció a los defensores de que aquella era una causa perdida. Al oscurecer, intentaron escapar por las ciénagas hacia el campamento galo. Pero cuando sus esposas descubrieron lo que pretendían y empezaron a gritar para que no las abandonaran ni a ellas ni a los niños, sus voces alertaron a los romanos, lo que abortó el conato de fuga.

Al día siguiente, el terraplén alcanzó por fin el muro enemigo. En ese momento se desató un violento aguacero. Pensando que los centinelas estarían menos atentos por resguardarse de la lluvia y porque la visibilidad era escasa, César ordenó desplazar las torres de asedio a su posición y lanzar un asalto general contra la muralla, ofreciendo cuantiosas recompensas a los primeros que treparan al adarve en cada sector.



La ofensiva fue un éxito, y los legionarios no tardaron en apoderarse de todo el perímetro de murallas. En lugar de bajar a las calles de la ciudad, primero dispararon a sus habitantes desde las alturas. Llevados por el pánico, los defensores arrojaron las armas y huyeron hacia las puertas, donde se formaron tapones humanos sobre los que los romanos arrojaban proyectiles y piedras. Algunos lograron salir de la ciudad, pero la caballería romana dio alcance a la mayoría.

Una vez abiertas las puertas, el resto de los asaltantes entró en Avarico. Los soldados romanos, enfurecidos por lo prolongado del asedio, el hambre y los trabajos bajo la lluvia y el frío, no perdonaron a nadie.

Según cuenta César, no escaparon vivas más que ochocientas personas que lograron llegar al campamento de Vercingetórix.

Aunque él lo cuenta con frialdad, da la impresión de que aquella matanza se le escapó de las manos y no fue, como en otras ocasiones, una medida consciente para sembrar el terror por toda la Galia. Un indicio de ello es que entre las causas de la ira de los soldados habla de la matanza de Cenabo, intentando justificar su comportamiento como si se sintiera culpable. De todos modos, Cenabo era la primera ciudad que habían conquistado, por lo que ya debían haber tomado cumplida venganza de sus habitantes, y no de los de Avarico.

Gracias a la caída de Avarico, César pudo repartir de nuevo grano entre sus hombres. Pero la causa de Vercingetórix era más fuerte incluso que antes, y nuevos aliados se unían a él desde toda la Galia.

Mientras tanto, César tuvo que solucionar una disputa entre dos facciones de los eduos. Tras resolverla, decidió dividir el ejército. Ya terminaba el invierno y empezaba la temporada propia de la guerra; lo cierto era, sin embargo, que el mal tiempo no había impedido ni a romanos ni a galos actuar hasta aquel momento.

Labieno, con cuatro legiones, se dirigió hacia el norte para combatir contra los senones y los parisios (la tribu que dio su nombre a la actual París). Allí se vio en una situación muy delicada en el Sena, de la que logró salir con la habilidad y la iniciativa que lo caracterizaban.

Por su parte, César se encaminó con seis legiones a Gergovia, la capital de los arvernos, dispuesto a asestar un golpe donde más podía dolerle a Vercingetórix. Pero las cosas se le complicaron más de lo que esperaba.

Por un lado, mientras estaba estudiando el terreno para ver cómo podría tomar la ciudad, se enteró de que había estallado una revuelta entre los eduos. Diez mil guerreros de ese pueblo venían hacia Gergovia como teórico refuerzo para César, escoltando un gran convoy de provisiones. Su jefe, Litavico, convenció a aquellos hombres de que César había hecho ejecutar a toda la caballería edua que servía con él. «Lo único que podemos hacer si queremos salvarnos es unirnos a Vercingetórix», les explicó. Sus hombres lo creyeron, se volvieron contra los romanos que viajaban en la caravana y los mataron, no sin antes torturarlos.

En cuanto César supo lo sucedido, se dirigió al encuentro de Litavico con cuatro legiones, recorriendo casi cuarenta kilómetros sin detenerse. Al llegar ante la columna de marcha gala, dio órdenes a sus hombres de que no mataran a nadie. Litavico y algunos de sus acompañantes huyeron nada más ver a los romanos y se dirigieron a Gergovia. César habló con los demás eduos y les aseguró que todo había sido un engaño.

Los eduos arrojaron las armas a sus pies y extendieron las manos en señal de rendición mientras pedían perdón. El procónsul se lo concedió, aunque sabía que entre aquellos miles de hombres había muchos aliados más que dudosos. Pero necesitaba a esa tribu como fuese, pues no le sobraban precisamente amigos en la Galia.

A continuación, despachó mensajeros al país de los eduos para que informaran de que él, el magnánimo César, que tenía derecho a haberse vengado de todos aquellos hombres por el crimen que habían cometido contra los romanos, les había perdonado la vida. Después, tras conceder apenas tres horas de descanso a sus soldados, reemprendió la marcha a Gergovia, preocupado porque había dejado sus campamentos medio desguarnecidos.

Cuando llegó de nuevo ante la capital de los arvernos, siguió estudiando el lugar para ver cómo podía tomarlo. Gergovia se hallaba situada en una elevación que se alzaba más de trescientos cincuenta metros sobre la llanura circundante. Por los lados este y norte había farallones y quebradas que hacían el ataque impensable. Por el lado sur y por el oeste el acceso resultaba algo más fácil, aunque seguía siendo demasiado escabroso para las aparatosas máquinas de guerra.



Mapa de Gergovia

Además, en la cima del monte, que era plana y muy alargada, se encontraba el grueso del ejército de Vercingetórix, con los guerreros galos acampados por tribus delante de la muralla sur de la ciudad, en una

planicie que formaba una prolongada cuesta. Para tomar la ciudad había que trepar por la empinada ladera meridional, sortear el primer obstáculo —un muro de piedras apiladas de dos metros de altura—, atravesar los campamentos galos repletos de soldados, llegar hasta la muralla y asaltarla. Todo ello esquivando un gran desnivel y bajo un fuego enemigo constante.

Aquello era simplemente impensable, de modo que la única posibilidad era rendir la ciudad por hambre. Antes de la traición de los eduos, César ya había construido dos campamentos: uno para seis legiones al suroeste de la montaña y otro para dos directamente al sur de Gergovia, ambos unidos por una fosa doble. Pero con eso solo cerraba el acceso a Gergovia por el sur, no completaba un circuito alrededor de la fortaleza. Y él mismo seguía sufriendo graves problemas de provisiones.

César era consciente de que se había metido en un buen aprieto. No tenía recursos para tomar Gergovia, y lo mejor que podía hacer era marcharse de allí y buscar un lugar donde pudiera asegurar el abastecimiento de víveres a sus legiones.

Pero los enemigos podían interpretar una retirada romana como una victoria propia, aunque en rigor no lo fuese. Cualquier fracaso de César solo lograría que más y más pueblos se sumaran a la rebelión; entre ellos los eduos, que estaban en la cuerda floja.

César necesitaba, al menos, dar un golpe de efecto e infligir suficiente daño a las tropas de Vercingetórix para deteriorar su moral. Después podría ordenar una retirada estratégica en busca de un mejor momento para seguir combatiendo.

La ocasión se le presentó al visitar el campamento secundario y estudiar el panorama a su izquierda. Allí, al suroeste de la montaña principal donde se alzaba Gergovia y unida a ella se alzaba otra elevación menor, a un kilómetro a la izquierda del campamento romano secundario. Los días anteriores, César la había visto plagada de guerreros. Sin embargo, aquel día se veía la roca prácticamente desnuda.

Cuando interrogó a unos desertores, que nunca faltaban, le informaron de la razón. Vercingetórix había desguarnecido aquella roca para proteger otra elevación que estaba unida asimismo a la cima del monte, pero por su parte noroeste. Esta altura, que formaba parte de una

estribación mayor, se hallaba poblada de vegetación donde podían esconderse posibles asaltantes y daba acceso a la parte peor defendida de la ciudad. Por eso el caudillo galo, preocupado, había trasladado allí a muchos guerreros con la intención de protegerla.

César decidió seguirle el juego a Vercingetórix y mandó patrullas de jinetes a medianoche a la cresta noroeste que los galos estaban fortificando. Tenían instrucciones de hacer ruido para que se notara su presencia, con la intención de que los galos pensarán que, efectivamente, César pensaba lanzar un ataque por allí.

A la mañana siguiente continuó con su engaño. Primero envió a la cresta que tanto preocupaba a Vercingetórix miles de esclavos con mulas y caballos de carga, ordenándoles que se pusieran cascos bruñidos para que brillaran bajo el sol. Sabía que desde las alturas los galos verían manchas y destellos diminutos moviéndose entre columnas de polvo y pensarían que César estaba desplazando su auténtica caballería para atacar por el noroeste. Para reforzar esa ficción, mezcló unos cuantos corceles de guerra de verdad en aquella masa, de modo que cabalgaran delante y a los lados en las típicas maniobras de reconocimiento.

Después envió una legión en esa dirección, pero antes de llegar al pie de la cresta los soldados se escondieron entre la espesura. Todas aquellas maniobras consiguieron lo que César esperaba, y desde abajo pudo ver cómo muchos de los galos acantonados al sur de la muralla de Gergovia abandonaban sus campamentos y acudían hacia la posición que creían amenazada.

A continuación, César hizo venir al grueso de sus legiones desde el campamento principal al secundario siguiendo las fosas que unían ambos. Les ordenó que acudieran por grupos, con los escudos guardados en las fundas de cuero y sin mostrar los estandartes, de modo que el enemigo no advirtiera desde arriba lo que estaba pasando. Era un juego del ratón y el gato: mientras los galos en las alturas se movían hacia el noroeste, los romanos se desplazaban agazapados hacia el campamento más cercano a la ciudad.

Como no era cuestión de alertar al enemigo con arengas y toques de trompeta, César dio instrucciones individuales a sus legados para que ellos se las hicieran llegar a sus hombres. El plan era limitado: asaltar los campamentos galos que se extendían delante de la ciudad, causar toda la

destrucción posible y regresar al cuartel. Los centuriones debían contener a los soldados para que no se adelantaran demasiado por ansias de combatir o por codicia, pensando en el botín. Era cuestión de actuar con rapidez y sorpresa, insistió César, no de plantear una batalla.

A la señal convenida, los legionarios emprendieron el ascenso por la ladera sur a toda velocidad, tal como les había pedido su general. Al mismo tiempo, a su derecha, los aliados eduos atacaron por la ladera suroeste: era una forma de desviar la atención del ataque principal.

Una vez empezó la subida, la distancia que los soldados tenían que recorrer era de unos mil metros en línea recta; pero se hacía más larga, lógicamente, porque el terreno era muy desigual y había que trazar curvas para reducir el gradiente. Las unidades ascendieron como pudieron, ya que era imposible mantener una formación en esas circunstancias, con quebradas y salientes que a ratos tapaban la visión entre los diversos grupos.

A media ladera llegaron al muro de piedra que protegía los campamentos galos siguiendo una curva de nivel. Los legionarios lo superaron sin dificultades, aunque entre unos obstáculos y otros su formación era cada vez más desordenada. A partir de ahí el terreno seguía estando en cuesta, pero el suelo era más liso y el declive menor.

Los hombres de César entraron en los campamentos de las diversas tribus, donde había muchos menos hombres que otros días, ya que la mayoría se hallaban al otro lado de la cima, ocultos de la vista por las propias murallas de Gergovia. En cuestión de minutos se apoderaron de tres de esos reductos, entre ellos el de los nitióbrigos. Su rey, Teutomato, que estaba echándose la siesta, apenas tuvo tiempo de huir, desnudo de cintura para arriba y con el caballo herido.

César en persona había subido la ladera con la Décima en una posición algo retrasada para poder observar lo que ocurría desde atrás. Pasado un rato, pensó que ya había conseguido lo que quería: causar unos cientos de bajas a los enemigos, destrozando parte de sus campamentos y apoderarse de algo de botín. Así pues, ordenó a los hombres de la Décima que se detuvieran e indicó a los cornetas que tocaran la señal de retirada para los demás.

Pero el relieve del monte impidió que el sonido de las trompetas

llegara lo bastante claro en medio del griterío y el estrépito del combate. Algunos tribunos y legados, siguiendo las instrucciones de César, intentaron detener a sus soldados. Sin embargo, la mayoría de la tropa se había dejado llevar por el entusiasmo. Al ver la cima del monte prácticamente despejada de enemigos, los legionarios se abalanzaron sobre la muralla.

Dentro de Gergovia se desató el pánico, pues todo el mundo sabía el terrible destino que había corrido Avarico, y muchos de sus habitantes huyeron por las puertas que daban al otro lado de la ciudad. Lo más sorprendente fue que un cierto número de mujeres, madres según el relato de César, subieron a la muralla y desde allí empezaron a arrojar a los soldados sus vestidos y joyas de plata, y con los pechos desnudos y extendiendo las manos como suplicantes les pidieron que las perdonaran y no hicieran ni con ellas ni con sus hijos lo que habían hecho en Avarico. Algunas incluso se descolgaban desde el muro (confiados en las defensas naturales de la ciudad, los gergovianos no lo habían construido demasiado alto) y se entregaban a los soldados, pensando que si lo hacían voluntariamente al menos salvarían la vida.

Toda la escena resulta extraña y escalofriante al mismo tiempo, pero nos da idea del terror que despertaba un ejército romano al asalto. Y, a decir verdad, cualquier otro, sobre todo entre las personas más indefensas: las mujeres, los niños y los ancianos.

Los hombres de la Octava habían llegado ya a la muralla. Uno de sus centuriones, Lucio Fabio, prohibió que nadie trepara antes que él, pues quería llevarse una condecoración y cobrar la recompensa que César pagaba en esos casos. Después, ayudado por tres de sus hombres subió al parapeto: una nueva prueba de que la pared no podía ser muy alta. Seguidamente, les tendió las manos y les ayudó a subir.

Aunque no era lo que César pretendía, parecía que la ciudad iba a caer en su poder. De todos modos, el ruido del ataque había alertado al grueso del ejército galo, que se hallaba tras la parte norte de la ciudad. Vercingetórix mandó por delante a los jinetes y luego a los demás guerreros.

Los soldados romanos estaban desordenados, cansados y con las pulsaciones desbocadas tras aquella subida. En cambio, los galos venían frescos y corriendo cuesta abajo. Para colmo, los eduos aparecieron por la

ladera suroeste y, aunque llevaban el hombro derecho desnudo como muestra de que eran aliados, crearon todavía más confusión.

En cuestión de minutos, las tornas habían cambiado. El centurión Fabio y sus hombres perecieron a manos de los defensores, que después los arrojaron cabeza abajo por la muralla. Otro centurión de la Octava, Marco Petronio, que había entrado por una puerta con sus soldados, protegió la retirada de estos interponiéndose entre ellos y los enemigos. Su comentario es muy significativo del temperamento de los militares romanos y, sobre todo, de los centuriones: «¡Ya que no puedo salvarme con vosotros, al menos salvaré vuestras vidas, pues os he puesto en peligro por mi ansia de gloria!».

El combate se convirtió en una retirada caótica. César, gracias a su posición, pudo mantener el orden de la Décima y así proteger el repliegue de sus hombres. Apoyada por varias cohortes de la Decimotercera, formó sus líneas y plantó cara a los galos que perseguían a los romanos en fuga.

Finalmente, los hombres de Vercingetórix regresaron a sus campamentos, renunciando a la persecución. Gracias a eso, el desastre no fue mayor. Pero cuando se hizo el recuento de bajas, César descubrió que habían muerto setecientos soldados y cuarenta y seis centuriones.

Era un golpe muy duro para la autoestima de César. Él no lo reconoció, por supuesto, pero no podía dejar de ser consciente de que su golpe de efecto había conseguido precisamente el resultado contrario.

Para recuperar la moral de los soldados, al día siguiente César los arengó. Si habían perdido la batalla, les dijo, no había sido porque el enemigo fuera mejor que ellos, sino porque el terreno era adverso y, sobre todo, porque no habían seguido las instrucciones al pie de la letra. Para demostrar que los enemigos seguían teniéndoles miedo, durante dos días los hizo formar en frente de batalla y desafió a Vercingetórix a que combatiera. Como era de esperar, el galo no aceptó. *Quod erat demonstrandum*, que habría dicho César.

Gergovia fue el mayor fracaso de César en las Galias. Había cometido un error de cálculo, intentando tomar una ciudad protegida por decenas de miles de guerreros con tan solo seis legiones, una fuerza insuficiente a todas luces para cerrar un cerco. Después, su intento de maquillar aquel fiasco únicamente había dado lugar a otro fiasco mayor.

Algunos historiadores ni siquiera están seguros de si César es sincero cuando afirma que su plan era un ataque limitado y sospechan que en realidad sí quería tomar la ciudad.

Tres días más tarde, César se resignó a lo inevitable y ordenó la retirada. ¿Podían ir peor las cosas?

Sí. Los galos interpretaron el fracaso de César, el general supuestamente invencible, como un éxito de Vercingetórix. Eso hizo que los eduos se decidieran a abandonar definitivamente el bando romano y atacaran la ciudad de Novioduno. Allí mataron a todos los romanos, soldados y comerciantes por igual, robaron las provisiones y los caballos y liberaron a los rehenes que César retenía para garantizar que las tribus aliadas se comportaban bien. Luego quemaron la ciudad para evitar que las legiones se aprovecharan del alimento que no habían podido cargar.

Poco después, se celebró un concilio de las tribus galas en Bibracte. Allí los eduos pretendieron asumir el mando de las operaciones, pero los demás se negaron y confirmaron a Vercingetórix como general en jefe de sus tropas.

De pronto, César y sus hombres se veían rodeados de enemigos por todas partes: los eduos detrás, los arvernos delante y los biturigos a la izquierda. El mayor problema era abastecerse de provisiones. Podía regresar a la Provincia, pero en el camino iba a tener que luchar y eso sí que lo interpretarían sus enemigos como un fracaso en toda regla. Y con «enemigos» no estaba pensando únicamente en los galos, sino en adversarios como Catón, Bíbulo y el resto de los optimates en Roma. Hablando de la opción de retirarse, César se muestra muy expresivo y utiliza las palabras *infamia atque indignitas*, que no requieren traducción (BG, 7.56).

Además, tenía otras cuatro legiones en el territorio de los senones. No podía abandonar a Labieno y a aquellos hombres a su suerte. Decidido a no retroceder, César se dirigió hacia el Loira. Cruzarlo parecía imposible, ya que las aguas bajaban muy fuertes por el deshielo. Pero César siempre estaba dispuesto a hacer lo impensable y sus legionarios a seguirlo adonde fuese. Tras recorrer las orillas, los exploradores encontraron un vado más o menos franqueable. Los jinetes se metieron al río con sus caballos para romper con sus cuerpos la fuerza de la corriente, y por detrás de ellos cruzaron los legionarios, con el agua por las axilas y cargando el equipo

sobre los escudos por encima de la cabeza para que no se mojara.

Al otro lado del Loira, donde no se esperaba a los romanos, había ganado y cosechas intactas. Gracias a ello César pudo solventar por el momento sus problemas de logística. Días después, sus tropas se reunieron con las de Labieno. Al menos, su lugarteniente había conseguido en las cercanías de Lutecia una victoria con bastante mérito.

Con diez legiones de nuevo, el problema para César era que, tras la defección de los eduos, andaba muy corto de caballería. Eso suponía un serio problema, porque en Bibracte Vercingetórix había exigido a las tribus galas que hicieran un esfuerzo más y había conseguido reunir quince mil jinetes, un número formidable tratándose de caballería.

César había comprobado que los cuatrocientos germanos de su escolta le daban muy buenos resultados, de modo que envió emisarios más allá del Rin para pedir jinetes y soldados de infantería ligera, que combatían junto a los primeros corriendo agarrados de las crines de los caballos. Cuando esos refuerzos llegaron, comprobó que sus monturas eran muy pequeñas y las cambió por las de los tribunos, los équites y los veteranos reenganchados, que, aunque combatían a pie, en las marchas solían viajar a caballo.

Mientras tanto, Vercingetórix se hallaba al sur, atacando los límites de la Provincia, y concentrándose sobre todo en ganar para su causa a los alóbroges. Al saberlo, César se puso en camino hacia allá: ahora no se trataba de una humillante retirada, sino de proteger el territorio del que era procónsul.

Para llegar hasta allí, los romanos tendrían que dirigirse hacia el sureste y bajar por las tierras de los secuanos. Ahora que disponía de aquella enorme superioridad en caballería, Vercingetórix decidió que había llegado el momento de aplastar a los romanos y se dispuso a cortarles el paso. Sin duda, ya conocía la humillante derrota que el general parto Surena había infligido a las legiones de Craso, el amigo de César. Pese a que las tácticas de la caballería gala eran muy distintas, Vercingetórix estaba dispuesto a repetir la jugada.

Cuando llegaron a unos quince kilómetros de los romanos, el caudillo celta dividió a sus hombres en tres campamentos. Después convocó a sus oficiales a un consejo de guerra y les dijo que la hora de la

victoria había llegado.

«Los romanos se retiran a la Provincia —les explicó—, y abandonan la Galia» (BG, 7.66). En sí, eso salvaba su libertad presente, pero debían garantizar también la futura. Por eso, lanzarían tres ataques simultáneos contra la larguísima columna de marcha romana. Si César quería defenderse de esos asaltos acelerando el paso, no tendría más remedio que dejar atrás los carros que llevaban el bagaje.^[45] Eso los condenaría a él y a sus hombres a perecer de hambre por el camino.

Al recibir las instrucciones de Vercingetórix, todos sus guerreros prestaron un terrible juramento: aquel que no cabalgara al menos dos veces a través de la columna de marcha enemiga, no volvería a cobijarse bajo techo alguno ni podría volver a ver a sus mujeres, sus hijos ni sus padres.

Al día siguiente, los tres cuerpos de caballería atacaron tal como estaba previsto al convoy romano en las cercanías de Divio (la actual Dijon, célebre por su mostaza). Dos actuaban por los flancos y el tercero por la vanguardia para detener el avance.

El ataque pilló por sorpresa a los romanos, pues las colinas que rodeaban el río Brenne habían ocultado a los jinetes enemigos hasta el último momento. César reaccionó con prontitud y, aunque su caballería se hallaba en inferioridad numérica, la dividió también en tres columnas. Al mismo tiempo, las legiones se detuvieron y adoptaron una formación de combate, un enorme rectángulo con la impedimenta en el centro. César ordenó que, en cualquier punto donde vieran que su caballería sufría el acoso enemigo, las legiones acudieran en su ayuda: aunque, obviamente, los soldados de infantería pesada no podían perseguir a la caballería enemiga, sí podían proteger a la propia recibéndola tras sus filas.

El combate se libró simultáneamente a lo largo de toda la formación. Tal como César había previsto, los germanos le brindaron las magníficas prestaciones habituales y en el flanco derecho pusieron en fuga a los jinetes enemigos. Sin detenerse, tomaron una cresta y desde ella bajaron al río, donde aguardaba el grueso de la infantería de Vercingetórix. Allí mataron a muchos, mientras los demás, temiendo verse rodeados, emprendieron la desbandada. (Uno sigue preguntándose qué tenían estos germanos que a los galos les temblaban las piernas solo de verlos).

La batalla fue un desastre para Vercingetórix, y para César supuso una victoria inesperada, una auténtica bombona de oxígeno cuando más lo necesitaba. Sin duda sus pensamientos habían sido sombríos mientras se dirigía a la Provincia en una maniobra defensiva, él que tanto gustaba de adelantarse siempre al enemigo y llevar la iniciativa.

El sitio de Alesia

Pensando en reorganizarse, Vercingetórix llevó a sus tropas a una fortaleza cercana, la ciudad de Alesia. Por el camino, las tropas de César lo persiguieron y le infligieron tres mil bajas más.

Alesia era la capital de la tribu de los mandubios. La fortaleza estaba situada sobre una meseta, el monte Auxois. Esta elevación se levantaba unos ciento cincuenta metros sobre los valles que la rodeaban y la planicie de su cima medía dos kilómetros de este a oeste por seiscientos metros de norte a sur. Sus laderas ofrecían un gran desnivel y además estaban sembradas de estratos verticales de roca, lo que hacía muy difícil escalarla, máxime si había enemigos disparando proyectiles desde arriba.

Parecía una buena elección para Vercingetórix: si César se decidía a perseguirlo, el monte sobre el que se alzaba Alesia era tan inexpugnable como Gergovia. El único punto que brindaba un acceso algo más fácil se hallaba al este, pero los galos lo reforzaron con una zanja y un muro de dos metros.

«Que César intente repetir la jugada de Gergovia», debió de pensar Vercingetórix, desafiante.

Pero la situación no era la misma. Cuando al día siguiente César reconoció el lugar, pensó que Alesia era inexpugnable a un asalto o que si lo intentaba perdería muchas tropas. Sin embargo, aquí, a diferencia de Gergovia, la meseta donde se alzaba la ciudad se hallaba aislada de las elevaciones vecinas, por lo que se podía rodear. Además, César no contaba esta vez con seis legiones, sino con diez, lo que le permitía extender mucho más el perímetro de circunvalación.

Sin esperar ni un minuto, el procónsul puso a sus hombres a

trabajar. Mientras la caballería germana contenía los ataques de los jinetes enemigos, los legionarios se dedicaron a excavar zanjas, a levantar terraplenes y empalizadas y a realizar otras obras defensivas.

Tras el fiasco de su caballería contra la columna de marcha romana, Vercingetórix sospechaba que no le iba a servir para romper las líneas enemigas. Aprovechando que el perímetro de asedio todavía no estaba cerrado, la primera noche envió a todos sus jinetes lejos de la ciudad. Sus instrucciones eran dispersarse, dirigirse cada uno a su tribu y traer ayuda.

«La libertad de toda la Galia depende de vosotros», les recordó, conminándoles a darse prisa, pues calculaba que tenía provisiones para treinta días; algo más si las racionaba. Según César, en Alesia había ochenta mil personas sumando los soldados de infantería y los habitantes de la fortaleza. Si realmente era así, debían de estar tan hacinados como arenques en un barril.

Los romanos siguieron trabajando, día tras día. La circunvalación final, que se adaptaba a los alrededores de Alesia para aprovechar el relieve, medía unos dieciséis kilómetros e incluía once campamentos y veintitrés fuertes menores.

Al oeste de la meseta el terreno era más llano y se abría al valle del río Brenne, por lo que parecía el lugar natural por donde los sitiados podían intentar una salida para romper el cerco. Sabiéndolo, los ingenieros de César reforzaron las defensas más de lo habitual. En primer lugar, cavaron un foso de lados rectos y de seis metros de ancho. A partir de ahí, unos ciento veinte metros más atrás levantaron la empalizada: de este modo, los enemigos que llegaran hasta el foso no podrían alcanzar con sus proyectiles a los soldados situados en el parapeto.



El asedio de Alesia

Por si los enemigos conseguían cruzar el foso, los soldados

sembraron esos ciento veinte metros de tierra de nadie con obstáculos para refrenar su marcha. Primero estaban los «estímulos», garfios medio enterrados en el suelo de tal manera que si uno no los advertía podía clavárselos en los dedos de los pies al andar o correr (es preferible no pensar en la sensación). Después venían unos agujeros circulares y disimulados con follaje llamados «lirios», en cuyo fondo había estacas afiladas. A continuación, los «marcadores», una serie de cinco trincheras en las que había ramas y troncos con las puntas aguzadas, formando una maraña impenetrable donde los atacantes que cargaran a la carrera se empalarían solos.

No era de esperar que muchos enemigos murieran en estas trampas, pero sí que se vieran obligados a moverse despacio y muy atentos al suelo que pisaban. Eso los convertía en blanco fácil para los proyectiles lanzados desde la empalizada, y además daba tiempo para enviar refuerzos si alguna posición se veía amenazada. Gracias a esas defensas, los romanos podían disponer una guarnición relativamente pequeña en el parapeto mientras otros soldados continuaban con las obras y, sobre todo, se dedicaban a forrajear y cortar leña. Pues, previendo que pronto llegarían refuerzos para auxiliar a los enemigos sitiados, lo más urgente era acopiar todas las provisiones posibles.

Por si el trabajo realizado para rodear Alesia fuera poco, César ordenó a sus hombres levantar otro perímetro concéntrico al primero, con las defensas apuntando hacia el exterior para repeler la ofensiva que se avecinaba.

Entretanto, los líderes galos se habían reunido en un concilio para decidir cuántos soldados debían enviar en ayuda de Vercingetórix. Tras discutir, acordaron no reclutar a todos los varones en edad militar, sino fijar una cuota para cada pueblo. No obstante, una vez reunidos todos los contingentes aportados —César da una lista de treinta y tres tribus—, el total sumaba ocho mil jinetes y doscientos cincuenta mil guerreros de infantería. Como los lectores habrán sospechado, los historiadores ponen en duda esta cifra. Una fuerza de tal magnitud habría sido inoperante e imposible de alimentar.

En cualquier caso, la situación suponía una auténtica emergencia nacional. Los galos comprendían que si César les doblaba el brazo en aquel pulso, perderían la poca libertad que les quedaba. Por eso en esta ocasión trascendental enviaron un ejército inusitadamente grande,

mandado por el atrebate Comio, el arverno Vercasivelauno —primo de Vercingetórix— y los eduos Viridomaro y Eporedórix. La cifra de ocho mil jinetes parece verosímil, y en cuanto a la infantería podemos pensar en decenas de miles. De todos modos, hay que tener en cuenta que esos infantes eran en realidad campesinos que de vez en cuando empuñaban las armas, no soldados semiprofesionales como los romanos: la verdadera fuerza de los galos residía en su élite guerrera, los caballeros.

Con bastante retraso, aquella enorme horda se puso en marcha. Como señala César, los galos confiaban en que ningún enemigo se resistiría ante la pura vista de su número, máxime cuando los romanos sabían que tendrían que combatir en dos frentes: contra el ejército cercado en Alesia y contra el que se acercaba en su auxilio.

Entretanto, los treinta días de plazo que había establecido Vercingetórix ya habían pasado. A los asediados apenas les quedaban provisiones. Cuando los jefes se reunieron con Vercingetórix, uno de ellos, un arverno llamado Critognato, propuso una medida desesperada e inhumana que, pese a todo, le parecía preferible a rendirse. Según él, sus antepasados ya la habían tomado medio siglo antes cuando se encerraron en sus fortalezas mientras los cimbrios y teutones devastaban su territorio. La medida no consistía en otra cosa que en matar a los más viejos y débiles y devorar sus cadáveres.

Aquello les pareció a todos demasiado extremo, pero la decisión que tomaron no era mucho menos cruel. En lugar de alimentarse con aquellos a los que consideraban inútiles para el combate, los echaron de la ciudad para que no consumieran las escasas provisiones que quedaban. A los habitantes de Alesia, los mandubios, les horrorizaba perder así a sus esposas, hijos, padres y abuelos; pero no solo no pudieron hacer nada por evitarlo, sino que a ellos también los expulsaron de la fortaleza.

Puede que los galos pensasen que César dejaría pasar a esa gente. Pero no fue así: cuando aquella patética procesión marchó hacia la valla de circunvalación para suplicar a los romanos que los tomaran como esclavos y les dieran de comer, los soldados los rechazaron y los enviaron de vuelta a Alesia. Todas aquellas personas se quedaron, pues, en tierra de nadie, donde debieron fenecer de hambre en pocos días. Se puede acusar a César de inhumano por no acogerlos, y además perdió un buen dinero al no venderlos como esclavos. Pero Vercingetórix y sus oficiales habían sido igualmente duros. Además, a los romanos no les sobraban precisamente

provisiones; la carestía había su cruz desde el principio de la campaña.

Poco después llegó por fin el ejército de refuerzo, y acampó en una elevación al suroeste de Alesia, a kilómetro y medio de las líneas romanas. Al día siguiente, los galos desplegaron a todos sus jinetes por delante de la infantería preparando un ataque general. Al verlo desde la fortaleza, Vercingetórix ordenó a sus guerreros que hicieran lo mismo por la parte interior del cerco.

Por su parte, las legiones se distribuyeron por la empalizada y formaron a ambos lados, especialmente en la zona más llana donde era de esperar que se produjese la ofensiva. Casi de inmediato César envió a sus jinetes para enfrentarse con los del ejército exterior. Durante horas se libró una batalla con muchas alternativas, entre cargas y retiradas constantes, tal como solía ocurrir en los combates de caballería. Los galos parecían superar a las tropas de César hasta que, al oscurecer, los germanos cargaron en masa y los pusieron en fuga, matando en la refriega a los arqueros que se quedaron rezagados de sus propios jinetes. Al ver este desenlace, los sitiados en Alesia volvieron a refugiarse tras las murallas, «tristes porque ya casi desesperaban de la victoria» (BG, 7.80).

Sin embargo, no por ello se rindieron. Durante un día en que no lanzaron ataques, los galos del exterior se dedicaron a atar manojos de ramas y matorrales para rellenar las trincheras y a fabricar escalas y garfios de asalto. Después, a media noche, salieron con sigilo de su campamento. Al llegar a la línea romana, empezaron a disparar proyectiles para expulsar del parapeto a los defensores. Luego arrojaron los matorrales dentro de las zanjás y extendieron vallas encima a modo de puentes, como se solía hacer en esos casos. A estas alturas ya habían renunciado al silencio, y lanzaban gritos de guerra y hacían sonar las trompetas para que los de Alesia supieran lo que estaba pasando, pues la circunvalación les impedía comunicarse de otra forma.

El combate se prolongó durante el resto de la noche. Los galos lograron infligir bastantes bajas a los romanos, pero estos, con la combinación de sus defensas y el fuego de su artillería, contuvieron el ataque. En aquella zona los legados encargados de la defensa eran Cayo Trebonio y el célebre Marco Antonio, que llevaba poco tiempo con César.

Cuando se hizo de día, los galos se retiraron a su campamento sin haber conseguido romper el cerco, y lo mismo hicieron los guerreros del

interior de Alesia. Era el segundo intento fracasado, así que los caudillos de la fuerza de auxilio se reunieron para deliberar y preparar un ataque más eficaz.

Tras explorar la zona a conciencia, descubrieron que había un punto débil en las defensas romanas. Al norte de Alesia se levantaba una colina que rompía el perímetro de circunvalación, porque era demasiado escarpada para levantar una empalizada en su cima. Había un campamento romano en su ladera que albergaba a dos legiones; si los galos conseguían apoderarse de esta elevación, podrían atacar aquel fuerte desde arriba, en una posición ventajosa.

Los jefes galos reunieron a un cuarto de su infantería, y Vercasivelauno salió con ellos de noche, rodeando la colina para esconderse en su falda norte, al otro lado del campamento romano. Allí se quedaron esperando a la luz del día, pues habían descubierto que atacar de noche las elaboradas defensas romanas solo servía para que hombres y caballos se empalaran o se rompieran los huesos con las trampas sembradas por doquier.

A mediodía, cuando los hombres de Vercasivelauno habían descansado tras la marcha nocturna, treparon por la colina y después se lanzaron al asalto del fuerte desde la cima. Al mismo tiempo, la caballería gala atacó desde el llano y el resto de su infantería se desplegó.

Cuando Vercingetórix vio lo que ocurría —es probable que desde las alturas hubiese divisado con antelación los movimientos de las tropas de su primo—, no tardó en lanzar una ofensiva general contra la empalizada, enviando a sus hombres con manteletes, garfios y escalas.

De pronto, los romanos se vieron atacados por todas partes. En otras refriegas habían podido enviar refuerzos a los puntos amenazados, pero ahora llegaban asaltantes por doquier. Percatándose de que la situación era grave, César buscó un punto elevado desde el que pudiera dominarlo todo (no precisa cuál fue, si una loma o una atalaya de vigilancia). Al comprender que la mayor amenaza la sufría el campamento norte, donde aquellas dos legiones se defendían como podían, envió en su ayuda a Labieno con seis cohortes. Antes de que se marchara, le dijo que si veía que el campamento estaba a punto de caer, hiciera una salida a la desesperada con todos sus hombres.

Los ataques se multiplicaban. Los guerreros de Vercingetórix ya habían comprobado días antes que las defensas del llano, reforzadas por lirios, estímulos y marcadores, eran prácticamente inexpugnables, así que probaron a atacar la circunvalación allí donde esta se levantaba sobre laderas. Tras rellenar la zanja, vaciaron de defensores las torres con una granizada de proyectiles y empezaron a destrozar la pared con los garfios de asedio.

César vio esta nueva emergencia y mandó allí a Décimo Bruto con unas cuantas cohortes; cuando aquello no bastó, despachó también a Cayo Fabio con más tropas. A esas alturas, el general había comprendido ya que tenía que renunciar a contemplar el combate desde las alturas y que debía participar en persona.

Primero envió cuatro cohortes adicionales al mismo punto de la empalizada donde luchaban Bruto y Fabio, y allí se logró por fin contener a los atacantes de Alesia. Pero la situación en el campamento asaltado por Vercasivelauno y sus hombres no dejaba de empeorar, y así se lo hizo saber Labieno a César enviándole un mensajero.

César decidió participar personalmente en la acción. Desde la ladera donde se alzaba el campamento amenazado, los agobiados defensores vieron que un nutrido grupo de caballería y varias cohortes acudían en su ayuda; pero, sobre todo, distinguieron el llamativo manto rojo de su general, el *paludamentum*, ondeando tras él sobre las grupas de su caballo. Era un efecto buscado por César, que consiguió lo que quería con aquella cabalgada de tintes épicos: insuflar nueva moral a sus tropas.

La llegada del procónsul al frente de aquellos refuerzos decidió el curso de la batalla. Los asaltantes del campamento se vieron de repente entre dos fuegos, atacados por los defensores de la empalizada y por la terrible caballería germana de César. Se desató una fuga generalizada en la que murieron muchos galos, mientras que otros caían prisioneros, como el propio caudillo Vercasivelauno. En aquella refriega, los romanos se apoderaron de setenta y cuatro estandartes.

Los hombres de Vercingetórix, que también habían sido rechazados en su ofensiva, se retiraron a la fortaleza desmoralizados. Había sido su tercer intento de romper el cerco, y esta vez habían estado más cerca que nunca de conseguirlo. Pero tanto ellos como, sobre todo, los galos del exterior habían sufrido muchas bajas. Para entonces, los defensores de

Alesia estaban débiles y malnutridos, y sabían que el enorme ejército congregado en su auxilio no tardaría mucho en sufrir problemas de abastecimiento y dispersarse.

Al día siguiente, Vercingetórix convocó un nuevo consejo en Alesia. Demostrando su grandeza de ánimo, declaró que no había iniciado esa guerra por su propio interés, sino por conseguir la libertad de la Galia. Puesto que había fracasado, estaba dispuesto a dejarse matar por los demás para que así consiguieran el perdón de los romanos o a entregarse directamente a César.

Esto último fue lo que se decidió. Tras enviar emisarios al procónsul para negociar la rendición, Vercingetórix, tal como cuenta Plutarco, se puso su mejor armadura, engalanó a su caballo y salió de Alesia (*César*, 27). Una vez llegado al campamento romano, dio una vuelta en torno al estrado donde César permanecía en su silla curul. Después desmontó, se quitó la armadura y se sentó inmóvil y en silencio a los pies de César. Pasado un rato, los guardias se lo llevaron y lo encerraron hasta que llegara el momento de exhibirlo en el triunfo del procónsul (una ocasión que, por circunstancias que iremos viendo, se retrasó seis años).

Aquel fue el momento culminante de la guerra de las Galias. En sus luchas contra Cartago o los reinos helenísticos (estados tan desarrollados como la propia República), cuando los romanos obtenían victorias decisivas en el campo de batalla el gobernante enemigo capitulaba y la guerra terminaba. En cambio en Hispania, Iliria, Liguria o la propia Galia no ocurría así, porque derrotar a una tribu no significaba que las demás se rindieran, y cuando se sofocaba un levantamiento surgía otro: era una tarea tan desesperante e inacabable como la de las Danaides en el infierno, que acarreaban agua eternamente en ánforas agujereadas.

Ahora, sin embargo, los galos se habían unido y elegido a un único caudillo. Por una vez, habían formado algo parecido a un estado único. Era lo mejor, dadas las circunstancias, pero sin querer le habían hecho un favor a César: le habían ofrecido la oportunidad de derrotarlos a todos juntos.

Y César no la había desaprovechado.

Los galos habían perdido ya la voluntad de vencer, requisito indispensable para seguir combatiendo. La guerra continuaría con varios

focos encendidos, pero apagarlos era únicamente cuestión de tiempo.

En cuanto a los prisioneros que se le entregaron en Alesia, César los vendió como esclavos, salvo a los eduos y a los arvernos. Estos dos pueblos eran demasiado importantes y el procónsul necesitaba recuperar su buena voluntad, de modo que por el momento simplemente retuvo a sus hombres como prisioneros.

Esta política le funcionó: cuando, terminado el asedio, se dirigió al país de los eduos, estos le ofrecieron volver al redil de su antigua alianza. Del mismo modo, los arvernos enviaron mensajeros para rendirse. César les pidió rehenes, y a cambio de ellos devolvió a los veinte mil prisioneros que retenía entre eduos y arvernos. Por supuesto, Vercingetórix no entraba en este trato, pues como general del ejército enemigo estaba destinado a ser la pieza más valiosa del desfile triunfal.

Epílogo galo

César pasó el invierno del 52-51 en la Galia Transalpina, organizando la pacificación desde la ciudad edua de Bibracte. Debió de andar muy ocupado en aquellos meses y en los años sucesivos, porque no continuó con los *Comentarios*, que finalizan tras la rendición de Alesia. Quizá no le pareció oportuno seguir escribiendo pasado el clímax de la rendición de Vercingetórix, o simplemente perdió interés en hacerlo. Hay un octavo libro que narra la campaña del 51, pero ese lo redactó su amigo y subordinado Aulo Hircio; según el propio Hircio comenta, lo hizo a instancias de Balbo, un amigo que compartían César y él.^[46]

Durante ese año, César tuvo todavía que librar algunas guerras. Aún quedaban tribus que se negaban a someterse, tal vez esperando que al procónsul se le agotara el mandato, se marchara de la Galia y se olvidara de ellas.

Fue una esperanza vana. Todavía en diciembre del 52, César se llevó a dos legiones de Bibracte para atacar por sorpresa a los biturigos. Las condiciones que les ofreció fueron generosas y ellos no tardaron en rendirse. Poco después, en enero, lanzó una expedición similar contra los carnutos utilizando como base la ciudad de Cenabo, donde los galos

habían masacrado a los comerciantes romanos. Los carnutos se resistieron unos meses, pero acabarían entregándose también.

La campaña más dura de aquel año la libró contra la tribu belga de los belóvacos. César invadió sus tierras con cuatro legiones, y en primavera hizo venir otras dos con el legado Trebonio. Tras diversos lances, César se enteró por un prisionero de que un importante contingente de belóvacos iba a tender una emboscada a sus forrajeadores. La celada se convirtió en una trampa para los propios emboscados, y en la subsiguiente batalla Correo, el jefe de los belóvacos, resultó muerto, lo que provocó que su tribu se rindiera.

El último fuego que tuvo que apagar César fue el de Uxelodono, en el sur de la Galia. Esta fortaleza era prácticamente inexpugnable, pero César hizo que sus ingenieros les cortaran el suministro de agua. Cuando Uxelodono se rindió, César decidió utilizarla como ejemplo para todos aquellos pueblos que seguían pensando en resistirse. En Roma había cada vez más complicaciones y antes de afrontarlas tenía que pacificar rápidamente la Galia para no dejar problemas a sus espaldas. Por otra parte, la tribu de los cadurcos no era excesivamente importante, y podía servir de escarmiento para las demás sin que eso acarreará tantas consecuencias como si hubiera hecho lo mismo con los arvernos o los eduos. Tomando en cuenta todo eso, César ordenó que a todos aquellos guerreros que hubieran empuñado un arma les cortaran ambas manos. Después, en lugar de esclavizarlos los dejó libres para que todo el mundo pudiera ver cuál era el castigo por resistirse al poder de Roma.

Algunos autores sugieren que esta brutalidad no fue un hecho aislado. Alegan que César debió cometer otros actos igualmente crueles en las campañas anteriores, pero que los silenció en sus *Comentarios*, algo que no hizo Aulo Hircio. Pese a ello, el texto de este da a entender que la mutilación de los cadurcos fue un hecho aislado: «César sabía que todo el mundo conocía su clemencia y no temía que una acción más dura por su parte fuera considerada como crueldad natural» (BG, 8.44).

En general, César decidió recurrir a políticas mucho menos severas, tratando de convencer a los galos de que rendirse era mucho más positivo para ellos que seguir resistiéndose. «Así pues, a fuerza de tratar con honor a los pueblos, regalar magníficos presentes a sus caudillos y no imponer nuevos tributos, no le fue difícil mantener en paz a la Galia, que se hallaba agotada tras tantas derrotas» (BG, 8.49).

Durante el año 51, César trasladó la Decimoquinta legión a la Galia Cisalpina por si surgían problemas en Iliria. Él, sin embargo, volvió a pasar el invierno de 51-50 en la Transalpina, organizando la que iba a ser una nueva provincia de la República, dos veces más extensa que Italia y con más población que Hispania.

Aunque la Galia estaba sometida, no debemos creer que el dominio romano llegaba a todos sus rincones. En ese sentido, los mapas que nos muestran las conquistas de los romanos o de otros pueblos son equívocos, pues en ellos aparecen enormes territorios de un solo color, implicando una homogeneidad que realmente no existía. Había muchísimos lugares de la Galia en los que no habían visto todavía a un romano y aún tardarían en verlo. La verdadera colonización, en este caso conocida como «romanización», era un proceso mucho más largo. Podemos imaginar los focos de colonización como pequeños puntos dispersos por el mapa de la Galia que a lo largo de las décadas se expandieron y convirtieron en círculos cada vez mayores, hasta acabar uniéndose y ocupando casi todo el territorio. Esta aculturación, como en el caso de Hispania, no dependió tanto del ejército romano como de las élites locales, que fueron adquiriendo las costumbres, las leyes e incluso la lengua de los romanos.

En cualquier caso, mientras se llevaba a cabo este lento proceso, la Galia no volvió a dar problemas militares hasta la muerte del emperador Nerón, e incluso entonces no ocurrió por afán de independencia de sus tribus, sino por una lucha de poder entre generales. ¿Era porque César había quebrado el espíritu galo aniquilando la cultura céltica tal como dicen sus críticos, o porque bajo la *pax Romana* no se vivía tan mal y se podía prosperar? Tener una visión idílica del Imperio romano olvidando las brutalidades cometidas durante la conquista sería pecar de ingenuos. Pero idealizar el pasado de unas tribus celtas que vivían en contacto con la naturaleza —y si nos descuidamos escuchaban música *New Age*—, obviando que las actividades que más prestigio daban a sus nobles eran la guerra y el saqueo no deja de ser otra ingenuidad.

Cuando cayó el Imperio romano, en su mitad occidental se retrocedió a un estado parecido al que existía antes de la conquista, con pueblos y tribus en guerra constante. El descenso del nivel de vida fue tan espectacular que, por comparación, el recuerdo del Imperio se rodeó de una especie de aura dorada. Aunque este no es el lugar de emitir un veredicto sobre las maldades y bondades del Imperio romano, solo diré que algo positivo debía tener cuando se convirtió en un ideal que resurgiría en

Europa de una forma o de otra en muchas ocasiones.

Los detractores de César, en cualquier caso, suelen hablar de las pérdidas humanas que dejó la conquista. Según Plutarco (*César*, 15.3), «tomó al asalto más de ochocientas ciudades, sometió a trescientos pueblos y luchó en batallas campales en diferentes ocasiones contra tres millones de hombres, de los cuales mató a un millón en combate y esclavizó a otros tantos». Estas cifras totales son el resultado exagerado de sumar cifras parciales igualmente exageradas, como hemos ido viendo en cada batalla y campaña al hablar del número de tropas y de bajas enemigas.^[47]

Además, hay que tener en cuenta que lo que a nosotros nos pone los pelos de punta era un motivo de orgullo para los generales antiguos. Antes de abandonar Italia, Aníbal hizo grabar una placa de bronce que consagró en el templo de Crotona. En ella se jactaba de haber destruido cuatrocientas ciudades y haber dado muerte en combate a trescientos mil hombres, una cifra que probablemente también estaba hinchada.

De lo que no se puede dudar es de que César se había enriquecido personalmente con la conquista gracias a la venta de esclavos y al botín. Según Suetonio, acaparó tanto oro que no sabía qué hacer con él, de modo que lo vendía a tres mil sestercios la libra, un precio mucho más bajo que el habitual.

Si es cierto que inundó el mercado itálico con oro, no es raro que el precio de este se hundiera. Pero que César no supiera en qué gastar su riqueza resulta menos creíble. Aunque personalmente no era avaricioso, necesitaba el dinero como instrumento de poder, y cuando lo tenía lo gastaba a manos llenas para recompensar a las personas que lo rodeaban y también a quienes le podían ser útiles, prestando dinero sin interés o incluso a fondo perdido (como veremos enseguida que hizo con Escribonio Curión).

Sobre todo, a quienes más procuraba contentar era a sus soldados. Aparte de entregarles gratificaciones de cuando en cuando y compartir con ellos los frutos del saqueo y la venta de esclavos, gracias a las riquezas obtenidas César se pudo permitir doblar la paga de sus legionarios, subiéndola a novecientos sestercios anuales. Esta medida le ganó aún más la devoción de la tropa.

Una devoción que le iba a hacer falta, pues sobre su futuro se cernían nubarrones de plomo. Y esta vez no venían de la Galia, sino de la mismísima Roma.

XI

LA GUERRA CIVIL

El camino hasta el Rubicón

Ahora que la Galia estaba pacificada, César podía volver sus ojos a Roma. Su intención desde el año en que fue cónsul (58 a.C.) era repetir en el cargo. Por las leyes de Sila, que seguían en vigor, no podía hacerlo hasta pasada una década. Ciertamente es que Pompeyo se había saltado todas las normas, ¡y de qué manera!, al convertirse en cónsul único en el 52, tan solo tres años después de compartir el cargo con Craso. Pero todo en la carrera de Pompeyo estaba lleno de irregularidades: legiones alistadas como ciudadano privado, triunfos otorgados sin ser pretor ni cónsul ni tan siquiera senador, incumplimiento de plazos...

En cambio César, al que sus enemigos consideraban el peor peligro para la República, podía jactarse de que, al menos nominalmente, respetaba las instituciones, y de que había accedido a las magistraturas *suo anno*, es decir, con la edad mínima que establecía la ley.

El plan de César era presentarse a las elecciones en otoño del 49 para convertirse en cónsul el 1 de enero del 48, día en que pensaba celebrar también su triunfo. El problema era mantener su inmunidad política hasta el preciso instante en que entrara en el cargo. Sabía que muchos enemigos políticos estaban acechando para llevarlo a juicio por sus actuaciones como cónsul. En particular, quien había sido su colega, Bibulo, que había intentado anular todos sus decretos con pretextos religiosos. Por otra parte, Catón insistía en que César era culpable de crímenes de guerra y que había que entregarlo a los germanos para que se vengaran de él por haber detenido a sus embajadores en contra del derecho de gentes.

Aunque no lo condenaran en el sinfín de demandas que iban a presentar contra él, César sabía que si se dejaba envolver en esa telaraña

judicial no lo elegirían como cónsul. Como dice una maldición que tal vez ya existía entonces: «Juicios tengas, ¡y los ganes!».

¿Qué haría César después de ese nuevo consulado? Aparte de reforzar su poder y debilitar el de sus enemigos, al salir del puesto tenía la opción de convertirse directamente en procónsul, lo que significaría que no iba a pasar un solo día durante los próximos años como ciudadano privado. Todavía había muchas campañas que llevar a cabo y muchas tierras que conquistar: al norte de Macedonia se extendía Dacia, y más al este los partos conservaban en su poder las águilas de las legiones de Craso, una afrenta que había que vengar.

César había presionado para que los diez tribunos del año 52 propusieran la ley que le iba a permitir presentarse como candidato *in absentia*, sin entrar en el pomerio, el recinto sagrado de Roma. Por desgracia para él, ese mismo año se había aprobado otro decreto que prohibía expresamente presentarse *in absentia* a cualquier ciudadano. Sí, Pompeyo había añadido una apostilla que eximía a César. Pero lo había hecho después de que la asamblea votara la ley, por lo que esa cláusula adicional tenía tanta validez legal como una pintada sobre la puerta de un burdel.

Para agravar las preocupaciones de César, el cónsul del año 51, Claudio Marcelo, había propuesto sustituirlo de inmediato por otro gobernador, ya que su misión había terminado. ¿Acaso no estaba en paz la Galia, tal como aseguraba el mismo César? Los tribunos partidarios de este amenazaron con vetar la ley, pero Marcelo consiguió aprobar otra propuesta para que el asunto volviera a discutirse en marzo del año 50. Para entonces habría otros tribunos, quién sabía si cesarianos o anticesarianos.

La oposición de Marcelo, como la de tantos otros senadores, se debía a una enemistad personal. Uno de sus motivos era que César había intentado obligarlo a divorciarse de su esposa Octavia, que era su sobrina nieta, para ofrecérsela a Pompeyo. En la política romana lo personal era más importante que lo ideológico, que prácticamente no existía. En una muestra del odio que sentía por César, el cónsul Marcelo había hecho flagelar a un miembro del senado de Novum Comum. Esta ciudad era una colonia fundada por César en el año 59 al norte del Po, y por su estatus sus habitantes eran ciudadanos romanos a los que no se podía azotar. La acción de Marcelo venía a decir que lo que había hecho César como cónsul

no tenía validez ninguna. Y todavía agravó más su desafío al decirle a aquel hombre que corriera a la Galia a llorarle a su amo César y a enseñarle las cicatrices de los latigazos.

El temor que sentían muchos senadores en Roma era comprensible. Desde los orígenes de la República, el poder que ostentaban los magistrados fuera de la ciudad era mucho mayor que dentro del pomerio. Para demostrar que ese *imperium* apenas tenía cortapisas, al salir de Roma los lictores introducían hachas entre las varas de abedul de las *fasces*, demostrando que el magistrado al que escoltaban poseía poder de vida y muerte.

César llevaba ya nada menos que ocho años como procónsul en la Galia, al mando de un gran número de legiones. Durante todo ese tiempo su palabra había sido ley, como la de un monarca absoluto, y no había tenido que molestarse en negociar con facciones de senadores rivales ni litigar en los procesos del Foro. Cuando regresara a Roma, ¿se resignaría a revolcarse de nuevo en la arena de la lucha política como los demás o pretendería estar por encima de todos sentado en una especie de trono como un... rey?

Todo indicaba que no. Según Suetonio, en aquella época las personas que andaban cerca de César solían escucharle estas palabras: «Ahora que soy el primer hombre de la ciudad será más difícil sacarme del primer puesto al segundo que del segundo al último» (*César*, 29). Era su *dignitas* lo que estaba en juego.

Nuestra palabra «dignidad» apenas puede traducir un concepto tan rico y poderoso, que implicaba la suma de la reputación, la influencia y el estatus que poseía un ciudadano romano. La *dignitas* era como una cuenta bancaria inmaterial que se amasaba a lo largo de una vida entera, y que los enemigos políticos y personales podían robar como atracadores con una sola acción que a uno lo pusiera en vergüenza. En un caso así la salida era el suicidio, que en la cultura romana, sin llegar a los extremos del *seppuku* japonés, estaba muy ritualizado. De hecho, el origen de la misma República arrancaba de un suicidio por mantener la *dignitas*, el de la casta Lucrecia.

César, de momento, no estaba pensando en el suicidio. No obstante, conociendo al personaje, de haber sufrido un revés político o militar tan grave que le hubiera supuesto entrar en declive sin remedio, podemos

apostar a que se habría arrojado sobre su espada.

Antes de recurrir a medidas tan drásticas y pensando en que en el año 50 los senadores pretendían discutir si le quitaba el cargo de procónsul y el mando de sus legiones, César necesitaba al menos un tribuno de lealtad inquebrantable que vetara cualquier medida del senado o de los cónsules contra él. «Lealtad inquebrantable» significaba pagar a alguien una nómina tan alta que no sintiera tentaciones de cambiarse de bando. César escogió a Cayo Escribonio Curión, un personaje que había compartido una juventud salvaje de juergas y apuestas con Marco Antonio y que estaba casado con Fulvia, la viuda de Clodio.

Según se decía, Curión estaba endeudado hasta las cejas. Aparte de su afición a las juergas, había gastado muchísimo dinero en los juegos funerales en honor de su padre. Para dicha ceremonia había hecho construir un anfiteatro temporal que fue el asombro de aquel año, el 52. «Anfiteatro» significa literalmente «teatro doble», y eso era el de Curión: dos teatros de madera unidos por un gran pivote que, con los espectadores sentados en sus asientos, giraban sobre ruedas y se unían. De ese modo se podía pasar sin levantar el trasero de ver una obra de teatro a contemplar cómo peleaban varias parejas de gladiadores.

César, que tanto había dependido del dinero ajeno al principio de su carrera, podía gastarlo ahora con liberalidad, así que liquidó las deudas de Curión pagando, según algunos autores, diez millones de sestercios. Haciendo salvedad de sus excesos de juventud, Curión era un político inteligente y un excelente orador. Aunque en los años anteriores se había opuesto a César en muchas ocasiones, ahora le resultó muy útil.

Por supuesto, en el interin, los enemigos de César no se quedaron mano sobre mano. Su mayor problema, si se veían obligados a enfrentarse a César, era que este tenía bajo su mando diez legiones que habían adquirido una gran experiencia en una campaña larga y dura. Teóricamente, como procónsul no podía sobrepasar con ellas los límites de la Galia Cisalpina, que de sus provincias era la más cercana a Roma. Pero teóricamente Sila tampoco podía marchar contra Roma con un ejército, y todo el mundo sabía cómo había terminado aquella historia.

Los optimates necesitaban no solo influencia política en Roma, sino también alguien con poder militar para oponerlo a César. Había alguien así, por supuesto: Pompeyo, el general precoz, vencedor de los piratas y de

Mitrídates y conquistador de Asia. Aunque no gozara de las simpatías de los optimates, estos pensaban, y probablemente con razón, que Pompeyo era más torpe en el juego político que César y por eso mismo más fácil de manipular. De ahí que llevaran años sembrando cizaña entre él y su exsuegro. En teoría, los dos hombres seguían siendo amigos; pero el apoyo de Pompeyo a César en las sesiones del senado sonaba cada vez más tibio e hipócrita.^[48]

Por supuesto, no debemos dividir simplemente el senado en dos bandos pro y anticésar; o, como acabaron siendo conocidos, cesarianos y pompeyanos. El juego político romano era cambiante y móvil como el mercurio. Los lazos que unían a unos senadores con otros eran tan complejos que dos enemigos mortales siempre tenían varios amigos y familiares comunes. Entre los extremos de odio y sumisión a César había un término medio en el que se movían muchos senadores moderados que admiraban los logros militares de César, pero que temían que acabara abusando de su poder.

Cuando se suscitó la discusión del mandato de César, Marcelo y los demás optimates propusieron que se enviaran inmediatamente nuevos gobernadores a sus provincias para relevarlo del mando. En lugar de oponerse frontalmente, Curión fue más astuto. Le parecía muy bien, anunció, que César renunciara a su mando y sus tropas. Pero Pompeyo debía hacer lo mismo con su proconsulado y con el ejército que mantenía en Hispania. De lo contrario, se convertiría en el único hombre en Italia al mando de tantas legiones, y de protector de la República, como había sido en la reciente crisis del 52, podría convertirse en una amenaza y un tirano.

Era una jugada arriesgada de César, que movía los hilos desde la distancia. ¿De verdad estaba dispuesto a renunciar a sus tropas? Sospecho que no, y que tenía previsto exactamente lo que sucedió. Los optimates se negaron a apoyar la propuesta de Curión, y este respondió vetando sistemáticamente la ley que pretendía quitar a César sus provincias.

Así fue pasando aquel año. Durante el verano, el senado decidió mandar dos legiones al este con la misión de reforzar la frontera con el imperio parto. Para ser equitativo, ordenó a cada uno de los dos grandes generales, César y Pompeyo, que contribuyeran con una unidad. Pompeyo decidió enviar la Primera, la misma que le había prestado a César el año de la revuelta de Ambiórrix.

Como la Primera seguía bajo el mando de César, en la práctica este perdió dos legiones. Por si acaso, antes de separarse de la Primera gratificó a cada soldado con mil sestercios, una suma más que considerable. La otra legión que entregó fue la Decimoquinta, una de las más bisoñas, que se hallaba acantonada en la Galia Cisalpina y que fue sustituida en aquel puesto por la Decimotercera. Lo curioso fue que aquellas dos legiones no llegaron a viajar a Oriente y se quedaron en Italia, algo que a César le olió a chamusquina.

Las cosas seguían torciéndose para él. En otoño, su candidato a cónsul para el año siguiente fue derrotado. Para colmo, el censor Calpurnio Pisón se dedicó a purgar las filas del senado de supuestos corruptos cuyo verdadero pecado era ser partidarios de César. Así fue expulsado, por ejemplo, Salustio, el autor de *La guerra de Yugurta*.

A cambio, César pudo contar con el apoyo de Marco Antonio, que era amigo personal y que había servido con él en las Galias. Marco Antonio fue elegido miembro del colegio de augures, un cargo muy influyente, y también tribuno de la plebe para el próximo año, algo mucho más importante en la práctica para César.

Marco Antonio era un hombre extremado, de gran fuerza física, valiente en el combate —en más de una ocasión trepó el primero a una muralla— y amante del vino, las juergas y las mujeres. Cicerón lo acusaba también de haber tenido relaciones homosexuales con su amigo Curión. El odio entre Cicerón y Marco Antonio no hizo sino crecer con los años, y fue lo que finalmente le costó la vida al gran orador.

El 1 de diciembre del 50, justo antes de que entraran en su cargo los nuevos tribunos, entre los que se encontraba Marco Antonio, se volvió a votar la cuestión del mando de César. El resultado fue muy revelador. Aunque la mayoría de los senadores votaron que César debía abandonar su cargo tal como proponía Marcelo, cuando Curión planteó que tanto él como Pompeyo renunciaran al mismo tiempo a sus mandatos hubo trescientos setenta votos a favor y únicamente veintidós en contra.

Era evidente que la cámara estaba en contra de César, pero por otro lado deseaba evitar una guerra civil. En su mezcla de odio y temor por César, los senadores se hallaban convencidos de que si entraba con sus legiones en Italia y Roma bañaría las calles de sangre, como habían hecho primero Mario y después Sila.

El espíritu del momento lo representa bien esta carta que Cicerón, recién llegado de Cilicia, le escribió a su amigo Pomponio Ático:

Tengo mucho miedo por la República. Hasta ahora no he encontrado a casi nadie que no piense que es mejor conceder a César lo que pide que luchar contra él. Sus demandas son desvergonzadas, pero tienen más validez de la que suponíamos. ¿Por qué íbamos a empezar a oponernos a él justo ahora? [...] Me preguntarás: «¿Qué piensas tú?». No lo mismo que voy a decir. Pues pienso que hay que hacer lo que sea con tal de no llegar a las armas, pero diré lo que diga Pompeyo, aunque no lo haré humillándome. (Ad Att., 7.6).

Durante todo el conflicto, Cicerón no dejó de ejercer de mediador. Como intelectual y estudioso de la filosofía, le resultaba imposible no analizar los argumentos de César y de sus adversarios y ver en qué acertaban y en qué fallaban. Por otra parte, era un hombre de paz. Si al final, cuando ya había estallado la guerra, eligió el bando anticesariano fue porque se sentía obligado moralmente con Pompeyo, que había conseguido que volviera de su exilio.

En cuanto al propio Pompeyo, no dejaba traslucir ningún temor. Cuando se le planteaba qué ocurriría si César declaraba la guerra, contestaba: «¿Y qué puede pasar si mi hijo me ataca con un palo?». Otra de sus frases jactanciosas sobre este asunto era: «No tengo más que dar un pisotón en cualquier parte y brotarán ejércitos del suelo de toda Italia».

Pese a la votación que obligaba a César y a Pompeyo a renunciar a sus mandos al mismo tiempo, los optimates no estaban dispuestos a rendirse. A finales de año, César se había desplazado a la Galia Cisalpina, donde estaba más cerca de Roma y podía controlar mejor la situación política. De paso, cosechaba apoyos en aquella provincia por si las cosas se ponían feas para él. Aprovechando ese viaje, sus enemigos hicieron correr el rumor de que se hallaba en camino con cuatro legiones para invadir Italia, cuando en realidad en la Cisalpina solo estaba la Decimotercera, que había sustituido a la Decimoquinta.

Para contrarrestar esta supuesta invasión, uno de los cónsules viajó a la Villa Albana donde se alojaba Pompeyo, le entregó una espada en un gesto simbólico y le urgió a defender la República. También le concedió el mando de las dos legiones que había cedido César y que seguían en Italia, y le pidió que reclutara más tropas.

En respuesta a estos movimientos, César viajó con la Decimotercera a Rávena, muy cerca de la frontera de la Cisalpina. Y, ahora sí, ordenó a dos legiones más, la Octava y la Duodécima, que acudieran desde sus cuarteles de invierno en la Galia, y a otras tres de sus unidades que permanecieran atentas a sus instrucciones cerca de la frontera sur. Aun así, él también quería evitar la guerra, por lo que propuso un nuevo trato a sus rivales: estaba dispuesto a entregar la Galia, siempre que le permitieran mantener las provincias de la Cisalpina y de Iliria con dos legiones hasta que se convirtiera en cónsul.

A Pompeyo el acuerdo no le pareció mal, pero los optimates también lo rechazaron, pues lo que querían evitar precisamente era que César se convirtiera en cónsul en el 48.

El 1 de enero, los nuevos cónsules Cornelio Léntulo y Claudio Marcelo —otro Marcelo, y ya iban tres seguidos— tomaron posesión de sus cargos. En la sesión del senado de aquel día apareció el extribuno Curión, que había recorrido cuatrocientos kilómetros en tres días para traer una carta de Julio César desde Rávena. Sus adversarios se negaron a que se leyera en alto, pero Marco Antonio, que ya era tribuno, se empeñó en hacerlo, y todo hace sospechar que su voz era poderosa como la del mítico Esténtor.

En la carta, tras presentar un breve relato de lo que había hecho por la República a lo largo de su carrera, César insistía en que únicamente entregaría su mando si Pompeyo hacía lo propio al mismo tiempo. Los optimates, que habían interrumpido la lectura con abucheos constantes, no permitieron siquiera que se votara esta propuesta. A cambio sí se votó la moción del suegro de Pompeyo, Metelo Escipión: o César renunciaba inmediatamente a su mando y sus legiones o sería declarado enemigo público.

Entre las presiones de los optimates durante las semanas previas y el tono desafiante de la carta, que no agradó a nadie —y que probablemente sonaba todavía más retador en boca de Marco Antonio—, muchos de los senadores que habían apoyado que Pompeyo y César renunciaran a la vez al proconsulado cambiaron de opinión y apoyaron la propuesta de Escipión.

Por supuesto, Marco Antonio y el otro tribuno cesariano, Cayo Longino, vetaron la ley. Pero no sirvió de nada. La tensión siguió creciendo

y unos días después, el 7 de enero, el senado aprobó el *senatus consultum ultimum* por el que otorgaba plenos poderes a los cónsules y, sobre todo, a Pompeyo para proteger la República. En esa misma sesión se destituyó a César y se nombró a Lucio Domicio Ahenobarbo nuevo gobernador de la Galia.

Como era de esperar, Antonio se levantó y exclamó: «¡Veto! ¡Veto!». El cónsul Léntulo ordenó a Antonio y a Casio que se marcharan de allí, pues no les garantizaba su seguridad. Esta es la versión de Apiano; en la de Plutarco los lictores de Léntulo sacaron a Antonio a rastras. Este puso a los dioses por testigos de que el cónsul estaba cometiendo un sacrilegio contra la inviolabilidad de los tribunos y predijo mil males para la República.

Curión y Casio lo siguieron. Esa misma noche, los tres viajaron a Rávena disfrazados de esclavos en un carro alquilado. Cuando llegaron ante César y le informaron, él no dejó que se lavaran ni se cambiaran de ropa. Vestidos de esa guisa, los dos tribunos pasaron ante las tropas de César mientras este explicaba a sus soldados que sus enemigos estaban dispuestos a todo, incluso a ponerle las manos encima a un tribuno de la plebe y a echarlo de la ciudad. ¿Y todo por qué? Por acabar con él y con su *dignitas*.

Por supuesto, César no olvidó añadir que también la *dignitas* de sus soldados estaba en juego, y ellos lo aclamaron, dispuestos a seguirlo adonde fuese. Llevaban con él casi desde el principio de la guerra en las Galias, se habían salvado con él del desastre en el río Sabis, habían pisado la temible Germania y la misteriosa Britania y habían vencido a Vercingetórix. Además, César les había llenado los bolsillos y les había subido la paga, y confiaban en que miraría por su futuro. Por el contrario, los optimates que decían hablar en nombre de la legítima República seguramente no querían saber nada de ellos cuando estuviesen licenciados. Al fin y al cabo, muchos de ellos provenían del valle al norte del Po. César los consideraba romanos, pero sus enemigos insistían en que eran bárbaros galos.

César, por supuesto, sabía lo que pensaban sus hombres, porque para eso se había esforzado por manipular sus emociones. No de manera fría, como un sociópata: todo indica que sentía verdadero afecto por sus tropas. Tenía fama de que imponía una disciplina muy severa a la hora de combatir o trabajar, cuando de verdad importaba, y que en el resto de las

ocasiones dejaba a sus soldados cierta libertad. El equilibrio entre el palo y la zanahoria era muy delicado: los soldados odiaban a los generales que se excedían con la disciplina, como Pompeyo Estrabón —cuyo cadáver había acabado arrastrado por los suelos—, pero despreciaban a los que no sabían imponerse, como aquel Valerio Flaco contra el que sus soldados se amotinaron instigados por Fimbria. En ese equilibrio había dos verdaderos maestros, los mismos que consiguieron llevar a sus soldados contra la República: Sila y César.

¿Qué hacer a continuación? Por el decreto del senado, Pompeyo estaba autorizado a alistar todas las legiones que quisiera para marchar contra César. Este, sin embargo, sabía que esas tropas no iban a brotar del suelo como alardeaba Pompeyo, sino que hacía falta un tiempo para reclutarlas y organizarlas.

Lo que esperaban sus adversarios era que César se hiciera fuerte con el grueso de sus legiones en la Cisalpina o incluso más allá de los Alpes. Pero él, como siempre, prefirió actuar rápido, anticiparse a sus enemigos y hacer lo inesperado.

Tras recibir las noticias de Marco Antonio y dar instrucciones con discreción a sus soldados, César pasó el resto del día a la vista de la gente: fue al teatro, vio practicar a unos gladiadores y asistió a un banquete, de modo que los espías del senado no repararan en ninguna actividad extraña. Pero después se disculpó con sus invitados y se marchó más temprano de lo habitual en esos casos. Sus tropas, entretanto, ya se habían puesto en marcha con todo sigilo.

Era la noche del 11 de enero del año 49 a.C., una de las fechas más señaladas de la historia. Tras salir de Rávena, César se dirigió hacia el sur en un carro alquilado para no despertar sospechas. A poca distancia de allí había un río llamado Rubicón, donde lo aguardaban los hombres de la Decimotercera y sus trescientos jinetes, seguramente los germanos de su escolta en los que tanto confiaba.

El Rubicón era poco más que un arroyo y no tenía mucho de especial, salvo el hecho de que marcaba la frontera de Italia con la Cisalpina.

Las versiones sobre lo que sucedió a continuación varían bastante. Al parecer, César se quedó dubitativo, y dijo a sus hombres: «Todavía

podemos regresar. Pero si atravesamos este pequeño puente, a partir de ahora todo tendremos que hacerlo por las armas».

¿Se quedó vacilando realmente? ¿Se trataba de un gesto teatral para la posteridad? No hay modo de saberlo. Es posible que al acercarse a la orilla del río sintiera cómo se le encogía el estómago. Llevaba diez años ostentando el *imperium*, aquel poder ejecutivo que los romanos consideraban casi mágico. Hasta allí, César todavía podía alegar que lo conservaba: sus tribunos habían vetado la moción del senado que le arrebatara el mando y lo convertía en enemigo público. Aunque los senadores se hubieran empeñado en seguir adelante, no se podía ir contra el veto tribunicio, que era sagrado. Pero si daba un paso más, él mismo se despojaría de su *imperium*, y él y sus soldados quedarían oficialmente fuera de la ley.

Por fin, en griego o en latín según las fuentes, César exclamó: «¡Los dados están en el aire!»,^[49] y cruzó el puente. Sus tropas lo siguieron. Acababa de empezar otra guerra civil.

Campana relámpago

ACésar pilló con el pie cambiado a los optimates y a Pompeyo. A decir verdad, este había confiado en alcanzar una solución negociada con su antiguo socio. Por eso, pese a su bravata de que con una patada haría brotar legiones del suelo, no se había molestado todavía en reclutarlas. Además, la actitud de sus últimos años ejerciendo a distancia el gobierno de Hispania hace sospechar que a Pompeyo le apetecía llevar una vida tranquila, gozando de sus triunfos sin tener que pasar las privaciones de la milicia: recuérdense las críticas que le hacían por dedicarse a hacer turismo con su difunta esposa Julia en lugar de administrar su provincia.

Cuando se supo que César había entrado en Italia con tropas armadas, en Roma cundió el pánico. Nadie esperaba que los acontecimientos se aceleraran de aquel modo. Estaban en enero; realmente era otoño, porque el calendario andaba adelantado, pero seguía siendo mala época para una campaña militar. Pronto empezaron a llegar refugiados a la ciudad. Como solía ocurrir en aquellos casos, entre la gente corrieron relatos de portentos diversos: rayos que caían sobre los templos,

sangre que llovía del cielo o estatuas que sudaban.

Cuando los optimates preguntaron a Pompeyo cuáles eran sus planes de defensa, descubrieron que el veterano general se tomaba las cosas con mucha calma. En teoría, disponía de diez legiones. Pero siete se hallaban en Hispania, y en Italia tan solo había una de reclutas muy bisoños y las dos que habían servido con César, cuya fidelidad resultaba algo dudosa.

Para indignación de sus recientes aliados, Pompeyo les dijo que tenían que evacuar Roma y reagruparse en el sur de Italia. Si era necesario, incluso cruzarían a Grecia. ¿No era lo mismo que había hecho Sila, un optimata como ellos que al final había logrado derrotar al bando de los populares? La verdadera República estaba en los corazones de los romanos, y eran los hombres y no los edificios quienes ganaban las guerras.

Pompeyo declaró el estado de *tumultus* y añadió que consideraría un traidor a la República a todo senador que se quedara en Roma. Después salió de la ciudad por la vía Apia en dirección a Capua. Aunque fuera a regañadientes, los magistrados superiores marcharon tras él. Por supuesto, todos los senadores enemigos de César se unieron a su séquito. Pero también lo hicieron muchos que habían flotado entre dos aguas, convencidos de que César iba a entrar en Roma a sangre y fuego.

Todo ocurrió tan rápido que, por una negligencia inexplicable, Pompeyo y los demás magistrados olvidaron ir al templo de Saturno para llevarse el oro y la plata del tesoro público. Sin autoridades oficiales, la ciudad quedó abandonada a su suerte. Sus habitantes y los miles de refugiados que habían acudido en los últimos días aguardaban la llegada de César y sus represalias, que se adivinaban sangrientas.

Curiosamente, entre Pompeyo y César seguía sin existir nada parecido al odio, tan solo desconfianza y celos. Pompeyo envió a su rival una carta en la que le aseguraba que no tenía nada personal en su contra, sino que actuaba así para proteger la República, y le pedía que por el bien de todos renunciara a aquella absurda guerra.

César contestó que únicamente quería defender sus legítimas atribuciones, que le había concedido el pueblo soberano de Roma, y también su *dignitas*. De todos modos, insistía, si Pompeyo licenciaba a sus

tropas, él haría lo mismo. Eso era innegociable para Pompeyo: él tenía que seguir siendo el más grande, y solo podría lograrlo debilitando a César lo bastante como para que dependiera de él para sobrevivir política y físicamente.

Los mensajeros seguían cruzando Italia de norte a sur. No obstante, una vez que César se había puesto en marcha ya no había nada que lo detuviera: sabía que su situación era muy delicada y que solo la velocidad y la sorpresa podían salvarlo en aquella auténtica huida adelante. Rápidamente dividió sus escasas tropas y mandó una parte de ellas con Marco Antonio contra la ciudad de Arretio para asegurarse el control de la vía Casia, que conducía a Roma a través de los montes Apeninos.

Él mismo siguió la vía Flaminia, que corría junto al Adriático. Tras tomar Arimino sin mayores problemas, entró en el Piceno, que a principios de febrero cayó en sus manos. Considerando que allí había nacido Pompeyo, para este debió resultar humillante que sus paisanos no ofrecieran apenas resistencia. En general, la gente acogía bien a César y las guarniciones se pasaban a su bando sin luchar. César, por supuesto, no permitía a sus tropas que tocaran nada a su paso: no habían entrado en Italia para saquear, sino para salvar a la República de unos tiranos (el mismo argumento que usaba el bando contrario).

Poco después se unió a él la Decimosegunda legión, duplicando así el número de sus tropas. César prosiguió su avance y tomó Ásculo también sin combatir. Después se dirigió hacia Corfinio, la ciudad que con el nombre de Italia había sido la capital de los aliados rebeldes durante la Guerra Social.

En Corfinio se encontraba Lucio Domicio Ahenobarbo, uno de sus más enconados enemigos personales. Ahenobarbo había salido de Roma para tomar posesión de la Galia, siguiendo el dictado del senado. Ya llevaba un tiempo intentando conseguir esa provincia, que en cierto modo consideraba una herencia familiar, pues su abuelo había sido el primero en derrotar a los arvernos y a los alóbroges en el año 122. Sin embargo, las tropas de César y Marco Antonio le cortaban el camino al norte, por lo que se había hecho fuerte en Corfinio.

Pompeyo le envió órdenes de renunciar a aquella plaza y dirigirse al sur, donde él ya se estaba concentrando con sus tropas en Brindisi para cruzar el Adriático. Ahenobarbo, que era un hombre muy testarudo, se

negó, dispuesto a plantar una feroz batalla contra el odiado César.

Pero no hubo tal batalla. Cuando llegó César, que tenía ahora consigo a la Octava más otras veintidós cohortes galas y trescientos jinetes de Nórico, sus hombres empezaron a cavar para cercar la ciudad, una rutina más que habitual para ellos. Ahenobarbo se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, pues Pompeyo le había avisado de que no pensaba mandar tropas para ayudarlo.

El resto del episodio fue como una ópera bufa. Para no caer prisionero de su enemigo, Ahenobarbo ordenó a su médico que le preparara una pócima venenosa. Después de bebérsela, se arrepintió, pensando que habría sido mejor huir de la ciudad. Su médico, que debía conocerlo, le dijo que podía estar tranquilo, porque lo único que había mezclado con su bebida era un sedante.

Ahenobarbo empezó entonces a preparar su fuga en secreto. Pero los centuriones y los soldados se enteraron de su plan —todo apunta a que debía de ser un hombre más escandaloso que discreto—, y pensaron que no merecía la pena perder la vida por un general dispuesto a abandonarlos. Tras arrestarlo, enviaron emisarios a César y se rindieron.

Era todavía de noche. César prefería que sus hombres no entraran en la ciudad a oscuras, pues cualquier incidente provocado por los defensores o por ellos mismos podría desatar una matanza. Quería demostrar a toda costa que no era como Sila ni como su tío Mario en sus últimos y trastornados años.

Al hacerse de día, César se apoderó de la ciudad. Como botín, se encontró con que tenía en sus manos no solo a Ahenobarbo, sino también a cincuenta adversarios más entre senadores y équites. Con la propaganda que gracias a Catón había corrido en Roma acerca del sanguinario César, devastador de la Galia, a muchos les debían de temblar las piernas.

A pesar de todo, César se limitó a soltarles un discurso: él no era ningún fuera de la ley, sino un legítimo procónsul que había entrado en Italia con la intención de restituir a dos tribunos de la plebe expulsados de forma sacrílega, y también para liberar a la República del dominio de un puñado de oligarcas.

Perdonarlos si se pasaban a su bando habría sido un acto de clemencia que entraba dentro de lo previsible. Pero César no se limitó a

eso, sino que los dejó libres y les dijo que podían ir donde quisieran, aunque fuese de regreso con Pompeyo. No solo eso, sino que permitió a Ahenobarbo llevarse consigo los seis millones de sestercios que había traído para pagar a las tropas. Él, César, no era ningún ladrón. En cuanto a las trece cohortes de la guarnición que había mandado Ahenobarbo, sus miembros le ofrecieron un juramento de fidelidad, lo que aumentó considerablemente las fuerzas de que disponía.

Cicerón explicó así la situación en otra carta a Ático fechada el 1 de marzo, una misiva tuvo que dictar a un secretario por culpa de una infección ocular:

¿No ves en manos de qué clase de hombre ha caído la República, qué astuto es y que alerta y preparado está? Por Hércules, si sigue sin matar ni robar a nadie, pronto lo amarán los mismos que tantísimo lo odiaban. (Ad Att., 8.13).

La conducta de César podía obedecer a un cálculo político, pero es evidente que emanaba de un temperamento que no era cruel por naturaleza. Pronto su clemencia se hizo proverbial, y se convirtió en una baza a su favor: cuando luchaban contra él, los soldados enemigos sabían que tenían la opción de hacerlo sin demasiado empeño y rendirse, pues siempre podían contar con que los perdonara.

Había otro factor que los optimates parecían no tener en cuenta: los soldados solían pertenecer a clases medias y humildes a las que las políticas de César beneficiaban. Él sabía bien lo que hacía cuando se dirigía a ellos como «hermanos de armas» en sus arengas y discursos, y también cuando convertía en protagonistas principales de sus *Comentarios* a los «nuestros» y a los centuriones, o cuando aseguraba una y otra vez que obedecía la voluntad y el ejemplo del pueblo romano. Además, sus actuaciones al norte del río Po parecían demostrar que estaba dispuesto a extender la ciudadanía completa a toda Italia. ¿Cómo no iba a ser más popular que individuos tan altivos como Ahenobarbo, cómo no iban a abrirle sus puertas las ciudades de Italia? Tal como se lamentaba Cicerón en otra de sus cartas, «la multitud y las clases bajas están de parte del otro bando».

Tras la incruenta toma de Corfinio, César se dirigió rápidamente a Brindisi, pues le habían llegado noticias de que Pompeyo se encontraba allí con sus tropas y con todos los senadores y magistrados que lo

acompañaban. Mientras tanto, no dejaba de enviarle cartas para pedirle que mantuvieran una entrevista personal y solucionaran sus diferencias. Pompeyo se negaba. En el pasado, cuando todavía vivía Craso, había llegado a pactos secretos con César que los optimates habían denunciado como conjuras para apoderarse de la República. Si ahora volvía a reunirse con César como había hecho en Luca y llegaba a un acuerdo, por mínimo que fuese, aquellos nobles senadores que por fin empezaban a aceptarlo lo acusarían de conspirar de nuevo.

César llegó a Brindisi el 9 de marzo, ya con seis legiones, pero no pudo entrar porque la defendían veinte cohortes. El mismo Pompeyo estaba allí, esperando que regresaran las naves del primer convoy que ya había cruzado el Adriático con los dos cónsules.

César intentó asediarlo y cerrar el puerto con terraplenes y una cadena flotante formada por balsas sobre las que se alzaban torres de dos pisos con piezas de artillería. Pompeyo contraatacó montando torres similares sobre barcos mercantes, pero de tres pisos: al fin y al cabo, él era «el Grande». Cuando apareció el convoy de transporte que venía del otro lado del Adriático, los hombres de César no pudieron impedirle el paso. Después, la noche del 17 de marzo, Pompeyo partió para Grecia con el resto de su expedición navegando en fila india para burlar el bloqueo. Tan solo dos barcos quedaron atrapados en la barrera de César.

El plan de Pompeyo era hacerse fuerte en el este, donde decenas de reyes y potentados locales le habían prestado juramentos de fidelidad y le ofrecerían tropas, alimentos y dinero. Desde allí podría reconquistar Italia, como Sila. Como solía decir a quienes lo escuchaban: *Sulla potuit, ego non potero?*, «Sila pudo, ¿no voy a poder yo?». Quizá ni siquiera fuese necesaria esa invasión, porque pensaba llevar a cabo un bloqueo marítimo para evitar que llegaran provisiones a Roma. Cuando la plebe urbana empezase a pasar hambre, difícilmente seguiría apoyando a César. Para ello, Pompeyo contaba con una ventaja sustancial sobre su rival: controlaba una gran flota, mientras que César apenas tenía naves.

Eso explica la estrategia que siguió César a continuación. Lo que de verdad deseaba era cruzar el mar detrás de sus enemigos y enfrentarse a ellos. Pero Pompeyo, que era un gran organizador, se las había arreglado para llevarse todos los barcos de la costa. Reunir una flota para transportar sus tropas sería una labor larga y tediosa, de modo que por el momento renunció a ella.

En Hispania estaban las mejores legiones de Pompeyo. De momento no se habían movido, pero era de suponer que no tardarían en ponerse en marcha y amenazar la Galia desde el sur. César decidió que debía llevar aquel asunto personalmente y comentó: «Primero me encargaré de un ejército sin general y después de un general sin ejército» (Suetonio, *César*, 34).

Por otra parte, había que asegurarse el dominio de los principales graneros que surtían de trigo a Italia para evitar que sus enemigos los vencieran por hambre. Con tal fin, envió comandantes para que se hicieran con el control de Cerdeña, Sicilia y África.

Pero antes de partir para Hispania, César tenía que arreglar asuntos en Roma. Por el camino se entrevistó con Cicerón, sabiendo que se sentía decepcionado con los optimates, y le pidió que asistiera a la sesión del senado que pensaba convocar. El orador contestó que solo lo haría si César le aseguraba que no iría con un ejército a Grecia ni a Hispania, pues no quería que perjudicara a su amigo Pompeyo. No hubo acuerdo, como era de esperar, y Cicerón cruzaría más tarde a Grecia por fidelidad a quien le había hecho regresar de su exilio

Cuando César llegó a Roma, al principio no penetró en el pomerio, pues como procónsul le estaba vedado y quería respetar las normas dentro de lo posible. Convocados por los tribunos Marco Antonio y Casio, que tenían autoridad para ello, los senadores que seguían en la ciudad se reunieron en las afueras. Formaban una versión reducida del senado completo, pero había entre ellos catorce miembros que habían sido cónsules.

Ante ellos, César explicó sus razones, y pidió que el senado enviara emisarios a Pompeyo para reconciliarlos a ambos. Los senadores no se opusieron, pero nadie se presentó voluntario para la embajada. La razón era que Pompeyo había declarado traidores a todos los que se quedaran en Roma, y temían que si se aparecían ante él los ejecutara como a tales.

Tras la sesión con los padres conscriptos, reunió a la asamblea del pueblo y repitió un discurso parecido. Para ganarse el apoyo del pueblo, aseguró que iba a mantener los repartos de trigo y prometió asimismo trescientos sestercios como obsequio para cada ciudadano.

Todavía le quedaba una cuestión peliaguda, la principal que tenía en

mente al pasar por Roma: el dinero. César se había convertido en un hombre muy acaudalado con la conquista de la Galia, pero había invertido buena parte de ese dinero en ganar partidarios por toda Italia. Por otro lado, aunque Craso había dicho que ningún hombre podía llamarse rico hasta que reclutara su propio ejército, seguramente no pensaba en uno con las dimensiones del de César, que entre tropas veteranas y recién alistadas tenía que encargarse de alimentar, equipar y pagar a trece legiones.

César intentó convencer al senado de que el tesoro financiara su guerra, pero el tribuno Lucio Metelo interpuso su veto. A César se le debieron llevar todos los demonios. ¿Cómo librarse de aquel estorbo cuando uno de sus principales argumentos para cruzar el Rubicón era que sus enemigos habían maltratado a dos tribunos de la plebe? Si intentaba algo contra Metelo, perdería popularidad. Pero si no conseguía dinero para pagar a sus tropas, ¿cuánto tardarían en amotinarse?

Era un dilema diabólico que César resolvió apostando por sus soldados y en contra de la constitución. Con una escolta armada traspasó el pomerio y se dirigió al templo de Saturno. Allí estaba aguardando Metelo, que demostró un gran coraje intentando impedirle el paso. César amenazó con matarlo si no se apartaba, ante lo cual el tribuno finalmente cedió. Después, al ver que las llaves no aparecían, César hizo traer cerrajeros para que forzaran la puerta. De allí se llevó quince mil lingotes de oro, treinta mil de plata y treinta millones de sestercios, más un fondo que llevaba mucho tiempo reservado para una eventual invasión gala como la del año 387. «Ese fondo ya no hace falta: yo he acabado con el peligro de los galos», se justificó César. Fue un buen pellizco de dinero del que se apropió, pero a cambio se dejó unos cuantos jirones de popularidad enganchados en la puerta de aquel templo.

La batalla de Ilerda

César dejó al pretor Emilio Lépido al cargo de Roma y a Marco Antonio como general de las tropas de Italia. Después se dirigió a Hispania. De camino pasó por Masalia, adonde llegó el 19 de abril. Allí se encontró con la desagradable sorpresa de que aquella ciudad

estratégicamente situada se declaraba neutral y no le dejaba entrar.

Unos días más tarde, Domicio Ahenobarbo apareció en un barco y los masaliotas lo acogieron en su puerto. Eso demostraba que la ciudad, lejos de mantenerse neutral, se había pasado al bando de Pompeyo. El responsable en buena medida era el propio Ahenobarbo, cuya familia tenía clientes en Masalia desde hacía generaciones y podía argüir que el senado lo había nombrado legítimo gobernador de la Galia Transalpina.

Aunque César debió de preguntarse por qué habría permitido escapar tan tranquilo a Ahenobarbo cuando le echó las manos encima en Corfinio, no le quedó más remedio que resignarse. Las murallas de Masalia habían aguantado muchos ataques durante siglos, pero César no podía dejar una ciudad tan importante a sus espaldas sin tomar medidas. Él mismo emprendió las obras de asedio y ordenó construir una flota en Arelate (Arlés), junto a la desembocadura del Ródano. Cuando verificó que el cerco estaba bien encarrilado, dejó a dos oficiales con tres legiones sitiando la ciudad y prosiguió su camino hacia el oeste con una escolta de novecientos jinetes germanos.

En Hispania lo aguardaban siete legiones enemigas. Cinco se hallaban en la provincia Citerior, al mando de los legados Lucio Afranio y Marco Petreyo. Las otras dos estaban en la Ulterior, con el gran erudito Marco Terencio Varrón, autor del célebre tratado *Sobre la lengua latina*, y no llegaron a participar en el conflicto.

A César, por su parte, le esperaban en Ilerda (Lérida) seis legiones que había enviado por delante con su legado Fabio. Los legados de Pompeyo controlaban la ciudad y dominaban el puente de piedra sobre el río Segre, que bajaba muy crecido por el deshielo de los Pirineos. Gracias a eso los pompeyanos podían pasar a la orilla oriental para que los caballos forrajearan, algo que resultaba imprescindible porque la ribera occidental había quedado prácticamente pelada.

Por su parte, Fabio había hecho construir dos puentes de madera, que servían para que sus hombres cruzaran todos los días con los caballos al otro lado; pero al hacerlo, sufrían el acoso constante del enemigo, que gozaba de una posición mucho más cómoda.

Cuando comprobó lo difícil que resultaba aprovisionar a sus tropas y sus caballos, César intentó precipitar las cosas provocando a sus enemigos

al combate. Además, tenía prisa: cuanto más tiempo pasara, más legiones alistaría y adiestraría Pompeyo en Grecia. Por eso planeó tomar una posición estratégica entre Ilerda y el campamento pompeyano, pensando que los legados de Pompeyo no lo permitirían y se enfrentarían a sus hombres. En eso acertó, pero la jugada no le salió bien: los soldados enemigos cargaron cuesta arriba contra los suyos y durante horas se libró una feroz batalla en la que no logró imponerse. Al final, frustrado, César no tuvo más remedio que abandonar la posición.

Días después vino una crecida que se llevó por delante los dos puentes de madera. César y sus hombres se quedaron encerrados entre dos ríos, el Segre y el Cinca. Allí les resultaba imposible recibir suministros por la ruta que llegaba de la Galia. Intentaron reconstruir los puentes, pero resultó inútil: las aguas bajaban demasiado fuertes y derribaban los pilares, y para empeorar la situación los enemigos no dejaban de acosarlos disparando con su artillería desde la otra orilla.

Así transcurrieron diez días. Las provisiones escaseaban tanto que César se vio forzado a recortar las raciones. Como no podían continuar de ese modo, ordenó a sus soldados que construyeran coracles, un tipo de bote que había visto en Britania y que consistía en una sencilla armazón de madera recubierta de cuero.^[50] Por la noche, una caravana de carros transportó los coracles remontando la orilla del Segre más de treinta kilómetros. Lejos de los enemigos, una legión entera logró cruzar el río en aquellas peculiares embarcaciones. Una vez dominadas ambas orillas, los hombres de César se las ingeniaron para construir un nuevo puente en tan solo dos días.

Gracias al puente y a que había traído más caballería que los pompeyanos, a partir de ese momento fue César quien se dedicó a acosar a las patrullas de forrajeo enemigas. Asimismo, puso a sus hombres a excavar grandes zanjas al norte de Ilerda con el fin de canalizar el Segre y convertirlo en vadeable.

Afranio y Petreyo decidieron que la posición se había vuelto insostenible y se retiraron hacia el Ebro. César los siguió, hostigándolos sin cesar con su caballería. Por fin, los pompeyanos no tuvieron más remedio que detenerse y acampar en una posición en la que apenas disponían de provisiones. Los oficiales y los soldados de César le instaron a atacar y destruir al enemigo de una vez, pero él se negó, previendo que podía conseguir una victoria sin derramamiento de sangre.

Durante los días siguientes, ambos ejércitos se dedicaron a construir las fortificaciones habituales. La cercanía hizo que los hombres de los dos bandos empezaran a confraternizar, algo que ocurriría más de una vez durante esta guerra civil. Poco a poco se acercaron más, y llegó un momento en que muchos cesarianos visitaron el cuartel de los pompeyanos y viceversa.

Petreyo intentó impedirlo y ordenó matar a los enemigos infiltrados en su campamento, pero sus propios soldados los escondieron en sus tiendas y les dejaron huir por la noche. César, maestro de la propaganda, hizo todo lo contrario, anunciando que los pompeyanos que estaban en su campamento podían irse o quedarse con él, como prefirieran.

A buen seguro, los cesarianos comentaron a sus adversarios que César, amén de otras ventajas, los retribuía con el doble de sueldo. Lo curioso es que, pese a que se había apoderado del tesoro, cuando César llegó a Hispania no le quedó otro remedio que pedir dinero prestado a sus propios centuriones para pagar a los soldados. Aquello tenía su lógica: los soldados estaban contentos con la bolsa llena y los centuriones luchaban con más denuedo por su general para que este sobreviviera y les devolviera la deuda.

Con un ejército muy reducido por las deserciones, Afranio y Petreyo consiguieron romper el cerco y regresaron a Ilerda. A esas alturas ya no les quedaba más remedio que comerse a sus propias bestias de carga, que de todos modos empezaban a morir porque llevaban cuatro días sin pastar. Los hombres de César volvieron a perseguirlos y a cercarlos, esta vez en una posición donde los pompeyanos tampoco tenían agua. Por fin, Afranio se entrevistó con César y le pidió que perdonara a sus hombres; habían combatido porque tenían un compromiso con Pompeyo, pero consideraba que habían quedado libres de él, porque habían sufrido más privaciones de las que un ser humano podía tolerar.

Tras escucharle, César lo censuró por haberse opuesto unos días antes a una paz que sus hombres querían negociar. De paso, le recordó por qué estaba haciendo la guerra: a todos los demás generales de éxito se les permitía regresar a casa con honores o al menos sin ignominia. Únicamente a César se le negaba ese derecho. Pero él no pensaba tratar a los demás del mismo modo. Ni siquiera pretendía quitarles su ejército para quedarse con él: tan solo quería que lo disolvieran y que ninguno de esos soldados volviera a luchar contra él.

El motín de Placentia y la primera dictadura

Así, sin demasiado derramamiento de sangre, César venció al primer ejército de Pompeyo, muchos de cuyos soldados se pasaron a sus filas. En cuanto a Afranio y Petreyo, regresaron con Pompeyo para seguir luchando contra César.

César continuó su camino hacia el oeste, ofreciendo el perdón a todos los que se pasaran a su bando. Varrón, que estaba al mando de la Ulterior, no tardó en rendirse. En apenas dos meses, César se había apoderado de toda Hispania. Tras organizar algunas cosas, dejó al tribuno Casio Longino como gobernador y regresó a Italia.

Durante el viaje, en octubre, César llegó a tiempo de aceptar la rendición de Masalia, que había capitulado después de siete meses. Sin embargo, no todas las noticias eran buenas. Curión, que tanto le había apoyado como tribuno, había empezado bien su labor como legado expulsando a Catón de Sicilia y asegurando el suministro de cereal que provenía de aquella isla. Cumplida esa primera misión, cruzó el mar hasta África, donde cosechó una victoria sobre los pompeyanos. Pero después el rey nómida Juba, aliado de Pompeyo, le tendió una emboscada en la que pereció. África, así pues, quedaba en manos del enemigo.

De camino a Roma informaron a César de más contratiempos. Una de sus flotas, formada por cuarenta naves de guerra, había sido capturada por los pompeyanos. Empeorando las cosas, las quince cohortes que acudieron desde Iliria para rescatarlas también habían caído en poder de Pompeyo.

Todo eso, con ser grave, no fue lo que más preocupó a César. Estando todavía en Masalia recibió un despacho que le hizo acudir a toda prisa a la ciudad de Placentia, a orillas del Po. Por primera vez desde el año 58, una de sus legiones se había amotinado. Y no una de las nuevas, sino la Novena, que llevaba combatiendo con él desde la primera campaña gala.

Ya en Placentia, los soldados le presentaron una lista de reivindicaciones. Algunos habían cumplido con el periodo por el que se

habían alistado y querían licenciarse ya. Pero lo que exigía la mayoría era dinero: cuando estuvieron a punto de dar caza a Pompeyo en Brindisi, César les había prometido una bonificación de dos mil sestercios que a esas alturas todavía no les había pagado. El botín tampoco les compensaba, porque César estaba siendo demasiado clemente y no les permitía saquear las poblaciones que tomaban.

Un motín era una cosa muy seria. Por mucha autoridad que tuviese César y por muchos germanos que lo escoltaran, los soldados que lo rodeaban eran muchos más que ellos. Varios generales romanos habían muerto en esas revueltas, y otros se habían salvado transigiendo con las condiciones que les exigían o relajando la disciplina. Los soldados de la Novena, sabiendo que su general no era excesivamente duro ni ordenancista, debieron de pensar que cedería. Al fin y al cabo, todavía quedaba lo más duro de la guerra, enfrentarse al mismísimo Pompeyo, y su general dependía de ellos para conseguirlo.

El mismo César omite este incidente en su libro *La guerra civil*, pero lo conocemos por otras fuentes como Suetonio o Apiano. Su respuesta al motín fue de una dureza inesperada. Convocó en asamblea a las tropas que tenía en Placentia y delante de todos echó una vehemente filípica a la Novena. ¿Acaso pretendían comportarse como bárbaros y no como romanos, saqueando Italia? ¿No habían luchado más allá del Rin precisamente para evitar que en el futuro nadie devastara las tierras al sur de los Alpes?

Los ejércitos, añadió, necesitaban disciplina. Por eso, para reforzarla, había decidido diezmar a la Novena legión. Uno de cada diez soldados moriría apaleado por sus compañeros, y al resto los licenciaría, pues ya no quería saber nada de ellos. Era un castigo terrible tanto para los que perecían como para sus camaradas, que se veían obligados a matar prácticamente con sus propias manos a uno de los suyos. En muchas ocasiones, a las unidades infamadas así se las obligaba a dormir al raso y se les distribuía cebada en lugar de trigo.

Los hombres de la Novena, convencidos hasta ese momento de que César no podría resistirse a su chantaje, se quedaron estupefactos. Los oficiales primero y los soldados después se pusieron de rodillas y suplicaron a su general que los perdonara y no los arrojara de su lado. César se lo pensó o fingió pensárselo; no podemos saber hasta qué punto lo dominaba la ira por aquella insubordinación, a él que se enorgullecía de

que no había ningún otro general con legionarios tan leales.

Finalmente cedió. Tras ordenar que le presentaran a ciento veinte hombres que hubieran participado activamente en el motín, les obligó a hacer un sorteo entre ellos mismos y matar a los doce compañeros señalados por la (mala) fortuna. Había entre esos doce un soldado que no se hallaba presente el día de la insurrección; el engaño se descubrió a tiempo y César hizo ejecutar en su lugar al centurión que había intentado colarlo en el grupo por una venganza personal.

Tras sofocar el motín, César instruyó a sus tropas para que se dirigieran a Brindisi, pensando ya en cruzar a Grecia. Él se pasó antes por Roma: tenía muchos asuntos que organizar, empezando por su propio estatus político, que quería regularizar. Se había empeñado en ser cónsul en el 48, cumplidos los diez años completos desde que dejara el puesto. Además, era una forma de legitimar su causa.

El problema era que en Roma no había cónsules en ejercicio para presidir las elecciones, pues los dos se encontraban en Grecia con Pompeyo. César había dejado en la urbe al pretor Lépidio como máxima autoridad. Un pretor no tenía potestad para organizar las elecciones. Pero sí existía un antecedente de la guerra contra Aníbal que permitía a un pretor nombrar a un dictador, y eso fue lo que hizo Lépidio.

Como dictador, César organizó las elecciones. Por supuesto, él mismo las ganó. Al parecer, no se presentó nadie más, salvo el colega que salió elegido como segundo cónsul, Publio Servilio Isáurico, con cuyo padre había servido en el año 78 en Asia.

Antes de entrar en el nuevo cargo, César aprovechó el de dictador para poner en orden otros asuntos; entre ellos, restaurar como senadores a algunos a los que el censor Apio Claudio había expulsado del senado. Uno de los beneficiados fue nuestro conocido Salustio.

Otra de las medidas que tomó fue conceder la ciudadanía romana a los gaditanos. Era una recompensa por haberse rebelado contra el erudito Varrón, que gobernaba allí en nombre de Pompeyo. Además, Marco Antonio, restablecido en su puesto de tribuno, hizo aprobar un decreto que restablecía sus derechos a los hijos de aquellos que habían sido proscritos en las listas malditas de Sila: una ley que llegaba con sumo retraso, pero sin duda justa.

El estallido de la guerra civil había provocado una crisis económica y, sobre todo, crediticia; algo que suena muy actual. Como los deudores habían dejado de pagar sus deudas, nadie se atrevía ya a prestar dinero, los pocos empréstitos que se daban eran a intereses mucho más altos de lo habitual y los precios de los inmuebles se habían desplomado.

Los acreedores tenían miedo de que César actuara como un líder radical y, tal como había propuesto en su momento Catilina, aboliera todas las deudas. Al fin y al cabo, como comentaba Cicerón a menudo, ¿no estaba rodeado por una ralea de indeseables revolucionarios endeudados hasta las orejas?

César actuó de una forma mucho más moderada. Por ley, se declaró que las propiedades debían tasarse en el mismo valor que tenían antes de estallar la guerra, de modo que los deudores pudieran venderlas por dicho precio para saldar las deudas (una especie de dación en pago). También redujo las tasas de interés y reinstauró una antigua ley que prohibía tener más de sesenta mil sestercios en efectivo. Era un intento de «inyectar» liquidez en el sistema financiero haciendo que esas monedas se pusieran en movimiento. Intento, he dicho, porque si hoy no resulta fácil controlar dónde guarda uno el dinero, en aquella época era imposible.

El cruce del Adriático

Once días después de ser nombrado dictador, César renunció al cargo y dejó Roma para dirigirse a Brindisi, donde lo aguardaban sus legiones.

Ya en el puerto, descubrió que seguía sin haber suficientes barcos para transportar a todos sus hombres en un solo viaje. Además, ya había empezado enero. Aunque por el desfase del calendario estaban en otoño, seguía siendo una estación peligrosa para navegar, pues en mitad de una travesía podía levantarse de improviso una tormenta. Por otra parte, Pompeyo tenía más de quinientos barcos de guerra patrullando el Adriático precisamente para impedir que César pasara de Italia a Grecia.

Pero César, que al empezar el año se había convertido en cónsul por segunda vez, sabía que el tiempo corría en su contra. Cuanto más

esperara, más preparado encontraría a Pompeyo. Este tenía ya nueve legiones a su lado y esperaba dos más que debían venir de Siria con su suegro Metelo Escipión. A diferencia de las de César, que andaban cortas de efectivos porque prefería no rellenar las bajas de veteranos con soldados bisoños, las de Pompeyo estaban completas, con unos cinco mil hombres cada una. Disponía asimismo de siete mil jinetes, tres mil arqueros y mil doscientos honderos, más tropas auxiliares enviadas por sus vasallos orientales. Estos aportaban también dos cosas incluso más valiosas: grano y dinero. Pompeyo, más organizado y previsor que César, estaba preparándolo todo para invadir Italia en cuanto el clima se lo permitiera. Mientras tanto, a sus cincuenta y siete años y después de trece de inactividad, se dedicaba a cabalgar y lanzar el *pilum* con los jóvenes para ponerse en forma.

César, en cambio, no tenía suficientes barcos, sus legiones no habían terminado de congregarse en Brindisi y tampoco disponía de equipo ni provisiones suficientes. Lo lógico habría sido esperar. Sin embargo, como les explicó a sus oficiales, él opinaba que el arma más poderosa en la guerra era la sorpresa, y estaba empeñado en cruzar el mar cuanto antes.

Así pues, en cuanto llegó la primera noche en calma, aprovechó todas las naves disponibles para emprender el viaje. Pese a que dio órdenes de dejar las pertenencias personales en Brindisi y viajar sin sirvientes, únicamente pudo embarcar a siete legiones muy reducidas —poco más de quince mil hombres— más quinientos jinetes con sus caballos. El 4 de enero se hicieron a la mar después del ocaso; aunque la navegación era más peligrosa de noche, viajar en la oscuridad era la mejor manera de eludir a la flota de Pompeyo.

César estaba corriendo un gran riesgo: en la Primera Guerra Púnica ejércitos enteros habían perecido por hacerse a la mar en mala época del año. A pesar de todo, la fortuna le sonrió y no hubo incidentes graves en la travesía. Su único problema fue que el viento lo llevó más al sur de lo que pretendía, a la ciudad de Palaeste.

La vuelta fue otra cosa. La flota regresó a Italia para recoger al resto del ejército, pero las noticias del cruce de César habían llegado a su archienemigo Bíbulo, que comandaba la armada pompeyana del Adriático. La primera vez le habían pillado por sorpresa, porque no concebía que alguien se atreviera a cruzar el mar en enero; pero la segunda ya estaba

prevenido. Con una flota de ciento veinte barcos zarpó de Corcira y sorprendió al convoy de transportes cesarianos. Treinta naves cayeron en su poder y las quemó con sus tripulaciones dentro: la clemencia no era la táctica favorita de los enemigos de César.

Aunque parte de la flota logró escapar y llegar a Brindisi, el resto del ejército de César no pudo embarcar: el tiempo y, sobre todo, la vigilancia del enemigo lo impedían.

En lugar de lamentarse, César decidió, como siempre, pasar a la ofensiva. Necesitaba una base amplia en el Epiro para que el resto de su ejército pudiera desembarcar a salvo, y también para controlar más terreno donde forrajear, pues había arribado prácticamente sin provisiones. De modo que se encaminó al norte y no tardó en apoderarse de las ciudades de Órico y Apolonia (toda esta campaña transcurrió en territorio de la actual Albania).

La noticia de que César se encontraba en el Epiro sorprendió a Pompeyo todavía en Macedonia, a unos cien kilómetros de la costa. Al norte de Apolonia se encontraba Dirraquio, una base naval en la que tenía depósitos de grano y de armas, y que pensaba utilizar como punto de partida para invadir Italia. Comprendió que ese sería el principal objetivo de César y se encaminó hacia allí a marchas forzadas por la vía Ignacia.

En aquella ocasión, Pompeyo ganó la carrera. César no pudo subir más allá del río Apso, pues al llegar allí se encontró a su rival acampado en la orilla norte. De entrada, ninguno de los dos intentó entablar batalla. En el caso de César, que habitualmente usaba tácticas más agresivas, es fácil de comprender: su enemigo lo superaba casi tres a uno, y en caballería su ventaja era incluso mayor. De momento, intentó negociar con Pompeyo. Le propuso que ambos disolvieran sus ejércitos en tres días y se sometieran al arbitraje del senado y la asamblea del pueblo. Probablemente solo quería ganar tiempo a la espera de que el resto de sus legiones vinieran de Italia.

¿Por qué Pompeyo tampoco atacó? Según Apiano, sus tropas intentaron cruzar el río para enfrentarse a César, pero el puente se vino abajo y algunos hombres de la vanguardia se ahogaron. En cualquier caso, Pompeyo no intentó reconstruirlo para aprovechar su superioridad numérica. Hay que tener en cuenta que era tan paciente y meticulado en la guerra como impaciente en la política. Gracias a que dominaba el mar

podía recibir provisiones de sobra. En cambio, veía que los hombres de César estaban sufriendo dificultades para encontrar comida en los alrededores en aquella época del año: una táctica dilatoria de desgaste le parecía más provechosa que un enfrentamiento directo.

Mientras tanto, a ambas orillas del Apso sucedió lo mismo que había ocurrido en Hispania, cerca del Ebro. Como los soldados de ambos ejércitos tenían que acercarse al río para coger agua, muchos de ellos empezaron a saludarse y conversar, y no tardaron en confraternizar. Pero ese hermanamiento no duró mucho, porque un legado pompeyano ordenó disparar contra los cesarianos desde el otro lado del río, y declaró que Pompeyo y los optimates solo negociarían con ellos cuando le trajeran la cabeza de César sobre una bandeja.

¿Quién era aquel personaje que tanto odio mostraba por César? No se trataba de ninguno de sus enemigos tradicionales, como Catón o Ahenobarbo, sino del hombre que había sido prácticamente su mano derecha durante muchos años en la Galia: Tito Labieno.

De todos los legados que habían servido en aquella larga guerra, Labieno era el militar de más talento, y es muy probable que él mismo se creyera mejor que César. Cuando las hostilidades entre este y el senado fueron *in crescendo*, César procuró asegurarse la lealtad de Labieno confiándole el gobierno de la Galia Cisalpina para ayudarle a hacer méritos con vistas a presentarse al consulado. Quizá incluso estaba pensando en que ambos concurrieran juntos a las elecciones.

Pero los optimates se habían dedicado a criticar a César delante de Labieno, y habían encontrado en él un oyente receptivo. En parte, es posible que influyera en él una antigua relación clientelar con Pompeyo, ya que ambos provenían de la misma región, el Piceno. Es probable también que en su fuero interno se sintiera mejor general que César y que pensara que no estaba recibiendo los suficientes honores y recompensas. Tampoco hay que descartar que pensara que César era un traidor a la República, o que la suya era una causa perdida..., o que obedeciera a todos esos motivos juntos.

Cuando en enero del año 49 Labieno se pasó al bando de los optimates, su deserción supuso un duro golpe para César. No solo un general experimentado reforzaba las filas del bando contrario, sino que lo hacía con más de tres mil quinientos jinetes galos y germanos. Ahora, a

orillas del Apso, Labieno se acababa de comportar como el más recalcitrante de los pompeyanos, pero todavía tendría más ocasiones de demostrar su inquina hacia César y hacia los soldados que no mucho tiempo atrás habían estado bajo su mando.

Pasaban las semanas, y el resto de las tropas de César seguía en Italia. Bíbulo, almirante de la flota de Pompeyo, había muerto de extenuación. En su empeño de no permitir que se le escapara ni un solo barco enemigo no descansaba ni de noche ni de día, aunque también debió de influir en su declive físico la tristeza por sus dos hijos, que habían sido asesinados en Egipto. Pero sus sucesores seguían patrullando el Adriático como perros de presa, y Marco Antonio no se decidía a cruzar el estrecho.

Llegó un momento en que César se sentía tan desesperado que pensó que la única forma de traer a sus hombres era encargarse él personalmente. Así pues, se disfrazó para hacerse pasar por un esclavo que llevaba un mensaje para Brindisi y, acompañado solo por una pequeña escolta, embarcó en una nave ligera que estaba varada en el río Apso.

Cuando el barco llegó a la desembocadura, empezó a soplar un viento cada vez más intenso que venía del mar y que no les dejaba avanzar. Al ver que los remeros se desanimaban y se disponían a regresar, César se bajó la capucha del manto y dijo: «No temáis, pues no transportáis un cargamento cualquiera. ¡Lleváis a bordo a César y su fortuna!». Al saber quién era, los tripulantes cobraron nuevos ánimos y remararon con más brío. Pero el oleaje y el viento eran cada vez más fuertes, y llegó un momento en que el mismo César tuvo que decirles que desistieran del empeño. Cuando regresó al campamento, sus legionarios le regañaron por aquella imprudencia: ellos solos, le dijeron, se bastaban para vencer a los hombres de Pompeyo sin ayuda.

Por fin, después de tres meses de privaciones y mal tiempo, el 10 de abril avistaron en el horizonte las velas de la flota de Marco Antonio. Pero la alegría se convirtió en alarma al observar que las naves pasaban de largo, arrastradas por el viento, y se perdían hacia el norte.

Pompeyo también las había visto, y salió de su campamento para interceptar a Marco Antonio y evitar que se reuniera con su general. Se libró una nueva carrera entre ambos ejércitos, pero esta vez ganaron los de César, que se encontraron con sus compañeros al este de Dirraquio.

César tenía ahora once legiones, dos más que Pompeyo. Pero como cada una de ellas contaba con menos efectivos, seguía hallándose en inferioridad numérica. Por otra parte, si antes le resultaba difícil alimentar a siete legiones, ahora lo tenía mucho más difícil con cuatro adicionales. Por eso decidió enviar una legión a Tesalia y cinco cohortes a Etolia. Dos legiones más mandadas por el legado Domicio Calvino tomaron la vía Ignacia hacia Macedonia para interceptar el paso al suegro de Pompeyo, que venía del este. Esas fuerzas debían asegurar líneas de aprovisionamiento, y de paso subsistir por sus propios medios lejos del Epiro, donde cada vez resultaba más difícil encontrar forraje y víveres.

La campaña de Dirraquio

La situación de César empeoró cuando el hijo de Pompeyo destruyó muchas de sus naves, primero en Órico y después en Liso. Necesitaba dar un golpe de mano y conseguir provisiones, de modo que levantó el campamento y se dirigió hacia el este simulando que su destino fuera Macedonia. Pero después, lejos de la vista de los hombres de Pompeyo, volvió a girar hacia el oeste y marchó a Dirraquio.

Era su segundo intento de apoderarse de aquella base. En esta ocasión logró llegar antes que su rival. Pero no pudo tomar la ciudad: Dirraquio estaba bien protegida por acantilados y marismas, y el único acceso era a través de un estrecho puente. Cuando los hombres de César estaban a punto de lanzar la ofensiva contra Dirraquio, el ejército de Pompeyo apareció por el sur.

César renunció al asalto y ordenó levantar un campamento a toda prisa al sureste de Dirraquio. Así, al menos, impedía que los enemigos se acercaran a la ciudad y pudiera utilizar sus instalaciones. Pompeyo, por su parte, escogió una zona de colinas llamada Petra para montar su *castra* a unos dos kilómetros del de César. Allí tenía acceso a una playa donde podían varar barcos de poco calado para traerle provisiones desde Dirraquio y otros puertos.

César desplegó varias veces a sus legiones para retar a Pompeyo, pero su antiguo amigo no aceptó. Con el tiempo, los optimates que lo rodeaban y formaban su plana mayor empezaron a impacientarse y a

acusarlo de timorato. Pompeyo no les hacía caso. Sabía que en la situación actual era César quien más tenía que ganar con un combate decisivo. Aunque se hallara en inferioridad, la mayoría de sus hombres eran veteranos curtidos en las campañas de la Galia, mientras que los de Pompeyo estaban mucho más verdes. Por otra parte, él recibía suministros por mar de todos sus aliados de Asia, mientras que César y los suyos se veían obligados a subsistir sobre el terreno con raciones cada vez más escasas. Eso, lógicamente, estaba deteriorando la moral y la salud de sus tropas.

Algo de lo que era perfectamente consciente César. Sus hombres tenían que alejarse cada vez más del campamento para forrajear y buscar leña. Como estas partidas se veían obligadas a dispersarse, eran presa fácil de la caballería de Pompeyo, mucho más numerosa que la suya.

La solución habría sido retirarse de allí y reconocer que no había llegado a tiempo para conquistar Dirraquio. Pero César no soportaba recular o reconocer un fracaso, así que decidió una nueva huida hacia delante.

La caballería enemiga, precisamente, era la clave. Si rodeaba a Pompeyo con una empalizada como había hecho con Vercingetórix en Alesia, lograría dejar encerrada a su caballería y mataría dos pájaros de un tiro: los jinetes enemigos dejarían de acosar a sus forrajeadores, y sus caballos pronto agotarían los pastos dentro del vallado y empezarían a sufrir problemas. Además, sería un golpe de efecto cuando los aliados de Pompeyo se enteraran de que el todopoderoso conquistador de Oriente estaba cercado por un enemigo menor en número y no se atrevía a entablar batalla contra él.

Los hombres de César se pusieron manos a la obra, y empezaron a levantar una línea de fortificaciones que arrancaba desde su campamento, primero hacia el este y luego hacia el sur para rodear la posición de Pompeyo y encerrarlo contra el mar.

Cuando Pompeyo se dio cuenta —no hacía falta ser un lince—, ordenó a sus soldados que construyeran su propia empalizada hacia el sur. Eso obligó a los cesarianos a prolongar su fortificación, en una carrera entre ambos ejércitos. Mientras miles de hombres cavaban y clavaban troncos y estacas, otros luchaban en frecuentes escaramuzas en la tierra de nadie que se extendía entre ambas trincheras.

Los legionarios de César, con todo, lograron cerrar el perímetro girando de nuevo hacia el oeste a unos seis kilómetros a vuelo de pájaro del campamento de Pompeyo. El vallado, que aprovechaba el relieve natural del terreno, se extendía más de veinticuatro kilómetros, lo que suponía que cada hombre tenía que defender un metro. Estaba provisto de fortines y torreones y en algunos sectores reforzado con sillares de piedra arrancados de los edificios de la zona. Por su parte, la empalizada de Pompeyo medía unos quince kilómetros.

Pronto cada ejército empezó a sufrir sus propias privaciones. Como había previsto César, los caballos y las bestias de carga del enemigo no tardaron en agotar los pastos dentro del vallado. Los caballos deben alimentarse con una mezcla de grano y de pasto, en una proporción que varía según el esfuerzo físico que realicen. Del grano pueden prescindir, pero no así del pasto, que es su alimento natural; si les falta, pronto empiezan a sufrir cólicos y acaban muriendo.

Al poco tiempo, los equinos de Pompeyo habían agotado todo el forraje de la zona e incluso habían pelado los árboles. Aunque les trajeran heno por barco, resultaba insuficiente; además, el heno en aquellos tiempos en que no había empacadoras ocupaba mucho más sitio que ahora. Como reservaban el poco forraje que tenían para los caballos, las bestias de carga empezaron a morir. El hedor de sus cadáveres empeoró más todavía unas condiciones sanitarias que ya eran precarias por la aglomeración de más de cincuenta mil hombres en un espacio limitado. También escaseaba el agua potable: los hombres de César habían desviado o represado los arroyos cercanos, y los pozos que excavaban los pompeyanos no bastaban para abastecer a todos.

Al menos, al ejército de Pompeyo le sobraba la comida que les faltaba a sus monturas. En cambio, los hombres de César apenas tenían grano, por lo que, igual que en Avarico, se veían obligados contra su voluntad a seguir una dieta hiperproteica. Puesto que no disponían de trigo, comían cebada; si ni siquiera tenían cebada a mano, cocinaban una especie de pan machacando las raíces de una planta local llamada *khara* y mezclándola con leche. Al parecer, el resultado era cualquier cosa menos apetitoso. A veces los hombres de César arrojaban mendrugos de aquel sucedáneo de pan a los hombres de Pompeyo. Cuando le llevaron el pan de *khara* a su general y este lo probó, comentó desolado que no estaban luchando contra seres humanos sino contra bestias.

Privaciones aparte, los combates a pequeña escala eran constantes. Pompeyo disponía de muchos más arqueros y honderos, que de noche se internaban en la tierra de nadie y, al ver el resplandor de las hogueras al otro lado de la empalizada enemiga, disparaban a bulto por encima de esta. Al final, los soldados se veían obligados a montar guardia o descansar lejos del fuego para que no los alcanzaran los proyectiles.

Aunque técnicamente ambos bandos estaban empatados, a Pompeyo le humillaba verse cercado por un ejército inferior en número, y su prestigio se resentía entre los optimates y también entre sus aliados. Para mejorar su situación, a finales de junio decidió tenderle una trampa a su enemigo. Siguiendo sus instrucciones, los habitantes de Dirraquio fueron al campamento de César y le dijeron que estaban dispuestos a entregarles la ciudad la noche del 1 de julio.

César no sospechó que se trataba de una treta; al fin y al cabo, muchas ciudades caían por la traición de sus habitantes. A la hora prevista salió del campamento con un nutrido grupo de tropas. Pero cuando estaba en el puente recibió un ataque simultáneo por tres frentes: los defensores de Dirraquio le arrojaban flechas y dardos desde la muralla, los barcos de Pompeyo usaban su artillería para disparar contra él desde el mar y a su espalda lo acosaba una fuerza de infantería que había desembarcado en la playa.

César logró salir de aquella encerrona y regresar a su campamento. Pero al mismo tiempo, Pompeyo, experto en coordinar operaciones a gran escala, lanzó asaltos en otros tres puntos para impedir que los legados de César acudieran a defenderlo.

La noche fue muy agitada, aunque los fortines atacados resistieron. En uno de ellos, protegido por una cohorte, no hubo ni uno solo de sus defensores que no recibiera una herida. No era de extrañar, pues al día siguiente recogieron más de treinta mil proyectiles. Como era habitual, los centuriones, siempre en primera línea, fueron los que más sufrieron. Cuatro de ellos quedaron tuertos o ciegos (el hecho de que en latín no haya artículo hace que se pueda interpretar que perdieron «ojos» o «los ojos»).

Uno de ellos, Casio Esceva, pudo enseñar con orgullo su escudo, en el que se contaban ciento veinte impactos entre arañazos y abolladuras. Él también había recibido un flechazo en el ojo, pero en pleno combate tiró de la saeta sacándose el globo ocular y provocó una auténtica escabechina

entre los atacantes, hasta que cayó desvanecido por la pérdida de sangre sobre una pila de cadáveres y sus soldados se lo llevaron de allí.^[51]

César recompensó a los defensores de aquel fuerte, que eran un ejemplo para todos sus soldados. Les duplicó la paga, les dio ropa nueva y, sobre todo, una ración doble de trigo. Esceva, que era centurión de octava categoría, fue ascendido a primipilo y recibió una bonificación de doscientos mil sestercios, que para un militar suponía una pequeña fortuna.

La añagaza de Pompeyo no había funcionado, pero pocos días después se le presentó la oportunidad de atacar de nuevo. Dos nobles galos llamados Ego y Roscilo que eran hermanos y servían con César habían sido acusados de quedarse con la paga destinada a sus soldados. Temiendo las represalias, se fugaron llevándose el dinero y doscientos jinetes y, sobre todo, con información valiosa.

En el extremo sur de la fortificación de César había un punto débil. Allí, para protegerse de posibles ataques lanzados desde el sur, se había construido una segunda empalizada. Entre ambas quedaba un espacio abierto en la playa de unos doscientos metros que aún no había terminado de reforzarse.

Ego y Roscilo se lo contaron a Pompeyo, que decidió lanzar otro ataque masivo. Él mismo bajó desde el campamento principal con seis legiones y atacó el lado sur de la empalizada en un punto defendido por la Novena legión (la misma que se había amotinado). Antes había instruido a sus hombres para que rodearan los yelmos con protecciones de mimbre: era una manera de evitar reflejos delatores y de amortiguar los impactos de las piedras lanzadas desde lo alto de las empalizadas. Por otra parte, envió a miles de arqueros y honderos en botes para que desembarcaran en la playa. Simultáneamente, sus barcos batieron la zona disparando catapultas y escorpiones para obligar a los defensores a permanecer parapetados, en una operación de barrido que, a pequeña escala y sin armas de fuego, recuerda otras maniobras anfibas como el desembarco de Normandía.

El triple ataque coincidió con el alba. Los hombres de la Novena no pudieron resistirlo y abandonaron la posición después de sufrir muchísimas bajas. Si su campamento principal no cayó fue porque Marco Antonio y después César acudieron al ver señales de humo. La propia

águila de la Novena estuvo a punto de ir a parar a manos del enemigo. Solo se salvó porque el portaestandarte que la custodiaba la lanzó por encima de la empalizada antes de morir, librando así a César de la vergüenza de perder el emblema de una legión.

Pompeyo había logrado apoderarse del extremo meridional de la fortificación de César, y aprovechó para levantar un campamento al otro lado, fuera del circuito vallado. Al mismo tiempo, otras tropas suyas ocuparon un *castra* que había un poco más al norte. Lo habían empezado a levantar los soldados de la Novena, pero después se habían dado cuenta de que no era un sitio adecuado para la defensa y lo abandonaron.

César empezaba a sospechar que su posición era indefendible. Se encontraba ante el mismo dilema que en Gergovia: tenía que renunciar a cercar a su enemigo, pero si se retiraba sin más, su prestigio como general sufriría un gran menoscabo. Necesitaba asestar al menos un golpe brillante para marcharse con la moral alta.

Fue entonces cuando recibió el informe de que una unidad, al parecer una legión entera, se había instalado en el fuerte abandonado. Si la Novena había renunciado a él era porque estaba rodeado de árboles que podían ocultar a un enemigo que se acercara. ¿Por qué no aprovechar esos árboles para lanzar un ataque nocturno? Si se apoderaba de aquel fuerte, podría derrotar a una legión entera y hacer prisioneros a los hombres que no perecieran en el asalto. Acabar con toda una legión del enemigo (y quizá sumarla a sus propias filas) compensaría de sobra el revés anterior.

Después del ataque de Pompeyo, César había hecho levantar un gran campamento en la zona sur para controlar mejor los movimientos del adversario. Ahora, de noche, dejó a dos cohortes vigilándolo y salió con otras treinta y tres, casi tres legiones y media.

Como era habitual, las tropas se dividieron en dos grandes grupos. El que iba por la parte izquierda, con el mismo César al mando, llegó con sigilo al fuerte y tomó la empalizada al asalto después de una breve lucha. Sin embargo, al entrar se dieron cuenta de que dentro del campamento había otra valla, un fuerte dentro del fuerte, y la guarnición de Pompeyo se había refugiado en aquel reducto.

A esas alturas, las tropas del ala derecha ya tendrían que haber llegado. Pero, como ocurre a veces en las operaciones nocturnas,

simplemente se habían perdido. Desde el campamento salía una empalizada que no formaba parte del recinto, sino que llevaba a un río cercano. Creyendo que era un lateral del fuerte, los soldados la siguieron en la oscuridad. Cuando se dieron cuenta del error, en lugar de volver atrás rellenaron la zanja y arrancaron parte del vallado.

En el otro campamento enemigo, construido al sur de la circunvalación cesariana, Pompeyo se había dado cuenta del ataque. Rápidamente ordenó a la caballería y a cinco legiones que se pusieran en marcha para defenderlo. Lógicamente, los jinetes se adelantaron a los infantes. Al llegar al fuerte que estaba siendo atacado, pasaron por su lado izquierdo y lo rodearon en el sentido de las agujas del reloj.

Eso los llevó a topar de frente con los soldados extraviados del ala derecha de César, que por fin habían visto el campamento y corrían hacia él. No iban en formación cerrada, porque se habían ido separando al cruzar el vallado y además no esperaban encontrarse con ningún enemigo en el camino.

Atacar a grupos dispersos era la misión favorita de la caballería. Los jinetes de Pompeyo irrumpieron entre los legionarios enemigos y empezaron a alancearlos mientras sus caballos los pisoteaban. Los hombres de César fueron presa del pánico y dieron media vuelta para huir, atropellándose unos a otros. En el hueco que habían abierto en el cercado se formó un gran tapón; de modo que, para huir de los jinetes de Pompeyo que los estaban masacrando, muchos treparon al parapeto y saltaron al otro lado sin pensárselo. La altura seguramente no era tanta como para matarse, pero los primeros en caer apenas tuvieron tiempo de levantarse cuando otros compañeros se les precipitaron encima. Muchos murieron así, aplastados en la fosa aladaña a la empalizada; al menos, sirvieron de colchón para que otros salvaran la vida.

En el campamento atacado, los hombres del ala izquierda de César presenciaron lo que ocurría con sus compañeros, y también vieron que se acercaban las cinco legiones de Pompeyo. Al comprender que podían quedarse encerrados allí dentro, corrió la voz del «¡Sálvese quien pueda!», y todos huyeron sin orden ni disciplina.

César intentó evitar el desastre, plantándose delante de los soldados e incluso agarrando con sus manos los estandartes de los que huían. Aquello le había servido a Sila en la batalla de Orcómeno para detener una

desbandada, pero los soldados de César estaban tan aterrorizados que no hicieron caso de su general. Uno de los signíferos llegó al extremo de darle la vuelta al estandarte para clavarle la punta del regatón a su general. César se salvó porque uno de sus escoltas reaccionó a tiempo y cortó el brazo de aquel hombre con su espada.

La batalla podía haber acabado mucho peor. Pompeyo sospechó que la huida de los soldados de César era una añagaza y refrenó a sus soldados para que no los persiguieran. De lo contrario, tal vez habrían tomado el campamento, masacrado a tres legiones y apresado o matado al mismo César. Este se dio cuenta y comentó más tarde a sus allegados: «Hoy mis enemigos podrían haber terminado la guerra de haber tenido a un general que supiera vencer» (Apiano, *BC*, 2.62).

Aun así, el resultado fue otro desastre. En el ataque de unos días antes, César ya había sufrido muchas bajas, pero en este perdió novecientos sesenta soldados, treinta y dos mandos entre centuriones y tribunos y otros tantos estandartes. Después de Gergovia era su segunda gran derrota, y en circunstancias que podrían considerarse parecidas. A la hora de coordinar operaciones nocturnas con grupos separados de tropas, Pompeyo había demostrado que era mejor general que César.

A cambio, le faltó generosidad en la victoria. Pompeyo entregó a los prisioneros a Labieno, que se burló de ellos llamándolos «camaradas», y después los mató a la vista de los hombres de César.

Farsalia

Posiblemente César pasó la peor noche de su vida, pero no es algo que confiese en su libro *La guerra civil*. Al día siguiente reunió a sus tropas y las arengó, como había hecho después de Gergovia. Hasta entonces todo les había ido bien, les recordó, pero de repente la suerte les había fallado. La culpa no era de ellos, pues la fortuna era la principal fuerza en los asuntos de la guerra. A partir de ahora, como habían hecho después de Gergovia, debían esforzarse por compensar con su valor los errores cometidos la noche anterior.

Para alivio de César, la moral de la tropa apenas había bajado. Sus

soldados lo aclamaron, se echaron la culpa a sí mismos por aquel revés y se mostraron dispuestos a entrar en combate aquel mismo día para lavar su honor. César les mandó paciencia y les dijo que ya llegaría su ocasión.

Después de aquello degradó a algunos portaestandartes, porque su falta al abandonar sus puestos era mucho más grave que la del resto de los soldados: aquellas insignias no solo poseían valor religioso y simbólico, sino que eran el punto de referencia al que se levantaban las miradas de todos los soldados, ya que marcaban la posición y los movimientos de cada unidad. Un estandarte perdido era una unidad desorientada.

César comprendió que no tenía sentido continuar allí. Pompeyo había conseguido romper su cerco por el sur, convirtiendo en inútiles tanto trabajo y tantas privaciones. Pero en la guerra siempre había que mirar adelante. Lo mejor era dejar atrás la costa e internarse en Grecia: si Pompeyo lo seguía, eso lo alejaría de su flota y le haría más difícil recibir suministros para su ejército.

Por supuesto, existía la posibilidad de que Pompeyo decidiera invadir Italia olvidándose de él. Pero César sospechaba que ni él ni los optimates que lo rodeaban iban a hacerlo. En esa cacería, él era la pieza mayor, y no renunciarían a perseguirlo ahora que lo veían tocado tras la derrota y con un ejército que llevaba muchas semanas en un estado cercano a la desnutrición.

Y así ocurrió, en efecto: cuando Pompeyo supo que las tropas enemigas habían abandonado todos sus fuertes y campamentos en Dirraquio, se lanzó en su persecución.

César siguió el camino de la costa hasta llegar a Apolonia, ciudad de la que se había apoderado al principio de la campaña. Allí dejó a sus heridos y lo más pesado de la impedimenta con una guarnición de ocho cohortes. Después se internó en las montañas del Pindo para dirigirse a Tesalia, en cuyas fértiles llanuras esperaba encontrar grano. Quería, además, reunirse con las dos legiones que había enviado a Macedonia con el legado Domicio Calvino para que vigilaran el camino y le cortaran el paso a Escipión, el suegro de Pompeyo, que estaba a punto de llegar de Asia.

Por su parte, Pompeyo tomó otra ruta más septentrional, siguiendo la vía Ignacia precisamente para reunirse con Escipión. Durante unos

días, los caminos de cesarianos y pompeyanos se separaron.

Poco después César y sus hombres bajaron de las montañas y llegaron a Eginio, la primera fortaleza de Tesalia. Allí los soldados levantaron la cabeza con asombro para contemplar el fantástico paisaje esculpido por la erosión, las enormes columnas de roca arenisca en cuyas cimas casi inaccesibles se levantan ahora los monasterios de Meteora.

En Eginio, las legiones de César y Calvino se reunieron por fin, y prosiguieron camino hacia el este. Ante ellos se abría la llanura de Tesalia, donde el trigo empezaba a amarillear en las espigas. Estaban a finales de julio, aunque en realidad la posición del eje de la Tierra decía que todavía era mayo. Al grano de los campos le debía faltar un punto para madurar del todo, pero César confiaba en que las ciudades de la zona lo apoyarían, ya que Andróstenes, jefe de la Liga de Tesalia, le había ofrecido su alianza.

Al llegar a Gonfi, la primera población importante de la comarca, se encontraron con las puertas cerradas: la noticia de la derrota de César en Dirraquio había corrido como el fuego y muchas ciudades no querían escoger el bando equivocado. En verdad, en aquel momento todos los factores estaban en contra de César salvo dos: la calidad y la entrega de sus tropas por una parte, y por otra su talento como general. Aunque todavía estaba por ver si lograría superar al de Pompeyo, que en el primer enfrentamiento directo entre ambos lo había superado.

Cuando vio que los habitantes de Gonfi se negaban a abrirles la puertas y proporcionarles alimento, César desencadenó literalmente a sus tropas. Provistos de escalas, manteletes y las típicas vallas que se tendían para cruzar los fosos, los soldados tomaron al asalto la muralla. Por primera vez desde que empezó la guerra civil, César permitió que sus hombres saquearan una ciudad. Los legionarios descargaron toda la frustración de aquellos meses en la población de Gonfi, cuyo destino es preferible no imaginar.

Tras la violencia vino el hartazgo de comida y de bebida. Según Apiano (*BC*, 2.64), como era de esperar después de tantas privaciones se emborracharon como cubas; en particular los germanos, que como todo el mundo sabe —aquí va un comentario xenófobo del historiador— hacen el ridículo cuando beben de más. Pero cuando los soldados de César salieron de la ciudad y continuaron su avance se encontraron mucho mejor, con los organismos bien cargados de carbohidratos.

La crueldad de César no solía ser gratuita: las demás ciudades de la zona, como Metrópolis, supieron escarmentar en cabeza ajena y abrieron las puertas a sus tropas. Prosiguiendo viaje hacia el este, las legiones, cada vez más recuperadas, llegaron a un valle cruzado por el río Enipeo, no muy lejos de la ciudad de Farsalia.

Pocos días después, a primeros de agosto, llegó también el ejército de Pompeyo, reforzado con las dos legiones de su suegro Escipión, y se instaló a unos cinco kilómetros del de César. Ambos generales, como era de esperar, habían buscado emplazamientos adecuados para sus campamentos. En el caso de Pompeyo, se había instalado en las faldas de los montes que delimitaban por el norte la llanura del Enipeo.

Esta vez César no pensó en cercar a Pompeyo, algo en lo que ya había fracasado en Dirraquio. Además, el relieve de la zona no se lo permitía. Lo que hizo fue sacar a sus tropas un día tras otro a la llanura, desafiando a su adversario a entablar combate. Pompeyo también desplegaba a sus soldados, pero lo hacía en el piedemonte al final de la ladera, de tal manera que si los enemigos querían atacarlos tendrían que hacerlo corriendo cuesta arriba. Considerando que Pompeyo tenía casi el doble de hombres que César, este habría cometido una insensatez aceptando unas condiciones tan disparejas.

Excepto cuando se producían emboscadas como las que había sufrido Mario en Numidia o encontronazos fortuitos como el de Quinto Flaminio y Perseo en Cinoscéfalos, en la Antigüedad dos no batallaban si uno no quería. Para provocar a Pompeyo, César adelantaba cada día un poco más sus líneas acercándose paulatinamente a su campamento. Pero no estaba dispuesto a combatir si no era en el llano. Pompeyo, por su parte, se negaba a picar el anzuelo. Pensaba que si peleaba en campo abierto contra el ejército de César tenía posibilidades de derrotarlo, pero estaba convencido de que esas posibilidades se convertirían en certeza si continuaba con su táctica de desgaste.

Después de la experiencia de Dirraquio, César prefería no detenerse demasiado tiempo en el mismo sitio, por problemas de abastecimiento. La noche del 8 de agosto decidió que al día siguiente levantarían el campamento y se dirigirían hacia el noreste. Imaginaba que Pompeyo los seguiría y en algún momento se presentaría la oportunidad de combatir, aunque lamentaba haber desaprovechado aquella llanura alargada y no demasiado ancha que ofrecía mucho juego para maniobras tácticas.

Lo que no podía sospechar era que la ocasión de enfrentarse se iba a presentar enseguida, pues se estaba discutiendo sobre ella en la tienda de mando de Pompeyo. De hecho, esos debates se llevaban produciendo desde hacía tiempo, ya que uno de los problemas del bando de Pompeyo era que su autoridad no resultaba tan incuestionable como la de César.

Los optimates criticaban a César porque se rodeaba de gente de extracción social más baja, e incluso se permitían reírse del senado que se había reunido con él en Roma porque no contaba en sus filas con personajes de verdadero abolengo. Ellos, sin embargo, eran gente distinguida. Tan distinguida que, a diferencia de los subordinados de César, que solían aceptar sus órdenes sin rechistar, no dejaban de protestar y le sacaban punta a todo.

Por ejemplo, Domicio Ahenobarbo había empezado a llamar a Pompeyo «Agamenón», sugiriendo con ello que estaba dilatando tanto aquella guerra como el rey de Micenas, que tardó diez años en conquistar Troya. De paso, le recordaba a Pompeyo que, como Agamenón, no dejaba de ser un *primus inter pares*, un primero entre iguales. Otros decían que en realidad no tenía ninguna prisa por ganar, porque mientras existiera la amenaza de César él podría conservar un poder extraordinario y seguiría dando órdenes a senadores consulares como si fueran sus esclavos y él un «rey de reyes», otro de los apodos que le habían puesto. Un tal Favonio, en particular, sacaba a Pompeyo de quicio cuando le preguntaba en tono zumbón: «¿Qué pasa? ¿Este año tampoco vamos a comer higos de Tusculum?». Al menos, Pompeyo se había librado de Catón, uno de los anticesarianos más beligerantes, dejándolo en Dirraquio a cargo de la flota y los suministros. Catón, como demostraba cuando recurría al filibusterismo parlamentario para boicotear las leyes de César y otros adversarios, podía ser un auténtico tormento para los oídos.

Pompeyo era vanidoso, pero también realista, y los reveses de su campaña contra Sertorio le habían enseñado más que sus precoces victorias al lado de Sila. Mas sus legados no eran tan prudentes como él y estaban convencidos de que iban a aplastar a César casi sin despeinarse. Algunos ya habían empezado a repartirse sus cargos y propiedades sin haberlo derrotado todavía. Entre Ahenobarbo, Metelo Escipión y Léntulo Esfinter discutían quién iba a ser el próximo *pontifex maximus* cuando eliminaran a César, mientras que otros ya habían preparado una lista de cónsules para los años venideros.

A Pompeyo le resultaba muy difícil aguantar las presiones de su entorno, porque, como decía Plutarco, le importaba demasiado la opinión ajena y no soportaba defraudar a sus amigos (*Pompeyo*, 67). Aunque esos amigos fueran tan recientes como los optimates, que lo despreciaban cuando hablaban a su espalda.

Por eso, finalmente cedió y anunció que el día 9 de agosto presentarían batalla. La noche de la víspera, reunió en su tienda a los legados y oficiales y les contó su plan.

La afamada infantería de César ni siquiera iba a entrar en acción, explicó Pompeyo. En cuanto comenzara el combate, su caballería lanzaría una carga contra el flanco derecho. Allí, en la parte norte de la llanura, más abierta, se encontrarían también la mayoría de los jinetes enemigos (por el lado sur corría el río Enipeo y no era buen terreno para las monturas). Pero la caballería de Pompeyo barrería a la de César en cuestión de segundos, ya que iban a ser seis mil contra apenas un millar.

Una vez superado ese insignificante obstáculo, los jinetes pompeyanos atacarían en masa la retaguardia de César y sembrarían el caos y el terror entre sus filas. Como todo el mundo sabía, el efecto de una carga de caballería no era el mismo si se lanzaba contra el frente formado de una legión que contra sus últimas filas, siempre más desorganizadas y compuestas por efectivos de menor calidad.^[52]

Al mando de esa trascendental carga, anunció Pompeyo, estaría Tito Labieno, experto en esas lides. El antiguo legado de César tomó la palabra para explicar que el ejército que tenían frente a ellos no era realmente el que había conquistado la Galia, pues muchos de los veteranos de César habían perecido en combate, otros habían muerto de una epidemia en Italia y había muchos más que ya estaban licenciados. Así pues, iban a combatir contra legiones prácticamente bisoñas.

La realidad no era esa. Tal vez Labieno disimulaba la verdad por animar a los demás, o quizá su arenga no era más que una muestra de *wishful thinking*. En cualquier caso, estaba decidido: el ejército de Pompeyo iba a combatir. Los optimates se hallaban tan convencidos de su triunfo que hicieron preparativos para celebrarlo al día siguiente, disponiendo mesas para un gran banquete y coronando con flores y parras no solo las tiendas de los mandos, sino incluso las de los soldados rasos.

En la mañana del 9 de agosto, César dio orden de levantar el campamento. Como todos los días, observó cómo a lo lejos los hombres de Pompeyo también salían de su empalizada. Pero no hizo demasiado caso de sus movimientos, pues suponía que se iban a plantar otra vez en la ladera y no pensaba combatir allí.

A pesar de todo, al poco rato sus batidores le informaron de que el ejército de Pompeyo no se había quedado en el piedemonte, sino que había salido a la llanura y había empezado a girar a sinistrórsum —esto es, en el sentido de las agujas del reloj— para quedarse con su flanco derecho junto al río Enipeo y el izquierdo mirando hacia las colinas que cerraban la llanura por el norte.

César ordenó abortar los preparativos para la marcha y disponerse para el combate. «¡No vamos a volver a encontrar una ocasión como esta!», explicó a sus oficiales. Sobre su tienda se izó el pabellón rojo que indicaba zafarrancho de combate. César tenía tanta prisa por sacar a sus hombres —no fuera a arrepentirse Pompeyo— que hizo derribar la empalizada y rellenar la fosa de tierra en varios puntos para que sus cohortes pudieran salir ya desplegadas y no perdieran el tiempo estirándose en hileras. Tan solo dejó atrás a dos mil de sus soldados más veteranos, encargados de levantar de nuevo el vallado y proteger el campamento.

Los dos ejércitos fueron formando frente a frente, una operación laboriosa que siempre requería su tiempo. Pompeyo tenía unos cuarenta mil legionarios dispuestos en triple línea. En el flanco derecho, junto al río, había apostado a seiscientos jinetes acompañados de algunos efectivos de infantería ligera. Pero la cabeza del martillo que formaba su ejército se hallaba en el flanco izquierdo. Allí había más de seis mil jinetes entre galos, germanos y aliados de los diversos pueblos del este: gálatas, tracios, capadocios, macedonios y sirios. También a la izquierda se encontraban las mejores legiones, la Primera y la Tercera, previendo que allí se produciría el choque con la Décima de César. Cada cohorte formaba con diez filas, un despliegue más profundo de lo habitual. Era algo que se hacía a veces con tropas no muy experimentadas, pues las formaciones profundas tenían más empuje, se torcían menos al avanzar y ofrecían más seguridad a los soldados.

Frente a ellos, César disponía de unos veintidós mil legionarios. Con el fin de igualar la longitud del frente enemigo, sus cohortes formaban con seis filas de profundidad. Había dividido el frente en tres secciones. En el

ala izquierda, pegada al río, había cuatro legiones, entre ellas la Octava y la Novena, que debido a las bajas sufridas en combate funcionaban combinadas como una sola unidad. Al mando de ese flanco estaba Marco Antonio. Del centro se encargaba el legado Domicio Calvino, que tenía a Publio Sila, pariente del dictador, a la derecha. Ya en el extremo se encontraba el propio César junto a la Décima legión. En el flanco formaba su caballería, apenas mil efectivos para enfrentarse a la masa de jinetes que sabía que se le iba a venir encima.

Antes de empezar la batalla, se distribuyeron las consignas para que los soldados, que iban equipados prácticamente de la misma forma en ambos ejércitos, se reconocieran durante el combate y no mataran a los suyos creyéndolos enemigos. El santo y seña de los pompeyanos era «Hércules invicto» y el de los cesarianos «Venus portadora de la victoria», como homenaje a la divina madre de la *gens* Julia.

Como se solía hacer si había tiempo, César cabalgó por la línea de batalla deteniéndose en algunos puntos para arengar a la tropa y, sobre todo, para que lo vieran a lomos de su caballo y ondeando su vistosa capa roja. Después regresó a su puesto, entre la Décima y la caballería. Allí había una pequeña unidad formada por ciento veinte *evocati*, soldados licenciados que se habían reenganchado para combatir por su antiguo general. Los mandaba Cayo Crastino, que el año anterior había sido primipilo de la Décima legión; lo que es tanto como decir el centurión más prestigioso de todo el ejército.

Al ver a César, Crastino le dijo: «General, hoy voy a comportarme de tal manera que estarás orgulloso de mí, vivo o muerto». Después se dirigió a los demás *evocati* y exclamó: «¡Seguidme, vosotros que una vez servisteis bajo mis órdenes! ¡Luchad por el general al que jurasteis lealtad! Solo nos queda un último combate. ¡Cuando termine, César recuperará su dignidad y nosotros nuestra libertad!» (César, *BC*, 91).

Dicho esto, Crastino arrancó a correr el primero, adelantándose a todo el ejército. Segundos después, los ciento veinte voluntarios de su nutrida centuria lo siguieron. Para algunos expertos, esta especie de carga suicida fue en realidad una *devotio*, un antiguo ritual por el que el ejército enemigo al completo era ofrecido como víctima a los manes, los dioses infernales. El poder de este sacrificio, que era también una maldición, se basaba en que quien pronunciaba el voto de algún modo chantajeaba a los dioses ofrendándose a sí mismo. Gracias a la moral que insuflaba la

devotio en los soldados que escuchaban las palabras del ritual convencidos de su poder mágico, los romanos habían ganado batallas tan comprometidas como la del Vesubio en el año 340 o la de Sentino en el 295. En *Roma victoriosa* ya aparecía la terrible fórmula de este voto:

Jano, Júpiter, padre Marte, Quirino, Belona y vosotros lares, novensiles e indigetes, deidades que tenéis poder sobre nosotros y nuestros enemigos; y vosotros también, divinos manes: os rezo, os reverencio y os ruego que bendigáis al pueblo romano con poder y con victoria, y que lancéis sobre sus enemigos miedo, terror y muerte. Ahora, por el bien del pueblo romano, del ejército, de las legiones y de sus aliados, ofrezco en sacrificio a los manes y a la Tierra las legiones y los auxiliares del enemigo, del mismo modo que me ofrendo a mí mismo.

Si en verdad se trató de una *devotio*, como sospecho, los dioses aceptaron la vida de Crastino, algo que era de esperar tomando en cuenta que se había adelantado a los demás de forma tan temeraria: cuando trató de romper las filas enemigas, un soldado pompeyano le clavó su espada en la boca y lo mató.

Mientras las filas de infantería de César cargaban contra el enemigo, la caballería de Pompeyo hacía lo propio. Todo debió de ocurrir muy rápido y de forma simultánea, pero como la literatura es secuencial y no multisensorial como el cine, resulta imprescindible dividir la acción por sectores para relatarla, como hace César en *La guerra civil*.

Empecemos por la infantería. Cuando las cohortes de la primera línea cesariana avanzaron contra las pompeyanas, lo normal habría sido que estas hicieran lo propio. Pero Pompeyo, siguiendo consejos de varios legados, había instruido a sus soldados para que aguantaran la posición sin mover los pies del sitio. De ese modo no se desordenarían —se ve que no confiaban mucho en su disciplina— y, además, al no correr no sumarían su velocidad a la de los *pila* enemigos y el impacto sería más débil. César critica en su texto esta decisión, porque priva a los hombres del «ardor y animosidad de espíritu que se enardece por el deseo de luchar» (*BC*, 92), un brío instintivo que los hombres poseen de forma innata y que sirve para vencer su miedo.

Al ver que el enemigo ni se movía y ellos tenían que recorrer el doble de distancia, los centuriones de César, por propia iniciativa, ordenaron a sus hombres que se detuvieran con el fin de enderezar las filas y tomar

algo de aliento: una muestra de disciplina y organización que seguramente no era improvisada, sino que había sido entrenada. Más adelante, el militar anónimo que escribió *La guerra africana* comentó que César era un obseso del adiestramiento y que preparaba a sus tropas no como un general a unos veteranos, sino como un instructor de gladiadores a sus alumnos (*B. Af.*, 71). Sin duda, el entrenamiento constante tenía mucho que ver con las altas prestaciones de las legiones de César.

Recobrado el resuello, los soldados de César reanudaron la embestida, lanzaron una andanada de *pila*, desenvainaron las espadas y se lanzaron al cuerpo a cuerpo, en la mayor batalla entre ejércitos romanos que se había librado hasta entonces.

Por el momento, el combate se trabó escudo contra escudo. Entretanto, la caballería mandada por Labieno había cargado contra la de César y, como era de esperar, la había puesto en fuga en cuestión de minutos o segundos. A continuación, según el guión programado, los jinetes pompeyanos hicieron una variación derecha para sorprender por detrás a la tercera línea de cohortes de César.

Pero los sorprendidos fueron ellos.

Conociendo la superioridad en caballería del enemigo, César había previsto la maniobra de Pompeyo. Por muy feroces que fueran sus germanos, no confiaba en que con tan solo mil efectivos pudieran detener la carga, de modo que les había dado instrucciones para que resistieran de forma casi simbólica hasta oír su señal y después se retirasen.

Todo era una trampa. Antes de la batalla, César había sacado de la reserva situada en la tercera línea seis cohortes. Con ellas había formado una cuarta línea que, en lugar de quedarse atrás, constituía una especie de bisagra en un ángulo de cuarenta y cinco grados con el resto de las unidades. Las legiones situadas al frente y, sobre todo, la caballería habían ocultado a los ojos del enemigo la posición de estas seis cohortes. Es probable, incluso, que estuvieran aguantando rodilla en tierra a que llegara su momento.

Y llegó.

En su primer choque contra la caballería enemiga, la de Labieno había perdido impulso. En cualquier caso, las galopadas frenéticas contra una línea enemiga al estilo de los Rohirrim en *El retorno del rey* eran

imposibles, por muy estéticas que puedan quedar en el cine. Cuando los jinetes pompeyanos se disponían a cobrar velocidad de nuevo, se encontraron de cascos a boca con una línea de escudos y *pila* perfectamente formada.

En esta ocasión no hubo descarga de jabalinas, pues César había ordenado expresamente a sus soldados que en lugar de soltarlas las usaran a modo de lanzas.

Según Plutarco, los legionarios de César levantaron sus *pila* y amenazaron con sus puntas los rostros de los jinetes, que apartaban la cara para que no los desfiguraran, ya que eran poco menos que unos petimetres presumidos (*César*, 45). Es un comentario bastante absurdo, porque los soldados de caballería formaban parte de una élite guerrera y no iban a asustarse tan fácilmente por algo así. Otra cosa bien distinta debió de ocurrirles a los corceles, que al verse ante una muralla de escudos de la que brotaban aguzados pinchos metálicos que se agitaban, se espantaron y empezaron a recular.

Allí estuvo la clave de la batalla. Tras una breve pugna, se desató tal caos entre la caballería pompeyana que los jinetes empezaron a huir en desbandada. Al despejar el terreno, dejaron al descubierto a los arqueros y honderos que venían detrás dispuestos a lanzarse sobre los soldados de la Décima legión y disparar contra sus costados derechos, siempre más desprotegidos. Al verse vendidos, aquellos soldados de infantería ligera emprendieron la huida, y muchos de ellos fueron aniquilados por las cohortes de la cuarta línea.

Mientras tanto, el combate entre las dos grandes líneas de infantería continuaba. Pasados unos minutos y viendo que la caballería enemiga había huido, César decidió mandar más efectivos a la refriega y dio la señal de avanzar a la tercera línea. Al mismo tiempo, ordenó a las cohortes de la cuarta, las mismas que habían abortado la carga de los jinetes de Labieno, que dejaran de perseguir a los arqueros enemigos y se cobraran una pieza más valiosa: el flanco izquierdo de la infantería pompeyana.

Cuando empezó a cerrarse aquella pinza, los soldados de Pompeyo aguantaron todavía unos minutos, pero él no. Al ver que las cosas se ponían feas, hizo que su montura volviese grupas y se retiró a uña de caballo. Abandonados por su general, los restos de su ejército se dieron a la fuga también o se rindieron. Como señala F. E. Adcock, «En Dirraquio

César había sido el último soldado de su ejército que resultó derrotado; en Farsalia, Pompeyo fue el primero».^[53]

Cicerón, que había visitado el campamento pompeyano tiempo antes, pero no estuvo presente en la batalla, lo expresó de otra forma. Para él, la culpa de lo ocurrido era de la victoria de Dirraquio, que había hecho a Pompeyo confiarse demasiado.

Desde aquel día aquel varón insigne dejó de ser un general. Con un ejército de novatos reclutado a toda prisa se atrevió a combatir contra las legiones más poderosas de todas. Una vez derrotado, para su gran vergüenza abandonó el campamento y huyó solo. (Ad Fam., 7.3.2).

La victoria de César fue casi total. Entre aquel día y el siguiente, más de veinte mil soldados enemigos se rindieron ante él, que perdonó la vida a la mayoría. Entre aquellos que recibieron su clemencia se hallaba Marco Junio Bruto, hijo de su amante Servilia y uno de los principales protagonistas de los idus de marzo.

En el campo habían quedado tendidos quince mil pompeyanos, de los cuales seis mil eran ciudadanos romanos; uno de ellos, el viejo rival de César, Domicio Ahenobarbo. Mientras paseaban entre los cadáveres, César comentó: «¡Ellos lo han querido así! Si no hubiese pedido ayuda a mi ejército, me habrían condenado pese a las gestas que he llevado a cabo» (Plutarco, *César*, 42). En su propio ejército murieron únicamente doscientos hombres, treinta de ellos centuriones. Como siempre, hemos de recordar que la mayoría de las bajas no se producían mientras las formaciones cerradas chocaban de forma pareja, sino cuando una de ellas se desorganizaba y huía.

He dicho una victoria «casi total». La mayoría de los mandos importantes del ejército enemigo, entre ellos el mismo Pompeyo, habían huido. César se encontró ante un dilema: ¿debía regresar a Italia o perseguir a los fugitivos? Muchos de ellos, como Escipión, Labieno, Afranio o Catón —que no había estado presente en la batalla—, se dirigieron a la provincia de África para reorganizarse allí.

Cuando supo que Pompeyo había tomado un camino diferente, César decidió que aquella presa tenía prioridad. Aunque lo hubiera superado en el campo de batalla, un enemigo vencido no tenía por qué ser un enemigo hundido, como él mismo podía atestiguar tras haberse

sobrepuesto al fracaso de Dirraquio. Además, Pompeyo poseía una enorme red de clientes y aliados en Oriente con los que podría recomponer sus fuerzas.

César lo organizó todo rápidamente. Marco Antonio regresaría a Italia con las legiones más veteranas, y una vez en Roma se encargaría de velar por los intereses de Italia. A Domicio Calvino le entregó tres de las legiones pompeyanas y lo nombró gobernador de Asia.

En cuanto a él, tomó a su caballería y a apenas mil hombres de la Sexta, una legión que había formado en el año 52 en la Galia Cisalpina, y con esa reducida hueste emprendió la persecución de Pompeyo. Los hombres de la VI resultaban especialmente adecuados porque, sin ser bisoños, eran más jóvenes y tenían más energías que los de la Novena y la Décima.

Durante varias semanas, César se desplazó con su celeridad habitual: de día partía con sus jinetes hasta el final de la siguiente etapa y allí aguardaba la llegada de los legionarios de la Sexta. Mas, pese a su velocidad, César se sentía como Aquiles en la célebre aporía de Zenón, incapaz de alcanzar nunca a la tortuga por más que corría.

De Larisa fue a Anfípolis y desde ahí, olfateando la pista de Pompeyo como un sabueso, recorrió cuatrocientos kilómetros en ocho días para llegar al estrecho de los Dardanelos. Allí confiscó unos cuantos barcos, y mientras cruzaba el estrecho para pasar a Asia le salió al paso una flota pompeyana mandada por Lucio Casio. En lugar de rendirse ante sus naves, que eran muchas más, César exigió que se las entregara. El almirante enemigo le obedeció, cuando podría haber enviado su mísera flotilla al fondo del estrecho. Le habían llegado noticias de la batalla de Farsalia y, como tantos otros, se apresuraba a acudir en ayuda del vencedor.

Mientras bajaba por la costa oeste de Asia Menor, César fue recibiendo noticias de Pompeyo. Lo habían visto primero en Mitilene, donde había recogido a su esposa Cornelia, y después en Chipre. Eso hizo imaginar a César que se dirigía a Egipto. Allí reinaba el joven Ptolomeo XIII, cuyo difunto padre estaba en deuda con Pompeyo y con el propio César. Este pensó que si su rival se ganaba el favor de Ptolomeo, conseguiría ese dinero y también naves y otros suministros con los que podría reforzar el ejército que sus partidarios estaban reorganizando en

África.

A César le constaba que Pompeyo no llevaba apenas tropas dignas de tal nombre, pues quienes lo acompañaban eran sobre todo esclavos que había ido reclutando por el camino. Pero si se le daba tiempo, podía recabar el apoyo de los llamados «gabinianos».

Los gabinianos eran unos ocho mil legionarios que el legado Aulo Gabinio y Marco Antonio habían llevado a Egipto para reinstaurar a Ptolomeo XII en el trono; una misión que, dicho sea de paso, les había encargado Pompeyo sin autorización del senado. Aquellos hombres se habían quedado en Alejandría, convirtiéndose en una fuerza paramilitar que creaba más problemas de los que solucionaba. En el año 50, Bíbulo, que a la sazón gobernaba Siria y quería defender su provincia de la amenaza de los partos, envió a sus dos hijos a Egipto con la misión de llamar a filas a los gabinianos. Estos, acostumbrados a la buena vida que llevaban en Alejandría, se negaron y asesinaron a los hijos de Bíbulo.

Decidido a evitar que Pompeyo se rearmara de una forma o de otra, César tan solo esperó a que otra de sus legiones se reuniera con él, probablemente en Rodas. Allí embarcó a todos sus hombres en una pequeña flota de transportes y naves de guerra, y sin dudarlo un instante se dirigió hacia Egipto. Llevaba en total cuatro mil combatientes: tres mil doscientos legionarios y ochocientos jinetes, la mayoría germanos.

En cierto modo fue un error y en cierto modo quizá no. Sin que él lo supiera, Pompeyo ya había dejado de ser un peligro. Si en lugar de dirigirse a Egipto, César hubiera regresado a Italia y desde ahí hubiera cruzado a África para combatir a los optimates antes de darles tiempo a organizar un gran ejército, la guerra civil habría durado mucho tiempo.

Pero es posible que la historia del mundo hubiera sido menos interesante, y que la posteridad ni siquiera hubiese oído hablar de Cleopatra.

Alejandría junto a Egipto

A principios de octubre del año 48, César y su pequeña flota llegaron

a Alejandría. Lo primero que debieron divisar a lo lejos fue el Faro. Suele escribirse con mayúsculas, puesto que Faro era un topónimo, el nombre de la isla donde asentaba sus cimientos, *Pháros* en griego. Los romanos se referían a él como torre o luminaria, pero la palabra «faro» acabó convirtiéndose en un nombre común para referirse a ese tipo de edificio.

El Faro fue erigido durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo. (Los monarcas antiguos no utilizaban ordinales, pero como todos los de aquella dinastía se llamaban igual e incluso repetían epítetos como «Soter», «Filadelfo» o «Filópator», los historiadores actuales suelen recurrir a la numeración para evitar confusiones). Su construcción había requerido doce años de trabajos y una inversión de ochocientos talentos. El arquitecto, Sóstrato de Cnido, se sentía tan satisfecho de su obra que quería que la posteridad lo recordara por ella. En aquella época, el nombre que solía figurar en este tipo de construcciones era el de quien las encargaba y consagraba; en este caso, el rey de Egipto. A Sóstrato se le ocurrió la astucia de escribir la dedicatoria oficial de Ptolomeo en una placa de yeso. Cuando esta se desgastó y cayó con el tiempo, apareció debajo el nombre del propio Sóstrato, grabado de forma indeleble en la piedra.

Es comprensible que Sóstrato se sintiera orgulloso, ya que el Faro era considerado una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. Aquella enorme torre se erguía sobre un islote unido al extremo este de la isla de Faros por una rampa.^[54] Su base era un gran zócalo de cien metros de lado, decorado con columnas, arcos y estatuas. Sobre él se alzaba la gran torre, diseñada en tres niveles: el primero era de planta cuadrada, el segundo octogonal y el último una torre cilíndrica rematada por una estatua de Zeus que se alzaba a más de ciento veinte metros de altura sobre las aguas del puerto.

La razón para construir el Faro fue que aquella costa era extremadamente plana y carecía de puntos de referencia elevados; algo imprescindible para los marinos en una época en que se podía medir la latitud, pero no la longitud. Alejandría estaba situada en el extremo oeste del Delta del Nilo, cerca de la llamada boca Canópica del Nilo. Todo el Delta en sí era tierra de aluvión, un «don del Nilo» como lo llamaron Hecateo y Heródoto: las arenas y fangos que arrastraba el gran río iban apilando y creando un nuevo terreno sumamente fértil que se adentraba año tras año en el Mediterráneo. Al no ser resultado de una verdadera orogenia, aquella tierra oscura apenas se levantaba sobre el nivel del mar.

La costa al este de Alejandría también era muy lisa y apenas ofrecía refugio para los barcos. La propia Alejandría era la excepción: la isla de Faros, alargada y paralela al litoral, ofrecía un abrigo contra los vientos y las olas. Por eso Alejandro Magno había decidido levantar allí una ciudad, que empezó a construirse en el año 331. Gracias a su localización estratégica y a la gran inversión que puso en ella el rey macedonio, Alejandría no tardó en prosperar. Pero para que fuese más seguro arribar a sus dos puertos, que estaban rodeados por escollos, se necesitaba algún punto de referencia, y el Faro fue la solución. De día su silueta blanca bastaba para verlo a lo lejos. De noche, se encendía la luminaria, que podía divisarse a cincuenta kilómetros. Como el Faro, que sobrevivió en parte hasta la Edad Media, acabó totalmente destruido, no sabemos cómo era por dentro. Algunos autores cuentan que en el primer nivel había rampas por las que subían acémilas cargadas de combustible para la hoguera. Se ha discutido bastante acerca de la naturaleza de aquel combustible —leña, carbón vegetal, aceite, incluso petróleo crudo—, pero considerando la prolongada historia del Faro es muy posible que se utilizaran varias materias distintas a lo largo del tiempo.

Una vez sobrepasado el Faro, los barcos de César entraron en el Puerto Grande, situado en la parte oriental de la ciudad. Mirando a su derecha los romanos podían ver a cierta distancia el Heptastadion, un gran puente llamado así porque medía siete estadios, unos mil doscientos metros. El Heptastadion unía la ciudad con la isla del Faro y al mismo tiempo servía de separación entre el Puerto Grande y el que se abría en la parte oeste, el de Eunosto o «Buen regreso». No obstante, los barcos podían pasar de uno a otro por los arcos que sustentaban el Heptastadion.

Entre los muelles de Eunosto y el Puerto Grande podían atracar más de mil doscientas naves. Pero Alejandría recibía tanto tráfico que a menudo había barcos atados a boyas en el centro de cada uno de los dos puertos, esperando a que les tocara el turno de amarrar y descargar su mercancía. No era para menos, puesto que la ciudad servía de puente entre el Mediterráneo y el Nilo. Gracias a que desde este partía un canal hacia el mar Rojo, también era una puerta hacia el océano Índico y la fabulosa ruta de la India; puerta que los soberanos de Alejandría tenían abierta desde finales del siglo II gracias a los viajes del audaz marino Eudoxo de Cízico.

Alejandría tenía más de medio millón de habitantes, y fue la mayor ciudad del Mediterráneo hasta que Roma empezó a disputarle aquel

puesto. Al contrario que Roma, que había crecido de forma caótica siguiendo el relieve de las siete colinas, Alejandría había sido diseñada sobre el plano, partiendo de cero y sobre un terreno extremadamente liso. Por eso su arquitecto, Dinócrates de Rodas, había dispuesto que sus calles se cruzaran en ángulos rectos, formando manzanas cuadradas o rectangulares y amplias avenidas.

La ciudad estaba dividida en barrios denominados con las primeras letras del alfabeto. El Alfa, situado al nordeste, junto al mar, era el distrito palaciego. El Beta era también un distrito adinerado, donde se levantaban el Ágora, el Sema o tumba de Alejandro y la mayor atracción de Alejandría —aparte del Faro—: el Museo y su principal dependencia, la Biblioteca. En el distrito Delta, situado hacia el este, vivía una numerosa colonia judía, y en el Gamma, al oeste, habitaban los metecos, residentes legales que no poseían la ciudadanía alejandrina. Había, por último, un barrio que conservaba el nombre antiguo de la ciudad, Racotis, poblado por egipcios que tampoco eran legalmente alejandrinos.

Pues Alejandría, aunque se hubiera contagiado de elementos egipcios, era básicamente una ciudad griega. Su nombre completo resultaba muy revelador: *Alexándreia parà Aigýptou*, «Alejandría junto a Egipto», no «Alejandría en Egipto». La dinastía que gobernaba la ciudad y que reinaba en el país era de origen macedónico y descendía de Ptolomeo I Soter, «el Salvador», uno de los generales que a la muerte de Alejandro se había repartido los restos del imperio. Como el padre de Ptolomeo se llamaba Lago, la dinastía era conocida también como «Lágida». No obstante, algunos comentaban que en realidad Ptolomeo era hijo bastardo de Filipo y, por tanto, hermanastro de Alejandro; un rumor que a sus descendientes no les molestaba en absoluto.

En los principios de la ciudad los elementos griegos y macedonios de su población estaban claramente diferenciados. Pero con el tiempo, lejos de sus respectivas patrias, se habían ido fundiendo. Desde el punto de vista de egipcios, judíos y otros pueblos, los macedonios y los griegos de Alejandría eran todos griegos sin distinción, del mismo modo que tampoco hacían grandes diferencias entre romanos e itálicos.

Cuando César llegó a Alejandría, sus barcos se dirigieron al sector palaciego y atracaron allí. Ya que venía a Egipto en pos de Pompeyo, estaba dispuesto a cobrar el dinero que le debía el joven rey Ptolomeo XIII. El padre de este, conocido como Auletes o «Flautista» por su afición a tocar

la flauta en los banquetes, había sido depuesto por sus propios súbditos en el año 59. No era la primera vez que ocurría algo así: la plebe de Alejandría era mucho más levantisca que la de Roma y cuando no estaba contenta por algún motivo tenía cierta tendencia a asaltar los palacios reales.

Exiliado por sus propios súbditos, Auletes se dirigió a Roma, donde sobornó a diestro y siniestro para conseguir que los poderosos romanos lo repusieran en el trono. En particular, pagó mucho dinero a Pompeyo y Craso, y también a César, que a la sazón era el cónsul: nada menos que seis mil talentos.

En realidad, Auletes no disponía de tanto dinero, de modo que se vio obligado a pedirselo prestado a una *societas*, un consorcio financiero presidido por un personaje llamado Cayo Rabirio. Para que Rabirio pudiera cobrarse la deuda, Auletes se lo llevó a Alejandría y lo nombró administrador de finanzas, un honor inusitado para un extranjero. Rabirio consiguió poner al día los impuestos atrasados, pero en lugar de pagarle lo que debía, el rey Auletes lo expulsó de Egipto. César había adquirido una parte de la deuda de Rabirio, y la suprema ironía era que ahora regresaba a Alejandría para cobrar un dinero que se le debía porque el padre del rey lo había pedido prestado para sobornar... ¡al propio César!

Cuando intentó entrevistarse con el rey, César descubrió que no se encontraba en Alejandría por culpa de una guerra dinástica. En su testamento, Auletes no había designado único heredero a su hijo Ptolomeo, sino también a su hija mayor Cleopatra,^[55] que de hecho ya había sido corregente con su padre durante unos años. Para que sus últimas voluntades se cumplieran, Auletes había nombrado albacea al pueblo romano.

En teoría, Cleopatra y Ptolomeo no eran solo hermanos, sino también esposa y esposo, una costumbre que se había iniciado a mediados del siglo III con Ptolomeo Filadelfo, «el que ama a su hermana». Cuando César llegó a Alejandría, Ptolomeo XIII tenía trece años y Cleopatra veintiuno. El matrimonio, por el momento, no se había consumado, y no parecía que fuera a consumarse nunca, ya que ambos hermanos se aborrecían.

Según fue averiguando César, Cleopatra había reinado prácticamente sola desde el año 51 aprovechando que su hermano era

todavía un niño; así lo demuestran muchos decretos de aquella época que aparecen firmados únicamente con el nombre de ella. Pero dar de lado al jovencísimo Ptolomeo fue un error, pues a su alrededor se formó una camarilla de intrigantes que conspiraban contra Cleopatra. En ella destacaban tres personajes: el maestro de retórica Teódoto, el general Aquilas y, sobre todo, el eunuco Potino, que no tardó en convertirse en *dioikétes*, un cargo que equivalía a visir o a primer ministro.

Cuando César llegó a Alejandría, el país acababa de sufrir varias sequías seguidas. A decir verdad, en Egipto apenas caía una gota de agua, y habría formado parte del desierto del Sahara sin más de no ser por el Nilo. Este río, merced a las lluvias torrenciales que caían en las tierras altas de Etiopía durante el monzón, experimentaba a principios del verano una gran crecida que inundaba y regaba las tierras egipcias. Además depositaba en ellas limo, una fértil arenilla de origen volcánico que arrastraba desde sus fuentes etíopes. La inundación, que se producía paradójicamente cuando los demás ríos del Mediterráneo se secaban, era vital para la subsistencia de los egipcios. Por eso el río estaba lleno de nilómetros, medidores del nivel de las aguas que indicaban cómo venía la crecida y servían para prever las cosechas y los tributos que debían cobrarse.

La inundación del año 50, por segunda vez, había sido tan escasa que las cosechas prácticamente se habían perdido. Ese año, Ptolomeo firmó por primera vez un decreto conjunto con su hermana, una ley que establecía que todos los excedentes de grano y legumbres debían enviarse a Alejandría. Era la forma de evitar revueltas en la ciudad. A cambio, el resto de Egipto empezó a pasar hambre, porque el término «excedentes» era bastante optimista, y se produjeron disturbios por todo el país.

La sequía hizo que la popularidad de Cleopatra se resintiera, y diversos problemas relacionados con la presencia de los gabinianos y el envío de barcos y alimentos al bando pompeyano en la guerra civil la deterioraron todavía más. Gracias a eso, Ptolomeo y su camarilla consiguieron imponerse sobre la joven reina, cuyo nombre desapareció de los decretos en el verano del 49.

Poco después, Cleopatra tuvo que exiliarse de Alejandría y huyó a Siria. Pero, como tantas mujeres de su dinastía, no se resignaba fácilmente a perder en el juego del poder, y enseguida reclutó un ejército formado por sirios y mercenarios judíos. En octubre del 48, por lo que

César averiguó, dicho ejército se encontraba en la frontera oriental de Egipto, en la costa norte del Sinaí. Para detener la invasión, su hermano Ptolomeo XIII había salido a su encuentro con sus propias tropas y se encontraba acampado en la ciudad de Pelusio.

Eso explicaba que César hubiera encontrado el palacio prácticamente vacío. Pero pocos días después se presentaron ante él el eunuco Potino y el rétor Teódoto. Traían un regalo de buena voluntad de parte de Ptolomeo XIII para el cónsul de Roma, explicaron. Cuando César abrió la vasija que contenía aquel obsequio, descubrió con horror que se trataba de una cabeza humana.

Era la de Pompeyo.

Unos días antes, el 28 de septiembre, la pequeña flotilla de Pompeyo había arribado a Pelusio. Allí ancló a cierta distancia de la orilla, pues en aquella costa tan lisa las aguas eran poco profundas y las naves se embarrancaban con facilidad. Tenían a la vista el campamento de Ptolomeo, acuartelado en la frontera para impedir la invasión del ejército de su hermana. Pompeyo envió un bote con una carta, recordando al joven rey la amistad que le unía con su padre y pidiéndole audiencia.

Cuando supieron que Pompeyo el Grande estaba tan cerca, el rey y sus tres principales consejeros se reunieron para deliberar. Las noticias de la victoria de César en Farsalia ya habían llegado a Egipto. ¿Qué debían hacer? Si ayudaban a Pompeyo y este se recuperaba de su derrota, conociendo cómo había actuado en el resto de Oriente era de suponer que intentaría conquistar Egipto y quitarles a ellos el poder. Y si Pompeyo perdía de nuevo en la guerra contra César, sería este quien querría vengarse de todos aquellos que le hubieran prestado auxilio.

La mejor opción parecía congraciarse con César, el vencedor, librándolo de su mayor enemigo. Pompeyo quedó condenado con una frase lapidaria del retórico Teódoto: «Los hombres muertos no muerden». Ptolomeo hizo enviar una barcaza para recoger a Pompeyo. En ella viajaban el general Aquilas y dos oficiales gabinianos que habían servido en la campaña de Oriente, llamados Septimio y Salvio.

Desde la barcaza, Septimio saludó a Pompeyo como *imperator* para ganarse su confianza. Luego le explicó que si quería ver al rey debía subir a bordo de esa pequeña embarcación, ya que en la orilla apenas había

fondo para un trirreme. Pompeyo, aunque no estaba demasiado convencido, decidió seguir las instrucciones. Cuando su esposa Cornelia le pidió que no fuera con aquellos hombres, él respondió citando los versos de una tragedia perdida de Sófocles: «Cuando un hombre se acoge a la protección de un tirano, en esclavo se convierte aunque como hombre libre haya llegado» (Plutarco, *Pompeyo*, 78).

Apenas se habían alejado unos metros del trirreme cuando Aquilas y Septimio mataron a Pompeyo con sus espadas. El asesinato lo contemplaron los soldados del rey Ptolomeo, que formaban en la playa, y también su esposa Cornelia y su hijo Sexto desde la cubierta del barco. Para no sufrir el mismo destino que Pompeyo, decidieron alejarse de la costa con toda la flotilla.

Al día siguiente, Pompeyo habría cumplido cincuenta y nueve años. Aquilas hizo que le cortaran la cabeza, lo único que le interesaba junto con el sello que llevaba su nombre. El cuerpo lo abandonaron en la playa, desnudo. Su liberto Filipo, que lo había acompañado en la barcaza, utilizó las tablas semipodridas de un bote abandonado para improvisar una pira funeraria y después guardó las cenizas en una urna. Con el tiempo, merced a César, las cenizas le llegaron a su viuda Cornelia, que las enterró en su villa de los montes Albanos.

De esta manera tan indigna acabó quien había sido durante un tiempo el hombre más poderoso de Roma y de todo el Mediterráneo. Había empezado su carrera siendo vanidoso y cruel, y aunque su temperamento se suavizó con la edad no perdió nunca la vanidad, un defecto que lo hacía demasiado fácil de manipular. En el campo de batalla no era un general tan brillante como su enemigo Sertorio o como el hombre que acabó eclipsándolo, César; pero había aprendido a conocer sus limitaciones y poseía un gran talento como organizador. De no haber sentido tal complejo ante los optimates cuya amistad tanto ansiaba, quizá no les habría hecho caso, no habría librado aquella batalla que no quería luchar y la historia de Roma y del mundo habrían cambiado.

Cleopatra y la guerra alejandrina

Al contemplar el macabro presente que le entregaba Teódoto, César

apartó la cabeza. También le entregaron el anillo de Pompeyo, cuyo sello representaba a un león agarrando una espada entre sus zarpas. Según se cuenta, César lloró al verlo. No tenía por qué ser un gesto teatral: la relación personal entre ambos nunca había sido mala y los antiguos no consideraban que hubiera que reprimir ciertas efusiones. Políticamente, no está claro que a César le conviniera la muerte de Pompeyo. Con él tal vez habría podido llegar a un arreglo amistoso, recurriendo a una mezcla de clemencia y generosidad para dejar en un lugar airoso a su antiguo socio. Pero ahora que Pompeyo estaba muerto, iba a resultar imposible firmar la paz con el resto de los optimates, al menos con los más recalcitrantes como Catón, Escipión o el reciente fichaje Labieno. César tendría que derrotarlos por completo, lo que significaba que la guerra civil no había terminado.

¿Por qué no se fue directamente para proseguir la lucha antes de que sus enemigos reorganizaran fuerzas? En *La guerra civil* echa la culpa a los vientos etesios, que en aquella época del año soplaban sobre todo del norte y no le permitían abandonar Egipto. A pesar de todo, no tuvo problemas para enviar mensajeros y pedir que le trajeran provisiones y más tropas de Asia, así que lo del viento suena a excusa.

Al principio, la razón básica de su estancia debió de ser económica. Si el gasto de la guerra civil había sido inmenso hasta ese momento, su victoria lo había acrecentado, pues ahora era él quien tenía que pagar a las legiones pompeyanas que se le habían rendido. Por eso, aprovechando que tenía delante al ministro Potino, César le dijo que quería cobrar parte de la deuda que Egipto tenía con él, y exigió cuarenta millones de sestercios. Con aquello, al menos, podría pagar los sueldos anuales de diez legiones.

Si quería cobrar ese dinero, César necesitaba que hubiera paz en Egipto. Por eso anunció que, como cónsul de Roma y albacea del testamento de Auletes, iba a terciar en la disputa entre Ptolomeo y Cleopatra. Con la arrogancia que solo podía mostrar un romano, ordenó que ambos hermanos disolvieran sus ejércitos y los convocó a una reunión en palacio.

Sin esperar a recibir una autorización que como cónsul de Roma no creía necesitar, César instaló a sus legionarios en el sector palaciego y estableció un campamento para la caballería en una zona de pastos a orillas del lago Mareotis, que bañaba la ciudad por su parte sur. Mientras recorría la ciudad, pudo comprobar que sus habitantes eran gente de

armas tomar. Al ver que César marchaba por las calles con sus lictores, los alejandrinos se tomaron aquello como una ofensa a la dignidad de su rey y empezaron a insultarlo. Los abucheos pronto se convirtieron en pedradas y disturbios, y varios soldados que paseaban o patrullaban dispersos por la ciudad fueron asesinados.

Obedeciendo la convocatoria de César, Ptolomeo no tardó en llegar; pero, en lugar de licenciar a sus tropas, las dejó en Pelusio con Aquilas. Lo acompañaban su hermana Arsínoe, que era más joven que Cleopatra, y otro hermano pequeño que, cómo no, también se llamaba Ptolomeo.

Todavía faltaba por comparecer Cleopatra. Pero poco después en el palacio que ocupaban César y sus oficiales se presentó un visitante misterioso, un siciliano llamado Apolodoro. Llevaba al hombro un *stratomatódemon*, una gran bolsa de cuero de las que se usaban para llevar la ropa a la lavandería. (En el Egipto helenístico, curiosamente, quienes se dedicaban a lavar la ropa para otras personas solían ser varones). Cuando desató los cierres de la bolsa ante César, *voilà!*, apareció Cleopatra.

El autor que transmite esta historia es Plutarco, en su biografía de César. Por alguna razón, la tradición popular convirtió aquel saco de cuero en una alfombra, y con el tiempo salió de ella Elizabeth Taylor en una inolvidable escena. Algunos autores incluso ponen en duda todo el relato por ser demasiado novelesco, ya que no parece propio de la dignidad de una reina que Cleopatra se infiltrara así en su propio palacio. Lo cierto es que para llegar hasta Alejandría la joven tenía que burlar la vigilancia de las tropas de su hermano por tierra o por mar. Eso únicamente se podía hacer de incógnito, y según Plutarco lo consiguió viajando con Apolodoro en un pequeño esquife. Mi opinión personal es que se trata de una historia perfectamente verosímil.

Como casi todo el mundo sabe, César y Cleopatra se convirtieron en amantes. Si no fue esa primera noche, fue pocos días más tarde, pero ocurrió. A partir de ese momento César, que debía ejercer de árbitro en la disputa dinástica entre ambos hermanos, fue cualquier cosa menos objetivo y favoreció en todas sus decisiones a Cleopatra. ¿Qué había visto en ella?

Hablemos primero de su aspecto físico, del que se ha escrito mucho. En general, los textos hablan de su gran belleza. Por ejemplo, Dión Casio

la llama *perikallestáte*, «hermosísima» (42.34). Plutarco, más moderado, afirma que la belleza de Cleopatra no era incomparable ni dejaba atónitos a quienes la contemplaban, pero que no obstante poseía un gran encanto (*Antonio*, 27).

Cierto es que los retratos de Cleopatra al estilo griego no la muestran demasiado guapa, y algunos hacen pensar directamente en un loro. Pero hay que tener en cuenta que esas efigies no pretendían embellecer su imagen, sino mostrarla como una gobernante enérgica, casi como un hombre. Las monedas, en particular, la representaban con una nariz aguileña y un mentón tan prominente que llamaría la atención incluso en un hombre. Pero si se compara su perfil con el de muchas monedas acuñadas por otros Ptolomeos, se observan semejanzas que hacen pensar que se trataba de una imagen casi estándar. Para gobernar en un mundo de varones, Cleopatra tenía que irradiar una imagen en cierto modo masculina. Al fin y al cabo, una de las pocas mujeres que había reinado en el Egipto de los faraones, Hatshepsut, se hacía representar con barba.

En las imágenes de estilo egipcio Cleopatra muestra otra imagen menos dura y más serena, propia de una diosa benévola. Pero tampoco sirven para hacernos una idea de cómo era ella, porque a su manera estos retratos eran tan convencionales como los griegos. La conclusión de todo esto es que no podemos saber realmente qué aspecto tenía. No obstante, es lógico suponer que se trataba de una mujer muy atractiva.

Sobre todo, como señala también Plutarco, conversar con ella era un placer, y sus interlocutores podían caer fácilmente en la red de su encanto. Era sumamente inteligente y culta, entendida en ciencias como las matemáticas, la astronomía y la medicina, que había estudiado con los eruditos que enseñaban en la Biblioteca. También dominaba un buen número de idiomas. Entre ellos el egipcio, algo que suena a perogrullesco pero no lo es: sus antecesoras, los demás Ptolomeos, usaban solo el griego y dejaban que los escribas e intérpretes tradujeran sus decretos al egipcio. Precisamente uno de esos decretos con su versión griega, jeroglífica y demótica sirvió para que Champollion empezara a descifrar los secretos de la lengua de los faraones.

En cuanto a lo que pudo ver Cleopatra en César, es cierto que existía una gran diferencia de edad, pero eso no supone un gran obstáculo: a muchas mujeres les gustan hombres que les sacan bastantes años (ya

sabemos que lo contrario también ocurre, pero con menos frecuencia). Además, César era un hombre carismático y muy atractivo, como podrían certificar sus numerosas amantes, y con la vida de marcha y campamento que llevaba se mantenía en forma, sin nada remotamente parecido a una barriga cervecera. A cambio, cierto es, le clareaba mucho el cabello y seguramente tenía el rostro envejecido por el sol y el viento.

Ambos eran inteligentes, cultos, poderosos y podían mantener interesantes conversaciones en griego. ¿Qué más podían pedir?

Solo una cosa: que Ptolomeo y sus consejeros áulicos no se empeñaran en acabar con ellos. Cuando el eunuco Potino vio que César y Cleopatra se entendían, temió por su supervivencia y envió en secreto un mensaje a Aquilas para que trajese el ejército de Pelusio.

Mientras las tropas, unos veinte mil hombres entre gabinianos, egipcios y mercenarios diversos, avanzaban hacia Alejandría, el joven Ptolomeo se dedicó a incitar a la multitud contra los romanos, y en medio de una iracunda soflama pronunciada en el Ágora arrojó su diadema real al suelo. Cuando una turba de alejandrinos intentó asaltar el palacio, César tuvo que convocar una asamblea. Ante ella leyó el testamento de Auletes para explicar que la voluntad del difunto rey era que ambos hermanos reinaran juntos. Después, para contentar a esa multitud, César declaró por su cuenta y riesgo que a partir de ese momento la isla de Chipre dejaba de ser provincia romana y volvía a ser propiedad de Egipto. En ella, añadió, reinarían Arsínoe y el menor de los hermanos Ptolomeos.

Cuando le llegaron noticias de que el ejército de Aquilas venía contra él, César le envió a Dioscórides y Serapión, dos personajes que habían sido embajadores en Roma. Aquilas los hizo ejecutar a ambos y prosiguió su camino. A partir de ese momento, César, en sus propias palabras, «procuró tener al rey en su poder, pensando que su nombre poseía mucha autoridad entre sus súbditos, y para que pareciera que aquella guerra no obedecía a una decisión regia, sino a un plan privado de un puñado de mercenarios» (*BC*, 3.109).

Porque de una guerra se trató. Aquilas no tardó en tomar el control de Alejandría, salvo las zonas ocupadas por las tropas de César. Cuando el general intentó asaltar el palacio, las cohortes romanas lo repelieron. César comprendió enseguida que con tan pocos hombres le iba a ser imposible dominar la ciudad entera, máxime cuando tenía en contra a la

población civil. Pero le era imprescindible hacerse con el puerto si no quería quedarse completamente sitiado en el distrito palaciego. Allí había más de setenta naves de guerra que podían bloquear el paso a las suyas cuando llegaran con los refuerzos que había pedido. Como tampoco tenía gente suficiente para dotarlas si se apoderaba de ellas, César decidió tomar una medida más drástica y ordenó a sus soldados que les prendieran fuego a todas.

En medio de una furiosa batalla, sus hombres cumplieron sus órdenes. Pero el incendio se escapó de su control y las llamas se propagaron a los almacenes contiguos al puerto. Uno de estos pertenecía a la Biblioteca y contenía miles de volúmenes que ardieron como yesca. La historia fue engrosando con el tiempo y se llegó a decir que César había destruido la gran Biblioteca. La prueba más evidente de que no era cierto es que la Biblioteca siguió funcionando varios siglos. En cualquier caso, había entrado en decadencia desde el año 145, cuando el rey Ptolomeo Fiscón «el Panzudo» expulsó por venganza política a buena parte de los eruditos y científicos que trabajaban en ella.

Puesto que sus hombres controlaban ya la entrada oriental del Puerto Grande, César decidió tomar también la occidental, donde se alzaba el Faro. De ese modo dominaba los dos extremos de la bocana y podía decidir quién entraba o salía de allí, aunque no tenía suficientes hombres para dominar también el puerto de Eunosto. Al hablar de esta operación y de la isla de Faros, César explica algo muy curioso sobre ella: cuando algún barco se desviaba y acababa embarrancando en su costa, bien fuera por una tormenta o por un error del piloto al entrar en los tres canales de la bocana, los habitantes de Faros lo saqueaban como si fueran piratas.

En aquellos días Arsínoe, la hermana menor de Cleopatra, escapó del palacio y se unió al ejército de Aquilas. La princesa, que no podía tener más de veinte años, estaba tan acostumbrada a la intriga y al poder como todos los miembros de su dinastía. Por la razón que fuere, no tardó en cansarse del general Aquilas, así que lo hizo asesinar y lo sustituyó por el eunuco Gánimedes, que había sido su tutor.

César, entretanto, descubrió que el otro eunuco de la corte, Potino, mantenía contactos con el ejército egipcio y le mandaba información, por lo que ordenó que lo ejecutaran. En este punto del relato, acaba *La guerra civil* de César. Para el resto de este conflicto, la fuente principal es una obra de carácter similar titulada *La guerra alejandrina*. Se cree que la

escribió Aulo Hircio, el mismo autor que completó *La guerra de las Galias* con un octavo libro.

Para protegerse de los ataques de los alejandrinos, César hizo fortificar la zona del palacio real donde se alojaban sus hombres y la unió con el teatro adyacente mediante un terraplén y otras obras defensivas en las que se abrían salidas al puerto y a los muelles regios. También se hizo con el control de un amplio pasillo de norte a sur de la ciudad con el fin de tener acceso al campamento situado a orillas del lago Mareotis, donde tenía a la caballería germana.

Para hacer todo esto, es indudable que César tuvo que derribar muchos edificios, en parte por abrir espacios despejados y evitar que los enemigos los utilizaran como escondrijos, y en parte por reutilizar sus vigas y sillares. Ver cómo un invasor extranjero destrozaba su ciudad enfureció todavía más a los habitantes de Alejandría, que se dedicaron a construir armas y máquinas de guerra, mientras que muchos ciudadanos pudientes equiparon y pagaron a sus esclavos como soldados.

Los alejandrinos, a los que el autor de *La guerra alejandrina* describe como inteligentísimos, ingeniosos y productivos, no tardaron en levantar sus propias fortificaciones. Estas constaban de muros triples de más de doce metros de altura levantados con grandes sillares y enormes torres de hasta diez pisos desde las que disparaban constantes andanadas de proyectiles contra los hombres de César. Esta guerra urbana en la que ambos enemigos se hallaban en el interior de la misma ciudad fue algo que los romanos no habían visto nunca antes y que exprimió su ingenio militar al máximo.

Lo que se estaba librando allí no era tan solo una lucha dinástica entre Cleopatra, a la que obviamente favorecía César, y sus hermanos Arsínoe y Ptolomeo (que seguía como rehén de los romanos). Los alejandrinos comprendían que estaba en juego su independencia. En sus asambleas y consejos decían:

El pueblo romano ha tomado la costumbre de ocupar poco a poco este reino. Hace pocos años, Aulo Gabinio estuvo en Egipto con su ejército, y aquí se refugió también en su huida Pompeyo. César ha venido con sus tropas, y ni la muerte de Pompeyo ha conseguido que se vaya. Si no conseguimos expulsarlo, el reino de Egipto se convertirá en una provincia romana. (B. Al., 3).

Esto, escrito por el autor de *La guerra alejandrina*. No se puede decir que los romanos no comprendieran las razones de los pueblos a los que sometían, como cuando César afirmó hablando de los galos que «por naturaleza todos los hombres se esfuerzan por la libertad y aborrecen ser esclavos». Sin embargo, los romanos parecían ver las relaciones entre pueblos como un juego de suma cero: o conquistabas a otros o eras conquistado por ellos.

Arsínoe y Ganímedes demostraron su inteligencia atacando a los romanos en el punto más vital, el suministro de agua. Una ciudad tan grande, con más de medio millón de habitantes, necesitaba un enorme caudal de agua potable. Allí no llovía apenas ni había montañas cercanas con manantiales ni torrentes, de modo que los alejandrinos tenían que sacar el agua de la boca Canópica del Nilo. No obstante, esta se hallaba a veinte kilómetros, por lo que los constructores de la ciudad habían excavado un largo canal que la unía con el río. Cuando dicho canal llegaba a Alejandría, se dividía en una complicada red de conductos que desembocaban en centenares de cisternas subterráneas repartidas por toda la ciudad,^[56] muchas de ellas excavadas en mansiones privadas. El agua que venía del río, lógicamente, arrastraba muchas impurezas, pero estas se sedimentaban poco a poco en el fondo y el líquido que quedaba decantado arriba se podía beber.

Los alejandrinos controlaban la parte de la ciudad por donde corría el gran canal. Lo primero que hizo Ganímedes fue cortar el suministro de agua potable al sector ocupado por los romanos, y después bombeó en sus conductos agua de mar utilizando grandes ruedas hidráulicas. Al principio los hombres de César empezaron a notar que el agua sabía ligeramente salobre, y poco después que se había vuelto del todo imbebible.

Aquello desató el pánico. Una cosa era andar cortos de provisiones, algo a lo que ya estaban acostumbrados, y otra bien distinta quedarse sin agua. Considerando el esfuerzo al que estaban sometidos, no aguantarían así más de un par de días, de modo que empezaron a pedir a César que los sacara cuanto antes de Alejandría.

César les dijo que la evacuación era impensable. Los enemigos controlaban todos sus movimientos, y si intentaban embarcar en masa —un momento en que las tropas eran muy vulnerables—, caerían sobre ellos al instante. Por otra parte, les explicó que si cavaban hondo no tardarían en dar con la capa freática que hay siempre en las zonas

costeras. Su pronóstico acertó: esa misma noche los soldados se dedicaron a abrir pozos y en pocas horas encontraron agua potable.

Al día siguiente la situación de los asediados mejoró cuando llegó una flota que traía provisiones, máquinas de guerra y, sobre todo, a la Trigésima Séptima legión, formada por pompeyanos que se habían rendido a César. Los vientos adversos arrastraron al convoy al oeste de la ciudad, y César fue en persona a buscarlo con sus naves de guerra. En ellas llevaba tan solo marinos y no soldados, pues no se atrevía a desguarnecer las defensas. Al saberlo, los egipcios le atacaron cuando regresaba a Alejandría, pero en el combate subsiguiente los romanos lograron hundir una nave enemiga y capturar otra.

Aquella derrota escoció mucho a los alejandrinos, que se jactaban de ser grandes marineros. Siguiendo las órdenes de Ganimedes, organizaron una nueva flota en pocos días. Para ello hicieron venir a las lanchas de vigilancia aduanera que patrullaban el Nilo y repararon algunas naves que se pudrían en los astilleros. Como apenas tenían remos, arrancaron las vigas que sostenían los tejados de los pórticos, los gimnasios y otros edificios públicos. Por culpa de ambos bandos, aquella guerra estaba dejando Alejandría como una ciudad bombardeada.

César, que ya dominaba la parte oeste de Faros y la base de la gran luminaria, pensó que era imprescindible apoderarse de toda la isla y también del largo puente que la unía a la ciudad, el Heptastadion. Si lo conseguía, podría controlar también los accesos al puerto de Eunosto, que estaba en manos de los alejandrinos.

La operación fue larga y complicada. Antes de asaltar la isla, los barcos de César tuvieron que librar una batalla contra la nueva flota alejandrina. Aquel combate se ganó gracias sobre todo a la pericia de Eufranor, un marino rodio que había venido con los hombres de César y que «por su valor y su grandeza de ánimo se parecía más a nosotros que a los griegos» (*B. Al.*, 15) un comentario chauvinista muy propio de un romano.

Tras aquella naumaquia, César lanzó un ataque anfibio contra Faros. Después de una durísima batalla, sus hombres lograron expulsar a todos sus habitantes, salvo aquellos que murieron o cayeron en su poder, nada menos que seis mil prisioneros. Luego, los romanos demolieron los edificios.

César ya tenía en su poder la isla y la parte norte del Heptastadion, que fortificó con una empalizada. También ordenó a sus hombres bloquear con piedras los arcos que sustentaban el gran puente y que servían como canal para pasar del puerto oriental al occidental. Sin embargo, todavía le faltaba controlar la parte sur, por donde el Heptastadion se unía a la ciudad.

Al día siguiente lanzó una ofensiva anfibia contra esa zona: mientras tres cohortes cargaban a pie por el Heptastadion, desde el Puerto Grande la artillería de las naves de César batía las posiciones enemigas. A pesar de todo, al otro lado del puente, en el puerto de Eunosto, los barcos egipcios usaban asimismo sus máquinas, y los defensores alejandrinos también disparaban desde los edificios cercanos.

En cierto momento, los marinos y remeros de las naves de guerra de César desembarcaron en el Heptastadion para sumarse a la refriega. Cruzaron el puente a lo ancho (se ignora cuánto medía de lado a lado, pero seguramente era bastante espacioso) y empezaron a disparar piedras y bolas de plomo para alejar a las embarcaciones que había al otro lado. Al principio lo consiguieron, pero las tripulaciones de algunas naves egipcias siguieron su ejemplo, se plantaron en el Heptastadion más al norte, hacia la mitad del puente (la batalla se estaba librando en el extremo sur), y cargaron contra sus enemigos por su flanco derecho.

Los tripulantes de los barcos de César no eran legionarios, no estaban organizados y tampoco llevaban armas defensivas, de modo que no tardaron en correr de regreso a sus naves. Al ver cómo huían en tropel, más alejandrinos desembarcaron en el lado oeste del Heptastadion para perseguirlos.

Aquellos que se habían quedado en las naves romanas junto al Heptastadion, temiendo que el enemigo las abordara, empezaron a retirar las pasarelas de embarque y a bogar para alejarse. A algunos de los marinos y remeros que huían les dio tiempo a subir, pero otros tuvieron que saltar al agua para llegar a nado a sus propios barcos.

Cuando los legionarios de las tres cohortes que intentaban conquistar el extremo sur del puente oyeron los gritos, miraron hacia atrás y vieron cómo sus compañeros huían y saltaban al agua en medio de un caos total, mientras que cientos o tal vez miles de enemigos se habían apoderado del centro del puente. Entretanto, no dejaban de recibir

impactos desde el puerto oeste y los edificios vecinos. Temiendo verse rodeados, dejaron la barricada que estaban levantando y corrieron a toda velocidad hacia sus barcos. Algunos de ellos consiguieron embarcar a tiempo, otros tuvieron que nadar con los escudos sobre sus cabezas^[57] y muchos otros cayeron abatidos por los enemigos. Hubo varios barcos que zozobraron por el peso de tanta gente.

Eso ocurrió precisamente con la nave desde cuya cubierta César dirigía la batalla. Al darse cuenta de que estaba a punto de volcar o de hundirse, saltó al agua y nadó hacia otro barco que se hallaba a unos doscientos metros. Por si fuera poco esfuerzo, Suetonio cuenta que llevaba la mano izquierda en alto para que no se le mojaran unos documentos y además sujetaba entre los dientes el manto para que el enemigo no se apoderara de él como trofeo. Apiano y Dión Casio afirman, en cambio, que soltó el *paludamentum*, ya que con su color rojo ofrecía un blanco magnífico, y que los enemigos se quedaron con él. El detalle de los documentos resulta tan llamativo y original que no creo que sea inventado. ¿Qué habría en ellos que tan valioso era?

En cualquier caso, César salvó la vida. Pero no consiguió tomar el extremo sur del Heptastadion y perdió cuatrocientos legionarios más un número ligeramente superior de marinos y remeros. No obstante, aquella derrota no desanimó a sus soldados, que siguieron lanzando ofensivas contra las defensas egipcias.

Poco después, los alejandrinos enviaron una embajada a César para decirle que estaban hartos de que Arsínoe y Ganímedes actuaran como dos tiranos. Si les enviaba a su joven rey Ptolomeo, estarían más dispuestos a llegar a una tregua. César, aunque no confiaba en la sinceridad de la propuesta, accedió. Seguramente en la decisión influyó Cleopatra, que quería estar lo más lejos posible de su aborrecido hermano. Por otra parte, Ptolomeo no era ningún genio militar, y reunirlo con Arsínoe y con Ganímedes era una buena forma de que discutieran entre ellos y su mando fuera menos eficaz.

Y así ocurrió, porque además los soldados alejandrinos se burlaban de la edad y el poco carácter de su rey. Poco después se enteraron de que venía un convoy de naves con provisiones para los romanos y enviaron barcos para interceptarlo. César también se informó de lo que ocurría y mandó toda su flota bajo el mando del legado Tiberio Nerón —padre del futuro emperador Tiberio—. La batalla se libró en la desembocadura

Canópica. Venció la flota romana, pero a cambio perdió al rodio Eufranor, cuyo barco se adelantó demasiado y fue rodeado por los enemigos.

En marzo, César supo que llegaba un ejército aliado por el este. Lo mandaba Mitrídates de Pérgamo, a quien había enviado al principio del conflicto a buscar refuerzos a Siria y Cilicia. En aquel ejército había tres mil judíos mandados por Antípatro, padre del célebre Herodes el Grande.

Mitrídates logró tomar la fortaleza de Pelusio, en la frontera oriental de Egipto. Después se dirigió hacia el suroeste hasta alcanzar el punto donde el Nilo se dividía en varios ramales, pues era más cómodo avanzar así que atravesar el Delta de este a oeste cruzando las siete bocas principales del río e innumerables pantanos. Una vez allí, Mitrídates y sus tropas siguieron por la boca Canópica en dirección a Alejandría.

Cuando se enteró, Ptolomeo abandonó la ciudad para salirle al encuentro. Al mismo tiempo, César recibió un mensaje de Mitrídates. Rápidamente reunió a todos los hombres que pudo y, dando un rodeo por el lago Mareotis, logró reunirse con Mitrídates antes de que Ptolomeo lo alcanzara. Al día siguiente, el 27 de marzo, César lanzó un ataque contra el campamento egipcio. Tras una dura batalla, los romanos se apoderaron de él. Al ver que sus hombres eran derrotados, Ptolomeo huyó en un barco. Para su desgracia, le ocurrió lo mismo que había estado a punto de pasarle a César semanas antes: una multitud de refugiados intentó subir a su embarcación, el peso la hizo zozobrar y el joven rey pereció ahogado.

Con esta batalla terminó la guerra alejandrina, una trampa casi mortal en la que César se había metido por propia voluntad con muy pocas tropas, cometiendo un grave error de cálculo. Llegó a Alejandría persiguiendo a Pompeyo, se quedó para conseguir dinero y luego conoció a Cleopatra. Dejando aparte el romance, la buena sintonía que existía entre ambos significaba que, con Cleopatra como soberana, César podía convertir a Egipto en un reino vasallo igual que Pompeyo había hecho en el pasado con tantas naciones de Oriente. Para ello tenía que asegurarse de que Cleopatra, y no su hermano, prevaleciera en aquel conflicto dinástico, lo que explica que se empeñara en llevar adelante aquella guerra.

Tras la victoria, a César no se le ocurrió convertir Egipto en una provincia, sino que lo dejó en manos de Cleopatra. Ella se desposó oficialmente con su hermano pequeño, el otro Ptolomeo, que tenía solo once años y era mucho más manejable que el que había muerto en el río.

Se trataba de una maniobra inteligente por parte de César. Considerando las riquezas de Egipto, cualquier senador al que nombrara gobernador sentiría tentaciones de robar a manos llenas y, tal vez, de utilizar la provincia como base para crear un núcleo de poder y desafiar al propio César. Egipto acabó convirtiéndose en provincia romana en el año 30 a.C.; pero los emperadores, que pensaban de forma parecida a César, nunca le confiaron su gobierno a miembros del senado, sino a prefectos que pertenecían al orden ecuestre.

César mantuvo su promesa de devolver Chipre a la corona de Egipto, si bien le entregó la isla directamente a Cleopatra, no a Arsínoe, la princesa que tantos quebraderos de cabeza le había dado. Arsínoe se convirtió en su prisionera y con el tiempo acabaría desfilando en su cortejo triunfal en Roma.

Parecía un buen momento para que César abandonara Egipto, pues estaban surgiendo problemas por doquier para su causa. Sin embargo, todavía se quedó tres meses más en el país. Buena parte de ellos los pasó recorriendo el Nilo con Cleopatra, a la que había dejado embarazada. Conociendo al personaje, que no daba una puntada sin hilo, parece evidente que no se trataba de un simple crucero de placer. César disfrutó sin duda de la compañía de la joven reina, quizá la mujer más interesante que había conocido en su vida, y también de las maravillas de Egipto, y de paso descansó unas semanas después de tantos años de batallas. Pero el crucero sirvió también para que Cleopatra afianzara su dominio sobre el resto del país, para que sus súbditos egipcios la vieran y para que, de paso, comprobaran que la reina gozaba del apoyo de César y sus legiones.

Unas semanas después nació el hijo de Cleopatra y César. Su nombre oficial era Ptolomeo Filopátor Filométor César, pero los alejandrinos no tardaron en rebautizarlo como Cesarión, «el pequeño César». Aunque algunos historiadores intentaron desmentir la paternidad de César, lo cierto es que él permitió que llevara su nombre, lo que suponía una forma de reconocerlo como hijo. En cualquier caso, desde el punto de vista romano no era un hijo legítimo, ya que su madre era extranjera, y César ni siquiera lo mencionó en su testamento.

Según una estela del Louvre catalogada con el número 335, Ptolomeo César nació el 23 de junio del año 47. Aunque hay interpretaciones distintas de la inscripción, si aceptamos esa fecha, el embarazo no habría llegado a los nueve meses, pues César arribó a

Alejandro a principios de octubre y tardó unos días en conocer a Cleopatra. Eso significa que no pudieron tardar mucho en acostarse juntos. ¿Tal vez incluso la famosa noche en que Cleopatra apareció dentro de aquel saco de cuero?

De todos modos, César no asistió al nacimiento de su único hijo varón, pues a principios de junio abandonó Egipto. A esas alturas, Cicerón comentaba en una carta que nadie había sabido nada de él durante el último medio año, lo que a muchos enemigos y también aliados les hizo pensar que había muerto (*Ad Att.*, 11.17a.3).

César no tardaría en demostrarles que aquellos rumores, como diría Mark Twain, eran muy exagerados.

Veni, vidi, vici

Mientras César luchaba por sobrevivir en las calles de Alejandría, la situación se había complicado mucho para él. Tras Farsalia y la muerte de Pompeyo podía parecer que solo había un amo en el Mediterráneo, pero se trataba de un error de diagnóstico. Aunque los optimates habían perdido a un general de gran prestigio, la principal pieza que habían utilizado en su odio contra César, mantenían intacta su enemistad. Además, la guerra egipcia les había dado tiempo de sobra para reorganizarse. Ahora sus principales líderes se hallaban en África, donde habían reunido un enorme ejército. Allí se habían congregado viejos adversarios de César. El irreductible Catón había realizado una marcha épica desde Cirene hasta la provincia romana de África. También se encontraba allí Metelo Escipión, el suegro de Pompeyo, a quien debido a su rango de consular todos trataban como comandante principal de los optimates. Les suministraba tropas y provisiones el rey nómada Juba, otro que no le tenía mucho cariño a César; considerando que este le había tirado de la barba durante un juicio en Roma, resultaba comprensible. Pero quizá el más peligroso de todos sus enemigos y el más encarnizado era también el más reciente, Tito Labieno.

Esta ingente fuerza ya tenía en su poder uno de los graneros que surtían de trigo a Roma, la provincia de África. Merced a su gran flota, los optimates amenazaban también con sus incursiones otras dos regiones suministradoras de trigo, Sicilia y Cerdeña. Todavía más preocupante era

que corrían rumores de que la invasión de Italia por el sur era inminente.

En Hispania las cosas tampoco marchaban demasiado bien. César se había equivocado al nombrar como administrador de Hispania a Quinto Casio Longino, como si quisiera darle la razón a Cicerón cuando le reprochaba que su facción estaba compuesta por indeseables. Como tribuno de la plebe, Casio Longino había apoyado a César en aquellos tensos días de enero del 49, y por eso había sido recompensado. Ahora, como gobernador, se dedicaba a extorsionar a los hispanos con tanta codicia que pronto estalló una sublevación contra él en Corduba. La crueldad con que la reprimió Casio no lo hizo precisamente más popular. Por su culpa, la Ulterior, una provincia que se había pasado al bando de César sin luchar, ahora se había vuelto en su contra y a no mucho tardar se convertiría de nuevo en base para los pompeyanos.

En Roma, donde siempre había problemas, estos se habían recrudecido durante el año 48. El motivo era uno de los pretores nombrados por César, Celio Rufo. Este individuo era un pragmático o un cínico, según quiera interpretarse. En realidad, había muchos como él, pero a Celio se le juzga más porque gracias a la correspondencia que intercambiaba con Cicerón se conocen más sus opiniones. En una de sus cartas al orador afirmaba que en cualquier guerra civil había que irse con el más fuerte, y que en esta guerra en concreto la mayoría del senado se iría con Pompeyo, mientras que se unirían a César los que tuvieran más temor por su pasado o menos esperanzas por su futuro, ya que su ejército era mucho mejor (*Ad Fam.*, 8.11.3). Y eso era precisamente lo que había hecho Celio.

Sin embargo, ahora no estaba contento. César lo había nombrado pretor peregrino, por detrás en jerarquía del pretor urbano Cayo Trebonio, el legado que había conquistado Masalia. Para aumentar su popularidad, Celio propuso una ley que abolía las deudas e incluso el pago de rentas para los inquilinos. Pensaba así en ganarse a todos aquellos que no habían quedado satisfechos con la medida anterior de César, cuando este se había limitado a rebajar los intereses de los préstamos y a revaluar los bienes inmuebles.

El senado se opuso a esta medida tan radical, como era de esperar. Mordiendo la mano que le había dado de comer, Celio promovió entonces una revuelta contra César y buscó el apoyo de Milón, el mismo que había provocado tantos disturbios en Roma en sus luchas contra Clodio.

Irónicamente, el senado cesariano aprobó el SCU, el mismo decreto de emergencia que dirigido contra César había desencadenado la guerra civil. En las luchas que siguieron, Milón murió en Apulia y Celio asesinado en el Bruto.

Al año siguiente, el 47, el hombre más poderoso de Roma era Marco Antonio, a quien César había ordenado regresar a Italia con el grueso de sus legiones después de la victoria de Farsalia.

Aquella decisión acarreó dos problemas; uno de ellos por causa de las legiones más veteranas, como la Novena y la Décima, que aguardaban el regreso de su general sin desmovilizarse, ya que debían formar parte de su cortejo triunfal. Mientras les llegaban noticias contradictorias sobre la suerte de su comandante y se hablaba de una posible campaña en África contra los pompeyanos, los legionarios, que se hallaban acuartelados en Campania mano sobre mano, empezaron a dedicarse a lo habitual en la soldadesca ociosa: a quejarse y organizar peleas. Querían saber si se licenciarían y, sobre todo, si recibirían las bonificaciones y las tierras que César les había prometido. Si su general había muerto allá por Oriente, ¿quién se encargaría de su futuro?

El mismo Marco Antonio era el segundo problema. Poco después de Farsalia, en septiembre del 48, Servilio Isáurico, colega en el consulado de César, propuso que este fuera nombrado dictador por un año, el doble de los seis meses constitucionales. Tradicionalmente al dictador lo acompañaba un lugarteniente conocido como *magister equitum* o jefe de la caballería. Esto se debía a un antiguo tabú: el dictador, nombrado en situaciones de emergencia, tenía que compartir el destino de los legionarios y por eso se le prohibía montar a caballo, de modo que el *magister equitum* mandaba en su nombre a los jinetes.

A finales de la República, el cargo tenía poco que ver con la caballería y simplemente ocupaba un peldaño por debajo del dictador. Pero como César se hallaba lejos de Roma, su *magister equitum*, que no era otro que Marco Antonio, se había convertido de hecho en el amo de Roma.

Como militar, Antonio había destacado al lado de César lo suficiente como para que este le encomendara el mando del ala izquierda en Farsalia. Pero como gobernante podía ser un desastre si lo dejaban a sus anchas, pues su temperamento desmesurado y agresivo salía a la luz. Su conducta privada, o no tan privada ya que la exhibía sin pudor, era el escándalo de

Roma. Como en sus tiempos de juventud loca, Marco Antonio asistía casi a diario a fiestas en las que bebía sin parar. En una ocasión, en la boda de un mimo llamado Hippias, pasó toda la noche empujando el codo. Al día siguiente debía presentarse en el Foro para dirigirse a la asamblea del pueblo, y lo hizo tan borracho que tuvo que interrumpir su discurso para vomitar en su propia toga mientras un amigo se la levantaba a modo de delantal.

A los más viejos del lugar, Marco Antonio les debía de recordar a Sila, porque frecuentaba la compañía de actores como el tal Hippias o Sergio, otro mimo. También era amante de una actriz llamada Citeris, a la que hacía transportar en una lujosa litera cuando salía de Roma para visitar las ciudades cercanas. En general, el lujo y la ostentación le encantaban, por lo que no resulta extraño que años después Cleopatra lo conquistara exhibiendo ante él todo el fasto de Alejandría.

Aparte de estos excesos, Antonio demostró ser poco eficaz como administrador. Por lo general, prefería recurrir a la violencia que a la persuasión, lo que no contribuía a hacerle buena propaganda a César.

Las ocasiones para recurrir a ella no tardaron en presentarse. Durante el año 47, el tribuno Publio Dolabela, yerno de Cicerón, decidió resucitar la propuesta de Celio de abolir las deudas, lo que obviamente reavivó los conflictos entre quienes debían dinero y quienes lo habían prestado y deseaban recuperarlo. Además, al presentar esa ley estaba contradiciendo abiertamente una moción del senado que prohibía introducir nuevas normas hasta que regresara César.

A este le crecían los enanos en su ausencia. Al mismo tiempo que la agitación volvía a la urbe, el descontento de las legiones de César estalló finalmente en Campania. Cuando la violencia de los soldados llegó tan lejos que asesinaron a dos senadores de rango pretoriano llamados Galba y Cosconio, Antonio se vio obligado a abandonar la ciudad. Mientras él se ocupaba de este asunto, Roma quedó en manos de bandas rivales que luchaban por las calles, dirigidas por Dolabela y por un tribuno rival llamado Trebelio, como en los tiempos de Clodio y Milón.

El senado volvió a aprobar el decreto de emergencia. Marco Antonio, sin haber solucionado el motín de las legiones veteranas, regresó de Campania con tropas que no habían abandonado la disciplina. Puesto que el SCU le autorizaba expresamente a entrar en la ciudad con ellas,

reprimió los disturbios con mano de hierro, irrumpiendo en el Foro con sus soldados y arrojando por la Roca Tarpeya a cientos de partidarios de Dolabela. No contento con eso, hizo destruir las tablas de bronce donde se habían inscrito los decretos del tribuno.

Así estaba el panorama cuando César salió de Egipto: Hispania al borde de la rebelión, los pompeyanos preparando la invasión de Italia, sus legiones amotinadas en Campania y dispuestas incluso a avanzar contra Roma, y Marco Antonio echando a perder su prestigio en Roma.

Puesto que toda situación es empeorable, a César le llegaron malas noticias también de Asia. La principal amenaza procedía una vez más del Ponto. Allí reinaba Farnaces, que en el año 63 se había rebelado contra su padre Mitrídates y le había forzado a suicidarse. Para demostrar sus intenciones de someterse a Roma, Farnaces había llegado al extremo de enviarle a Pompeyo el cadáver de Mitrídates. En agradecimiento, el conquistador de Oriente lo había confirmado como soberano del Bósforo Cimerio, parte del antiguo gran reino de su padre.

A río revuelto, ganancia de pescadores, debió de pensar Farnaces al contemplar cómo los romanos guerreaban entre ellos. Aprovechando que Pompeyo había muerto y que su vencedor se encontraba sitiado en Alejandría por fuerzas muy superiores en número, Farnaces se apresuró a invadir Capadocia, la Armenia Menor y la Cólquide.

En Asia César había dejado como legado a Domicio Calvino con tres legiones. Pero Calvino había enviado dos de ellas a Alejandría, de modo que solo le quedaba la Trigésima Tercera, formada por antiguos pompeyanos. Sumándole a esta tropas gálatas bastante neófitas mandadas por su rey Deyotaro, una legión reclutada a toda prisa en el Ponto y una reducida fuerza de caballería, Calvino se enfrentó a Farnaces en Nicópolis, una ciudad situada en el Ponto y fundada por Pompeyo. La batalla, que se libró en diciembre del 48, no duró demasiado: Calvino había desplegado en el centro a los gálatas, que a la primera embestida del enemigo emprendieron la huida. Al menos, él consiguió retirarse con la Trigésima Tercera legión casi intacta y se refugió en la provincia de Asia, desde donde envió a César una carta con las malas noticias.

En cuanto a Farnaces, aprovechando su victoria, no tardó en reconquistar los territorios que habían pertenecido a su padre. Fue especialmente cruel al tomar la ciudad de Amiso, donde ordenó ejecutar a

todos los varones en edad de llevar armas y castrar a los niños. Esta última idea le debió gustar, porque hizo lo mismo con todo comerciante romano que cayó en sus manos.

Aunque la información que le llegaba de Italia y otros lugares del Mediterráneo occidental se antojaba más que inquietante, César pensó que la prioridad más urgente era arreglar los asuntos de Asia. La amenaza no era únicamente Farnaces, sino el imperio parto, que permanecía al acecho.

César dejó tres legiones en Egipto para garantizar la seguridad de Cleopatra, y partió únicamente con su escolta y con la Sexta, de la que después de tantas batallas apenas quedaban mil hombres. Por el camino fue arreglando diversos asuntos administrativos y recompensando a quienes lo habían ayudado durante su guerra en Alejandría. Entre ellos estaba Antípatro, al que nombró gobernador de Judea y concedió la ciudadanía romana. En cuanto a las comunidades que habían apoyado a Pompeyo, les ofreció su perdón, pero a cambio de que le entregaran todo el dinero que habían recaudado para la causa de su rival.

Cuando llegó a la ciudad de Tarso, en la costa de Cilicia, hizo llamar a los principales ciudadanos de la región y también a antiguos pompeyanos a los que ofreció su perdón. Uno de ellos era Cayo Casio Longino, que tres años después participaría en la conjura de los idus de marzo junto con Bruto.

Desde Tarso, César se dirigió hacia el norte, atravesando el corazón de la actual Turquía. En Galacia, el rey Deyotaro se le presentó sin corona, vestido como un suplicante para pedirle perdón por haber apoyado a Pompeyo. César dejó en suspenso su castigo a cambio de que le prestara tropas de infantería y toda su caballería. Sin detenerse apenas, prosiguió su viaje hacia el norte, directo al reino del Ponto. Por el camino se le unió Calvino con la Trigésima Tercera y los restos más o menos reconstituidos de las dos legiones que se habían venido abajo en la batalla de Nicópolis. Muchos de esos hombres habían sido derrotados ya por Farnaces, pero el hecho de servir con César, el vencedor de Farsalia, les sirvió para recuperar su moral.

Cuando Farnaces supo que César venía contra él, le despachó emisarios para negociar. Amén de recordarle que él no había ayudado a Pompeyo, le mandó como presente coronas de oro e incluso le ofreció a su propia hija como esposa. Al principio, César entretuvo a los mensajeros

con largas para ganar tiempo mientras continuaba su avance. Pero cuando recibió una tercera embajada, la despidió con cajas destempladas y un recado para Farnaces: no podía haber perdón para alguien que había castrado a ciudadanos romanos como si fueran cochinos.

Cuando Farnaces quiso darse cuenta, ya tenía a César acampado a menos de ocho kilómetros. El rey del Ponto estaba acantonado en Zela, una ciudad fortificada y situada en lo alto de un monte bastante escarpado. La noche del 1 al 2 de agosto, César decidió sorprenderlo, salió con sus tropas del campamento y tomó una colina situada a apenas mil quinientos metros de Farnaces.

Al amanecer, cuando vio cómo los enemigos cavaban zanjas tan cerca de él que casi podía distinguir sus estandartes, Farnaces pensó que si César podía usar la sorpresa para derrotar a sus adversarios, él no tenía por qué ser menos. Sin perder tiempo, desplegó a sus tropas, incluyendo una fuerza de carros falcados, y cargó contra los romanos y sus aliados.

César no se podía creer lo que estaba viendo. Miles de enemigos bajaban por la ladera de Zela hasta el valle y se despleaban. Pensando que Farnaces lo hacía para retarle a una batalla allí abajo, mantuvo únicamente su primera línea de soldados protegiendo las obras mientras el resto del ejército seguía atareado cavando trincheras.

Minutos después, observó con asombro cómo el ejército del rey emprendía la subida de aquella ladera, que era bastante empinada. Aquella temeridad, que iba en contra de todos los manuales de táctica y de cualquier lógica, sorprendió tanto a César que durante unos instantes no supo cómo reaccionar. Pero enseguida ordenó a los soldados que soltaran los picos y las palas, tomaran las armas y formaran una línea de batalla.

El problema era que la mayoría de esas tropas eran novatas y además habían sido ya derrotadas por el enemigo que cargaba contra ellos cuesta arriba. Hubo unos momentos de pánico, que los carros falcados aprovecharon para penetrar entre las filas romanas y desorganizarlas. Pero, evidentemente, llevaban muy poco impulso por culpa del terreno, e incluso el poco que traían lo perdieron cuando empezaron a caerles andanadas de *pila*.

Tras el primer momento de desconcierto, los hombres de César empezaron a hacer retroceder a los de Farnaces ladera abajo. La Sexta,

situada en el ala derecha como era de esperar, fue la primera en romper las filas del enemigo. La lucha prosiguió en el valle durante varias horas, hasta que al final las tropas del Ponto emprendieron la huida y fueron masacradas.

Satisfecho, César permitió a sus hombres que saquearan el campamento real y se apropiaran de todo el botín. Farnaces logró huir, pero fue por poco tiempo. Cuando llegó a la ciudad de Sínope, un gobernador rebelde llamado Asandro lo hizo asesinar.

La campaña había sido tan fulminante que, en una carta dirigida a su amigo Cayo Macio, César acuñó su famoso aforismo: *Veni, vidi, vici*, «Llegué, vi, vencí». Era una forma de menospreciar las victorias de Pompeyo, de quien comentó a partir de entonces que había tenido una suerte increíble ganando su fama contra adversarios tan débiles. Esta frase la repitió sobre todo en Oriente, donde pretendía sustituir la leyenda del conquistador Pompeyo por la suya propia.

César llevaba razón en que sus campañas en la Galia habían sido mucho más duras que la conquista de Oriente por Pompeyo. Como ya hemos comentado varias veces, luchar contra estados más desarrollados suponía una ventaja, pues para que se rindieran bastaba con derrotar a sus gobernantes en una sola batalla decisiva; algo que César solo pudo conseguir en la Galia, paradójicamente, cuando la mayoría de las tribus galas decidieron unirse contra él.

Interludio en Roma

Después de la batalla de Zela, César recompensó a Mitrídates de Pérgamo concediéndole el Bósforo Cimerio y algunas otras zonas de Galacia que le arrebató a Deyotaro. A este, sin embargo, acabó perdonándolo gracias a la mediación de Bruto, que tenía negocios con el rey. Ahora bien, no se privó de cobrarle una suculenta indemnización.

Desde la costa de Asia, César navegó hasta Grecia, y de ahí a Tarento, donde desembarcó el 26 de septiembre. De camino hacia Roma se encontró con Cicerón, que había salido a su encuentro. El orador temía la reacción de César por su pasado apoyo a Pompeyo, pero no se había

atrevido a salir de Italia, pues una orden escrita del todavía dictador a los pompeyanos les prohibía abandonar suelo italiano.

Para sorpresa de Cicerón, cuando César lo vio, desmontó de su caballo, se acercó a saludarlo con una sonrisa y lo estrechó en un cálido abrazo. Después, caminaron juntos y conversaron durante un rato. Al parecer, en aquella plática César le dijo a Cicerón que era libre de ir donde quisiera y que no tenía nada que temer de él. Aparte de ser un nuevo ejemplo de su famosa clemencia, todo sugiere que César, pese a sus diferencias, sentía una sincera admiración intelectual por el mayor orador de Roma.

Cuando llegó a la urbe en octubre, una de las primeras cosas que hizo César fue nombrar cónsules, aunque fuese para unos pocos meses. Los afortunados fueron Fufio Caleno y Publio Vatinio. Este último obtenía así su recompensa por su actuación como tribuno doce años antes, cuando consiguió que liberaran a César de su humillante mando de bosques y calzadas y lo nombraran gobernador de la Galia.

Después convocó las elecciones para el año siguiente, y se hizo nombrar cónsul para el 46 junto con Marco Emilio Lépido. Al actuar de este modo, César estaba cometiendo dos ilegalidades. En primer lugar, no podía ser cónsul de nuevo hasta que no hubieran pasado diez años. Además, las *leges Licinia-Sextiae* del año 367 estipulaban que al menos uno de los dos cónsules tenía que ser plebeyo, y tanto César como Lépido eran patricios. El mismo hombre que se había enorgullecido tanto de alcanzar las magistraturas *suo anno*, al contrario que Pompeyo, y que había aguardado diez años entre consulado y consulado, ahora parecía considerar que las normas legales se habían convertido en fruslerías sin importancia cuando se trataba de él. La larga guerra civil, la edad, los meses viviendo con una reina oriental o todo junto lo estaban cambiando.

Quedaba solucionar la polémica de la abolición de las deudas, que tanta violencia había causado. Para sorpresa de muchos, César perdonó al tribuno Dolabela, al que invitó a acompañarlo a su expedición africana, mientras que a Marco Antonio le retiró su apoyo. Estaba enojado con él por la torpeza y brutalidad con que había gobernado Roma en su ausencia, y lo demostró al no elegirlo como colega para el consulado ni concederle ningún otro cargo. Ni siquiera lo nombró legado para la inminente campaña de África. César no quería enemistarse del todo con él, pues lo consideraba útil para el futuro. Pero de momento quería propinarle un

correctivo y hacerlo de forma pública; era la única forma de que su imagen recuperara el prestigio que Marco Antonio había echado a perder.

En cuanto a las deudas en sí, César no las abolió. Eso decepcionó a quienes lo veían como un líder popular radical o, simplemente, pensaban que le convenía hacerlo, ya que debido a los ingentes gastos de la guerra se había convertido en el mayor deudor de todos. Esa fue, precisamente, la razón por la que César se negó a cancelar las deudas, alegando que no sería ético proclamar una ley cuyo principal beneficiario sería él mismo.

Al menos, aprobó un decreto por el que se condonaba parte de las sumas que debían las personas que vivían de alquiler: dos mil sestercios de franquicia para los residentes en Roma y quinientos para los del resto de Italia.

Faltaba por resolver el asunto más peliagudo de todos: el motín de sus tropas. En sí suponía un grave peligro para la seguridad de Italia, y además César necesitaba a esas legiones para enfrentarse a sus enemigos en África.

Al saber que sus soldados marchaban hacia Roma, César les mandó a varios emisarios. Uno de ellos fue Salustio, que acababa de ser elegido pretor, aunque todavía no había entrado en el cargo. El futuro historiador acudió con una promesa de César: les iba a repartir cuatro mil sestercios por cabeza. Los soldados respondieron que querían dinero contante y sonante en lugar de más promesas, y le lanzaron una lluvia de piedras de la que Salustio escapó a duras penas.

Las legiones prosiguieron su marcha y, al llegar a Roma, acamparon en el Campo de Marte para plantear sus exigencias. Para su sorpresa, y desoyendo los consejos de los allegados que pensaban que se estaba jugando el pellejo, César se plantó allí prácticamente solo y subió a un estrado levantado en el centro del improvisado campamento. Una vez allí arriba, les preguntó qué querían.

César tenía que sentirse muy seguro de sí mismo para aparecer de ese modo delante de sus soldados, que habían matado ya a dos senadores y habían estado a punto de acabar con Salustio. Los portavoces de los soldados, algo aturdidos por la inesperada llegada de su general, olvidaron sus exigencias de dinero y de tierras, y únicamente le pidieron que los licenciara, pues ya habían cumplido de sobra sus años de servicio.

Al actuar así, estaban chantajeando a César igual que había hecho la Novena en Placentia. Pero esta vez eran muchos más hombres. Por otro lado, su general no podía prescindir de ellos a sabiendas de que en África lo aguardaban catorce legiones enemigas. Sin duda, pensaban, no se atrevería a enfrentarse a ellas con unidades recién reclutadas. Ellos, como veteranos, eran imprescindibles.

Esta vez César no montó en cólera como en el motín anterior, ni habló de disciplina ni amenazó con diezmar unidades enteras. En tono calmado empezó dirigiéndose a ellos como *Quirites*, un término tradicional para referirse a los ciudadanos romanos, y no como *commilitones* o «camaradas», tal como llevaba haciéndolo años.

A continuación, añadió que comprendía sus reivindicaciones, y que estaba dispuesto a licenciarlos. Más tarde, cuando venciera por fin a sus adversarios y regresara a celebrar su triunfo con *otros* soldados, les pagaría el dinero prometido.

Durante unos instantes los legionarios se quedaron boquiabiertos. En vez de ira, su general estaba mostrando una serena y triste decepción que surtió un efecto mucho mayor en ellos que cualquier amenaza. Al fin y al cabo, una de las cosas que peor puede hacer sentir a una persona es saber que ha decepcionado a alguien que le importa, como un maestro, una madre, un padre... o un general carismático como César. En el fondo eran como niños que manifiestan su necesidad de cariño portándose mal. «Lo que sus hombres habían echado de menos desde hacía meses era, sobre todo, la presencia de César, y fue esa mera presencia la que serenó su enfado y restableció su voluntad de hacer cuanto fuera necesario».^[58]

De pronto, se empezaron a levantar voces entre la tropa diciendo que en realidad no querían licenciarse y que lo seguirían adonde fuese. ¿Cómo iba a celebrar su triunfo con otros legionarios? Ahí César les había dado en otro punto débil: el amor a la gloria no era privativo de los generales, sino también de los soldados, que se sentían parte de algo mucho mayor que ellos, pero que al mismo tiempo los hacía más grandes.

César se dio media vuelta y se dispuso a bajar del estrado, pero se detuvo como si dudara qué hacer. Tras vacilar un rato, se giró de nuevo hacia sus hombres y dijo que aceptaba sus disculpas y que se los llevaba a África. Tan solo se quedaría en tierra la legión que había sido su predilecta, la Décima.

Tantos años después, César había dado la vuelta a las palabras que pronunciara en Vesontio antes de la batalla contra Ariovisto. Por supuesto, los oficiales y soldados de la Décima le rogaron que no hiciera eso y que los llevara también, e incluso se ofrecieron para la *decimatio*.

Por fin, César también cedió en llevarse a la Décima. Sin embargo, del mismo modo que había guardado resentimiento contra la Novena (lo cual explica que en Dirraquio la acampara en el sitio de mayor peligro y donde más bajas se produjeron), ahora tomó buena nota, y durante la campaña de África puso a la Décima en las situaciones más apuradas.

La campaña de África

Después de sofocar el motín, César viajó a Lilibeo, situado en la punta oeste de Sicilia. Tenía tanta prisa por enfrentarse a sus enemigos, buscando siempre la sorpresa, que ni siquiera aguardó a que las cinco legiones veteranas que pretendía llevar estuvieran listas. En Lilibeo contaba con dos mil jinetes, cinco legiones nuevas y únicamente una veterana, la Quinta. La había formado en el año 52 con guerreros de la Galia Transalpina a los que había otorgado la ciudadanía, y era conocida como *Alaudae*, «las alondras», por las alas con que se adornaban los yelmos sus soldados.

Al igual que le había ocurrido antes, su mayor problema era la falta de barcos. Además, se encontraban en diciembre, lo que preocupaba bastante a los soldados que debían viajar. Pero César se sentía tan impaciente que tenía la tienda de mando montada en la playa, con la puerta apuntando hacia el oeste.

Durante una semana César esperó a que los vientos amainaran un poco. Por fin, el 25 de diciembre se decidió a embarcar a sus tropas. Por falta de transportes, igual que le había ocurrido en Brindisi casi dos años antes, tuvo que ordenar a los soldados que dejaran la mayor parte del bagaje y no pudo cargar tantas provisiones y heno como habría necesitado.

La travesía duró tres días y fue bastante accidentada. En otras ocasiones, César reunía a los pilotos antes de zarpar y les entregaba instrucciones selladas para que las abrieran en una fecha determinada y

de ese modo todos se dirigieran al mismo punto. Pero ahora César no había indicado un destino claro, puesto que toda la costa de la provincia africana se hallaba en poder de los enemigos y no había ningún lugar seguro para desembarcar.

Por otra parte, como era de esperar en esa época del año, los vientos volvieron a arreciar a mitad de la travesía y dispersaron la flota. Cuando César llegó a Adrumeto, a más de cien kilómetros al sur de Cartago, contaba nada más con tres mil soldados de infantería y ciento cincuenta de caballería, e ignoraba dónde habían ido a recalar sus demás naves.

Por si fuera poco, cuando bajó de la nave dio un traspiés y cayó al suelo. Rápidamente, agarró dos puñados de arena en las manos y exclamó *Teneo te, Africa*, «¡Te tengo, África!», para evitar que sus hombres interpretaran el tropezón como un mal augurio —y de paso para evitar el bochorno que uno suele sentir en tales casos—.

Al descubrir que Adrumeto estaba en poder de los optimates, con una potente guarnición mandada por Cayo Considio, César decidió dirigirse a Leptis, que se encontraba a unos diez kilómetros al sur. Una vez instalados en las afueras de la ciudad, no tardaron en llegar más barcos de su flota, con lo que sus efectivos aumentaron hasta cinco mil hombres.

César se apresuró a tomar medidas para mejorar su situación, y encargó a Publio Vatinio que recorriera la costa con diez naves para localizar a los demás barcos. A Salustio le ordenó navegar al sur, a la isla de Cercina, donde le habían informado de que había silos repletos de grano del enemigo. También despachó a Rabirio Póstumo a Sicilia con unos cuantos transportes para acelerar el embarque del resto de las unidades. Después dejó seis cohortes como guarnición en Leptis y llevó el resto de las tropas a Ruspina, situada en un promontorio al norte: de esta manera, con Ruspina y Leptis ya disponía de dos puertos en su poder para recibir al resto de la flota.

Es evidente que, al igual que en la campaña del Epiro y Grecia, César había actuado con bastante precipitación: andaba corto de hombres, de equipo y de víveres. A cambio, había sorprendido a sus enemigos, que no lo esperaban tan pronto; al anticiparse con su expedición, César probablemente había impedido la invasión de Italia.

De momento, las fuerzas de sus oponentes estaban repartidas, pero

eran formidables. Disponían de diez legiones más otras cuatro unidades númeradas reclutadas y entrenadas al estilo romano. Sobre todo, tenían catorce mil jinetes, la mayoría de ellos númeradas, expertos en combatir en aquel terreno a lomos de aquellos caballos pequeños y resistentes que parecían capaces de subsistir de cualquier cosa, como las cabras. Por último, el rey Juba aportaba más de cien elefantes de guerra.

Fue una suerte para César que el general en jefe de sus enemigos fuese Metelo Escipión. Aunque no era un estratega demasiado dotado, los optimates le habían otorgado el mando por ser el senador que más rango tenía. A Labieno, el más capacitado con diferencia de todo el bando pompeyano, los demás le daban un tanto de lado: Escipión prefería escuchar antes los consejos de Afranio y Petreyo simplemente porque eran de extracción social más alta. En cuanto a Catón, la némesis de César, permanecía algo apartado de los demás, al cargo de la ciudad de Útica, donde los optimates habían formado un consejo de notables al que llamaban senado. Allí recalaba la flota y había abundantes almacenes de material.

Como hemos dicho, César sufría el sempiterno problema de la falta de provisiones. Los jinetes númeradas, que aparecían prácticamente de la nada, suponían un peligro letal para sus partidas de forrajeadores. Dispuesto a evitarlo, César decidió salir del campamento con treinta cohortes y barrer los alrededores en busca de víveres.

Cuando habían recorrido unos cinco kilómetros, vieron una nube de polvo en lontananza. Aunque los antiguos eran expertos en interpretar esas polvaredas, en esta ocasión César se equivocó. Quien venía hacia él era Labieno, que al enterarse del desembarco de su antiguo general había salido de Útica con las tropas más veloces posibles para enfrentarse a él. Traía ocho mil jinetes númeradas, mil seiscientos jinetes galos y germanos y miles de soldados de infantería ligera que avanzaban mezclados con los escuadrones de caballería. El astuto Labieno había hecho marchar a sus hombres en una línea muy compacta para ocupar menos sitio, de manera que al avistarlos César creyó que se trataba de un ejército normal y no de una fuerza de caballería, mucho más rápida.

Con todo, César dio orden de que los pocos jinetes y arqueros que tenía acudieran a toda prisa desde el campamento. Mientras, sus hombres se calaron los yelmos y, con las armas preparadas, siguieron avanzando muy despacio. Cuando recibió los refuerzos, César desplegó a sus tropas

en una sola línea, en lugar de la *triplex acies* habitual, puso a los ciento cincuenta arqueros por delante y situó a doscientos jinetes protegiendo cada ala. La razón de esta formación tan estirada y sin reservas en retaguardia era, simplemente, que andaba muy corto de efectivos y necesitaba un frente alargado para que el enemigo no lo flanqueara.

En ese momento, Labieno empezó a desplegar su caballería pesada a ambos lados, y de pronto se vio que era muchísimo más numerosa de lo que había parecido a simple vista. Al ver que el enemigo amenazaba con rodearlos, los jinetes de César tuvieron que estirar todavía más su formación. Pero estaban en tal inferioridad numérica que no pudieron resistir ni la primera carga y tuvieron que recular.

En cuanto al centro de las líneas de Labieno, donde César esperaba encontrar infantería convencional, en realidad se componía de caballería nómida mezclada con miles de soldados de infantería ligera, y ambas formaciones corrieron hacia ellos disparando sus jabalinas. Cuando los hombres de César cargaron a su vez, los nómidas les dieron la espalda y huyeron a toda velocidad. Una vez que se hubieron alejado a cierta distancia y vieron que sus perseguidores se habían detenido, volvieron a atacar de la misma manera.

Para César aquella era una táctica nueva. Cuando sus legionarios se apartaban demasiado de la formación por perseguir a esos nómidas molestos como tábanos, dejaban al descubierto su costado derecho y muchos de ellos caían heridos por los venablos. Los infantes y los jinetes de Labieno, en cambio, eran tan rápidos que huían con facilidad de los *pila* romanos. Por eso César hizo correr la orden de que ningún soldado debía adelantarse más de cuatro pies de la formación.

En cuestión de minutos, las cohortes de César se vieron rodeadas, con infantería ligera y jinetes nómidas por delante y caballería gala y germana por detrás. En una situación similar, aunque contra un enemigo que usaba arcos en lugar de jabalinas y lanzas, el ejército consular de Craso había sido aplastado.

Labieno debió de pensar que ya tenía a César donde quería, y mientras cabalgaba alrededor de sus hombres se dedicó a burlarse de ellos con frases hirientes. «¿Cómo os habéis dejado embaucar por las palabras de César, novatos? ¡Por Hércules, en buen aprieto os ha metido! Lo siento por vosotros».

Un soldado le respondió: «¡No soy un novato, Labieno, sino un veterano de la Décima legión!». Cuando Labieno respondió que no reconocía los estandartes de la Décima, el soldado se quitó el casco y gritó: «¡Enseguida vas a saber quién soy yo!». A continuación, lanzó el *pilum* y, aunque no hirió al propio Labieno, logró alcanzar a su caballo en el pecho, y Labieno se revolcó por el polvo mientras su adversario decía: «¡Eso para que sepas que quien te ataca es un soldado de la Décima!» (B. Af., 16).

Pese a la gallardía de aquel soldado, las cosas iban muy mal para César, que veía cómo sus cohortes, por protegerse de los disparos enemigos, se apelotonaban cada vez más. Comprendiendo el peligro, César hizo correr la orden de extender las líneas todo lo posible. Para eso, los que estaban en las primeras filas hicieron hueco entre ellos empujando a los lados a sus compañeros, y por los pasillos recién abiertos entraron los soldados de las filas posteriores, reduciendo así el fondo y estirando el frente.

Cuando lograron hacerse un poco más de sitio, la siguiente instrucción de César fue que una de cada dos cohortes girara ciento ochenta grados. De este modo, la mitad de sus unidades que no se movió se quedó mirando a los escaramuceros y a la infantería ligera, y la otra mitad a la caballería pesada que los había flanqueado y los atosigaba por la retaguardia. A continuación, todas las cohortes avanzaron, unas detrás y otras delante de los estandartes, dejando un largo pasillo entre ambas líneas donde podían meter los vehículos que llevaban para transportar los víveres y donde los oficiales y el propio César podían moverse para dar instrucciones.

En ese momento, César ordenó que ambas formaciones cargaran y lanzaran los *pila*. De esta manera, consiguieron partir en dos a las tropas de Labieno y ponerlas en fuga durante unos minutos. (Incluso en simulaciones de reconstruccionistas, he podido comprobar cuánto impone el avance de una línea de treinta legionarios armados hasta los dientes y parapetados detrás de sus escudos).

Una vez que lograron sacudirse de encima a sus atacantes, los hombres de César, que apenas se habían apartado unos metros de sus estandartes, rehicieron la formación y se dirigieron hacia su campamento. César les había ordenado expresamente que las cargas contra los enemigos fueran muy cortas, lo justo para espantarlos, pero sin apartarse demasiado de la formación. Probablemente, sabía lo que le había ocurrido

a su joven legado Publio Craso en Carras cuando lanzó un valiente contraataque contra la caballería de Surena: al principio había conseguido rechazarla, pero cuando sus hombres se alejaron demasiado del grueso de su ejército fueron presa fácil para los enemigos, que los rodearon y mataron o apresaron a casi todos.

Mientras volvían al cuartel, apareció Petreyo, al que Labieno había dejado atrás en su impaciencia por alcanzar el primero a César. Petreyo traía consigo arqueros, honderos, mil seiscientos jinetes y seis mil soldados de infantería ligera y pesada. Con ellos, las tropas de Labieno cobraron nuevos ánimos y se dedicaron a acosar a la retaguardia de César en su retirada.

Lo que ocurrió a continuación varía según quien lo relate. El anónimo autor de *La guerra africana*, un soldado o un tribuno cesariano, habla de una retirada más o menos ordenada y de cómo en cierto momento César lanzó un contraataque para hacer recular a sus perseguidores. En cambio, según Apiano, los pompeyanos iban ganando cuando Petreyo decidió que ya era suficiente y ordenó abandonar la lucha comentando con desdén: «No vamos a robarle la victoria a nuestro general Escipión» (BC, 2.95). (A Labieno, muerto su caballo, lo había recogido un escolta).

A decir verdad, ambas versiones podrían armonizarse en una más o menos verosímil: las cohortes de César se retiraron a duras penas, hostigadas por la caballería enemiga y sufriendo cierto número de bajas por sus disparos. Cada cierta distancia seguramente tenían que formar filas de nuevo, dar media vuelta y amagar con una carga para ahuyentar a sus perseguidores durante unos minutos. Así debieron proceder hasta llegar a su campamento en Ruspina.

Mientras unas cohortes en retirada conservaran su cohesión, era imposible que la caballería enemiga se acercara lo bastante como para organizar una verdadera matanza. Conservar la disciplina fue un gran mérito de César, y les salvó a él y a sus hombres de ser aniquilados como le había ocurrido a Craso en circunstancias similares. También contó la buena fortuna: se encontraban a poca distancia de su campamento, y además, en aquellas fechas del año, la noche, que interrumpió la persecución, caía pronto. Si hubieran tenido que aguantar mucho más tiempo y bajo un sol ardiente como las legiones de Craso en Carras, quizá la historia del mundo habría sido muy distinta, porque César no habría

salido vivo de allí.

Después de aquello, la campaña se estancó durante varias semanas, mientras César seguía adiestrando a sus reclutas y poco a poco llegaban barcos con refuerzos. Cumpliendo el encargo de César, Salustio logró tomar la isla de Cercina y apareció con víveres que fueron muy bien recibidos. Aun así, la zona de forrajeo a la que se veían restringidos los cesarianos era muy pequeña, poco más de cinco kilómetros. Para mantener a sus monturas con vida, los soldados recogían algas muertas de la playa, las lavaban con agua dulce para quitarles la sal y después de secarlas se las daban a los caballos a modo de pasto.

Entretanto, Metelo Escipión había llegado con el grueso de sus fuerzas, que ahora estaban acampadas a cinco kilómetros del campamento de César. Aguardaban también la llegada de Juba, lo que habría otorgado a los pompeyanos una aplastante superioridad numérica. Sin embargo, el rey nómada tuvo que regresar a las fronteras orientales de su reino, porque Boco de Mauritania (monarca al que César había reconocido en el año 49) las había invadido junto con un aventurero romano llamado Publio Sitio. El tal Sitio, que ya tenía sus años, había sido amigo de Sila. Cuando tiempo después lo implicaron en la conjuración de Catilina, con razón o sin ella, liquidó sus propiedades en Italia, viajó a Mauritania y ofreció sus servicios como asesor militar al rey Boco.

Mientras pasaban las semanas, también se libraba una guerra propagandística. César hacía proclamar que los romanos que servían con los optimates obedeciendo las órdenes de un rey extranjero y no las del propio César, cónsul legítimo, eran muy malos patriotas. Asimismo, para sugerir que Escipión no era más que una marioneta de Juba, hizo correr el rumor de que había dejado de usar el *paludamentum*, la capa de general, porque al soberano nómada no le hacía ninguna gracia. Pero el reclamo más efectivo no iba dirigido a los nobles, sino a los soldados: César prometió que perdonaría a todos los que se pasaran a su bando y que les pagaría las mismas bonificaciones que a sus hombres.

Conforme pasaban los días, muchos soldados abandonaban las filas de los optimates para unirse a César, mientras que del ejército de este no desertaba nadie. En una ocasión, una nave que venía de Sicilia transportando soldados veteranos y reclutas se extravió del resto de la flota y acabó cayendo en poder de los pompeyanos. Cuando los llevaron a presencia de Escipión, este intentó ganárselos ofreciéndoles perdón y

dinero si se pasaban a su bando y renunciaban a aquel criminal que tenían por general.

Un centurión de la Decimocuarta tomó la palabra en nombre de los demás y respondió que con gusto querrían seguir viviendo, pero que las condiciones les parecían inaceptables. El centurión añadió que, con el fin de demostrar el valor de los hombres de César, estaba dispuesto a que Escipión eligiera a la cohorte que él quisiera para que se enfrentara a tan solo diez de ellos. Aquella mezcla de bravuconada e insolencia sacó de sus casillas al general optimato, que ordenó a sus centuriones que mataran a aquel hombre en el acto. Después, separaron a los veteranos de los reclutas, se los llevaron del campamento y los mataron entre torturas.

Por fin, en abril, César se sintió lo bastante fuerte como para pasar a la ofensiva. Habían llegado ya dos legiones experimentadas, la Decimotercera y la Decimocuarta, y dos más que veteranas, la Novena y la Décima.

Pero él no era el único que había recibido refuerzos: tras dejar en sus fronteras un ejército para contener a los invasores, el rey Juba regresó con tres de sus legiones, miles de jinetes y sesenta elefantes.

César quería librar ya una batalla decisiva, pero en un lugar donde el enemigo no pudiera hacer valer su superioridad numérica. Tras abandonar su posición en Ruspina se movió hacia el sur, a las localidades de Uzita y Agar, donde retó varias veces a las tropas de Escipión. Pese a ello, este se negaba a aceptar el combate y todo se limitaba a escaramuzas, sobre todo de caballería y tropas ligeras.

El 4 de abril, César llegó a Tapso, un puerto clave para los enemigos, y se dispuso a asediarlo. La guarnición del lugar envió una petición de auxilio a Escipión, y este acudió, pensando que ya tenía a su enemigo donde quería.

Tapso se hallaba rodeada por el mar a un lado y una laguna de agua salada al otro. Dos lenguas de tierra, una al sur y otra al oeste, la unían al continente y eran los dos únicos accesos para llegar a la ciudad. Escipión pensó que, si lograba bloquear esos dos istmos, César no tendría forma de escapar. Si antes había sufrido problemas de abastecimiento, ahora su ejército directamente moriría de hambre.

En una marcha nocturna, Escipión llevó al grueso de sus tropas

hasta el acceso situado al oeste. Mientras tanto, Juba y Afranio acamparon en el istmo sur con el resto del ejército. La idea era excavar zanjas y levantar empalizadas para encerrar a César allí.

Era lo que quería César, que había obligado a los pompeyanos a dividir sus fuerzas. Se trataba de una maniobra arriesgada, y se estaba moviendo en el filo de la navaja. Pero cuando en la mañana del 6 de abril vio a Escipión acampado al oeste, observó que sus tropas tenían el mar a su izquierda y la laguna a su derecha. Aquel terreno era relativamente estrecho y no permitía las rápidas maniobras de flanqueo y retirada que tanto le gustaban a la caballería nómada.

César decidió que había llegado el momento. Dejó a dos legiones bisoñas vigilando las obras de asedio por si los defensores de Tapso intentaban una salida y avanzó con las otras ocho.

Esta vez, César recurrió al despliegue estándar y colocó a sus hombres en *triplex acies*. En las alas hizo formar a las legiones más veteranas: el lugar de honor se lo dio a la Décima y la Novena y a la izquierda puso a la Decimotercera y la Decimocuarta. Ambos flancos estaban protegidos por arqueros y honderos; pero, para reforzarlos todavía más como precaución contra los elefantes, dividió en dos a la Quinta *Alaudae* y desplegó cinco de sus cohortes detrás de cada ala. En el centro colocó a las tres legiones restantes, las menos experimentadas. La caballería formaba en el escaso hueco que quedaba a ambos lados. A César no le preocupaba demasiado, pues con gusto habría renunciado a su caballería con tal de librarse de la del enemigo.

Frente a ellos, Escipión presentaba un despliegue similar, con la diferencia de que disponía de más caballería y de que delante de cada flanco había treinta elefantes.

«Hoy es el día», pensó César. Sin apresurarse, desfiló a pie por delante de sus unidades en un paseo de dos kilómetros que en circunstancias normales le habría llevado veinte minutos, pero que le debió demorar más de una hora mientras se detenía aquí y allá para saludar y dar ánimos. En particular, cuando llegó al centro exhortó a los más novatos a emular a los veteranos para conseguir como ellos *famam, locum, nomen*: fama, estatus y reputación.

Mientras inspeccionaba y arengaba a sus unidades, observó que

reinaba cierto desorden en las filas enemigas, como si los hombres de Escipión estuvieran inquietos o asustados, o se hubiera producido algún problema de organización en el despliegue. Los oficiales cesarianos y los *evocati*, los veteranos reenganchados, urgieron a César a dar la orden para atacar. ¡Aquella era una señal que les enviaban los dioses y no había que desaprovecharla!

Por alguna razón, tal vez porque no se hallaba del todo satisfecho con su formación, César no quería cargar todavía y trataba de contener a sus hombres. De pronto, en el ala derecha, donde formaban los más veteranos, resonaron unas penetrantes notas metálicas. Eran los soldados de la Décima, o quizá de la Novena, que habían obligado al *cornicen* a tocar la señal de ataque.

Obedeciendo las órdenes de César, los centuriones se plantaron delante de la primera fila y trataron de refrenar a los más impacientes empujándolos hacia atrás a golpe de pecho. Pero era en vano. El movimiento que había empezado en la derecha se contagiaba a toda la primera línea.

César debió de pensar lo mismo que dejó escrito al relatar Farsalia: «Todos los hombres poseen de forma innata cierto ardor y animosidad de espíritu que se enardece por el deseo de luchar» (BC, 92). Decidido a desatar aquella furia, indicó el santo y seña para sus hombres, uno que podría habersele ocurrido a Sila: *Felicitas!*, «¡Buena suerte!».

Desencadenados como una fuerza de la naturaleza, los hombres de César se abalanzaron sobre los de Escipión. En el flanco derecho, los honderos y arqueros se adelantaron a los demás y descargaron andanadas de proyectiles sobre los elefantes. Estos, demostrando, como decía Apiano, que merecían el calificativo de «el enemigo común», se asustaron con los silbidos de los proyectiles y los impactos, dieron media vuelta, aplastaron a los suyos y huyeron por las puertas de la empalizada, que aún estaba a medio construir. A los paquidermos los siguió la caballería, y en cuestión de minutos toda el ala izquierda de Escipión se desmoronó.

El miedo se contagió a todo el ejército, que se retiró en tropel al campamento. Pero este no podía servirles de protección, puesto que apenas habían empezado a fortificarlo. Muchos se quitaron las armaduras para huir más ligeros, y otros que se retiraron a una pequeña elevación abatieron las armas en lugar de rendición.

Aquella campaña se había enconado tanto que los soldados de César no estaban dispuestos a ser tan misericordiosos como en Farsalia. Mataron por igual a los que empuñaban las armas y a los que seguían resistiéndose. El furor llegó a tal punto que cuando algunos oficiales cesarianos intentaron contener a sus soldados, estos los asesinaron también, en parte porque los veían como aristócratas que por sus rencillas internas habían provocado aquella larga guerra.

Diez mil soldados pompeyanos murieron ese día. A lo largo de este libro he puesto muchas veces en duda las cifras de bajas en las batallas de los romanos, pero este número tiene todos los visos de ser verosímil. En cuanto a los mandos, la mayoría de los que escaparon acabaron mal. Metelo Escipión intentó huir a Hispania en barco; pero cuando las naves del mercenario Sitio lo interceptaron, se clavó su propia espada y se arrojó al mar. Afranio cayó en manos de este mismo Sitio, y César lo condenó a muerte: una cosa era perdonar a un enemigo una vez y otra hacerlo dos veces.^[59]

El rey Juba y Petreyo huyeron a Zama. Para su desgracia, no pudieron entrar en ella, pues al enterarse de la victoria de César la guarnición les cerró las puertas. Ambos se batieron en un extraño duelo a muerte para que el enemigo no los capturara con vida; Petreyo ganó y después ordenó a un esclavo suyo que lo matara con un cuchillo. (En otras versiones gana Juba).

Labieno consiguió escapar hasta Hispania. Allí se reunió con los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, dispuesto a mantener viva la llama de la causa optimate.

Cuando Catón, que seguía en Útica, conoció la noticia de la victoria de César, comunicó a sus allegados: «No quiero estar en deuda con un tirano por sus obras ilegales. Cuando perdona a hombres de los que no es el amo, César quebranta la ley». Después se suicidó. Con esta última decisión se ganó para la posteridad la fama de hombre íntegro e incorruptible, un romano de una sola pieza. Pero también había llamado tirano a Pompeyo antes de que le resultara útil, y en el fondo no era más que el representante de una oligarquía bastante xenófoba que se creía depositaria única de las prístinas virtudes romanas.

Tras la batalla de Tapso, César convirtió en provincia parte del reino de Juba. El resto de su territorio se lo entregó al reino de Mauritania y al

renegado Sitio, que tanto le había ayudado. También impuso multas y confiscó propiedades a los individuos y comunidades que habían ayudado a los pompeyanos. Con ello, como siempre, mataba dos pájaros de un tiro: castigaba a los adversarios y hacía caja.

Para evitar ulteriores motines entre sus tropas, César licenció a los soldados veteranos más conflictivos y les concedió tierras en dos nuevas colonias, Clúpea y Cúrubis. Después nombró a Salustio gobernador de la provincia de África Nova, recién creada con los territorios arrebatados a Juba. En junio, por fin, zarpó de nuevo hacia Italia.

Triunfo y dictadura

César regresó a Roma a finales de julio del año 46. El senado batió todas las marcas anteriores decretando cuarenta días de acción de gracias, algo nunca visto, que duplicaba los que le habían concedido tras someter la rebelión de Vercingetórix. También se le otorgó, por fin, el triunfo que tanto tiempo llevaba esperando y al que había renunciado la primera vez que tuvo ocasión a cambio de presentarse a las elecciones a cónsul.

En realidad, no fue un triunfo, sino cuatro seguidos, por derrotar a los galos, a los egipcios, a Farnaces del Ponto y a Juba de Numidia. Este último era un triunfo concedido por sus victorias en la guerra civil; pero, como se trataba de un conflicto entre romanos y celebrarlo podía resultar doloroso, el nombre de Juba lo disfrazaba un poco.

La concesión de cuatro triunfos también suponía un récord, pues los de Pompeyo a lo largo de toda su carrera habían sido tres. De esta manera, César dejaba bien claro quién era el romano más grande de su época y de todos los tiempos.

Los triunfos duraron del 21 de septiembre al 2 de octubre, aunque hubo algunos días intermedios sin desfiles. El primero empezó con un mal presagio cuando el eje del carro de César se partió al pasar por delante del templo de la Fortuna y tuvieron que traerle uno de repuesto. Como expiación o por demostrar su humildad, César subió más tarde las escalinatas del templo de Júpiter Capitolino de rodillas.

Ese triunfo fue el más fastuoso: el público romano estaba hambriento de celebraciones, y además César había conseguido aquellas victorias sobre los temidos galos, la pesadilla ancestral de los romanos. Cientos de celtas altos y pálidos desfilaban como prisioneros. El más llamativo de todos era Vercingetórix, que llevaba seis años prisionero. En los otros triunfos se vio asimismo a cautivos importantes, como Arsínoe, la hermana de Cleopatra, o el pequeño Juba, hijo del rey de Numidia, que solo tenía tres años.

A Juba con el tiempo le devolvieron el trono y se casó con una hija de Marco Antonio y Cleopatra. Arsínoe también sobrevivió al desfile, aunque unos años después fue asesinada en un templo por orden de Marco Antonio. Quien corrió peor suerte fue Vercingetórix: terminado el desfile, lo condujeron a la lóbrega celda del Tuliano y lo estrangularon de forma ritual.

Los cortejos triunfales mostraban, además de cautivos, carros llenos de monedas y lingotes arrastrados por bueyes. Buena parte de ese dinero se distribuyó entre los soldados: veinte mil sestercios por cabeza, el equivalente a más de veinte años de servicio para un legionario de César, y eso teniendo en cuenta que había doblado la paga a sus hombres. A los centuriones les correspondieron cuarenta mil sestercios y ochenta mil a los tribunos y prefectos.

No es de extrañar que los soldados desfilaran tan contentos por las calles, con sus cotas de malla y sus cascos relucientes, sintiéndose el blanco de todas las miradas. Mientras sus cáligas claveteadas resonaban sobre el pavimento, ellos demostraban que tenían una relación especial con su general y podían decirle lo que querían, y lo mismo cantaban «¡Esconded a vuestras mujeres, que viene el conquistador cabeza de calabaza!», que unos versos que ya mencionamos y que a César no le hacían tanta gracia:

César conquistó las Galias, pero Nicomedes conquistó a Cesar.

¡Mirad cómo ahora triunfa César por someter a las Galias,

mientras que no triunfa Nicomedes, que sometió a César!

Como buen líder popular, César no se olvidó de la plebe urbana: más de trescientas mil personas recibieron aceite y trigo gratis, más una bonificación de cuatrocientos sestercios. Así, el pueblo de Roma recibía

parte de los frutos del imperio. Por supuesto, se puede discutir si había algo de demagogia u oportunismo en estas medidas. Pero aunque César era un genuino miembro de la élite, convencido de su superioridad innata, todos los indicios sugieren que se compadecía de los ciudadanos pobres. Si no era así, al menos comprendía intelectualmente que la excesiva miseria en una ciudad gigantesca como Roma suponía un caldo de cultivo para la violencia, y que por tanto había que paliarla. En cualquier caso, a los beneficiarios de su generosidad les daban igual sus motivos.

La celebración no se redujo a las cuatro paradas militares. Entre desfile y desfile, César organizó banquetes públicos, con veintidós mil mesas repartidas por la ciudad en las que, como diría un hobbit, llovía bebida y nevaba comida. También hubo obras teatrales, certámenes deportivos, carreras de carros y, cómo no, luchas de gladiadores.^[60] Se sacrificaron cuatrocientos leones, por primera vez se vieron jirafas en Roma y cuarenta elefantes lucharon en una pequeña batalla.

En fin, sería fatigoso proseguir con tanto festejo. Desde un punto de vista más práctico, César fue elegido dictador por tercera vez. En esta ocasión se le concedió un plazo sin precedentes, diez años, con la misión de poner en orden la República (*rei publicae constituendae*). Como muestra de honor, podía sentarse en el senado en una silla curul junto a los cónsules y tomar la palabra el primero, antes incluso que el *princeps senatus*. Otro símbolo que debía halagar a esa *dignitas* por la que tanto había luchado era el de los lictores: doce escoltaban a los cónsules y veinticuatro a los dictadores, pero a César le concedieron setenta y dos en atención a que era dictador por tercera vez.

También se le nombró *praefectus morum* o guardián de las costumbres durante tres años, una especie de censor sin colega. Como tal, podía expulsar del senado a aquellos miembros que considerara inmorales.

Ciertamente, era como para tener una indigestión de *dignitas* y olvidar aquella frase que supuestamente un sirviente susurraba al general durante el triunfo: «Recuerda que eres mortal». Porque incluso el Estado encargó una estatua de bronce de César dominando el mundo conocido, con una inscripción que lo definía como semidiós.

Al menos, César hizo borrar esa inscripción. Y en un discurso en el senado, al darse cuenta de que la gente temía que llevado por su orgullo se comportara como algunos de sus predecesores en el pasado, declaró que él

no era como Mario, Cinna, ni Sila. Cada uno de ellos antes de derrotar a sus adversarios había mostrado piel de cordero para convertirse en un lobo tras la victoria. Él no pensaba hacer eso, pues su única intención era devolver a Roma la prosperidad y el orden del pasado.

Conociendo la famosa —aunque calculada— clemencia de César, podían pensar que no mentía. Había perdonado a viejos rivales, como Cicerón, Bruto o Casio, e incluso a encarnizados enemigos como Marco Marcelo.

Sin embargo, no todos sus enemigos habían muerto ni se habían pasado a su bando. En Hispania todavía coleaban las últimas brasas de la guerra civil, avivadas por Cneo y Sexto Pompeyo, que mantenían viva la memoria de su padre. Pasada la euforia de las celebraciones, César no tuvo más remedio que pensar de nuevo en dejar la toga y colgarse el manto de general.

La última batalla de César

Los problemas de Hispania eran en buena parte culpa de César. Ya comentamos que había nombrado gobernador al antiguo tribuno Casio Longino, y que este, con su codicia y su crueldad, se había granjeado los odios de todo el mundo. Debido a ello, Hispania había vuelto a caer en manos de los pompeyanos.

Al principio, César, que debía encontrarse exhausto después de tantos años de guerra incesante (tan solo había descansado de las armas durante el crucero del Nilo), no le dio mucha importancia a lo de Hispania y pensó que sus subordinados podrían encargarse del problema. Pero Cayo Trebonio primero y Fabio Máximo y Pedio después no cosecharon más que reveses.

En otoño del año 46, Cneo Pompeyo el Joven había congregado bajo su mando una fuerza impresionante formada por hispanos y veteranos de su padre. En número, equivalía a trece legiones. Por si fuera poco, se había unido a él Labieno, que estaba dispuesto a seguir combatiendo contra el odiado César hasta la muerte.

Comprendiendo que la amenaza era grave, César pensó que o se encargaba él mismo del problema o no dejaría de crecer como una bola de nieve. En noviembre, César, que aquel año también era cónsul además de dictador, dejó a su colega Lépido encargado de gobernar Roma y partió hacia Hispania. En menos de cuatro semanas recorrió más de dos mil doscientos kilómetros con su celeridad habitual. En esta ocasión viajaba en carruaje. Como era típico en él, en lugar de dejarse adormecer por los traqueteos siguió escribiendo cartas y resolviendo asuntos diversos, e incluso encontró tiempo para escribir un poema titulado «Iter» o «El viaje». Un título apropiado: sin duda de viajes entendía mucho.

César contaba en esta campaña con ocho legiones, pero únicamente dos de ellas eran veteranas: la Quinta *Alaudae* y la Décima, de la cual se habían licenciado muchos soldados. Por muy buen general que fuese, las guerras las ganaban los soldados, y muchos temían que con legionarios tan bisoños César corría peligro de que esta vez se le agotara la suerte. Por temor a que eso ocurriera incluso alguien que no era nada partidario de César como Casio, futuro conspirador de los idus, escribió a Cicerón criticando la estupidez y la crueldad de Cneo Pompeyo y preguntándose si no convendría más quedarse con el amo antiguo y clemente; esto es, César (*Ad Fam.*, 15.19.4).

Durante el invierno del 46-45, César mantuvo con sus adversarios una guerra de desgaste en la que poco a poco les comió el terreno. Fue un conflicto brutal. Tanto César como los pompeyanos poseían vastas redes clientelares en la península, por lo que la lucha entre romanos se convirtió también en una guerra civil entre hispanos extremadamente cruel.

Como siempre en estas campañas, hubo una batalla decisiva, que se libró el 17 de marzo del 45 cerca de Munda, una población cuyo emplazamiento exacto se discute, pero que estaba situada en la Bética. Las tropas de Cneo Pompeyo y Labieno se hallaban desplegadas en una colina. Bajo esta se extendía una amplia llanura perfecta para maniobras de infantería y caballería, y fue allí donde formó César a sus tropas, pues estaba deseando acabar con aquella guerra de una vez por todas. Pero los pompeyanos no parecían dispuestos a bajar. Quizá Cneo estaba siguiendo algún consejo de Labieno, que conocía bien a César y pudo decirle algo así: «El viejo es impaciente y, si esperas, te atacará».

Y el viejo —tenía cincuenta y cuatro años por entonces, pero era evidente que se conservaba en forma— decidió atacar. Aunque cargar

ladera arriba siempre era una maniobra arriesgada, César observó de nuevo que sus hombres deseaban luchar y los envió de frente contra el enemigo. Convencido de que aquella iba a ser la batalla final de la guerra, el santo y seña que eligió fue «Venus», en homenaje a la diosa de la que procedía su linaje.

La batalla fue muy larga y dura, un combate de frente, sin grandes sutilezas tácticas. Los hombres mataban y morían en aquella ladera sin apenas ceder terreno. Durante largo rato la línea de combate se mantuvo en el mismo sitio, pero luego ocurrió lo que hasta entonces nunca había pasado, algo impensable.

Los veteranos de la Décima empezaron a retroceder.

Cuando vio que se estaba abriendo una brecha en sus líneas y que el ala derecha podía ser derrotada, César, tal como comentó después a algunos amigos, se dio cuenta de que estaba en peligro de perderlo todo y barajó la idea de arrojarse sobre su espada. Pero luego pensó que podía tener un final más glorioso que, de paso, le ofrecía un resquicio de esperanza.

Levantando las manos al cielo, César rogó a los dioses que no mancillaran su gloriosa hoja de servicios con un último desastre. Después desmontó del caballo, se quitó el casco para que lo reconocieran, le quitó el escudo a un soldado y se puso en la primera fila, en el hueco que habían dejado los legionarios de la Décima reacios a combatir.

Como ni así conseguía animar a sus hombres, exclamó: «¡Muy bien! ¡Este será el final de mi vida y de vuestro servicio en las legiones!». Dicho esto, corrió solo hacia el enemigo y no se detuvo hasta llegar a tres metros de su primera línea.

Cuando vieron que las jabalinas de los pompeyanos golpeaban el escudo de César y algunas se quedaban clavadas en él, la vergüenza y la devoción por su general pudieron más que el miedo, y los tribunos y centuriones de las primeras filas corrieron en su ayuda. Siguiendo su ejemplo, los hombres de la Décima recordaron sus glorias pasadas y decidieron dar un último esfuerzo por el hombre que les había hecho conquistar la Galia y vencer en Tapso y Farsalia.

La carga renovada de la Décima abrió una brecha en el ala izquierda enemiga. Al verlo, Cneo mandó tropas de refuerzo desde su ala derecha.

Era el momento que esperaba el rey Bogud de Mauritania, jefe de la caballería aliada de César que se mantenía en reserva. Al observar que las filas pompeyanas raleaban en aquella zona, se lanzó por allí aprovechando el hueco y asaltó el campamento enemigo.

Cuando se percató, Labieno envió refuerzos al campamento; es de suponer que se trataba de escuadrones de caballería, aunque el relato de Dión Casio no lo deja muy claro, y también pudieron ser algunas cohortes. En cualquier caso, esas tropas pasaron por detrás de las demás unidades de su propio ejército. Al verlas, los pompeyanos que formaban en las últimas filas malinterpretaron el movimiento y pensaron que o bien eran compañeros suyos que huían o cesarianos que los habían sorprendido por la retaguardia.

El malentendido les hundió la moral y provocó una desbandada general. En la persecución que vino a continuación los hombres de César concedieron incluso menos cuartel que en la batalla de Tapso, y según se cuenta dieron muerte a treinta mil pompeyanos. Entre ellos cayó Labieno, cuya cabeza le llevaron a César como trofeo. En cuanto a los hermanos Pompeyo, Cneo logró huir pese a estar malherido. Unos días después, no obstante, lo capturaron y decapitaron, y su cabeza también le fue enviada a César. Sexto, en cambio, llegó hasta el mar, se convirtió en pirata y durante un tiempo convirtió Sicilia en su base de operaciones contra Octavio y Marco Antonio, los herederos de César.

Después de todas estas operaciones, César viajó a diversas ciudades para arreglar cuentas. Cuando se presentó en Híspalis (Sevilla), se dirigió a la asamblea del pueblo. Esa ciudad, como tantas otras, había apoyado a sus enemigos.

En un discurso, César recordó a los hispalenses que siempre se había portado bien con ellos. En su primera magistratura, cuando fue cuestor en Hispania Ulterior allá por el año 69, los había tratado con especial atención y gran afecto. ¿No recordaban que cuando fue pretor en el 62 solicitó al senado que les levantara los tributos que les había impuesto como castigo Metelo Pío tras la guerra contra Sertorio? También se había personado en muchos juicios tanto públicos como privados para ayudar a los ciudadanos de Híspalis, y eso le había granjeado la enemistad de hombres poderosos en Roma.

En un fragmento muy revelador de la mentalidad de un

conquistador romano, César les echó en cara que eran unos ingratos, y que odiaban tanto la paz que las legiones nunca podían ausentarse de su territorio. ¿Acaso pensaban en librarse de ellas pasándose al bando de Cneo Pompeyo y luchando contra el pueblo romano? ¿Cómo eran tan ingenuos?

En ese momento siete siglos de historia de Roma, de triunfos y heroicidades memorables, de terribles crueldades, de reveses de los que la ciudad siempre se recuperaba y, sobre todo, de un orgullo indomable hablaron por boca de César, el romano más grande que había conocido el orbe:

—Pero ¿es que no os dabais cuenta de que, aunque me hubierais destruido, el pueblo romano tiene tales legiones que no solo podrían venceros a vosotros, sino incluso derribar el cielo?

Epílogo

A fuerza de convulsiones y heridas, la República había muerto en algún lugar del camino, pero ni ella misma se había dado cuenta.

Después de la batalla de Munda, César fue su enterrador.

Cuando en Roma se supo que César había vencido, se decretaron cincuenta días de acción de gracias. También se le nombró «Libertador» e *imperator*. Hasta entonces este último honor lo recibían únicamente los generales victoriosos en el campo de batalla, y por aclamación de sus soldados. Ahora se le concedía a César para siempre; con el tiempo, la palabra se convertiría en un título de dignidad para designar a reyes que eran o creían ser más que reyes.

Pero los honores solo habían empezado. Cuando llegó a Roma en octubre del año 45, César celebró su triunfo por la última campaña de la guerra civil. Aquel desfile fue muy criticado, ya que no cabía maquillarlo bajo el disfraz de una guerra extranjera como se había hecho con la campaña de África contra el rey Juba.

Sin embargo, la oposición no existía o permanecía callada, y el senado y la asamblea siguieron concediendo a César honores sin precedentes. Él, y solo él, podía vestir el manto púrpura y la corona de laurel siempre que le pareciera oportuno, como si marchara en un desfile triunfal permanente. Se sustituyó su silla curul por otra de oro para que presidiera los actos oficiales, se le levantó una estatua encima de la Rostra que dominaba con su presencia a los oradores. Esta escultura no era más que una entre muchas que lo representaban, y una de ellas se alzaba nada menos que en el templo de Júpiter en el Capitolio.

El cumpleaños de César se conmemoró como fiesta oficial. El mes en el que había nacido, quintil —que hacía tiempo que no era el quinto sino el séptimo del año—, se convirtió en julio en su honor, y así se mantiene más de veinte siglos después. Un homenaje en cierto modo merecido, ya que a él y al astrónomo grecoegipcio Sosígenes se debe la reforma del calendario que se denominó «juliano» y que acabó con el desbarajuste que reinaba

hasta entonces.

También se le reconoció oficialmente como *Divus Iulius*, el dios Julio, y se nombró a Marco Antonio nuevo sacerdote de aquel culto. Considerar dios a un gobernante no era algo insólito en el Mediterráneo, pero parecía más propio de las monarquías helenísticas o de Egipto. No hay que pensar por eso que César creyese que había sufrido una metamorfosis divina. Él no era ningún loco como Calígula y, por muy convencido de su *dignitas* que estuviese, resulta más fácil imaginárselo con la ironía del emperador Vespasiano al morir: «Siento que me estoy convirtiendo en un dios».

La divinización o semidivinización de un gobernante no era más que una cuestión ritual y práctica. Al fin y al cabo, los romanos rendían culto a los antepasados muertos: incluyendo a César en su superpoblado panteón únicamente adelantaban ese culto unos años. Porque, por si a César se le olvidaba el consejo que susurraba el esclavo a los generales triunfadores, «Recuerda que eres mortal», también se le concedió el privilegio único de ser enterrado dentro del pomerio, ya que los restos de alguien divinizado como él no contaminaban el recinto sagrado. Era un honor, sí, mas también un recordatorio de que ni siquiera él iba a vivir para siempre.

César ya era *pontifex maximus*, pero ahora el cargo se convirtió en hereditario para aquel a quien se lo legase. También se le nombró padre de la patria, censor perpetuo y un sinfín de títulos más que acompañaron al de guardián de las costumbres que ya mencionamos.

Sin duda, el cargo de más peso era el de dictador. Ya lo había ejercido durante unos días en el año 49 para organizar las elecciones, y después de Farsalia otra vez durante un año entero. Antes de partir para Munda se le había vuelto a nombrar dictador para diez años, pero incluso eso no pareció suficiente, y en el 44, César recibió el título de *dictator perpetuus*, dictador de por vida.

Quedaba claro, pues, que aquella acumulación de poderes no se le concedía para una emergencia, como la dictadura tradicional, ni tampoco para poner en orden la República. La clave era que la dictadura, aquel régimen autocrático en que una sola persona dejaba de ser un primero entre iguales y dirigía los destinos del Estado dominando a todos los demás magistrados, se convertía en el núcleo de la República. No iba a ser una medida temporal, sino permanente, la misma esencia del gobierno, que pasaba de ser una oligarquía a una autocracia. Al menos mientras

César viviera.

No era ninguna idea nueva. En los momentos de crisis extremas ya se habían otorgado poderes extraordinarios a algunos magistrados de modo que pudieran tomar decisiones por encima de las rencillas de los clanes senatoriales. Así había ocurrido con los cinco consulados consecutivos de Mario, o con la dictadura de Sila. También pasó cuando los optimates nombraron a Pompeyo cónsul en el 52 para que salvara la ciudad de la anarquía, al mismo tiempo que era procónsul y mantenía legiones en Italia. ¿Qué demostraba eso? Que el sistema ya no era operativo y hacía falta apuntalarlo constantemente.

Unas instituciones bien diseñadas deben funcionar en tiempos difíciles, no solo cuando todo marcha bien, del mismo modo que no sirve de mucho que el tejado de una casa nos mantenga secos cuando no llueve, pero tenga goteras al primer chaparrón. Y la constitución romana, aquel sistema en que una pequeña oligarquía competía fieramente por parcelas de poder, se había convertido en un techo plagado de grietas y agujeros. Las viejas instituciones que tanto reverenciaban los romanos habían servido para administrar una ciudad que al principio tan solo movilizaba una milicia de diez mil soldados. Pero ahora Roma se había convertido en la dueña del Mediterráneo, gobernaba a decenas de millones de personas y controlaba un territorio que superaba en extensión a la mayoría de los estados nacionales de nuestros días.

A pesar de todo, las viejas inercias tardan tiempo en detenerse y a todas las clases dominantes les cuesta renunciar a sus antiguos privilegios. No es que César anduviera pensando en acabar con la casta senatorial como tal, pero sí le estaba cortando las alas. Los miembros de esta reducida élite se habían percatado de que, si la nave del Estado seguía por el rumbo que César había decidido, en el futuro no podrían pilotarla a su antojo y sin rendir cuentas como habían hecho hasta entonces.

Por si fuera poco, César estaba introduciendo sangre nueva en la clase dirigente, algo que hacía sentirse amenazados a los viejos clanes que llevaban generaciones repartiéndose magistraturas, mandos militares, honores y riquezas. Durante los años de dictadura cesariana siguieron desempeñando el consulado miembros de las antiguas familias, como la *gens* Antonia, la Emilia, la Fabia o la Cornelia. Pero también se empezaron a escuchar apellidos (como Trebonio, Fufio, Vatinio, Hircio o Vibio) que

jamás habían aparecido en los fastos consulares y que hacían arrugar la nariz a los aristócratas de toda la vida. Lo mismo ocurrió con los pretores y con los senadores en su conjunto.

Al abrir tanto aquel club exclusivo, César amenazaba con destruirlo, o así lo veían quienes estaban dentro, que debían pensar con tristeza: «Si todo el mundo es especial, nadie es especial».

En el pasado, Roma se había hecho grande porque supo incorporar a su proyecto a los pueblos a los que conquistaba otorgándoles poco a poco la ciudadanía. Como ya comentamos en *Roma victoriosa*, la clave de su poder militar era el *manpower*, esa cantera de soldados y mandos aparentemente inagotable que le permitía levantarse una y otra vez de sus derrotas.

Desde principios del siglo II las cosas habían cambiado. La oligarquía que dominaba el senado había decidido cerrar el paso a los nuevos ciudadanos, lo que había provocado muchos conflictos, alguno de ellos a gran escala como la Guerra Social. Pero ahora César se empeñaba en conceder la ciudadanía a nuevos territorios, como la Galia Cisalpina al norte del Po, y estaba convirtiendo en senadores a miembros de las élites de toda Italia. ¡E incluso a galos! Tal como se quejaba un canto popular:

César arrastró a los galos en su triunfo, pero luego los llevó a la Curia.

Los galos se quitaron los pantalones y se pusieron la toga de senador.

Los más recalcitrantes repartían folletos en el Foro en los que se leía: «Que nadie les diga a los senadores nuevos por dónde se va a la Curia» (Suetonio, *César*, 79).

Aquella supuesta invasión extranjera podía molestar de una forma vaga al pueblo romano en general, ya que la xenofobia es una emoción muy primaria que se estimula con facilidad. Pero los afectados eran los miembros del viejo orden senatorial.

Y fue entre ellos donde se empezó a tramar la conspiración.

Mientras César se entregaba a una vorágine de reformas —el nuevo calendario, los cambios en los jurados de los tribunales, la ampliación del senado, el aumento en el número de ediles y pretores, la revisión de la lista de ciudadanos que recibían trigo gratis, la creación de colonias, las

normas de fomento de la natalidad, por no hablar de las obras públicas como el Foro Julio—, un grupo cada vez mayor de senadores se reunía en conciliábulos para analizar lo que estaba pasando. Progresivamente, la opinión más extendida era que solo había una solución para sus males y los de la República: matar a César.

Llegaron a ponerse de acuerdo hasta sesenta conjurados, de los que la tradición ha conservado dieciséis nombres. Entre ellos había algunos antiguos adversarios de César, como Bruto y Casio, que habían pertenecido al bando pompeyano durante la guerra civil. Pero también se encontraban cesarianos, como Cayo Trebonio o Décimo Bruto, el eficaz legado que mandó la flota de César en la batalla contra los vénetos.

Los motivos que unían a aquellos hombres eran variopintos. Había algunos a los que César no les había otorgado los honores que codiciaban, como Galba, y otros se unieron a la conjura porque el dictador no había perdonado todavía a algún familiar pompeyano, como Tilio Cimbro. En general, no veían bien que una sola persona acaparara tanto poder y tantos honores, pues al hacerlo privaba a los demás de la parte que legítimamente les correspondía. Algunos como Bruto parecían creer honradamente que estaban salvando a la República en su conjunto.

En cierto modo, César fue el culpable de su propia muerte. No me refiero a que su dictadura le atrajera odios homicidas, cosa que también ocurrió, sino a que no tomó apenas precauciones para protegerse. Poco antes de su asesinato, había despedido a la guardia personal hispana que lo acompañaba desde hacía un tiempo. Cuando le advirtieron de que aquello era una imprudencia, contestó que su vida le importaba más a la República que a él mismo; parecía pensar que necesitaba más tiempo para llevar a cabo sus reformas del que realmente le quedaba de vida.

Cierto es que había cumplido con sus aspiraciones de poder y gloria, y que su *dignitas* había quedado más que reivindicada, de modo que en ese sentido podía morir tranquilo. Cuando en una conversación entre amigos surgió el manido tema de cómo prefería acabar su vida cada uno, César dijo de forma muy reveladora que lo que mejor le parecía era una muerte rápida e imprevista.

Por otra parte, su famosa clemencia significaba que no solo no se había librado de sus enemigos (alguien como Sila no tenía por qué temerlos, puesto que apenas había dejado vivo a ninguno), sino que a

muchos los había perdonado y les había concedido altos cargos. La mayoría de ellos seguían siendo hostiles a César y, para colmo, convencieron a algunos de sus supuestos aliados de que la única solución si querían recuperar las antiguas libertades era asesinar al dictador. Uno de los allegados a los que tentaron los juramentados fue Marco Antonio, a quien Trebonio sondeó medio año antes de los idus de marzo. Antonio no se sumó a la conjura, pero tampoco advirtió a César, quizá porque pensó que la conspiración no llegaría a nada.

Antonio, precisamente, había dado un pretexto a los conjurados cuando en la fiesta de las Lupercales le ofreció una diadema real al dictador. Este la rechazó por dos veces en un gesto probablemente calculado y acordado con Marco Antonio, para demostrar que no quería ningún símbolo de la realeza. Pero el comentario que corrió fue que en realidad estaba deseando ceñirse esa diadema. Por otra parte, se propagó el rumor de que según cierta profecía los partos solo podrían ser vencidos por un rey, y el imperio parto era precisamente el próximo objetivo de César.

Para incentivar más los rumores, Cleopatra llevaba meses viviendo en Roma. No dejaba de ser una soberana extranjera que tenía un hijo de César y que, según las malas lenguas, estaba convenciendo a su amante para que se decidiera a convertirse en rey y, todavía peor, para que trasladara la sede de esa realeza a Alejandría. En las hablillas contra Cleopatra se fundían el odio romano a los reyes, la xenofobia y los prejuicios contra los orientales y las mujeres, un caldo de cultivo explosivo.

Todavía se sigue discutiendo si César realmente aspiraba a la monarquía. No parece demasiado lógico. Ya acaparaba suficiente poder como dictador perpetuo, amén de todos los demás cargos. *Rex* solo era una palabra que no convenía utilizar y que no aportaba nada. En cuanto a los símbolos reales, ¿para qué ponerse una diadema pudiendo usar una corona de laurel o la corona cívica que se le había concedido en Mitilene? A los romanos les gustaban sus propios símbolos de poder, como las *fasces*, y consideraban que, con su aparente sencillez, estaban muy por encima de los recargados signos de autoridad que ostentaban los monarcas extranjeros. A Popilio Lenas le había bastado un sarmiento, una simple *vitis* como la que llevaban en la mano los centuriones, para someter a su voluntad a todo un rey.

Creo que podemos estar seguros de que César no quería ser rey. De hecho, su sucesor Octavio tuvo mucho cuidado no solo de no utilizar ese título, sino incluso de prescindir de la palabra «dictador», que se había convertido en tóxica precisamente por César. Teniendo el poder, que era lo importante, ¿por qué empeñarse en batallar por las palabras?

Los conjurados eligieron el día 15 de marzo, los idus, porque el tiempo se les agotaba. El 18 de marzo del año 44 César tenía previsto abandonar Roma y viajar a Grecia, donde ya lo aguardaba su ejército. Proyectaba una campaña rápida de castigo en la Dacia y después otra mucho más ambiciosa contra el imperio parto. Había que vengar la derrota de Carras y recuperar las águilas que Craso había perdido. Aquella iba a ser la expedición más ambiciosa de la historia de Roma: César había movilizado a dieciséis legiones y diez mil jinetes, y estaba planeando abrir un canal en el istmo de Corinto para que las líneas de suministro de Italia a Oriente se ahorraran varios días de navegación.

¿Qué habría ocurrido si César no hubiese sido asesinado? Es imposible saberlo. César era mucho mejor general que Craso y también que Marco Antonio, que años después fracasó en otra campaña en Partia. Pero ni aun así su victoria habría sido inevitable, pues ya hemos visto que durante sus campañas estuvo varias veces a escasos centímetros del desastre, y que la única forma de predecir la historia es hacerlo desde el futuro. En cualquier caso, esas especulaciones son campo para las ucronías, y no renuncio a hacerlas algún día, pero en el terreno de la ficción.

La noche del 14 al 15 de marzo la mujer de César tuvo malos sueños y le pidió que no asistiera a la sesión del senado. Él tampoco se encontraba muy bien, por lo que estuvo a punto de hacer caso a Calpurnia. Eso alarmó a los conjurados, y Décimo Bruto corrió a su casa a convencerle de que acudiera a la reunión para no ofender a los senadores.

Finalmente, César salió de la *domus publica* y atravesó el Foro para dirigirse al teatro de Pompeyo, en cuyo pórtico se iba a reunir el senado. Se cuenta que por el camino se encontró con un arúspice etrusco que le había advertido de que corría peligro aquel día. «Los idus de marzo han llegado», le dijo César. «Pero no han pasado», respondió el adivino.

Cuando llegó a la entrada del pórtico, uno de los conjurados, Trebonio o Décimo Bruto, se llevó aparte a Marco Antonio para charlar con

él. Por una parte, Marco Antonio era un hombre violento y de una tremenda fuerza física, por lo que no convenía pelearse con él. Hay que tener en cuenta que las armas que llevaban los conjurados eran cuchillos y había que usarlos peleando cuerpo a cuerpo. Aunque se abalanzaran varios sobre Antonio, aquel al que agarrara del cuello lo iba a pasar mal, y en esas situaciones cada miembro de un grupo piensa que le puede tocar a él individualmente.

Por otro lado, la idea de los conjurados no era organizar una matanza como la que pretendía Catilina o las que habían ensangrentado Roma con Mario, Cinna o Sila: únicamente querían acabar con el dictador, que entendían que era el gran problema de la República. Muchos de ellos ni siquiera odiaban a César, de quien se reconocía en general que era una persona afable y clemente. En realidad, deseaban eliminar al símbolo más que al hombre.

Dentro de la sala donde se reunía el senado, César se dirigió hacia su asiento dorado de dictador, colocado junto a la silla curul del único cónsul de aquel año, Marco Antonio. Los conspiradores formaron un corrillo a su alrededor, podemos imaginar que con el corazón latiendo a casi doscientas pulsaciones por minuto. Tilio Cimbro, aquel cuyo hermano seguía en el exilio, se acercó para pedirle que lo perdonara. En ese momento otro de ellos, Publio Servilio Casca, se puso detrás de César y le asestó una puñalada en el cuello.

Con los nervios, Casca solo le hirió de refilón, pero aquella fue la señal para los demás. Todos traían dagas escondidas bajo las togas y se las clavaron una y otra vez. César luchó usando los pliegues de su toga como protección, pero recibió hasta veintitrés puñaladas; una de ellas, que le perforó el pecho, habría sido mortal por sí sola según dictaminó el médico que le hizo la autopsia.

Cuando comprendió que iba a morir, César se cubrió la cabeza con la toga para no perder la compostura y se desplomó muerto junto a la estatua de Pompeyo (una estatua que no había mandado derribar como habrían hecho Mario o Sila en su lugar). Si en verdad le dijo a Bruto «¿Tú también, hijo?» es algo que forma parte de la leyenda.

Aquel asesinato fue estéril. Los conjurados pensaban que con matar a César bastaría para que, por arte de magia, volviera la República oligárquica en la que habían vivido (o, más bien, en la que habían creído

vivir, pues el proceso de transformación venía de largo). Si esperaban recibir el aplauso de los demás senadores o que el pueblo de Roma los llevara a hombros por las calles, se llevaron una decepción. El senado se quedó prácticamente paralizado, y fueron el cónsul Marco Antonio y el *magister equitum* de César, Lépido, quienes negociaron con los magnificidas para evitar, al menos de momento, un baño de sangre.

En cuanto al pueblo, cuando el 18 de marzo se leyó el testamento de César y se supo que había legado a cada ciudadano trescientos sestercios más el disfrute de sus jardines al otro lado del Tíber, la multitud estalló en gritos de ira. El funeral oficial estaba previsto en el Campo de Marte, pero la gente destrozó los bancos y las sillas de los magistrados, encendió una pira en pleno Foro y quemó allí el cadáver de César.

Para Cicerón y otros senadores, toda aquella multitud no era más que gentuza. Debía de haber personas de toda extracción social, pero los que contaban para el gran orador eran los *boni*, la «buena gente», la suma de los senadores y los équitos. Pero para el pueblo llano, César era alguien que, con todos sus defectos y aunque fuese calvo y se acostara con Nicomedes como cantaban sus soldados, miraba por su bienestar. Sería por convicción o por frío cálculo; pero la gente no era estúpida y sabía que políticos favorecían sus intereses y quién ordenaba repartir el trigo que significaba la diferencia entre la vida y la muerte. Aunque la tradición literaria sobre personajes como Saturnino o Clodio es muy negativa, la plebe urbana quería a esos líderes populares. No olvidemos que la mayoría de los textos clásicos que nos han llegado los escribieron miembros de la élite, y que para saber lo que pensaba «la chusma» tenemos que leer bastante entre líneas.

Del mismo modo, esa plebe quería a César y repudiaba a sus asesinos. La libertad que Bruto, Casio y los demás conjurados habían querido restaurar no afectaba a la mayoría de los ciudadanos, que no encontraban gran diferencia entre que los gobernara un autócrata como César o una oligarquía. Ciertamente, si el autócrata repartía trigo y tierras, lo preferían a los honrados optimates como Catón que no hacían nada por ellos.

El fracaso de la conspiración se demuestra en que poco tiempo después todo había vuelto a las andadas. Dos años y medio más tarde, en octubre del 42, se libraba una nueva batalla entre romanos. En la llanura de Filipos, en tierras de Macedonia, se enfrentaron el ejército de los

llamados libertadores, mandado por Bruto y Casio, y el de los herederos políticos de César, Marco Antonio y Octavio, que habían formado un nuevo triunvirato con Lépido.

Bruto y Casio fueron derrotados y no tardaron en suicidarse, que era la salida más honrosa de un romano cuando era vencido por sus compatriotas. Antonio y Octavio, arrinconando poco a poco a Lépido, se repartieron el poder y los territorios del imperio.

Después de Filipos, quienes habían pensado en César como un tirano comprendieron cuál era la auténtica tiranía. La represión que llevaron a cabo Antonio y Octavio fue brutal, una purga que segó las filas del senado y la nobleza sirviéndose de nuevo del infame procedimiento de las proscripciones. Ambos tenían sus propias filias y fobias, pero intercambiaron muertos como quien intercambia cromos; fue como si Mario y Sila se hubieran puesto de acuerdo para matar a sus enemigos al mismo tiempo.

Cuando habían despejado de piezas el tablero de juego, Antonio y Octavio empezaron a tener choques entre ellos, como era inevitable. Durante un tiempo coexistieron a regañadientes, Octavio en la parte occidental del Mediterráneo y Antonio en Oriente, donde gobernaba desde Alejandría al lado de Cleopatra. Pero al final esta coexistencia resultó imposible y se declaró una guerra abierta entre ambos.

El 2 de septiembre del año 31, en el mar Jónico, cerca de la ciudad de Accio, la flota de Octavio, mandada por su legado Agripa, derrotó a la de Marco Antonio y Cleopatra. Los dos amantes huyeron a Alejandría y no tardaron en suicidarse, brindando argumento para futuras tragedias, novelas y películas.

Octavio se convirtió en el amo de la República, que seguía llamándose así, y no tardó en acaparar tantos títulos y poder como su difunto tío abuelo. ¿Quién era este personaje que hasta ahora no había aparecido en nuestra historia?

Cuando César murió, Octavio representaba una sorpresa y también una incógnita. Era hijo de Acia, sobrina de César, y no tenía más que dieciocho años en marzo del 44. En los últimos tiempos se le había visto mucho con el dictador, lo que había resucitado las viejas hablillas sobre Nicomedes y la sexualidad de César, y se contaron muchos chistes

obscenos sobre la desfloración de aquel tierno efebo.

A decir verdad, César había comprendido que el joven Octavio era extraordinariamente inteligente y capaz. En su testamento, aunque tenía otros jóvenes parientes para elegir, el dictador nombró a Octavio heredero e hijo adoptivo, por lo que pasó a llamarse oficialmente Cayo Julio César Octaviano.

La adopción poseía valor no solo familiar, sino también político: se entendía que un hijo heredaba las virtudes, la clientela y la misión política de sus antepasados, aunque lo fueran por adopción como en el caso de Escipión Emiliano. En ese sentido, Octavio heredó en todos los sentidos los planes de César e incluso los amplió.

A menudo se dice que el proyecto de César fracasó porque a su muerte se produjo una sangrienta guerra civil. Pero fue precisamente su asesinato lo que la desencadenó. De haber vivido más años, quizás habría logrado consolidar el nuevo sistema autocrático y la transición entre él y su seguidor habría sido más pacífica.

En cualquier caso, esa transición culminó en el año 27. Octavio adoptó oficialmente el nombre de Augusto, «consagrado por los augurios», y se convirtió en la máxima autoridad con el título de *princeps*, «el primer ciudadano». A partir de entonces, Augusto, que había sido tan despiadado como Sila, pudo permitirse gobernar como un autócrata benévolo al estilo de su tío abuelo César.

Suele considerarse el año 27 como el final de la República y el principio del Imperio romano, aunque la República tradicional ya llevaba mucho tiempo boqueando en su agonía. El siglo que transcurrió entre la caída de Cartago y la muerte de César fue un tiempo de convulsiones, luchas despiadadas, traiciones, violencia callejera y guerras civiles. Pero la competencia y los conflictos entre todas aquellas personalidades tan acusadas —Escipión, los Graco, Saturnino, los dos Catones, Sila, Mario, Metelo, Sertorio, Cicerón, Catilina, Pompeyo, César y un largo etcétera, por no hablar de sus enemigos extranjeros como Yugurta, Espartaco o Mitrídates— convierten el final de la República en una de las épocas más fascinantes de la historia de la humanidad.

Después vino otra etapa, con sus luces brillantes y sus sombras tenebrosas: la era de Augusto y sus sucesores imperiales. Aunque los

límites del Imperio no se desplazaron demasiado, todavía hubo generales que llevaron los estandartes romanos a fronteras más remotas.

Pero ese, por supuesto, es otro relato.

APÉNDICES

Cronología

(Todos los años són después de Cristo)

753 - Fundación de Roma.

509 - Tarquinio el Soberbio es derrocado. Se instaura la República.

154-138 - Guerra contra los lusitanos.

149-146 - Tercera Guerra Púnica.

146 - Destrucción de Cartago por Escipión Emiliano. Destrucción de Corinto. Grecia se convierte en provincia romana.

143-133 - Guerra de Numancia.

139 - Muerte de Viriato.

135-132 - Primera Guerra Servil en Sicilia.

133 - Escipión Emiliano toma Numancia. Tribunado de Tiberio Graco. Átalo lega el reino de Pérgamo a Roma. Se crea la provincia de Asia. Asesinato de Tiberio Graco.

123 - Tribunado de Cayo Graco.

122 - Cayo Graco es reelegido tribuno de la plebe.

121 - Asesinato de Cayo Graco y de sus partidarios.

120 - Se crea la provincia de la Galia Transalpina, también conocida como Galia Narbonense o, en los textos de César, simplemente como Provincia.

113 - Los cimbrios aparecen en el reino de Nórico y derrotan al cónsul Cneo Papirio Carbón.

112-106 - Guerra de Yugurta.

110 - Yugurta derrota a Aulo Postumio Albino, legado de su hermano Espurio.

109 - Cecilio Metelo toma el mando de la guerra contra Yugurta.

107 - Mario es elegido cónsul y recibe el mando de la guerra contra Yugurta. Posibles reformas militares. El cónsul Casio Longino es derrotado y muerto en la Galia por la tribu de los tigurinos.

106 - Yugurta es capturado por Lucio Cornelio Sila, cuestor de Mario.

105 - Dos ejércitos consulares al mando de Servilio Cepión y Malio Máximo son destruidos en Arausio por los cimbrios y teutones.

104 - Segundo consulado de Mario. Segunda Guerra Servil en Sicilia.

103 - Tercer consulado de Mario. Primer tribunado de Saturnino.

102 - Cuarto consulado de Mario, que vence a los teutones en Aquae Sextiae.

101 - Quinto consulado de Mario, que derrota a los cimbrios en Vercelas junto a Lutacio Catulo.

100 - Sexto consulado de Mario. Segundo tribunado de Saturnino, que termina con graves disturbios y su asesinato y el de sus partidarios. Se aplica el *senatus consultum ultimum*. Nace Julio César.

91 - Tribunado de Livio Druso, que muere asesinado. Su muerte provoca el estallido de la Guerra Social.

91-88 - Guerra Social entre la República y sus aliados italianos.

89 - Manio Aquilio promueve una invasión fallida del Ponto. Contraataque de Mitrídates.

89-84 - Primera Guerra Mitridática.

88 - Matanza de romanos e itálicos en Asia conocida como «Vísperas asiáticas». Tribunado de Sulpicio Rufo. El cónsul Sila recibe el mando de la

guerra contra Mitrídates, pero Sulpicio se lo arrebató y se lo otorga a Mario. Sila marcha contra Roma con su ejército y después parte a Grecia.

87 - Mario y Cinna entran en Roma y eliminan a los partidarios de Sila. Sila asedia Atenas y el Pireo.

86 - Sexto consulado de Mario, que muere a los pocos días. Sila toma Atenas y el Pireo, y vence en las batallas de Queronea y Orcómeno.

85 - Paz de Dárdanos entre Sila y Mitrídates.

84 - Sila reorganiza la provincia de Asia. Cinna muere en un motín de sus tropas.

83 - Sila desembarca en Brindisi.

83-82 - Primera guerra civil.

82-72 - Campañas de Sertorio en Hispania.

82 - Batalla de la puerta Colina. Dictadura y proscripciones de Sila.

c. 80 - Se crea la provincia de Cilicia.

79 - Sila abandona el cargo de dictador y muere meses después.

78 - El cónsul Emilio Lépido intenta dar un golpe de Estado.

77 - *Senatus consultum ultimum contra Lépido*.

76 - Pompeyo viaja a Hispania para luchar contra Sertorio. Batalla y asedio de Lauro.

74 - Nicomedes lega el reino de Bitinia al pueblo romano.

73 - Sertorio muere asesinado.

73-70 - Rebelión de gladiadores y esclavos acaudillada por Espartaco.

72 - Pompeyo reorganiza Hispania. Craso se enfrenta al ejército de Espartaco. Lúculo empieza su campaña contra Mitrídates.

71 - Derrota y muerte de Espartaco.

- 70** - Consulado de Pompeyo y Craso.
- 67** - Pompeyo lleva a cabo su campaña contra los piratas en todo el Mediterráneo.
- 66** - Pompeyo recibe el mando para la guerra en Asia y derrota a Mitrídates. Tigranes de Armenia se somete a Roma.
- 65** - Campaña de Pompeyo contra albanos e iberos.
- 64** - Pompeyo convierte Siria en provincia romana.
- 63** - Pompeyo reorganiza Oriente. Muerte de Mitrídates. Consulado de Cicerón y conjuración de Catilina.
- 62** - Mandato de César como pretor. Escándalo de Clodio y la *Bona Dea*.
- 61** - Pompeyo regresa de Oriente. César gobierna Hispania Ulterior.
- 60** - César regresa a Roma, pero renuncia al triunfo para presentarse al consulado.
- 59** - Consulado de César. Primer triunvirato entre César, Pompeyo y Craso.
- 58** - Tribunado de Clodio en Roma. Campañas de César contra los helvecios y Ariovisto.
- 58-51** - Guerra de las Galias.
- 57** - Campaña de César contra las tribus belgas. Batalla del río Sabis.
- 56** - Campaña de César contra los vénetos. Acuerdo de Luca entre César, Pompeyo y Craso.
- 55** - Segundo consulado de Pompeyo y Craso. César cruza el Rin. Primera expedición a Britania.
- 55-53** - Primera rebelión de la Galia acaudillada por Dumnórix.
- 54** - Segunda invasión de Britania.

53 - César vuelve a cruzar el Rin. Craso es derrotado por los partos y muere en la batalla de Carras. Anarquía y disturbios en Roma, con choques entre las bandas de Clodio y Milón.

52 - Segunda rebelión de la Galia acaudillada por Vercingetórix. Batallas de Gergovia y de Alesia. Clodio es asesinado en Roma. *Senatus consultum ultimum*. Pompeyo es nombrado cónsul sin colega para restaurar el orden.

51 - César termina de someter la Galia.

50 - Los optimates intentan que César renuncie a su mando en la Galia.

49 - César cruza el Rubicón e invade Italia. Pompeyo y los optimates se retiran a Grecia. Primera dictadura de César.

49-45 - Guerra civil entre el bando de César y los optimates, dirigidos en la guerra por Pompeyo.

48 - Campaña de Dirraquio. Batalla de Farsalia. Pompeyo huye a Egipto y es asesinado. César conoce a Cleopatra en Alejandría. Empieza la guerra alejandrina.

47 - Termina la guerra alejandrina. Campaña de César contra Farnaces. Segunda dictadura de César.

46 - Campaña de África de César contra los optimates. Batalla de Tapso. Tercera dictadura de César.

45 - Campaña de César en Hispania. Batalla de Munda. Fin de la guerra civil.

44 - César es nombrado dictador perpetuo. Idus de marzo.

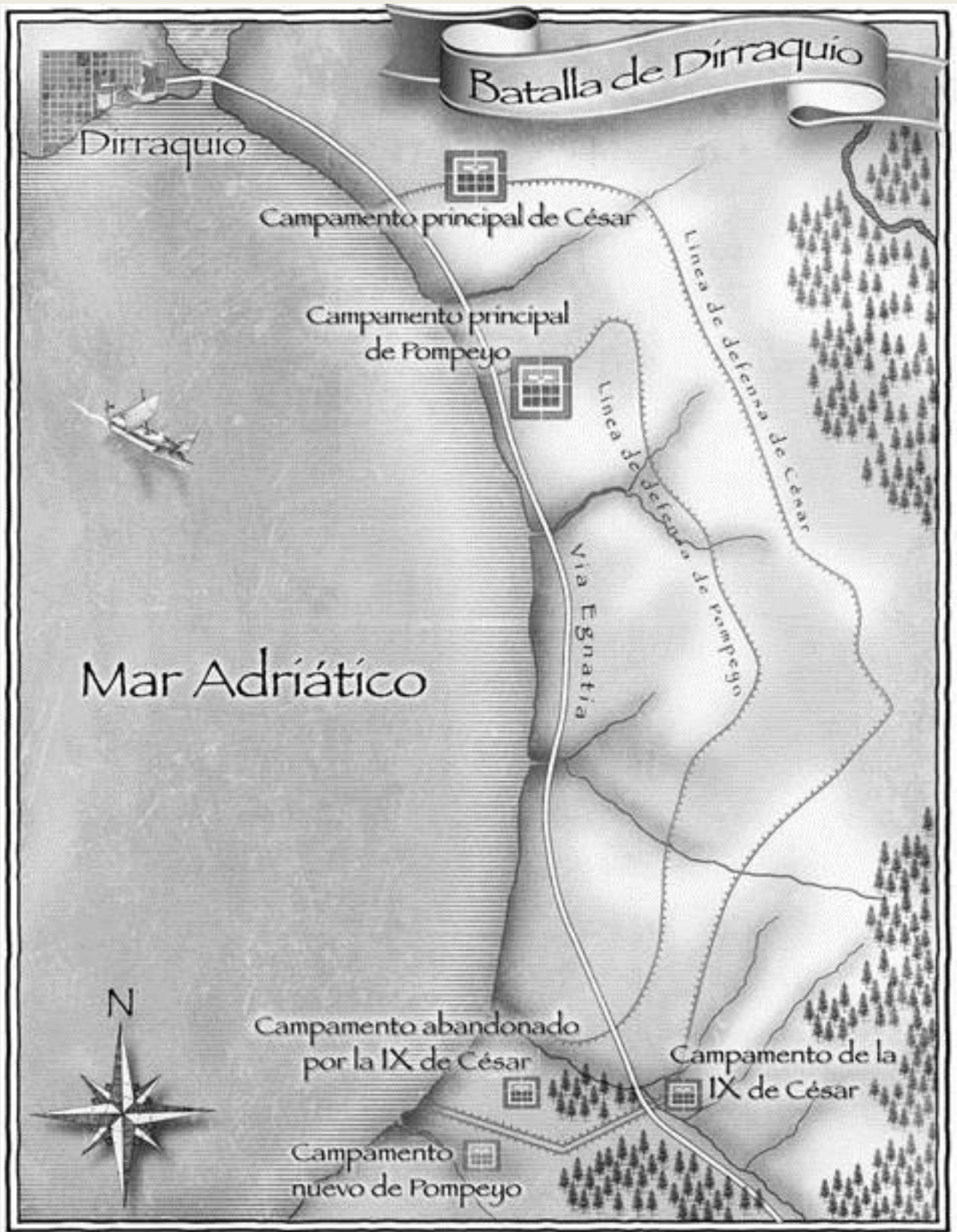
42 - Batalla de Filipos.

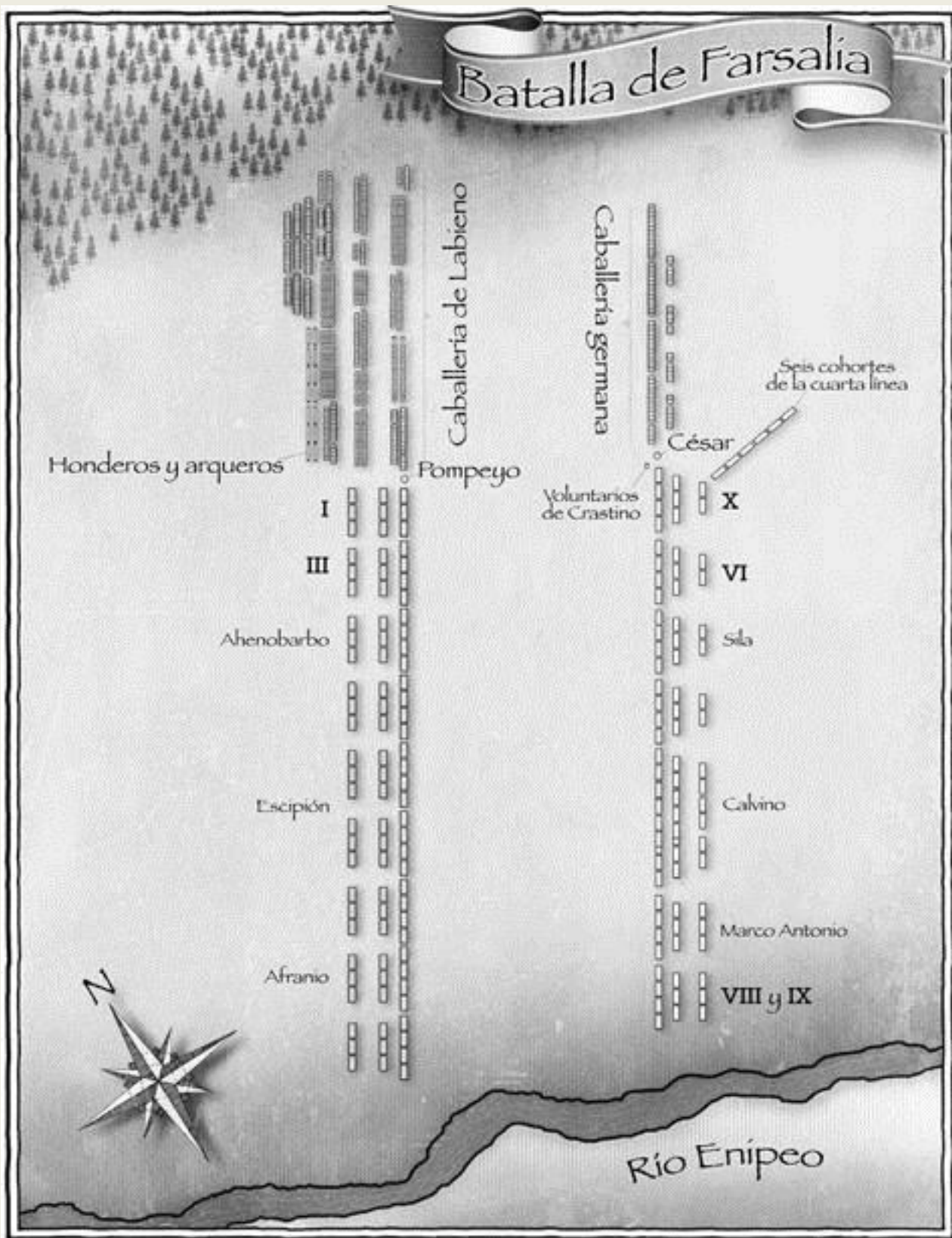
31 - Batalla de Accio.

27 - Empieza el principado de Augusto. Imperio romano.

Mapas







Índice de enlaces

1. Vídeo de introducción

*http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=210
:roma-el-scorpio*

2. Material gráfico general

*http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=220
:roma-ilustraciones*

3. El campamento romano

*http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=207
:roma-el-campamento*

4. Los senadores romanos

*http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=212
:roma-el-senador*

5. Las guardias en el campamento

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=209:roma-la-guardia-del-campamento

6. La batalla del río Mutul

www.emersonkent.com/map_archive/battle_of_the_muthul_river_ii.htm

7. Los médicos en Roma

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=213:roma-los-m%C3%A9dicos

8. La formación en tortuga

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=208:roma-la-tortuga

9. El gladius

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=214:roma-el-gladius

10. La cota de malla

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=215:la-cota-de-malla

11. Los gladiadores

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=215:la-cota-de-malla

12. La religión: el larario

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=217:roma-y-la-religi%C3%B3n-el-larario

13. Matronas y vestales

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=218:roma-matronas-y-vestales

14. El escorpión

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=211:roma-el-escorpi%C3%B3n

15. Mapa de Gergovia

www.gottwein.de/imag03/gergovia01.jpg

16. El asedio de Alesia

<http://cocheapunto2.files.wordpress.com/2009/07/sitio-de-alesia-2.jpg>

17. Tráiler de presentación

http://soniadores.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=219:roma-trailer-corto-contraportada

Bibliografía

FUENTES ANTIGUAS

La mayoría de estos textos se pueden encontrar traducidos al español en la Biblioteca Clásica Gredos, con buenas introducciones y abundantes notas. También hay ediciones de buena calidad en Akal Clásica, en Cátedra y en Alianza. He manejado asimismo ediciones bilingües de la Loeb y, en varios casos, los textos en lengua original que aparecen en los portales Lacus Curtius y Perseus Digital Library. Recomiendo este último sitio en particular porque cuenta con hipervínculos directos a diccionarios de latín y griego.

En los casos en que un autor tiene más de una obra citada en este libro, lo indico con iniciales.

APIANO, *Historia romana*. Se divide en dos partes: *Guerras civiles (BC)* y *Guerras extranjeras*. Estas últimas, a su vez, están organizadas según los enemigos a los que se enfrentó Roma. En este libro cito las guerras contra Cartago (*BP*), Mitridates (*BM*) y los hispanos (*BH*).

AULO GELIO, *Noches áticas*. No es una obra histórica, pero sí una fuente de abundantes anécdotas y referencias.

CÉSAR, *La guerra de las Galias (BG)* y *La guerra civil (BC)*. También las obras «cesarianas» escritas por subordinados o militares suyos: *La guerra de Alejandría (B. Al.)*, *La guerra de África (B. Af.)* y *La guerra de Hispania (BH)*.

CICERÓN. Tanto sus discursos como sus cartas son una fuente muy valiosa para conocer esta época.

CORNELIO NEPOTE, *Vidas de varones ilustres*.

DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca histórica*.

DIÓN CASIO, *Historia de Roma*.

DIONISIO DE HALICARNASO, *Historia antigua de Roma*.

ESTRABÓN, *Geografía*. Muy interesante como tal obra geográfica, y además abunda en detalles históricos.

FLORO, *Epítome de la historia de Tito Livio*.

FRONTINO, *Estratagemas*.

JUSTINO, *Epítome*, un resumen de la obra de un historiador del siglo I a.C. llamado Pompeyo Trogo.

LUCANO, *Farsalia*. Se trata de un poema sobre la guerra civil entre César y los pompeyanos, no de una obra histórica, pero sirve como complemento en ocasiones.

OROSIO, *Historias contra los paganos*, o simplemente *Historias*.

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*. Obviamente, no se trata de un libro de historia, pero en esta obra se encuentran muchas referencias a costumbres, reformas, anécdotas concretas, etc.

PLUTARCO, *Vidas paralelas*. Para esta época resultan de especial interés las biografías de Catón el Viejo, Tiberio y Cayo Graco, Mario, Sila, Lúculo, Craso, Sertorio, Pompeyo, Catón el Joven, Cicerón, César, Antonio y Bruto.

POLIBIO, *Historias*. Por desgracia, los libros que narran los últimos tiempos de la República han llegado solo en fragmentos.

SALUSTIO, *La guerra de Yugurta (Yug.)*, *La conjuración de Catilina (Cat.)* y los fragmentos de sus *Historias*.

SUETONIO, *Los doce Césares* y, en particular, la vida de César.

TÁCITO, Sus obras históricas tratan de épocas posteriores, pero su *Germania* es la obra principal para conocer las costumbres de los pueblos germánicos de la Antigüedad, aunque hay que tratar su información con cuidado, ya que abunda en tópicos.

TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*. Ocurre lo mismo que con Polibio: los últimos libros de su monumental obra se han perdido, y solo disponemos de unos tristes resúmenes llamados *Periochae*.

VALERIO MÁXIMO, *Dichos y hechos memorables*.

VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana*.

OBRAS DE CONSULTA Y MONOGRAFÍAS

ADKINS, L. y ADKINS, R. A., *Handbook of Life in Ancient Rome*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

ASTIN, A. E., WALBANK, F. W., FREDERIKSEN, M. W. y OGILVIE, R. M., *The Cambridge Ancient History. 2nd Edition. Vol. VIII. Rome and the Mediterranean to 133 B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

BAKER, A., *The Gladiator*, Ebury Press, Londres, 2000.

BILLOWS, R., *Julio César. El coloso de Roma*, Gredos, Madrid, 2011.

BOATWRIGHT, M., GARGOLA, D. J. y TALBERT, R. J. A., *The Romans: From Village to Empire*, Oxford University Press, Nueva York, 2004.

BRUNT, P. A., *Italian Manpower. 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford University Press, Oxford, 1987.

—, *The Fall of the Roman Republic and Related Essays*, Clarendon Press, Oxford, 1988.

CANFORA, L., *Julio César. Un dictador democrático*, Ariel, Barcelona, 2007.

CARCOPINO, J., *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, Temas de Hoy, Madrid, 1989.

CASSON, L., *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.

CEBRIÁN, J. A., *La aventura de los romanos en Hispania*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.

CHERRY, D., *Frontier and Society in Roman North Africa*, Oxford University Press, Oxford 1998.

- CHRIST, K., *Sila*, Herder, Barcelona, 2006.
- CONNOLLY, P. y DODGE, H., *Las legiones romanas*, Espasa, Madrid, 1990.
- , *The Ancient City. Life in Classical Athens & Rome*, Oxford University Press, Oxford, 1998.
- COOK, S. A. (ed.), *The Cambridge Ancient History. Vol. IX. The Roman Republic 133-44 B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge, 1932.
- COWAN, R., *Roman Battle Tactics. 109 B.C.-A.D. 313*, Osprey, Oxford, 2007.
- CROOK, J. A., LINTOTT, A. y RAWSON, E., *The Cambridge Ancient History. 2nd Edition. Vol. IX. The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- CUNLIFFE, B., *The Ancient Celts*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 1997.
- D'AMATO, R., *Roman Centurions 753-31 B.C.*, Osprey, Oxford, 2011.
- DALBY, A., *Food in the Ancient World. From A to Z*, Routledge, Londres, 2003.
- DELBRUCK, H., *History of the Art of War. Vol. I. Warfare in Antiquity*, traducción de J. Renfroe, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1990.
- ERDKAMP, P. (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Blackwell, Oxford, 2007.
- EVANS, R., *Roman Conquests. Asia Minor, Syria and Armenia*, Pen & Sword Military, Barnsley, 2011.
- FAGE, J. D., *The Cambridge History of Africa. Vol. II. From c. 500 B.C. to A.D. 1050*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- FIELDS, N., *Roman Conquests. North Africa*, Pen & Sword Military, Barnsley, 2010.
- FLETCHER, J., *Cleopatra the Great*, Harper Collins, Nueva York,

2008.

FOX, R. L., *El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma*, Crítica, Barcelona, 2007.

FREDOUILLE, J., *Diccionario de civilización romana*, Larousse, Barcelona, 1996.

FREEMAN, P., *Julius Caesar*, Simon & Schuster, Nueva York, 2008.

GARNSEY, P., *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

GILLIVER, K., *Caesar's Gallic Wars. 58-50 B.C.*, Routledge, Londres y Nueva York, 2005.

GOETZ, W., BELOCH, C. J. *et al.*, *Hélide y Roma. El origen del cristianismo*, Espasa-Calpe, Madrid 1975.

GOLDSWORTHY, A., *Roman Warfare*, Cassell, Londres, 2000.

—, *The Complete Roman Army*, Thames & Hudson, Londres, 2003.

—, *Caesar's Civil War 49-44 B.C.*, Routledge, Londres, 2005.

—, *Grandes generales del ejército romano*, Ariel, Barcelona, 2005.

—, *The Fall of Carthage*, Phoenix, Londres, 2006.

—, *César, la biografía definitiva*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

—, *The Roman Army at War 100 B.C.-A.D. 200*, Clarendon Press, Oxford, 2008.

—, *Antonio y Cleopatra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.

GRANT, M., *A Guide to the Ancient World*, Barnes & Noble Books, Nueva York, 1997.

GREENIDGE, A. H. J. y CLAY, A. M., *Sources for Roman History, B.C. 133-70*, Clarendon Press, Oxford, 1903.

GRIFFIN, M. (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, Blackwell, Oxford,

2009.

GUILLÉN, J., *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos*, 3 vols., Sígueme, Salamanca, 1988.

HARRIS, W., *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

HOLLAN, T., *Rubicón. Auge y caída de la República romana*, Planeta, Barcelona, 2007.

HORNBLLOWER, S. y SPAWFORTH, A., *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

HOYOS, D., *The Carthaginians*, Routledge, Londres, 2010.

HYLAND, A., *Equus. The Horse in the Roman World*, Yale University Press, Londres, 1990.

ISENBERG, I., *Julio César*, Ed. Albom / Timun Mas, Medellín, 1965.

JAMES, P. y THORPE, N., *Ancient Inventions*, Ballantine Books, Nueva York, 1994.

JAMES, S., *Rome and the Sword*, Thames & Hudson, Londres, 2011.

JONES, T. y EREIRA, A., *Roma y los bárbaros*, Crítica, Barcelona, 2008.

KAMM, A., *Julius Caesar. A Life*, Routledge, Londres y Nueva York, 2006.

KEAVENEY, A., *Sulla. The Last Republican*, Routledge, Londres y Nueva York, 2005.

—, *The Army in the Roman Revolution*, Routledge, Londres y Nueva York, 2007.

KEPPIE, L., *The Making of the Roman Army*, Routledge, Londres, 1998.

LEE, A. D., *Information & frontiers: Roman foreign relations in late antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

LENDON, J. E., *Soldiers & Ghosts. A History of Battle in Classical Antiquity*, Yale University Press, New Haven, 2005.

MATYSZAK, P., *Los enemigos de Roma*, Oberón, Madrid, 2005.

MAYOR, A., *The Poison King: The Life and Legend of Mithradates, Rome's Deadliest Enemy*, Princeton University Press, Princeton, 2010.

MCKENZIE, J., *The Architecture of Alexandria and Egypt 300 B.C.-A.D. 700*, Yale University Press, New Haven, 2010.

MEIER, C., *Caesar. A Biography*, Basic Books, Nueva York, 1982.

MORLEY, N., *Metropolis and Hinterland: The City of Rome and the Italian Economy, 200 B.C.-A.D. 200*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

MOURITSEN, H., *Plebs and Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

NICOLLE, D. y MCBRIDE, A., *Rome's Enemies 5. The Desert Frontier*, Osprey, Oxford, 1991.

PENROSE, J. (ed.), *Rome and Her Enemies*, Osprey, Oxford, 2005.

QUESADA SANZ, F., *Armas de Grecia y Roma*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

RIGGSBY, A. M., *Caesar in Gaul and Rome*, University of Texas Press, Austin, 2006.

ROLDÁN, J. M., *Césares*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

—, *El ejército de la República romana*, Arco Libros, Madrid, 2008.

—, *Historia de Roma. Tomo I: la República romana*, Cátedra, Madrid, 2010.

ROSENSTEIN, N., *Rome at War. Farms, Families and Death in the Middle Republic*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004.

— y MORSTEIN-MARX, R. (ed.), *A Companion to the Roman Republic*, Blackwell, Oxford, 2006.

ROTH, J. P., *The Logistics of the Roman Army at War (264 B.C.-A.D. 235)*, Brill, Leiden, 1998.

SABIN, P., VAN WEES, H. y WHITBY, M., *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Vol. II. Rome from the late Republic to the Late Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

SAGE, M. M., *Roman Conquests. Gaul, Pen & Sword Military*, Barnsley, 2011.

SAMPSON, G., *The Crisis of Rome*, Pen & Sword Military, Barnsley, 2010.

SEAGER, R., *Pompey the Great*, Blackwell, Oxford, 2002.

SHEPPARD, S., *Pharsalus 48 B.C. Caesar and Pompey*, Osprey, Oxford, 2006.

SMITH, W., *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*, 3 vols., Taylor, Walton and Maberly, Londres, 1844.

SPRAGUE DE CAMP, L., *The Ancient Engineers*, Ballantine Books, Nueva York, 1963.

SUMNER, G., *Roman Military Clothing (1). 100 B.C.-A.D. 200*, Osprey, Oxford, 2002.

SYME, R., *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989.

TATUM, W. J., *Always I am Caesar*, Blackwell, Oxford, 2008.

TYLDESLEY, J., *Cleopatra: Last Queen of Egypt*, Pro Books, Londres, 2008.

TODD, M., *The Early Germans*, Blackwell, Oxford, 2004.

WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius. Vol. III*, Clarendon Press, Oxford, 1999.

WALTER, G., *Julio César*, Planeta, Barcelona, 1995.

ARTÍCULOS

BARR, J., «Sallust: Corrupt Politician and Historian», *Crossroads*, 6, n.º 1, 2012, pp. 58-63.

CAMPBELL, D. B., «Triumph for Roman siegecraft. The rebellion of Vercingetorix», *Ancient Warfare (The Campaigns of Caesar)*, 2, n.º 4, 2008, pp. 30-34.

—, «A succession of sieges», *Ancient Warfare (The «new man» who saved Rome: Gaius Marius at war)*, 5, n.º 1, 2011, pp. 37-41.

COWAN, R., «Caesar beats the odds. The battle of Ruspina», *Ancient Warfare (The Campaigns of Caesar)*, 2, n.º 4, 2008, pp.24-29.

EVANS, R. J., «Romes's Cimbric Wars (104-101 B.C.) and Their Impact on the Iberian Peninsula», *Acta Classica*, 48, 2005, pp. 37-56.

FAUX, D. K. «The Cimbri of Denmark, the Norse and Danish Vikings, and Y-DNA Haplogroup R-S28/U152 – (Hypothesis A)», en *www.davidkfaux.org*.

FÉRAUD, J., «Reenacting Marius' milites», *Ancient Warfare (The «new man» who saved Rome: Gaius Marius at war)*, 5, n.º 1, 2011, pp. 20-21.

GÓMEZ-PANTOJA, J., «L. Cornelius Sulla. 25 años de investigación (1960-1985)», *POLIS, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 3, 1991, pp. 63-110.

KALAMBAKAL, V., «Resting on a Knife-Edge. Caesar's War Against the Belgae», *Ancient Warfare (The Campaigns of Caesar)*, 2, n.º 4, 2008, pp. 15-18.

LENDERING, J., «A Master of Propaganda. Caesar's Literary Aims in the Gallic War», *Ancient Warfare (The Campaigns of Caesar)*, 2, n.º 4, 2008, pp. 8-11.

MATTHEW, C. A., «Marius' Mules. Rome's new mobile infantry», *Ancient Warfare (The 'new man' who saved Rome: Gaius Marius at war)*, 5, n.º 1, 2011, pp. 13-18.

MCDONNELL-STAFF, P., «The parthian bow», *Ancient Warfare (The Imperial Nemesis: Rome vs. Parthia)*, 3, n.º 5, 2009, pp. 20-21.

—, «The peg that would break. Marius and the *Pilum*: a roman myth»,

Ancient Warfare (The «new man» who saved Rome: Gaius Marius at war), 5, n.º 1, 2011, pp. 34-36.

MORSTEIN-MARX, R., «The Alleged “Massacre” at Cirta and its Consequences (Sallust *Bellum Iugurthinum* 26-27)», *Classical Philology*, 95, n.º 4, octubre 2000, pp. 468-476.

PASTRANA, R., «La alimentación del legionario», *Desperta Ferro*, 1, 2010, pp. 36-39.

PÉREZ, A., «The “new man” who saved Rome. Historical introduction», *Ancient Warfare (The «new man» who saved Rome: Gaius Marius at war)*, 5, n.º 1, 2011, pp. 6-8.

PÉREZ RUBIO, A., «57 a.C. La campaña de César contra los belgas», *Desperta Ferro*, 2, 2010, pp. 44-50.

POWELL, L., «The last clash of the Cimbri and Romans», *Ancient Warfare (The «new man» who saved Rome: Gaius Marius at war)*, 5, n.º 1, 2011, pp. 27-33.

QUESADA SANZ, F., «La evolución de la panoplia y de las tácticas galas», *Desperta Ferro*, 2, 2010, pp. 18-24.

RAMSEY, J. T., «Mithridates, the Banner of Ch'ih-Yu and the Comet Coin», *Harvard Studies in Classical Philology*, 99, 1999, pp. 197-253.

RICH, J. W., «The Supposed Roman Manpower Shortage of the Later Second Century B.C.», *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte*, 32, n.º 3, 1983, pp. 287-331.

SÁNCHEZ MORENO, E., «El final de la Céltica hispana: las Guerras Celtibéricas», *Desperta Ferro*, 2, 2010, pp. 52-59.



JAVIER NEGRETE, escritor español nacido en Madrid en 1964. Licenciado en Filología Clásica, ha ejercido como profesor de griego gran parte de su vida. Ha destacado, fundamentalmente, en novela de género fantástico y en literatura juvenil, aunque incluso ha hecho incursiones en la novela erótica (*Amada de los dioses*, 2003). La formación clásica del autor se hace patente en gran cantidad de sus obras, en las que hace gala de sus conocimientos por la Antigüedad Grecorromana.

Ha conseguido algunos de los premios más importantes de género fantástico de España, tales como el Minotauro, el UPC o el Ignotus, estos dos últimos en varias ocasiones. En Francia, donde Negrete es profusamente leído y es considerado uno de los mayores valores del género fantástico europeo, su novela *Los señores del Olimpo* ganó el Prix

Européen Utopiales en 2008.

Notas

[1] Por desgracia, los libros en que Polibio narró la Tercera Guerra Púnica se han perdido, y apenas conservamos fragmentos. Tenemos que conformarnos con Diodoro, con textos sueltos de Livio, Plutarco y otros autores y, sobre todo, con Apiano, cuya narración de esta guerra se basa fundamentalmente en Polibio, un historiador de mucha más calidad. <<

[2] *War and Imperialism in Republican Rome*, p. 238. Hay edición española, pero esta es mi propia traducción sobre el original en inglés. <<

[3] Existen incoherencias en el texto de Apiano que hacen pensar que quizá Serviliano se encontraba en Roma y que fue un legado suyo, posiblemente Máximo Emiliano, quien sufrió la derrota y aceptó la rendición. <<

[4] Las bellas artes que implican un trabajo manual no gozaban ni de lejos del prestigio que tienen ahora. Un noble podía dedicarse a la literatura, pero pintar, esculpir o incluso tener demasiada habilidad tocando un instrumento musical eran actividades propias de gentes de baja condición. En el caso de un rey, como este Átalo o como el padre de la célebre Cleopatra, que se enorgullecía de su virtuosismo con la flauta, se atribuían estas conductas a una extravagancia exagerada o directamente a un trastorno mental. <<

[5] ¿Qué viene antes, la oferta o la demanda? Esto dice Estrabón sobre el asunto: «Causa de ello es que los romanos, que se hicieron ricos tras la destrucción de Cartago y de Corinto, usaban muchos esclavos y los piratas, percatándose de la facilidad de la ganancia, florecieron en masa dedicándose ellos mismos a la piratería y además comerciando con los esclavos» (*Geografía*, 14.5.2). Así que era la economía romana la que fomentaba la piratería que luego se convirtió en una amenaza para esa misma economía, en un círculo que, con toda justicia, puede calificarse de vicioso. <<

[6] Hay una historia parecida que habla de dos serpientes y un sacrificio, relacionada con otro Tiberio Sempronio Graco, tío del marido de

Cornelia, que fue cónsul en el año 213. Este tipo de anécdotas corrían como las leyendas urbanas de hoy y cambiaban fácilmente de protagonistas. <<

[7] Lo curioso es que precisamente en esa zona se han realizado prospecciones arqueológicas con resultados sorprendentes: según sus autores, a finales de la República había una gran densidad de población en el sur de Etruria y la mayoría de las propiedades eran granjas de pequeña extensión. ¿Fue errónea o exagerada la percepción de Tiberio durante su viaje? Podría ocurrir. Los humanos tendemos a generalizar con muy pocos datos, sobre todo si lo que vemos nos impacta de forma primaria y emocional. Por supuesto, cabe otra posibilidad: que Tiberio estuviera en lo cierto y los científicos que han hecho las prospecciones se equivoquen. Los datos arqueológicos siempre son muy discutibles. Como señala Keaveney: «Deberíamos tener en cuenta que la arqueología es tan vulnerable al revisionismo como la historia» (*The Army in the Roman Revolution*, p. 21). <<

[8] La mayoría de los muertos eran jóvenes, a menudo adolescentes, que todavía no se habían casado (los ciudadanos podían ser reclutados a partir de los diecisiete). Los varones romanos solían contraer matrimonio al acercarse a la treintena, cuando la mayoría de ellos ya no tenían, teóricamente, que volver a alistarse. En cuanto a las mujeres, como promedio tenían diez años menos que sus maridos en su primer matrimonio (muchas viudas volvían a casarse). <<

[9] Si la cifra suena exagerada, hay que tener en cuenta que las nubes de langostas pueden llegar a tener un tamaño que resulta casi inconcebible. La mayor nube atestiguada en tiempos históricos sobrevoló Nebraska en 1875. Según varios testigos, tardó cinco días en pasar, por lo que se calcula que medía casi tres mil kilómetros de longitud y que superaba los veintisiete millones de toneladas. Con esa biomasa, podemos imaginar cómo dejaría los cultivos que atravesaba. <<

[10] Probablemente el reparto no hizo más que confirmar una división que ya existía en la práctica, pues da la impresión de que Yugurta poseía mucha más influencia entre las tribus situadas en la parte occidental de Numidia. Su campo natural de acción debía de hallarse orientado hacia el oeste: así lo demuestra que se casara con una hija de Boco, rey de Mauritania. <<

[11] Hay que señalar que algunos manuscritos cambian el nominativo singular *armatus* por un dativo plural *armatis*, lo que se traduciría por «todos [...] los que salieron al paso de los hombres armados [de Yugurta]». Como se ve, a veces la interpretación de un texto puede cambiar por una sola letra. <<

[12] *The Crisis of Rome*. <<

[13] El comentario de Salustio implica que era algo inusual, y que los ciudadanos que tenían que trabajar para ganarse la vida rara vez participaban en las votaciones, lo que dejaba la política en manos de las clases acomodadas que tenían tiempo libre y recursos y podían permitirse asistir a los comicios. Se trata de una cuestión clave que diferenciaba a Roma de una auténtica democracia como Atenas, donde los ciudadanos que asistían a las asambleas y tribunales recibían una paga diaria a cuenta del Estado. <<

[14] Hay fuentes que relacionan el nombre de los cimbrios con el de los cimerios, un pueblo de habla indoeuropea que habitaba al norte del mar Negro y que, expulsado por los escitas en el siglo VIII, emigró a Asia Menor y poco después desapareció de los registros históricos. Convertir la doble *m* del griego *Kimmérioi* en la *br* de *Kimbroi* no sería un cambio fonético imposible. Cfr. una evolución similar desde el latín al español: *hominem* > *homne* > *homre* > *hombre*, o *feminam* > *femna* > *femra* > *hembra*. Por lo demás, no hay apenas pruebas que relacionen a cimbrios y cimerios. Como me imagino que a muchos lectores el nombre «cimerio» les evocará a Conan el Bárbaro, recordaré aquí que su creador, Robert E. Howard, utilizó para su geografía imaginaria nombres de procedencias y épocas variadas que a él le sonaban exóticos; lo cual no deja de resultar gracioso para nosotros considerando que uno de los topónimos que eligió fue el de Zamora. <<

[15] Todo este relato es muy conjetural, pues las fuentes sobre la batalla son confusas y contradictorias. <<

[16] «La evolución de la panoplia y de las tácticas galas», en *Desperta Ferro*, 2, 2ª edición, p. 23. <<

[17] En cuanto a los tigurinos, que no habían llegado a entrar en combate, al conocer el destino de sus aliados cimbrios regresaron prudentemente a sus tierras de Helvecia. No volverían a enfrentarse contra

los romanos hasta el año 58, cuando César los combatió. <<

[18] Es posible que esta ley se presentara no en 103 sino en el año 100, durante el segundo tribunado de Saturnino. En tal caso, podríamos pensar que Cepión hijo actuó contra Saturnino por venganza, y no al contrario. Por otra parte, es curioso cómo denomina Cicerón a esos seguidores armados de Cepión: *viris bonis*, «hombres buenos», esto es, miembros de la aristocracia. El otro término que usaban para referirse a sí mismos, *optimates*, «los mejores», es prácticamente una traducción del *áristoi* que usaba la élite griega. <<

[19] Y también, obviamente, entre los dueños anteriores de esas tierras, que se habían visto obligados a abandonarlas por la invasión de los cimbrios. <<

[20] En época imperial, varios médicos aseguraban conocer la fórmula secreta del mitridato, hasta el punto de que Juvenal satirizó sobre el tema: «Tu larga senectud de ciervo empieza a torturar a tu joven hijo. Ya estás tardando en buscar a Arquígenes para comprarle la fórmula que compuso Mitrídates. Si quieres recoger otros higos y acariciar otras rosas, has de tener el medicamento que tanto los padres como los reyes deben beber antes de las comidas» (14.250 y ss.). Autores como Celso o Galeno ofrecían fórmulas que incluían decenas de ingredientes con los que se preparaban píldoras del tamaño de una almendra que después se tomaban con vino. <<

[21] Llamado así por las Vísperas sicilianas, una matanza de franceses que se produjo el 30 de marzo de 1282 en la isla de Sicilia. También aquí fue la población la que actuó contra quienes consideraba ocupadores, pero la diferencia es que solo —entre comillas— murieron tres mil franceses. <<

[22] Para este relato de la batalla he reunido los testimonios de Apiano y Plutarco con informaciones aisladas que brinda Frontino. Hay autores que atribuyen la historia de los carros y las estacas a la batalla de Queronea. Sin embargo, considerando las operaciones de caballería que se desarrollaron allí de un extremo a otro del campo de batalla, no creo que este estuviera delimitado por zanjas como en Orcómeno. <<

[23] En cualquier caso, nunca se vio a tantos legionarios combatiendo unidos en un solo escenario y como un único ejército. La dificultad para

estos ejércitos gigantescos que a menudo aparecen en las fuentes antiguas no consistía tanto en conseguir suficientes hombres como en mantenerlos en el mismo sitio. Los problemas eran de índole práctica, como encontrar lugares con suficiente agua potable y establecer líneas de suministro para tantos soldados y animales de carga. También había que tener en cuenta las condiciones sanitarias, pues a mayor aglomeración de hombres y bestias más posibilidades había de que se propagaran epidemias. <<

[24] Norbano, Escipión, Mario el Joven y Carbón. El único de ellos que se salvó fue Escipión, exiliado en Masalia. Seguramente Sila no se empeñó en perseguirlo porque había estado a punto de llegar a un acuerdo con él durante la guerra. <<

[25] Hay que añadir que sobre esta historia existen dudas, ya que la fuente principal es Cicerón, enemigo mortal de Catilina. En la obra de Salustio *La conjuración de Catilina*, donde no se dice ni una cosa buena del personaje, no se mencionan sin embargo estos crímenes. <<

[26] No ocurrió lo mismo en el Samnio, pero por otra razón: aquellos parajes montañosos eran más apropiados para la ganadería que para la agricultura. Sila deseaba convertir a sus veteranos en campesinos sedentarios, no en pastores nómadas con su tendencia ancestral a bajar de los montes para saquear a sus vecinos de las llanuras. <<

[27] Las excavaciones en Valencia han proporcionado pruebas del brutal tratamiento al que sometían los romanos a las poblaciones conquistadas. Entre ruinas quemadas que se corresponden a la toma de la ciudad por Pompeyo, se han encontrado restos humanos con señales de haber sido torturados. Un cadáver, por ejemplo, tenía las piernas cercenadas y un *pilum* que le habían introducido por el recto. <<

[28] «Un hombre muerto era visto por los romanos como una sombra desprovista de su sustancia, un “vacío”. Era mediante el derramamiento de sangre humana, el mismísimo fluido de la vida, como se propiciaba a los muertos devolviéndoles una realidad transitoria». Alan Baker, *The Gladiator*, p. 13. <<

[29] Algunos editores del texto griego cambian *eutukhès*, «buena suerte», por *atukhès*, que significa lo contrario, corrección que probablemente se debe a que conocen el desenlace de la historia. <<

[30] Sobre cómo llevó a cabo la medida Craso existen discrepancias

entre Plutarco y Apiano, las dos fuentes principales. <<

[31] Lo que está claro es que el mismo César no nació de esta manera. La cesárea solo se llevaba a cabo cuando la mujer parturienta estaba muerta o se esperaba que no sobreviviera. Se cuenta que Escipión Africano nació de este modo. Pero en el caso de César sería imposible, puesto que su madre vivió cuarenta y seis años después de dar a luz a su hijo. <<

[32] Esta es la teoría más extendida, aunque justo es decir que algunos autores hacen nacer a César en el 101 o el 102. <<

[33] El nombre de Júpiter provenía de una raíz indoeuropea con tres vocalismos posibles, *Dieu-/Diou-/Diu-, que en cada idioma dieron resultados fonéticos muy distintos. Por ejemplo, en griego *Dieu-s se convirtió en Zeus, pero el acusativo era Dia. En latín, la forma de dirigirse a él como padre, *(D)Iús-pater, evolucionó a Iuppiter, que ha dado nuestro Júpiter. Aunque probablemente los romanos no eran conscientes de la etimología, el adjetivo *dialis* deriva de esta raíz. Curiosamente, es posible que el término *flamen*, «sacerdote», tenga el mismo origen que el sánscrito *brahman*. <<

[34] *Nam Caesari multos Marios inesse*: literalmente, «pues en César hay muchos Marios». <<

[35] *La conjuración de Catilina*, 25. <<

[36] Sobre esto hay discusiones entre los estudiosos, ya que teóricamente había que tener cuarenta y dos años para presentarse a cónsul, mientras que César lo hizo con cuarenta. Algunos opinan que los patricios como César gozaban de dispensa para hacerlo dos años antes y otros que en realidad no nació en el año 100, sino en el 102. Personalmente, me inclino por la primera postura. <<

[37] Por supuesto, hay muchas discusiones sobre el aquitano y el origen del vasco. Al faltar documentos escritos, la principal prueba a la que recurren los expertos es la toponimia. Los lectores interesados pueden consultar *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, de Fco. Villar y Blanca Prosper, especialmente a partir de la página 512. <<

[38] *La guerra de las Galias*, 2.19-28. <<

[39] Aunque era de familia patricia, Clodio se pudo presentar gracias

a que en el año 59 se había hecho adoptar por un plebeyo llamado Publio Fonteyo que, curiosamente, era más joven que él. Fue una especie de farsa bendecida por César y Pompeyo como *pontifex maximus* y augur, respectivamente. Clodio debería haber tomado el nombre de su «padre» adoptivo, pero lo único que hizo fue cambiar su propio apellido, Claudio, por otra forma más popular y propia del latín coloquial, monoptongando el diptongo *au* en la *o* de Clodio. <<

[40] En Roma no existió nada parecido a una fuerza de policía hasta los *vigiles* de época imperial. El orden público era responsabilidad de tres magistrados de rango inferior a los cuestores, los *tresviri capitales*, a los que por la noche sustituían los *quinqueviri cis Tiberim*, «los cinco hombres a este lado del Tíber». Pero apenas disponían de medios para imponer su autoridad. El orden se mantenía, en general, por la ayuda mutua entre los ciudadanos y gracias a los grupos de clientes de la élite. Sin embargo, a veces dichos grupos no se movilizaban para evitar la violencia, sino para ejercerla, como ocurrió en el asesinato de Cayo Graco. Normalmente, existía mucha más violencia en la sociedad romana (como en cualquier sociedad del pasado) que en la nuestra. Para la percepción errónea que tenemos de nuestra época como especialmente violenta, recomiendo vivamente leer *Los ángeles que llevamos dentro* o *La tabla rasa*, ambas escritas por el psicólogo cognitivo Steven Pinker. <<

[41] Sobre el poco valor económico que se le concedía a Britania, es reveladora esta carta de Cicerón escrita a su amigo Ático en la época en que se llevaba mejor con César: «Se espera el resultado de la guerra en Britania. Se sabe que los accesos a dicha isla están amurallados por asombrosos acantilados. También se sabe que en esa isla no hay una sola pepita de plata ni esperanza alguna de botín salvo esclavos; ¡y ninguno de estos, como te puedes imaginar, será experto en literatura o en música!» (lo que los haría más valiosos en el mercado). (*Ad Att.*, 4.16). <<

[42] Dión Casio añade que el mensaje estaba cifrado (40.9), sustituyendo cada letra por la que iba tres puestos por delante en el alfabeto —por ejemplo, escribiendo deltas en lugar de alfas—. Según Suetonio en su biografía de César (56.6), este solía recurrir al mismo procedimiento cuando quería comunicar un mensaje secreto. Sospecho, sin embargo, que César cambiaría de clave de vez en cuando. <<

[43] El mismo Casio que luego colaboraría con Bruto en los idus de marzo. <<

[44] Curiosamente, mientras todo esto ocurría, esas mismas calles se veían más espléndidas que nunca. Sobre todo en la zona del Foro y del Campo de Marte, gracias a las fastuosas obras públicas pagadas con los botines de guerra de Pompeyo y César, que incluso en esto rivalizaban; todavía de forma amistosa, cierto es. <<

[45] En ocasiones, algunas legiones avanzaban sin apenas impedimenta, con raciones para dos o tres días que cargaban ellos mismos, pero sabiendo siempre que por detrás venía el convoy de suministros protegido por unidades de reserva. <<

[46] Al principio del libro octavo, Hircio afirma: «Todos saben con qué perfección y estilo están escritos [los *Comentarios*], pero nosotros sabemos además con cuánta rapidez y soltura lo hizo. César poseía no solo facilidad y elegancia para escribir, sino también auténtica habilidad para explicar sus planes». Un comentario que no puedo sino suscribir, mientras hago votos por que se vuelva a traducir a César en los institutos. <<

[47] Según Veleyo Patérculo (2.47.1), los muertos en sus campañas fueron cuatrocientos mil. Plinio, en cambio, habla de casi un millón doscientos mil (7.92). La cifra de Veleyo parece más verosímil, aunque eso no quiere decir que la obtuviera de una fuente fiable. <<

[48] Las sesiones a las que asistía Pompeyo se celebraban fuera del recinto sagrado del pomerio, ya que él, como procónsul, no podía traspasarlo. <<

[49] Según Suetonio, *Iacta alea est*, «Los dados han sido arrojados» (César, 32), aunque suele citarse en otro orden, *Alea iacta est*. <<

[50] También podía haberlo leído en Heródoto, que contaba cómo se utilizaban esas embarcaciones en el Éufrates: eran tan redondas como un escudo y fabricadas con cuadernas de madera de sauce recubiertas de pieles bien tensas y rellenas de paja. Con ellas bajaban a Babilonia, manejándolas entre dos hombres y llevando a un asno de pasajero. Allí vendían la carga que transportaban, la paja y las cuadernas, y después regresaban a pie a su país con las pieles a lomos del asno. <<

[51] En este caso, César solo habla de los ciento veinte impactos. El relato de la *aristeia*, el momento de furor guerrero de Esceva, aparece en Valerio Máximo y más hiperbólico en la *Farsalia* de Lucano. <<

[52] Aquí hay que aclarar posibles ambigüedades. Cuando se dice que las legiones romanas solían formar en *triplex acies* o línea triple, no implica que esas líneas fueran hileras con un solo hombre de fondo. En realidad, cada *acies* o línea, que estaba compuesta por varias cohortes, podía tener entre cuatro y diez filas de profundidad. <<

[53] «The Civil War», en *The Ancient Cambridge History*, volumen 7, parte 2, edición de 1927. <<

[54] La antigua Alejandría es una ciudad prácticamente perdida por los terremotos, la destrucción causada por el hombre y la subida del nivel del mar en aquella zona. No se sabe exactamente dónde se hallaban ni cómo eran exactamente muchos edificios importantes, como los palacios reales, la Biblioteca o la tumba de Alejandro. Del Faro apenas quedan restos y ni siquiera hay consenso sobre si estaba construido al extremo de la isla de Faros o en un islote muy cercano, que es la hipótesis que utilizo en el texto. Sin embargo, poco a poco, gracias sobre todo a la arqueología submarina, se va conociendo más sobre Alejandría, y es posible que en el futuro se puedan precisar más detalles. <<

[55] Auletes tuvo otra hija mayor que Cleopatra, llamada Berenice; pero él mismo la hizo ejecutar por intentar usurparle el trono durante su exilio. Por lo visto, nacer en la familia real de Alejandría tenía más peligro que atravesar la Suburra a medianoche. <<

[56] Para informarse más sobre las cisternas de Alejandría y ver fotografías de estas auténticas «catedrales subterráneas», como han sido definidas, recomiendo visitar la página <http://www.touregypt.net/featurestories/alexandriacisterns.html>. <<

[57] En *Roma victoriosa*, hablando de la batalla del lago Trasimeno, escribí sobre los legionarios que sufrieron la emboscada de Aníbal: «Pero quienes tenían armas más pesadas se hundían y se ahogaban». No he llegado a hacer la prueba de nadar con una cota de malla, pero pensando sobre esa cuestión me di cuenta de que uno no tiene por qué hundirse automáticamente como un plomo, aunque evidentemente nadar con diez o quince kilos de peso extra debe de ser mucho más difícil. De hecho, muchos buceadores utilizan trajes enteros de cota de malla para protegerse de los mordiscos de los tiburones. Mi conclusión es que en trechos cortos un buen nadador podría salvarse. <<

[58] Richard Billows, *Julio César. El coloso de Roma*, p. 367. <<

[59] Una excepción fue el erudito Varrón, acaso por el respeto intelectual que César sentía por él. <<

[60] A algunos ciudadanos les molestó que mientras los gladiadores combatían César se dedicara a leer y contestar correspondencia, pues lo interpretaban como una muestra de altivez. Esta anécdota, transmitida por Suetonio, da lugar a un jugoso diálogo entre Augusto y Livia en la magnífica serie *Yo, Claudio*. <<

